

765 - 923164

TÍTULO:

BAJO LAS LUCES DE LAS CALLES

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

PROTAGONISTAS

ANSELMO

CRISTINA

PEDRO

ANDREA

SAMAUEL

ANTONIA

PRUDENCIO

MERCEDES

Paso a paso iba yo por las calles de mi barrio, alumbrado por las luces de las aceras; sin saber qué camino elegir, ni en qué puerta refugiarme.

Estaba lloviendo a su amor, sin apretar la lluvia mucho; pero no era óbice, para que yo me mojase todo mi cuerpo, si seguía andando por las calles, sin resguardarme en alguna puerta donde el dintel de la puerta entrase un poco en la casa donde yo encontrase resguardo a la llovizna que caía aquella misma noche.

Sin darme cuenta, estaba resguardado en la puerta de mis amigos Samuel y Antonia; ya que me encontraba en la calle Cervantes, en el número que habitaban mis dos buenos amigos.

Como me dio un poco de reparo, me fui de donde yo estaba a unos soportales, que formaban los arcos de una plaza, allí cerca.

Como la lluvia comenzó a cesar, yo decidí continuar mi marcha, por aquel periplo de calles bien definidas; por ser una ciudad muy importante, donde yo vivía.

Créanme, que no veía ni las luces de la calle, por tener mis pestañas empapadas del agua de lluvia; así que saqué mi pañuelo, limpiándome en el toda el agua que contenían mis pestañas. Y así; en un momento determinado, comencé a ver a pleno ritmo cómo era la calle y sus casas.

Me dispuse a marchar de aquel lugar y nada más que di un paso, vi, a través de una tras bolla a una cantidad de personas, tratando de algún asunto, que yo desconocía; por no llegar a donde yo me encontraba lo que decían aquellas personas con tanto impulso en sus frases.

En aquel momento se abrió la puerta principal de aquel receptáculo, entrando yo en él, una vez que un hombre, de edad avanzada, tiraba al cubo de la basura los restos de alguna comida echa al son de ese impulso dado a la conversación, que sostenían todas aquellas personas, sentadas en semicírculo; para oírse mejor.

Eso sí: entré con mucho sigilo, en aquella habitación cuadrada, para pasar desapercibido; no lográndolo, ni por la remota idea. Ya que uno de aquellos interlocutores, que había en dicho receptáculo, me vio sentarme en la última silla; al fondo de donde se encontraba el que llevaba la voz cantante, según ellos.

A mí se me encogió un poco el corazón, al ser detectado por aquel señor; que parecía un artista de cine. Pero cuando pude darme cuenta que aquel señor pasaba de mi persona, tomé una bocanada de aire en los pulmones, para desechar nervios.

También me coloqué en aquella silla, que me quedé totalmente dormido; soñando con las preocupaciones que toda persona tiene, para llevar su casa; como buenamente podía.

Me había secado en aquel lugar de encuentro y de recogimiento espiritual; pues lo que aquellas personas hacían, era leer la Santa Biblia. Entrándome a mí ganas de leer un versículo, de aquellos hechos bíblicos.

Por poco me levanto, para leerlo yo mismo; pero me contuve, para no molestar a nadie: ya que habían personas, que no habían leído ningún versículo.

Como arrastrándome y con la vergüenza en mi cara, salí de aquel lugar sin que me dijese nadie nada: al parecer agradecían más las visitas que se los hacían a ellos, que estar atentos a los nuevos oyentes de la Palabra Divina. Salí de los soportales, con la convicción de haber escuchado algo, que me valiese la pena, en aquella noche de misterio para mi propio Espíritu decaído y mi pobre Alma; maltrecha por los eventos de la vida que yo estaba llevando.

Y entre encuentro y encuentro, me vi resguardándome del frío de aquella gélida madrugada en la puerta de mis amigos: Prudencio y Mercedes; ya que me encontraba en la calle San Bartolomé. No permaneciendo allí mucho tiempo, por darme vergüenza de sí mismo; al pensar, que tal vez me podrían ver mis amigos, en aquella postura: desecho por el trauma que yo estaba teniendo en esa hora intempestiva.

Corre que te corre y salta que te salta, me fui a poner bien en la puerta de mis otros amigos: Pedro y Andrea en la calle Sagrario.

Iba dando tumbos y tumbos, hasta que me vi en mi puerta; mejor dicho: en la puerta de mi mujer, en la calle Calvario. Escapándoseme una lagrima de mi ojo, en señal de poca conformidad con los hechos acaecidos hacia dos días, con respecto a mi persona y a mi mujer, Cristina.

Dos pasos más y estaba en mi casa: acobardado y deshecho por aquellas falsas de mentiras, tiradas al son de voleo, para que todas las personas lo oyeran, sin respirar tan siquiera.

Cuando estuve en mi casa, me puse cómodo, sin esperar otro contratiempo que no fuese tomarme un trozo de pizza, que me sirviese como cena en aquella noche.

Pero eso sí: cuando me fui a poner el pijama, vi colgados algunos vestidos de mi mujer, Cristina. Los cogía y los soltaba en su percha, así como también los olía con todo el deseo del Mundo. Y entre lágrimas y lágrimas que se me caían de los ojos, suspiraba con la mayor profundidad de mis pulmones por algo que había perdido: no dándome cuenta de la falta que me estaba haciendo mi mujer en casa.

Aquella misma noche no pude dormir ni un solo instante; por acordarme de esa mujer encantadora y con tanta ternura, con la que a mí me había tratado mientras estuvo conmigo.

Me levanté de la cama, sin haber conciliado el sueño; yéndome al escritorio para redactar una carta de amor y de esperanza a mi mujer, Cristina: Ya que su madre no me dejaba entrar en su casa. Se había creído todo lo que su hija la había dicho de mi persona.

Tal vez parte sería verdad; pero la mayoría de los cargos que me achacaba su hija: ¡esos!, Ya no eran verdad alguna. Por el cual, yo me desesperaba diciendo -. Que de dónde había sacado todos esos cargos, como a mí me adjudicaba -.

En estas divagaciones me encontraba, cuando sonó el timbre de la puerta, encogiéndome el corazón; por no saber quién podría llamar a dichas horas tan tempranas de la mañana. Pero cuando abrí la puerta de mi casa, sí pude saber quien me requería a primeras horas de la mañana.

ANSELMO -. ¡AH!, hija. Pasa a tu casa.

CRISTINA -. Qué bueno eres, Anselmo. No me guardas rencor alguno.

Previa una caricia, que me hizo con las manos en la cara; Cristina pasó a casa como si nada hubiese pasado entre nosotros dos. No sin antes haberse parado delante de mi persona, como esperando que yo la diese la bienvenida, con un beso de amor y un abrazo.

Así estuvimos unos minutos, hasta que ella: echándome los brazos por el cuello, me agarró con todas sus fuerzas, propinándome un beso de amor bien considerado. Yo; al ver aquello, la di otro beso, que me supo a poco, cogiéndola por la cintura y atrayéndomela hacia mí: la comencé a dar tantos besos, que contar no puedo.

Nos declaramos, una vez más, nuestro amor: tan sincero y tan noble en hechos, que; no podíamos estarnos quietos, jugando el uno con el otro y diciéndonos lo mucho que nos queríamos. Aunque yo, no me conformaba con que me besase y me dijese palabras tiernas, al igual que yo a ella.

Tenía que sonsacarla la verdad de lo que había pasado, para que ella, mi mujer Cristina, cogiese el camino del olvido hacia mi persona: pero se veía que aquello no podía seguir siendo; ya que ni yo, ni ella, nos habíamos olvidado el uno del otro, así como así tan fácilmente.

Después de unos arrumacos, nos dirigimos a la alcoba matrimonial, para consumir el acto amoroso de unos buenos enamorados, que se encuentran, después de una disputa conyugal.

Al desayuno que yo me había preparado, se añadió mantequilla, mermelada, zumo de naranja y un par de huevos escardados.

Aquel almuerzo me sentó de maravillas; y sobretodo, cuando llegaron nuestros amigos a casa, sin saber quién les había dicho algo sobre nuestra unión familiar.

Algo sospechaba yo: y era, que cuando estuve a merced de un dintel, en las calles; ya me habían visto algunos amigos nuestros. Pese a la hora que era, habían acudido a casa de la madre de Cristina, contándola los hechos. Según las palabras que dijeron en aquella hora temprana, los que se encargaron de ir con el recado, fueron: Pedro y Andrea.

Al parecer, se lo detallaron a la suma perfección; pues nada más que yo me había levantado, ya se encontraba llamando al timbre de la puerta mi mujer, Cristina.

Mi alegría era mucha y no debía dejar pasar tal ocasión, para agasajar a mis amigos, con un buen almuerzo seguido de bebidas espirituales, que tanta alegría da al cuerpo a quién las beben.

Como era día de prefecto, nos fuimos a la Iglesia para oír Misa; preparándome para invitarlos a unos aperitivos en un café – bar que había allí cerca; alargándose la estancia en aquel bar hasta la hora de la merienda.

Y, ¡cómo no!; los invité, para que se quedasen a merendar en un buen restaurante de aquel barrio. El restaurante hacía gala a la bella Ciudad donde vivíamos todos nosotros: poniendo la guinda nuestra amiga Mercedes, diciendo -. Aceptemos la invitación -.

Pues claro que aceptaron todos la invitación; poniéndose cómodos en una especie de butacones que tenía aquel restaurante.

Cuando nos vimos a solas Cristina y yo en nuestra casa hablamos entre nosotros de nuestras desavenencias conyugales; a causa de un dicho por alguna persona, que al parecer no nos quería bien.

ANSELMO -. ¿Dime una cosa?. Cristina.

CRISTINA -. Tú dirás.

Tomé una bocanada de aire en los pulmones, para reforzar mi seguridad en mis palabras; al tiempo, que mi mujer Cristina me miraba atentamente.

ANSELMO -. ¿Te creíste lo que había dicho esa persona?.

CRISTINA -. Ni me lo creí, ni hice caso alguno de lo que esa señora dijo de ti: con tanta saña y mala práctica, al decirlo.

ANSELMO -. ¿Entonces?.

Cristina se retiró un poco de mi persona; como si estuviese dubitativa; mirándome al momento a los ojos, en señal de buena reconciliación conyugal: no diciendo ni una sola palabra al respecto, de mi pregunta.

Me quedé esperando a que dijese algo Cristina, de lo que yo la preguntaba, sin ninguna clase de resultado para mi conformidad anímica.

Siendo esa espiritualidad con la que yo esperaba, algo de conformidad a mis deseos de oírla una palabra de sentimiento amoroso hacia mi deseosa pobre persona.

No obstante: en vez de decirme alguna palabra, me echó los brazos sobre mis hombros; como aceptando lo que yo la preguntaba en un modo afirmativo. Y puesta la cara sobre la mía, se atrevió a decirme algo que nunca olvidaré.

CRISTINA -. Yo no creo en nadie, más que en ti: cariño.

Dejando yo esa fuerza de tensión emocional, que sale fuera de uno; viéndose ese recogimiento y tensión de nervios, en cada persona que lo utiliza por miedo a no ser querido.

Me senté en un sillón, en el salón de nuestra casa; derrumbado por los acontecimientos personales, que se estaban desarrollando en ese mismo momento.

Cristina, se arrodilló cerca de mí, cogiéndome de las manos, para preguntarme algo, que me llenó de confianzas; por oí aquellas palabras, dichas con tanto amor y confianzas.

CRISTINA -. ¿Tú lo hubieses creído?.

No tardé en contestar a su pregunta; ya que si lo hubiese hecho, sería como dudar de ella.

ANSELMO -. ¡Nunca!.

Se irguió, dando un suspiro de confianza hacia ella; para invitarme ir al estudio aquel mismo día. Así lo hicimos y al llegar a mi centro de trabajo, vi en él varias cartas ofreciéndome trabajo, por la confianza que yo los merecía.

Cristina me enseñó una carta suculenta, en cuanto a mi trabajo; enseñándola yo otra más acorde a lo que yo pretendía: una afamada constructora requería mi trabajo para ella misma.

No pude por menos que coger el teléfono y llamar a la constructora, para saber más detalles, quedando en un día con la hora para visitar al gerente de aquella empresa tan renombrada en los medios de la construcción.

Quiso ir conmigo Cristina, quitándola yo ese deseo de la cabeza; pues yo no necesitaba lazarillo alguno, para presentarme solo a la entrevista de trabajo, que me ofrecía aquella empresa.

Cuando entré en el edificio social que tenía la empresa, me dirigí al mostrador de recepción; para decir con quién estaba emplazado en ese día y en esa hora: pasándome de inmediato con el señor gerente de la empresa.

Fue una entrevista cordial y afable; en donde no faltaron los chascarrillos, en medio de las explicaciones dadas por aquel joven: ya que no tendría más de treinta años.

También me lo puso, que me parecía mentira lo que me estaba ofreciendo aquel joven gerente de la empresa; así, que fascinado por lo que me ofrecía me fui al colegio de arquitecto recabando información de la actividad que dirigía aquel joven.

Entre sí no se lo podemos dar, lo que usted propone, entre si averigüe usted por otro medio dichos informes. . . En estas desavenencias estaba yo con el encargado del personal; cuando vi que se acercaba un compañero mío de facultad, quedándome yo quieto, sin quererme mover del sitio como esperando a mi buen condiscípulo de estudio y ahora mi compañero de trabajo.

Los saludos fueron totalmente cordiales; cogiéndome de un brazo para apartarme de donde yo me encontraba y así poder hablar con más sosiego y llanamente conmigo.

ROBERTO -. A demás de alegrarme verte, quiero saber lo que deseas de este colegio de arquitectos.

ANSELMO -. Roberto. Es muy sencillo: quiero saber la responsabilidad civil y social de una empresa; así como la financiera.

Al decirle yo cual era la empresa, mi amigo frunció el ceño, en señal de no gustarle mucho aquella empresa de construcción.

Sin decirme muchas cosas de aquella empresa; ya que se las callaba, por no poder dar directamente dichos informes; saliendo yo de aquel centro con la suficiente cobertura, como para saber lo que daba de sí, en materia social aquella empresa de construcción.

Al llegar a mi casa, me estaba esperando mi mujer, Cristina, que al saber los periplos de la empresa con respecto a sus empleados; no quiso, por menos, que yo trabajase en aquella empresa, con tan poco miramiento hacia sus empleados.

Decepcionado y decaído en mi moral, me fui a la entrevista de la otra empresa, que me ofrecía sus trabajos.

Aquella empresa era más sería, en donde no hubo ningún chascarrillo, ni bromas dadas al boleo; para ver cómo respondía yo a tales contraindicaciones de poca moral social y poco respeto hacia la persona que trabaja en ella.

Quedamos, el gerente de la empresa de construcción y yo empezar al día siguiente con una remodelación de un local ya viejo, para ver mi manera de trabajar.

Más bien era una nave, de almacenamiento, la que requería los servicios de aquella empresa de construcción; pues se había quedado pequeña, dicha nave, para las exigencias de la actividad que trabajaba la empresa.

Sin que me viese, hice una foto de la nave y cuando estuve en mi estudio de arquitectura, lo tenía bastante claro. Y al llegar al siguiente día con los croquis, hechos para tal modelación, el encargado de obra se quedó mirándome, exclamando algo sobre mi trabajo -. Pronto y sencillos -.

Pues sí, aquellos croquis eran sencillos; por cual lo había confeccionado pronto.

Viéndolo claro el encargado de obras; no dudando, ni un solo instante, delimitar parte de aquella nave y perimetral el contorno de la misma, para que los oficiales asalariados de aquella empresa pudiesen trabajar a gusto y manera, como ellos sabían.

Quedando conforme la empresa de construcción con mi proyecto, me dio otro de un edificio de propietarios; donde yo debía inyectar cimientos para que no se hundiese más el lado del poniente; donde había más humedad.

En vez de inyectar cimientos, hice una plataforma muy original, sosteniendo aquel edificio por completo. Cosa que no gustó al gerente; ya que me había mandado rellenar toda la primera cubierta, que da a la arena de hormigón armado. Pero al consultar el gerente con otro compañero de profesión mío, se llevó un revés; al gustarle mucho a mi compañero lo que yo había hecho: ya que en la arena, no se puede hacer otra cosa más que una elevación y no de terreno, sino de bloques metálicos. Pues el terreno se iría hundiendo cada vez más.

Me fui a mi casa con la conciencia tranquila y el semblante alegre; por haber hecho lo correcto. Recibiéndome mi mujer con una buena comida y mis amigos con una buena cena aquella misma noche, en un buen restaurante.

ANSELMO -. A propósito de esta cena. Samuel, no me has dicho que tus operaciones de cirujano van a pedir de boca.

SAMUEL -. ¿Quién te lo ha dicho?.

ANSELMO -. ¡AH!: un pajarito.

Esto me dio hincapié para hablarle de algo que yo tenía metido en mi cerebro; llevándolo muy dentro de mi corazón. Y era, que Samuel andaba por zonas pantanosas; donde él mismo se podía hundir en el fango.

Comencé dando un rodeo en la conversación, poniendo a otra figura humana como proyección en la vida, para recalcar en su gran problema, que era: ser un conquistador de fama y de abolengo. Se le relacionaba con alguien de la gran sociedad.

Negándomelo todo; hasta las salidas con la mujer que yo le decía: no dando fe a nada, ni a nadie. Solamente me decía que era una amiga y nada más: que salía con ella, como con cualquier amiga.

ANSELMO -. ¿Eso es modernismo?.

SAMUEL -. Llámalo como tú quieras, Anselmo. Pero las relaciones sociales de este tiempo son así.

ANSELMO -. Así de contradictorias a otras tiempos: ¿verdad?.

Se cayó, no me dijo nada al respecto; pues llegaba su mujer Antonia a nuestro lado; no siendo conveniente que se enterase de las andanzas de su marido Samuel.

Estaba siendo un escoyo. Sí porque no se descubría bien la faena que la estaba haciendo Samuel a su mujer Antonia con esas idas y venidas, al llevar y traer de una fiesta a otra a la amiga de la alta sociedad.

No sé qué pasaba en esos tiempos; pues hasta yo me veía involucrados en ellos: ya que si no quito mi boca a tiempo, me da Mercedes un gran beso en ella, al despedirse esa noche de nosotros.

No obstante, al parecer, lo había visto mi mujer Cristina; pues al llegar a casa me comenzó hablar de ese mismo caso.

CRISTINA -. ¿Te habrás dado cuenta?.

ANSELMO -. ¿De qué?, hija.

CRISTINA -. En qué peligro estuviste.

Me quedé mirándola, como si yo no hubiese hecho caso alguno aquel acto de delirio carnal; con el que se me lanzó Mercedes aquella noche, dándome la despedida; por no decir yo, dándome la sentencia de muerte, con respecto a mi mujer Cristina.

No contesté nada y al parecer ni siquiera se enfadó Cristina por no haberla dicho alguna palabra de conformidad para ella.

A la mañana siguiente me dispuse a desayunar en el comedor de la casa; viendo, con decepción que solo tenía los cubiertos y los platos puestos en la mesa: carecía de comida alguna.

Yo miraba y miraba, no consiguiendo ver a Cristina en ninguna dependencia de la casa; hasta que levantándome de donde estaba sentado, me fui hacia la mesita de donde pone las llaves Cristina, cerca de la entrada de la casa. Por más que busqué, no encontré dichas llaves y si una nota diciéndome -. Sírvete tú mismo el desayuno -.

¿Qué significaba aquello?: era un enigma para mí, saber qué significaba aquella nota, puesta encima de la mesita de la entrada de la calle, con tanto apremio como diligencia.

Pensaba y pensaba; no encontrando un justificante para que Cristina se hubiese ido sin decirme nada.

Esperé una hora para dar tiempo a Cristina hacer pronto su diligencia, pero al ver que no llegaba a casa, decidí dar una vuelta por las calles de mi barrio; para poderme encontrar con ella.

¡Qué más quisiera yo encontrarme con Cristina!; si esta no se encontraba conmigo en ninguna parte en aquel barrio, donde yo estaba andando por todas sus calles.

Ya cansado y maltrecho, decidí volver a mi casa; siendo la coincidencia marchita de algunas personas, obtener beneficios personales al final de su trayecto.

Pues ¡sí!: cuando iba pasando por la notaria, vi salir de ella a Cristina con unos impresos en las manos. Y para que mi mujer no me ocultase dicho hecho, apreté el paso dándola alcance en pocos segundos.

ANSELMO -. Me has tenido preocupado.

CRISTINA -. ¿Por qué?, hijo.

No respondí; solamente me limité a fungir el ceño, haciendo muecas con la cara y gestos con las manos. De tal manera, que se creyó Cristina, que la preguntaba por lo que llevaba en las manos. Enseñándomelo rápidamente y sin ninguna clase de contratiempo para ella; según pude ver y averiguar. Cogí aquel impreso leyéndolo por completo, sin oponer resistencia alguna, ni intranquilidad Cristina. Todo para ella era de lo más normal de la vida.

ANSELLMO -. Aquí pone un nombre.

CRISTINA -. Sí: con dos apellidos.

ANSELMO -. Y, ¿qué?.

CRISTINA -. Es el hijo de un primo hermano mío.

Al parecer sí coincidía un apellido con el de mi mujer Cristina; tranquilizándome un poco al saber que le había ido hacer un mandado a su primo hermano. Que por cierto: yo sí le conocía a ese primo hermano que tenía Cristina.

Los nervios se me calmaron, al saber la verdad de aquel caso; pero no que no se me podía calmar, era pensar si a Cristina la hubiese pasado algo malo; por el cual respondí, a esa apatía mía.

ANSELMO -. Otra vez, me pones en la nota las causas por las que te ausentas de casa.

CRISTINA -. Así lo haré, Anselmo.

Menos mal que yo mostraba más que interés porque no la hubiese pasado nada a Cristina, que ya hubiese sido otra cosa; no me lo hubiese perdonado nunca.

Pero al ver a mi amigo Samuel, que se aproximaba a nosotros: yo hice por mostrar otra cara más alegre de la que llevaba; para que no se diese cuenta mi amigo que pasaba en mí ese fluir de la sangre a pleno ritmo, por alguna vicisitud o contratiempo.

Nos saludamos muy amablemente, diciéndonos lo que podíamos hacer el sábado; ya que era el día de nuestro descanso en el trabajo. Y aludiendo a Baco, a través del dios Dionisio, nos despedimos con todo el afecto del Mundo. Quedándose parado Samuel, sin saber yo las causas; pero cuando miré para atrás, estaba hablando con el amigo Pedro.

SAMUEL -. ¿Qué?: cómo van las finanzas, Pedro.

PEDRO -. Van muy bien. Aquí, en esta Nación; siempre han ido bien, excepto en alguna coyuntura.

SAMUEL -. Pues entonces, que no existan tantas juntas: eso es malo.

Cuando volví a mirar hacia atrás, estaba encogiéndose de hombros Pedro; despidiendo a Samuel muy escéptico.

Sí, pensativo y reflexivo se encontraba Pedro, cuando Samuel se fue de su lado; por haber visto, que su amigo no le había entendido gran cosa, aunque habían sido pocas palabras las que le dijo él.

Llegué con Cristina a nuestra casa; totalmente convencido, que allí no había pasado nada de nada. Hasta me dio vergüenza al pensar, que yo hubiese podido tener algún celo reservado hacia mi mujer Cristina. Ese pensamiento, me sentó muy mal; ya que Cristina era creyente y buena esposa.

Pero como yo no podía disimular: encontré a Cristina mirándome fijamente a la cara, con una expresión de dolor, por su parte.

CRISTINA -. ¡Anda!; déjalo. No pienses más.

No sabiendo por dónde me había venido estas palabras, dichas por Cristina, apostillé lo que ella decía.

ANSELMO -. ¿En qué pienso?.

CRISTINA -. Deja esos achares. Guárdalos en un baúl aparte.

Pues sí: Cristina me había cogido el verdadero sentido de mi pensamiento.

No queriendo yo dar pie para una discusión sobre las relaciones formales de los matrimonios bien allegados.

Tuve una llamada de una señora para que la hiciese un proyecto de la cobertura de su casa; así que salí lo más pronto posible donde me indicó la señora, no viendo en esa dirección edificio alguno. Me había salido de la ciudad al campo, no existiendo edificio ni cabaña en construcción.

Solamente un río pequeño, más bien arrollo, azotaba la rivera sin ninguna clase de miramientos; ya que hacía un aire enorme en aquellos parajes desérticos. Pero lo que sí vi, fue a una señora; que saltando un montículo se ponía de pie encima de aquella masa de tierra.

Algo era algo: por lo menos daba señales de vida, la señora que hacía una hora me había llamado para que la pusiese nueva la cobertura de su casa. Pero cuando se iba aproximando a mí, aquella señora; vi en ella la figura de la amiga Mercedes.

No veía lugar ni terreno para escabullirme de donde yo me encontraba en ese preciso momento; ya que en pocos segundos estaba Mercedes cerca de mi persona. Y mi persona intuía algún desenlace fatal para nosotros dos, en forma de tragedia.

Me la quedé mirando a Mercedes, sin decir una sola palabra al respecto: esperaba, que más bien lo dijese ella. Y ella, en vez de consolarme con buenas palabras, me echó los brazos sobre mis hombros atrayéndome hacía sí misma.

A mi simple opinión; que yo estaba temblando como un junto de la rivera del río: no encontrando ninguna clase de salida en aquel arroyo, aprendiz de río.

Comencé andar paralelo al arrollo, cuando vi que desembocaba en un río, ya en condiciones. Y siguiendo su ribera de aquel río mayor, pude ver una casa de labranza cerca de donde estábamos nosotros dos. No consiguiendo que se quitase Mercedes de donde estaba agarrada; a mi cuello y a mis hombros, con todas las fuerzas que ella podía.

Ninguna palabra nos habíamos dirigido hasta ahora y, yo no podía seguir de esa manera: enlazado a ella, como si fuese su corderillo Pascual. Así que me atreví a decirle algo al respecto.

ANSELMO -. Mercedes, déjame libre: ¿no te parece?.

MERCEDES -. Lo que me parece, es que entremos en esa casa. ¡NO PUEDO MÁS!.

La mire a los ojos con pena; pero a la vez, con ansiedad por el renculillo que yo preveía dentro de poco. ¡Pues sí!: era una obstinación caprichosa, lo que traía conmigo mi amiga Mercedes.

En vez de entrarla yo a ella, en aquella casa, cogida por mis brazos: fue totalmente al revés; que me llevaba ella en volandas hacia una habitación que había a un lado de la casa.

Mis nervios se pusieron tensos y mi voluntad saltó por los aires, como si fuese un verdadero ejército bien adiestrado; no dejándome entrar, por ella misma, en aquella habitación destartalada.

Me giré sobre mí mismo, con tal fuerza por quererme desasir de aquel gancho humano, que me invadía todo mi cuerpo. Porque eso era: me violentaba todo mi ser, sin dejarme movimiento alguno.

ANSELMO -. Mercedes: está te quieta y no me atosigues más.

Así me expresaba yo delante de mi amiga Mercedes; no haciendo caso alguno a mi súplica aquella mujer tan azarosa, por conseguir sus objetivos carnales conmigo.

MERCEDES -. Si no te molesto, hijo.

Así se expresaba mi amiga Mercedes, en un estado de desorden psíquico mental: por el afán que traía, para conseguir su objetivo carnal; que era amarme con todas sus fuerzas en aquella ocasión, que se veía sola conmigo.

No dándome cuenta de cómo estaba aquella señora: desnuda por completo: Con unas formas increíble para mi conciencia de creyente. A punto estuve de sucumbir ante tales formas monumentales.

Como pude me escapé de Mercedes, saliendo da esa casa campera; encontrándome un mastín frente de mí y en vez de asustarme me dio ganas de reír: ya que ese perro era conocido mío.

A la voz de ¡UPA!, ¡UPA!; y con unos chasquidos de dedos, para que me hiciese caso el perro, este se levantó alzando las orejas mucho y oliendo el ambiente: como si a mí me pasase algo malo.

Nada más que salió a la puerta de la casa Mercedes, el perro se la colocó como cerrándola el paso a dicha señora: no pudiendo avanzar nada

Mercedes. Al ver yo esto, salí corriendo todo lo que pude y al cruzarse conmigo un tractorista, le pedí que me llevase al pueblo y así lo hizo.

A la voz de su amo, el perro siguió al tractor detrás de él, como si ya lo hubiese hecho otras veces. Fortaleciendo nuestra amistad, entre el perro y yo; al verme montado con su amo en el tractor.

Así logré escapar de esa señora tan explosiva en amor y en efluvio de pasiones sentimentales, como nunca lo he visto yo.

Llegando a casa lo más pronto posible; pese a que nuestro periplo por aquellos contornos de campo, no fueron muchos: ya que lo había hecho yo en mi coche. Pero que por ahora, no tenía coche; me le había dejado en la puerta de la casa de campo. Alegando yo, que por la mañana, me tendría que ir antes al trabajo, por motivos excepcionales; al no haber conseguido terminar unos croquis de resultados, para una casa.

Así lo hice: y en una taxis me fui a buscar mi coche; pues al parecer estaba intacto: no le habían tocado para nada. Pero como no sabía yo esos vericuetos, seguía a la taxis, que era la que me conducía a la Gran Ciudad en poco tiempo.

Era verdad, que yo tenía atrasado mi trabajo en el estudio de arquitectura; pues me encontraba sobrepasado en los planos de un edificio, que se me había encomendado. Por el cual llegué tarde, a mi casa, para merendar en ella con mi mujer Cristina.

Pero como yo estaba abstraído de todo lo que me rodeaba, algo me preguntó Cristina; no contestándola ni una sola palabra a su pregunta, por no haberla oído.

CRISTINA -. ¡Mira este!. ¿En qué piensas?.

Aquello sí lo oí; contestando a mi mujer Cristina con una baja interjección, mal dado al respecto.

ANELMO -. ¡EA!, en nada.

CRISTINA -. ¿Cómo dices?.

ANSELMO -. Que no pienso en nada.

CRISTINA -. Cualquiera lo diría: que no piensas en nada.

Poca conversación tuvimos ese día durante la merienda Cristina y yo; pues mi desaliento era mucho y mi recelo, con respecto a Mercedes, era todavía más.

Me levanté de la mesa, sin haber tomado el café que siempre me servía mi mujer, al finalizar la merienda.

Me quise ir a mi despacho persona; pero desistir de hacerlo, estando ya entrando en él: para iniciar el camino de la calle. Y cuando estaba en la puerta, me pude dar cuenta que siempre me estaba siguiendo mi mujer Cristina.

Cristina me puso una mano delante de la cerradura de la puerta para que no la pudiese abrir, mirándola yo fijamente a la cara; viéndola unos ojos enormes y unas facciones de piel como nunca. La tensión se mascaba en el ambiente; pues aquel estado mío, era por algo que yo no dije a mi mujer Cristina se quería enterar de lo que me pasaba.

CRISTINA -. ¡Venga!: Suéltalo ya. ¿Qué te pasa?.

Di media vuelta y me fui a colocar bien en un sillón del salón, para pensar cómo se lo iba a decir y con qué palabras elegidas para no hacerla daño alguno.

¡El timbre!: el timbre de la puerta me salvó de aquellas circunstancias tan embarazosas para mí y con tanto aplomo como yo tenía, en aquella hora de salvar mi matrimonio.

Eran mis dos amigos, Pedro y Samuel, que me venía a buscar para que fuésemos a presencial un partido de fútbol aquella misma tarde. Y sin contratiempo alguno, ni poner ninguna clase de obstáculo para no ir a presencial aquel encuentro futbolístico; me vestí pronto para salir a la calle, más que andando, corriendo.

Yo estaba en presencia en las gradas de aquel estadio tan maravilloso; pero mi pensamiento volaba etéreo a un lugar de encuentro favorito para mí. Siendo ese lugar un crucero con mi mujer Cristina por todo el Mediterráneo.

Siempre era primordial pensar en mi mujer Cristina: eso quería decir algo bien definido; que estaba completamente enamorado de mi mujer, que los huesos me temblaban por verla en todo momento agradable y bonachona a Cristina.

Si ella no se sentía alegre y estaba tranquila; tampoco lo estaría yo en ese momento de estar hablando, entre nosotros dos. Y para ello la anuncié mi deseo de irnos en un crucero por lo más cercano a nosotros; siendo causa de visitar toda la costa mediterránea en poco tiempo.

No habían pasado seis semanas, cuando nos vimos en un buque maravilloso, atracando en los mejores puertos que hay en toda la costa mediterránea.

Veía reír a mi mujer Cristina y a la vez con una sonrisa de parte a parte de la cara; como si la vida la viniese completamente regalada.

Llegando a Roma, Cristina no quería volver a embarcar en el buque; sobre todo, si no había visto la fontana de Trevi.

Tuve que llamar a una taxis, desde el hotel donde nos alojamos aquella misma noche, para que nos llevase a dicha fuente y poder tirar una moneda al agua.

Pero al oír los deseos que formalizó mi mujer Cristina, se me encogió el Alma y la razón no me regía para nada; ya que los deseos de ella, eran cosa de los dos.

CRISTINA -. Deseo, que nos llevemos bien, en nuestro matrimonio, Anselmo y yo.

Y dando media vuelta sobre sí, se puso de espaldas a la fuente tirando la moneda al agua; haciendo un ruido característico de metal forjado aquel metal con el agua, como: plock.

ANSELMO -. Yo también lo suscribo.

Me salió así, de inmediato; sin haberlo pensado. Y tirando una moneda al agua la miraba caer y mezclarse con las demás monedas que había en el fondo de aquella fuente: fontana de Trevi.

De esta manera nos fuimos despacito al hotel, ya que no estaba a gran distancia de aquel bello fuente; para amarnos como nunca aquella misma noche de amor y de ilusiones, prestados por el barroquismo de su arquitectura.

Al día siguiente, nos vimos una vez más en el crucero lleno de ilusiones para todas las personas que hacen su misma singladura, dentro de las veinticuatro horas al día.

Para en unos días llegar al puerto de fin del crucero; no olvidando los días que pasamos en el barco; recorriendo Naciones y Ciudades: todas ellas de grandísimo interés cultural para nosotros.

Ahora teníamos que volver a la vida cotidiana en nuestra Gran Ciudad; y para ello yo me hice la revisión de próstata, muy importante para los hombres. Al salir de la clínica donde me hice dicha revisión, me crucé con

Prudencio; cosa que yo tenía ya deseos de ver a mi amigo Prudencio: parándome con él y saludándole muy cordialmente, como los amigos lo hacen. Pero a la vez poniendo oído a lo que este buen amigo me decía.

PRUDENCIO -. ¿De dónde vienes?. Anselmo.

ANSELMO -. Me he hecho una revisión de próstata; muy deseada por todos nosotros, los hombres.

Comenzó hablándome, que él también se hacia la revisión anual, sí correctamente; pero que cuando empezó a tener problemas de próstata, se le bajó la tensión arterial en dicho miembro viril: y ahora eyaculaba para dentro, por habersele abierto un canal secundario. No sabiendo yo por qué me decía todo eso a mí; sin yo habérselo preguntado. Y que al parecer ya no tenía la fuerza, ni la capacidad para hacer el acto de amor, como lo hacía antes.

No comprendía, de inmediato; el por qué de tanta revelación como me estaba haciendo mi buen amigo Prudencio. Pero en un tiempo determinado intuí lo que me quería decir mi amigo Prudencio: pues estaba claro.

Me estaba preparando para una posible acechancia, por parte de su mujer Mercedes, hacia mi persona. Y me persona estaba, que no sabía si salir corriendo de aquel sitio o quedarme oyéndole, sin hacer ningún movimiento con el cigoma, ni con las manos; para que no me cogiese en un renuncio Prudencio. Pero eso, sí; le di signos evidentes que yo sí podía hacer caricias a mi señora, Cristina.

Al despedirnos, comprobé, que aquel hombre no era feliz en su matrimonio; más bien era una persona desgraciada por las circunstancias de aquella enfermedad, que se le había presentado en sus años.

Debía tener mucho cuidado con Mercedes; pues iba a la deriva y a por todas; sabiendo ella con quién debía sobrepasarse en sus pretensiones amorosas.

Las confianzas eran mutuas; pues a mí, también me atraía Mercedes: usando la cabeza, para no caer en un declive emocional, durando un par de minutos y luego estuviese cogido para toda la vida.

En esas divagaciones iba yo; cuando alguien me llamaba por mi nombre en la misma acera que yo marchaba cómodamente, sin ninguna clase de contratiempos; para mis intereses personales.

Claro que alguien me estaba llamando cerca de mí; siendo la mujer que nunca hubiese querido se cruzase conmigo: cabellera rubia, ojos grandes, la piel rosada y los andares de princesa. El pelo suave y las manos de seda. ¡Pues qué bien!: me había parado en firme, en la acera, Mercedes; pues no dejaba pasar ninguna ocasión, si esta fuese para desechar todo el efecto hormonal que tenía dentro de su cuerpo.

No hablé mucho; pues no daba pie con bolo en aquella ocasión: recordando lo que me había dicho su marido, Prudencio, hacía pocos minutos en la puerta de la clínica, donde fui hacerme la revisión de la próstata.

¡Bien me zarandeó!; pues cogiéndome de la solapa la chaqueta, me atraía hacia sí misma, unas veces, y otras asiéndome de la cintura, conseguía rozarse yo sus bustos, con todos los deseos del Mundo.

Menos mal que pasó por allí el financiero, Pedro; y al saludarnos, me fui con él calle abajo. Pero como yo iba, totalmente excitado y cargado de rabia hacia esa mujer; no pudo por menos Pedro, que saber me pasaba algo y no poco, sin habérmelo preguntado. Ni siquiera me preguntó nada, al respecto; una vez que nos despedidos los dos, para seguir nuestros caminos separados. Dándome cuenta yo, que sí se había percatado Pedro de mi problema, con respecto a nuestra amiga Mercedes; ya que hacía con los hombros algo, como queriendo dar a entender, que no estaba de acuerdo con nuestra amiga Mercedes.

Pedro tenía razón; pues al día siguiente hallaron a Mercedes cerca de una cuneta maltrecha y con hematomas múltiples, sin poderse mover tan siquiera del sitio donde estaba tumbada.

La policía investigó a un indigente, que rondaba todos los días aquellos contornos semidesérticos. Y al apretarle un poco más, dijo toda la verdad; ya que aquella señora se le había insinuado, no queriendo con él nada, ni saber nada de sus intenciones carnales.

Siendo un coqueteo sexual, para excitarse y no tener roce alguno con la persona que tienes delante.

Qué vergüenza, ¡madre!; que vergüenza pasó Prudencio en aquella hora, que la policía le detallaba los hechos. Pero no menos vergüenza pasé yo, con aquel relato de la policía; ya que me consideraba parte alícuota de los

hechos acaecidos. En una proporción del cincuenta por ciento, por no decir más.

Mi deber era contarle a Prudencio lo que pasaba con su mujer, Mercedes; pero la reflexión personal me decía que no lo hiciese: ya que se enteraría mi mujer, Cristina. Teniendo yo problemas en mi matrimonio, si llegas a saberlo mi mujer: aquello me lo tenía que callar.

Tanto me lo callé, que un día vi a Mercedes camino del barrio más humilde de la Ciudad; yendo yo de inmediato a su encuentro, para atajar tanto daño como le estaba haciendo Mercedes a Prudencio.

La cogí de un brazo; creyendo Mercedes que yo quería algo con ella: Pero cuando vio, que tan solo era quererla sujetar para que no fuese a dicho barrio, se encrespó conmigo. Ese alboroto, dio hincapié a unos señores, que estaban sentados en una acera, venirse donde yo me encontraba, con fines no buenos para mí.

SEÑOR 1-. No perturbe usted a esta señora.

SEÑOR 2 -. O lo pasará usted mal.

Mercedes les detuvo con enseñarles la palma de la mano abierta, poniéndosela de frente a ellos. Obedeciéndola de inmediato; pues parecía que ya se conocían las tres personas en cuestión.

No pudiendo yo, por menos, que decirla algo a Mercedes, que los sentó mal a los dos señores que habían salido a su encuentro, con idea de ayudarla a Mercedes.

ANSELMO -. ¿A qué vienes aquí?, Mercedes.

Saliendo de inmediato, a su quite el primer señor; con un aplomo y un interés extraordinario.

SEÑOR 1 -. Esta señora viene para ver a una vidente afamada entre nosotros, sus vecinos.

La miré fijamente a los ojos a Mercedes, para saber si lo que me había dicho aquel señor era verdad. Y en los ojos de Mercedes se podía ver ese afán por querer saber y saber, cada vez más de su vida futura.

Sin otro contratiempo, la dejé pasar a la casa de la vidente; no sin antes apostarme en la puerta, esperándola que saliese Mercedes de aquella casa tan destartalada.

Cuando salió Mercedes, al cabo de una hora; parecía otra mujer: más amable, más dicharachera y con más ganas de vivir en el futuro, con interés

Desorbitado para sus intenciones en la vida, que ella tuviese que desarrollar en este Mundo. Parecía otra mujer, con otro semblante y otra forma de ser.

Me cogió del brazo saliendo de aquel barrio, sin ningún contratiempo para nuestros intereses; pero cuando llegaron las primeras casas del otro barrio, la pedí que me soltase: diciéndome algo así, como. -. ¡Chico!, que anticuado eres, Anselmo.

En vez de soltarme, se asió cada vez más a mí; hasta el punto de rozarme con sus bustos, de tal manera que parecíamos un matrimonio bien allegado.

Pero eso sí; una vez que nos estábamos metiendo cerca de nuestras respectivas casa, la cogí de la mano para separarla de mí y con un ¡Adiós! Particular la despedí de mi lado.

Yo me fui derecho a mí casa y ella sabe Dios dónde se fue: ni siquiera me interesaba saber dónde se había ido Mercedes; pues al parecer, sí se había ido a su casa derecha y sin pararse con ninguna otra persona.

Cuando me vi, una vez más, en la calle: observé a Prudencio, como buscándome con todo el afán del Mundo. Con tan mala suerte, que vi apostado en una columna de la plaza a mi buen amigo Samuel; mirándome fijamente, para ver lo que hacía yo, o qué camino cogería.

No hice ningún gesto, ni cogí ningún camino; solamente me limité a esperar para que llegase donde yo me encontraba Prudencio.

Mi amigo Prudencio, llegó con las lágrimas en los ojos: no pudiéndome decir ni una sola palabra, por lo acongojado que había llegado a mi lado.

ANSELMO -. No hace falta que hables. ¡Vamos!/: es que no hace falta que hablemos entre nosotros dos.

PRUDENCIO -. ¿Tú lo crees así?.

ANSELMO -. Y tanto.

Así era; que sin hablarnos, nos dijimos todo lo que llevábamos dentro de sí; y dentro de sí, llevábamos el Alma rota y llena de vicisitudes emocionales y con una carga de agobio, que no podíamos con ella.

Con una palmadita en las espaldas, nos despedimos sin hablar palabra alguna, que nos valiese como ánimo para nuestra maltrecha esperanza en la vida personal de cada uno de nosotros dos.

Cuando me vi a solas y sin que me oyera nadie, ya que Samuel se había ido de dónde se había apostado, entre una columna de la plaza; viendo yo, que allí no se encontraba nadie, en ese lugar. Ya que mi amigo Samuel había estado escuchando todo lo que había hablado con mi otro amigo , Prudencio. Por el cual se me ocurrió decir, en voz baja algo que me salió de sí, sin haberlo pensando: -. ¿Qué sería?; si yo la hiciese caso a Mercedes. Sería la catástrofe mayor de mi historia, en este Mundo -.

En estas divagaciones iba pensando, cuando volví a encontrar, una vez más, a mi amigo Samuel; que alertándome en el peligro que me encontraba, quería que me alejase de aquella mujer, que no era la mía.

Así que me fui a casa con todo el sentimiento del Mundo; ya que la conciencia me decía, que lo que yo hacía con Mercedes estaba mal. O por lo menos, lo estaba ejecutando mal Mercedes al portarse conmigo como lo estaba haciendo.

En una callejuela sin dirección ninguna, donde el sentido inicial está cortado, no tiene salida alguna: pues bien; así me encontraba yo con respecto a Mercedes, que no tenía ninguna clase de salida para atajar tanto daño como me estaba haciendo con sus insinuaciones y con su estado sexual en que se encontraba.

Solamente me quedaba encomendarme a la Virgen, para que la Madre de Cristo me ayudase; yéndome derecho a la Iglesia, echando un buen donativo en el cepillo de la entrada, para enjuagar mis culpas carnales, aquí en la Tierra.

Con todo y eso, salí más triste que había entrado en la Iglesia; sin saber qué camino escoger y que dirección llevar mi pobre Alma en este Mundo.

Con esa desolación en mi Alma tocada por el arma de Cupido, me fui derecho a mi casa, sin querer hablar con nadie por la calle. Pero al llegar a mi hogar, vi una revista que me mandaban desde el colegio de arquitectura todos los meses; leyéndola detenidamente para ver si en ella ponía algo que me incumbiera a mí. Y sí, si vi una llamada a los arquitectos para opositar a unas obras que haría una diputación en otra localidad, no cercana a la nuestra.

Me acerqué con sigilo a mi mujer, Cristina, para que no se asustase, por la cara que yo llevaba en aquel preciso momento, de desolación personal y decaimiento moral. Mirándome ésta, mi mujer, con cara de no saber lo que yo la quería decir, en aquella hora de desplome moral, como era lo que yo tenía metido en mi cerebro marchito, por aquellas circunstancias de acoso sexual a mi persona, por parte de Mercedes. Haciéndome una pregunta Cristina capciosa.

CRISTINA -. Acércate, que no te voy hacer nada.

Aquella respuesta que me hizo mi mujer Cristina a mi pregunta ingeniosa, fue el detonante para hablarla a mi mujer de lo que yo había leído en la revista que tenía en las manos.

ANSELMO -. Siempre me acerco a ti sin ninguna clase de nervios.

Sentándome al pie de ella, comencé hablándola de unas ofertas que había encontrado en la revista; siendo bastantes suculentas su remuneraciones económica, como para olvidarlas.

CRISTINA -. Me dices, que son suculentas dichas remuneraciones económicas para que el gane el concurso económico de dichas construcciones.

ANSELMO -. No es un concurso: primero es una entrevista de trabaja, para más tarde sufrir un examen de capacitación, en forma de valuación de saber dicha materia y dominarla bien.

Mi mujer Cristina, me miró de arriba abajo con vista de gavilán que observa a su presa desde las alturas, para más tarde abalanzarse a ella.

De tal manera, que yo me pude escapar de la controversia familiar, como me empezó a montar verbalmente.

Mi mujer Cristina accedió a mis pretensiones de marchar a la Ciudad que ponía la revista, para ser entrevistado por los señores que la cúpula de mando había puesto para tal fin.

Lo mejor y lo más grande, fue que se vino conmigo Cristina; para conocer aquella grandiosa Ciudad, muy renombrada en los medios de estudios; gustándola mucho sus construcciones antiguas y señoriales.

Lo peor fue cuando llegamos a la sede social de aquella empresa, más bien oficial y en sentido de personal de mantenimiento particular.

Comenzamos a oír ciertas conversaciones, mi mujer y yo, que no nos gustaba nada; ya que algunos opositores hablaban de cierta maña, en la

elección del personal, para cubrir los puestos que se habían licitado como a examen único.

Tanto era así, que hablamos entre Cristina y yo; dudando seguir aquella trama bien llevada por aquellos hombres, que ofrecían los puestos de trabajo arquitectónicos, sin más ni más. Por supuesto, decidimos seguir allí, para saber cómo eran las entrevistas. Y cuando estábamos más desanimado, mi mujer y yo; vimos llegar a donde nos encontrábamos nosotros a mi amigo y condiscípulo: Roberto.

Los saludos fueron cordiales; pero los gestos no tantos. Parecía como si no nos conociera y eso que era de la misma Ciudad que nosotros.

El decaimiento moral de Cristina y mío, era superior; al ver que una persona que has conocido, en tu misma Ciudad, hacía como si no nos conociese, para nada. Pues con un ¡adiós!; se despidió de nosotros Roberto, iniciando el camino de unos despachos que había allí cerca.

¡Ahora sí!: ahora sí que decidimos marcharnos a nuestra Ciudad, sin probar suerte alguna en aquella convocatoria de trabajo, para arquitectos; pero cuando estábamos empezando el camino hacia la salida de aquel grandioso edificio, vimos que Roberto volvió la vista hacia atrás, indicándonos con la mano para que le siguiésemos a él.

Miré para todos los lados de aquel salón, no viendo a nadie que se hubiese podido percatar del gesto de llamada, que nos hizo Roberto a mi mujer y a mí: pues existía un esquinazo de la pared que tapaba la visión de nuestro amigo al resto de los convocados a dichas entrevistas.

Me asaltó una idea en mi cabeza, llevándola a la práctica; al decir a mi mujer Cristina algo, que nadie sospecharía de nosotros. Estando mi mujer, como si no se enterase de nada; para no dar que entender a nadie nada.

ANSELMO -. Me parece que los lavabos se encuentran al fondo de ese pasillo.

CRISTINA -. A mí, me parece también, que están al fondo de ese pasillo.

Cristina, respondió en el acto: No dudando nadie, que no fuésemos a buscar los lavabos, donde decíamos nosotros. Pero al llegar a la puerta del despacho, donde se había entrado Roberto, la abrimos sin llamar, para que no hiciese ruido alguno aquella graciosa puerta, bien adornada.

Todavía no se había sentado Roberto; pues se encontraba de pie, mirando a la puerta, como esperando a alguien. Y ese alguien éramos nosotros dos.

ROBERTO -. Sentaros frente de mí.

Así lo hicimos; cogiendo un impreso mi amigo y condiscípulo para apuntar algo. Y ese algo era el nombre, apellidos, fecha de nacimiento y el teléfono mío. Pero al llegar a la fecha de nacimiento, me lo tuvo que preguntar Roberto.

ROBERTO -. ¿Tú fecha de nacimiento?.

Le dije cuando nació, y por casualidad habíamos nacido en el mismo día y mes los dos. Firmando el impreso e indicándonos dónde lo teníamos que entregar; sin querer hacer más preguntas, ni que las hiciésemos nosotros dos.

Parecía que se miraba al reloj; pues la hora sería fundamental en las entrevistas. Abriéndonos la puerta, nos dijo dónde teníamos que entregar el impreso firmado, e indicándonos la salida; para no dar que opinar a nadie.

Cuando salimos de aquel despacho, íbamos hablando Cristina y yo de aquella casualidad, que habíamos tenido al encontrar a Roberto. Al tiempo que yo hice una indicación con un dedo, para que se callase mi mujer; ya que nos estábamos metiendo en medio de los opositores a las plazas.

Al salir de aquel gran edificio hablamos de todo, Cristina y yo; sobre todo de lo que se gana en esos tres años que íbamos a estar viviendo en aquella grandiosa Ciudad. También hablamos, qué estaba haciendo allí Roberto; pues parecía un ejecutivo de aquella actividad empresarial.

CRISTINA -. Pues claro, hijo. No ves que despacho tiene y como nos ha recibido.

ANSELMO -. Con voz y mando.

CRISTINA-. Pues, ¡claro!.

En la sección administrativa nos habían pedido el teléfono, para indicarnos el día y la hora de un examen único; así que nos fuimos a nuestra Ciudad tranquilos de que así sería.

Parecía casualidad, pero no lo era; pues nada más que llegamos a nuestra queridísima Ciudad, nos estaba esperando el condiscípulo Roberto: para informarnos de la situación tan crítica en la que estábamos inmersos.

ROBERTO -. Has pecado por ser joven y nuevo en la materia y en sus prácticas.

ANSELMO -. Y, ¿eso?.

ROBERTO -. Ahora dirás, que ha sido para la administración donde tú te has presentado.

ANSELMO -. Pues claro.

ROBERTO -.pues no. Ha sido para una constructora particular; que ha cogido una subcontrata de alguien allegado a la administración.

Me quedé como quién no sabe decir palabra alguna a su interlocutor; pues mi creencia era, que cuando salía en la revista de asuntos arquitectónicos, sería la administración quien publicase aquellas plazas como libres. Y como libre me tuve que presentar al único examen, que sufrí yo un día de mucha agua caída del Cielo.

La cesión administrativa se la dieron a un diligente que tenía una empresa, pero sin obreros; por el cual, tuvo que hacer una subcontrata a una empresa que tuviese obreros suficiente, como para ejecutar aquella obra. Como me presenté libremente, libremente salí descabellado de aquel examen; que aparte fue incomprendido por la mayoría de los examinados a él.

Una proposición de trabajo me hizo Roberto, en la empresa que él trabajaba, por ser un alto ejecutivo de la misma. Lo peor del contrato sería, que me daban el trabajo a quinientos kilómetros de mi Ciudad.

Consulté con mi mujer, Cristina, agradeciéndole a Roberto todo lo que estaba haciendo por mí: esperando mejores tiempo a una buena oferta, más cerca de mi queridísima Ciudad; donde yo pudiese ir con el coche y volver en el mismo día.

Seguí a la espera de que me viniesen clientes, para recabar mis servicios como arquitecto titulado; teniendo en sí poca cosa que hacer: solamente hacer nueva una cubierta de un tejado de una casa vecinal, en aquella bella Ciudad.

Presentando el proyecto y la minuta del mismo trabajo al titular de la casa: diciéndome aquel señor, que era bastante caro los estudios de aquel proyecto tan atractivo para él. Teniéndole que quitar alguna clase de materiales, que le había puesto en el proyecto inicial, por otros más módicos. Así como quitarle alguna mano de obra; ya que en vez de trabajar con cuatro ayudantes y un oficial, trabajaría con tres ayudantes y un oficial de obras.

También me buscó una persona, viuda, que quería remodelar la casa por dentro; buscado yo un nodo fácil para hacerlo, ya que la paredes de las habitaciones eran de adobe; Construido por ellos mismos en un horno para tal fin.

También me salió el trabajo, que parecía un palacete aquella casa; después que habíamos terminado de remodelarla toda ella, por dentro.

Cosa que me comenzó a dar fama en mi Ciudad; hasta el punto que me llamó un organismo oficial, con motivo de tener que hacer unas escuelas en un descampado, que había al final de una calle de aquella Ciudad.

Se corría la voz de que yo debía tener mucho dinero; y en realidad tenía más bien poco dinero. Al emplear materiales de poco coste y mucha vista para los no entendidos en la materia de arquitectura.

Pero mi bolsillo no entendía de pocos materiales y de insuficiente construcción. ¡Que no era mi caso!; pues los materiales, con los que yo trabajaba eran, poco más o menos, buenos. Pero mi voluntad era de hierro para salir hacia adelante en la vida; para poder, por lo menos, vivir. Si hasta despistaba yo mi dinero de mi cartera en algunas facturas; pues por menos que cobrase, se los parecía caro a las personas de aquella bella Ciudad.

CRITINA -. Veo que haces muchas obras; pero observo que la cuenta corriente no abulta mucho.

Se vino donde yo me encontraba mi mujer, Cristina; para sentarse en el suelo cerca de mi lado. Yo me encontraba en un sillón leyendo la prensa de la región.

Cristina me echó los brazos por encima de mis piernas; como si quisiera sujetarme, para que no me pudiese mover y contase todo lo que yo estaba haciendo en las obras, en general.

La quise levantar un brazo, para poderme mover un poco, pero ella hizo esfuerzos para que yo no lo consiguiera. Visto esto, me quedé quieto, intentando oír alguna palabra de mi mujer; que me diese luz y guía a mi instinto de querer saber algo sobre lo que a ella la acuciaba.

ANSELMO -. ¿Qué pasa?, Cristina.

CRISTINA -. Me exhorta una idea, en mi cabeza.

ANSELMO -. ¿Qué estás persuadiendo?, Cristina.

No contestó Cristina; solamente se limitó a mirarme fijamente a los ojos; como queriendo ver en ellos algo, que la dijese lo que ella quería saber, sin hacerme pregunta alguna. Y al ver que no lo podía conseguir, se atrevió hacer una pregunta, como dirigida a otra persona que no era yo. Quiso dar un rodeo con su pregunta.

CRISTINA -. Estoy pensando en el carpintero, que nos hizo el armario empotrado.

ANSELMO -. Y, ¿eso?.

CRISTINA -. Por más que trabaja, no tiene nada de dinero en su cuenta corriente.

Me salió una sonrisa picarona de mi cara; como si yo estuviese nervioso y no supiese contestar a dicha pregunta: pero pronto me repuse, para contestarla firmemente.

ANSELMO -. Será que quiere hacer crédito personal con su trabajo.

CRISTINA -. ¿Qué es eso?.

ANSELMO -. Hacerse con numerosos clientes, a base de dejarse unos euros en dicha fabricaciones de muebles y de arreglos en ellos.

CRISTINA -. Y una vez; ya que tenga bastantes clientes. . . ? . . .

ANSELMO -. Una vez que tenga una buena cartera de clientes; se limitará a cobrarles lo estipulado en su gremio.

Se levantó Cristina, asestándome un beso que me supo a poco; así que la así por la cintura, atrayéndomela hacia mí, para darla un beso de amor, con todo el cariño del Mundo. Y haciéndome Cristina una caricia en el mentón y en la cara, repuso algo, referido a mi persona.

CRISTINA -. ¡Qué listo eres!.

Sería listo: pero yo me quedé solo en el salón de mi casa, leyendo el periódico de la región; por si encontraba algo interesante para mi trabajo cotidiano.

Me preparé para salir de casa hacia una obra que tenía yo encomendada; cuando vi pasar a Mercedes a través de las ventanas. De momento me retuve, para no hacerme el encontradizo con dicha señora; observándolo mi mujer, que al parecer no la gustó nada la decisión que tuve.

Mi mujer, Cristina, me hacía señales con las manos para que saliese de casa; como si ella estuviese segura de mi persona; y mi persona se

encontraba aterrorizada por los nervios en aquellas circunstancias, por haber visto pasar a Mercedes tan engalanada, como si fuese un día de fiesta.

Mi mujer, Cristina, no dejaba indicarme con las manos para que saliese a la calle sin cortapisa alguna. No sabiendo mi mujer, que el primer impedimento lo tenía aquella señora tan engalanada en sus vestimentas y abalorios.

En un acto de voluntad definida, me atreví salir a la calle; viendo que Mercedes me estaba esperando a la vuelta de la esquina, sin darse cuenta que mi condiscípulo Roberto se estaba acercando donde estábamos nosotros dos, Mercedes y yo.

Mercedes comenzó andar más ligera, hasta el punto de perderla de vistas, por aquellas calles tan bonitas y engalanadas de flores y macetas: no sin antes haberle dado los buenos días a Roberto; ya que se conocían los dos. Roberto me saludó muy cordialmente; como si hiciese días que no nos veíamos, para empezar una charla amena por su parte. Pero en un momento determinado, cambió de conversación; para recriminarme en lo que yo estaba haciendo con mis clientes.

ROBERTO -. Comprendo que vas a decir: que son otros tiempos y todo ha subido de precio.

Me di cuenta de lo que me quería decir, respondiéndole lo que yo tenía pensado hacer con mis clientes, el día de mañana.

ANSELMO -. A mis viejos clientes, les diré que ha subido el material, como así es. Comenzando a cobrar a los nuevos clientes por el baremo de arquitectos.

ROBERTO -. Te estás liando y te vas a quedar sin clientela.

De esta manera me alertó mi condiscípulo Roberto por lo que me podía pasar el día de mañana, si seguí portándome así con mi clientela; pues a nadie le gusta, que le cobren más que a otra persona.

Dándome cuenta que yo estaba muy verde en dichos menesteres profesionales; así que yo necesitaba un experto que me dirigiese: y qué mejor que mi amigo Roberto; pues desde joven, estaba trabajando en dicho gremio, como contratista de obras.

Lo mejor sería, que me cruzase con él en alguna obra, donde le hubiesen requerido su profesionalidad de contratista de obras. No tardando llegar

la oportunidad de trabajar con Roberto en la edificación de un chalet de nueva planta.

Recibí infinidad de consejos, por parte de Roberto: unos buenos, otros mejores y algunos, hasta la manera de vivir en sociedad; que tanto bien y tanto beneficio me produjo en el resto de mi vida.

Una nueva era se vivía delante de mí; en donde los adelantos tecnológicos y de redes sociales, se proliferaban en Internet, así como adelantos en la arquitectura. Se empezó a ver material nuevo en la construcción, se comenzó a aislar las casas contra la climatología adversa y un sin número de adelantos más, con sus nuevas técnicas.

Parecía que yo no iba a ser capaz de dejar los estudios; pues a una revista que compraba seguía otra, a un libro que me agenciaba seguía otro y, así sucesivamente.

Pero una cosa me chocó mucho: ya que me extraño no ver incrementada mi cuenta corriente en esos años de nuevas construcciones. No queriendo yo contar las causas de mi estancamiento en los ingresos en mi cuenta corriente: mejor dicho; que sí tenía ingresos, pero mermados de esa capacidad adquisitiva como yo creía.

La sopa de ajo, las migas, y sobre todo las lentejas, se siguieron comiendo en mi casa: hechas por mi grandiosa mujer; celosa para que yo me sintiese bien en nuestro hogar.

Aceptaba la vida tal y como venía; si no teníamos mucho dinero, teníamos menos: pero salíamos adelante con nuestras ilusiones, que no eran pocas. Yo me compré mi primer coche; para poderme trasladar de un pueblo a otro, de una Ciudad a la otra; pero eso sí: siempre fardando de vehículo nuevo y de marca afamada.

Sufría si pasaba algo a mi coche; recordando un día, cuando tuve que marchar a un pueblo cercano para tomar medidas en la segunda planta, para hacer nueva la cobertura de la casa. Los niños habían rozado, un poco, la carrocería de mi coche; sintiendo un agobio en mi Alma, que me asfixiaba.

Ya en mi Ciudad y, más calmado; di una vuelta alrededor de mi coche, viendo que no era tanto, esa rozadura, como yo pensaba. Viniendo a mí el padre del niño, que me había rozado el coche; demostrándole a aquel señor, que no era tanto como se pensaba. Que yo lo pintaría en el

concesionario y se quedaría como nuevo. No quise que aquel señor me diese nada. Y ese gesto de generosidad se habló en todo el pueblo; teniendo una repercusión fundamental, para llamarme cada habitante del pueblo, cada vez que necesitaban hacer obras en su casa.

Por aquel entonces había un partido de fútbol, que en general era un derbi llamativo para todo forofo que se aprecie de amar a la pelota rodante; hablándome de ello Pedro, ya que había decidido ir a la Capital de la nación para ver dicho partido. Me lo decía a mí, por si yo quería ir con ellos; pues también iban las esposas de los otros amigos.

He me aquí, entre gradas y mucho bullicio a lo primero; pues más tarde el bullicio se trasformó en abucheo a nuestro equipo. Parecía como si no estuviese jugando en el campo, como si estuviesen estrenando un día cualquiera.

La decepción fue morrocotuda, cuando uno de los nuestros se marcó un gol sin querer; que fue el que hizo ganar el partido al otro equipo, que apenas hizo nada para llevarse los puntos a casa.

En contra posición de ese hecho fatídico, en aquel día; nos fuimos a cenar a un restaurante, conocido por Samuel; ya que el maître del restaurante era primo de nuestro amigo.

Gracias a este metre, encontramos hotel asequible a nuestro bolsillo, en aquella misma noche; ya que eran horas intempestivas de la madrugada, cuando decidimos recogernos en un establecimiento de huéspedes.

Sí, porque donde fuimos primeramente, fue a un Karaoke: cantando todos nosotros una canción, y cuando me tocó a mí cantar; parecía que estaba llorando.

Llevé aquel lloriqueo, producido por el etílico, a una sala de fiesta donde se me acoplaron los huesos; ya que me senté en el sillón para no moverme de allí, hasta que salimos de aquella sala de fiesta.

Mis formas, en el asiento de aquella sala de fiesta, eran decadente; ya que me había dejado llevar: sacando tripa al echarme hacia atrás en el sillón, abierto de piernas. Tanto era así, que cuando pasó un joven a mi lado, me dio un puntapié en el tobillo, que por poco veo las estrellas.

Como no tenía nada para aliviar el dolor y la hinchazón, me di un poco de ese etílico vaporoso, untándome con los dedos el Whisky sudoriento; calmándoseme un poco el dolor y la hinchazón del tobillo.

A la salida de aquella sala, decidimos marchar para ver las calles totalmente iluminadas. Parecía como si fuese de día: y es que esa Ciudad es mucha Ciudad cosmopolita, en realidad.

Pero con todo y eso; nos pudimos tomar un café, bien cargado, con unos churros y unas porras, en un café - bar que encontramos abierto.

Al ver que nuestros cuerpos no resistían más; decidimos irnos al hotel a hora avanzada de la madrugada. Y si no hubiese sido por el personal de limpieza, no nos hubiésemos levantado hasta el medio día de la cama.

Lo primordial era, el encontrar un restaurante abierto; para después irnos a nuestra queridísima Ciudad y descansar un poco en nuestras respectivas casas.

En el restaurante se acercó a mí Samuel, con mucho sigilo para que los demás amigos no se diesen cuenta de lo que me quería decir éste.

SAMUEL -. No se ha movido para nada.

ANSELMO -. Te entiendo, Samuel. Pero no des tres cuartos al pregonero.

En esos momentos se acercó Prudencio con el deseo de saber qué estábamos hablando Samuel y yo; y eso que habíamos hablado poco; pero con eso era suficiente, para que cualquier amigo se viese con el poder suficiente, como para entrar en la conversación.

PRUDENCIO -. ¿De qué habláis?.

Menos mal que tuve un reflejo enorme para contestar a mi amigo Prudencio, pues enseguida metí a las señoras en la conversación, que sosteníamos Samuel y yo.

ANSELMO -. Que tal vez, las mujeres se encuentren cansadas. Nos deberíamos ir ponto a nuestra Ciudad.

En estos momentos se oyó una risa descontrolada, por parte de las señoras; ya que lo que estaba contando una, la hacían mucha gracias a las otras. Dándole pie a Prudencio para refutarme lo que yo le había dicho, en ese momento.

PRUDENCIO -. ¡Sí!; muy cansadas, se ven que están.

Saliéndome los colores en la cara, al demostrar mi poca capacidad de intuición que tuve en ese tiempo de intimidación hacia mí amigo Prudencio.

No menos le salieron los colores a Prudencio, al intuir que estábamos hablando de él o de su mujer, Mercedes: con idea de despellejar a alguien

su piel; maltrecha por las vicisitudes diarias, en la que andaba esa persona en nuestra Ciudad.

Siendo, verdaderamente, poco el trecho camino en el que había andado Mercedes, con respecto a un desequilibrio mental, mal controlado por ella; con respecto al sentimiento sexual. Solamente andaba detrás de mi persona; sabiéndolo únicamente Samuel: e intuyéndolo su marido Prudencio, sin saber de quién se trataba, de entre nosotros.

Aquel hombre se abatió delante de Samuel y delante de mí: dándome una pena enorme por su acobardamiento y por su estado anímico mal caracterizado en ese preciso momento. En un hombre hundido.

Dando media vuelta, se salió del restaurante él solo; y al verle yo tan abatido, me fui a buscarle, con la sola idea de entablar una pequeña conversación, que le sirviese de soporte moral en aquella hora de desolación para su pobre Espíritu.

Al verme llegar a él, Prudencio me indicó con la palma de la mano abierta; que no me acercase a él. Pero yo no podía dejarle con esa inquietud metida en su ser; ya que estaría sufriendo lo suyo.

Miré para un lado, para otra; y cuando no vi a ninguno de los amigos, me atreví hablarle a Prudencio.

ANSELMO -. No, no y ¡no!: Prudencio.

Prudencio se me quedó mirando, como si ya supiese lo que yo le iba a decir; pero él mismo se equivocaba; ya que me salió una simple conversación de cuando un hombre se queda solo.

PRUDENCIO -. ¿Qué quieres?.

ANSELMO -. He visto, que has salido solo a la calle. Un hombre no debe estar solo; pues aunque no piense en nada, es malo para su conciencia moral y ética.

PRUDENCIO -. ¡No mezcles!.

Al darme cuenta del potaje que estaba haciendo con las palabras, en vez de cortar la conversación en seco, como se suele decir, seguí en mis treces; para no mostrar una apatía general en mis palabras.

Estando en mis treces: ya que una persona no debe estar sola y, máxime si ésta tiene amigos y familia entre ella, en ese día que se ha alejado de ellos para desear estar a sola. Pero cuando ya me veía, que iba a divagar; hice un giro propio del que está en lo cierto, siguiendo, con no te preocupes:

más bien, aquel giro, me sirvió para seguir con una conversación etérea, al ser un caso que no se puede tomar como ligero.

Le seguí más bien, por un camino de esperanza y de ilusiones, echas realidad en la vida, para toda la persona que tiene fe: pues las creencias son amigas del bien constituir y de las buenas relaciones entre las personas.

Me salvó la campana, como se suele decir; pues se acercó a nosotros la mujer de Samuel, Antonia. Y en un periquete cambiamos de conversación Prudencio y yo; para no dar mal entendido a nuestra amiga Antonia.

Comenzamos hablar de una excursión a la sierra de al lado, para hacer una caldereta en la casa de campo de éste mismo amigo, Prudencio. Cosa que gustó mucho a Antonia; pues como ella decía, -. Hace tiempo no vamos de caldereta al campo -.

La noticia corrió como la pólvora; haciéndose el encontradizo conmigo Prudencio a los tres días de, para alertarme del desliz que tuvo; al decir que nos invitaba a su casa campera a una caldereta: no siendo propicia su mujer, Mercedes, para preparar dicha caldereta.

Él no sabía cómo parar dicha caldereta, ya en marcha dentro de nuestros graciosos cerebro; pues la imaginación era mucho y las ganas más; por cuanto no era afable Mercedes hacer los preparativos de dicha caldereta. Una idea se me vino a la cabeza; diciéndosela enseguida a Prudencio, para no desperdiciar la oportunidad que nos ofrecía este hombre a todos los amigos de la infancia.

ANSELMO -. Me parece más bien, que seamos los hombres los que hagamos los preparativos para la caldereta.

Se me quedo mirando Prudencio, con cara alegre y dicharachera; como si eso rompiese el hielo, entre su mujer, Mercedes, y él.

PRUDENCIO -. Has tenido una buena idea.

Así fue; pues comunicándolo a los amigos, estos aceptaron la idea que se había tenido; siendo todos nosotros los que hicimos los preparativos para que tuviese efecto la caldereta anunciada a todos, en común.

El escollo principal que encontramos, era que con coche no podíamos llegar hasta arriba de los riscos; por eso buscamos un medio de transporte semoviente. Siendo los burros de un vecino, los que nos subieron los avituallamientos a la casa de Prudencio, en plena sierra. Recibiendo una

sorpresa al llegar a la casa de nuestro amigo, en la sierra; pues ya se encontraba allí Mercedes, esperándonos.

Mercedes, se encontraba vestida como una joven: y joven era, si se la veía con buenos ojos. Mercedes iba vestida con una falda a lo charro, de muchos colores, cayéndola los flecos hacia media pierna, con zapatos planos de kiowa, pelo recogido hacia atrás formando un moño y en las manos las uñas bien pintadas, con las cejas depiladas y el semblante terso por las circunstancias.

Entramos los avituallamientos en la casa y comenzamos pelando ajos y pelando las patatas y, en este mismo momento me llamó Mercedes para que la ayudase con un baño de la buhardilla de la casa.

Mientras me estaba dirigiendo hacia la buhardilla, por las escaleras; me pude dar cuenta que venía Mercedes de tras de mí, mirando mucho al caballo del Espartero; pues yo tenía abultado dicho empeine con los escrotos. Pero no así el glande, que se puso, en un momento determinado, como si fuese el palo de la bandera.

Sin pensarlo di un salto, agarrándome de la barandilla de la escalera para poderme escapar de aquella fiera de presa; con tan mala suerte que me caí en uno de los peldaños, que formaba la escalera.

Ella, al ver aquello, salió como una fiera derecha a su presa; y cogiéndome por un brazo me levantó para quedarme muy cerca de su cara, rozándose con sus pechos. . . ¡En fin!: que para no molestar a ninguna persona en su susceptibilidad, hago como que ignoro el resto de aquel episodio; que parecía una película, cogida de una obra literaria.

Hasta la habitación, que había en la buhardilla, fuimos como hermanos; pues en aquel desván no vi baño, Ni de cinc, ni de cerámica. Pero lo que sí había, era un camastro de paja, llamada jergón: hecho con la caña de la espiga de centeno.

Me cogió de la camisa y echándome la pierna, como torniquete, me tiró encima del jergón; para más tarde remangarse la bata charra. Y al ver yo eso; me incorporé como si tuviese un resorte en mi cuerpo, saliendo de aquel desván corriendo y si volver la vista hacia atrás. De tal manera, que cuando llegué abajo, me pude dar de bruces con el amigo Samuel; pues si no me para nos caemos los dos al suelo.

No se me ocurrió otra cosa, más que señalarle con el dedo índice al desván de la casa; comprendiéndolo de inmediato Samuel, que haciendo gestos con la cabeza de reproche, no aceptaba la forma tan poco cortés que tenía Mercedes conmigo: y eso que era en su casa.

De aquella ocasión maltrecha para mi pobre Alma, me había salvado; ¿pero quién me salvaría en la siguiente?, porque la siguiente, vendría; si aquello siguiese igual que estaba.

Nada más que degustamos, aquella delicada y deliciosa comida, alerté a mi mujer, Cristina, de algo que se me había olvidado mandar como prueba el día de la fecha. Y como mi mujer velaba más por mí, que por ella: me vi en unos minutos en mi casa; haciendo como que mandaba, por ordenador, unos croquis a un señor imaginario. Siendo dichos dibujos para su aprobación por mi cliente.

Nada más terminar dicha pantomima, me recosté en un sillón en el salón de la casa, donde había una mesa pequeña; y allí puse el vaso de Whisky, sobre aquella mesa. Recreándome en el etílico insuperable de aquel alcohol iluminador.

Cuando me pude dar cuenta, se encontraba mi mujer, Cristina, mirándome fijamente a la cara; como para saber qué sueño tan dulce tenía yo. Me había dormido la siesta, en aquel sillón tan confortable.

Al ver a mi mujer mirarme fijamente a la cara, me entró tal vergüenza, que se me encogió toda el Alma. . . Una mirando por mí y la otra queriéndome sacar las entrañas.

Qué diferencia tan abismal hay de una a la otra: así es el Mundo, con todas sus vicisitudes, con sus miserias y agotamiento en el ser humano al ver ciertas cosas, no comprendidas por el cerebro de las personas.

Sin hablarnos una sola palabra, mi mujer salió del salón de la casa y cuando me vi solo, me fui a poner bien delante de una imagen bendecida, que teníamos encima del parador del salón.

Un rezo; sí, un rezo de arrepentimiento y perdón le eché en aquel minuto, que tuve de lucidez en mi pensamiento humano y maltrecho por las circunstancias, de verme acosado por aquella mujer tan despampanante, Mercedes.

Aquel rezo me supo a mucho; ya que sí era la imagen de Cristo: pero a la que yo rezaba era a su Madre, para que intercediese entre mi persona y la persona de Mercedes.

Para que nunca más, dicha señora, tuviese ese arrebatado de instinto carnal con mi persona: y mi persona se viese resguardada por su manto Celestial, en todo momento.

Cosas que pasan en la vida, no pudiéndolas retener nadie; por más pasión que ponga, para atajar tanto daño. Y aunque se tiene que aceptar lo que pasa en la vida; se tiene que combatir y luchar con armas legales: con fe, esperanza y caridad.

Pero eso sí: yo tendría que poner los medios para que aquellas situaciones de agobio personal, con aquella mujer, no volviese a pasar; yéndome al sacerdote para contarle lo que me pasaba con una mujer. . . ? . . .

No queriéndole decir quién era dicha mujer, al sacerdote, ni él me lo preguntó: solamente se limitó aconsejarme lo mejor que sabía. Y a mi creencia, que aquel sacerdote no iría a dar la talla en sus explicaciones, me confundí del todo; pues con una facilidad asombrosa me aconsejaba en la manera de ser y de obrar, delante de aquella señora.

Así lo hice y, desde la primera vez me comenzó a dar los frutos deseados; ya que Mercedes se retraía en sus envites, hacia mi persona: y mi persona, estaba ufana de lo bien que lo estaba haciendo yo con aquella persona.

Parecía que mi vida transcurría normalmente; como si nunca hubiese tenido esos altibajos en mi moral y en mi sufrimiento, por verme acosado por una mujer que no era la mía.

Desde entonces, la vida me era placentera; sin esos sufrimientos, de verme con tanto esfuerzo para ser fiel a mi mujer, Cristina.

Se me despejó el cerebro, de tanta presión y esfuerzos como hacía para seguir siendo un hombre leal y cabal a la vez; empleándome más en mi trabajo, para hacerlo lo mejor que yo sabía.

No me conformaba, con saber qué clases de construcciones había en la piel de toro; más bien expandí mis conocimientos, particulares, a otras naciones, cercana a la nuestra.

En Italia: reanudación de modelos clásicos, con habitaciones corridas y sin puertas; con predominio de líneas horizontales y su proyección como humanística, aplicando para eso sus proporciones.

En Francia: se dan los temas religiosos o de la naturaleza, con uso de bóvedas, cúpulas; y sobre todo con la búsqueda de la perfección y la belleza.

La suerte la tuve, al tener que construir un chalet en la Capital de la Nación: felicitándome los mejores constructores que existen en la península. Pues hasta en el periódico salió fotografiada dicha construcción del chalet.

Pero, con todo y eso; eran remisas las personas que me contrataban para que las hiciese una obra; ya que se estilaba en cada tipo de construcción la manera de edificarla: ya sea familiar, industrial, oficial o para oficinas; teniendo en cuenta su aislamiento para el frío o el calor. Edificaciones muy preciosas, con buenos materiales en su construcción.

Parecía que había hecho una edificación a mi gusto y que nunca más volvería hacer otra; ya que según ideales particulares, tienen que ser todas las edificaciones homologadas a las otras.

Me encontré una vez sin fondos en el banco; así que tenía la presunción de hablar con algún financiero; y qué mejor sería mi amigo Pedro, aparte que era un banquero muy reconocido; sin ganas de publicidad alguna para su persona. La humildad era primordial para él, y máximo en aquellos tiempos de penuria económica.

Me sentó Pedro en el mejor de los sitios en su casa; cerca de una chimenea de leña, que yo les había hecho, ya que hacía frío en nuestra Ciudad, por ser la época para hacerlo: invierno.

Tenía la edad permitida, la capacidad económica para solicitar el préstamo, la posibilidad de adeudarme un cuarenta por ciento, máximo adeudo que se puede permitir una persona para pedir un préstamo y la suficiente paciencia para que me revisasen mi préstamo.

Una vez que supe la posibilidad de obtener dicho préstamo, para una nueva construcción; ya que yo me había hecho empresario, en forma invisible: pues la concesión de la obra se la adjudicaría a un empresario de la construcción, siendo yo el socio principal. Así no costaría, que un arquitecto se hubiese hecho empresario de construcción.

La pregunta se hacía rogar; una vez que le expliqué a Pedro para qué quería tanto dinero, ya que sacó un Whisky escocés que quitaba el sentido al que lo probaba.

Entre sorbo a sorbo, nos fuimos calentando, y como buen economista y buen banquero me lanzó la pregunta que yo estaba esperando desde hacía bastante tiempo; quitándoseme de momento aquel grado de mareo, que da el Whisky a la persona humana.

PEDRO -. ¿Para qué quieres tanto efectivo, por tu parte?

Me quedé mirándole a los ojos, para saber en qué grado de complicidad se encontraba Pedro conmigo: y al ver que le brillaban mucho y que esperaba la respuesta, que yo le diese, con suma honestidad, que no con sumo afán; le expliqué dónde me había embarcado en mi profesión.

Movía, Pedro, la cabeza de una parte a la otra; como no aprobando que me hubiese metido en tales faenas dinerarias y sobre todo: cuando yo era arquitecto, debiéndome a mí deber.

Las personas separan al arquitecto del constructor de obras; no siendo asequible que el arquitecto forma empresa de construcción; aunque el arquitecto tenga el Título de intensificación de Dirección de Empresa.

Pedro esperó, como buen banquero y financiero; para hacerme aquella pregunta: aunque como buen amigo me retiró la botella de Whisky del alcance de mis manos, para que no bebiese más y así poder responder con todos mis sentidos. Parecía que me quería ayudar con todas sus fueras y con todo el saber, que él había adquirido, en la carrera y durante todo el trabajo que había desempeñado en sus menesteres, como financiero y banquero a la vez.

Al ver yo así, a mi amigo Pedro; no pude por menos, que poner toda la atención debida a tal efecto: por mi indiscreción y mi poco vuelo en tales sistemas financieros, me formasen una mala pasada, por poco saber y por poco estar ducho en esos menesteres económicos.

ANSELMO -. Tú me dirás.

PEDRO -. Si me dejase que yo te vaya aconsejando, te avalo el préstamo. Para que Pedro no se enfadase conmigo, tenía que contestarle pronto a su propuesta financiera; pero hice como si me picase la nariz, arriscándomela en unos pocos segundos y así darme tiempo para yo pensar lo que le iba a contestar.

ANSELMO -. ¿Puedo poner alguna cláusula en el contrato del préstamo?.

PEDRO -. Todas las que quieras.

ANSELMO -. Entonces; déjame unos días para que piense la cláusula que iré a poner. . . Como podrás intuir, la desconfianza en ti es imposible.

PEDRO -. Pero hay cláusulas.

ANSELMO -. Las hay.

PEDRO -. ¿Constructiva o destructiva?.

ANSELMO -. No te precipites: ¡ya verás!.

Al pensar lo que habíamos hablado Pedro y yo, me quedé pensativo; como si me faltase algo.

ANSELMO -. Te has fijado que no hemos hablado en el argot científico, como nosotros hacemos siempre.

PEDRO -. Es mejor: así no nos entenderán muchas personas.

Cuando miré a la salida del salón, vi unos zapatos a través de las cortinas de terciopelo, que tapaba la puerta de dicha entrada; pero cuando se hizo un vacío de silencio entre nosotros dos, Pedro y yo, avanzó la persona que había esperando en la entrada del salón: siendo la doméstica de la casa; sosteniendo una bandeja en las manos, con sendas tazas de té y unas pastas.

DOMÉSTICA -. Ustedes perdonen; pero les traigo un presente, como me ha mandado por teléfono la señora Andrea: ya que se encuentra en el ropero social, poniendo bien las prendas que ha recibido hoy, para distribuirlas a los más necesitados de la Ciudad.

PEDRO -. Está bien, Paca. Puede usted retirarse.

Yo me dispuse a marchar a mi casa, despidiéndome de mi amigo Pedro; sabiendo de antemano, que ya habíamos formalizado un trato verbal, no escrito; pero exigible por honorabilidad a las dos partes contrayentes de dicho pacto.

Llegué a mi casa ufana y alegre como nunca lo había hecho; siendo que esa vanidad me salía de lo más profundo del Alma, cuando yo era adicto a la humildad más definida.

Me lo notó mi mujer Cristina; que acercándose a mí me preguntaba por las causas de esa satisfacción personal, con la que me había presentado en casa, ese día.

Como estaba suscrito a la prensa de la Ciudad, la pedí, por favor, a mi mujer que me trajese el correo; pues la hora que era, tendría que haber llegado la mensajería escrita.

Me puse como un león a leer el periódico local, para ver si encontraba algún anuncio de construcción en él. Y efectivamente: en la reseña de anuncios, venía una llamada de un constructor, buscando financiación.

Encuadré aquel anuncio, para dar con él lo antes posible; una vez que volviese a leer el periódico. Quedándolo apartado, aquel anuncio, hasta que obtuviese el reintegro del banco.

Me di un paseo, por dónde reseñaba aquella nota publicitaria, del periódico; viendo un buen terreno, en aquella finca. Que por otra parte estaba parcialmente edificada, en un tercio de su terreno.

Me interesaba ese negocio; para obtener pingues beneficios económicos y hasta social, entre mis compañeros de profesión y entre las personas de aquella Ciudad.

Apostado como un animal de caza, que espera a su presa para devorarla; así, así me encontraba yo con aquel terreno, tan apetitoso para la construcción.

Pese a que estaba situado el terreno en una calle céntrica de la ciudad; la obra se encontraba parada; entrándome deseos de saber las consecuencias que habían llevado al constructor a parar las obras.

Activé un poco mis contactos, sabiendo que en aquel terreno existía una hipoteca, que pocos la pueden pagar, sin quebrantamiento de su economía. Así, que me estaba, enteramente, prohibida su dirección y, mucho menos comprar aquel terreno; ya que sería una posesión envenenada, para mi pobre economía.

Me fui a casa de Pedro; pero esta vez se encontraba en ella su mujer, Andrea: recibíendome agradablemente, y haciendo que pasase yo al salón, para poder llamar a su marido, Pedro.

Ya sabía él, Pedro, para que llegara yo a su casa. Movía la cabeza de una parte a la otra, como no dando el visto bueno a la compra que quería hacer, con dichos terrenos.

PEDRO -. Te doy la bienvenida a mi casa; pero no creas que te recibo con el agrado que te mereces. . .

ANSELMO -. No me merezco nada.

PEDRO -. ¡Hombre!: ¿dicho así. . .?.

Se cortó de inmediato, cuando vio que su mejor, Andrea, nos traía sendas copas de Whisky en una bandeja, ella misma.

ANDREA -. No creas, que esto viene solo; pues acabo de hacer un dulce, que sabe a Gloria Bendita.

Yo me eché para atrás; como asustado por lo que había dicho Andrea. Tal vez sabría bien el dulce confeccionado por Andrea; pero eso de ahí, no llegaría a ser la portada del mismo Cielo.

ANSELMO -. Estará bueno el dulce que has hecho: pero de ¡ahí!; a elevarse hasta el mismo cielo. . . ¡Mujer!: eso no puede ser.

ANDREA -. Espérate y verás.

Aprovechamos los dos, Pedro y yo, para hablar de nuestro contrato verbal; pudiendo observar, que Pedro sabía lo de la hipoteca: calmándome los ánimos exaltados, por las circunstancias, como buen amigo.

PEDRO -. Anselmo. Si te cuento, que entre nosotros no pasa nada de nada: ¿tú me creerías?.

ANSEMO -. Dicho así, se puede creer a cualquiera.

PEDRO -. El contrato verbal no vale para mí. Yo no puedo ser un ruin obligando a un amigo, que cumpla con lo que no puede. Es un acto mayor de fuerza, al que nadie está obligado a cumplirlo.

ANSELMO -. Yo no te he considerado, nunca, un mezquino y, menos; cuando sé tú carácter como es. Pero, eso sí: te tengo que hacer una advertencia.

PEDRO -. Tú dirás.

ANSELMO-. Deseo que quede en vigor dicho contrato, hecho entre nosotros dos; a espera de mejores ocasiones.

PEDRO -. Si lo que quieres, es un aplazamiento de dicho contrato; así será. Queda aplazado nuestro contrato verbal, a nuevas perspectivas económicas para tu cartera financiera.

Le hice saber a Pedro lo que yo tenía, como activo, en el banco que él dirigía, en nuestra Ciudad. Quedándose Pedro como petrificado, al saber lo poco que disponía como contante, en el banco, de su digna dirección.

Me habló, Pedro, que nunca se había atrevido a dar un saldo a mi cuenta corriente, para saber lo que yo disponía, en aquel preciso momento; debido a nuestra amistad; por no ser de unos días: ya que nuestra amistad venía desde joven; cuando éramos niños. Ya que éramos amigos de la infancia.

Comenzó a presumir, Pedro, de amistad delante de mí, y yo me sentía alagado y conforme con lo que él estaba diciendo.

Pero no podía dejar aquella amistad colgada como de un hilo; así que pensé hacerle una clausula, en el contrato asequible a él; para que aquella amistad perdurase en el tiempo.

No le dije nada. No se lo podía decir hasta que llegase la hora de plasmar el contrato en unas cuartillas; ya que sin modelar o crear el contrato, no se lo podía decir. No sabía si él aceptase dicha clausula, favorable a él.

Entrando de inmediato, en casa de Pedro, nuestro amigo Samuel; pues vendría con un objetivo, primordial, para sus intereses quirúrgicos; ya que yo me había enterado que tenía un quirófano algo deteriorado, teniéndole que cambiar de inmediato.

No me parecía bien permanecer en casa de Pedro, oyendo a Samuel hablar con nuestro amigo el banquero de sus cosas; así que me despedí de ellos, saliendo a la calle de inmediato.

Ya en la calle, me vi impedido para continuar mi camino: no sabía qué dirección tomar en aquel momento; pues venía, calle arriba, la amiga Mercedes, que saludándome muy cordialmente prosiguió su marcha a Dios sabe para dónde.

Me pareció caso cerrado, las relaciones que tenía Mercedes conmigo; sobre todo cuando hablé yo con el sacerdote. ¿Qué la diría ese cura?, a la amiga Mercedes.

Me fui pensando, todo el camino hacia mi casa, sobre dicho problema: mejor dicho, sobre lo que había sido el problema de acoso sexual hacia mi persona, por parte de Mercedes. Visto lo visto; allí no había quedado ningún resquicio, en su ente, de volverme acosar como lo hacía antes de yo hablar con el sacerdote.

Todo alegre y contento llegué a mi casa, como si me hubiese tocado la lotería; dándola motivo a mi mujer, Cristina, para preguntarme por aquella forma alegre, con la que yo llegaba a casa aquel dichoso día.

¿Qué la iba a decir?: si en la cara se me veía el relax tan imponente, como yo llegué a casa. Derrochando alegría por todo mí ser: pareciendo otra persona más amable y dicharachera. Alegrándose mucho mi mujer, por aquel cambio de ánimos, como yo tenía en ese día.

Siendo primordial, para Cristina y para mí; que yo no cambiase de ánimos en toda mi vida, que viviese con mi mujer. Una persona afable y buena donde las haya; mereciéndose otro trato más exquisito. Tendría que tenerla más en cuenta. Y para ello, tenía que estar atento a sus necesidades; preguntándola cada día, si estaba contenta y si la hacía falta alguna cosa: pues yo se la proporcionaría.

La vida trascurría lo más placentera para mí y para Cristina; yo llevaba finanzas a casa trabajando mucho, siendo algunos meses cortas esas finanzas que proporcionaba para mi casa: más bien, cuando teníamos que hacer algún extra, comprando muebles, vestidos u otra cosa, que hiciese falta para casa o para nosotros dos, Cristina y yo.

Un día llegó el amigo Prudencio, a mi casa con el deseo de ampliar una habitación; pues al parecer se estaba allí mejor los veranos, por el fresco que se notaba en ella: haciéndole yo dos proyectos para su acomodo.

Pero cuando se los presenté, no le gustaba ninguno; ya que se había empeñado, que eran bastantes caros dichos proyectos.

ANSELMO -. Te he entendido, que tu gusto es para que dé frescor la habitación.

PRUDENCIO -. Así es.

ANSELMO -. Si observas, verás unos aislamientos, que he puesto en las paredes de la misma habitación, separando las dos partes de ladrillo; con el que he formado dicha pared.

PRUDENCIO -. ¡Dos ladrillos!. ¿Entonces la pared es doble?.

Le enseñé el otro presupuesto, en donde se veía una pequeña respiración, para que aquella habitación cogiese el aire del exterior, pasando por un tamiz de paja, que enfriaría el aire que llegase del exterior de la casa.

Al oír aquella explicación, dada por mí parte a Prudencio; este se levantó como asustado; sin apenas poder decir una sola palabra: hasta que por fin le estallaron los nervios a este buen amigo. Y levantándose de donde él estaba exclamó algo, que no olvidaré en el resto de mis días.

PRUDENCIO -. ¡No digas!: ¿haciendo pruebas en mi casa?.. ¡Muy bonito!.

¡Pajas!: pajas a mí; para que se me quemé mi casa.

ANSELMO -. Te he quitado: cortina térmica o paneles térmicos. Son más costosos que meter paja o caucho.

Le parecía mejor un aislamiento de paneles térmicos y cuando le presente el proyecto de dichos paneles; ya no le parecían bastantes buenos aquellos paneles térmicos.

Por supuesto, que el adobe era más fresco que el ladrillo; ya que sería otra pared la que yo hubiese echado, en la pared principal. Siendo mezclar barro con paja, para que le sirviese de aislamiento térmico. Y por supuesto, esa amalgama, se pondría en el horno; ya que entonces, se asemejaría al ladrillo.

Para no hacerme más pesado, volví a pedirle su parecer a Prudencio, oyéndolo Mercedes; que se vino donde estábamos nosotros dos, su marido y yo.

No sabía yo, si aquel acto intuitivo y gratis, fuese favorable a mi persona; y mi persona estaba que restallaba de los nervios que me había dado, al ver aquella mujer cerca de mí.

Pero pronto se me aplacaron los nervios, al oírla hablar de la manera como lo hizo.

MERCEDES -. Prudencio: tú has caso al amigo Anselmo, que de esto sabe bastante.

Así se expresaba Mercedes delante de su marido Prudencio; oyéndolo mi persona, con gran satisfacción.

Por fin aceptó mi amigo Prudencio, para levantar aquella pared como yo decía, o como él me dijo, -. Haz lo que mejor sepas -. Y menos mal, que allí no había nadie extraño a nuestra reunión; que si no, no sé lo que hubiese sido de mi persona, como arquitecto.

Eso me había pasado, por estudiar la construcción de algunos desiertos; sobre todo, la manera de construir para quitarse el calor; que era poco más o menos de treinta y cinco grados.

Y para poner una guinda al proyecto, Prudencio no se mostraba muy conforme con tal proyecto. Echándole su mujer Mercedes una mirada, como obligándole para que diese su brazo a torcer.

Hasta en la misma construcción de aquella pared; ya muy bien, para quedar satisfecho en la construcción de dicha pared.

Aunque un mes después de haberse acostado en aquella habitación, me paró el amigo Prudencio en plena calle con idea de decirme alguna cosa; estando yo como cohibido, por sospechar, que no estaría a gusto con

aquella construcción de la pared. Pero no; no fue así, que me daba las gracias, delante de todas las personas que le estaban oyendo.

¡Menos mal!: ya que estaba en plena calle, hablando un poco alto, por la excitación anímica con la que se encontraba; al dormir toda la noche, sin despertarse.

Un día vino a casa el amigo Samuel, con la sola idea de aislar unos quirófanos con aislamiento térmico naturales; y para ello se debía inutilizar durante unos días aquellos quirófanos: cosa, que no gustó mucho a Samuel. Por no tener pacientes en esos días.

Pero al empezar hacer la compresión térmica de las paredes, se vio que las mismas estaban construidas con bloques modernos: difícil de llevar a cabo dicha construcción térmica, con aislamientos naturales.

Volví a llamar al amigo Samuel, informándole del descubrimiento que habíamos hecho en las paredes: y en vez de desistir hacer la obra, se envalentono; diciéndome algo sorprendente.

SAMUEL -. Tú eres evolucionista: hazme la obra, empleando tu ingenio.

La obra fue hecha, dejando algún respiradero para hacer el vacío entre lo que ponía en las paredes; y así, poder tener un sistema térmico perfecto.

Parece ser que aquello empezó a surtir efecto entre las personas del pueblo; y hasta de pueblos más allegados a nuestra Ciudad.

De tal manera, que fui llamado a un gran pueblo, para construir un chalet en plena calle principal de aquella pequeña ciudad.

Entre medio se cruzó un simposio, al que yo tenía que asistir, enterándose los amigos. Formando de inmediato un viaje de plaza todos ellos.

ANSELMO -. Pero, ¿Vendrán, también las mujeres?.

Se quedaron mirando, unos a los otros; como no sabiendo lo que contestar, hasta que uno de ellos dio la conformidad.

PEDRO -. Sí; claro que vienen, también, las mujeres.

Mi vida conyugal iba a las mil maravillas: no queriendo yo que se rompiera ese lazo fraternal, que tenía yo con mi mujer, Cristina.

Allí que nos fuimos todos los amigos; aprovechando el simposio que yo tenía; para hacer una escapada a la Capitalina Ciudad, para evadirnos un poco del mucho trabajo que teníamos todos.

Mi mujer, Cristina, estaba dichosa conmigo; pues a cada paso la compraba lo que la gustaba en cada escaparate de la Capital de la Nación; aparte,

que se mostraba muy cariñosa conmigo: no sabiéndose lo que hacer con mi persona. Y mi persona, se derretía como la miel, cada vez que Cristina me daba un beso. Y máxime, cuando Pedro me afirmó, que habían dado luz verde para construir unos estudios nuevos en nuestra querida Ciudad. Al comprar unos terrenos, que me venían de maravillas.

El metro de obras era mi mano derecha en dichos menesteres; así que se comenzó a construir mi estudio de arquitectura todo lo bien que se podía. Como aquellos estudios eran demasiados amplios; pensé contratar a un arquitecto, que era uno de los primeros en su promoción: teniendo esa suerte, de verme con un arquitecto bueno, donde los haya.

Me vi superado en par hacer los croquis de los edificios y después replicarlos en unos paneles encima de la mesa; que más tarde será el alma del resultado arquitectónico definido. Siendo el diseño ligero de un terreno; que es crear espacios ligeros y estables para las personas.

Menos mal que había una fotocopidora, que te hacía copias de grandes dimensiones, y a ella acudía con frecuencia; para desarrollar mi trabajo, lo mejor que yo sabía. Pero los acotados y trazados; los tenía que hacer yo en el estudio, en mi mesa de dibujo. Usando algunas veces, perspectiva caballera, en los planos que pintaba; para saber sus verdaderas dimensiones, de las partes acotadas.

Una mañana temprano, recibí una llamada telefónica, de un edificio oficial, para que reconstruyera su cúpula; pidiéndole al señor que estaba detrás del auricular del teléfono, me lo mandara en correo, bien escrito. Y así fue. Pues a los dos días recibí un correo electrónico, detallando la cúpula, para encargarme a mí su reconstrucción.

Pero como no se lo había dicho a mi ayudante, todavía: este, por poco rehúsa el tenerse que desplazar a la Capital de la Nación; alegando causas familiares. Tenía un hijo, al que se le debía dirigir en todo momento; quedándose sola su madre con él. Y como pesaba lo suyo, ésta mujer no podía llevar esa sobrecarga física por sí misma.

ANSELMO -. Y ¿Si en vez de pagarle a usted el desplazamiento, lo empleamos en una persona, que esté a cargo de su hijo?.

ENRIQUE -. Según mi retribución.

ANSELMO -. Mire usted el baremo, como se paga hoy día: otra cosa no le puede decir.

ENRIQUE -. Hospedaje y mantenimiento; se me dará por añadido.

ANSELMO -. ¡Enrique!: que es un organismo oficial.

Así quedó sentado, sin plásmalo en una cuartilla; aquel contrato verbal, que le hice al señor Enrique: mi ayudante.

Todavía faltaba un fleco que arreglar entre nosotros; siendo ese problema, menor, hacerse con una secretaria para que llevase la correspondencia a CORREOS y fuese a por la que recibiésemos nosotros: ya que todavía había actividades, que se fiaban más en la correspondencia clásica, que en los WhatsApp, o en los correos electrónicos.

Siendo CORREOS la piedra angula, que sirve como medio de unión entre todas las personas, que se aprecien y tengan a bien guardar sus secretos, más íntimos: siendo el medio más fiable de mensajería particular, cien por cien.

Ya, en la Capitalismo Ciudad; comenzó acoplarse Enrique; pues llegaba con ese conocimiento de Ciudad pequeña; y sobre todo, de pueblos en su misma provincia.

¡AY!, Madrid: “de Madrid al Cielo” como se suele decir; en donde las noches son días y los días Cielos son.

Más de una vez se perdió Enrique; no así la secretaria que teníamos a nuestro cargo: ya que tenía que responder yo ante sus padres, de su estado y bienestar estando en Madrid. Por ser Madrid, mucho Madrid.

En la capital de España, trabajamos mucho; pero disfrutamos de sus encantos antes las personas que le visitan. Madrid cosmopolita Ciudad, siendo común a gran números de países.

No se podía desviar uno de lo que nos dijese dentro del servicio oficial, como dependía aquel edificio, tan bello y tan bonito; porque los croquis y planos los miraban ellos con lupa.

Yo veía, que Enrique tenía ganas de marchar a nuestra Ciudad, para ver a su mujer y a su hijo; así que le di la idea, de viajar a la Ciudad, donde vivíamos, para estar con su familia, lo vienes por la tarde, hasta el domingo por la noche. Así lo empezó hacer, dejándome a mí con la secretaria en Madrid. No pudiendo yo salir a ninguna parte de aquella hermosa Ciudad, por tener que estar atento a mi secretaria.

Pero una mañana, me propuso ésta, Amparo, salir a un evento; pues así lo entendí yo en un principio: pero más tarde, supe que a donde ella quería

ir, era para ver un encuentro de fútbol, que tendría lugar aquella misma tarde en uno de los mejores campos de fútbol que hay en el Mundo entero.

Tenía bastantes confianzas conmigo Amparo; porque yo me percaté, que esta señorita se arrimaba mucho a mí: Pero cuando recapacité, me pude dar cuenta, que ella solamente hacía huir de los hombres que tenía a su lado.

Cuando terminó el partido, la invité un café en un bar que hay allí cerca: y cuando nos cansamos estar en el bar, nos dispusimos a marchar a nuestro lugar de residencia.

A pie: todo el camino lo hicimos a pie, desde el estadio de fútbol hasta donde nosotros vivíamos; hablando y charlando de nuestras cosas en particular, sin meternos mucho a fondo en las mismas.

El lunes; ¡UHI!, el lunes. Cuando todas las cosas se remolinan en el cerebro de las personas, pensando lo que se había hecho el domingo: cuando la luz se apaga y se enciende la mecha de la inteligencia en el trabajo; para poder hacer la mitad del mismo.

Tantas ganas teníamos salir del trabajo, que cuando dio la hora de finalizar el mismo; corrimos todos a la puerta, para perdernos entre los transeúntes de las aceras. Y así estuvimos un par de horas; sin podernos encontrar ninguno de nosotros tres.

Entrándome a mí unos nervios supinos; por pensar en Amparo: aquella joven, que nada sabía de la sociedad, que no había salido de su casa y de su Ciudad natal para nada.

Siendo al primero que ve a Enrique; que también nos estaba buscando, con suma ansiedad. Y cuando le conté lo que estaba pasando, perdidos los tres, éste se quedó como petrificado.

ENRIQUE -. Pero Amparo, no ha salido de su casa en toda su vida. ¿Qué hacer?.

ANSELMO -. No me lo preguntes a mí: que no lo sé.

Así se encontraba la situación entre nosotros; los unos sin saber por dónde andaban los otros.

Hasta que en un recodo de una calle, vimos a Amparo hablando con un caballero; toda ella nerviosa y sin saber dónde se encontraba. Y cuando nos vio acercarnos a ella; respiró profundamente: como desechando ese

fatuo de incertidumbre, que tenía dentro de sí. Hasta se la vio caer sendas lágrimas de los ojos, seguida de una pequeña sonrisa, como de estar aterida por los nervios.

Al siguiente día, en el trabajo, nos contó Amparo, a Enrique y a mí, que había pasado más miedo que nunca; al verse sola por las calles madrileñas: con tanto viandante, con tantos coches, como había en ellas; no pudiendo resistir ponerse totalmente nerviosa. Pero nadie la preguntaba nada; todas las gentes seguían su trayecto sin contemplaciones; poniéndola más nerviosa, todavía, ese estado poco afectivo de las personas en la vía pública.

Hasta un joven se tropezó con ella; ya que estaba mirando un reloj en una plaza, donde se encontraba ella: totalmente ensimismada.

En fin, que tuvimos la amabilidad de dejar hablar de lo que había pasado a Amparo el día anterior. El domingo, el día del derbi entre dos conjuntos futbolísticos, que tanta satisfacción nos dio al ver el juego que hacían esos dos equipos al batirse el cobre en el césped.

Al ver ese juego tan precioso; tal evento, me hizo aficionado al fútbol: de tal manera que no me perdía un partido de fútbol: fuese el sábado o el domingo. Siendo precioso ver las peñas, como jadeaban y vitoreaban, ilusionadas, al equipo de su Alma.

Pero a donde nosotros tres, Amparo, Enrique y yo, resoplábamos era en el trabajo; ya que a un proyecto seguía otro, a un plano le sucedía otro: Por no estar conformes los diligentes de aquel centro oficial. Así que la construcción de aquella cúpula se atrasaba cada vez más; no sabiendo yo cuando iría a nuestra Ciudad, para ver a mi mujer Cristina.

Sintiendo, por lo que decía Cristina; esta se estaba poniendo nerviosa: llegando un viernes por la tarde a donde nos alojábamos los tres, Amparo, Enrique y yo; con la sola idea de verme y poder estar conmigo unos días.

Teniendo necesidades de ir al fútbol; así que la llevé yo un sábado, que jugaba, uno de los mejores equipos de fútbol de todo el Mundo. Viniéndose con nosotros Amparo; pues la había invitado Cristina a tal evento, aquella tarde.

Yo permanecía atento, para ver lo que hacía Cristina: y por supuesto hizo otro tanto de lo mismo, que había hecho cuando yo la llevé para que viese

el derbi: se arrimaba más a Cristina, que a las personas que había cerca de ella. Congratulándome con dicho gesto peyorativo, por parte de Amparo. Sí, un gesto despectivo para la persona que tenía a su lado; parecía como si esa persona, caballero, estuviese enfermo de un germen patógeno. Huía de él como de la peste; tanto era así, que aquel caballero se estaba poniendo nervioso y a la vez colorado al retener su mal carácter, como se le estaba poniendo al caballero, al verse repudiado por Amparo: poco más o menos.

Pero lo que yo quería, era que lo viese Cristina el repudio tan enorme que Amparo hacía al caballero que tenía a su lado.

En nuestra habitación, comenzamos hablar Cristina y yo en particular sobre Amparo; ya que ella había oído otra cosa de ella.

CRISTINA -. Sí, hijo: he visto lo retraída que es Amparo con los hombre. ¿Pero y ¿contigo?.

ANSELMO -. ¿Qué quieres decir?, Cristina.

CRISTINA -. Que a ti también se arrima.

Me la quedé mirando a los ojos a Cristina; para ver si lo que había dicho, lo decía con el corazón y su pensamiento. Y no conforme que eso, prosiguió hablando Cristina.

CRISTINA -. A las pruebas me remito.

ANSELMO -. ¿Qué pruebas?, Cristina.

No me dijo nada; solamente se limitó, mi mujer, irse al baño para acicalarse un poco. Y entre el maquillaje y ataviarse se pasó las horas, en las que en Madrid salen pocas personas, por quemar, por así decir, hasta el asfalto de las calles.

Cristina medio a entender, que quería salir sola conmigo, por las calles madrileñas, y al querer yo que saliesen con nosotros los dos amigos, Amparo y Enrique, se encaró conmigo; diciéndome algo así. . .

Cristina -. No: para eso no me he preparado yo tanto.

ANSELMO -. Baja un poco la voz, que te van a oír.

CRISTINA -. No me importa que me oigan; pero hoy salgo yo sola contigo, que eres mi marido; me escucha. . . Mi marido.

Al salir de nuestra habitación, nos estaban esperando, en el hall del hotel, Amparo y Enrique; no sabiendo yo que les iba a decir para que me entendiese lo mejor que pudiesen; adelantándose Cristina a mis palabras,

diciéndolos: que esa tarde, quería salir ella sola conmigo, que perdonasen los dos su poca indiscreción; pero así lo había decidido ella sola.

Cogiéndome de un brazo, me sacó a la calle; como quién saca un pelele del circo; para en un momento dado, echarla yo los brazos por los hombros, para que no pareciese yo ese pelele inerte y silencioso, que todo el mundo, le dan golpes.

Cuando se fue mi mujer, Cristina, a nuestra Ciudad; me quedé solo, sin ella: marchándose también Enrique, para ver a su familia ese fin de semana.

Quién diría que yo me encontraba solo; si nada más que intenté salir de mi habitación, salió, también Amparo, con el solo propósito de estar conmigo.

ANSELMO -. Amparo; me dispongo para marchar a la Casa de Campo, para pasar allí un día agradable.

AMPARO -. Yo también.

Se veía que no se quería quedar a solas en el lugar de residencia; teniéndomela que llevar yo, para pasar un día interminable en lo mejor que hay en todo Madrid: la Casa de Campo.

Empezamos por el Batán, viendo las atracciones que hay en aquel lugar; e inclusive, montando en alguna de ellas, como: la noria y el trenecillo eléctrico, que está siempre dando la vuelta sobre su recinto.

Al terminar ver todas las clases de atracciones, que hay en ese lugar, la insinué ir al lago; para tomarnos sendas meriendas, en un restaurante muy afamado que hay allí mismo.

Por supuesto, cogimos una taxis, para que nos llevase al lago de la Casa de Campo, indicándole al taxista, que nos dejase en el restaurante. Y nada más montarnos en el taxi, Amparo me cogió de las manos, no queriéndolas soltar por nada del Mundo.

Pero cuando me vio más colorado que un pimiento morrón, se soltó de mí; poniéndome el brazo sobre mi pierna: No sabiendo yo, qué sería peor; si dejarla en esa posición, o retirarla la pierna, para que se diese cuenta de su indiscreción.

Claro que se dio cuenta de su imprudencia; quitándome su antebrazo de mis muslos: cosa que vi un acto irreflexivo en aquella chica; al verse sin su padre y sola en la Capital de España.

Pero cuando terminamos la degustación en aquel restaurante, inclinó su cabeza, Amparo; para dejarla reposar en mi hombro, rozándose con la mitad de arriba de su cuerpo, con el mío.

Y confianzas por confianzas: la levanté el jersey y la blusa, para tocarla sus pechos. Efectivamente; aquellos pechos eran naturales, no hacía un sujetador que presentase más figura que la suya.

Al notar mi roce, Amparo; me llevó la mano a las entrepiernas, notando yo que las tenía mojadas.

No había quedado rastro de duda, que aquella chica quería algo conmigo; pagando yo la cuenta, cuanto antes, para salir airoso de aquella situación, tan comprometido, como me estaba provocando Amparo, en aquella hora fatídica.

Sin pensarlo, estábamos saliendo por la casa del príncipe; llegando a la puerta del Príncipe. Y ya, en aquel lugar, nos dirigíamos, sin haberlo pensado, por la Avenida de Portugal.

Cuando nos dimos cuenta; estábamos ya llegando a una desviación de carretera, que daba a la venida de Extremadura y allí cogimos una taxis, para que nos llevase a la casa del sordo. Recreándonos en ese sitio, tan formidable.

La tarde se estaba terminando, al echarse el manto de penumbra sobre los árboles que hay en dicho lugar, de encuentros. Y apretando el paso, logramos llegar a la estación del Norte; para allí, coger otra taxis que nos llevase a nuestro destino de descanso.

Madrid, es mucho Madrid; y máxime, cuando la persona lo piensa visitar a pie: no logrando nunca su objetivo.

Aquella noche, dormí como nunca; levantándome a horas tempranas, para poder llegar a mi trabajo, en hora punta.

Cuando iba saliendo a la calle, miré para atrás; viendo venir, cerca de mí, a Amparo; que acelerando el paso, consiguió darme alcance.

Me miró, la miré; sin hablarnos una sola palabra y, así llegamos a nuestro despacho estudio, para poder seguir con la rehabilitación de la cúpula, por una parte y la construcción por otra.

¡Qué difícil era aquello!: pensando enseguida; que por algo me habían elegido a mí para su rehabilitación parcial y su construcción a media bóveda.

Si hubiese sido construir aquella bóveda por completo; ya hubiese sido mejor: pues arrancaba sobre una corona de hormigón, sentada en la base del edificio.

A la mañana siguiente salí pronto a la calle, para poder estar a la hora en punto en el trabajo; pero cuando miré para atrás, vi seguirme a Amparo. Paso que daba yo lo daba ella; percatándome, que aquella chica me tenía; no como a un padre, pero sí como un padrazo. Al darme cuenta de ello, se me ensanchó el corazón, respirando mejor.

Aquel día se estaba atrasando la salida del trabajo, para poder tomar un bocado en un restaurante, de allí cerca; ya que a nuestro hotel no podíamos haber ido, por ser horas intempestiva para hacerlo.

En un restaurante cercano, nos sentamos Amparo y yo; pues Enrique se había quedado midiendo unos acotados que había en cada hueco de la bóveda.

Amparo, no hacía más que mirarme mucho a los ojos; como queriéndome decir algo, que yo no intuía.

ANSELMO -. Amparo: me quieres decir algo.

AMPARO -. ¿Conoce usted bien a Enrique?.

Aquello, que me decía Amparo, me calló como dulce del Cielo; pues yo ya había sospechado algo. Y era, que Amparo se había quedado a solas en un ir y venir de una parte a otra de aquella hermosa ciudad.

Mientras me lo decía, la brillaban los ojos, con todo su esplendor; pues parecían dos luceros cerca de mí.

ANSELMO -. Le conozco demasiado bien. Hombre decente, trabajador, callado, obediente, amante de sus amigos, fiel a la amistad, ahorrador, persona de fe, creyente incondicional de la Virgen y de los Santos. Y no digamos nada, incondicional a Cristo y a Dios, su Padre. . .

AMPARO -. (Echándose las manos a la cabeza). No diga usted más; pues bien le ha definido con pocas palabras, al amigo Enrique.

Por poco se me cae la cuchara de la boca, al ver tanto interés en aquella chica, por saber la moral y el carácter de Enrique.

¡Ya me lo dijo todo!; aquella chica, de fisionomía débil, pero de carácter firme y decidido a la vez: un ser sentimental como no había encontrado yo; un Alma caritativa y hacendosa, donde las haya. Una persona, que si te da la amistad se puede coger sin miedo al fracaso con ella: una joya la

criatura. Un ser inmortal, no queriendo más que lo que ella tiene, sin grandes ambiciones en la Tierra, un Mirlo blanco en medio de tanto desierto para las personas.

Por supuesto, toda esta retahíla de virtudes y de alabanzas a su persona, no se lo dije a ella: me lo callé para mis adentros; como si tuviese vergüenza decírselo o tuviese el miedo de fallar en la descripción de aquella buena chica.

Cuando estábamos preparados para volver al trabajo, vimos entrar en el restaurante a Enrique; todo él sofocado, por algo que le habría pasado en aquellas mediciones, de apartamentos antiguos; tan antiquísimos, que eran del siglo XVIII: Una joya todo el edificio y bien conservado, al parecer; por eso querían remodelar, su cúpula: que estaba siendo causa de estudios, entre los entendidos en la materia.

Llegó el sábado y Enrique no hacía por irse a nuestra bella Ciudad para nada; comprendiendo yo lo que le apremiaba en aquel día. Y para dar rienda suelta a lo que tenía Enrique en su cabeza: Alegué no tener ganas para salir de copeo o para ver escaparates hasta la hora de la merienda.

Salió Enrique con Amparo; que se había acicalado todo lo mejor que podía, en aquel día; en el que ella salía sola con mi ayudante: un joven aparejador titulado de la construcción.

No habían hecho más que salir del portal, Enrique y Amparo; cuando me llegó el amigo Samuel a mi lugar de residencia; con la mira puesta en lo que se estaba comentando en la Ciudad, donde vivíamos nosotros.

SAMUEL -. No te compliques la existencia, Anselmo.

ANSELMO -. ¿Y eso?.

SAMUEL -. Habladurías de las personas en nuestra Ciudad; con respecto a Amparo y a ti.

ANSELMO -. ¿Habrá llegado a oídos de Cristina?.

SAMUEL -. Es un grado superlativo absoluto: ¡habrá llegado!.

No me acongojé; y en vez de bajar la cabeza y achantarme, le dije todo lo que yo había observado en aquella chica, tan modosita.

¡Qué si había llegado!: al siguiente sábado lo supe de viva mano; pues me fui a la Ciudad, para pasar con mi mujer, Cristina, el Sábado y parte del domingo.

Cuando llamé al timbre de la puerta, pues la tenía cerrada con candado y cerrojo; mi mujer se conservaba firme en la puerta, reteniendo nervios engarrotados por la distensión humana, que ella tenía. Pero cuando entré yo en casa y ella cerró la puerta: ¡UF!; la que se lió allí.

Cristina comenzó a dar voces, que al parecer, pensaba yo, llegarían hasta la plaza más cercana a nuestra casa. Que si yo era un imprudente, que si hacía más caso a una joven, que a ella. Sabiendo una serie de infidelidad, cometida por mi persona con la persona de aquella joven, que yo tenía por secretaria.

Cristina me amenazaba con el dedo índice, diciéndome -. Una vez mas y no entras en casa -.

No admitía explicación alguna; y eso que yo hablaba y hablaba contándola lo que Amparo sentía por mí: pero ella seguía en sus treces, no dando su brazo a torcer. Hasta que por fin, mirándome a los ojos me dijo algo, que no olvidaré. -. Conque como un “padrazo”-.

Por aquello que me dijo mi mujer, Cristina, supe que sí me había estado oyendo; haciéndose la despistada, para no darme razón alguna.

ANSELMO -. Sí: como un padrazo. Ese es el sentimiento, que tiene Amparo conmigo.

CRITINA -. Pues que te vaya bien.

ANSELLMO -. ¿Qué quieres decir?, Cristina.

Y señalándome con un dedo la puerta de la calle; me echó afuera de la casa, sin ninguna clase de miramientos a mi persona.

Estando mí persona, totalmente helada por los acontecimientos familiares, entre mi mujer, Cristina y yo.

Aquella noche me fui a la sede de mi estudio, para echar una cabezadita: o por lo menos, así quería yo; ya que no pude conciliar el sueño en ningún momento, de mi estancia nocturna, en el despacho de estudios que yo tenía en aquella Ciudad, en una calle y en un número.

Me levanté temprano, llamando a mi puerta: Y mi puerta que no se abría. Estaba cerrada a cal y canto, como se suele decir; para que mi persona no pasase a la vivienda, donde se encontraba mi mujer, Cristina.

Para no dar qué hablar; me fui de aquel lugar, siniestro para mí: con tantos recuerdos con yo me llevaba en aquel día de despedida familiar; que no de mutua separación conyugal.

De vez en cuando, echaba una miradita hacía atrás; para ver si mi mujer me abría la puerta, al verme marchar, mustio y deprimido: Por la manera que había tenido Cristina, la noche anterior, conmigo.

No me fui el lunes a mi puesto de trabajo, anunciándole a Enrique, que midiese bien los acotados de la cúpula; pues había uno con algún milímetro de menos: que era la manera de construir en aquella época; para que callera, toda la fuerza de gravedad en un punto.

Me habló, de que ya lo había encofrado; siendo ese punto de flexión, donde descansaba esa parte de la cúpula.

Quise, el lunes por la mañana comunicarme con mi mujer, Cristina; no cogiéndome esta el teléfono, o no estaría en casa; así que me senté en una cafetería, que había a pocos metros de mi casa: viendo a mi mujer, Cristina, llegar con unos folios en las manos.

Tenía que saber, que eran esos folios también detallados, y para eso, me acerqué a ella, saludándola muy cordialmente: no queriéndome saludar y mirando para otro lado. Pero cuando yo me iba a ir, despidiéndome de ella, me dijo algo así, como: -. ¿Qué haces aquí?, si tu puesto está en tu trabajo. ¿Es que no quieres ganar dinero?.

No contesté; limitándome a desviar mi vista hacia el infinito, como si yo no lo hubiese oído.

Cristina apretó el paso, camino de casa; entrándose en nuestro hogar, para cerrar la puerta tras de sí. Dándome cuenta, que era mejor quedarlo tal y como estaba, en esa predisposición de no querer saber nada de mí.

Con el corazón en un puño y el Alma en vilo, me fui al siguiente día a Madrid; metiendo prisa a los operarios: cosa, que yo nunca había hecho.

En un tiempo determinado, se vino Enrique a donde yo me encontraba, en el despacho estudio; y cerrando la puerta detrás de sí, se sentó en un sillón para comenzar hablándome de mis relaciones con Cristina.

ENRIQUE -. Te veo un poco triste.

ANSELMO -. Parece que queda pocos días de estar en esta hermosa Ciudad. Vas a construir, en el estudio de nuestra Ciudad, una vivienda; aunque sea pequeñita.

Enrique frunció el ceño; como dándome a entender cómo estaban las relaciones entre nosotros dos, Cristina y yo.

Así; que cuando estuvimos en nuestra ciudad, le vi llegar a Enrique con planos bajo el brazo: como si aquella idea hubiese salido de él. Echándome a mí una mano en la decisión de construir una pequeña vivienda, dentro de aquel estudio tan enorme y amplio.

Entre pocos materiales y pocos peones de albañil; se construyó una vivienda, que de pequeñita no había nada: ya que el estudio, era amplio y con buenas medidas de largo y ancho.

Mi ayudante, Enrique, lo hizo también; que respetó la construcción que había antes, para que aquellas paredes sirviesen como paredes de la vivienda. Quedando el piso original en la parte que tocaba a la vivienda.

Hasta dos baños tenía el piso; salón, comedor, despacho y tres dormitorios: Eso era la pequeñita casa que iríamos a construir en el edificio de los estudios. Y eso en una parte, que parecía un rincón intocable.

Me dio la sensación, que mi ayudante, Enrique, seguía estudiando; hasta conseguir ser arquitecto; por la forma tan moderna como tenía los retoques de la casa.

Yo no hacía grandes cosas por la noche en la ciudad; solamente paseaba, una vez más, bajo las luces de las calles: mirando escaparates y viendo a las personas ir y venir de una parte a otra.

Bajo las luces de la calle, me encontraba un día; cuando oí una voz amiga, que me llamaba. Era el amigo Pedro; anunciándome una comida campestre, dentro de una finca, que él había comprado; dándole yo mi palabra de asistir a tal evento, en la fecha que Pedro me había dicho.

Como tenía dos coches, se me ocurrió ir a la comida en un todo terreno; adquirido hacía pocos días.

Cando llegué a la finca, aparqué el coche en una planicie, que había para tales menesteres; sirviendo como de aparcamiento. Y nada más bajar del coche, a la primera persona que vi, fue a mi mujer, Cristina. Parecía, como si me la hubiesen puesto allí, en mi paso; preguntándola por su salud y cómo la iba en la vida.

CRISTINA -. Ahí estoy.

No me dijo nada más; queriéndola yo retener, un poco más. Cosa que no hubiese hecho; ya que ella me sacó otra conversación poco agradable para mí.

ANSELMO -. No te vayas tan pronto. Hablemos un poco.

CRISTINA-. Hablaremos delante de nuestros abogados; pues ya está preparados los papeles de nuestro divorcio.

Me entró una tiritera por todo el cuerpo, que no me podía contener, percatándose Cristina de ello; así que me cogió de un brazo para que no me cayera al suelo. Y sentándome en una silla, que había allí cerca, se despidió de mí; no sin antes hacerme una caricia en la barbilla.

Y cuando se dio media vuelta, para iniciar el camino, vi caérsela una lágrima de los ojos, poniendo una cara abocetada. Pareciendo un boceto de pintura, poco terminado.

Cristina se fue de la casa de campo, sin haber probado bocado alguno; quedándome a mí serio y mustio; sin comprender nada, por qué se había marchado mi mujer, con tantas prisas.

Estuve media mañana, sin querer hablar con mis amigos; para que no me notasen mi decaimiento anímico, en el que estaba inmerso. Pero así como a media mañana, al acercase a mí la doméstica de Pedro, me notó muy triste y serio; diciéndome unas palabras de alivio para mi pobre Alma, desecha por los avatares de la vida.-. Su señora, se ha tenido que marchar; para asistir a una vecina enferma -.

Aquello, que me dijo Paca me recompuso el cuerpo y los ánimos morales; sumidos en una profunda depresión anímica. Yéndome a los corrillos, que mis amigos tenían formados; para poder seguir su conversación.

Hasta me eché un baile, con la mujer de Samuel, Antonia: agradeciéndolo mucho mi amiga de la infancia; que por otra parte, me veía alegre y con ganas de vivirla vida.

Pues obligada por las circunstancias, se tuvo que marchar Cristina: que no por un repudio hacia mi persona. Aquello no podía ser; ya que habíamos vivido juntos, Cristina y yo, algunos años.

Terminada aquella fiesta, me fui a mi despacho de estudio; para recostarme un poco y poder descansar de tanto ajetreo, como había tenido aquel día de desaliento para mi persona.

Tan profundo me quedé dormido; que cuando desperté de mi letargo etílico, eran ya las diez de la noche; y tomándome un trozo de pizza salí a la calle, como todos los días, para dar un paseo, que me reconfortase el Alma.

Seguí andando bajo las luces de la calle: aquellas calles tan bonitas, como teníamos en nuestra preciosa Ciudad. Y al retorcer una esquina encontré allí a mi amigo Prudencio; que al parecer, estaba esperando a su mujer, Mercedes.

Este amigo me habló muy expansivamente; como si quisiera que yo supiera, cómo me tenía que comportar con mi mujer. Pues al parecer, él mismo la daba vara larga a la suya, según él: para que hiciese y deshiciese lo que ella quisiera.

Entre tanta conversación, al final de ella; se expresó de esa manera conmigo. Tal vez, para que yo me diese cuenta de que tenía que dejar a mi mujer hacer lo que ella quisiera: como él lo hacía.

Proseguí mi camino: pensando en lo que me había dicho Prudencio minutos antes que yo iniciase, de nuevo, mi marcha a ninguna parte en concreto.

Cansado de tanto paseo; me di media vuelta para dirigirme a mi estudio y poderme acostar: por lo menos eso; pues yo no conseguiría conciliar el sueño en toda la noche. Y por poco así fue; pues a las cinco de la madrugada me quedé dormido como una Marmota: despertándome a las diez de la mañana, cuando oí que hacía, alguien, ruido en la planta de abajo.

Eran Enrique y Amparo; queriendo clavar un impreso de aviso en el tablón de anuncios del despacho de estudio; donde nosotros trabajábamos.

Al bajar yo al despacho, pude observar; que el tablón de anuncios estaba un poco deteriorado, encargándola a Amparo, para que diese aviso al carpintero que nos hiciese otro tablón de anuncios,

No gustándome mucho el nuevo tablón de anuncio, que nos había llevado el carpintero; y como todavía estaba en los estudios dicho señor, así se lo hice saber.

ANSELMO -. Señor Tomás. ¿No le parece a usted, que tiene parte del otro tablón de anuncio, el que me ha traído?.

TOMÁS -. Es mejor hacerlo así; pues estaba bien encolado el otro tablón de anuncios: así no se desperfectionará pronto, este nuevo.

Excusándome con aquel señor, le dije -. Quién sabe, sabe; perdone usted-. Admitiéndome las excusas aquel buen carpintero.

Mi vida se estaba metiendo en un panteísmo de sospecha y de ideas contradictorios; que no me servían para nada. Pese a que yo sabía eso, para nada me servía pensar en la vida tan placentera que había llevado en aquellos tiempos, en los que estaba a bien con mi mujer, Cristina.

Un deseco de virtudes, una razón que se muere sin poderlo remediar; a causa de un mal entendido, entre la sociedad y mi mujer.

¡Me vieron!, sí: me vieron, con aquella chica, tan modosita; que para nada servía decir, que yo me porté con ella como un padre se porta con su hija: defendiéndola de los malos pasos en la vida y dando por ella todo lo bueno que tiene.

¡No!: para nada servía, que yo dijese lo que había hecho con la señorita Amparo: solamente pasear por Madrid, ir a la Casa de Campo, montar en el Metro y tomarnos una merienda en un bar-cafetería bien visto por todos sus clientes, ese lugar; donde se evadían un poco todos sus clientes de los trabajos cotidianos.

No, que no fuese Madrid y sol; que tampoco me tomaba nada en ninguna cafetería a su paso; por el miedo que tenía. No fuese a ser, que al parecer me hubiesen visto con una chica.

Solamente iba a donde me llamaban los amigos de la infancia: y para eso, iba acompañado de esos amigos. Así, que un día fui llamado, para asistir a una merienda en la casa de campo de Pedro.

Una vez más me encontraba recreándome en aquel campo tan divino, para mí y para todo el que fuese de esa tierra tan bendita; cuando vi llegar a mi mujer Cristina, con la mujer de Pedro.

En ese momento, recibí una sorpresa; al ver por mis ojos, que la conductora era Cristina. Llegaba en un coche nuevo, de estilo familiar: siendo pequeño el coche, para su buen manejo de mi mujer.

Yo me adelanté a donde se encontraban las dos señoras, con motivo de saludarlas y en vez de esquivarme Cristina se quedó parada, hasta que llegase yo.

Cuando llegué a donde se encontraba Cristina, la di un beso en las mejillas; recibiendo otro yo por parte de ella. Sentándome de maravillas, aquel beso que me había dado mi mujer, Cristina.

Como el camino que había desde los aparcamientos de los coches a la casa estaba enrollado, y mi mujer llevaba zapatos de tacón la ofrecí un brazo

para que se apoyara en él. Y así fuimos juntos los dos, cogidos del brazo, hasta la puerta de la casa.

Yo veía, que todos los amigos estaban mirando a través de las grandes cristaleras que tenían aquellos ventanales. Y algunos de ellos, se frotaban las manos al creer que habíamos vuelto, mi mujer y yo.

Al entrar en casas, se fue Cristina hacía Andrea para saludarla y yo saludé a Pedro, muy cordialmente; como mi amigo se merecía. Y a la creencia de que Cristina volvería conmigo, fue todo lo contrario; que acercándose a un señor, que no le conocíamos: riendo, a más y mejor, todas las clases de gracias que hacía aquel señor.

Aproveche la ocasión para volver hablar con mi amigo; para saber quién era aquel señor, que la estaba haciendo destornillarse a mi mujer, Cristina.

ANSELMO -. Pedro: ¿quién es ese señor?.

PEDRO -. Es un amigo de Prudencio. Hicieron juntos la carrera, alcanzando magistratura este señor de tantos chistes, como él hace.

ANSELMO -. ¡Ya!, ya veo.

Lo dije así; como molesto con aquel señor: viendo una ocasión, para acercarme a mi mujer, Cristina. Así la podría hablar mejor, estando apartado de la vista de todos; pues la cogí de un brazo, llevándomela aparte.

Pese a la oposición que presentaba Cristina; para estar a solas conmigo: yo comencé hablándola, cuando vi que no nos veía nadie.

ANSELMO -. Es muy bonito el coche que has comprado.

CRISTINA -. No: yo no me he comprado ese coche.

Aquello me cogía por sorpresa; por no saber de quién era el coche: por el cual, la pregunté por su dueño. Quedándome helado la contestación que me dio.

ANSELMO -. ¿Quién lo ha comprado?.

CRISTINA -. Has sido tú, el que has adquirido ese coche.

Así de claro me lo dijo; sin titubear, ni fingir nada. Quedándome yo como si fuese una roca: inmóvil y sin saliva en la garganta.

ANSELMO -. ¿El carnet. . .?.

CRISTINA -. También me lo has pagado tú.

De esa manera tan expresiva se mostraba mi mujer, Cristina, delante de mí: y yo no sabía lo que hacer, ni lo que decirle; ya que era mi mujer.

Teniendo a partes iguales las ganancias. No pudiendo hacer otra cosa, más que afirmar con la cabeza todo lo que ella me decía.

Entrándome un desatino en mi Alma, que no me dejaba tranquilo; así, que sin pensarlo, me fui con paso acelerado a mi estudio, para coger la llave de mi casa y poder verla por dentro.

¡UF!, cuando vi mi casa por dentro: eso me produjo un desaliento, dentro de mí mismo; que por poco me desmayo.

Volví a cerrar la casa, sin otro apelativo, de darle el nombre de despilfarro a la vista: volviendo a la fiesta de mi amigo Pedro. Que al parecer, no me habían echado de memos.

Pero como volví; ningún amigo mío, tuvo la duda, de que a mí me había pasado algo, o por lo menos así se lo figuraban.

La duda saltó, cuando llegó mi mujer, Cristina, muy sofocada; ya que no se alteraba por nada: y en esa ocasión, llegó como teniendo los nervios fuera de sí.

Se agarró de un brazo mío y me llevó afuera de la casa; pidiéndome que la llevase a nuestra casa.

Aquello, que la oí; por lo menos, algo era algo: pues me había pedido, -. Que la llevase a nuestra casa-. Y al decir: nuestra, se me ensanchó el corazón todo lo que pudo.

Dejándome entrar en casa; pero solamente hasta la puerta: para decirme algo, que me cogió de improviso. Y señalándome para una baldosa de la casa, replicó.

CRISTINA -. Ahí están las huellas de tus zapatos. ¿Quién te ha dado permiso para entrar en casa?.

ANSELMO -. Quería sentir lo que siempre he sentido, contigo, dentro de esta casa: la nuestra.

Si la hubiese dicho, que quería ver lo que había comprado para la casa; hubiese sido mi perdición. Así se calmó del todo; cogiéndome del cuello y atrayéndome hacia ella: para en un momento determinado, apartarme de ella con un golpe de las manos.

Nos quedamos mirando, el uno al otro; como con una especie de deseo, de estar juntos. . . Así estuvimos un rato largo; para después no tener el sentido de la orientación carnal. Ya que nos tiramos, por así decir, el uno al otro; besándonos con todo el cariño del Mundo.

Poco tiempo estuvimos de esa manera; ya que ella se retiró esporádicamente de mi persona: pues por momentos mostraba signos de cariño y al rato me rechazaba. Tal vez se acordaba de algo, que se hubiese mal interpretado; sobre Amparo y mi persona. Dándome una idea fatal para aquella chica. De tal manera; que cuando llegué a los estudios, llamé a Enrique, para decirle algo que se quedó totalmente helado y sin saber lo que decir.

ANSELMO -. He pensado cerrar la empresa.

Enrique se quedó como anonadado, sin saber lo que decir, ni qué camino escoger en aquella ocasión; hasta que por fin, tuvo una lucidez en sus pensamientos.

ENRIQUE -. Están ustedes dos en régimen de gananciales. Se opondrá su mujer, Cristina.

Tenía razón Enrique; pues yo estaba ofuscado en que no me gastase más dinero mi mujer, Cristina. Y para ello quería cerrar la empresa, dándola de baja; teniendo que dar el benemérito mi mujer, para disolver la empresa: cosa, que no iría hacer Cristina.

Asaltándome otra idea, en mi cabeza, mas plausible que la primera para los intereses económicos de mi hogar.

Abriría un despacho, en el lado opuesto a donde nosotros estábamos; encargando a Amparo, para que gestionase dicho despacho, para atraer clientes a mi negocio. Así conseguiría alejar de mí a aquella chica: pues era el motivo, por el cual quería disolver mi empresa.

Viendo, en ese momento, poner cara de asustado a Enrique; por el cual, le pregunté las causas de aquel decaimiento psíquico, que había tenido en ese momento.

ANSELMO -. Le veo serio: ¿qué le pasa?.

ENRIQUE -. Amparo y yo, estamos saliendo juntos.

¡Vaya!: se me cerraban todos los caminos; para poder blindar mis intereses económicos. Y mientras estuviese dada de alta la empresa, o no crease un despacho lejos de donde yo tenía el estudio principal: amparo seguiría estando junto a nosotros.

Con alguna recapacitación y con buenos modos; le pedí a Enrique, que se hiciese el contradicho con mi mujer, Cristina: anunciándola que estaba saliendo con Amparo. Y para ello, tendría que llevar, también, a Ampro

consigo mismo. Comprendiendo que era una proposición, casi de Ley no escrita; para mis intereses económicos.

Con todo y eso, Enrique aceptó tal proposición que yo le estaba haciendo en aquel dichoso día.

Haciéndose el encontradizo; en la hora que yo le dije, iría a salir Cristina para rezar el rosario en la Iglesia. Llevando consigo a Amparo; para que la viese mi mujer; y no la cupiese duda de que él estuviera saliendo con ella.

Dio sus frutos pertinentes, aquel ardid que formamos Enrique y yo; para persuadir a mi mujer, Cristina; Que entre esta chica y yo, no había absolutamente nada.

Tal fue el resultado a favor mío; que cuando me crucé con Cristina, esta se paró frente de mí para preguntarme cómo estaba. Y yo me estaba haciendo de miel; delante de su persona y al notarlo mi mujer, se despidió de mí, sin ninguna clase de contemplaciones.

No supe retener mis impulsos, demostrando demasiado interés en sus palabras, al cabo de un año separados los dos, Cristina y yo.

Se dio media vuelta abandonándome en plena calle, como se suele decir. Y con todo mi agobio en mi corazón, me fui a mi estudio; para poder contactar con Enrique y saber el resultado psíquico que la produjo a Cristina aquel encuentro fortuito.

Y sí: ¿sí lo supe!. Desde luego, que lo supe; ya que le había emplazado, Cristina, un fecha y en una hora en casa, para poderle hacer alguna pregunta a Enrique.

No perdiendo el tiempo, ninguno de los dos, Enrique y yo; estudiando lo que éste la podría decir a favor mío, de mis intereses amoroso con respecto a Cristina.

También lo hizo; que cuando Enrique llegó al estudio, en horas fuera de trabajo para poder hablar a solas conmigo: se desvelo toda la trama amorosa que tenía mi mujer conmigo.

Me seguía queriendo y tal vez mucho más; al ver lo hombre que yo era, por ese motivo no la podía decepcionar para nada; ya que al parecer, en unas de esas tramas que teníamos para que Cristina se diese cuenta, que yo no había tenido un hacer con ninguna chica.

Todavía quedaba echar la guinda a la sartén; pues tal vez se demostraría en público lo que yo estuve haciendo con Amparo, todas las veces que me

quedaba a solas con ella. Nada absolutamente hice con esa chica; pues me tenía como familiar suyo y yo la correspondía de la misma manera.

También mi dijo mi ayudante, que se mostraba conmigo, como si yo fuese un padrazo; al no tener a su padre allí. Que si se arrimaba mucho a mí; era por motivos de que no la tocara nadie en los asientos del fútbol. Y si iba conmigo a todas las partes que yo decidía ir, era para no quedarse a solas. Con todo y eso que la dijo Enrique, mi ayudante; no se quedó conforme mi mujer: que lo quería ver ella por sus ojos.

El tiempo trascurría y trascurría en contra de mi persona: maltrecha por las circunstancias amorosas, que yo tenía con mi mujer; pues Cristina no se creía mucho, lo que la decían nuestros amigos, con respecto a nosotros dos.

Me daba cuenta que Cristina, en casos amorosos, era una mujer Ureña: totalmente desconocida para mí, sin pena ni gloria.

Por otra parte; no sabía yo, si lo que estaba haciendo mi mujer sería un montaje, para que me diese cuenta que con ella no se juega.

Ni una ni otra cosa: que mi mujer, Cristina, estaba haciendo lo que debía hacer; defender su amor, a capa y espada.

Sí: sí conocía yo a mi mujer perfectamente; con todo el amor que un hombre enamorado, cree en esa mujer que quiere y ama. Aquí no había choque ninguno de caracteres, ni de ideas contradictorias; lo único que había era una desesperación por parte de los dos, al vernos separados.

Tal vez tendría que ser yo el que desliase este estruendo, en nuestras pequeñas Almas: maltrechas por los avatares de la vida y los acontecimientos que nos tocó vivir, entre nosotros.

¡Sí!; tendría que ser yo el que solamente deshiciere aquel mal entendido, por parte de alguien: contando tergiversada mente los hechos, que esa persona vio en un día, ya fuese en la Casa de Campo como en el estadio de fútbol.

Así, que tendría que hacer esfuerzos para atraer, de nuevo, a mi mujer en plan cariñoso; y se viniese conmigo, como yo quería que fuese.

Pero como nunca llueve a gusto de todos; aquí no iba a ser una acepción, pues para mí no era una lluvia lo que estaba haciendo mi mujer conmigo, era una tormenta en condiciones. Pues mi corazón iría a explotar de un momento a otro, si mi mujer no iba a capítulo; recapacitando y pensando

de diferente manera como lo estaba haciendo hasta ahora. Y para eso, me tenía que ver a mí más humilde y más enamorado de ella; no de otra mujer, por más joven que fuese.

Así lo empecé hacer, desde ese mismo momento; que recapacité en mis defectos: y mis defectos eran muchos; pero con un grado de amor y concordia hacia mi mujer, Cristina.

Estando en la capacidad de rehabilitarme delante de mi mujer, Cristina; me salió otro escollo, para hundirme todavía más. Pues según habladurías, Amparo se encontraba en situación de buena esperanza.

Aquella mañana, no acudió Amparo al trabajo, por motivos de salud; dándole el médico la baja para una semana. Yo no podía estar sin saber, si lo que se contaba de ella era verdad o tenía parte de ser un bulo, como otras veces.

No lo pensé; me fui a casa de su padre, ya que Amparo se había quedado huérfana de madre, para saber la verdad del caso difundido entre la sociedad de aquella bonita Ciudad. Con tan mala suerte que estaban haciendo, en su casa, las exequias fúnebre para su madre.

El velorio se encontraba en una alcoba, nada más entrar en casa; pues se había muerto hacía pocas horas su madre; no pudiendo hablar nada con Amparo, que se creyó había llegado a su casa para darla el pésame de su madre.

Me despedí de su padre y de ella misma, de Amparo, con lágrimas en los ojos; por ver llorar a esta chica. No pudiendo haber recabado información, de Amparo, sobre su estado gestante, de buena esperanza.

Al siguiente día, llegó Paca con el recado para que fuese a casa de Pedro; donde ella era doméstica. Entendido el mensaje, salí a paso ligero hacia la casa de mi amigo Pedro: encontrando allí a mi mujer, Cristina, no extrañándose ella de nada y asumiendo ese momento de tener que estar junto a mí, en aquella casa.

Como la mente es rápida, rápido fue mi pensamiento: dilucidando, el por qué Cristina me admitía junto a ella en la casa del amigo Pedro; como así en las fiestas y en las juntas que teníamos con nuestros amigos de la infancia.

Mi mujer se sostenía en un medio estático; sin querer romper del todo la amistad, tan profunda, que tenía hacia mí. Pero por otro lado, no daba su

brazo a torcer, para nada. Por lo cual, yo tenía que permanecer siendo un hombre feliz ante ella; no dando a entender, que estaba totalmente decaído y sin afán de vida alguna.

¡UF!; cuando observó mi estado anímico subido a las nubes: se desarbó por completo, bajando de su pedestal; inoportuno, como humano.

Hasta el pelo se la enmarañó, enredándosele totalmente, como si fuese a estilo de maroma de pita.

Para no hacerla de menos a mi mujer, Cristina; hice como si yo la echase de menos, como así era. Comenzando hablarla muy amistosamente: como matrimonio que éramos.

Ella me hablaba recta y sencillamente; como siempre lo había hecho: sin esforzarse y con el corazón noble y sincero. No mostrando agotamiento por estar allí, conmigo.

Yo me iba subiendo, cada vez más, en mis creencias de que aquel turbión de desecho y penalidades, por conseguir el amor de mi mujer, se estaba pasando.

Tanto era así; que en un momento determinado, cuando comenzó hablar ella a la concurrencia, ya que habían llegado los demás amigos, se apoyó en un muslo mío, con el antebrazo, como antes lo hacía.

Al ver aquel acto irreflexivo de mi mujer, todos los amigos se daban de ojos; como queriendo decirse algo así, como que aquello estaba ya echado.

Daban por bueno, la reconciliación de mi mujer, Cristina, conmigo; sacando Pedro toda clase de bebidas: las unas mejores que las otras.

Pero como siempre hay una persona que da la nota: en esta ocasión, la dio la mujer del amigo Samuel, Andrea; queriendo llamar a Amparo, para que asistiese a dicha velada.

En ese momento, se levantó Cristina queriéndose despedir de todos nosotros. ¡Y claro, que se despidió!. Salió por la puerta, como si no la hubiese visto cerrada: por poco, se da de bruces con ella.

Todos, los que nos quedamos en la casa de Pedro, miramos fijamente a Andrea, con cara de sorpresa y de circunstancias.

Pero aquí no pasó nada de nada; solamente se limitaron los demás amigos a levantarse y a despedirse de los anfitriones de la casa.

Yo hice lo mismo; marchándome rápido a mi casa y cuando llegué a ella, parecía que me estaba esperando mi mujer, Cristina, con una buena sorpresa por su parte. Me abrió, sin falta de tiempo la puerta y cogiéndome de la solapa la chaqueta, me entró rápido adentro de la vivienda, sin decir una sola palabra.

Pero cuando íbamos por la mitad del pasillo, oí que me decía mi mujer, Cristina, unas palabras de fortalecimiento par mi pobre existencia.

CRISTINA -. ¿Tú no te has preguntado nunca por mis necesidades?.

Yo ya sabía qué necesidades tenía mi mujer, Cristina; pues me llevaba recto hacia nuestra alcoba.

Empezándome a desnudar, quitándome la camisa, para dejar sueltos los pantalones; ya que el resto lo hice yo.

Así consumamos un tiempo de amor y esperanza entre nosotros dos, cristina y yo: pero cuando vi ese acto positivo para mi persona; Cristina me hizo levantar, para que me fuese de casa.

En vez de irme de casa; me dirigí al cuarto de baño, duchándome lo mejor que pude. Y al son del agua al caer de la ducha; me preguntaba mi mujer algo.

CRISTINA -. ¿Qué haces?.

ANSELMO -. Duchándome, como otras tantas veces lo he hecho. Querida. Así de sencillo contesté a Cristina; para que se diese cuenta, que yo: cada vez que piso mi casa, me siento en ella confortablemente. Siendo mí casa, mi descanso en la vida.

Pero; como se empecinó de que me fuese de casa, mi mujer Cristina, salí una vez que me hube secado en el cuarto de baño.

Una vez más, me veía solo en las calles y bajo las luces de estas, sin ninguna clase de compañía; hasta que fui detenido por una mano amiga. Siendo esa mano de Mercedes: no haciéndome a mi gracia alguna.

ANSELMO -. ¡Por Dios!, Mercedes: estate quieta.

Poniéndome la mano frente de mí, me aplacaba los nervios con un acto de stop; para que me diese cuenta, que ella iba de frente y correcta.

MERCEDES -. No te preocupes, que yo sé respetar.

ANSELMO -. ¿Entonces. . .? .

MERCEDES -. ¡Nada!: levantarme y sacudirme. Y aquí paz y aquí gloria.

Así de claro lo tenía Mercedes, con respecto a mi persona: o por decir, que no quería otra cosa, conmigo, más que un acto, un acto de amor; para luego salir corriendo del lecho amoroso.

Lo tenía claro con ella: era una amistad ligera; no calentaría ningún sitio en mi casa o en la suya.

Y también lo tenía claro: no cometer ningún acto imprudente, que se enterase mi mujer, Cristina. Y cómo no; ¡qué caramba!: no tener relaciones con ninguna otra mujer, más que con la mía.

Tal vez, o no; se estuviese arreglando nuestro matrimonio conyugal: pues muestras y signos a parte, me daba Cristina. Al mostrarse, conmigo más docente, más aplacada su síntoma de esquiva. Ya había señales, que Cristina estaba confiando en mí. Ahora, no iría a perder su confianza por unos deseos, mal controlados.

Sin perder tiempo, salí como ave que la van a cazar; ligera como el viento a otra parte con su quehacer romántico.

Aquella noche, no pude conciliar el sueño; al acordarme de aquel tiempo amoroso, que Cupido nos hizo pasar a mi mujer, Cristina, y a mí; en una nube etérea, entre algodones de seda.

¡Quieto!: que había consolidar mi matrimonio, trayendo descendencia al Mundo; para Gloria y bien del Sumo Hacedor.

Me levanté de la cama; así como a las cinco de la mañana; para tomarme un buen café bien cargado, con unas pastas que me supieron a poco.

Bajé a mi despacho; y pese a mi estado de somnolencia, hice los mejores planos, que nunca he hecho yo.

Al ver aquello, cogí la botella de Whisky y cuando la tenía en las manos, la solté sin otro impedimento, que no fuese el bien quehacer. Pues si hubiese bebido una copa de Whisky el estorbo sería yo, por mi parte.

La noticia saltó de inmediato por toda la Ciudad: amparo se había dejado con su acompañante de paseo; sin saber yo las causas que había provocado dicho estruendo entre los dos enamorados.

Permanecí atento aquella mañana, en el despacho de estudios; para darme cuenta, qué les pasaba a aquellos dos pimpollos: a Enrique y Amparo.

¡Claro, que les pasaba; si cuando llegaron los dos, por separados, no se dieron ni los buenos días: allí pasaba algo muy gordo entre ellos dos,

Enrique y Amparo. No viendo yo muy claro la cizaña que había entre esos dos jóvenes enamorados: pues de la noche al día, el cariño de las personas no se va tan corriendo; por no ser el cariño tan volátil.

El trabajo salió bien; gracias al interés que pusieron los dos jóvenes, para hacer las tareas lo mejor que sabían.

Nada más que terminó la jornada de trabajo, salí detrás de ellos, echando la llave al despacho de estudio arquitectónico; para incrustarme de calle en calle: viendo, con asombro, que cada uno de ellos se dirigía a su casa, no parándose a tomar nada en uno de tantos bares como hay en aquella Ciudad encantadora para los que aman a Cupido.

Los días sucesivos, transcurrieron con completa normalidad; sin parecer, que aquellos jóvenes enamorados tenían rencillas entre ellos. No teniéndolas yo consigo; por el cual, no tiré yo la toalla al cuadrilátero. Estando en todo momento, atento a lo que pudiese pasar entre aquellas dos personas, completamente enamoradas.

Sonando la campana un día en pleno verano: Amparo estaba de buena esperanza.

Aquella noticia fue un bombazo, entre los corrillos y las alcahuetas; no dejando hablar de lo sucedido con Amparo, al menos toda la semana.

Yo, por mi parte; alerté a Amparo, antes que cogiese la baja, para que pudiese descansar en su casa durante unos días. No queriéndola dejar ir, sin antes haberla hablado, con buenas palabras.

ANSELMO -. Amparo. Descanse usted, en su casa durante unos días, si la apetece.

AMPARO -. Le doy las gracias, Anselmo.

Así me quitaría de habladurías, por lo menos, durante unos buenos días que durase en su casa, Amparo: pues allí, donde no hay vista alguna, no se recuerdan los casos divulgados por las personas.

No sabía, que pensaría mi mujer sobre el estado en cintas de Amparo; yéndome un día a mi casa, para saber la opinión de Cristina, mi mujer.

Al llamar al timbre de la puerta, vi que Cristina miró, a través de los visillos de las ventanas viendo quien era el que quería entrar en casa. Cerrando, de inmediato las contraventanas; con idea de no querer dejar entrar a la persona que estaba llamando a la puerta, aquel buen día, de Amparo y de desespero para mi pobre Alma: Cansada por los desaires que la hacía

Cristina a mi persona. Y mi pobre Alma, abrumada por el peso, que alguna persona de la sociedad, me había echado encima; y por esa misma circunstancia, me tuve que marchar de la puerta mi casa, sin haber podido entrar en ella.

Se había cerrado para mí toda esperanza de reconciliación con mi mujer, Cristina. No sabiendo yo lo que hacer, ni por donde marchar en mi vida.

El estudio del despacho, me caía largo, los planos no los veía yo muy bien, pues se interponía entre mi vista y la mesa de donde yo hacía los planos una película, como si fuese agua, salida de mis ojos. Me estaba ahogando en lágrimas, echadas por mis ojos al llorar tanto.

Los días pasaban sin gloria ni pena para mí: apenas tenía ganas de hacer algo, hasta rehuía de mi trabajo; viéndolo Enrique, que se puso nervioso; al ir por ganancias su paga.

Pero como le tenía dado de alta; Hacienda me pedía todos los años la comprobación de lo que ganaba Enrique y Amparo, reseñado en un buen soporte, para el borrador de la Agencia Tributaria.

O sea; que todos los años tenía la obligación de mandar a Hacienda, por los extractos del Banco, cinta magnética, lo que mis dos empleados habían cobrado. Pero al existir un baremo de nómina: ahí fallaba yo. Dando, siempre la misma paga a mis dos empleados. . .?. . .

Y como estábamos gustosos de esa volatilidad económica, así seguíamos hasta nuestros días. No estando yo tan conforme con ello; ya que debía poner las cosas claras y para ello reuní a mis dos empleados, comunicándolos algo que no les gustó mucho: pero tenían que asumir esa misma responsabilidad, como yo lo estaba haciendo.

ANSELMO-. Llega fin de año; teniendo que poner la contabilidad en orden. Los vi con una cara larga; como si no aceptasen lo que yo les estaba diciendo en aquella hora de hacer las cuentas rectas.

Por fin, dieron su brazo a torcer; dándome la prioridad para que yo hiciese esas cuantas, lo más claras y ajustadas posibles. Dejando percibir sus nominas por ajuste de pedidos al despacho de arquitectura, y su finalización.

Puesto en orden; ya que por pedidos no podían seguir cobrando; al haber una irregularidad de demanda en mi despacho: así que, nos ajustamos más a la nomina que decía Hacienda se tenía que cobrar, según baremo.

No digo yo que no: pero desde aquel día, se empleaban más en sus trabajos, mis dos cooperantes; para poder cobrar, decentemente, su nómina.

Eran fechas; fechas donde no se gastaban nada de dinero las personas. Y eso que sí tenían dinero esas mismas personas; para hacer y deshacer a modo y manera.

Se me ocurrió una cosa, que yo solamente pensé: llamando a los vecinos de las mejores casas; haciéndoles la cobertura gratis a unos y a otros retocándolos la fachada, para que pareciese más bonita.

Pero con todo y eso; tuve un problema con uno de aquellos vecinos; ya que al parecer había perdido el dinero, que yo le había puesto en las manos para ingresarlo en el Banco en forma de transferencia a mi data. (A mi cuenta).

Dada por segunda vez, la cantidad dineraria que regía aquella obra; de embellecer la fachada, me fui a tomar un café, donde yo no le perdía de vista. No ocultándome, para nada, de él; pues ese señor sabía en todo momento donde estaba yo. Haciéndole que me enseñase el recibo de transferencia a su cargo, abonando mi cuenta bancaria.

Con mucho cuidado y sigilo; por parte de los señores interesados, hice yo esas obras y esas operaciones bancarias; no volviéndolas hacer nunca más: una vez que los acaudalados señores me llamaron para contratar mi trabajo, como arquitecto. Ya que la capacidad adquisitiva llama a la puerta de la pelusa.

Así comencé yo mi andadura, en el terreno de arquitectura; haciendo gratis, para después cobrar a los señores que tenían esa capacidad adquisitiva, bien definida; en materia dineraria.

Estaba yo empezando a inflar mi cuenta corriente, en el Banco; viéndolo todas las persona bien; lo que no se veía bien, era la tripa que estaba echando Amparo en aquel tiempo de gestación. Preguntándose todas las personas, ¿quién era el padre?: hasta que ya hubo una persona, que se ofreció a dar nombre y apellidos del padre. Esa persona estaba tan segura, que se atrevió a denunciarme; llamándome al orden la Ley.

Pese a mi persistencia de decir, que yo no era el padre; se fueron callando las bocas, que me difamaban por calles, callejuelas y colmaos, por así decir.

Mi estrella estaba marchita; no lucía como antes: cuando abrí el estudio de arquitectura. Un joven apuesto y con ganas de trabajar, para comerse el Mundo entero.

Llegué a la puerta de mi casa, con idea de hablar de Amparo a mi mujer, Cristina; pero como esta no me abría la puerta, la tuve que llamar por teléfono: explicándome bien sobre el caso de Amparo.

ANSELMO -. No cuelgues el teléfono: por favor.

CRISTINA -. ¿Qué me vas a decir; alguna milonga.

Rápidamente la dije a Cristina de lo que me había enterado, por habladurías de las personas de nuestra Ciudad; que no por la misma interesada.

CRITINA -. ¡AH!, no. Entonces: lo que hiciste con ella, fue un juego.

Así se expresaba Cristina, en ese acto de aturdimiento cerebral; como el que tenía en su cabeza. No aceptando seguir hablando conmigo; pues con un hombre que no da la cara, no valía la pena hablar con él.

El que colgó el teléfono fui yo; totalmente desilusionado, por la manera de hablarme. No podía consentir, que me hablase de esa manera; ya que si se lo consentía, estaba dando mi brazo a torcer: haciéndola creer a mi mujer, Cristina, que el padre de la criatura era yo; cuando no había tenido nada que ver con el acto ímprobo cometido, en la persona de Amparo.

Mientras, mi persona estaba que no podía vivir en paz: ni de día, ni de noche. Solamente tenía una esperanza: que dijese Amparo quién era el padre de la criatura.

Aprovechando una mañana, que me quedé a solas con Amparo en el salón de estudio de arquitectura; para pedirle una cosa.

ANSELMO -. Que no la venga a mal lo que la voy a decir yo. . .

AMPARO -. No puedo.

ANSELMO -. No ve usted, Ampro; que entonces me lo achacaran a mí.

AMPARO -. No puedo decir quién es el padre de la criatura, que llevo en mis entrañas.

Así quedó todo. Pues, como dijo Amparo; que no podía desvelar quién era el padre del feto que llevaba en su vientre, por motivos personales.

Apreté los puños; retenéndome las ganas de enseñarla modalidades en la sociedad: ya que la sociedad quería personas rectas y decentes. Pidiéndola perdón, a Ampro; si en algún acto mío, o en alguna palabra la hubiese

ofendido. Al recapacitar esta, me dijo-. No para nada -. Y así se formó un acto de conciliación personal, entre nosotros dos.

No quedándome conforme, con lo que me había dicho Amparo: que no me tenía rencor, ni recelos. Que para nada, la había ofendido.

Eso era mucho decir, por parte de aquella joven señorita; ya que se la vio salir en la cara, ese rojizo, cuando se excita la adrenalina en las glándulas renales. Y a ella, se la había visto, ese excita miento; de cuando una persona tiene vergüenza por lo que la está diciendo la otra persona.

Dejándola hacer su trabajo; ya que se había cerrado en banda, no queriendo decir el nombre del padre. Yo siempre había tenido intuición, pero esta vez, lamente se me desbordaba en un mar de dudas; difuminando mis pocos pensamientos, para dar con el padre del feto, que llevaba dentro de su vientre, Amparo.

Yo no hacía más que mirar a Amparo; ya fuese de reojo, o de frente. Poniéndose muy nerviosa la chica; para ir a la habitación de la impresora y hacer varias copias de unos bocetos, que yo tenía hecho, para una Iglesia afamada.

Cuando salió de la habitación donde estaba puesta la impresora: amparo, salió con otro aspecto más risueño y más jovial. Parecía como si la hubiesen dado vida, dentro de aquella habitación, pequeña y rectangular. Mis sueños se desvanecían por completo: eso, de volver otra vez con Cristina; lo veía yo muy difícil; pues esta señora, no me aceptaría de buenos modos, debido al carácter divino y religioso que tiene ella.

Un pecado mortal donde los haya: así se definía, lo que yo había hecho, según las personas y según la manera de ver aquel embrollo, mi mujer, Cristina.

Estaba siendo una maraña de injurias hacia mi persona; y mi persona permanecía impasible ante tantos avatares funestos en mi vida.

Aunque llevaba una vida singular; no era suficiente, para que las personas lo viesan como un acto insólito para ellos: no dando tanto interés en criminalizar aquellos hechos, sobre Amparo y mi persona. Y sobre todo; cuando no se ha visto decencia alguna y ni si quiera se ha mentalizado, esos actos, para decir: que tal vez, no serían probable de judicializarlos, por parte de esas personas. Pues esos juicios, vertidos delante de la sociedad, surten efectos para toda la vida de la persona que ha sido

desacreditada por el mitómano, al contar cosas o hacer actos contra una persona; siendo una injuria hacia esa persona.

De injuria se trataba, esta vez; en cuanto yo no había estado con Amparo solo en la vida. Eso lo podía yo decir bien claro.

En estos momentos llegó Enrique con la correspondencia de CORREOS POSTAL, en donde venía una carta de alta alcurnia; para que les hiciese un adosado, al lado de su chalet.

Pero como yo no sabía el motivo que tendría ese adosado; no podía hacer las formas adecuadas a ese emplazamiento, por falta de no saber sus medidas, para qué se iba a emplear, y qué forma se tenía que llevar a cabo en su construcción; así como, qué materiales debía que emplear para su construcción. Por ese motivo, me trasladé a otra Ciudad más bella y hermosa, como nunca he visto yo.

Fue cosa sencilla y aplaudible; pues aquella construcción valía la pena hacerla: volviendo yo a mi lugar de destino, en mi trabajo cotidiano.

Pero al entrar en mi despacho, lo hice de una forma aleatoria, sin pensar lo que hacía. Siendo una forma fortuita lo que hice como todos los días, cuando entro en mí despacho.

Pues bien: no me había dado cuenta que teníamos secretaria nueva en el despacho; saludándola muy cordialmente. Pero cuando miré al sitio, donde Amparo tenía su mesa; no vi allí ningún menester suyo: ni plumas, ni bloc, ni tan siquiera la fotografía de su padre.

Me puse nervioso perdido, al no ver en el despacho a Amparo; yo sin más dilación al caso llamé a mi despacho reservado a Enrique, cerrando la puerta cuando entró mi ayudante en mi verdadero despacho. Y con voz temblorosa, comencé hablarle.

Diciéndome este, que se había ido por su propia voluntad, Amparo; asaltándome una idea en mi cabeza: llamaría su padre, Pedro, para que interviniera entre Amparo y el puesto, que tenía en el despacho de arquitectura. Le hice al señor Pedro una llamada telefónica; presentándome como quien yo soy.

PEDRO -. Llegó muy decaída. Sus ánimos estaban por la tierra.

ANSELMO -. Haga usted el favor de intervenir, delante de su hija por nosotros. Aquí nos está haciendo falta.

Parece que se ensanchó su corazón: lo noté sin haber estado allí, con el señor Pedro. Y este cumplimentó mi recado con toda la alegría de Mundo; pero sin tirar las campanas al vuelo; Debido a como tenía los ánimos su hija, totalmente decaídos.

A los dos días, de haber hecho esa llamada al señor Pedro, padre de Amparo, me llamó él, por teléfono para decirme; que su hija aceptaba ir al estudio de arquitectura, para excusarse conmigo.

Yo esperaba con ansiedad la llegada de Amparo a mi despacho; no veía la hora que llegase esta joven: una chica, prudente, callada, trabajadora, limpia, con buen trato y sincera, muy sincera.

Llamaron con los nudillos de las manos a la puerta de mi despacho; dando yo el permiso para que entrase la persona que estaba llamando, con ansiedad a la puerta de mi despacho persona.

¡OH!: estaba allí, delante de mí, Amparo; esperando para que yo la diese la bienvenida. Y yo no sabía qué decirle, al respecto; pues se me había atragantado la saliva en la garganta, notándomelo esta joven: que abriendo la boca, pronunció unas palabras que me llegaron a lo más profundo de mí ser.

AMPARO -. Buenos días, señor Anselmo. Ya me a habado mi papá, con idea de que venga a excusarme delante de usted. Le diré, que admita mi excusa; pues no ha sido un acto bien hecho, por parte de mi persona.

ANSELMO -. Admitidas las disculpas.

No la dije nada más: no la podía decir otra cosa; pues yo me quedé que no sabía responder, ni qué palabras pronunciar en ese mismo momento, al sobrecogerme, en sentido peyorativo, todo mi ser, por ver hundida de tal manera a Amparo. Ya que me había dado motivos para preocuparme de ella; con sentimientos fraternales hacía ella; pues esos sentimientos entrañables, me hacían perder el sentido. Así que me salió un giro, como de estar totalmente preocupado por su persona, en forma despectiva.

AMPARO -. No se altere usted, señor Anselmo.

Así, que cogiendo su bloc de apuntes y su bolígrafo, ya que los tenía yo encima de mi escritorio personal. Dándome a entender, con ese acto; volvía a su puesto de trabajo, totalmente voluntaria.

Aquella forma de decírselo; totalmente excitado, por tener los nervios a cien: fue lo que llevó a Ampro, a considerar mis palabras de agobio y de

desesperación: aceptando volver a su puesto de trabajo. Quedándome yo, totalmente satisfecho de mi pesquisa, formalizada en nombre de su padre, Pedro.

No tardó llegar Enrique a mi despacho personal, muy apurado por la señorita, que estaba cubriendo el puesto en forma temporal; hasta que se pusiera buena Amparo: pues así fue, como ocupó dicho puesto la nueva secretaria.

ENRIQUE -. Con la nueva secretaria, contratada para cubrir el puesto por enfermedad de Amparo: ¿qué hacemos?. Señor Anselmo; ¿dígame usted?.

ANSELMO -. La tendremos contratada hasta finales de mes; que es cuando el médico dará el alta a Amparo.

Enrique, se me quedó mirando a la cara, como escéptico; sin saber a qué me refería yo. Y esa desconfianza le previno, para no decir ninguna palabra más; así, que pidiendo permiso para salir de mi despacho personal, se fue a su puesto de trabajo.

Yo, por mi parte, me fui para hablar con Samuel; para ver qué podíamos hacer en conclusión, a la enfermedad de Amparo. Y este, llamando a un doctor en medicina general, la extendió el parte de baja y después el de alta, en dicha enfermedad. Guardando yo dichos informes médicos; como había formalizado aquel doctor en medicina general.

Como era principio de mes, le daba tiempo al galeno para explorar bien, la enfermedad que alegaba tener Amparo: mandándola unos análisis y una ecografía. Dándola de alta a Amparo, casi al final del mes.

Al terminar el mes, dimos de baja a la nueva secretaria; quedándose sola Ampro; que al recibir la nomina al siguiente mes, se dio un susto enorme: pues creyó, que se la había rebajado el sueldo, por circunstancias externas a ella.

No la dije, a Amparo; más que aquello había sido un prorrateo de la nómina: tantos días trabajado, tanto te pago.

Teniéndola que pagar a Amparo, los días que había estado dada de baja, en incentivos; por lo menos tres meses seguidos.

Siendo legal toda la operación, que hicimos con aquella joven, Amparo; que se mostraba complacida con nosotros, al trabajar en el despacho de arquitectura.

La vida seguía igual que antes, entre nosotros tres; Enrique, Amparo y yo: recibiendo personas en el despacho y admitiendo obras; no para engordar la cuenta corriente del Banco. Más bien era, para honra y gloria de nuestro despacho.

Una preocupación tenía yo, metida en mí ser, en mis adentros: dando quehacer a mí mismo, para hablar con Amparo, sobre su enfermedad.

ANSELMO -. Estoy preocupado por su enfermedad, Amparo.

AMPARO -. No se preocupe usted, Anselmo, que muy grave no debe ser; pues me ha dado seis meses para revisión, el doctor.

Con todo y eso, no me tranquilicé; ya que hay enfermedades que ocultan los síntomas por mucho tiempo. Pues era verdad que se la había detectado una enfermedad; y si no hubiese sucedido ese caso, no hubiese podido curar Amparo su enfermedad.

Y yo, que no la quería dar los informes del Médico a Amparo; por si eta señorita se asustase de veras. Y de veras, que tenía esa enfermedad, que detallaba el galeno en los informes.

Una vez que nos quedamos los tres solos, trabajando en el despacho arquitectónico, la vida siguió tan normal para nosotros. ¡Bueno!; a modo y manera.

Pues un día, que se encontraba Amparo en CORREOS, recogiendo la correspondencia del apartado, que teníamos en tan digna dirección: Cristina llegó al despacho de arquitectura, no viendo allí a Amparo, subiendo con prisa a mi despacho personal.

No llamó, pues se oyó crujir la puerta como si fuese un palillo de dientes, del golpe que dio en ella, para que se abriese. Tanto era así, que me asustó a mí: no sabiendo lo que quería mi mujer, Cristina, con tantos nervios como llevaba en ese día.

Cristina se sentó cerca de mí, corriendo una silla que tenía yo frente a mi mesa; para que se sentasen los clientes o los invitados a mi despacho persona.

Lo que la pregunté fue recto y sencillo; yendo al meollo de la conversación, entre nosotros dos.

ANSELMO -. ¿Qué quieres?; con tantos nervios.

CRISTINA -. ¡UY!: con tantos nervios.

ANSELMO -. Sí. Te veo muy azarada.

CRISTINA -. ¿Qué has hecho con esa chica?.

No entendí nada, de lo que Cristina me estaba preguntando: insistiendo yo en mi pregunta; para saber qué me quería decir mi mujer, Cristina.

Sacándoselo yo como si fuese con un tenedor: poco a poco dentro de su Alma y de su pensamiento. Como se saca, en una lata de conserva el pescado que hay en ella: saliendo, trozo a rozo el pescado, que hay en la lata.

ANSELMO -. Tranquilízate, Cristina.

Cristina -. ¿Has vuelto a llamar ESA. . .?. Esa señorita y has echado a la otra.

ANSELMO -. Te vuelvo a repetir, que te tranquilices. Esta tarde voy a casa y allí hablaremos.

CRISTINA -. Sí; porque falta me hace.

Ya me había enterado yo de que la hacía falta que yo fuese a casa y cuanto antes, mucho mejor.

Ya en nuestra casa, mi casa; como se suele decir: me senté en un sillón, para estar más elevado; y así, poderme oír mejor mi mujer, Cristina, lo que yo la dijese.

Pero como tardaba hablar, Cristina me hacía señales con las manos; para que yo la dijese algo, o por lo menos abriese la boca para emitir algún sonido, característico en nosotros, los hombres.

No solamente emití ese sonido, que ella esperaba; más bien fue una réplica a su conducta, ese día en los estudios generales de arquitectura.

Cuando estaba en plena verborrea, Cristina me cogió de la solapa de la chaqueta, levantándose del sillón y llevándose a la habitación: en donde allí, estuvimos una hora, aplacando nuestros deseos.

Deseos incontrolados, por nuestra parte; ya que hacía un buen tiempo que no nos veíamos a solas.

No entendiendo yo muy bien nuestras relaciones matrimoniales, ni sentimentales; ya que cuando quería Cristina se encontraba conmigo y cuando no quería, se alejaba de mí. Sintiendo una mujer despechada y como abandonada: demostrando ese enfado, que tenía dentro de ella, alejándose de su lado.

Tantas confianzas me estaba dando; que me volví a sentar, otra vez, en el sillón para expandir mis pensamientos, en unas cuantas palabras.

ANSELMO -. Amparo es fija en secretaría.

CRISTINA -. O sea: ¿que no la puedes echar?.

ANSELMO -. Es muy fuerte esa palabra. . .?. . . Y yo te pregunto; ¿Tienes tú tato dinero, como para pagar ese despido?.

CRISTINA -. Tú lo sabrás, que eres el que me das la pensión, para mi sustento.

ANSELMO -. Yo tampoco.

Así quedó todo: el no poder echar de su trabajo a Amparo; de modo, que todo se quedaría como estaba. Con Amparo trabajando en la actividad de arquitectura y aquí paz y aquí gloria.

La gestación de Amparo iba ya muy adelantada, pues se encontraba de siete meses; notándosela la tripa a simple vista.

No sabiendo nadie, quién era el padre del feto que llevaba dentro Amparo; ni tan siquiera ella lo decía.

Mientras; yo me debatía en un mar de contemplaciones amorosas, entre esa chica y yo: no sabiendo yo, cuando había estado junto con aquella damisela. Y por más que pensaba, nunca daba con la clave; de quién era el padre de aquella criatura, que tenía ella en sus entrañas.

Las fiestas de aquella bonita Ciudad, se estaban acercando; pues hasta la revista de feria dio a repartir el Excelentísimo Ayuntamiento, viendo en ella mi actividad reflejada en un recuadro.

Se engalanaron las calles con farolillos y guirnaldas: las luces brillaban con todo su esplendor; no cogiendo más personas en aquellas céntricas calles, por estar abarrotadas de público, viendo las atracciones en ellas.

Para más inri, se organizó una merienda, por parte del Consistorio, en las afueras de la Ciudad; en un prado inmenso, yendo allí casi toda la Ciudad, para regocijo de los concurrentes a esa merienda.

Las personas asistentes a ese acto; saltaban, bailaban y cantaban cantes regionales: haciéndonos las delicias para todo el que lo oyera.

Allí bailó todas las personas, quisieran o no quisieran; pues se les subía el lívido hasta el infinito: no viendo más ojos, que por los ojos de aquella feria; quedándose totalmente desvaídos y como mustios, tirados por el suelo, las personas asistente a esa fiesta de la merienda, en común.

Y no: no era caso de tomarlo a broma; pues se había caído Amparo por un barranco que había en una hondonada: corriendo para rescatarla todas las personas que había allí cerca.

Acercándose un Médico a Amparo, para ver cómo se encontraba, diciendo este galeno que; tal vez necesitaría el feto sangre.

Al decir aquello el doctor en medicina; todo el mundo me miraba a mí; con motivo de saber qué decía yo, que respuesta iba a dar. Pero como yo estaba en mis treces: no era el padre de la criatura; como así lo afirmaba, una y mil veces, en otras ocasiones.

Al verme inmóvil las personas, se hicieron para atrás; dándome a mí el valor para preguntar por la clase de sangre que tenía el feto.

Como aquel doctor en medicina, era de la misma ciudad; estaba enterado de los chismes y enredos de las personas: trayendo y llevando cuchicheos por toda la Ciudad, de nosotros dos, Amparo y yo.

Pero cuando yo me iba a levantar de mi sitio, quedándose mi mujer, Cristina, a verlas venir. Triste y con ganas de llorar. Se vio a otro hombre que se levantaba de su sitio, con idea de dar su sangre al feto.

El doctor, quiso retener al otro hombre; replicando este una palabra divina para mí.

DOCTOR -. ¡Quieto!: ¡donde va usted?.

TOMÁS -. A dar sangre a la criatura.

DOCTOR -.tiene que ser su padre.

Tomas dio media vuelta, con un pie al aire y el otro en la tierra; como si temiese decir alguna cosa, que molestase a Amparo. Pero en un acto indiferente, detalló una forma parentesco, para decir, en voz alta, la palabra fatídica para mí.

TOMÁS -. Soy su padre.

¡Acabáramos!. En aquel momento, se desveló toda la trama, sobre quién era el padre de aquel feto, que llevaba en sus entrañas Amparo.

Mirándome mi mujer muy compungida y anhelosa; por saber si yo la perdonaba su incertidumbre en mis palabras, de decir; que yo no era el padre de aquel feto. Que no había tenido, nunca, que ver con aquella señorita, para nada.

Esa ansiedad, que demostraba mi mujer, Cristina, por oírme una palabra; solamente una palabra, la estaba asfixiando.

La cogí de un brazo, subiéndosele para arriba; para que pudiese respirar: comenzando a respirar mejor desde aquel preciso momento.

Pero como los sanitarios se encontraban muy cerca de nosotros, se la llevaron a la caseta, para saber la procedencia de aquel desmayo. y aunque no daba la instrumentación señales de peligro; con todo y eso, se la llevaron al hospital para vigilarla aquella noche. Estando yo con Cristina toda la noche en vela; para saber la evolución, que tomaba ese pequeño desmayo.

Por la mañana temprano, la llevaron a Cristina a una sala; dónde la hicieron unas pruebas. Saliendo mí amigo Samuel; una vez que se la volvían a llevar a la habitación a Cristina.

Salí corriendo a donde se encontraba Samuel, con bata y gorro y vestido como sanitario, como un buen cirujano, como él era.

ANSELMO -. ¡Qué!, Samuel. ¿Cómo se encuentra Cristina?.

SAMUEL -. Una cosa os tengo que decir.

ANSELMO -. Dínosla, y no nos tengas impacientados.

SALUEL -. Que: estáis embarazados.

Por poco pego un sato y me cuelgo de la lámpara, que había en el techo; al saber aquella grandiosa noticas, para regocijo de nosotros dos: Cristina y yo.

Cristina me miraba con cara de una mujer, que está en cinta: con esa cara redondita, con esa mirada tan fina, con esos ojos de aceituna, con esos dientes nacarados y con esa forma de ser, tan suave y serena.

Serena era su forma: al saber que en su vientre se estaba produciendo una vida nueva; habiéndola dado nosotros esa sangre y ese Espíritu de creación, en lo Divino.

Y divina estaba siendo aquella mañana para nosotros; al darnos la enhorabuena por el estado de buena esperanza: como nos encontrábamos, nosotros dos, Cristina y yo.

Al terminar el día, ya se habían consumido, por lo menos tres botellas de cava; para regar aquella noticia, con un vino de nuestra Nación, que también lo hay.

Al siguiente día la dieron el alta a Cristina, llevándola yo a nuestra casa; pues yo seguía considerando esa casa, donde habíamos vivido, como la mía.

Y cuando vi, que Cristina se podía valer por sí misma; la hice una sugerencia para que me pudiese quedar en casa, por lo menos aquella

noche. No sé si se había enterado Cristina de la sugerencia que la hice; para poderme quedar en casa, aquella noche. Pero lo cierto fue, que alargándome los brazos, me fui hacia ella, para abrazarla y darla un beso de amor y de alegría.

CRISTINA -. Te quiero decir: que me tapes bien; pues son horas de madrugada.

ANSELMO -. La alegría no me ha dejado ver la hora que es.

CRISTINA -.tú; vete a acostar.

La decepción, que sufrí; fue menuda, al decirme aquello Cristina: que me fuese a acostar. Y si lo hice: pues cerrando bien la puerta de entrada, me dirigí una vez más, bajo las luces de la calle, al estudio arquitectónico, a mi despacho.

No dormí; no podía dormir, por más que quisiera; ya que una vez más, Cristina me había echado de casa, sin ninguna clase de contemplaciones.

Así, como a las once de la mañana, sonó el teléfono de mi despacho privado; siendo Cristina la que llamaba.

CRISTINA -. Anselmo, querido. ¿Sabes lo que he hecho?.

ANSELMO -. No lo sé. Dímelo tú.

CRISTINA -. He pasado lista y la he puesto falta a tu maleta.

ANSELMO -. Mi maleta la tengo en el estudio.

CRISTINA -. Ya me lo imagino: pero, ¡Tráetela!; para que yo el quite la falta.

Me sobró tiempo para salir corriendo, hacia mi casa; nuestra casa. Llegando al tiempo, que Cristina estaba haciendo la merienda.

¡Opípara!: una merienda de lujo; para después de merendar, regocijarnos en la alcoba, entre burbuja y burbuja de un cava excelente.

Yo esperaba una pregunta, por parte de Cristina; no tardando llegar aquella pregunta, dirigida directamente a mí.

CRISTINA -. ¿Qué te pasó?; o por mejor decir: ¿qué entendiste tú anoche?.

ANSELMO -. Entendí lo más sencillito del Mundo: que me fuese a acostar. Y así lo hice.

CRISTINA -. ¡Sí!; pero en el estudio.

ANSELMO -. No especificaste, dónde tenía que dormir yo.

CRISTINA -. En casa, ¡Caray!.

Ahora sí que me mostraba los brazos para acogerme en sus pechos y abrazarme lo mejor que ella sabía: apretándome hacía sí, para hacer un movimiento de lado a lado de su cuerpo: con todo el amor del Mundo y con todas sus fuerzas.

Se oían los besos que nos dábamos en toda la casa; como si hubiese una tormenta, oyéndose los truenos por todas las habitaciones de la casa.

Nos amamos, nos quisimos; con un amor muy profundo y una convicción de querernos mucho.

Cristina, se fue para coger algo que había en una mesita. Y presentándome la estampa de una Virgen; me tomó la palabra, con ella misma, de que nunca, jamás, desconfiaríamos, el uno del otro.

CRISTINA -. Hay que tener la suficiente capacidad, para no desconfiar el uno del otro, nunca más.

ANSELMO -. Así lo espero.

CRISTINA -. ¡Hombre!: dicho así. . .

Cristina tenía razón; pues yo lo había dicho con una forma decadente, rayando a lo despectivo: al acordarme, de que ella no me había hecho caso en ningún momento, que la duró esa incertidumbre; de que yo no tenía nada que ver con la señorita Amparo.

Vaciamos, el uno en el otro, todo nuestro pesar; para no volver a caer en ese panteísmo de orgullo, mal entendido. Siendo malo ese epicentro de pasiones, mal controladas, por nuestra parte.

Nos dieron las doce del mediodía hablando en la cama, sin término de cortar dicha conversación; hasta que Cristina, enseñando una pierna y el muslo, me obligó a levantarme a mí: ya que yo creía, se iría a levantar ella. Como yo veía, que Cristina no se levantaba; la preparé el almuerzo muy sencillo: pues costaba de dos tostadas con mantequilla y mermelada, con un vaso de zumo natural de naranja y unas pastas; para que endulzase la boca, con aquel preparado.

Cuando hubo terminado, Cristina, de desayunar; se me quedó mirando con cara de extrañeza.

CRISTINA -. ¿Es que hoy no vas al trabajo?.

ANSELMO -. Estoy esperando, para ver si te pasa algo.

CRISTINA -. Y, ¿eso?.

ANSELMO -. Como no te levantas. . .

Todo quedó ahí, en que Cristina no se levantaba de la cama; estando yo preocupado por esa poca fuerza, que ella tenía en ese día.

Llevándola al ambulatorio y desde allí al hospital; ya que al parecer había cogido una anemia enorme, debido al escape de sangre que tenía en alguna parte de su cuerpo: queriendo saber los doctores, dónde se producía ese escape de sangre.

Al parecer, Cristina, había querido correr la cama de matrimonio nuestra; haciéndose daño en una vena: pues ella sola no puede correr nuestra cama, por lo mucho que pesa.

Y como todo adelanta, adelantó la cirugía: tapándola la vena, con una especie de malla; cortándosela enseguida ese pequeño derrame de sangre, como ella había tenido.

Ya, en nuestra casa. La suministraba yo calditos con jamón y algunas veces un caldo de huevo, con vino moscatel: que a mi simple opinión, la vendría muy bien.

La comida, no era mucha; pero sustanciosa en los mejores manjares que hay, hoy por hoy, en el mercado nacional. Poniéndose, pronto, como si no la hubiese pasado nada a Cristina.

La vida transcurría sin ninguna clase de contratiempos; hasta que dio a luz mi mujer, Cristina. Una hermosa niña, que era la luz y el faro de nuestra casa. Viendo, solamente, por sus ojos y queriéndola como a nadie hemos querido, Cristina y yo.

La niña pesó dos kilos y veinte tres gramos, al nacer; para bajar en poco tiempo su peso, no siendo mucha la diferencia, de cuando nació.

No es que fuese muy llorona; pero alguna taranta nos echaba por las noches, al son del televisor: alegrándonos la existencia a su madre y a mí, que soy su padre.

Muy pronto la llevamos a la guardería; creyendo nosotros, que era mejor llevarla: así iba aprendiendo a juntarse con los demás niños. Se espabilaría y sabría lo que es juntarse en sociedad.

Un día, que la vimos jugar en la guardería, iba cogida de la mano del hijo de Amparo; no gustándola nada, que nuestra niña se juntase con el niño de esa. . . Esa señora. Pues según ella no era meritorio, el niño, de la amistad de su hija.

ANSELMO -. ¡Cállate!: no vaya a ser, que nos oiga.

CRISTINA -. A mí no me importa nada.

Retiré a Cristina, cogiéndola de un brazo para llevármela de allí a otra parte de aquella sala, donde nos encontrábamos nosotros: ya que era la hora de salir nuestra niña.

Siendo un caso curioso, al volverse para atrás; una vez, que nuestra hija veía se quedaba sin su buen amigo, el hijo de Amparo.

Como Amparo se quedó un momento retenida, para poder hablar con nosotros un tiempo prudencial. Cristina puso cara de no ser gustosa, en hablar con Amparo. Adelantándose a nosotros dos, Amparo y yo; para en un acto reflexivo, quitar la mano de la mano del niño de Amparo. Quedándose como cortada Amparo, al ver aquel acto despectivo, que Cristina había cometido con su hijo.

Yo quité hierro al asunto; elevando mi voz al tiempo que las dije, a Cristina y a Amparo, que eran horas avanzadas del mediodía. Entendiéndome las dos: pues tenían que dar de comer a sus críos; no siendo horas de estar de cháchara.

Entendiéndome las mujeres, que dejasen estar de parloteo y se empleasen más en los niños; pues estaban sin merendar, todavía: debido a que aquella guardería no tenía comedor propio. Más tarde se abrió comedor propio; siendo su sede social el centro de la guardería; por ser un edificio enorme: con piscina, juegos de niños y patio de recreo. Para ello tuvieron que unir a los chicos de las escuelas, con los de la guardería; al ser un barrio de personas mayores, las más: y los menos, personas trabajadoras; no estando en casa mucho tiempo. Por lo cual, hubo bastantes peticiones de plazas, para el comedor.

Una y otra vez, se los veía a los niños cogidos de las manos, para ir y venir a cualquier sitio de la guardería. No gustándola nada a Cristina; que cada vez, se la veía más inquieta, en su manera de ser.

Yo por mi parte, observaba las amistades que tenían Enrique y Amparo; pues eran remisas, según yo: y entre aquellas dejadas relaciones de amistad, como amigos; no surgía esa llama incandescente, como para avivar el fuego de la atracción sexual.

Ya que Tomás, se había quedado con su mujer y Amparo con el niño. Y entre medio de esta caterva de indecisiones: de maremagno sin remisión de volver el uno con el otro; yo me atreví a decir algo a Enrique, una vez

que este dejó la conversación, de relación laboral, que sostenía con Amparo: para que este tomase conciencia de quien era Amparo.

ANSELMO -. Amparo es buena chica.

Enrique me miró con cara de decepción; como si se hubiese terminado ese sexapil que había entre él y Amparo. Pues ese sex appel, no brillaba con todo su esplendor, entre la chica y mi ayudante. Cosa que a mí me conmovió mucho mi instinto, de creer se diesen las condiciones buenas; para que Amparo y Enrique germinaran ese capullo de esperanza, que se da entre los enamorados.

Tiempo al tiempo, sí; pues dos personas, que se han querido mucho, no dejan quererse por más obstáculos que se les pongan en el camino: y máxime, si están trabajando juntos.

Viendo, claro, que aquello no era mi acometida; pues mi condición de hombre, no servía para ser una “Celestina” particular: dando y tomando consejos de aquellos jóvenes enamorados.

Así que no volví a preguntar, nunca más, por la inclinación amorosa de Enrique con Amparo. Limitándome a observar los movimientos clandestinos, que tenían estos dos jóvenes.

Hasta que un día cogí a Enrique besando al niño de Amparo; pues le había encontrado en el parque, jugando con otros niños. Viendo, de remiso, que su madre, Amparo, se encontraba hablando con otras señoras, un poco más alejada de donde se encontraba el niño.

Oh là là, Monsieur; ahora sí, que denantes no: ya que Enrique sujetaba al niño como si fuese suyo. Callándome yo lo que había visto, aquella tarde en el parque.

Poco a poco iban las aguas a su cauce; todo se calmaba y se trataba la sociedad como antes, como hermanos.

Y entre media de aquella maraña de incertidumbres, botó la concordia y la paz en las vidas de aquellos buenos ciudadanos; que aunque no fuesen parientes, se trataban de igual manera que si lo fueran.

Hasta hubo una expedición a una bella Ciudad, llevando tres autobuses, totalmente completos, a la ciudad, que íbamos para visitarla.

Llegamos a media mañana a la Ciudad deseada; bajándonos todos de los autobuses: y como aquellos autobuses eran enormes, había en cada uno de ellos bastantes asientos; llenando la plaza de personas conocidas por

todos nosotros. Hasta el punto, que para desayunar; algunas personas se tuvieron que ir a las calles más cerca de aquella plaza, recopilando a todo el personal los cicerones contratados por nosotros.

No sé si tuvimos suerte; pero nuestro cicerón era una persona joven, un hombre de corta edad: que si le pegas un soplido, le caes al suelo.

¡Eso sí!: sabiendo como él, nadie. La capacidad de retención de aquel joven era brutal; hasta los parientes de aquellos personajes, no solamente las fechas, nos decía el joven. Para regocijo y alegría de ver tanto edificio del Medioevo en pie: teniendo cada uno su historia.

La comida la hicimos en un edificio viejo, teniendo como cobertura: blasones y armaduras por testigo del paso de aquel tiempo.

A mí me produjo una sensación de agobio; al verme en la edad media, comiendo esos buenos manjares que se daban antes.

Olía; y respirábamos, como respiraban aquellos nobles caballeros: de celada corta y de espada larga.

Salí de allí, con los nervios a flor de piel; pues para mí, la visita fue excelente, la comida también: pero ¡el comer allí!; para mí simple opinión.

..?..

Créanme, que no miento; siendo para mi simple opinión un libelo de pasiones; luchando en una y en mil batallas: mientras estaba yo merendando. Siendo para mí ese blasón no escrito, en los anales de la historia.

Todavía nos dio tempo, por la tarde, para visitar, algún que otro castillo y lugares de ocio; hasta una hora prudencial, la que cogimos el autobús: volviendo, tan alegre, a nuestra Ciudad.

Parabienes de uno, regocijo de otros; así nos despedimos todos los amigos y las personas conocidas de aquella hermosa Ciudad; marchándonos a nuestra casa, sin preámbulo de no encontrarse a nadie más. Siendo el preludio de una buena conversación, entre mi mujer Cristina y yo. Siendo la abertura de una buena sobremesa en la cena.

Rendidos y cansados, nos acostamos tarde; contando todo lo que habíamos visto en aquel día; para ennoblecerlo cada vez más.

¿Qué pronto tocó el reloj!, en aquella mañana; pues yo, apenas, había dormido un par de horas: teniendo que trabajar como todos los días, sin demostrar cansancio alguno.

¡Veremos a ver!, qué hacían los dos pimpollos; pues también habían ido a la excursión de aquella bella Ciudad Medieval.

Así, como a media mañana; nos entró un sueño, a los tres, Amparo, Enrique y a mí: que para mí; ya hubiese querido yo coger una cama.

Esa brecha que se había abierto delante de mí, me dejaba ver cómo eran las relaciones entre Amparo y Enrique; pensando yo, que por lo menos había un atisbo de esperanza; para que la amistad entre esos dos jóvenes, Amparo y Enrique, fructificase de veras.

Fue el día más largo de mi vida; ya que no pude trabajar mucho, por no decir nada, en la oficina. Y al término de la jornada, nos llegó un señor con idea que le hiciésemos un cobertizo para albergar unos caballo que tenía en una granja.

Aquel señor fue recibido con toda la alegría del Mundo: allí donde, en todo el día había habido una sonrisa; que demostrase una buena predisposición al trabajo.

Nada más cerrar la puerta aquel señor, dijo unas palabras Enrique que me llegó hasta el Alma.

ENRIQUE -. Todos los encargos, son obras menores.

ANSELMO -. Espera y verá, cómo vienen los encargos de las obras mayores.

Le vi pensando mucho a Enrique, cuando le dije yo; que ya vendrían los encargos de las obras mayores: adelantándome a su posible pregunta, que hubiese hecho mi ayudante.

ANSELMO -. Le podíamos hacer a ese señor una buena obra; pero hay que ser noble y fiel con los clientes. Le preguntaremos qué es lo que él quiere construir, como cobertizo para los caballos.

ENRIQUE -. ¡Qué va a querer!: un simple cobertizo.

Así se expresaba Enrique, en aquella hora de decaimiento psíquico y físico; por haber estado, el día siguiente, de visita cultural en una bella Ciudad.

Fue llamada mi mujer, Cristina, a una ONG; para que participase en el ropero en aquel año. Y como invitada de honor, salió a la calle; comprando toda clase de ropa y zapatos, para ofrecérselo a quién les hiciese falta.

Al ver eso, los encargados de la ONG; la llamaron a Cristina al orden, por las prendas tan buenas que había llevado para su reparto entre las

personas menos pudientes. Quedándose Cristina sin poder responder, por el agobio que la entró, al saber que aquello no lo debía haber hecho.

Allí se requería otra clase de prendas: menos finas y más rozadas, por así decir; pues la intención, era que sirviesen a personas necesitadas, no para ninguna clase pudiente.

Con todo y eso: Cristina, no se quedó conforme; llevando, al día siguiente, otra clase de ropa: como la que ella iba a desechar dentro de unos días.

Ahora sí: sí dio en la clave Cristina; felicitándola todos los que llevaban dicha ONG a su cargo.

Saliendo una pequeña reseña en un periódico de aquella buena Ciudad, sobre las personas que habían aportado prendas algunas; entre ellas salió Cristina reseñada en aquel diario provincial.

Para ella, fue un hito en la historia de su corta vida; ya que todas las personas conocidas, la saludaban y la felicitaba, por su manera ser: desprendiéndose de la ropa, que no la hacía falta.

No sé que la entraría, en la cabeza, a Cristina; que el domingo por la mañana, llegó a Misa con Pamela; distinguiéndose de las demás señoras que asistían a dicha Misa.

A la salida de Misa, me comunicó mi mujer, Cristina, que quería ir a un restaurante, para merendar en él. Yo: ni corto, ni perezoso la indiqué un restaurante que había en un barrio marginal de aquella bella Ciudad. Y por poco se la cae la Pamela a Cristina de la cabeza.

CRISTINA -. Estás de broma: ¿no?.

ANSELMO -. No. Pues creo, que allí, te darán las gracias por haberlos equipado de ropa y zapatos; todas las personas que lleven las tuyas.

Pues; con todo y eso, la gustó a Cristina aquella idea, que tuve yo a la salida de la Misa festiva. Pero en un momento determinado, la indiqué la conveniencia de llegarnos a un buen restaurante del centro de la Ciudad.

CRISTINA -. ¿Por qué en el centro de la Ciudad?.

ANSELMO -. Tu atuendo, no pega entre las personas que has repartido tú ropa.

Así nos fuimos al mejor restaurante afamado, que había en el centro de la Ciudad: recibiéndonos hasta con honores de bellas personas, que hacen el bien para las demás personas.

Al día siguiente fue la comidilla, Cristina, de todas las matronas que había en aquella bonita y gran Ciudad; sobre todo, el llevar Pamela en un día de domingo, cuando no se va a celebrar ninguna fiesta o boda en la Iglesia, por no ser época de ello.

Ese estado anímico, con el que se presentaba mi mujer, Cristina, delante de las personas, no era normal. Tenía que saber algo más sobre sus actos, sus hechos, sus movimientos con las manos; o cualquiera otra cosa, que me pudiese decir la variación personal de Cristina, en la sociedad.

Para ello, me fui hablar con mi amigo Samuel; pues en el hospital, donde él trabajaba, hubiese algún psiquiatra, que se pudiese encargar de Cristina.

Siendo un desdoblamiento de personalidad, lo que sufría Cristina: un trastorno psicológico caracterizado por la alteración inconsciente de caracteres y comportamientos distintos en un mismo individuo.

Cristina, comenzó a aislarse de la sociedad, tenía nervios y agobio; más bien, producido por un trauma: achacado a la creencia de que yo estaba con Amparo.

La mantenía activa, como me dijo el psiquiatra; dándole sus medicamentos a su debido tiempo. Pero a la vez, mentalizándola que yo no tuve un quehacer con Amparo; y para ello organizó una fiesta, entre todos los amigos Samuel, en su casa de campo.

Al principio de la fiesta, parecía que Samuel no nos hacía mucho caso; y en cambio sí su mujer, Antonia: que viniéndose con nosotros dos, Cristina y conmigo, nos empezó hacer la vida deliciosa; ya que comenzó a contar chistes, pareciendo que no tenía término medio para callarse y contar otra cosa, más que chistes.

Pero cuando estábamos más descuidado, Cristina y yo: Antonia nos echó una mirada, como alegrándose mucho por los amigos que tenía, con nosotros.

ANTONIA -. ¡Qué buen matrimonio hacéis!.

Aquello que me dijo Antonia, me congratuló; pues era lo necesario que podía oír Cristina, para aplacar su estado de nervios ir remitentes. Esos nervios intermediarios; por saberse segundona.

ANSELMO -. Gracia, Antonia. Te agradecemos, Cristina y yo, lo que nos has dicho.

En aquel momento, parecía que Antonia se había atragantado con la saliva; pues no hacía más que toser y querer echar fuera algo de su boca. Hasta que con un golpe, dado en su espalda, por parte mía; comenzó a respirar mejor, para darnos una perorata de cómo se vive en el matrimonio. En el buen concepto de la palabra; y sobre todo, en los matrimonios que confían el uno del otro y se llevan también como nosotros dos: Cristina y yo. Siendo esa insistencia, que tenía Antonia aquel día con, con nosotros dos, la que hizo que Cristina la estuviese oyendo sin pestañear; poniendo todo sus sentidos en las palabras dichas por Antonia. Desde ese mismo momento, no esperaba que se reuniese con nosotros mi amigo Samuel; ya que el encargo que le había hecho, lo remitió a su mujer, Antonia. Siendo más fiable, que si lo hubiese dicho él mismo, Samuel.

Parecía, que aquellas palabras, vertidas por la boca de Antonia; había surtido efecto a Cristina, aunque hubiese sido palabras ya estudiadas y aprendidas por la mano de un buen maestro.

Y máxime, cuando terminando la fiesta; nos preparamos para marchar a casa, cada uno de nosotros: oyéndose un -. ¡UF!, uf!, hurra; por estas dos personas -. Aquello fue el detonante mayor, para liberalizar los sentimientos de Cristina y meterlos donde nunca pudiesen salir: bajo tierra.

Teniendo una llamada telefónica de Samuel, nada más que llegamos a casa; diciéndonos, que fuésemos al siguiente día, a la cafetería que siempre íbamos.

Así hicimos, Cristina y yo; encontrándonos allí al resto de los amigos. Pasando una velada de lo más agradable posible: hasta cierto punto. Pues cuando entró, en la cafetería Amparo, mi mujer quiso marcharse de aquel lugar de recreo y gozo; retenándose un poco, como probando su valía de saberse que era mi mujer y nadie más lo sería.

¡Claro!; que se quedó sentada Cristina donde estaba, no haciendo ningún gesto que la comprometiese, para nada.

Hasta empezó hablar con Amparo normalmente, al preguntarla esta, cómo se encontraba ella.

CRISTINA -. Me encuentro muy bien, gracias.

AMPARO -. Así te veo yo. Me alegra que me digas eso.

Pues claro que se lo dijo; se lo dijo en son de amistad y de confianza en ella misma; para entablar conversación con todos los que estábamos sentados en la misma mesa.

Mi mujer se repuso de sus nervios, tenía más confianzas en ella misma; pero no por eso se debía decir, que se había terminado el desdoblamiento personal en Cristina.

Hasta que un día nos cruzamos con Amparo y su niño; parándose Cristina, para poder hablar un tiempo con esa señora. Tan bien lo hizo, que a mí me pareció, se había terminado su doble personalidad: ya era otra mujer, más sentada en sus pensamientos y más moderada.

Llevándomela cogida por un brazo a casa; para degustar, aquel día, una buena merienda, hecha por ella.

Por la tarde salimos con todos los amigos para recrearnos en una terraza de un café-bar. Y nada más sentarnos, se arrimó a nosotros un señor, no conocido por ninguno de los amigos; pero que aquel señor, causó una sensación de inconformidad entre todos nosotros. Siendo una de esas personas, que con solo mirarla causan estupor: no digamos, si se le habla más de dos palabras.

Aquel señor, parecía que hipnotizaba con la vista; al preguntarnos por una dirección de aquella bonita Ciudad.

Al verle alejarse, calle abajo, se nos ensanchó el corazón; respirando mejor el aire fresco que corría aquella misma noche por la terraza de aquel café-bar.

Al día siguiente supimos, que había llegado a la Ciudad un mago muy afamado: ¡y tanto!; pues con solo la mente movía cosas pequeñas y averiguaba el pensamiento.

Entrándonos un interés por ir a verle, que en la primera función que montó aquel mago, nos encontrábamos todos los amigos en la primera fila de butacas. Sin pensar, que era dónde él sacaba a las personas para que le ayudasen.

Uno tras otro, fuimos desfilando por el escenario de aquel teatro; saliendo de allí, como si estuviésemos abducidos por una fuerza mental, que era muy superior a nuestro pensamiento.

Tal vez sería la sugestión, que nos produjo vernos en el escenario, o por el contrario; fuese por esa motivación, de haber sido mandados por una

persona, con más capacidad mental que nosotros. Ni uno ni otro, sabíamos, que nos había pasado.

Ya en la calle; hablamos entre nosotros de esa sugestión, que nos invadía todo el cuerpo: sin saber qué clase de fuerzas eran las que nos dominaban a nosotros.

Hay, a veces, que recordamos esas fuerzas; cuando nos juntamos todos los amigos, para recrearnos con un chato de vino y poder jugar a los naipes. Pero poco a poco, se nos fue quitando el deseo de hablar sobre lo que nos había pasado con aquel mago: afamado en toda la geografía española.

Era cosa rara: que Cristina no estuviese sugestionada por la fuerza de aquel mago; tal vez no se la hubiese quitado, del todo, su doble personalidad. Y cuando se lo dije al psiquiatra, me dijo que era posible ese afán de saberse superior al mago.

Desde aquella noche, no dormía yo muy bien, pues no sabía cómo iba a responder Cristina si se despertaba. No era miedo; era una simple prevención para mis adentros.

Y mis adentros me decían, que volviese para llevar a Cristina al psiquiatra: no fuese a ser, que más tarde no hubiese curación alguna.

¿Pero, cómo lo haría?; si Cristina no quería ir a dicho doctor, en enfermedades mentales.

Para ello ideé una trama succulenta, en cuanto se encontró el psiquiatra con ella en un restaurante; después de haber merendado una buena comida y tomado una buena bebida; según me dijo el doctor.

Como aquel doctor era el especialista, que estaba curando a Cristina, se nos vino a sentar en la mesa que estábamos nosotros dos: Cristina y yo.

El doctor, miraba mucho a las manos de Cristina; sobre todo a las venas de las manos, que al parecer, se la estaban poniendo, cada vez, más anchadas.

Se levantó, una vez; después de pedirnos perdón, con el afán de poner bien su silla. No perdiendo la ocasión, mirar a Cristina detrás de las orejas; como para saber qué elixir le hacía falta a la paciente. Y así sabría el grado que se encontraba la enfermedad de Cristina.

Al sentarse, aquel doctor, me hizo una indicación con los ojos; de que ya había comprobado, lo que la hacía falta a Cristina.

No queriéndole ir yo en contra; pues aquel doctor era afamado en toda la provincia.

Cuando fui a salir de aquel establecimiento, me encontré con el doctor, que saludándome muy cordial, me decía algo que no pude olvidar en todo aquel día.

DOCTOR -. Lléveme usted a su mujer, Cristina, a mi consulta. La quiero auscultar detenidamente.

ANSELMO -. Doctor. Observé que la miraba mucho a las manos, para ver sus venas: pero lo que no comprendo, es que le vi mirarla mucho atrás de las orejas.

DOCTOR -. No es eso. Yo la miraba a la nuca; para ver esas cuerdas que se tiene en ella, si están juntas.

Como no comprendía, ni una sola palabra; no le hice ninguna clase de comentarios más, ni ninguna pregunta al respecto.

Y a la fecha que me dijo la enfermera del doctor, estaba allí, en su consulta; llevando a mi mujer, Cristina, para que la explorase el mal que ella tenía, que no es que la aquejase. Ella nunca se había quejado por algo. Los informes que me dio aquel doctor, fueron favorables para mí y para Cristina; ya que ponía, se iba recuperando mi mujer, en su enfermedad.

Como yo la veía, que sí adelantaba Cristina de su enfermedad; aquel informe lo creí a ciencia exacta. No teniendo duda alguna de su fidelidad.

Para celebrarlo, invité a todos los amigos una merienda el domingo, en un buen restaurante; haciéndoles presente del gozo y felicidad que teníamos Cristina y yo al recibir tales informes, por parte del doctor.

TODOS -. ¡Hip!, ¡hip!; ¡Hurra!.

Al saber que Cristina se estaba curando de su enfermedad; dio un vuelco de espanto aquella merienda; con comensales invitados por mí.

SAMUEL -. Está bien, que tú pagues la merienda; pues no se presentan casos, todos los días como esta. Pero nosotros pagaremos las copas, café, postre o dulces.

En esos momentos, se levantó Enrique de su asiento; afirmando una cosa, que me quedó helado por competo.

Sí; porque también había ido Enrique y Amparo a la merienda; ya que me había parecido mejor, invitarlos a los dos, Enrique y a Amparo.

Cosa que no hubiese hecho; pues a la postrimería de la merienda, ya en los postres; entró en aquel restaurante Tomás, con cara de pocos amigos. Todos se sobrecogieron, todos retuvieron la respiración, ninguna quería hablar; para no estropear aquella hora de relax para nosotros.

El único, que dio la nota, fue el señor Tomás; diciendo, algo así, como. . .

TOMÁS -. Amparo. No quiero que tome, mi hijo, la primera comunión.

Al grito de “cobarde”, se levantó Amparo de donde estaba sentada, con idea de decirle unas palabras a ese señor; que se jactaba de ser el padre de la criatura.

AMPARO -. ¡Oye!, tú. No tienes que presumir de ser el padre de mi hijo, para nada. . .

Y mientras Amparo estaba diciendo eso a aquel señor, Enrique la estaba cogiendo de un brazo para que se sentase y no diese un escándalo en aquel restaurante; no consiguiendo, que se sentase Amparo para nada. Siguiendo ésta señora, con sus requiebros, tirados a la personas del señor Tomás. Sí, porque aquello eran flores envenenadas que le tiraba Amparo al que era el padre biológico de su hijo.

AMPARO -. Los jueces, ya han hablado: lo dicta un papel. De modo, que vete por dónde has llegado, que entre nosotros, Enrique y yo, no eres bien venido. No sé si para estos señores eres bien allegado; y que me perdonen ellos.

Tomás agacho la cabeza, saliendo del restaurante con una prisa poco común; perdiéndose entre la muchedumbre de la calle.

Mis amigos, se quedaron con la respiración cortada; sin saber lo que hacer, ni lo que decir; solamente uno alegó tener una talle más elevada que los demás.

PRUDENCIO -. ¡EA!: aquí paz y aquí gloria. No ha pasado, absolutamente, nada.

Todos ellos, siguieron hablando tal y como estaban antes de llegar el señor Tomás al restaurante. Pues Prudencio, se notaba que estaba dando clase a jóvenes estudiantes de la Universidad. Dirigiendo su vida, con fe, esperanza y caridad; a la vez de con un poco de moralidad. Se le vio como a un diligente social.

Con todo y eso, salimos del restaurante como si no hubiese pasado nada; despidiéndonos todos muy fraternalmente, como si fuésemos de la misma familia.

Pero al llegar a casa, mi mujer Cristina no pudo más, exclamando al Cielo algo, que yo no entendí.

CRISTINA -. ¡Por Dios y todos los Santos!: que la Virgen nos ampare.

ANSELMO -. ¿Qué dices?, Cristina.

CRISTINA -. Eso no hubiese tenido lugar, si tú no los hubieses invitado a tu ayudante y a su pareja sentimental. ¿Qué no sé, cuando se van a casar?.

ANSELMO -. Eso no nos importa a nosotros dos.

CRISTINA -. ¿El qué?.

ANSELMO -. Cuando se van a casar, nuestros dos amigos, Enrique y Amparo.

Se me quedó mirando fijamente, a la cara, Cristina: alegando, más tarde su conformidad, por lo que yo la había dicho.

Días de sol y calor, en aquella época de estío y de añoranzas para todas las ferias de la piel de toro: en cada pueblo una feria y en la feria sus diversiones, como es debido.

Una pantalla gigante se montó, a la salida de una carretera, cerca de la Ciudad; para si alguna persona quisiera ir a pie. Siendo ese lugar, reunión, concéntrica, de coches para ver alguna película que estuviesen poniendo en aquel día en la pantalla.

Se mercaban palomitas o comida, para consumirlas dentro del coche; mientras se veía la película. Aquel día estuvimos degustando, en el coche, un sándwich vegetal con una botella de un refresco insuperable.

Pero como salió la luna, dejándose ver las estrellas; con ese Cielo azulado, con esas idas y venidas de las estrellas, por todo el firmamento: nos retiramos a nuestra querida y bonita Ciudad, tomándonos un café y copa, todos los amigos, en una terraza muy agradable para nosotros.

Así como a las tres de la madrugada, decidimos marcharnos a casa; para poder descansar un tiempo en ella: estando despejado nuestro cerebro por la mañana temprano, para poder trabajar en nuestros quehaceres cotidianos.

No me había acordado: pasodobles y compasas se oían en plena calle; ya que estábamos en feria. Siendo un hervidero de derroche personal toda la

Ciudad entera. Y para ello, estaban allí casi todas las personas de aquella gran Ciudad: bebiendo, comiendo y gastando a manos llenas.

Tanto era así, que yo tuve que dejar mi trabajo por falta de concentración en él; ya que no había llegado ninguno de mis ayudantes. Saliendo a la calle, sin saber por dónde marchar o irme a mi casa; ya que la calle estaba abarrotada de personas: una muchedumbre de personas, como nunca había visto yo. Y es que había algunos concursos, como presentación de reina, boxeo, fútbol, teatro muy afamado; y sobre todo, un festival de cante.

Pero lo que más llamaba la atención, era que sería retransmitido por TVE el montaje de teatro, que tendría lugar en ese mismo día, en el mejor teatro de la Ciudad.

Pamela, vestidos largos, escotes anchos, zapatos al uso y ellos unos esmoquin de buena vista; en donde el lujo se distinguía desde lejos, en donde las personas que asistían a ese acto; se veían, que eran de buena condición, dentro de la sociedad.

Siendo esa sociedad, la flor nata en la península española; en donde no se opone nadie a ella, ni ella se opone a las personas. Respetándose mutuamente, los unos con los otros.

Entre ellos se veía algún casquete amaranto o fucsia; para más entender, que el saberse creyente en la sociedad.

ANSELMO -. ¡AH!: sí dígame.

Mientras me hablaba un casquete fucsia; yo estaba envuelto en una nube blanca, en donde nada pasa y el tiempo no cuenta para la persona humana: siendo ese mismo tiempo, un aliado para las personas.

MONSEÑOR -. Le decía a usted, que si este teatro, que se monta hoy; es más bien una parodia de lo imaginario.

ANSELMO -. ¡AH!: no Monseñor. Este montaje de teatro, es la vida de una buena seguidora de Cristo.

De imaginario, no tenía nada el teatro que se había montado aquella noche en el mejor de ellos, en la Ciudad.

Reseñaba la vida de una Monja de clausura, en buena lid, en la edad media; en donde todo era una lucha continúa de la época por los pocos víveres que había en aquella sociedad. Siendo las creencias fuertes, pero sin medios de llevarlas a cabo; por la falta de una vida buena y

confortable. Si algo quiso aquella fiel seguidora de Cristo, lo tenía que hacer con las personas más pudientes de la sociedad; para el logro de sus fines.

Antes salir del teatro, nos despedimos, muy amable, de las personas que habíamos tenido a nuestro lado. Y ya en la calle, nos dirigimos hacia el real de la feria; para ver qué nos deparaba la suerte. Y la suerte nos deparó, una buena cena en una caseta acondicionada para restaurante: tomando algunos de nosotros un bueno entrecot a la plancha con una buena ensaladilla y un buen vino de la tierra. Otros, en cambio, pidieron un pollo frito en una máquina, para tal cuestión, servido con guarnición de, patatas al vapor, pimientos colorados, rebozados con guisantes en salsa.

Fue cosa curiosa, aquella cena servida con todo el esmero que se podía emplear en ella, para hacer los platos más sabrosos y gustosos de toda mi vida; pues los guisantes no era mi devoción; pero en aquella ocasión, me gustaron mucho: pensando yo, si tal vez no me lo sabrían hacer con tanto esmero y también guisados como aquellos, que me sirvieron aquella noche. O que la bebida acompañaba al plato; pues pedimos una sangría bien fresca. Y aquel vino picado, ácido y agrio, revuelto con gaseosa; provocaba, a las papilas linguales un agrio dulzor bien considerado.

Para que aquella cena tan copiosa diese su buen resultado en nosotros; teníamos que hacer la digestión. Y para ello subimos a la noria en aquel recinto de feria; para bajar la presión de la cena, nos montamos en los coches de tope: chocando los unos con los otros; pareciéndonos unos críos, jugando a pleno ritmo de nuestra sangre.

Por supuesto, aquella noche, dormimos Cristina y yo, como dos marmotas; sin saber qué hora era cuando despertamos; siendo las dos de la tarde.

Picamos algo, que encontramos en el frigorífico; así como queso, jamón, ensaladilla y fruta. Preparándonos, para salir a la calle en plena feria.

Tanta prisa nos dimos para salir de casa, que no había casi nadie en ella; pues solamente encontramos a jóvenes, dándose bromas los unos a los otros. Y cuando, ya, creíamos que no nos íbamos a encontrar a nadie; nos dimos de bruces con Enrique y Amparo, que llevaban a su hijo, para que montase en los ponis, que había en la feria. Convidándole al niño,

nosotros dos, Cristina y yo a los coches de tope y al tiovivo; comprándole una garrota de caramelos, alegrándose mucho el niño.

Y como el niño señalaba mucho a donde estaba el puesto del chocolate y churros; nos sentamos nosotros dos. Cristina y yo, con ellos para tomarnos un chocolate con churros y porras.

Pero como llevaban al niño, Enrique y Amparo, no quisieron quedarse hasta horas intempestivas de la noche; que así hubiese sido, si se hubiesen quedado con todos los demás amigos.

Al llegar los demás amigos al recinto ferial, lo primero que hicimos fue tomarnos unos chatos de una caseta, característicos de una región española. Dando una vuelta al recinto ferial, para agenciarnos unos cinturones, de un puesto; que los vendía acorde con nuestras vestimentas. Pasando a una carpa, caseta, que era un verdadero restaurante; en donde degustamos sus manjares a plena luz de las farolas.

En esa ocasión, le dimos al morapio más de la cuenta: tanto era así, que cuando salimos de aquella caseta, por un lado que no había tantas luces; Mercedes me echó mano al paquete.

Corrí hacia donde se encontraba mi mujer, Cristina; notándome esta lo azarado que yo llegaba a ella.

CRISTINA -. ¿Qué te pasa?. Llegas como si te pasase algo.

ANSELMO -. A mí no me pasa nada.

¡Claro que me pasaba!; me pasaba, que aquella vez me había producido una sensación más profunda, que otras veces. Metiéndoseme en el cerebro aquel tocamiento de mis entrepiernas, con más profundidad que otras veces.

Pensé que hay un dicho:-. Que no se te cruce nadie. . .que, si no caes. Siendo ese el mal que me aquejaba.

CRISTINA -. Hoy, te quiero solamente para mí.

Así hablaba mi mujer, Cristina, nada más que se levantó, al día siguiente de haber tenido una cena copiosa con los amigos, en una caseta del recinto de la feria.

¿Qué significaba aquello?; nadie lo sabía más que ella misma, Cristina, pues su pensamiento se cerraba herméticamente al resto de las personas. Aquella noche, fuimos a ver una gran representación teatral, montada al son de unos hechos acaecidos en otro tiempo, por un gran dramaturgo.

Todo lo que duró la representación teatral, mi mujer Cristina me tuvo agarradas las manos en todo momento; como expresándome su cariño, más sentimental que pasional.

Mi mujer, sí que me quería: se veía en ella, ese afán pasional que una mujer demuestra a su marido el cariño que le tiene.

Salimos del teatro, agarrándola yo de un hombro; pues la llevaba, como quien lleva una flor. Yendo ella tan ancha como una paloma en celo: alegre y dicharachera. Hasta el punto de decirme: -. Hoy las farolas lucen de otra manera -. Cuando en sí, lucían como siempre.

Cuando llegamos a casa, esperé a estar solo; y delante de un cuadro de la Virgen, me arrodillé: pidiéndola que me protegiese de esa mujer, Mercedes, tan abundante.

Yo veía, que ya las fuerzas me estaban fallando, con respecto a Mercedes; una mujer exuberante donde las haya.

Desde aquel día salía menos con los amigos; parecía como si los estuviese rehuendo: y así me lo hicieron saber, por boca de Samuel.

SAMUEL -. Cada uno sabe cuando tiene que salir con los amigos; pero eso, de haber echando el cerrojo para no salir: eso, no es de recibo.

Así se expresaba el amigo Samuel; echándole yo una mirada, que lo expresaba todo.

ANSELMO -. De verdad, que no me apetece salir.

SAMUEL -. Nadie te hará nada, si marchas a mi lado.

Samuel, parecía como si hubiese entendido el mensaje, que yo le lanzaba; para su simple entender. Dándome muchos ánimos para volver a salir con los amigos: fuese feria o no fuese feria.

Llegó el domingo y con él las diversiones, que siempre hacíamos en dicho día del Señor: Primero oír Misa y después tomarnos unos vermut en una terraza, sentados al son de una orquesta, que el Excmo Ayuntamiento, ponía en el templete que hay en medio de la plaza. Pues aquella talanquera, era una construcción bien hecha, a modo y manera de un buen forjador: un herrero, sabiendo lo que se hacía.

Dicho y hecho; nos fuimos, desde allí, para ver una cascada de agua, que había a pocos kilómetros de donde estábamos y al término de la mañana, se nos ocurrió merendar en un restaurante que hay al pie de la carreta.

Se nos vino un señor, alegando ser de la Ciudad que nosotros; cuando en realidad no le habíamos visto nunca. Pero como nuestra Ciudad es bastante extensa, con un número indefinido de personas en el censo: yo no lo di importancia alguna, pese a que quería que le llevásemos a la Ciudad; pues se le había averiado su coche. Y a la salida del restaurante, nos enseñó un coche bastante viejo, alegando ser suyo aquel vehículo.

Con todo y eso, le llevamos a la calle que él decía: viendo, que era verdad todo lo que nos había contado; pues en la puerta de su casa, se encontraba una señora con ropas de estar arreglando su hogar. En ese mismo momento, llegó un niño gateando donde se encontraba aquella señora.

Nosotros, al ver aquello; nos despedimos del matrimonio, poniendo rumbo a nuestra casa. Y al llegar a ella, nos estaba esperando Enrique para decirnos algo, que nos quedó la sangre helada.

La segunda secretaria que admití, se había muerto de muerte súbita; teniendo que ir nosotros dos, Cristina y yo al Tanatorio, para velar el cadáver. Viendo allí a mi amigo de estudios, Roberto; llorando a lágrimas vivas, como se suele decir.

Al verle de tal manera a Roberto, me senté cerca de él con el motivo de animarle en su decaimiento psíquico.

ANSELMO -. Es algo tuyo, la finada.

ROBERTO -. Es mi hija.

Lo que me dijo Roberto, me cayó como un jarro de agua fría en la cabeza; pues el sentimiento era mutuo: ya que yo, cuando tengo alguien a mi cargo, es como si fuese un familiar mío. Viendo entrar, en el Tanatorio, a Amparo, con mucha pulcritud; y hasta vestida de luto, con su velo bien echado sobre la cabeza.

Al sentarse frente de mí; vi que corría por sus ojos, sendas lágrimas de dolor, por la muerte de mi segunda secretaria. No obstante, eran compañeras de trabajo y hasta se daban consejos mutuos, para no caer en la tentación absurda de un panteísmo repetitivo. Y aunque era monoteísta esa manera de pensar, de que existe un solo Dios, desembocaba en un panteísmo pragmático. Queriendo que las personas hagan y deshagan como se los dicen; ya que Dios es inmanente y no un resultado externo a ellos, a los hombres.

Por eso mismo, la persona tiene sus propios movimientos; para hacer y deshacer a su modo y manera y no como quieran las demás personas: al no ser los que ejercen ese acto de enseñar a las otras personas, infundidas por la mano Divina, ya dados por el poder constitucional.

Todo esto me asaltó el pensamiento, en diez minutos, que estuvo delante de mí Amparo; para caer, más tarde, en una somnolencia brutal: ya que no podía abrir los ojos.

Esa somnolencia me la infundió la manera de vestir de Amparo; pues llevaba medias oscuras, vestido negro, guates negros y hasta se había maquillado los ojos, también, negros: no saliéndolas las palabras por la boca, parecía que rezaba en vez de hablar.

Cuando vio a Enrique, Amparo se levantó y se fue a sentar cerca de él; dejándome a mí ese Hado permanente, de saberme ser un seguidor de Dios y no de las fuerzas desconocidas.

Hasta mi mujer, Cristina, se asustó al verme de esa manera: sugestionado, sin fuerzas y sin ganas de probar bocado alguno, pese a que eran ya las horas de la merienda.

Yo me quedé en el Tanatorio, sin poderme mover, tan siquiera, de la silla donde estaba sentado: sugestionado, hecho polvo, con el Alma por los suelos y la mente aturdida. Pensando, que mejor hubiese sido irme a mi casa para descansar un poco en ella.

Y menos mal que se arrimó a mí, mi ayudante Enrique; infundiéndome el valor para irme a mí casa a descansar. Y a la voz de Enrique, me levanté de la silla, como movido por un resorte.

Al llegar a casa; pude darme cuenta, que la vida es monoteísta: cree en una sola fuerza Divina y nada más. Por eso tenemos tanta fuerza en nuestro cerebro y en la manera de ser; superando toda clase de escollos y adversidades.

Pero al ponerme mi mujer, Cristina, la merienda; servida con un buen café, se me olvidó todo eso que yo dilucidaba en aquella ocasión, de decaimiento psíquico. Desde ese mismo momento, no hubo más explicaciones al respeto.

En aquel momento, se oyó un ruido en el Cielo; siendo una avioneta que volaba bajo; saliendo todas las personas del pueblo para ver volar aquella

avioneta: observando, que han tirado un globo sonda; creyéndose, que era para saber la composición de la atmósfera.

Yo corrí a un cobertizo que había en el campo; y al mismo tiempo lo hacía Mercedes: remangada la bata por las hierbas tan altas que había a su paso.

En el cobertizo nos juntamos los dos amigos, habiendo un episodio de tensión entre nosotros. No quitándose la bata Mercedes, de como la traía remangada; enseñando todas las piernas.

ANSELMO -. He creído ver caer algo al suelo, en este sitio.

MERCEDES -. Yo también.

Así nos expresábamos los dos amigos, dentro del cobertizo; sin que hubiese nadie que nos oyese a menos de cien metros de distancia.

Pero cuando Mercedes hizo ademán de acercarse a mí; yo por mi cuenta la hizo un requiebro de postín: giré mi cuerpo una vuelta, para quedarme mirando a la salida, que había en la fachada contraria de la entrada principal. Saliendo rápidamente como una centella, corriendo monte abajo; para perderme en la espesura del bosque, que había en un regazo del río: más bien un arroyo.

En aquella cañada, que me había metido yo, nadie me veía, ni era capaz de ir a mi paso, por lo mucho que corría. Así logró esquivar el deseo, incontrolable de aquella mujer, Mercedes.

Al pasar por un desfiladero, pequeño, que existía entre el monte y el arroyo, vi una chapa, caída al suelo; que al parecer era de la avioneta que había surcado los vientos en aquella parte, tan umbría del pueblo. Aquella chapa, llevaba gravada unas letras, como signo de identificación de la avioneta; cosa improbable, de que fuese a capotar aquella avioneta.

Así lo explicó mi mujer, Cristina; pues al parecer; cuando no creíamos que nos hubiese visto, ni oído nadie: allí se encontraba Cristina, contando la historia, tal y como pasó.

Yo no sabía qué decir, al respecto; pero en un acto de pundonor, me vino a la cabeza echarme a mí la culpabilidad: pues una vez que aquel episodio, entre Mercedes y yo, lo había presenciado mi mujer; mejor sería exonerar a Mercedes para inculparme yo. Así sabría, qué pensaba mi mujer Cristina de mí y a la vez, defendería la honorabilidad de aquella mujer celosa, por cometer su fechoría, en mi persona. Y mi persona, estaba temblando

delante de Cristina, mi mujer. Poniéndose Cristina, totalmente colorada, por el feo que yo la estaba haciendo en aquel momento; delante de las personas que la estaban oyendo.

Al llegar a casa, me hizo sentar Cristina en un sillón en el salón, para que la oyera la perorata que me tenía que decir en aquella hora fatídica para mí: por haber roto el compromiso matrimonial de nuestro juramento, delante del Altar.

En aquella alocución me dijo de todo; pero lo que más se me quedó en la cabeza gravado fue, decirme mi mujer Cristina, que era un pelele al mando de aquella mujer tan despampánate y risueña: pues ella veía a aquella mujer, como una persona que pasa de todo en la vida.

CRISTINA -. ¿No te parece, hijo: que es una cabeza hueca, esa mujer?.

En ese momento tomé una bocanada de aire fresco; ya que mis pulmones estaban como asfixiados, por lo que me estaba contando Cristina de Mercedes. Hablándola con bondad y sentimiento, a la vez a mi mujer.

ANSELMO -. Ni soy un pelele, ni me dejo embaucar por la figura de Mercedes. . .?. . . Esa mujer, no me enreda a mí para nada. . .

CRISTINA -. ¡AH!, sí. Entonces, dime lo que hacíais los dos en el cobertizo.

ANSELMO -. Yo buscar una pieza que se la había caído a la avioneta: Mercedes, no sé yo lo que haría allí.

En aquel momento, agachó Cristina su cabeza como pensativa por no haber visto muy bien, lo que yo hacía en el cobertizo; y sí, lo que Mercedes quería hacer con mi persona. Y mi persona no se dejaba hacer por nada del Mundo.

¡Qué cosas hay en la vida!; pues mientras más se expresaba cristina, más alegre se ponía: al saber, que yo no tenía nada que ver con nuestra amiga Mercedes: sirviéndome una taza de té, por ser la hora de tomar aquella infusión, tan deliciosa.

Aquella tisana me sentó de primores; viendo yo un atisbo de perdón en los ojos de mi mujer; Cristina. Tanto era así, que al siguiente día me invitó mi mujer, Cristina, a una representación teatral, que montaba una buen evento de actores nacionales.

Toda la función, me tuvo agarrada de las manos Cristina; como demostrando el afecto que ella me tenía. Y para más inri, a la salida del teatro, me llevó a un pub para degustar una buena bebida negra; oriunda

de los sajones. Y sí estaba bastante buena aquella bebida negra que yo degusté aquel día en un pub de nuestra Ciudad.

A la salida del pub, y al pasar por un restaurante vimos en aquel local de comidas a nuestros amigos: Pedro y a Samuel, con sus respectivas mujeres.

Yo hice por entrar en el restaurante y saludar a nuestros buenos amigos, pero Cristina me cogió de un brazo, sujetándome para que no entrase en aquel lugar tan afamado. Parecía como si ella tuviese prisa, mucha prisa, por llegar a casa. Y al mirarla yo a los ojos, me hizo una indicación con ellos para que siguiésemos nuestro camino.

Nada más que entramos en casa, me comenzó a dar Cristina besos y besos; de tal manera, que así demostraba su afecto por mi persona; y mi persona se estaba poniendo fuera de sí, al notarla yo a Cristina ese hado de misterio, que una mujer tiene para con su marido. Ese albur fue el que nos llevó a nuestra alcoba, sin solo haberlo pensado.

Allí desechamos todo el cariño que nos profesamos en el día de nuestra boda, en el Altar; para firmar nuestro compromiso matrimonial: sin saber que aquel acto de amor y fraternidad, tendría su consecuencia.

Desde un principio se comenzó a mostrar Cristina un poco inquieta; como si tuviese repugnancia ante los sabores y teniendo una pizca de no distinguir los olores muy bien.

Pero cuando ella comenzó a decir que la dolían los pechos; ya no tuve yo más dudas, al respecto; que el saber se trataba de un movimiento dentro de su cuerpo.

Ese movimiento fue cogiendo formas y carnes dentro de su tripa, de tal manera, que cuando fue al ginecólogo, este la anunció un estado de buena esperanza.

Ya en caso, todo fueron abrazos y besos entre nosotros dos, Cristina y yo: los parabienes de uno se cumplimentaban con los parabienes del otro; de tal manera, que se volvieron a confundir nuestros cuerpos, en uno solo.

Como aquel día era sábado; salimos muy contentos los dos, Cristina y yo; para invitarles a los amigos a un vino español, debido al estado de buena esperanza que se encontraba Cristina.

Allí vimos, sentados en una mesa, al matrimonio formado por Prudencio y Mercedes; que haciéndonos lado en la mesa nos sentamos alrededor de

ella. Pero como no cogíamos todos en la misma mesa; el barman, se dedicó a buscar acomodo para que todos nos sintiésemos con satisfacción en dicho local. Y desde luego que nos sentíamos con agrado en ese medio de cenar a la carta.

Llegaron las fiestas del barrio y con ellas las diversiones acopladas a tales eventos. Hasta concurso de poesías tuvieron lugar en el polideportivo del barrio; ganando Andrea tal concurso literario. Y para celebrarlo, salimos todos los amigos a la terraza de un bar cercano a la plaza.

Creíamos que estaríamos solos los del barrio; pero no, nos confundimos todos a una. Ya que era el centro de la ciudad nuestro barrio; atrayendo a infinidad de personas a las calles de aquella pequeña urbe. Pues al parecer, los sitios céntricos de cada Ciudad son muy concurridos por todas las personas que viven en la misma Ciudad.

Allí no había quién diera un paso sin chocarse con el vecino; y como algunas personas, no consentían que les tocasen otras: hubo una maraña de rifirrafe entre ellos. Siendo para unos una contienda y para otros una pelotera: por unos términos mal entendidos.

Pero como en estas ocasiones, nada pasa; o nada sucede de inmediato, por estar las personas más atentas a las atracciones y eventos de su Tierra. Allí no pasaba nada, que no fuese necesario que pasase; hasta vimos sentarse en una mesa a nuestro notario; saludándole muy cordialmente, como él se merecía; en cumplimiento a su mujer.

Así como a la una de la mañana decidimos marcharnos, cada uno a nuestras respectivas casas; sin saber que no íbamos a poder dormir: por escuchar la música con bastantes decibelios. Sí, era bastante extenso el sonido de aquellas músicas por la noche.

Ni poniéndome tapones de algodón en los oídos podía dormir aquella noche. Y quién era el guapo que se quejase de tal ruido; porque a la mañana siguiente era la comidilla de todos los habitantes de la Ciudad. Sabiendo de antemano, que las murmuraciones de las personas ajenas a la que ha faltado a la sociedad, no eran buenas.

No sabía cómo iba a disimular mi somnolencia en horas bajas para mí; sobre todo a las doce del día: cuando entra una piquiña y un sueño, que nos se puede remediar. Eso sí: oí tocar el ángelus en la Iglesia del barrio, pero nada más; ya que me entró un sueño fatal, no pudiendo remediar

tener los ojos abiertos, y sobre todo cuando ni los trazos los echaba rectos en mi mesa de dibujo. No podía hacer planos, ni diseño; no sabiendo yo qué hacía allí, si me estaba durmiendo. Pero mi pundonor me obligaba a permanecer, impasible, en mi mesa de dibujo; como si estuviese formalizando unos diseños especiales; que eran, con los que más se disimula tal efecto de somnolencia.

A la hora prevista me fui a casa y a poco de llegar a ella me llamó mi ayudante Enrique, con no muy buena noticia: se nos había caído un edificio, según él; haciéndole yo que me diese como buena aquella noticia. ANSELMO -. Señor Enrique: haga usted el favor de darme la noticia como buena; tal vez, es que le he entendido mal.

ENRIQUE -. Ha llamado la policía local, diciéndome. Que se nos ha caído un edificio.

ANSEMO -. Mire usted que me cuesta creer, se nos haya caído un edificio. Le pedí la dirección de la calle y número del siniestrado edificio; cogiendo yo los planos y los estudios sobre los materiales de construcción que habíamos empleado en el.

En poco tiempo estaba yo en la entrada de aquel edificio, encontrando allí a Enrique.

Eché una mirada al edificio; viéndole yo perfectamente: no se había derrumbado nada de su construcción, aparentemente.

Pero cuando quise entrar en el hall del edificio, vi todo el techo falso de pladur caído en el suelo; sacando yo los papales de los materiales que habíamos empleado en el cielo raso o falso techo de pladur: pues al ver el grosor del material empleado como cielo raso, no coincidía con el grosor que yo tenía detallado en mis estudios pertinentes, de aquel falso techo.

En ese preciso momento, que comprobaba los datos, se acercó a mí la policía jurídica; ya que la habían llamado. Y si no lo hubiesen hecho; lo habría hecho yo.

Se vio que el Excelentísimo Ayuntamiento, había pasado la revisión del edificio, siendo garante de la responsabilidad del edificio; pero en cuanto no hubiese hecho la revisión del mismo.

Llamé a los escayolistas; y cuando los tuve de frente me puse un poco nervioso, al verlos la cara, diciendo que ellos no tenían nada que ver con aquella cuestión.

Me arribé un poco más a los señores que había mandado el Excelentísimo Ayuntamiento, para que viesan la veracidad de mis palabras. Y enseñándolos los estudios pertinentes, que yo hice en la reseña de los materiales, quedó sentado que aquellos estudios que hice yo, reseñaba otro grosor a la escayola y otros materiales, más firmes; que los que se habían empleados para levantar el falso techo de pladur. Cayendo toda la responsabilidad en los escayolistas.

Como a mí no me habían pagado para que revisase el edificio, de vez en cuando: yo fui hacerlo en su terminación; dada la legislación que había en aquel entonces.

Pero cuando me encontré solo, con mi ayudante Enrique; se me desataron los nervios: no sabiendo yo lo que le decía.

ANSELMO -. Señor Enrique: haga usted, otra vez, el favor de darme la noticia exacta; y no me ponga usted tan nervioso.

ENRIQUE -. ¿Qué me quiere usted decir?, señor Anselmo.

ANSELMO -. Que me dé usted mejor las noticias: va en ello nuestro prestigio.

Enrique me hecho una mirada como de decepción a mi persona; y mi persona no sabía lo que hacer en aquel momento de indeciso parecer, con respecto a Enrique.

No sabía cómo excusarme con Enrique; por lo cual un día que llegué al estudio de arquitectura un poco antes, me puse hablar con él para que me perdonase; por haberle hablado de aquella manera: con tan poco miramiento, hacía su persona.

ANSELMO -. Mire usted, Enrique. La persona hierra mucho y habla más de la cuenta: eso fue lo que me pasó a mí el otro día. Si tiene usted a bien perdonarme se lo agradecería.

ENRIQUE -. Yo no le tengo que perdonar nada; es usted, Anselmo, muy suyo el darme unas directrices en el trabajo: ya sean, un poco nervioso o alzando la voz.

ANSELMO -. Gracias, por su comprensión.

Así le hablé al señor Enrique al siguiente día de haberle dado alguna que otra voz, para que me escuchara. No siempre la persona, se encuentra a la altura de serlo; siendo esa persona un medio de vida para las otras, en cuanto son amigas. Pero cuando se rompe ese lazo de unión entre ellas;

por haberse roto esa amistad que perduraba entre ellas: ya no es igual esa relación de amistad entre ellas. Por el cual, yo me tenía que excusar delante de Enrique de esa manera, como lo hice en aquel día de reconciliación entre nosotros dos. Siendo los parabienes de uno, los parabienes del otro.

Desde entonces, asistía a la capacitación de las obras más asiduamente. E inclusive parando alguna obra, por el incumplimiento de no usar los materiales que se han puesto en el proyecto.

Pero como la vida seguía, yo seguía yendo con Cristina a las representaciones teatrales y a la apertura de una nueva edificación, ya terminada; alzando la bandera de la Nación, con mucho orgullo: por no haber tenido ningún contratiempo mortal en esa edificación.

Mi orgullo fue; cuando llegó la Semana Santa, donde tenía que procesional un trono por una de las calles, en la que yo había levantado un edificio, con la fachada característica de ser el primero que ha usado dicho estilo.

Entre el ruido de los tambores y de las cornetas, todas las personas miraban al edificio; como diciendo algo así: nos gusta este estilo muy personal.

Aunque el ruido de percusión no dejaba oír a nadie; lo expresaban en la cara, todas las personas que iban detrás de las imágenes, Nazarenos o cofrades. Sobre todo; cuando miraban al edificio, construido con un estilo muy propio de mí.

No quise dejar pasar aquella ocasión; sentándome en una mesa de un bar, en plena calle: para que me viesen mi clientela personal; que orgullosa de saberse servido por mí, me miraban con admiración y agrado.

Al vernos a Cristina y a mí sentados los amigos, se sentaron ellos también en las sillas de aquella mesa.

Yo comencé hablar, de algo tan asombroso para nosotros. Y sin darme cuenta alcé mi copa para brindar.

ANSELMO -. Brindo por todos los amigos: ¡qué la paz sea con nosotros!.

Sin darme cuenta, que faltaba Samuel en aquella reunión tan cordial para nosotros.

Al preguntar por Samuel, nadie quería responder por él; así que me comencé a poner nervioso, desfigurando las formas.

Al verme así los amigos que estaban sentados alrededor de la mesa, hubo uno que se atrevió a decirme unas palabras sobre Samuel; Cosa que no hubiese hecho, pues todavía se me quedó peor que estaba mi Espíritu.

Temblaba como un junco al son del viento: sin saber lo que decir, ni lo que hacer en aquella hora, que mi cerebro intuía alguna cosa mala para Samuel.

PRUDENCIO -. En toda profesión, se tiene que admitir el peso de una posible negligencia.

No tardé en responder a esta conjetura, hecha por Prudencio; ya que él tenía que saber algo más sobre el amigo Samuel.

ANSELMO -. Y: ¿de qué negligencia, hablas?, Prudencio.

Se calló Prudencio; no queriendo decir nada más al respecto; ya que él me había visto ponerme nervioso. Bien sabía la amistad que me unía a Samuel; como para decirme lo que le había pasado a este. Y sobre todo, si ese algo fuese cosa mala para Samuel.

Aquella conversación se derivó hacia mi ayudante, Enrique; pues bien sabía Prudencio, que yo estaba serio por haber roto la bonita relación; no solo de amistad, sino de trabajo profesional.

PRUDENCIO -. Y hablando de todo un poco: ¿qué te parece si invitas una noche a cenar a Enrique y a tu secretaria, Amparo?.

ANSELMO -. ¿Con qué motivo?.

PRUDENCIO -. Para congratularte con Enrique, en el trabajo.

Aunque Prudencio tenía razón; yo debía obrar con mucha prudencia: no fuse, que Enrique se diese cuenta de que aquella invitación estaba siendo obligada por mí: cosa más increíble en mi manera de ser.

Al mismo tiempo, que se acercó a nosotros mi mujer, Cristina; con la sola idea de participar en la conversación, que sosteníamos Prudencio y yo.

No tardó Prudencio despedirse de nosotros, al ver a su mujer, Mercedes, envuelta en una disputa sobre el fútbol, con otros amigos.

Remarcando la idea de invitar una cena a Enrique, mi mujer Cristina; pues eso si lo había oído, por boca de nuestro amigo Prudencio.

CRISTINA -. Lo he oído.

ANSELMO -. ¿Qué has oído?, Cristina.

CRISTINA -. Que deberías invitar a Enrique a una cena; así se fortalecerá, mucho más, las relaciones de trabajo y de amistad que tienes con tu ayudante.

ANSELMO -. Lo había pensado yo: pero con un aplomo de bondad, para que no se dé cuenta, Enrique; que solo quiero su amistad.

Cristina se me quedó mirando fijamente a la cara, como indecisa de hacer otra pregunta; pues ya había sido bastante la primera que me hizo, para saber en qué condiciones estaba la amistad de Enrique, con respecto a la mía.

Así, que lo único que accedió, fue a marcharse para casa; pues se lo había pedido yo, muy encarecidamente: no fuese que nos oyese alguien nuestra conversación.

No pude dormir aquella noche; pensando en el amigo Samuel, por no saber qué le había pasado en su ejercicio cotidiano de su trabajo: levantándome temprano, para poder recabar información de él o de algunos de sus ayudantes.

Pero en cuando sus ayudantes, era cosa imprevista, mal encaminada para saber de Samuel; así que me fui derecho a la consulta de Samuel, para que él me explicase el modus operandi del proceso judicial, que se le había abierto, según Prudencio.

SAMUEL -. Como comprendo, que vienes de buena fe y con el corazón encogido: quisiera, que esta conversación, tuviese lugar en mi casa esta misma tarde.

ANSELMO -. A las siete de la tarde estoy en tu casa.

SAMUEL -. Como quieras.

No viendo yo tiempo ni lugar, cuando salí de la consulta de Samuel; para esperar que diesen las siete de la tarde: así que me fui al Juzgado, a un conocido y amigo de antaño; preguntándole por la apertura de aquella diligencia, que se había abierto, en contra de mi amigo Samuel.

Se lo pedí, como ex condiscípulo mío; ya que empezamos los dos a estudiar la carrera de arquitectura, juntos el primer año de carrera.

Este me miró con extrañeza a la cara; pero pronto declino su poca confianza, que estaba poniendo conmigo. Vio en mí, ese acto de querer saber de un amigo, a través de otro amigo de hace tiempo; ablandándose su corazón, hasta el punto que me confesó algo, muy poco.

SECRETARIO -. Mala praxis

No me quiso decir nada más; considerando yo, que bastante me había dicho para el cargo que ocupaba en el Juzgado mi ex discípulo.

Pero a la hora de la vista en el Juzgado: menos mal, que se ofreció a declarar un compañero de Samuel, diciendo algo que le vino a su favor.

COMPAÑERO -. Señoría: yo hubiese hecho igual que mi compañero en cirugía.

Explicando las causas por qué lo decía; de tal manera lo detalló, que convenció a los jueces de aquella vista jurídica; hablando entre ellos, para después echarle una mirada de alivio a Anselmo: notando este, que le habían entendido aquel tribunal jurídico.

No se podía cortar aquella vena por donde se debía; se quedaría sin poderla coser por el estado desastroso en la que estaba, abriéndose toda ella.

Siendo la causa de desaliento para los familiares del finado, al dar tales detalles de la operación los dos cirujanos. Aparte, que se le había hecho todas clases de auscultación al paciente, en vida: sabiendo muy bien lo que tenía aquel señor.

Al salir del juicio, en contra de Samuel; no le felicitamos, ya que había una persona fallecida: pero sí le damos sendos apretones de manos, Cristina y yo, en señal de participar en su desgracia.

Como Samuel retuvo su credencial para operar, totalmente impecable e impoluta; siguió con su profesión en los quirófanos de los hospitales: pero con un cierto temor de volver a ser denunciado.

Así; que cuando le llamaron, en una fiesta, para que interviniese a una señora de una lesión cardíaca, Samuel la mandó al hospital rápidamente; no deseando hacerlo en una casa de campo, por más mansión, que esta fuese.

Dirigiéndose a los familiares de aquella señora, para que supiese; que él había preparado a dicha señora para que pudiese llegar viva al hospital. Y en vez de agradecimiento, lo que recibió, fue una amenaza por parte de sus familiares.

FAMILIARES -. Pues como fallezca mi madre; ¡se va a enterar usted!, doctor.

Así se expresaba uno de sus hijos; que aunque pertenecía a la reunión de personas a la fiesta: este no perdonaba, que no la hubiese intervenido allí mismo; pues tal vez, su madre no tendría mucho daño. Lo que aquella persona alegaba: era, que tenía mucha fatiga de momento y alguno que otro mareo.

Cuando se dio media vuelta el hijo de la enferma, me fui donde se encontraba Samuel para saber qué se podía haber hecho, con aquella señora en la casa de campo.

SAMUEL -. Nada, Anselmo; por más mesas que hubiese, no podía haber hecho mucha cosa a su favor. Esa señora, va en un grado de asfixia; siendo una persona mayor.

Al decirme aquello Samuel, tuve incertidumbre por él; ya que se había puesto algo serio la práctica de la cirugía.

ANSELMO -. Pero, ¿llegará viva?.

SAMUEL -. No lo sé, Anselmo.

Al decirme aquello, mi amigo Anselmo, noté como un escalofrío dentro de todo mi cuerpo; que no me podía contener de pie, al pensar que si le vuelve a enjuiciar otra vez a mi amigo Anselmo, creo que no lo soportaría. Desde luego que llegó viva la señora al hospital, siendo operada de momento, según nota que llevaba escrita por mi amigo Samuel. Operándola otro cirujano, diferente a mí amigo.

No quise pasar hoja a parte, preguntándole un día a Samuel por la señora que remitió al hospital: diciéndome este, algo insólito en cirugía.

SAMUEL -. Hay enfermos y hay pacientes fuertes.

Lo cierto que sí se salvó; no comprendiendo yo lo que me había querido decir mi amigo Samuel. Ni yo se lo volví a preguntar; por si le dañase esa pregunta: al no haber sido él su cirujano.

No quería que pasase más tiempo desde la pequeña discusión, que tuve con Enrique para invitarle una cena a él y a Amparo.

Como yo solo no hacía mucha presión, en la voluntad de Enrique; la emplacé a mi mujer, Cristina, para que fuese a una hora prudencial al estudio de arquitectura. Allí estaba Cristina, a la hora que yo la dije; vistiendo sus mejores galas, para hacer más presión en aquellos dos enamorados, al verla de esa manera.

Al entrar Cristina en el estudio de arquitectura, me dio un beso de amor; viéndolo los dos enamorados: surtiendo un efecto de atracción para llevar a cabo una buena amistad y nada más. Se los vio enseguida en la cara, ese hado de misterio y de querer hacer lo que se les propusiera; siempre que ese algo fuese un acto legal.

Cristina comenzó hablar con Enrique y Amparo, de cosas banales; más viendo disimulando, para que no se diesen cuenta a lo que había llegado mi mujer al estudio de arquitectura.

Yo no debía dejar pasar, con el que se encontraban Enrique y Amparo en ese preciso momento; así que haciendo un gesto de bienestar y alegría y apoyándome en esa alegría, me acerqué a los dos enamorados. Y como si me saliesen las ideas de la cabeza momentáneamente, les dije algo que al parecer les gustó: cosa que yo no esperaba; pues creía que fuesen a poner más impedimento a la propuesta mía.

ANSELMO -. ¿Os parece bien, que cenemos los cuatro juntos el sábado?.

Enrique miró a la señorita Amparo: y como esta joven mostraba signo de querer aceptar la propuesta, abrió la boca Enrique, diciendo algo.

ENRIQUE -. Nos parece muy bien.

Sí; porque hasta ahora, aquello no había sido una invitación en orden; solamente había sido una propuesta, echada al voleo, en el mismo aire que se respiraba en el estudio de arquitectura.

Mientras mi mujer, Cristina, me miraba con cara de extrañeza; no comprendiendo, muy bien, cómo le había hecho yo aquella pregunta como propuesta, de querer cenar con ellos: sin decir, ni a qué hora y a dónde, en qué restaurante.

ANSELMO -. Por supuesto: les invito yo.

Ahora sí: en ese mismo momento, se calmó un poco mi mujer, Cristina, del acobardamiento que tenía metido en su cerebro; por no haberlos invitado a cenar la primera vez que se lo dije a Enrique y a Amparo.

Quedamos, entre Cristina y yo; que fuese a las ocho y media de la tarde, para tener unos momentos de sobremesa: degustando vino, y toda clase de aperitivos que ponían en aquel restaurante tan afamado en la Ciudad.

Se me vino a la cabeza la figura del carpintero, al ver tan alegre a Amparo, aquella noche; aunque no llevaba su hijo consigo. Mi pregunta era, que a dónde se había dejado al chico y con quién.

Al no recibir respuesta alguna, comencé a pensar en otra cosa más acorde con los tiempos en los que estábamos. Pero antes de tener el primer pensamiento formalizado en mi cerebro; oí una voz que me anunciaba algo inesperado para mí.

ENRIQUE -. No tomemos aquí el café: les ruego a ustedes dos, Anselmo y a Cristina, que lo tomemos en nuestra casa, la de Amparo y la mía.

Aquella propuesta me cogió por sorpresa; no sabiendo yo qué responder a tal invitación. Pero en un golpe de pensamiento, pensé que sería mejor ir a la casa de Enrique. Congratulándonos correctamente con aquella pareja de enamorados, como eran Enrique y Amparo. Así, que mirando a Cristina, esta me transmitió con la vista su conformidad de querer ir a la casa de nuestros dos amigos: Enrique y Amparo.

ANSELMO -. Con mucho gusto iremos a su casa, para tomar un café.

Si en el restaurante donde habíamos cenado, no los hablamos nada del posible enlace entre los dos; no iba a ser menos en la casa de ellos.

Existiendo una velada confortable entre las dos parejas, de buenos allegados y formales personas.

Sin más adición al tema, nos despedimos Cristina y yo a altas horas de la madrugada, de la casa de Enrique y Amparo: para irnos a la nuestra, a la de Cristina y la mía.

Pero antes de entrar en casa, estaba llamando el teléfono. Corrí para abrir la puerta, siendo ya tarde. Se había cortado la llamada.

ANSELMO -. ¿Qué hora es?.

CRISTINA -. Las cuatro de la madrugada.

Como el pensamiento es rápido y certero; pensé algo posible que pudiese pasar en unos momentos.

ANSELMO -.no nos acostemos de inmediato; pues el que quiere contactar con nosotros lo hará una vez más.

Así fue; pues en poco más de media hora, volvió a sonar el timbre del teléfono fijo; yendo yo rápidamente para cogerlo y saber quién era y lo que quería decirnos a Cristina y a mí.

Una noticia, que nos cayó como un jarro de agua fría: se había muerto el niño de la vecina de Amparo. Irremisiblemente, no tuvo salvación alguna, por haberse atragantado con un botón en la garganta. Asfixiado; aquel niño se murió asfixiar por el botón.

El sepelio fue rápido y sencillo; pero lo que no fue tan rápido, el quitar de la cabeza al señor Tomás: que igual pasaría con su hijo por los descuidos que tenían Enrique y Amparo con su hijo, esa pareja de enamorados: no llegando su cariño a ninguna parte.

Doble problema para Amparo: pues a la demanda que tenía de paternidad, por parte del señor Tomás, se unió otra de negligencia ante el niño, por parte de los dos enamorados, Enrique y Amparo.

Aquella tragedia sucedía en días de algún anuncio, por parte de Enrique y Amparo: se estaba viendo claro. La manera de expresarse y de hablar entre ellos, era como para decirnos una noticia, que nos agradaría a nosotros dos: a Cristina y a mí. Pero no pudo ser; ya que se cruzó el fatídico hecho de aquella muerte inesperada del niño de la vecina de Amparo.

Ya en nuestra casa, Cristina y yo; conseguimos aplacar nuestro dolor tan profundo producido por la muerte de aquel niño, tan gracioso y tan atractivo a la vista de toda persona que lo veía. Hablando entre nosotros dos, sobre lo que nos quería decir Amparo.

Pensé, de inmediato, que lo tenía que saber Enrique; sonsacándole yo de una forma mayéutica, lo que nos quería decir Amparo en pocos días: ya que no había llegado Amparo al trabajo y sí lo había hecho Enrique.

Al llegar a casa, se lo dije a mi mujer, Cristina; cosa que no dudó en contestar negativamente.

CRISTINA -. Pero; ¿Te lo ha dicho él?: Enrique.

ANSELMO -. No: pero se lo he entendido yo por la conversación que sosteníamos en el estudio de arquitectura.

CRISTINA -. No intuyas: deja percibir formas y visiones.

Así se expresaba mi mujer Cristina, con respecto a lo que yo la estaba diciendo, de una forma intuitiva.

Los primeros días de trabajo no se presentaron en el estudio de arquitectura, Amparo, acompañándola Enrique; cosa tradicional, en estos casos: pues el duelo es mucho y la añoranza de la persona es mucho más. Así, que acompañaron a la vecina de Amparo esos días; para que no se viese sola y desamparada.

Yo tenía que responder al teléfono, ir con la correspondencia a CORREOS para que me la admitieran, recoger la correspondencia ordinaria en el

casillero que tenía asignado para tal fin y ver si había algún aviso de correspondencia certificada en el buzón; acercándome a la ventanilla de recogida, de esa correspondencia. Así como ir a algún pago que se tuviese que hacer en el día de la fecha; no teniéndole domiciliado en el banco.

Entre tanto ajetreo, llegó mi amigo Roberto; muy compungido y como agobiado, por el peso del recuerdo hacia su hija: no pudiéndole yo dar ánimos de aliento, para que este levantase la moral, decaída por la muerte de su hija prematuramente. Y es que no había dado lugar a los doctores obrar en consecuencia con aquella bella señorita: era imposible hacer nada por ella, según llegó al hospital.

Pero como yo veía que me quería decir algo; sin atreverse a decirlo: le pregunté, enseguida, por su moral y su estado de ánimos que traía mi amigo Roberto.

ROBERTO -. Cada día me muero un poco más.

Me di media vuelta, para mirarle a la cara, sosteniendo una imagen que tenía en mi mesa, clavada en un crucifijo: presentándosela muy cerca de su cara.

ANSELMO -. ¡Mírale!: ¿le ves?. Este sí que sufrió por millones de sus hijos. Se le vieron cerrarse sus ojos, por el duelo que traía en aquel día a mi despacho; sentándose Roberto en un sillón que yo tenía, frente a mi mesa, para las visitas. Y como no hablaba, yo intenté sacarle alguna conversación; para saber cuál era el estado de su visita a mi despacho.

Pero antes que abriese su boca Roberto, este sacó un impreso; arrimándomelo para que lo leyera: por lo menos, algo era algo.

Aquel impreso era para la empresa que yo dirijo; más bien, para que le echase una firma en el, sobre los meses y los años que su hija había trabajado en mi empresa.

Ahora sí, que enante no. ¡Acabáramos!: ya que no se encontraba trabajando la señora Amparo, en ese día; que era la que llevaba tales registros de personal.

Yo intenté coger el teléfono; pero Roberto me hizo un gesto para que soltase el teléfono: sin saber yo las causas.

ROBERTO -. Esa señora, tiene lo suyo.

ANSELMO -. Está en su duelo.

ROBERTO -. Está sufriendo mucho, por la muerte de su hijo. Dejémosla con su duelo.

Así se hizo; pues Roberto, con medias palabras se despidió de mí hasta otro día: cuando estuviese la señora Amparo en su trabajo cotidiano; no siendo urgente firmar su historial de trabajo hasta finales de mes.

Siendo que, la muerte de su hija se consideraba como accidente en el trabajo y no como enfermedad. Siendo aquello más fuerte que lo que yo creía.

Llamando al grupo jurídico, para que me informase del caso; diciéndome estos que yo no tenía que firmar nada, que eso era cosa del negociado de recursos humanos de la empresa, o al certificado de empresa del servicio público de Empresa Estatal (SEPE); que fue donde le mandé a mi amigo Roberto, por estar de baja la señor de recursos humanos en la empresa.

No tardando yo decírselo a mi amigo Roberto por teléfono, antes que llegase a casa; indicándole, que a donde tenía que ir, era al servicio público de Empresa Estatal (SEPE), en este caso.

Extrañándome mucho, que Roberto no se acordase dónde tenía que ir para que le firmasen el historial de su hija en el trabajo; pues mi amigo estaba ducho en dichos menesteres. Y era, que estaba totalmente agobiado, por el mucho sufrimiento, que tenía en su ser mi amigo Roberto. Y haciendo un acto de reflexión, me acordé; que sí, que mi amigo Roberto venía bien dirigido: a la misma empresa que había trabajado su desgraciada hija.

No obstante, Roberto volvió en unos días para recabar información de los meses que había trabajado en la empresa su hija; para cotejarlos con los del SEPE, según él. Obteniéndolo de inmediato, por estar en su puesto de trabajo Amparo.

Para recordar aquellos tiempos inolvidables de estudiantes: le convidé a merendar a mi amigo Roberto; y en vez de llevármele a casa, lo hice en un buen restaurante de aquella bonita y acogedora Ciudad.

Allí hablamos de nuestras hazañas estudiantiles, de las amigas que teníamos en aquellos años de desatado desorden en nuestras vidas: vidas juveniles, en donde no hay delimitación alguna a obrar y actuar con prudencia personal, por no pensar en lo que se dice y se hace.

“¡Juventud, divino tesoro!”: qué verdad es ese dicho; en cuanto alude a la poca experiencia que teníamos en la vida, al poco afecto a las cosas y el mucho afecto a las personas, sobre todo a las chicas.

No éramos consecuentes de nuestros actos y nuestros actos nos llevaban por camino y derroteros falsos. Siendo esos caminos la perdición de algunos estudiantes.

Cuando se fue mi amigo Roberto del estudio arquitectónico, hablé con Amparo sobre lo que quería hacer este sabiendo cuantos años había trabajado su hija en la empresa.

AMPARO -. Sacar dinero al seguro empresarial.

Así de claro me lo dijo Amparo; pues era su acometida saber todo lo que sucediera alrededor de su trabajo.

No comprendiendo yo cómo iba a sacar ese dinero, Roberto, al seguro de la empresa; pero en un santiamén me lo explicó Amparo. Todo lo contrario de lo que yo había creía: una angina de pecho o un paro respiratorio. Así no murió la hija de Roberto; fue de una caída desde una escalera, cogiendo de los archivos una carpeta. Fue un accidente laboral, el que provocó la muerte a la hija de Roberto; al ser, aquella chica una persona débil y sensible.

A poco tiempo de estas divagaciones, entró una señora muy bien vestida y con collares, que parecían bastantes buenos. Dando los buenos días, se sentó en el sillón que tengo yo para los invitados, sin que yo la rogase se sentase cómodamente en el sillón.

SEÑORA -. Deseo me hagan un chalet; pero en poco tiempo. En un tiempo récord.

Así se expresaba aquella señora; que al parecer, se creía el ama del estudio arquitectónico. Sin saber, que había que hacer un estudio del terreno y unas medidas cautelares; para asentar bien los cimientos del chalet, que nos pedía hiciésemos aquella buena señora.

No sabíamos el lugar de la construcción, no sabíamos el tiempo del comienzo de la misma, no sabíamos qué características exigía aquella señora para su chalet. . . no sabía muchas cosas, que nosotros la estábamos preguntando, por los informes de un impreso ya estudiados, para tales menesteres de la construcción.

Sí, lo que ella sabía, era: que quería la construyéramos un chalet en cualquier sitio del Mundo. Aunque dure de pie un día.

¡Problemas!; muchos problemas tenía yo con aquella señora, al no saber dónde quería que la edificase el chalet, sin saber la composición del terreno, ni las medidas que tuviese aquella mansión.

No sabía cómo explicárselo; pero Amparo, que no dejaba ser mujer; la sonsacó la dirección donde vivía ella.

Al saber la dirección de su casa, todos nosotros nos tiramos para atrás; sin querer yo decir cual era esa dirección tan sublime, para todas las personas de aquella bella Ciudad.

ANSELMO -. Sí señora: pero al experto en estas cuestiones, le tiene usted que ponerle al día.

SEÑORA -. ¿Cómo dice?.

ANSELMO -. Con perdón, señora. La quiero decir que imponga usted sus conocimientos al señor Enrique: de qué terreno se trata y cuantos metros de chalet la tenemos que construir, según usted.

SEÑORA -. ¡AH!, ¿es eso?.

ANSELMO -. Sí señora. Usted responda a lo que la pregunte el señor Enrique.

Aquella señora se fue a sentar cerca de la mesa de Enrique: y en vez de tardar unos minutos; hacía ya tres cuartos de horas, que la estaba preguntando mi ayudante Enrique.

Yo la hice una indicación con los ojos a Amparo, para que le ayudase a Enrique; yéndose a sentar, ella también, cerca de la mesa de mi ayudante. ¡Mano divina!: pues en pocos momentos, sabíamos dónde quería edificar el chalet aquella señora y los metros que deseaba en la edificación del mismo.

Sin que nosotros nos diésemos cuenta, sacó la chequera del bolso; rellenando un cheque con muchos ceros. Poniéndonos nerviosos a nosotros aquella señora; ya que la tuvo que acompañar a su banco mi ayudante Enrique; para que dicha entidad anulase dicho cheque tan abultado en ceros. Así lo hizo el empleado del banco, que los recibió; despidiéndose de éste señor mi ayudante Enrique.

Cumpliendo con el acometido que nos marca la Ley, nos quedamos satisfechos por tal gesto; parecido al buen samaritano. No sin antes,

aconsejarla a la señora; que no volviese a querer pagar por anticipado nada.

Cuando nos quedamos solos, en el estudio arquitectónico, respiramos los tres a pleno pulmón; pues por fin habíamos hecho un acto noble, que nos ensalza y por otra parte; teníamos un pedido, en cartera bastante sustanciosa para nosotros. Sacándonos de algún que otro atolladero ese pedido, que nos hizo aquella buena señora.

Pero eso sí: llegando a cobrar la parte edificada, cada vez que avanzábamos en la construcción y nada más; hasta que terminamos de construir el chalet. Que cobramos todo el resto de dinero contratado, para edificar aquel grandioso chalet.

Siempre hay un respiro económico en toda actividad y nosotros lo tuvimos con aquella buena señora.

Desde entonces dio un giro la empresa enorme; pues se vio el pronto que tenía reseñado aquel chalet; con un toque magistral, fuera de lo común.

Lo que no daba un giro, era la vida de Amparo: hundida por el desastre que tuvo de su hijo; no queriendo saber nada de nadie, ni tan siquiera miraba a Enrique. Cuando habían estado por anunciarnos algo fundamental para ellos.

Pero ese algo fundamental se había interrumpido, por unos deseos incontrolados de no querer ver a otro hombre en casa, más que a su hijo. Y no, el mirar para el día de mañana, con un hombre a su lado. . Eso era incomprensible para ella.

En cuanto al trabajo de Amparo, lo hacía bien; sin fallos ni titubeos: pues estaba perfectamente enseñada para ejecutar su trabajo. No siendo igual sus sentimientos; que pululaban, con el aire, de una parte a la otra.

No se estabilizaba en sus sentimientos amorosos: parecía como si no quisiese a nadie. Hasta que un día: siendo ese nadie, mi ayudante Enrique, que la quería con todas sus fuerzas de su corazón; al recibir Amparo la noticia de que Enrique se encontraba en el hospital, por un accidente de tráfico.

Amparo, tiró el libro de ingresos, por así decir; para salir todo lo que podía correr a la calle, cogiendo una taxis para ir al hospital.

Amparo, entró en el hospital como una loba herida; dándose cuenta, en ese preciso momento, de que tal vez se quedaría sola en el Mundo si le pasase algo a Enrique.

Desde entonces, tomó conciencia de ser, Amparo; viendo la realidad de las cosas: así que esta chica no se movió de la cabecera de la cama de Enrique hasta que le dieron el alta de su enfermedad en el hospital.

Me quedé tranquilo al ver eso; pues lo que yo quería, era que permaneciesen mis dos ayudantes conmigo toda la vida. Y para conseguirlo tendrían que casarse Enrique y Amparo.

Ya en su puesto de trabajo, en el estudio de arquitectura; se echaban sendas miradas lo dos pimpollos, que parecían decir lo mucho que se apreciaban.

Pero yo no quería un amor platónico; como parecía se fuese a quedar aquel enamoramiento personal entre los dos: ya que ninguno de los dos, daba el paso definitivo para hablar sobre el caso que los incumbía, en su amor verdadero.

Llegué pensativo a casa ese día, de pocas luces y esperanza; notándomelo mi mujer Cristina.

CRISTINA -. ¡UY!, ¡uy!, ¡uy!: ¿qué te ha pasado?.

Aquella pregunta que me hizo mi mujer Cristina, no sabía yo cómo contestarla: si decía algo no la gustaría, si me callase tampoco; pero a la hora de merendar, sí me atreví a decirle algo a Cristina. Algo que la sacó de quicio, no viendo ella esas confianzas mutuas, entre ella y yo; por haberme callado antes, cuando me lo preguntó al llegar a casa.

CRISTINA -. ¿Es que tú, no tienes confianzas en mí?.

ANSELMO -. Claro que sí; que las tengo, esas confianzas que tú me dices.

CRISTINA -. Pues no se ve, que las tengas.

Cristina merendaba, desde aquel momento, sin hablar una sola palabra. . . Era más: que ella me ponía una cara como de desconfianzas a mi persona; y mi persona no veía la hora de que aquella terminase.

Pero con todo y eso; Cristina me puso el café y copa al terminar la merienda, quedándose un poco más conmigo: como con deseo de que yo la dijese algo más sobre el problema que me acuciaba ese día al entrar en casa.

Sin esperarlo yo, la dije algo que fue el detonante de una conversación amena y bien allegada.

ANSELMO -. No se atreven. . .?. . .

CRISTINA -. Eso es bueno: así empiezan los grandes amoríos de la historia. No sabía yo, que por no decirse nada, comenzase un amor verdadero; ya que lo fundamental es la palabra. Pero por mi parte, comprendí; que también se daban las miradas y los gestos, para decir: ¡te quiero!.

La sobremesa duró un par de horas, que fue crucial para saber que Cristina me quería más que yo a ella; por consiguiente, yo no estaba preparado para ello, para responder: para responder con ansiedad a la conjetura que me estaba haciendo mi mujer Cristina, en esa hora de ensueño para mí: viéndome, completamente querido por mi mujer.

Pero sí estaba preparado para darla el mayor de los besos, como ardiente amante de mi mujer; quedándoseme colgada a mi cuello, para no caerse, según ella.

Pero cuando se echó sobre mi regazo, sentí una atracción soberbia y un cariño a mi mujer, Cristina; que no sé cómo decirlo. Y ya en mi tórax, se desplomó por completo, encima de mi persona.

No sabiendo mi persona lo que hacer con mi mujer, Cristina; cuando se echó sobre mí. Así que la cogí como se coge a una niña, llevándomela a la habitación, para momentos más tarde amarnos desenfrenadamente.

Aquella noche no salimos para cenar en alguna terraza de un bar, en plena calle; al fresco y a la luz de las farolas.

Decidimos quedarnos en casa, viendo la televisión y hablando sobre nuestros proyectos; porque todavía teníamos proyectos que hacer, para llevarlos a buen fin.

Aquella noche, nos dieron las horas más intempestivas de la madrugada hablando de nosotros y de nuestra hija; aquella criatura tan agradable y bonita, como ninguna. Pues hasta la estábamos haciendo que hiciese la carrera que a nosotros nos gustaría que hiciera.

Hasta que por fin, su madre me llamó la atención; para que no siguiese hablando de aquella manera, incontrolada, sobre nuestra hija: ya que era muy pequeña y faltaban muchos años para que nuestra hija comenzase una carrera. Bajándome de inmediato a la tierra, por recapacitar en lo que yo estaba diciendo: por poco tengo que ir a la graduación de la pequeña.

No fui a la graduación de la pequeña, por faltar muchos años para ese acto, pero sí tuvimos que ir, su madre y yo, a una excursión que hizo la guardería a un acto que se representaba en un teatro en la Capital, con la niña. Y entre risas y patadas, se desarrolló aquel bonito teatro de payasos de la televisión. ¡Hasta nos había gustado a nosotros!; que éramos sus padres.

Como la niña, se la veía cansada al llegar a casa; la dimos de cenar pronto, acostándola de inmediato en su cunita. Para cantarla su madre una nana muy conocida por todos nosotros. Y tan conocida era esa nana, que me hizo rodar por el suelo sendas lágrimas de cariño hacia mi hija.

Pero como no se podían quedar quietos los amigos, me vi metido en un autobús con destino a la capital de España para presenciar un encuentro de fútbol; que en realidad era un derbi,

Los aficionados se levantaban aupando a su equipo; no se podían estar quietos en sus asientos: es más, que en un momento determinado saltaban con todas sus ganas al ver que su equipo había marcado un gol; siendo a esos saltos los que yo temía. Pues no se sabía dónde se iban a caer las posaderas de ese joven saltarín: si en su asiento, otra vez, o encima de uno.

Yo me quise hacer el gracioso, participando con ellos en cada grito que daban: hasta llamé al árbitro algo despectivo; como aunando mis fuerzas a las fuerzas de aquellos chavales, que se estaban dejando en el estadio hasta el Alma.

Salí de aquel estadio con unas agujetas de primera; viendo fútbol de primera división: no sabiendo yo cuando iba a volver al campo de fútbol, para presenciar otro encuentro tan bonito como el que había visto.

Me había acostumbrado a ver el fútbol personalmente, en el campo de juego y no en diferido; debido al mucho teatro que se da en los estadios de fútbol: siempre se tiene en vilo el Alma.

Hasta logré ver fútbol en mi preciosa Ciudad; y eso que estaban en segunda división, con posibilidades de ascender a primera división aquel mismo año; pues estaban los primeros. Por eso fui a presenciar un encuentro en nuestro campo de fútbol.

No podía ser, que yo me hubiese aficionado tanto al fútbol; si nunca había ido a ningún estadio para presenciar un encuentro de fútbol.

Y tanto que me había aficionado; pues cuando subió mi equipo a primera división; ya no hacía falta que me trasladase de lugar, para ver a los mejores equipos que teníamos en la piel de toro.

¡Qué alegría!, ¡qué contento!. . . así se expresaba un señor, que regía una caseta de tiros en la feria de aquel año. Pues ¡sí!; había llegado los días de feria a mi graciosa Ciudad; olvidando los sinsabores, que se había pasado durante el año: unas veces por no tener mucho trabajo y otras por los sustos que te daban los clientes, en lo que yo quiero o yo he querido decir; teniendo ya levantada la casa. Y es que las personas no se acuerdan lo que han dicho, cuando ven la realidad de la forma de la casa: ya quieren otra cosa diferente a lo que ellos habían hablado con el arquitecto de turno.

No dejé pasar dichas fechas, para divertirme de lo lindo en la feria de mi hermosa Ciudad; arrastrando, por así decir, a mis amigos al real de la feria. Menos montar en los cochecitos y en los ponis todo fue para mí accesible y gustoso de probar sus delicias; ya fuesen encima de la noria, a muchos metros del suelo, o en un tiovivo.

Una noche; mientras yo me divertía tirando con la escopeta de aire comprimido a las cintas; me llegó Mercedes muy compungida. Al parecer le había dado una angina de pecho a Prudencio; teniendo que ir, en ese preciso momento al hospital todos nosotros, para estar acompañando a nuestro amigo Prudencio, aunque fuese en la sala de espera.

Sala de espera: pero la espera era interminable en aquellas horas, que nosotros queríamos saber algo más de la enfermedad de nuestro amigo Prudencio.

Los nervios se nos agarrotaron, el cerebro no nos regía con esa perspicacia como la que tienen algunos de nosotros: era más, no teníamos los movimientos muy claros. Pues la cabeza nos daba vueltas y vueltas al pensar que le podía pasar algo malo a nuestro amigo Prudencio.

¡Y yo!: que de tanto pensar me comenzó a doler la cabeza; al creer que Mercedes podía hacer algo, que no gustase a mi mujer Cristina: por tener tantas confianzas en mi persona. Y mi persona me decía: que cuidado con aquella mujer tan despampanante, como era Mercedes.

Nada de eso iba a suceder; pues a las dos horas salió el doctor para informarnos de que a Prudencio, se le había podido salvar por lo fuerte que tenía el corazón y las ganas de vivir, como tenía este.

Esfumándose mis sospechas, de que tal vez quisiera algo Mercedes conmigo; si le pasase una cosa mala a su marido Prudencio.

Decidieron quedarse, haciendo guardia por la noche en el hospital, Samuel con su mujer Antonia y la mujer de Pedro, Andrea; para irnos el resto de amigos a nuestra casa: que dando, que si a la siguiente noche, se encontrarse mal Prudencio, nos quedaríamos el resto de amigos; que esa misma noche no nos habíamos quedado.

Cuando llegamos a casa, mi mujer y yo, nos dispusimos para meternos en la cama; pero como se había oído un ruido en casa, Cristina fue para ver lo que pasaba en ella. Como tardaba llegar Cristina, yo apagué la luz, notando que alguien levantaba la sábana, intentando meterse en la cama conmigo.

Cristina no se estaba quieta, indicándola yo que hiciese algo bueno; para sobrevivir con tantos nervios, como habíamos traído del hospital.

ANSELMO -. Cristina, hija: vamos a despertar a la niña.

No contestándome Cristina; pues tenía una tarea importante que hacer en aquella noche, de desaliento para nosotros; por haberse puesto malo, nuestro amigo Prudencio.

A la vez tenía otra tarea Cristina; como me pude dar cuenta: ya que acercándose a mí, me desnudó por completo; haciendo de mí lo que quiso. Notando yo otro libido como no había notado nunca; ya que se movía de diferente manera, aquella noche mi mujer, Cristina.

A la terminación de nuestro amor, encendí la luz; dando un fuerte chillido, que yo creo lo oyeron en la calle.

ANSELMO -. ¡AYYY! . . ?. . . ¿Qué haces aquí?.

Sí; la pregunté qué que hacia allí, a aquella señora; cuando ya habíamos consumado el hecho.

Con cara agradable y voz serena, me contestó la señora; sin ninguna clase de pena, ni de culpabilidad alguna.

MERCEDES -. He logrado mi objetivo; y no me he confundido.

Yo la di un empujón; sacándola a Mercedes de mi cama; mejor dicho: de la cama de Cristina y mía.

Salí corriendo, para ver qué la pasaba a mi mujer, Cristina; no viéndola en ninguna de las habitaciones que había en aquella planta. Pero la mente es

muy rápida y el cerebro lo corrobora, con intenciones fatídicas de vez en cuando.

Así que pensé, a la velocidad del rayo, ir al sótano; para poder revisar las dependencias que hay en él.

Cuando estaba bajando las primeras escaleras del sótano, oí cerrarse la puerta con un golpe en seco; como si alguien hubiese cerrado la puerta principal: entrándome una vergüenza que no podía resistirme, para rezar una Salve, y así lo hice.

Eso, de que esa mujer se hubiese ido con parte de mi ser a su casa, tan conforme; no podía yo admitirlo; por ser un hombre creyente.

No podía dejar que mi espécimen estuviese dando vueltas y vueltas en la calle, por medio de una mujer que no era la mía.

A la mía la encontré tirada en un camastro, en medio del sótano; así, que cogiéndola como se coge a una chiquilla, la llevé a la cama; sin pensar que de esta manera exoneraba a Mercedes de sus culpas: por no darse cuenta Cristina de nada, ni acordarse de por qué estaba en el sótano tumbada en el camastro. Cosa que no se lo dije; para no invalidar su cerebro, con opiniones de uno y disfrute de otros.

Yo me lavé bien todo mi cuerpo, para no quedar olor alguno en él; ya que cuando se despejase Cristina, olería a otro perfume, que no era el suyo.

Sin más ni más; salí a la calle para tomar aire fresco en mis pulmones, viendo a Mercedes apostada en una esquina, como si me estuviese esperando.

Yo no quería saber nada de aquella mujer, por eso cogí el camino de una calle bilateral en la que estaba aquella mujer, tan despampanante.

Pero pude darme cuenta, con decepción; que aunque había cogido otro camino, que no era dónde se encontraba Mercedes, esta me seguía muy cerca de mis pasos.

No tenía más salida, que entrarme en la Iglesia; para salir por la puerta contraria a donde entré: escabulléndome de aquella señora por completo. ¡Qué vergüenza!: qué vergüenza que pasé, yo aquella noche de confusión y de poca esperanza para mí.

Y como no eran horas muy tardías de la noche, vi que Cristina venía a mi encuentro; ya que nos habíamos acostado al decaer la tarde.

Cristina se paró frente de mí, echándome los brazos por los hombros: como si quisiera decirme algo, que ella no se atrevía a decírmelo con palabras.

ANSELMO -. ¡YA!; ya sé.

Cristina me miró con ojos de esperanzas; por si acaso la dijese yo algo, que la valiese de alivio a su dolor de mujer.

CRISTINA -. Si lo sabes: ¿por qué has hecho esto?.

Me quedé como petrificado en medio de la calle; sin saber qué responder a Cristina. Pero cuando la vi los ojos, no relucían con ese furor de no aceptar lo que había hecho.

Me di cuenta, de inmediato, de que Cristina no sabía nada de lo que había pasado, hacía poco tiempo, entre Mercedes y yo; así que la contesté sin titubear; para no levantar ninguna clase de sospecha.

ANSELMO -. Tenía que salir a la calle, para estirar las piernas.

CRISTINA -. Tienes el gimnasio en la misma casa. Y aunque no son horas avanzada de la noche, por haber dejado el día hace poco: no se ve bien, que un señor ande solo por la calle a esta hora.

Me di cuenta, enseguida, de que Cristina no sabía nada de lo que había pasado en nuestra casa, hacía poco tiempo atrás; así como a la caída de la tarde.

No sabiendo yo explicar, por qué me había duchado, para salir a la calle cuando había terminado el día hacía poco. La dije: que era un acto irreflexivo, por mi parte.

Como dos enamorados, nos entramos en casa para saber cómo se encontraba nuestra hija, en su cuna. Y como los críos tienen un sentido muy agudizado, la niña estaba con los ojos abiertos; esperándonos a su madre y a mí. Nos reía con todas sus fuerzas posibles; como dándonos la bienvenida a su cuarto y hacía ella: ya que su madre la cogió unos momentos, para que no llorase la niña.

Al siguiente día, y ya en el estudio de arquitectura, vi con mejores relaciones a Enrique y a Amparo; pues esta chica se reía con las gracias que estaba haciendo el chico, para espabilarla: pues la señorita Amparo se veía decaída anímicamente del todo.

Era más: que cuando salí del trabajo vi juntos a los dos, tomándose un refresco en una terraza de un bar. No queriéndolos decir nada, para que

ninguno de aquellas personas, tan apreciables por mí; tuviesen que compartir mesa conmigo.

En los días sucesivos, parecía que la amistad de la señorita Amparo se consolidaba, con la amistad del señorito Enrique; pues se atrevía a tocarla éste joven a la señorita Amparo en un brazo, siempre que la hablaba.

Yo no iba a decir; que no sabía lo que significaba aquello, pues lo tenía bastante claro: eran síntomas de querer Enrique a la señorita Amparo.

Yendo el trabajo de maravillas; hasta se atrevieron a llegar media hora más temprano al trabajo y salir una hora más tarde de lo previsto en su contrato.

Como ellos eran gustoso de hacer tal trabajo en dichas horas, era legal: siempre que las dos partes estén conformes con lo que hacen.

Entre poner buena cara a unos clientes, entre decir: No se preocupe usted, que aquí estamos nosotros para gestionarles dichos impresos. . .Y así sucesivamente. No teniendo ninguna clase de problemas, para hacer al cliente la vida más agradable.

Así comencé a tener una cartera de clientes, bien repleta de nombres y de direcciones. Hasta el punto de tener que reunir a Enrique y a Amparo; pidiéndolos algo, que ya esperaban ellos.

ANSELMO -. Les veo con mucho trabajo; teniéndoles que proponer una cosa, para que mermen sus múltiples esfuerzos en la consolidación de sus trabajos cotidianos en la oficina.

Como ninguno de ellos, Amparo y Enrique, decían una sola palabra; me limité a darles la noticia tan esperada por ellos.

ANSELMO -. Cada uno de ustedes, debe tener un ayudante.

En ese mismo momento, se los vio una sonrisa en la cara y un rosado permanente en la misma; como aceptando lo que yo les estaba diciendo.

Pero no obstante, ninguno de los dos decía nada; parecían que los daba vergüenza que los pusiese yo un ayudante a cada uno de ellos. Era más: que en un momento determinado, se atrevió a contestarme Amparo. Cosa curiosa; pues Enrique no abrió la boca para nada.

AMPARO -. Señor Anselmo. Permítame que hable también por el señor Enrique: Pero comprendemos, en la situación en la que estamos, no se debe tener tantos gastos en la empresa.

En aquel momento, tomó aire en sus pulmones la señorita Amparo; para continuar con su referencia, de no querer se gastase más dinero en dicha actividad empresarial.

AMPARO -. Usted perdone, señor Anselmo: pero hemos pensado los dos, Enrique y yo, que espere usted más tiempo, para ingresar en la plantilla a dos personas más: Serían dos nóminas más.

ANSELMO -. Me ha dicho usted, Amparo; que ya lo habían hablado ustedes dos. . .?. . .¿Pero cuando ha sido eso?.

AMPARO -. No lo tome usted a mal, señor Anselmo; pero como le vimos ayer muy preocupado: A la salida del trabajo lo hablamos nosotros dos.

ANSELMO -. Muy bien; avísenme cuando ustedes vean oportuno.

Así me expresaba yo delante de Enrique y Amparo; para que ellos me dijese cuando era mejor inscribir dos personas más en nómina de la empresa, además de darlos de alta en la Seguridad Social y en el SEPE; siempre que ninguno de ellos tuviese un número de la Seguridad Social, que, en sí, fuese su primer trabajo.

La respuesta no llegó, por parte de mis dos ayudantes; por lo cual, yo debía saberlo de antemano, con un mes de anticipo: para darlos de altas a mis dos empleados.

La que más interés ponía, para que no emplease a nadie más, era Amparo; pues sus celos la delimitaban, para que no viese nadie el interés que estaba poniendo en la persona de Enrique.

Este joven se dejaba querer; no sabiendo yo, si Enrique la quería a ella o era una ilusión que él tenía con esa chica, Amparo.

Aprovechando un día, que nos quedamos solos Enrique y yo para hablarle sobre aquella cuestión que le incumbía a él.

ANSELMO -. Señor Enrique; deje usted, por unos minutos el trabajo que está haciendo.

ENRIQUE -. Como usted quiera, señor Anselmo.

Me le quedé mirando a la cara; viendo él que yo le quería decir algo muy importante, no siendo del trabajo. Pero todavía duré un tiempo prudencial para hablarle de la señorita Amparo: pero por fin lo hice.

ANSELMO -. Dirá usted, Enrique, que me meto donde no me llaman. . .

ENRIQUE -. No; para nada.

Enrique había comprendido, que yo le hablaría de la señorita Amparo en aquellos mismos momentos; así que me dio el valor para hablarle claro.

ANSELMO -. Mire usted, señor Enrique: yo creo, que hay que ir al meollo de la cuestión en el problema, siempre ha sido así: y más, en el asunto de amoríos. Quitando el amor platónico; siendo mal entendido sentimentalmente.

Aquel señor me miraba muy fijamente a la cara; como queriendo saber, si yo le hablaba cordialmente: con el corazón en las manos. Y desde luego que sí, que le hablaba como si fuese su padre: con ese afecto y con esa bondad, con la que un padre habla a su hijo.

Le vi brillar los ojos, por tenerlos llenos de lágrimas; al saber que alguien mira por él en este Mundo.

Aquel hombre no me dijo nada; no lo podía decir, por no saber qué contestar: pues tenía metido en su cabeza un envoltorio, como si fuese una madeja de lana, no dejándole pensar para nada.

Cuando llegó Amparo, le vi más sonriente, con más ganas de vivir y de triunfar en la vida; pero cuando volvieron a desayunar, ya no era igual su semblante: más tenso, más decepcionado por algo que le hubiese pasado en esa media hora de desayuno, en un café-bar.

Se miraban entre ellos, de vez en cuando, en el trabajo; sin hablarse una sola palabra al respecto. Y algunas veces suspiraba Enrique, como queriendo decir; que le faltaba algo.

Ella, Amparo, bajaba la cabeza con síntomas de presura a ese suspiro; no dando su brazo a torcer, para nada.

A mí me hacían padecer mucho, aquellos jóvenes enamorados; por no saber lo que querían, el uno del otro. Pero mientras más avanzaba la mañana: esas miradas se convirtieron en ternura, el uno para el otro.

Ya se los veían con menos tenacidad en sus maneras de mirar y hasta de expresarme; pues comenzó hablarla Enrique sobre el desayuno de la mañana.

AMPARO -. Tienes razón, Enrique. Hoy ha estado mejor el desayuno que otras mañanas.

ENRIQUE -. Yo creo, que han echado algo que nos ha gustado a los dos.

AMPARO -. Amor. Lo han hecho con amor y con mucho cuidado: sin correr en lo que se tiene en las manos.

¡Se la estaban tirando el uno al otro!; aquello ya me gustó más: pues lo que se estaban diciendo, era unas misivas cruzadas, para que no las entendiese nadie más que ellos.

Esas indirectas y esas semejanzas de retorcer las formas hablando; eran consecuencia de los enamorados. Pero no había, más que abrir los ojos, y agudizar los oídos, oyendo bien lo que se decían. Así sacaría la persona que los estuviese oyendo las consecuencias fundamentales que: esos jóvenes, se estaban enamorando.

No queriendo yo intervenir, para nada, en la conversación de aquellos jóvenes; dejándolos salir solos, una vez que habían terminado sus tareas, en aquel día.

Pero sin perderlos de vista; para saber si Amparo aceptaba a Enrique. Y cuando se sentaron en una terraza de un café-bar de allí cerca: tuve la sensación, que aquellos jóvenes seguirían cerca, el uno del otro.

Tanto era así, que cuando llegaron al siguiente día, venían juntos tan tranquilos hablando por la calle: como si nada hubiese pasado entre ellos; era más bien decir, que sí había pasado. Había pasado Cupido con su flecha; no sabiendo yo en qué hora y en qué lugar.

Me senté en mi mesa revisando algunos avisos de llamada para la construcción de algunas personas, que reclamaban mis servicios. No dejándolos mirar con el rabillo del ojo, como se suele decir: para saber sus movimientos y su forma de ser, el uno con el otro.

Yo veía que hacían esfuerzos para sacar sus trabajos; pero como no querían que los ayudase nadie: no empleaba más personal, por haber recogido el guante que un día me habían tirado los dos, Amparo y Enrique. Aquellos dos enamorados, preferían estar solos a que los ayudase alguien más en sus relaciones tan efímeras.

Sí; porque todavía, esa amistad que fluía por el corazón de ellos, era débil y poco asentada en su mismo cerebro. No fuese a ser, que alguno de esos dos ayudantes que estaban haciendo falta emplearlos, rompiese el hado permanente, que se estaba formando entre Amparo y Enrique.

Hasta me infundieron en mí ese amor permanente hacía mi mujer, Cristina; pues al llegar a casa la di un beso, como nunca la he dado. Y al soltarla, comenzó a respirar aire fresco en los pulmones. Poniéndose colorada y mirándome a la cara con ojos de misterios.

CRISTINA -. ¡UF!: qué beso.

ANSELMO -. ¿Cómo ha sido?, este beso.

CRISTINA -. Me faltaba el aire para respirar; me has cogido de improviso, con ese impulso que has traído hoy día.

No sabía lo que decirle a Cristina; pues ella misma veía la euforia que yo llevaba dentro de mí: ese fuego, que no se puede esconder por más que la persona quiera.

Era un fuego interior, una llama de amor; que sale por sí sola, sin querer y sin saber por qué.

Aquello me declaró; teniéndoselo que decir a Cristina: por qué llevaba yo ese fuego interior, que hasta quemaba solamente tocarme.

No sabía yo cómo explicárselo; hasta pensé, a plena velocidad: que se lo tenía que decir, tal y como así era.

ANSELMO -. Me han provocado, Amparo y Enrique; ese fulgor en mi cuerpo, para quererte y amarte con todo mi ser, con todos mis deseos.

Quedándose Cristina con una cara de complacencia: no sabiendo si yo la decía la verdad o por el contrario, no la decía, tal y como había pasado aquella misma mañana en el estudio de arquitectura.

Quiso creer Cristina, que yo la estaba diciendo la verdad de lo que me había pasado; pues mi mirada me delataba.

Como me había sentado en un sillón, cerca de una mesita que servía para traerme ella cualquier pincho con un refresco: Cristina me trajo ese pincho y ese refresco al salón.

Antes que Cristina se separe de mí y cuando todavía la podía yo coger por la cintura; así lo hice, sin pensarlo. Mirándome mi mujer, Cristina, a la cara con ojos de no saber lo que iba hacer con ella, en esa posición; en la que todo enamorado, doblega a su enamorada dándole un beso de amor: para agradecerme con toda su Alma.

Después de tomarme lo que me trajo mi mujer, retiré el querendón; pues me estaba estorbando. Y poniendo un disco, invité a mi mujer para bailar la pieza que estábamos oyendo.

La manera de bailar Cristina, me estaba excitando; pues mi mujer quería algo más, que un baile; ya que se acercaba a mí, no solamente con la cara, también con su cuerpo.

Cuando terminó la pieza sonar: yo me derrumbé en un sillón, sin fuerzas y sin poderme mover; por el mucho agobio en el pensamiento, de retenerme en mis instintos sexuales. No valiéndome para nada, esa retención que yo estaba haciendo en aquellos momentos, de tener todo mi cuerpo en tensión, por un golpe de amor mal controlado. Ya que mi mujer, Cristina, me levantó del sillón, como si fuese una pluma de ave; sin grandes esfuerzos, debido a la mucha fuerza que había cogido en ese efluvio de amor y pasión; cuando estábamos bailando.

Estuvimos jugando casi toda la noche; no se nos terminaba esa fuerza interna, que teníamos los dos, para ejecutar varios actos de amor y de cariño personal: como los que hicimos aquella noche.

Noche de amor y esperanza personal para nosotros dos, Cristina y yo; sumido en un cariño y pasión por todo lo alto. No dándonos cuenta que había llegado el día; pues estaba dándonos los rayos del Sol en la cama, cuando en sí nos estábamos amando.

Me levanté, aquella mañana, con sueño; por no haber dormido ni un solo segundo de la noche; e incorporándome en la cama para lavarme la cara, vestirme y salir raudo hacia mi trabajo.

Cuando llegué al estudio arquitectónico, ya se encontraban en el mis ayudantes; pues al entrar yo en el estudio, me miraban los dos, Amparo y Enrique, con cara de sospecha: y desde luego, no se confundían ninguno de ellos.

Teniendo dos avisos de construcción encima de mí mesa; el uno era para cambiar la cobertura a una casa, el otro era para que ensanchase más la alcoba donde dormía el matrimonio: pues se había independizado su hijo. Siendo, que los clientes contaban todo lo que los pasaba a ellos: las cosas más personales de sus vidas.

Poco a poco íbamos teniendo trabajo nosotros: no nos faltaba trabajo, para rehabilitar o construir viviendas nuevas. Y eso, en temporadas de poca adquisición monetaria; que en temporadas de boyante economía, ya hemos dicho, que se necesitaba otros dos empleados en la empresa.

¡Ahora sí!: ahora sí me pidieron mis dos ayudantes sus correspondientes apoyos en sus trabajos.

ANSELMO -. Lo tendré que estudiar. He notado poco incremento desde el otro año de trabajo en la empresa: Veremos a ver qué se puede hacer.

Desde luego, lo que podía hacer por ahora; era aumentar la platilla en un solo trabajador en la empresa, siendo este el que se encargase de trabajos burocráticos: traer y llevar la correspondencia a CORREOS, archivar los impresos por orden de llegada, algunas veces y otras por número de recibidos, cambiar el calendario, como así la fecha en los sellos, echar tinta en los tampones y así un sinfín de tareas más; que valiese para cumplimentar, como ayuda, a Amparo y a Enrique.

Conformándose mis dos ayudantes, con una sola cobertura en el trabajo, por parte de una chica despabilada en las tareas encomendadas. Pareciendo, que ya mis dos ayudantes se los veía más descargados en sus tareas y con la cara más risueña.

Pero como la chica que contraté, por tres meses, tenía los conocimientos huecos; un día contó en el hospital la caída que tuvo, al subirse a una escalera, como ella quiso. ¡Muy trabajadora!; pero de conocimientos, nada de nada.

Así que Inspección de Trabajo me mandó una auditoría, para ver la realidad de aquella caída desgraciada, que tuvo aquella chica, por lo que ella había contado días antes.

Cuando la dio de alta el doctor, se la admitió otra vez a la joven ayudante de Amparo y Enrique; sin mirar contemplaciones, de si yo dije o he dejado decir. Llegándome a mi despacho aquella chica, para pedirme perdón, por haberse confundido en lo que ella había hablado; sobre la caída que ella había tenido, el día del siniestro.

ANSELMO -. No la tengo que perdonar nada. Estaba usted bastante nerviosa, como para acordarse cómo fue su caída.

LUPE -. Gracias, don Anselmo. Se lo agradezco en el Alma: no sabiendo yo cómo voy a pagarle mi indiscreción, en el asunto.

La hice una indicación con las manos, de que no había nada que hablar, al respecto, sobre dicho problema, en su caída.

Aquella jornada de trabajo trascurrió como los otros días; sin contratiempo alguno; pero al término de nuestras tareas, llamaron a la puerta para que asistiésemos a una persona mayor: pues se había caído en plena calle, siendo esa persona una señora de edad que no sabía dónde se encontraba.

Me levanté de mi sillón; yéndome hacia la señora, para indicarla con un dedo, que siguiese mi indicación. Viendo, de inmediato, que no se daba cuenta de ninguna cosa que la rodeaba. Y en vez de llevarla yo, en mi coche, al primer centro de salud: llamé al ciento doce contándoles el caso que atañía a dicha señora. Diciéndome desde aquel número de teléfono, que no la moviésemos; que pronto llegaría una ambulancia para llevársela al hospital. Prosiguió diciéndonos, la persona que se encontraba al teléfono: que fuésemos recabando la dirección de aquella señora, así como la edad que tenía y su grupo sanguíneo. Cosa, que yo no había oído nunca, pidiesen dichas cosas.

Al comentarlas con mis ayudantes, se quedaron perplejo; por no saber que se pedía, la información de aquellos datos personas de la seora.

ENRIQUE -. A ver, si no va a ser el ciento doce.

ANSELMO -. Desde luego que lo es.

Pero como no habíamos llamado nunca a dicho teléfono; no sabíamos si recabarían aquellos informes personales, de la persona accidentada.

Las sospechas se nos esfumó, cuando vimos llegar a la ambulancia; aparcando en frente la puerta del estudio de arquitectura; saliendo de ella los sanitarios.

Yo pedí acompañar a dicha señora; ya que no se encontraba con ella su familia. Teniendo un hijo, que era Fiscal de la audiencia provincial; haciendo, con aquel digno señor una buena relación de amigos, desde aquel mismo día.

Tal era así, que una tarde recibí una tarjeta de visita, anunciándome una invitación en un restaurantes de lo mejor que hay en aquella bonita Ciudad; yo le mandé otra, en forma de carta por CORREOS tradicional, como mandan las normas de educación y urbanidad.

Aquella tarjeta estaba firmada por Gervasio, el fiscal provincial: invitándonos a mi mujer, Cristina y a mí; en un buen restaurante.

El día previsto y a la hora señalada, estábamos mi mujer, Cristina y yo en el restaurante: esperando al matrimonio, formado por, Gervasio y Sacramento.

Cuando nos pregunto el maître si queríamos tomar la cena, le contestamos que estábamos esperando a un matrimonio: lo único que nos podía servir, era un buen vino con un aperitivo.

Más de diez minutos estábamos esperando para que llegase Gervasio y su querida mujer, Sacramento. Allí no llegaba nadie, que nos pudiese decir lo que pasaba con nuestros conocidos.

Pero cuando me estaba poniendo un poco nervioso, vi en la puerta del restaurante la figura de Gervasio, que cogiéndole el abrigo un recepcionista del restaurante, se lo guardaba en el ropero; igual que la hizo a su mujer Sacramento.

Aquella noche tuvimos una velada entrañable y muy culta; por no decir, muy abundante en conocimientos: ya que hablamos de cosas sustanciosas, como era la formación de la vida, el preliminar de una cosa. Allí me enteré, que nuestros antecesores, no tenían tan pocas luces; como se ha creído en la historia.

Entre risas y miradas de alientos, sin hacer mucho ruido y sin alzar la voz más de lo necesario, se vivía aquella noche como una velada de misterio y de hechizo permanente, revoloteando alrededor de nosotros; los anfitriones de la velada. Ese hada que sale de entre la sombra, ese misterio encantado; haciendo a las personas soñar con el dios Baco.

Extrañado me veía yo en aquella hora de desaliento personal; al no ver la posibilidad de salir de allí lo antes posible: ya que yo no aguanto mucho en el mismo sitio. Y máxime, en una hora avanzada de la noche.

Por fin salimos a la calle, estándole esperando su chofer, de aquel señor en la puerta del restaurante.

GERVASIO -. Os llevo a casa, en mi coche.

CRISTINA -. Aceptamos.

Se adelantó mi mujer Cristina a la invitación, dándole las gracias a Gervasio y a su mujer Sacramento; no reportándome a mí ninguna gracias. Y cuando llegamos a casa, así se lo hice yo saber a mi mujer Cristina; con buenas palabras y buen asiento personal.

ANSELMO -. Siéntate, Cristina.

CRISTINA -. Son horas muy avanzadas de la noche.

ANSEMO -. Tú, siéntate.

Haciéndola ver, que de este modo; ya sabrían nuestra dirección aquel matrimonio: sin haber sellado bien nuestra amistad, más profunda.

CRISTINA -. ¡UF!; hijo. Ese señor, si él quiere; sabe hasta el número de carnet de identidad que tú tienes.

Tenía razón Cristina; pero se lo tenían que proporcionar sus ayudantes: de esta manera, lo supo él por decisión propia. Sentándome mal, que se lo hubiésemos proporcionado nosotros gratuitamente.

Quedando sentado, que a una persona que no se la conoce mucho; no se la debía decir muchas cosas, sobre nuestra casa, nuestras vidas, nuestra hacienda y nuestra manera de vivir: ya que podía, esa persona, hacer uso de ello, sin ninguna clase de miramiento.

Cuando se enteró Prudencio de la amistad que teníamos nosotros dos, Cristina y yo, con el fiscal provincial; nos dijo que se lo presentásemos, para entablar él una amistad con aquel matrimonio.

ANSELMO -. Prudencio; se lo tenemos que presentar a los demás amigos: luego haces tú lo que quieras con él.

Así fue; pues en un día de fiesta nacional, les invité a merendar, en un restaurante, al matrimonio formado por Gervasio y Sacramento. Llevando a los demás amigos: previo aviso al fiscal de la provincia, siendo este muy gustoso de que yo invitase, también, a mis amigos.

Yo veía, que entre copa y copa hablaban mucho con Gervasio mis amigos: estaban consolidando aquella amistad, que a todos los unía. Mi persona, por supuesto.

Al terminar la merienda, en el restaurante; nos invitó Gervasio a tomar el café y una copa en su casa; y enseguida aceptaron todos mis amigos a esa invitación.

Su casa; ¡AY!, su casa: un palacete donde los hubiese; una mansión de lujo y de comodidades. No tardando mis amigos a bañarse en la piscina y emplear toda clase de maquinarias que había en el gimnasio.

¡Cofias!; muchas cofias se veían en aquella gran mansión, pues hasta mayordomo tenía Gervasio en su casa. Doncellas, que traían y llevaban la porcelana que empleábamos en los aperitivos y un señor bien vestido, que te hacía la vida agradable; en todo momento, al ayudarte en tus tareas, ya que se te aglomeraba la comida servida por aquellas doncellas.

Salimos todos de allí; y digo salimos, porque yo salí también, de aquella gran mansión como admirada por ver tanto lujo en ella. Ya que era una mansión heredada de sus padres; pues todo lo que en ella existía, había sido empleado por sus progenitores.

Sencillamente: aquel señor no tenía más que el título y la honra de servir bien en su puesto de trabajo.

GERVASIO -. Pues no creas; que trabajito me está costando pagar tantos salarios a mis empleados.

ANSELMO -. Lo comprendo, Gervasio: bastante te está costando mantener tu herencia.

Así hablábamos los dos, en aquella noche de penumbras avanzadas; pues eran las tres de la madrugada y todavía estábamos en la casa de Gervasio. Hasta que un avispado, se le ocurrió dar la voz de: -. Es hora de marcharse -. Y de esta manera salimos todos los amigos de la casa de Gervasio, sin ganas de tomar más alimentos, ni más bebidas.

Pero como era día de fiesta, yo no fui a mi trabajo cotidiano; me limité solamente a oír la radio y a leer la prensa del día.

Me levanté de la cama, dejando el periódico y apagando la radio, como a la una del día; para a las tres de la tarde buscar algo en la nevera, preparándomelo para tomarlo.

Me hice una ensalada buenísima, con lechuga, tomate, zanahoria, naranja, manzana y nata; degustando algo de jamón serrano, con unos pinchos de anchoas de buena calidad. No creyendo yo, que me desmallase en aquel día.

Una mañana, yendo yo por la calle vi salir de casa del amigo Gervasio a Prudencio; extrañándome yo mucho, pues no había llegado a ese grado de amistad, como para que se visiten, el uno y el otro.

No teniendo yo escapatoria, ya que me había visto Prudencio en la acera de aquella calle, mirándole muy atentamente.

Prudencio llegó adonde yo estaba, saludándome muy cordialmente; como siempre lo hacíamos los dos. Invitándole yo a un café tempranero; pues la hora que era, no había nadie en aquella cafetería.

ANSELMO -. Te he visto salir de la casa de Gervasio.

PRUDENCIO -. Para ti no tengo ningún secreto.

ANSELMO -. ¡AH!; de eso se trata.

PRUDENCIO -. ¿De qué?.

ANSELMO -. De un secreto.

PRUDENCIO -. ¡AH!, sí.

Diciéndome este, que había ido para ver a Gervasio; ya que su mujer había cambiado mucho. Siguió diciéndome, que alguno la había despabilado en su libido. . .?. . . ¡Vamos!: que poco más o menos, la había tocado. No sabiendo él quién podía ser ese hombre, tan desconsiderado para él mismo.

No sabiendo Prudencio nada del asunto, que traía Mercedes conmigo: con ese afán de tener más que amistad con mi persona; y mi persona huía cada vez que veía a su mujer Mercedes.

ANSELMO -. Has ido a Gervasio para que te ayude en tu separación de Mercedes.

PRUDENCIO -. No sabe nada del asunto. Me ha mandado a un abogado matrimonialista, para que me gestione mi separación de mi mujer Mercedes.

Sabiendo, que hay otro término para que sea legal del todo: un divorcio.

ANSELMO -. Es así. Él solamente está para juzgar, no para resolver casos de separación o de cualquier otra índole.

Le quise hacer ver a Prudencio, que tal vez sería un mal entendido entre Mercedes y él; más bien un espejismo de culpabilidad, que él había visto en la persona de Mercedes; cuando nadie había visto nada, que saliese de lo normal en su mujer.

PRUDENCIO -. ¿Tú crees?.

ANSELMO -. Desde luego, que lo creo.

Aplacándosele los nervios a Prudencio por segundos; al hablarle yo de esa manera: de que su mujer Mercedes no tenía a nadie más que a él en esta vida.

Le dije, que quedaría abandonada a su suerte, Mercedes; en el momento que él se retirase de ella: que lo viese bien, lo que iba hacer con Mercedes, por un mal pensamiento. Que comprobase antes la realidad de su imaginación; que contactase, para saber, si lo que me había dicho era verdad.

Al terminar yo de hablarle; Prudencio me miraba con cara de satisfacción, por una parte y por otra con gestos de desconfianzas hacia su mujer Mercedes.

Prudencio estaba siendo complaciente conmigo; por lo que yo le estaba diciendo, en aquella hora fatídica para él.

Dejó la taza de café en el vaso, para en un momento determinado mirar hacia la puerta de salida de aquella cafetería. Así que no dudé decirle algo, que le sentó de maravillas.

ANSELMO -. Si quieres ir para comprobar, que todo está bien en tu casa; puedes hacerlo.

PRUDENCIO -. Así lo haré: no te quepa duda alguna. . .?. . .Me has sido tú más valioso que Gervasio.

Lo que yo quería, era que no se quedase sola Mercedes, una mujer que se agarra a todo; pues yo me iría a ver muy comprometido con ella.

Una vez que le infundí en la cabeza a Prudencio la honorabilidad de su mujer Mercedes, nadie se lo iría a quitar de la cabeza a mi amigo Prudencio. Y para que aquello que yo induje a Prudencio surtiese efecto, me fui detrás de él, sin que me viese, hasta su misma casa.

Esperé para que entrase en su casa Prudencio, sabiendo que nadie le había hablado en plena calle, más que yo: así no le quitaría de su pensamiento ese estímulo personal que yo le había metido en su cerebro.

Eludir ver a Gervasio, por lo menos en unos días; ya que este hombre no está más que para presidir los juicios, no para llevar los casos matrimoniales, si más no me confundo.

Como pude darme cuenta, surtió efecto en Prudencio lo que yo le dije hacía tres días; no moviéndose este para nada. Era más: le vi con su mujer Mercedes en un teatro, a los pocos días de haberle hablado yo; sobre el asunto que le tañía.

Otro asunto existía en mi casa; y era, que quería trabajar mi mujer como funcionaria, por eso hizo una matrícula para presentarse a unas oposiciones, que tendría lugar en nueve meses.

ANSELMO -. Como no me has dicho, que deseas presentarte a esas oposiciones oficiales.

CRISTINA -. Creí que no hacía falta: pero cuando recibí los informes de la oposición, me pude dar cuenta que había un punto; en el que yo te debía decir algo.

ANSELMO -. Y ese algo, ¿es?.

CRISTINA -. Se debe estar por lo menos un año, hasta poder pedir traslado en la plaza que te hayan asignado.

ANSELMO -. Pero para consolidar la plaza. . .

CRISTINA -. Un mes.

La indiqué que la consolidase y se viniese a su casa; cosa que no estaba de acuerdo Cristina: Ya que alguien la había dicho, que si la Administración no sabía cómo trabajabas, no está de acuerdo contigo. Debería verte trabajar, para que la Administración confíe en ti.

Salí a la calle como aventado; no sabiendo qué camino coger, en aquel santo día: por el mucho agobio que yo tenía en mi Alma metido.

Al primero que vi, fue al financiero, Pedro, que salía de su banco a primera hora de la mañana; para hacer unas gestiones en Hacienda Estatal.

Mi amigo Pedro, me vio muy apurado y como cortado; por la noticia que me había dado mi mujer Cristina hacía un rato, aquella misma mañana.

Poniéndome la mano delante, Pedro, me hizo parar en ese mismo lugar; que él me había visto.

PEDRO -. ¡Quieto!; dónde vas de esa manera, tan excitado.

ANSELMO -. No es para menos.

Le conté lo que quería hacer Cristina con su vida, al amigo Pedro: y este, en vez de apoyarme a mí, apoyaba a Cristina. No sabiendo yo que la persona tenía que moverse por donde ella quiere; y si era, que mi mujer Cristina quería opositar a dicha plaza: que lo hiciese.

No sé cómo me despedí de mi amigo Pedro; pero si le molesté, que me perdonase mi mal genio, en el que estaba yo sumido en aquel fatídico día, de desaliento y de poca esperanza para mi persona.

Como yo no había acudido a casa, ni había ido a mi trabajo personal; me volvió a ver Pedro en una cafetería a las dos y media de la tarde, sin darme cuenta lo que yo hacía allí: hasta que me lo tuvo que decir mi buen amigo Pedro.

PEDRO -. ¡Qué!: ¿todavía aquí?.

Claro que todavía allí; por aquellos andurriales de mala suerte y de poca esperanza para la persona humana: en cuanto yo tenía mi ánimo por los suelos.

¡Un año!. Un año corriendo por esas carreteras todos los viernes por la tarde, para venirme los domingos por la noche y así poder asistir a mi

trabajo todo el resto de la semana. ¡Qué barbaridad!: ni que tuviese yo un circo; para correr todas las semanas tantos kilómetros.

Qué sería de nuestra hija, sin su madre toda la semana; siendo criada por una institutriz, desconocida para nosotros.

Veía negro todas las cosas; desde que Cristina me anunció, que participaría en aquella oposición, como funcionaria.

ANSELMO -. No ves tú, que se queda sola la niña sin ti.

CRISTINA -. No; pues yo me la llevaría con migo.

Me desplomé en el sillón, sin ninguna clase de aliento; al decirme aquello mi mujer Cristina.

¡Que se la llevaría!; siendo entonces las luces de la calle mi compañía: estaba visto, tendría que vivir yo solo en casa y en la misma calle; al no estar mi mujer conmigo.

Pero como quedaba nueve meses para que se examinase Cristina. Dios diría, como se suele decir, lo que pasaría en ese espacio de tiempo; pues esos estudios eran muy fuertes y las oposiciones más, al presentarse tanto personal a la misma oposición. Mi cerebro pululaba en mi pensamiento indeciso, por no verlo claro lo que mi mujer, Cristina, quería hacer.

Yo veía, que Cristina estudiaba y estudiaba mucho: Se pasaba las horas delante del libro, haciendo croquis y desarrollo de las lecciones estudiadas; para que se la quedasen mejor los conceptos, que había estudiado en ese mismo día.

Yo: ¡cómo no!: la dejaba estudiar a su modo y manera, a sus anchas; para que el día de mañana no me lo echase en cara, de que no la había dejado estudiar.

Eso sí, los sábados no dejamos salir con los amigos para celebrarlo a nuestra manera: a bombo y platillo; ya que el resto de la semana, no podíamos llegar tarde a casa, por tenernos que acostar antes, para estar espabilado por la mañana en nuestro querido trabajo.

Llegaron algunas fiestas, no pudiendo salir hasta últimas horas de la tarde; para tomar un refresco con nuestros amigos. Hasta el Fiscal de la Provincia, se maravillaba por el tesón tan enorme que tenía Cristina en sus estudios.

Así un día tras de otro; hasta que se aproximó la fecha de rendir cuentas delante de un tribunal, en la oposición.

ANSELMO -. ¿Cómo vas preparada?, Cristina.

CRISTINA -. Tanto, que me parece voy a aprobar la oposición.

ANSELMO -. Que así sea.

De esta manera hablábamos Cristina y yo, a punto de examinarse Cristina, en la oposición que ella había elegido.

La acompañé a la Capital de España; para que Cristina hiciese su examen, detenidamente: por haber tenido mucho tiempo libre para poder estudiar y presentarse con las materias bien repasada.

Corría el tiempo y Cristina no salía de aquella aula de una facultad; que era donde se había elegido, para desarrollar el examen.

¡UF!; cuando salió Cristina de aquella aula: salía pegando botes de alegría; por haber hecho el examen correctamente.

Para saber el grado de confianzas que tenía Cristina en el examen ejecutado, hacía unos momentos; me atreví a decirla algo, que ella enseguida aceptó.

ANSELMO -. Cristina, hija: qué te parece si venimos los dos el día que pongan en el tablón de anuncios las notas de la oposición.

Cristina pegaba saltos de alegría, al saber que vendríamos los dos; para leer las notas, en las relaciones de aprobados, que pusieran en aquel tablón de anuncios.

CRISTINA; pero luego, ¿lo iremos a celebrar?.

Yo no respondí a aquella insinuación, que me hizo Cristina: pues muchos son los ilusionados y pocos los aprobados.

Los días sucesivos, los pasamos los dos, de fiesta en fiesta; como si no hubiese otra manera de agradar la vida, más que con baile y bebidas espirituosas.

Hasta que llegó el día fatídico, que ponían las notas en el tablón de anuncios en aquella facultad.

Al entrar en el pasillo; Cristina salió corriendo, como una cometa, hasta llegar a la relación de aprobados.

Se la veía en la cara, ese estado de ánimo muy elevado, que llevaba Cristina en aquella hora, por ver sus notas.

Tanta elevación de ánimos llevaba Cristina, que hizo tres repasos a las listas de los opositores aprobado, sin encontrarse en ninguna de ellas.

ANSELMO -. Cristina, hija: es por orden alfabético.

Así lo decía yo a mi mujer Cristina; pues ella no se encontraba en la relación; yéndosela cambiando la cara por momentos.

ANSELMO -. A ver, Cristina: déjame a mí, que mire a la relación de aprobado. Me parece que estás un poco nerviosa.

No la quise decir nada a Cristina; pero era que yo, tampoco la veía en aquella relación de aprobados.

La miré a la cara a Cristina; viendo que se la ponía, unas veces blancas y otras colorada. Como aquello se estaba poniendo muy explosivo, la cogí de un brazo a mi mujer Cristina; sacándola de inmediato al patio del rectorado.

Hice bien; pues las voces que dio Cristina en esos momentos eran desorbitadas; oyéndosela hasta en la misma calle, de aquella facultad.

Todo el camino de vuelta lo hizo Cristina, sin emitir una sola palabra; pues ni siquiera había decido merendar en aquella hermosa Ciudad: siendo la Capital de España.

Un día tardaba llegar Lupe, por ir a que le admitiesen las cartas de la empresa en CORREOS. Y preguntando a dicho organismo oficial por nuestra joven empleada, en aquel Ente Público, nos dijeron que Lupe había salido de la oficina hacía ya tiempo. No había otra opción, más que llamar al hospital donde pertenecíamos, por ser el más cercano; sabiendo con decepción que se encontraba en urgencia: había tenido una caída y se la había hecho ecografía de la cabeza, como un electro grama del corazón; no encontrándosela nada, pero que tenía revisión mandada para dentro de seis meses.

Cuando salió Lupe del hospital, estaba yo esperándola en la puerta con mi coche; y al preguntarla si quería irse a su casa, esta joven me dijo que quería ir, primero, a la oficina para que viesen los compañeros, que no la había pasado nada: solamente un rasguño en uno de sus dedos, pero sin importancia, según reseñó la radiografía.

Al entra Lupe en la oficina, recibió un sonoro aplauso por parte de Enrique y Amparo; pues no sabía yo si aquellos jóvenes, se hubiesen abierto las manos, por el impulso que hicieron para que sonasen bien las palmas.

Se la vio rodar por las mejillas a Lupe sendas lágrimas por dar las gracias a sus compañeros de trabajo.

Lupe no dejaba mirarse al dedo; pues lo tenía vendado: aconsejándola sus compañeros, Enrique y Amparo, se quedase una hora más en la oficina; para decir a sus padres, que había habido demasiado trabajo en ella, esperando estos jóvenes, que en esa hora la dejase sangrar el dedo: y así fue; ya que solamente se la había levantado una uña, por una parte, al poner sus manos, para que no se diese de lleno con la frente en las baldosas de la acera, donde ella transitaba.

Al día siguiente; cuando Lupe entró en la oficina, la preguntaron sus compañeros si sus padres la habían notado algo: Como que sangraba o dolor en un dedo. Respondiendo esta chica, que disimuló muy bien el mal que la aquejaba; siendo solamente el dolor del dedo.

No me encontraba yo muy tranquilo al no saber las causas de aquella caída, por parte de Lupe; así, que llamando a la joven, la hice sentarse frente a mi mesa: preguntándola por el motivo que la indujo a caerse.

LUPE -. ¡Nada!: Don Anselmo. Que hay algunas baldosas en la calle, que resaltan las unas a las otras, y como yo venía de prisa, tropecé con una de esas baldosas, cayendo al suelo.

Aquella respuesta no me valía, aunque ella, Lupe, me había enseñado el informe del hospital: ya que esta chica tenía la cara hinchada. Y para saber si Lupe tenía novio; saqué de un cojón del escritorio un mechero, que solo se calentaban unos alambres que tenía en su boca, sin producir llama alguna.

ANSELMO -. Tenga usted, Lupe: para su novio.

LUPE -. ¡AH!, no señor. Yo no tengo novio.

Es lo que quería oír: si tenía o no tenía novio; pues el panorama que tenía yo enfrente, no era halagüeño.

Tal vez me confundiría; pero el aspecto de Lupe lo decía todo. Esa chica estaba sufriendo una completa evolución en todo su cuerpo. El tiempo diría, si yo tuviese razón o por el contrario fuese solamente un alergia que había cogido esta chica.

Mientras, Cristina se encontraba en casa estudiando mucho: y a mi simple parecer, eso no era obvio de que mi mujer Cristina no aprobase las oposiciones. ¿Qué haría falta para sacar aquellas oposiciones?.

Ese mismo día me fui con Cristina, a la hora del té, a casa de Gervasio, recibiéndonos el matrimonio con toda la alegría del mundo.

Hablamos mucho; de todas las cosas nuestras y las que no eran nuestra. Viéndole yo a Gervasio como el que espera alguna pregunta inesperada, para él.

Aproveché un lapso de tiempo para hacerle aquella pregunta tan esperada por Gervasio. Y al hacer yo un gesto con el dedo índice; ya sabía él que le iba hacer la pregunta deseada.

ANSELMO -. Gervasio, amigo. No sé cómo te voy a decir una pregunta.

GERVASIO -. Por derecho y por todo lo alto.

Así fue; pues aquel agarrotamiento de nervios se me quitó de momento, al escuchar a Gervasio como tenía que hacerle la pregunta; tan deseada por él.

ANSELMO -. Me explico.

GERVASIO -. Muy bien: adelante.

Gervasio me quería ayudar; ya que hasta nervios le había dado esperando la pregunta que él deseaba, para saber lo que me asfixiaba por dentro: para sacarme las penas, que llevaba dentro de mi cuerpo. Aquello me dio pie, para hacerle la pregunta firme y recta; con voz sublime y sin omitir nada.

ANSELMO -. Cristina está estudiando mucho, sin ver fruto alguno.

Cuando dije aquella, mi mujer Cristina se echó par atrás en su sillón; como sobrecogiéndose por lo que yo le estaba diciendo al amigo Gervasio. Pero con todo y eso, seguí mis explicaciones.

ANSELMO -. No sé qué podemos hacer, para que Cristina apruebe las oposiciones; pues retención tiene y mucha.

Gervasio dio una vuelta más al vaso de Whisky; como haciendo un gesto de comprensión a la vez que pensando ayudarnos en nuestra desesperación personal.

GERVASIO -. Lo primero que tiene que hacer, es trabajar como contratada en la Administración, pues. .?. . . claro, que sin haberla visto trabajar, la Administración no contrata a casi nadie. .?. . . que. . . que alguien de la Administración la avale.

Como yo no tenía a nadie que avalase a Cristina, esta tenía que aprobar las oposiciones por ella misma, por su valía; cosa, totalmente muy difícil, tal y como se estaba poniendo las oposiciones, en los diferentes años.

Como yo intuía, que Gervasio, no nos había dicho todo; le induje para que lo dijese.

ANSELMO -. Ya ves que no tenemos nadie para que la avale. Pero intuyo, que a ti se te ha quedado algo en el tintero, por decirnos.

Gervasio se hizo para adelante, en su butaca; como queriendo decirnos algo más, sobre el asunto que nos incumbía.

GERVASIO -. Y después: ir a tomar clase en una academia reconocida por el Gobierno estatal.

ANSELMO -. Si está un poco más de la mitad de curso, para presentarse a las oposiciones.

GERVASIO -. No importa; así verá ella dónde falla.

Como se dijo, se hizo; yendo Cristina a una academia a la Capital de España.

Cristina iba los lunes, martes, jueves desde la Capital de provincia hasta la Capital de España: pudiendo hacer aquel trayecto por tener tren recto a dicha Capital. No dudando, ni por un solo momento; que en la Capital de provincia dejaba a su hija y a su marido.

Mientras más avanzaba dando clase en la academia, llegaba a nosotros, a su hija y a mí, con otro semblante, más risueño.

Hasta el punto de confesarme algo, que yo me lo figuraba yo; pues no en balde había sido, también, estudiante.

CRISTINA -. Sabes, Anselmo.

ANSELMO -. Tú me dirás.

CRISTINA -. He hecho bien ir a una academia; se obtiene más información en ella y se asientan mejor los conceptos.

ANSELMO -. Luego: ¿admites, que él no aprobado fue válido?.

CRISTINA -. Por supuesto: todas por todas.

Así se expresaba mi mujer Cristina, cuando vio; que el asistir a una academia era fundamental para obtener plaza: ya que la plaza se lo gana por ella misma.

Era más: que en un acto de reconciliación con ella mismo, me dijo, que aunque se lo sabía al pie de la letra; no tenía la suficiente capacidad de creerse iría a aprobar ese mismo año.

Como me había levantado, creyendo que me diría otra cosa mi mujer Cristina: yo me caí para atrás; menos mal que me senté en el sillón, una vez más, sin haberlo querido.

Por consiguiente al tratarse de la señorita Lupe, todo seguía igual; aquella joven se encontraba perfectamente.

No faltaba algún que otro contratiempo en nuestro trabajo; ya que hay algunos clientes, que al no explicarse bien o al no saber lo que querían, cuando veían la obra terminada ya no los gustaba.

Recuerdo un día; que se presentó una señora avanzada en edad al despacho de arquitectura, deseando la hiciésemos un cobertizo en un lateral de la casa. Yo la llamé días después, para saber si era eso lo que quería, según detallaban los planos. Afirmándome, delante de mis tres ayudantes, que estaba detallado perfectamente en el croquis que la había enseñado. Siendo una cochera al descubierto, lateralmente.

Cuando se terminó la construcción, ya no era igual; pues ella lo que se refería, era a una construcción para resguardo en el jardín de la casa: un pabellón. Eso era lo que quería aquella buena mujer; que aparte se jactaba de saber más que un arquitecto. Diciéndonos que -. Se lo habríamos regalado, aquella obra; pues ella no quería eso -.

Viendo a los pocos días, tres coches aparcados en la cochera, que la habíamos construido nosotros; y al hablar con uno de sus nietos, nos dijo: -. Es perfecto: lo que quería mi abuela, para nosotros -.

Mi hija empezó a ir a la catequesis en la Iglesia; pues dentro de dos años hacía la primera comunión; viendo, que el tiempo corría paulatinamente sin esperar acontecimientos.

Teniendo que ir nosotros dos, su madre y yo, todos los domingos a Misa; demostrando fe y signo de contrición.

Siendo poco signo de contrición, lo que demostró Cristina el día que miró la listas de aprobados; no viéndose en ella, al ser un año más que la habían suspendido su examen.

Poco a poco se calmó sus ánimos, aceptando la nota que la habían dado en aquel examen; pues según ella, iba con los conocimientos cogidos como con pinzas.

Siendo imposible, que una persona pase el examen, en ninguna oposición de esa manera; pues los nervios gozan de una importancia insuperable para acordarse de todo lo que debe reseñar, esa misma persona, en el examen.

Cuando estuvimos en casa hablé con mi mujer Cristina, para saber qué decisión tomaría en adelante, sobre dicha oposición.

ANSELMO -. Cristina, hija. Quiero saber qué decisión vas a tomar, de aquí hacia adelante, sobre presentarte a esa oposición, o por el contrario, dejar estudiar.

CRISTINA -. Tú; ¿qué quieres que haga yo?.

ANSELMO -. Lo que tú quieras: eso no depende de mí; ya que tienes que tener tu espacio.

CRISTINA -. Bien hablado, Anselmo. Veo que me quieres; pero no tires pelotas al tejado: dime de una vez qué debo hacer, según tu opinión.

La hablé claro a Cristina; ya que tenía una hija a quien cuidar: habiendo elegido un tiempo prudencial, en el que nuestra hija era un poco mayor.

No digamos que era mucho mayor, pues iría hacer la Primera Comunión dentro de dos años; teniendo y uso de razón para discernir lo bueno de lo malo.

CRISTINA -. Por eso decidí hacer la oposición; al ver crecer a nuestra hija y al darme cuenta, que tú la ayudas en ese camino de la pubertad como guía y como luz verdadera.

ANSELMO -. Pero si te van a dar una plaza lejana a nuestra Ciudad y quieres llevarte a nuestra hija. ¿No sé cómo la voy a guiar?.

CRISTINA -. Deja tragar saliva, cuando hablas así de nuestra hija.

ANSELMO -. Te parece poco quedarme sin ti y sin nuestra querida hija.

Así la hablaba yo, en ese tiempo que hay de aturdimiento, cuando una persona no aprueba la oposición; que se ha empeñado hacer.

Quedándose sentado, que una vez más se presentaría Cristina a la oposición: después, ya veríamos a ver lo que hacía.

Pero a la vez me dijo algo, que me sentó mal; ya que se empeñaba a seguir estudiando en la academia: y para eso tendría que trabajar en esa plaza, como contratada, en lo que ella quería hacer; ya que se lo habían ofrecido.

ANSELMO -. Iremos todos los viernes, por la tarde, la niña y yo para verte y para poder salir contigo al teatro, al cine o a merendar, en esos buenos restaurantes, que hay en la Capital de España.

CRISTINA -. Irás tú solo; pues la niña se viene conmigo.

ANSELMO -. No entiendo. Y sus estudios, el colegio.

No había manera de convencer a Cristina, que la niña se tenía que quedar conmigo, en nuestra Ciudad, por motivos de estudios.

Pero como en estos tiempos, el cambio de matrícula se hace enseguida; no habiendo impedimento que justificase que la niña se tenía que quedar conmigo.

El primer paseo que me di en aquella bonita Ciudad, fue bajo las luces de la calle; sin considerar mi estado de soledad, en el que me veía inmerso, por haberme quedado solo.

Hasta me atreví a dar una patada a una lata de refresco que había en la acera aquella tarde de soledad para mí.

La angustia me invadía toda el Alma, el pesar me reconcomía las entrañas; por estar solo en la calle; sin compañía alguna. No viendo yo esa luz al final del tune, en el que yo estaba sumido.

Enfrascado en un mal de pensamientos; todos ellos absurdos y grotesco, para mi pobre cerebro.

Daba pena al que me veía andar así por la calle: y menos mal, que no me crucé con ninguno de mis amigos de la infancia; porque entonces, hubiese sido un mar de lágrimas todo mi ser, mi cuerpo.

Así, que decidí irme a casa; para que no me viese nadie haciendo pucheritos en plena calle. Ya que mis ánimos estaban por los suelos; al comprobar que no tenía a nadie, que pudiese seguir mis pasos.

Eso sí; al entrar en mi casa, y al ver mi hogar sin ninguna persona, sin nadie que saliese a mí para saludarme con un beso.

Entonces, me dejé llevar llorando a mares por todas las dependencias de la casa: buscaba y buscaba en cada rincón de la casa a mi familia, no encontrándola por ninguna habitación de mi hogar.

Como llegué tarde a mi casa, me habían hecho la merienda; encontrándomela encima de la mesa, bien preparada: pero no probé nada de lo que me había encontrado en la mesa, no tenía ganas de comer; no la podía tener por el agobio que tenía metido en mi ser. La cabeza me daba

vueltas y vueltas, el cerebro se me estallaba pensando en una y mil tontunas; todas ellas en contra de mi persona.

Solamente hubo una cosa a mi favor: me quedé dormido en la cama, sin sentir ese runruneo, en mi cerebro, que me mataba.

Mi niña no llegó a mí dándome un beso, mi mujer no me trajo las zapatillas y no me había acercado la prensa del día. Así no podía yo seguir; pero si daba mi brazo a torcer, creía yo me encontraría solo toda mi vida.

Sin lavarme ni afeitarme me fui, por la mañana siguiente al estudio de arquitectura y al verme de ese modo, delante de un espejo, en la parte de piso que yo tenía dentro de dicho estudio, me afeité y me lavé bien; para no parecer un pordiosero.

Salí como nuevo a mi despacho: me senté en mi mesa escritorio esperando algo, o que sucediese alguna cosa a mi favor; pero ni uno ni otra sucedieron en esa mañana.

Pensando, que tal vez lo que pasase fuese en contra de mi persona; así que salí pronto de mi trabajo: por así decir; ya que aquel día no había trabajado nada, entre mi sospechas y mi agobio particular: que me tenía hundido por completo.

No me dejaba, no me olvidaba nunca: era el mejor amigo de la infancia que yo tenía; aunque, en realidad todos eran buenos amigos y buenas personas. Y ese amigo era Samuel, que por poco tira la puerta abajo cuando se atrevió a llamar en ella.

Abrí pronto la puerta, temiendo me la desperfeccionase a tortazos en ella; por tener tantos deseos de verme, que cuando abrí la puerta, me dio tal abrazo que tuve un tiempo sin poder mover mis brazos.

SAMUEL -. No te quiero ver de esta manera.

ANSELMO -. ¿De qué manera?.

Bien sabía yo a qué se refería Samuel; pues hasta se me veía en la cara, que estaba agobiado y como asfixiado por haberme quedado solo, en mi casa, en mi pueblo.

SAMUEL -. Tú no te encuentras solo: nos tienes a nosotros, tus amigos. Piensa en el día que vuelvan tu mujer, Cristina y tu hija: entonces ¿qué vas hacer?. Tirar cohetes y bailar en toda tu casa.

Pues sí, eso será lo que yo hiciese, en ese día que viese yo entrar en mi casa a mi mujer y mi hija.

Pensé ahorrar algún dinero; para cuando vuelvan mis dos mujeres: las personas que más quiero. Volviesen a casa, para poder pagar un banquete a mis amigos, en honor de ellas.

Para no dejarme solo, llegaron a mi casa Samuel y Antonia, con deseos de llevarme, aquella misma noche, a un teatro que se montaba en la hermosa Ciudad donde vivíamos: capital de provincia. No sin antes, habernos metido en el cuerpo una buena cena, en un restaurante afamado, en esa hermosa Ciudad.

Como yo reía y parecía que me encontraba bien con ellos, en el restaurante: me comenzaron hablar de algo, inesperadamente; que yo no creía me fuesen hablar de ello.

SAMUEL -. Anselmo. Y si no viniesen tu mujer y tu hija. ¿Qué vas hacer?.

Aquella pregunta me cogió de improviso; no sabiendo yo lo que contestarle a mi buen amigo Samuel.

Prosiguiendo este, su explicación, lo mejor que sabía: y sabía algo, que no tardó en decírmelo.

SAMUEL -. No nos tienes ningún secreto guardado a nosotros dos. . .Por lo menos vas a tener una compañera, que sí te va hacer la corte en tu soledad.

Mi amigo sabía algo más que yo; sobre las funestas relaciones que tenían Prudencio y Mercedes; que era a eso lo que Samuel se refería.

Tragué un poco saliva; no queriendo decir nada al respecto, para no dar ninguna clase de explicaciones a nadie. y menos, sin haberse separado el matrimonio, al que nos referíamos.

No me entró alegría, en mi cuerpo, al saber aquella noticia fresca para mí: era igual se separase Prudencio de Mercedes, que a mí me daba lo mismo. Como el tiempo corre; ya estábamos en los carnavales, yendo yo a la oficina, como todos los días: con la cara larga y el semblante terso.

Memos mal a lo que me daba en la cara; que aunque no era maquillaje, se semejaba a ello.

Los ayudantes míos, no me podían ver tan deprimido; por eso se atrevió a decirme algo Enrique.

ENRIQUE -. Levante usted, Anselmo, el Espíritu y el ánimo moral: no le podemos ver así, de esa manera.

Hice por aparentar que cumplía con lo que me había dicho Enrique; pero pronto decaí en un abismo sepulcral, como de incertidumbre, para mi persona.

Siendo yo el que debía racional ante las vicisitudes de la vida; y la vida, no me daba para ello.

Pronto nos encontramos en Semana santa: con los rosales en su plenitud y la luz del día con su esplendor: como diciendo, alégrense todas las personas; pues se les pone en las manos esa forma de hacerlo.

Fui llamado a una fiesta por Samuel; estando en ella Mercedes sin Prudencio. Y a cada paso que daba, me echaban unos ojos los demás amigos, que era síntoma de complicación hacía aquella señora.

Sin que se enterase nadie, me arrimé a Samuel preguntándole por las causas de esas miradas, como todos ellos me echaban.

ANSELMO -. Dime una cosa, Samuel.

SUMUEL -. ¿Tú me dirás?.

ANSELMO -. Por qué estas miradas, hacia mi persona.

SAMUEL -. Arrímate a ella.

Haciendo unos gestos con la cara y los ojos, me invitaba Samuel para que me arrimase a la señora Mercedes; como si fuese lo único que yo tenía en este mundo.

Entonces: yo la miré con ojos de ternura hacia ella; ya que había probado la miel de nuestro amor; siendo comprensible, que aquella señora se acordase de ello.

Pero aquella señora se mostraba impasible hacia mi mirada de afecto hacia ella. Tal vez no quisiese afecto, más bien quería amor y no comprensión personal, por parte de mi mismo.

Cuando me disponía para marchar donde se encontraba aquella señora; una voz como de cría me llamó la atención: siendo mi niña, que me llamaba a pleno pulmón -. Papá, papá, papá -.

Miré hacia donde llegaba la voz de la niña; viendo en ella mi hija querida y a mi mujer, Cristina, entrando por la puerta, donde nos encontrábamos los amigos celebrando una pequeña fiesta de amistad entre nosotros, con un ágape y vino español.

Me levanté, de donde estaba sentado; para salir corriendo hacia la entrada de aquella casa: dándola a mi mujer un abrazo tan fuerte, que se

resintió ella, seguido de un beso de amor profundo. Cogiendo a mi niña en mis brazos, la besaba en la frente; diciéndola, cariño, Cielo, amor. . .y tantas cosas más, que no recuerdo.

Se quedaron todos los amigos como petrificados; no pudiendo reaccionar ninguno de ellos, a tal evento inesperado.

CRISTINA -. Cariño, aguanta unos meses más y me tendrás en casa.

Así hablaba mi mujer conmigo, oyéndolo todas la personas que se encontraban en aquella pequeña fiesta; viniéndome a mí a la cabeza, esa pasión de Cristo clavado a una cruz de madera.

¡Qué más podía pedir yo!, en aquella hora; en la que estuve por despotricar delante de mis amigos de la infancia, al no ver claro el sentido de mi vida.

SAMUEL -. Ahora, ¿qué?,

Así me hablaba Samuel, con pocas palabras, pero contundentes para mi persona; y mi persona le daba las gracias por tener tantos celos puestos en mí. Marchándome con mi mujer Cristina y mi niña a casa; para disfrutar de ellas dos.

En casa: todo eran parabienes y abrazos de unos a otros; colgándose de mi cuello mi niña y dándome tantos besos, que ya me tenía mareado.

Al día siguiente, en la oficina, todo era color de rosas; no me molestaba nada, ni nadie me irritaba: al entrar queriendo le hiciese alguna construcción a su modo y manera.

Una señora mayor, con el bolso en las manos; dándole vueltas y vueltas, me consultaba una obra menor en su casa: pero pidiéndome a mí la opinión. Me pareció graciosa aquella señora; asesorándola yo lo mejor que pude, para sus intereses y para que la gustase la obra que la iría hacer en unos días. Y así fue; pues hasta los materiales de construcción se los tuve yo que elegir, por falta de indecisión en aquella señora.

Así como a las once de la mañana, recibí una llamada telefónica; sin saber lo que me decía la persona que estaba al otro lado del teléfono: hasta que por fin, pude saber que se trataba de la señorita Lupe. Se había caído en un charco de agua, en plena calle; teniendo que secar la correspondencia que llevaba a CORREOS de inmediato, para su admisión en la oficina postal.

ANSELMO -. Señorita Lupe.

LUPE -. Dígame, señor Anselmo.

ANSELMO -. ¿Se ha hecho usted daño?.

LUPE -. No, para nada.

Enseñándome sus piernas, hasta la curvatura de las mismas; la tuve yo que indicar, que se tapase sus formas: pues ya me valía con lo que ella me había dicho.

¡Me había dicho!. Sí; desde luego que sí: me había dicho, que no la pasaba nada: pero por la tarde estaba en la consulta de mi amigo Samuel, diciéndome este, que la señorita Lupe debería guardar unos días de reposo; pues se había dañado el bazo en la caída.

ANSELMO -. Tú, nada: dala de baja, como es tu deber.

SAMUEL -. Lo siento, Anselmo.

Así se expresaba mi amigo Samuel; con su mejor sentimiento, hacia mi persona: no sabiendo, si me haría falta la señorita Lupe y en qué medidas cubriría su baja.

Fue fácil cubrir la baja de la señorita Lupe; ya que me ofrecí yo para hacer de chico de los recados.

Pero la primera vez que me fui a levantar, se levantó también Amparo; con la sana idea de ir ella a la oficina de CORREOS, para que allí la admitiesen las cartas, que queríamos imponer por ventanilla.

AMPARO -. ¡AH!; no señor. Iré yo con las cartas a la oficina de CORREOS; recibiendo las que tengamos en el apartado de nuestro buzón postal.

Me le quedé mirando a Enrique; que con cara de circunstancias nos estaba observando, sin pestañear.

En vez de hablar Amparo, quien habló fue Enrique, que con buena calma y buen tono me dijo algo que no olvidaré nunca.

ENRIQUE -. Usted, señor Anselmo; esta para dirigir la empresa y sacarla adelante con su saber y buenos modos, en su trabajo.

Así se expresaba Enrique, con su estado de ánimo, temiendo que el trabajo iría fatal; si yo me emplease a llevar y traer las cartas de la oficina; como así, comprar material de oficina, teniendo cuidado de que no faltase nada de productos de limpieza en el cuarto de limpieza. . .y así un sinfín de cosas más: sabiendo Enrique, que para mí no estaban dichos menesteres.

El estudio de arquitectura se comenzó a llevar como antes; sin otra forma categórica, de que el trabajo fuese más cómodo para nosotros tres, Amparo, Enrique y yo.

Un mes, nos dijo a nosotros mi amigo Samuel, que tenía Lupe de reposo. Y lo que tuvo, fueron tres meses de estricto reposo.

Lo que pueden hacer algunos compañeros por otros; dándose el caso en el estudio de arquitectura: una oficina, donde el trabajo se acumulaba por momentos. Pero, eso sí: aquel trabajo era ímprobo, pero gustaba hacerlo, para guardar el puesto a la señorita Lupe; cuando se pusiera bien de su enfermedad.

Pues claro que lo consiguieron, los dos ayudantes míos; ya que cuando se volvió a incorporar a su trabajo, la señorita Lupe, tenía su puesto impecable: pues hasta brillo sacaba la señora de la limpieza al pasar el paño por su asiento y por su mesa.

La señorita Lupe, nos llegó como anillo al dedo; pues un organismo oficial nos llamó en esa fecha. Con motivos de que fuésemos los ayudantes de un afamado arquitecto, en la nación española. Por algo se empieza; me decía yo, cuando me veía a solas.

Claro que empezamos por algo; por construir un grupo de viviendas considerables, a base de mucho trabajo y sacrificio para nosotros: ya que nuestra capacidad física era poca, para tanto trabajo como desarrollábamos en aquellos días.

Consulté con Enrique sobre la posibilidad de contratar un nuevo ayudante; diciéndome este, que sería más prudente esperar un tiempo, para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, en el estudio de arquitectura. Eso lo hice delante de la señorita Amparo y de la señorita Lupe; para que costase mi voluntad de emplear un ayudante más, al mucho trabajo cotidiano, como tenía la oficina en esos días.

Hasta abordaron la idea, los tres ayudantes míos, de trabajar una hora más por la mañana; para por la tarde echar un par de horas de trabajo en la oficina, sin cobrar nada. Pero yo no podía dejar pasar aquella oportunidad, que me brindaban mis ayudantes; diciéndoles a ellos: -. Que eso de no cobrar, no era viable para mí -. Abordándoles la propuesta que por cada hora extra, les pagaría el dos por ciento, de esos beneficios empresariales que obtuviésemos de ese trabajo. Teniendo que tributar al

régimen de la seguridad social, por los tipos de cotización exigidos actualmente y restándoselos a lo que beneficios que obtuviesen.

Eso era tanto como ofrecerle un sueldo extra para sus intereses particulares. Y con mucho empeño y voluntad en darles lo que se merecían; conseguí que aceptasen mi propuesta personal, mis tres ayudantes.

Pero, eso sí: yo veía, que cada día se encontraba en la oficina material de trabajo, que yo no había mandado pedir. Por lo cual, consulté con mi ayudante Enrique, sobre aquellas apariciones voluntarias al respecto.

Llamé a mi despacho personal, al señorito Enrique; y como este era hombre que se las sabía todas; ¡vamos!, que cazaba las intenciones al vuelo, como se suele decir vulgarmente: se presentó como teniendo un escudo protector delante de él. No sin antes hacerme una advertencia, sin yo haberle preguntado algo.

ENRIQUE -. Perdone usted, señor Anselmo. Sé que es falta de educación, no haber escuchado antes a mi interlocutor; y máxime si es mi jefe.

ANSELMO -. Dígame usted, Enrique, que le aqueja.

ENRIQUE -. ¡AH!: no señor. A mí no me aqueja nada; solamente decirle, que no habíamos tratado de una ayuda adicional para sus intereses, en la oficina.

ANSELMO -. Esa ayuda es material y contractual entre ustedes tres.

ENRIQUE -. Así es, señor Anselmo. Esa ayuda, que le estamos dando en la oficina está pactada, de antemano, por nosotros tres: la señorita Amparo, la señorita Lupe y yo.

Pero como en sí, se iría a tributar, dando cuenta de la incidencia al fisco; yo quedé conforme con lo que se iría hacer, en forma retributiva con aquellas horas extraordinarias.

Sí hice hincapié para que mis ayudantes celebrasen los días festivos como cualquier otro empleado de oficinas; pues se estaban oponiendo a tener fiestas algunas, mis tres ayudantes.

Más que yo; sí señor: más que yo veían claro los beneficios que obtendríamos con aquella subcontrata de construcciones, mis empleados. A mí me absorbía el seso todo el gran trabajo que estaba haciendo, con mucho esfuerzo: por eso no lo estaba viendo con claridad, todo el

beneficio económico, que nos producía aquella contrata de tantas viviendas.

Tanto era sí; que un día se cruzó conmigo un afamado constructor, dándome las felicitaciones por el volumen de trabajo encargado a mi persona. Pensando de repente, que en aquel señor tendría yo mi cuarto ayudante; y como lo pensé lo hice.

Llamando aquel constructor, que en un día me felicitó por mi trabajo excepcional, encomendado mi persona. No sin antes haberlo consultado con mi ayudante, Enrique; que le preció fenomenal aquella idea que había tenido yo.

Cristina observa que gasta mucho dinero en ir y venir a la capital de España; por eso lo comenta con su marido Anselmo: y este, dándole los parabienes, se despide de ella y de la niña, con gestos de pena.

CRISTINA -.¡AH!, no. Esta vez, quién se marcha soy yo: la niña se queda contigo para que pueda estudiar en su Ciudad natal.

Viéndoseme un atisbo de alegría en toda mi cara, que no podía con ella; pues hasta los ojitos me hacían chirimoya, de lo alegre que yo estaba, al recibir aquella noticia tan formidable para mí.

Todo mi cuerpo estaba siendo como un fruto dulce, que resumía almíbar por todos sus poros de la piel.

Como se dijo, se hizo; yéndose a la Capital de España mi mujer, para poder seguir estudiando, en una academia la oposición que ella había elegido: quedándome yo con mi hija, que ya era bastante.

Pero a los pocos días me llamó, diciéndome que había entrado en otra empresa como contratada; no sabiendo yo cómo lo hacía mi mujer, Cristina: saliéndose de una empresa para entrar, como personal de prueba en otra. De esta manera ganaría un dinero adicional; dándole la posibilidad de comprarse mejores cremas para la cara y embelleciéndose cada vez más.

Pero eso sí: yo me quedé solo, teniendo el alivio de mi hija; que me hacía la delicia de quererme mucho. Mientras Cristina asistía todos los días a clase, aunque no se hubiese convocado la oposición, a la que quería opositar; pues la academia estaba abierta a todo opositor, que quisiera adelantar sus conocimientos en la materia exigida para tales conocimientos.

No obstante, en poco tiempo se convocó la oposición; viéndose cada días más condiscípulos en los pupitres que había en clase.

Mientras yo vivía en mi casa con mi hija; teniendo una señora al cargo de mi hija: cocinándonos suculentas comidas, a base de buenos manjares y de buen trato dado a mi hija y a mí; pues nos ponía buena cara y estaba siempre dispuesta hacer lo que se la indicaba. No habiendo posibilidad alguna, para que una señora entrase en mí casa; así que yo decía adiós a la señora Mercedes, con Espíritu alegre y la voluntad confesa.

Había donado mi voluntad, a una reconciliación familiar con mi mujer, Cristina, en lo que concernía a nuestras buenas relaciones, como un matrimonio que se lleva bien.

Pero como la fatalidad es caprichosa; un día entró Mercedes en el estudio, sin que hubiese ningún ayudante mío en su puesto de trabajo, por ser una hora intempestiva para que ejecutasen sus tareas mis ayudantes.

Era ya bien entrada la noche; estando yo solo en el estudio de arquitectura. Y sin esperarlo; Mercedes se sentó encima de mi mesa, enseñándome sus formas. Pero en un momento determinado, me levanté de mi sillón, tapándola todas sus formas; para no darla hincapié de seducirme voluntariamente. Se quedó mirándome Mercedes, con cara de sorpresa; al comprobar, que yo no quería nada de amor con ella. Solamente dijo unas palabras, que yo no comprendía muy bien lo que quería decir con ellas Mercede.

MERCEDES -. ¡Chico!; ¿qué haces aquí solo?.

Me encogí de hombros, diciéndola algo, que la extrañó mucho; tanto por la forma, como por el tono de decírselo.

ANSELMO -. Es una temeridad; teniendo tú más suerte que yo, en estos precisos momentos, de agobio para mí.

Me miró, con cara de sorpresa, al no comprender el sentido de mis palabras, bien pronunciadas.

MERCEDES -. ¿Qué quieres decir con eso?.

ANSELMO -. Tú tienes a tu marido contigo; yo me encuentro sin mi mujer, por estar forjándose un porvenir para el día de mañana.

Se quitó de cómo estaba sentada, encima de mi mesa, para dar unas vueltas alrededor de mi despacho y cuando terminó de dar paso tras paso, se retuvo, llegando a mi lado para trasmitirme una idea que había tenido

en la cabeza, en ese mismo momento que daba paseos alrededor de mi escritorio.

MERCEDES -. Yo no tengo buenas relaciones con mi marido.

ANSELMO -. ¡Qué quieres decir?.

MERCEDES -. Los dos estamos solos. . .?. . .¿Te suena algo eso?.

ANSELMO -. Sí.

MERCEDES -. ¿A qué?.

ANSELMO -. A que estamos solos, nosotros dos.

Así se expresaba ella, así me expresaba yo; en aquella hora maltrecha de dolor y de penalidades, por parte de nosotros dos: Mercedes y yo.

Bien sabía yo a qué se refería Mercedes, al decir: que estábamos solos, nosotros dos.

Señalándome con el dedo índice, se comenzó a retirar Mercedes; no sin antes apostillar, eso de, -. Estamos solos los dos, ¡piénsalo! -.

Esa mujer pensaba en regularizar nuestra amistad; ya no era solo la atracción por la atracción carnal.

Eso sí: comprendí que me había querido decir algo, para mis intereses amorosos con respecto a los amores que teníamos Cristina y yo: ya que se había guardado algo, parecido a una foto, sacada de su cartera. Siendo esa foto de tamaño mediano, no muy pequeña. Al parecer engrandecida por ella en alguna copistería, cercana a su vivienda.

Me quedé con un pesar, por no haberla podido decir que me enseñase la fotografía que estaba entrando en su bolso; que pensé decírselo nada más que la viese a Mercedes.

Por ese pensamiento que había tenido, de querer saber de quién era esa fotografía, salí antes de tiempo de mi trabajo: buscando a Mercedes con todo el afán que me imponía, ese deseo de ver aquella foto.

Fatalidad de fatalidad: pues aquella tarde no pude ver a Mercedes rondar por los estudios de arquitectura, ni pasear por la calle; como buscando a alguien en particular. Siendo ese alguien, tan particular, mi persona.

Sí la vi a la mañana siguiente, mirando a través de unos ventanales que tenía la cafetería donde yo estaba desayunando. Entrando, en aquel establecimiento, Mercedes. Y dándome un beso en las mejillas, se puso bien en una silla que había cerca de mí, en la misma mesa. Alegando,

querer ir al baño de la cafetería: pues el aire la había despeinado del todo; aprovechando la ocasión para darse polvos en la cara.

La ocasión la aproveché yo; cuando Mercedes se entró en el baño de la cafetería: abriéndola el bolso y viendo una foto, de tamaño mediano, dentro de él.

¡La foto!: ¡Pero qué foto!, si parecía que Cristina se encontraba a las mil maravillas cerca de un hombre, que la acompañaba. No siendo de recibo dicho descubrimiento, para mi pobre salud.

Cuando se volvió a sentar, una vez más, Mercedes en la silla más cercana a mi persona; yo la eché una mirada como de desaliento: entendiéndome Cristina aquella mirada, con el color pálido de mi cara, como estaba poniendo en aquellos mismos momentos.

Solamente una interjección emitió Mercedes, al comprobar que había tocado el bolso, que ella traía en sus manos.

MERCEDES -. ¡AH!

Una sorpresa recibió Mercedes, al comprobar que su bolso había sido abierto y revuelto todo su interior. No habiendo sido, ninguna otra persona más que yo; que era el más cercano de aquel bolso.

MERCEDES -. ¿Ya lo has visto?.

Así se expresaba Mercedes; hasta con ansia y pena en su interior, por haberme dejado a mí alcance su bolso. Cosa que yo no debería haber hecho; pues un caballero no debe tocar las cosas que tienen una señora en su bolso; y menos inspeccionar dentro del bolso.

ANSELMO -. ¿Quién es?.

MERCEDES -. Un compañero de trabajo.

Parecía que Mercedes sabía mucho de aquel caso: sonsacándola yo las causas, por las que iban juntos los dos compañeros; hasta que por fin, me dijo unas palabras banales, en esa historia.

ANSELMO -. ¿Dónde iban?, los dos.

MERCEDES -. Los habían mandado a trabajar a otro centro, en aquel día.

Volví a mirar, otra vez más, la fotografía; no pareciéndome que Cristina le riese las gracias a su compañero: esta vez, mi mujer era más comedida, que la primera vez que vi la foto de los dos compañeros. No sabiendo yo, si era por saber, que iban a sitio mandados por sus jefes o que aquel paseo lo estaban dando por razones de trabajo. Pero en general, mis

sospechas decayeron empicadas, por saber que se trataba de un cambio de domicilio en su jornada laboral.

Notándomelo Mercedes, que en vez de acobardarse, se envalentonó: preguntándome las causas de aquel decaimiento anímico, como yo había tenido momentos antes.

ANSELMO-. Está bien. He notado en ti, que no me querías hacer daño alguno; no enseñándome la foto en cuestión.

MERCEDES -. Ni ahora, ni nunca te haré daño a ti; por nada del Mundo.

Así se expresaba Mercedes conmigo: parecía como si aquello que me decía fuese verdad. No solamente quería amor; que ella misma lo daba a raudales.

Mercedes se despidió de mí, no sin antes darme un beso en las mejillas; con ese candoroso amor que una mujer lo da cuando está, verdaderamente, prendada del hombre al que quiere.

Cuando me quedé solo en la cafetería, comencé a pensar en Cristina: una mujer que me quería; habiendo tenido una niña conmigo.

No debía faltar el respeto y la fidelidad a mi mujer, Cristina, para nada; ya que ella no lo hacía conmigo: y yo no lo iba hacer con ella; puesto que no me lo perdonaría nunca.

Ya; camino de mi casa me encontré con Samuel, que parándose conmigo me decía lo mucho que nos echaban de menos los amigos, en las formidables fiestas que hacían.

ANSELMO -. Me parece, que es para poco tiempo; no podernos tener con vosotros en las fiestas.

SAMUEL -. ¿Eso es verdad?.

ANSELMO -. Y tan verdad. Como te lo digo.

Samuel se despidió alegre de mí; yéndose calle abajo, formando pitos con los dedos de las manos: y de vez en cuando miraba para atrás para verme marchar a mi casa.

Aquel día trabajé bastante poco; pues todo el trabajo se lo encargué a mis ayudantes. Y cuando llegó la noche me fui para dar un paseo por las calles: solo y sin ganas de tomar un café. Bajo las luces de la calle iba yo compungido; como si algo malo me estuviese pasando: pero en un momento determinado, pensé que a mí no me estaba pasando nada. Así que proseguí mi camino sin esperar nada de nadie: hasta que un señor me

llamó la atención, para que me detuviese mi marcha por aquella calle donde yo estaba paseando.

ANSELMO -. Perdone, señor. No le conozco para nada.

ISIDORO -. Me llamo Isidoro y conozco a su mujer, Cristina. Soy un compañero suyo de trabajo.

Le miré a la cara y a los ojos; y en ese momento vi en él al señor que acompañaba a Cristina en el cambio de domicilio de trabajo.

Mi pregunta no esperaba respuesta, pero la tuvo por parte de aquel señor: un tanto joven y apuesto.

ANSELMO -. Parece ser se lleva bien con mi mujer, Cristina.

ISIDORO -. ¡Y tanto!

Aquello de ¡y tanto!, me sentó a mí muy mal; ya que me lo dijo con un poco de picardía en sus palabras. Pudiéndolo ver yo, en su cara picarona y dicharachera a la vez.

Aquel hombre irradiaba alegría por todos los poros de su cuerpo; no teniendo limitación alguna, aunque estaba delante de mí.

Pero con todo y eso, yo no me lo creía para nada; ya que conocía muy bien a mi mujer, Cristina. Una señora impecable en sus quehaceres y en el trato dado a otras personas, que no fuese la mía.

Así que le abordé con una pregunta, no esperada por él: siendo la respuesta que me dijo el grado de amistad que tenía con Cristina.

ANSELMO -. ¿Qué grado de amistad, tiene usted, con Cristina?.

ISIDORO -. Insuperable.

¡Aquí nos vemos!: en unos días, era insuperable el grado de amistad que tenía aquel señor con mi mujer, Cristina.

Quería desestabilizar el compromiso matrimonial que teníamos Cristina y yo. Ese compromiso adquirido, en el Altar, delante de la Patena; más bien de Cristo.

En ese mismo momento, se me ensancharon los carrillos, por haber cogido aire en los pulmones, creyéndome yo, que era el que quería Cristina y a nadie más.

Al verme reír; aquel señor, se despidió de mí sin apenas decir algunas palabras; para que yo supiese, que se estaba yendo de mi lado.

ISIDORO -. ¡Adiós!.

Así se despedía aquel señor de mí; como contrariado, por no haberle salido bien su propuesta de amor, ante mi mujer, Cristina.

Yo; por supuesto, no dije nada a Cristina: no fuese a ser que aquel señor no se refiriese lo que yo creía. Pero más bien, era eso que yo creía lo que se refería aquel señor: seducir a mi mujer, Cristina, desestabilizando nuestro matrimonio, al comentarme algo a mí que me parecía raro todo ello.

La llamada telefónica, que hice yo en aquella noche a Cristina; la decía, que la echaba mucho de menos yo, que la niña preguntaba, continuamente, por ella, como así era.

CRISTINA -. ¡Anda!: hombre. No pienses en nada y confía en mí.

Así se expresaba Cristina por teléfono, aquella misma noche; en la que se pudo dar cuenta en mi decaimiento moral y psíquico. Por estar influida mi persona, por aquel hombre fatídico para el amor que nos correspondíamos Cristina y yo.

Cuando llegué a mi trabajo, al día siguiente, se me notaba el decaimiento moral, con el que yo estaba yendo a la oficina. Y cuando entré en mi despacho, entró detrás de mí, Enrique; con deseos de preguntarme alguna cosa, que a él o a ellos les infundía hacerlo.

Pero como yo no entendía, muy bien, al señor Enrique, mi ayudante; le hice que me repitiese la pregunta: tomando él fuerzas de donde pudo, pues a Enrique se le veía, también, que dicho decaimiento moral, como yo llevaba, le dolía mucho verme de esa manera.

ANSELMO -. ¡Perdón!. Dígame usted, Enrique, otra vez la pregunta.

ENRIQUE -. ¿Qué le pasa a usted?, señor Anselmo.

Me quedé que no sabía qué decir; pero como yo tenía delante de mí un espejo, me miré en él; sin que lo notase el señor Enrique: viéndome la cara pálida y el semblante entristecido.

Pero en vez de achicarme, le contesté con muy buenos modos y manera a su pregunta, hecha por Enrique.

ANSELMO -. A mí no me pasa nada, señor Enrique. Es que estuve media noche jugando con mi hija.

ENRIQUE -. Si es así: perdone usted la pregunta que le he hecho.

ANSELMO -. No tengo que perdonar nada. Y ahora sigamos con nuestro trabajo, que no es poco.

ENRIQUE -. Sí: porque nos han echado sesenta viviendas más en el flanco derecho de la construcción.

ENSELMO -. Teniendo, para su construcción, un límite de tiempo.

Así quedó todo bien sentado, que lo presentado por mi cara era causa de un agobio en la sobrecarga de dicha construcción.

Pero cuando se me acercó Amparo; para que yo firmase unos documentos de compra para las viviendas que estábamos construyendo en esos días: me miró de frente, preguntándome por alguien, muy apreciada por ella.

AMPARO -. Usted perdone, señor Anselmo. ¿Le puedo hacer una pregunta?.

ANSELMO -. Dígame, señorita Amparo.

AMPARO -. ¿Cómo se encuentra la señora Cristina?.

En vez de contestarla un poco decaído, lo hice con una fuerza de voluntad, que nadie era capaz de saber qué me pasaba.

ANSELMO -. Se encuentra muy bien, mi mujer, Cristina. Yo la diré, que ha preguntado usted, señorita Amparo, por ella.

De esa manera quedó sentado, que Cristina se encontraba a las mil maravillas; y al parecer, por la forma de expresarme, vendría pronto a nuestra queridísima Ciudad.

Viniese o no viniese, Cristina, al lado mío; tan pronto como yo me había referido: aquello fue un revulsivo para que ese día trabajasen lo mejor que sabían mis ayudantes.

Teniendo yo una llamada telefónica de mi mujer, Cristina, anunciándome que venía el viernes por la tarde a casa; pues tenía una semana de descanso por llegar la Semana santa.

Alegría y derroche de efectos cariñosos por parte de mi hija hacia mi persona; al saber la niña, que su madre vendría el viernes a nuestro hogar delicioso.

El viernes llegó y con él mi mujer, Cristina; haciendo unos arrumacos a la niña insuperables, para después investirla con un vestido y besos, dados al boleo; como si fuese un rosario de cuendas finas.

En un momento determinado, se quedó quieta para mirarme a la cara y más tarde a los ojos; con una mirada penetrante, que en vez de sentirme a gusto, me estaba dando miedo aquella mirada de gineca solitaria.

No me confundí: me cogió de la corbata, atrayéndome hacia ella, para en un momento determinado arrastrarme tras de sí a la alcoba.

¡UF!: con qué fuerza y pasión me amaba mi mujer, Cristina, en aquella hora de formidable encuentro entre ella y yo. Pareciendo mi mujer, Cristina, la fragua de Vulcano y yo un volcán en erupción.

Una vez que nos amamos, con todo el ardor de nuestro cuerpo; nos pusimos tiernos, amándonos con todo el delirio de nuestro ser y de nuestro Espíritu, tiernos en palabras.

Salimos de la alcoba, como si nada hubiese pasado; pero la niña, que ya era mayor, observó en nosotros esa mirada, con la que miran los enamorados; sonriéndonos a pleno ritmo de una músicaailable, para ella.

Nuestra hija era pequeña, pero muy espabilada para la edad que tenía: tal vez sería debido, a que había recorrido mundo, en su corta edad; debido a que se la había llevado su madre, con ella, en las primeras idas de sus estudios. Y como supe yo, días después: a mi hija la cuidaban todas las personas que estaban de pensión en la casa, donde pernoctaba su madre, por no tener tiempo de estar en su pensión; ni por la mañana, ni por la tarde. Solamente acudía por la noche; para dar de cenar a su hija y hacerla miles de carantoñas; para ponerse a contarla cuentos formidables.

Así me pude dar cuenta, que mi mujer, Cristina, no había sido un ave que va de rama en rama; más bien era una señora que se hacía respetar, respetando a sus personas queridas.

Aquella observación que hice sobre Cristina, me dio vuelos para quererla cada vez más y más, asestándola besos y besos de amor; como nadie lo ha hecho delante de su mujer.

De esa manera se fue Cristina, a sus estudios y trabajo: bien asistida por mí y muy querida por su hija y por mí mismo.

Nada más que llegó Cristina a su pensión, me llamó por teléfono; diciéndome lo bien que lo había pasado conmigo y con la niña: y sobretodo no olvidaría las fiestas montadas por los amigos, que eran una barbaridad, lo que ellos habían hecho para que Cristina se sintiese cómoda en su casa y en su Ciudad natal.

Aquella noche dormí como nunca de bien; al sentirme el hombre más dichoso de la Tierra. No fue así la siguiente noche; pues como a las tres de

la madrugada, se me vino a mi curto mi hija, para que la contase cuentos: sobretodo de damas y de hadas madrinas.

Estuve casi toda la noche contándola historietas de hadas y de damas de cortes palaciegas. Riéndose mi hija a mandíbula llena; como si esos cuentos palaciegos se pudiesen comer. ¡Lo mismo!; lo mismo hacía con la boca, como si estuviese masticando algún alimento.

Hasta que la sintió la señora que teníamos al cuidado de la niña; llamando a la puerta de mi habitación, para poder sacar de allí a mi niña. Con todo y eso, que me quería ayudar; me sentó mal, que aquella señora se quisiera llevar a la niña de conmigo.

Sin darme cuenta abrí la puerta de mi habitación en pijama, y cuando me di cuenta, me fui a poner la bata de estar en casa a toda prisa. Y antes que me percatase, ya se había llevado, la niñera de mi hija, a la niña.

Aquella misma tarde-noche, salí de casa, con idea de dar un paseo por las calles de aquella bonita Ciudad. Una Capital de provincia, en donde abundaban los comercios y los bares con los restaurantes. Cada uno de ellos iluminaba la calle con la luz de sus escaparates; pero no llegaban a ser tan sublime, como las luces de las calles; en donde cada baldosa de la acera se veía perfectamente. Hasta se podía comprobar los desperfectos que había en aquellas baldosas: no en muchas.

Una vez más iba paseando bajo las luces de la calle yo solo; sin saber dónde iba y a dónde me encontraba: pues hasta que no recapacitaba y miraba bien la posición que yo tenía en aquella calle, no me daba cuenta de qué calle se trataba.

Esta vez me había pasado de largo; al comprobar, que mi marcha me habían llevado a las afuera de la Ciudad: estando yo completamente agotado. No podía dar ningún paso más: ya iba yo a sentarme, cuando observé una cantina a lo largo de aquella calle.

Cada vez que más andaba, más pequeñas eran las casas; hasta dar con casas de una sola planta. Y allí se encontraba la cantina.

Cuando entré en aquel establecimiento, comencé a oler a vino pasado; más bien picado, por el mucho tiempo que llevaban abiertas las garrafas del mismo mosto.

El cantinero, estaba llenando unas botellas con el vino de una garrafa y al verme, se quedó como cortado; como si él no quisiera que le viesan llenar ninguna botella, con el vino de aquella garrafa.

ANSELMO -. Un chato, por favor.

Comprendí, que allí se llamaría “chato” al vaso de vino que te pudiesen servir en el mostrador de la cantina, o sentado en una mesa.

CANTINERO -. ¿Lo quiere usted, en el mostrador, o sentado en una mesa?.

Me di cuenta; que las pocas personas que estaban consumiendo en la cantina, todas ellas estaban sentadas alrededor de unas mesas, corroídas por el paso del tiempo.

Me senté en una mesa, esperando el chato de vino; pero como tardaba llegar el señor cantinero con ese vino: yo miraba para todos los sitios, como queriendo ver al cantinero, de dónde me traía el vino.

Pues no, no fue el señor cantinero el que me trajo el vino; que fue una señora la que me trajo un plato de comida abundante: siendo una ración de caldereta, hecha el día anterior; en una fiesta, en honor a un santo de su devoción. Más bien de la devoción de todos los habitantes de aquel barrio o de aquellas cuatro chabolas, construidas con chapa y un poco madera.

El vaso de vino, o mejor dicho: lo que yo creía fuese un vaso de vino, se transformó en una botella de clase. Un fino, que daba gusto probarlo; así como la comida que me puso la señora encima de la mesa, en un plato bien limpio, por ser nuevo.

Me pude dar cuenta, que allí también tenían buenos cubiertos y buena loza para presentarla.

Cuando estaba degustando esa succulenta comida y bebiendo ese mosto tan exquisito; me pude dar cuenta, que el cantinero se venía a donde yo me encontraba. Y al llegar a la mesa, me llamó por mi nombre, Anselmo; diciéndome que su hijo Andrés había trabajado conmigo en la construcción. Que como me había visto cansado y a horas intempestivas de la noche; comprendió que tuviese yo hambre, por eso me había puesto la cena.

No hizo falta que me describiese a su hijo; pues hace un día, que le volvía a tener yo en las construcciones que tenía encomendado de la subcontrata de un señor.

Al decirle, si había algún taxista entre ellos; los demás señores se rieron: levantándose uno de ellos para ofrecirme su taxis, mientras los demás se quedaban con la boca abierta, sin poder decir ninguna palabra.

Ofrecí un vino al señor taxista y cuando hube terminado la cena, me despedí de los señores cantineros, no sin antes felicitar a su mujer por lo sabrosa que estaba la carne de la caldereta.

Cuando salí a la calle, lo único que vi: fue a un carro tirado por un burro, que estaba parado en la misma puerta de aquella cantina. Y aunque la cantina tenía una sola luz a la calle; me pude dar cuenta, que aquel señor estaba extendiendo una manta, a todo lo largo del carro, preguntándole por el taxis.

TAXISTA -. Este es la taxis, que le va a llevar para el centro de la Ciudad.

Me quedé de piedra, al saber que yo iba a ir sentado, volviendo la espalda al señor que dirigía el burro. Y así fue; pues en la primera parada de autobús, le pedí al señor que me quedase allí mismo.

Todavía tuve que coger dos autobuses más, hasta llegar a las inmediaciones de mi casa; puesto que los primeros autobuses no iban rectos hacia el centro de la Ciudad.

Lo primero que hice fue recabar informes sobre Andrés, el hijo del cantinero; que me había socorrido en aquella noche de incertidumbres para mí.

Era un joven de mediana edad, aficionado al fútbol y a las carreras de coches; buen trabajador y honrada persona.

Pudiéndome dar cuenta, que en todo lugar hay personas trabajadoras y honradas; así, que le puse en contacto, con el señor que yo había puesto al frente de la subcontrata.

Dos aliados valían doble que uno; por el gran trabajo que tenían aquellos obreros de la construcción; así sabría yo cómo se trabajaba y cuáles eran sus tareas encomendadas al respecto.

Mientras tanto, yo estaba preparando la llegada de mi mujer, Cristina, a nuestra casa; pues la noche anterior, me dio la sensación, que mi mujer vendría en pocos días a esta hermosa Ciudad provincial.

Me dio la sensación, por la manera que me había hablado en aquella noche; al decirme, que me echaba de menos y que se acordaba mucho de nuestra hija. No me dijo más, pero la intuición es mucha y las ganas de

vernos, muchas más. Así, que a mí me pareció que me decía algo así como: prepárate, que voy.

La efectividad la tuve a la semana siguiente; cuando entraba el invierno y los miasmas inmortales pululan alrededor de unas ascuas, en una morilla de cocina antigua. Una llamada medió la clave, para pensar que mi mujer se venía, de hecho, a nuestra casa.

Aquella chimenea, me dio la pauta para seguir alegrándome en la vida; pues mi mujer, Cristina: se había examinado, aprobando la oposición que tanto la había costado sacarla.

Tres meses, tres; tenía de tiempo para hacer las prácticas de esa oposición, en un centro oficial: ya no era venirse de inmediato; pero algo valía la pena, para estar alegre. . . tan alegre me encontraba, que todas las personas me preguntaban por esa subida de ánimos, en mi interior.

Hasta mi niña me hacía señas con las manos; de estar conforme con mi estado de ánimo, pues ella lo demostraba haciendo figuras con la cara y las manos: como si de un tiovivo se tratase en esa hora de reconciliación con la alegría personal; pues hasta ahora, no había habido otro hecho, que un plante serio por mi pate.

Parece que dicha subida de ánimo, fue comentado por todas las personas de mí alrededor. Viniendo Mercedes, en pocos momentos, para hablarme de ese ánimo inesperado, por parte de mí persona.

Cuando me crucé con Enrique, y hablando de que se tenía que llevar las cartas a CORREOS; me dijo algo así, como: usted, señor Anselmo, tiene una taxis particular.

Algo era algo; pues bastante me había dicho mi ayudante aquella mañana, para saber yo la envergadura del problema, sobre mi venida en un carro tirado por un burro. Se había enterado toda la Ciudad, de que yo tenía una taxis particular.

Eso sí; fue la señorita Lupe con las cartas a CORREOS: sin otro preámbulo, que no fuese la admisión de nuestra correspondencia por parte de aquel organismo oficial.

Yo contaba los días y hasta las horas, que faltaban para saber dónde se la había mandado a mi mujer Cristina. Hasta que por fin, un buen día supe que su primer trabajo lo haría en una Ciudad cercana a la nuestra. Y así fue; pues en tres días tenía que presentarse en secretaría para jurar el

cargo, según las normas, y comenzar sus tareas encomendadas al cuerpo que pertenecía mi mujer, Cristina.

Los primeros compases, fueron dados desde nuestra Ciudad; pues Cristina se vino a vivir con nosotros en su casa. Pero al ver los problemas de tráfico que tenía en la carretera: alquiló un estudio cerca de su trabajo. Solamente venía a vernos los viernes por la tarde, para irse los domingos por la mañana a la ciudad, donde estaba ejerciendo ella, según la oposición que había hecho.

Así estuvo un año más; pues tenía que consolidar su puesto en un año; para pedir traslado a nuestra ciudad. Y con todo ello, hasta los dos años no se pudo trasladar mi mujer, Cristina, a nuestra bonita y grandiosa Ciudad.

Ahora sí: todo era alegría en nuestras caras; pues hasta la niña saltaba y reía con todas las ganas del mundo.

Aquellos días eran días de suma fraternidad en nuestra casa; ya que la familia nos veíamos juntos. Y hasta yo tuve sospecha, si nuestra hija creciese sola y sin madre alguna; por estar mi mujer, Cristina, su madre fuera de casa.

Hasta la amiga Mercedes, aplacó su ánimo de hacerme a mí la corte; enamorándose locamente de ella: ya que tal caso no había existido, ni existiría. Ocultando sus deseos de falsa modestia y falso cariño hacia mi persona, en aquellos tiempos en la que en mi casa había como una piña de cariño y buenos modales entre nosotros tres; pues hasta mi niña, ya era mayorcita para comprender que es una buena amistad entre amigos y cual era una pantomima de amistad, según su sensorio común.

Una mañana temprano pude ver a Amparo subida a una mesa chillando; ya que por el suelo se paseaba una rata de grandes dimensiones: pero en cambio la señorita Lupe permanecía en su sitio tan tranquila, mirando a la rata. Pude ver, también a Enrique de tras de la rata con un palo de cepillo; como queriéndola espantar del establecimiento, donde está ubicada la empresa, la actividad arquitectónica.

Entonces, me fijé más detenidamente en la señorita Lupe, que tapándose la cara se reía a pleno carrillo. ¡No!: aquello no debería estar pasando; pero era una pura realidad, de que la rata se pasease por todos los departamentos de la empresa.

Yo vi los ánimos un poco caldeados: Tanto era así; que en una ocasión se le ocurrió a Enrique agacharse para saber lo que había debajo de la mesa. Y debajo de la mesa, solamente se veían las piernas de las señoritas.

¡UF!: qué bronca tan descomunal le echó Amparo a Enrique, por estar mirando debajo de la mesa descaradamente; como dijo Amparo.

Me tuve que levantar de mi sillón para ayudar a los dos. . .?. . . ¡bueno!; los dos compañeros de trabajo bien allegados en sus puestos, cumpliendo con las tareas encomendadas, unas veces: pero otras veces enredados en una discusión jadeante en gesto y palabras, entre cortadas para no dañarse ninguno de ellos.

No me gustó nada el encuentro tan desavenido que tuvieron los dos compañeros delante de la señorita Lupe; esperando que terminasen las horas de sus trabajos, para llamar a Enrique cuando iba saliendo de la oficina.

Ya, en mi despacho; no pude por menos que hacerle ver a mi ayudante, el señorito Enrique, que lo acaecido aquella misma mañana, no era de recibo.

ANSELMO -. Le ha visto a usted, Enrique, esta mañana un poco nervioso: ¿a qué es debido eso?.

Enrique se miró al reloj, sentándome a mí muy mal aquel gesto despectivo que hizo para mi persona; ya que le estaba hablando yo: teniendo que atenderme correctamente y teniendo cuidado con mis palabras.

ENRIQUE -. Usted perdona, señor Anselmo. . . me he mirado el intuitivamente, sin saber lo que hacía.

ANSELMO -. Le pone nervioso Amparo, ¿verdad?.

ENRIQUE -. Parecía que se reía de mí.

ANSELMO -. No se reía de usted, Enrique.

ENRIQUE -. Entonces, ¿qué?.

ANSELMO -. Estaba celosa, al no saber a quién miraba usted, Enrique.

A Enrique le cambió el color de la cara, cuando dije yo eso; de que estaba celosa Amparo. Viéndosele otro semblante a Enrique; como más confiado. No fue ese el único rifirrafe que tuvieron Amparo y Enrique en la oficina; sino que se dieron otros episodios de desaliento y desavenencias en ellos: y menos mal que todo pasaba dentro de la oficina.

Se veía que aquellos jóvenes se querían; pero alguno de los dos, estaba cortado para decírselo al otro, o por lo menos demostrárselo.

A mí me parecía que el retraído era Enrique. Hombre prudente, pero no vergonzoso y mucho menos retraído. Así que sin ser una Celestina; tendría que saber la verdad para exponérsela a un Sacerdote, para que le hablase, ese siervo de Dios, al que se encontraba retraído entre aquellos dos pimpollos.

Tal vez sería la forma de aquel mitómano de Tomás: por la manera de decir las palabras, sin medir sus consecuencias. Aquel hombre, tenía unas formas muy poco precisa para la sociedad en la que estaba viviendo.

Sería eso; ya que los dos jóvenes se querían: y se querían con locura; eso se lo veía yo en los ojos a cada uno de ellos, a Amparo y a Enrique.

No obstante, Enrique cogió mi indirecta; tomando carta en el asunto que habíamos hablado él y yo, para formalizar sus relaciones sentimentales con Amparo: o por lo menos lo quiso hacer; ya que a la estrechez que había entre los dos, por culpa de tantas miradas echadas a la señorita Lupe por parten de Enrique, Amparo no lo veía muy claro aquellas relaciones de afecto entre los dos, entre ella, Amparo, y Enrique.

Se encontraba remisa Amparo a las muestras de afectos que la propiciaba Enrique; y mucho menos cuando vieron en un trasportín una rata, traída por la señorita Lupe. Aquello fue el detonante de una gran discusión entre Amparo y Enrique; por haber llamado la atención éste joven a la señorita Lupe, con todo el respeto debido.

ENRIQUE -. Señorita Lupe; con el debido respeto. Usted no tiene que traer animales a la oficina y menos una rata.

AMPARO -.¿Quién lo dice?.

ENRIQUE -. Con el debido respeto: lo digo yo.

Levantándose Amparo de su sitio, puso el trasportín encima la mesa de Enrique; conformándose este joven, al verse en inferioridad de número: ya que las dos mujeres le estaban mirando fijamente a los ojos, para saber qué las decía Enrique, sobre dicho tema de discusión.

Como todo tiene solución; tuvo aquella discusión entre Amparo y Enrique, cuando vieron entrar al hijo de Amparo: y sobretodo, cuando salió corriendo a recibirle Enrique con un beso en la frente y haciéndole toda

clase de carantoñas al niño. Y aunque el niño ya había crecido; al chico le gustaba que Enrique familiarizase con él.

Aquí terminó toda clase de discusión, al ver las caricias y la manera de recibir al niño Enrique: poniendo unos ojos de ternura Amparo, que se los notaban hasta desde varios metros de distancia de ella.

Cuando salieron de la oficina, al terminar el trabajo de ellos; Amparo, Enrique y el niño salieron juntos, para tomarse unos pinchos en un bar cerca de la oficina.

Se sentaron en una mesa, para degustar aquellos alimentos que los daba el barman de aquel bar. Y en un momento determinado, alegó algo Enrique, que le llamó la atención al niño.

ENRIQUE -. Mira, niño; lo que pone en la carta de este bar para servirlo en el comedor del mismo.

Miró el niño a la carta del comedor, por parte de aquel bar; leyendo en la misma, que servían su comida favorita. Ahora sí, que no había quién se le llevase de aquel bar al niño, sin haber probado aquella hamburguesa bien servida.

Como la sobremesa, en el comedor del bar, se alargó; una vez que Enrique quiso le oyese bien Amparo, la cogió de una mano, que tenía encima de la mesa: no queriéndola soltar por nada del mundo.

Se miraron a los ojos, Amparo y Enrique; mientras tanto el niño observaba lo que pasaba con su madre y con el compañero de trabajo de ella. Tan atento se encontraba el niño, que en un momento determinado le llamó a Enrique con una palabra tan tierna como ella misma.

ALFONSO -. ¡Papá!

Se volvieron a mirar a la cara Amparo y Enrique, al oírle decir aquello al niño; apretando bien las manos entre ellos; para desinflarse Amparo en su estado anímico, al oírle decirle al niño algo, por arte de Enrique.

ENRIQUE -. No Alfonsito: yo soy amigo de tu mamá.

ALFONSO -. ¡UY!, que no. Lo serás.

ENRIQUE -. ¿Qué seré?, niño.

ALFONSO -. Mi papá.

Tomó parte entre los dos enamorados un grupo de psicólogos conocidos por mí; creyendo yo que harían algo más que hablar y hablar y así fue.

Aquel gabinete técnico era expertos en llevar a las personas por caminos rectos y por unir fuerzas equivalentes; ya que esos dos caracteres se parecían el uno al otro: era el uno para el otro.

En poco más de un año estábamos celebrando el banquete de boda, en una sala afamada de aquella Ciudad. No sabiendo yo cómo se las habían apañado; pues a la barra sin remisa que pusieron de bebidas y de aperitivos, la tuve que pagar yo: al llegar la factura a mi nombre, reexpedida por Enrique.

Estando leyendo la factura de todo lo que se había gastado en la barra sin suplidos; se me contrajo el corazón, al pensar que tal vez mi ayudante me hubiese remitido otra factura de la envergadura de la primera: pues ascendía a un montante económico bastante considerado.

Desde luego Enrique no había hecho ningún adelanto para que cubriese, por lo menos una parte de aquella factura insuperable de dinero.

Pero cuando que llegaba a donde yo me encontraba, con la factura en las manos; quise guardármela enseguida en los bolsillos, pero no pude: pues Cristina llegó antes que yo me guardase la factura.

Sin decirme una sola palabra, mi mujer, me cogió de las manos la factura, leyéndola detenidamente y haciendo gestos con la cara, con los labios y con los ojos. Y una vez hubo terminado de repasar aquellas cuentas, cuentas del Gran Capitán, me pasó otra factura, que ella había recogido del buzón de CORREO, muy despacio; como si quisiera hacerme ver lo que yo me iba a gastar en esa boda: pues sería más que me había gastado yo en la mía.

La cogí del brazo a Cristina, separándola de la concurrencia; y ya, en una sala a solas la indiqué que de la factura del gabinete técnico de expertos en dirigir a las personas no dijese ni una sola palabra.

ANSELMO -. Entiendes, Cristina.

CRISTINA -. Como no lo voy a entender, si lo pone aquí.

Mostrándome la factura, me la pasaba por los ojos y la boca; como reteniendo los nervios a flor de piel.

Hasta que Cristina no aplacó los nervios, no salí con ella al salón principal; donde se estaba celebrando la boda: ya en la postrimería de las copas, con un trozo de tarta. Empezando a tocar la orquesta contratada por Enrique, para que amenizara el baile.

Cristina me cogió de la cintura, queriendo bailar conmigo; dejándome yo llevar por ella, en los primeros compases que dimos en la pista de baile: Para más tarde comenzarla a llevar yo al son de la orquesta.

Poco a poco, Cristina empezó a poner otra cara; más modosita, con más alegría y salero que un tiovivo; pues comenzó a dar tantas vueltas como se da en uno de esos caballitos de madera que va anclado en esa plataforma del carrusel.

ANSELMO -. Que te vas a marear, Cristina.

CRISTINA -. Tú, déjalo: así no pienso en nada.

Claro que no pensaba en nada; se la estaba yendo los pensamientos a través del viento, que daba por tantas vueltas como daba ella.

En un momento determinado la tuve que sentar a mi mujer, Cristina, en una silla que había allí cerca; pues se la veía muy mareada, arrimándose a nosotros los amigos, Samuel y Andrea, la mujer de Pedro: que al preguntarnos qué la pasaba a Cristina, recibieron una sola respuesta por esta.

CRISTINA -. Este hombre está tonto.

¡Muy bonito!: me había prometido Cristina, momentos antes no decir nada y ahora estaba desechando nervios aterida por las circunstancias de que yo tuviese que pagar una factura monumental, contante.

Así se lo hizo saber a los amigos; diciéndola estos, que ya lo sabían ellos: pues antes lo había consultado con ellos Enrique.

CRISTINA -. ¡AH!: ¿Y vosotros cedisteis a ello?.

De tal forma se lo dijo cristina aquella palabra, que los dio qué pensar a los dos amigos; frunciendo el ceño a más y mejor, como si lo que ellos accedieron fuese lo más lógico del Mundo. Quedándose Cristina como contrariada, por tal decisión y tal explicación por parte de aquellos dos amigos nuestro.

CRISTINA -. ¿Qué me decís?: que fue lo más lógico admitir dicha factura. . . pues sí. . .

SAMUEL -. Claro que sí, Cristina.

ANDREA -. Ha sido lo más lógico: así ha quedado tu marido, Anselmo, como un gran señor, que ayuda a sus empelados.

Parece ser que se quedó más conforme Cristina con esa explicación, que la dio Andrea; pues iba derecha a las fibras del corazón: donde se almacenan

los hechos y se pueden ver los resultados obtenidos en cada cosa que se almacena.

Pero, con todo y eso, no se había quedado muy conforme Cristina; cuando se los vio, cogidos de la mano, a los dos niños, a Alfonso y a Asunción: los niños de Amparo y de Cristina.

Parecía que no estaba muy conforme Cristina con este hecho; de que sus niños llegasen a ellos cogidos de la mano. Montando en polvorilla Cristina, al ver a su niña juntarse con el niño de Amparo; y al no poderse contener, soltó todo lo que tenía dentro de su pensamiento.

CRISTINA -. ¡Qué barbaridad!. Juntarse mi niña con ese niño.

Como Amparo se encontraba cerca de Cristina, no pudo por menos que saltar en discusión familiar; tocándola las fibras del corazón a Amparo, eso que había dicho Cristina: con son despectivo, para su niño.

Retirándose unos metros, comenzó a despotricar contra Cristina la madre de Alfonso, Amparo: sobre lo que había oído decir a Cristina de su niño.

AMPARO -. La vida da muchas vueltas. Dios sabe lo que puede pasar y no esta. . . mujer tan despampanante.

Al oír decir aquello a Amparo, la cogió por un brazo Enrique llevándosela lejos de Cristina; para echarla una arenga monumental a su mujer, Amparo.

Sin ser una regañona, más bien una perorata sentimental, de cómo se tiene que portar la persona humana delante de las demás personas: con paciencia y con bondad hacia las demás personas.

Al ver que allí no había bondad alguna, se la llevó Enrique a su mujer Amparo lejos de aquel sitio tan diferente a su voluntad, de que su hijo no era menos ni más que la niña de Cristina.

Al día siguiente se reunió Anselmo con su ayudante Enrique, para solventar la cuestión, mal entendida, que hubo el día anterior: con su mujer, Cristina y con la mujer de Enrique, Amparo.

ANSELMO -. Permítame, señor Enrique, que le hable de Cristina y de su mujer, Amparo.

ENRIQUE -. Todo está solventado, entre nosotros.

ANSELMO -. Si eso lo sé yo. Pero hay algo, que me corroe por dentro de mis entrañas.

ENRIQUE -. Usted dirá.

ANSEMO -. Si creé que sea la única vez, que va a oír dicha conversación entre las dos señoras, está usted confundido. . .?. . . yo no puedo excusarme delante de usted siempre; de modo, que tome usted esta excusa para otras posibles veces.

ENRIQUE-. Le veo muy noble y muy sencillo. No se preocupe usted, señor Anselmo, que así será.

Todo quedó en eso, en agua de borraja; sentado, que a cada discusión de nuestras mujeres no habría excusa alguna.

Pero lo que yo no pude intuir, era que un día se cruzase conmigo, el que fue compañero de Cristina en su trabajo, el señor Isidoro; que aliviando el paso, se paró cuando llegó a mi lado preguntándome por mi mujer, Cristina.

ANSELMO -. Se encuentra perfectamente, señor. Mi mujer, Cristina, está bien.

ISIDORO -. Dela usted recuerdos míos.

ANSELMO -. Así lo haré, señor. . .

ISIDORO -. Isidoro.

ANSELMO -. ¡AH!, ya; Isidoro.

No recordaba como se llamaba aquel señor, teniéndomelo que recordar él mismo; sin saber por qué aquel encuentro, casuístico o no, pero muy cargado de sospechas hacia ese señor, por parte mía.

Cuando se iba le miré una vez más; para saber si hacía algún movimiento sospechoso, pero nada de eso: se alejó de mí con un síndrome de grandeza, que me dio un aire a un hombre engreído de sí mismo.

Ese hombre petulante no me gustaba nada pues la mayoría mostraban lo que no eran.

Al llegar a casa comencé a fijarme en mi mujer, Cristina, con interés de saber algo por ella; pero no debía saber nada de la presencia de su viejo compañero, ya que se mostraba impasible ante mi sospecha, por parte de aquel hombre, no de ella.

Pero como ella me veía un poco nervioso, fue necesario que me hiciese una pregunta.

CRISTINA -. Te veo nervioso: ¿qué te pasa?.

ANSELMO -. A mí, nada.

Pero como yo dije aquello de “nada” muy decaído; comprendió que sí me pasaba algo; y echándome los brazos por encima de mi cuello, se arrimó a mí para que yo viese que yo la tenía que tener confianzas.

Aquel acto me ablandó el corazón; pero en cambio, en vez de decirle que había visto a su viejo compañero de trabajo, Isidoro, la dije que tenía una hora de decaimiento moral en mi cuerpo metido.

Aquel decaimiento que yo tenía metido en mi cuerpo, se transformó en llevar al banco un legajo de bonos y participaciones en forma de acciones que yo tenía guardadas hacía tiempo; ya que me hacía falta el dinero de aquellas ventas.

Las llevé yo personalmente, para ponerlas a la venta en el banco, por cualquier cliente del banco; donde yo las estaba ingresando.

Al entrar en el banco me dio ganas de salirme corriendo; pues vi a Isidoro en la mesa donde un empleado del banco me tenía que recibir, para ayudarme a venderlas todas las acciones.

Se mostró Isidro lo más conforme conmigo; asistiéndome en la venta de aquellas acciones. No hablando mucho, para poderlo hacer bien. Se veía, que él tenía un cierto interés por que aquellas acciones se vendiesen rápido y bien. Y así lo hizo.

Salí del banco con mi recibo de venta; tan contento, que al darme cuenta de la cantidad que ponía dicho recibo, no recapacité en dar un saldo a mi cuenta corriente.

Llegué a casa totalmente alegre; y al cogerme el extracto negativo de mi cuenta corriente, mi mujer Cristina, no se conformó con no ver reseñado en él la cantidad que yo la dije momentos antes.

Yo, repasé al extracto y la compra venta de las acciones; no viendo fallo alguno en el recibo de las ventas: pero en cambio, sí me pude dar cuenta, que en el extracto del banco no estaba reseñada ningún movimiento de dinero.

Aquella noche no pude dormir, y por la mañana siguiente me dirigí al banco, con una sola idea: actualizar mi cuenta corriente.

Isidro no se encontraba en el banco y sí había otra persona, que me recibió muy complacientemente; diciéndome que el señor Isidro había pedido el día de permiso.

Mis agobios comenzaron a dar señales de existencia, cuando me dijo el señor que me asistía, que no había habido ningún movimiento en mi cuenta corriente el día anterior.

Tocando teclas y viendo los extractos del banco que se reseñaron el día anterior, aquel señor llamó al director de la entidad bancaria.

El señor director llamó por teléfono a Isidoro; no pudiendo recibir contestación alguna por el móvil de éste.

Cuando fui llamado al banco, a los tres días; supe que por parte del señor Isidoro, se había cometido una malversación de caudales públicos al quedarse él las acciones; y por otra parte había producido un defalco a ingresarse él mismo, en su cuenta corriente el montante de dinero de aquellas acciones: quedándose aquello en manos de la justicia.

No sé difundió, para nada, lo que hizo conmigo el señor Isidoro; pero cuando llegué a casa, lo hice con un síntoma de infidelidad financiera: notándomelo mi mujer, Cristina.

CRISTINA -. ¡UY!: ¿cómo vienes así?.

ANSELMO -. ¿Cómo?.

CRISTINA -. Con cara de sorpresa.

ANSELMO -. La sorpresa la has dado tú con ese, ¡UY!.

Así se termino toda clase de discusión entre nosotros dos, Cristina y yo; al decirle, que era ella la que estaba dando la nota sorprendente en aquel preciso momento. Bajando la cabeza mi mujer, Cristina; esta se marchó para la cocina, a dar informes al cocinero.

Yo me quedé solo, en el salón de mi casa y cuando quise tomarme un vaso de whisky, pensé que tal vez sería contraproducente que yo me tomase algo de alcohol; pues siempre se dice, que los niños y los bebedores dicen la verdad. No teniendo yo que intranquilizar a Cristina para nada; ya que como se había quedado en manos de la justicia aquel defalco de dinero, se me reembolsaría correctamente a mi cuenta corriente; ya que estaban detalladas las acciones que yo quise vender en el banco.

Así fue; pues al quererse vender las acciones más en otro banco, se vio que pertenecían a la caja de un banco de otra plaza; llamando a las fuerzas del orden público, para que se aclarase eso legamente.

Todo terminó bien para mis intereses económicos; no dando cuenta a nadie del mismo movimiento de malversación de caudales públicos.

Empezando yo, un poco más tarde, una obra en mi casa; que serviría de separación del personal doméstico al familiar.

Llamándome mi mujer, Cristina, una mañana temprano; al ver que llegaba la época de las lluvias.

CRISTINA -. ¿Cómo no se te ha ocurrido empezar ante la obra?.

ANSELMO -. Mi trabajo, me desquicia.

CRISTINA -. Cuenta.

ANSELMO -. Estoy metido en una franquicia, que me proporciona el trabajo, pero teniéndolo que terminar en cierto tiempo. ¡Lo siento!.

Encogiéndome de hombros, la di un beso a mi mujer, Cristina; y esta, haciendo un gesto vago, se despidió de mí, sin otro paliativo que no fuese el poner orden en su casa, a través del personal domestico.

Yo me senté en un sillón para leer la prensa del día de aquella bonita y alegre Ciudad; enterándome de algo que no me había dicho la empresa franquiciadora; donde yo trabajaba.

Se quería hacer un bloque de chalets residenciales en otra plaza diferente a la nuestra; pero muy cercana a nuestra Ciudad; pensando yo, que podría hacer los bloques sin esfuerzo ninguno.

¡Bueno!: eso sin esfuerzo ninguno era un decir; pues si lo hubiesen sabido mis empleados, se hubiesen puesto, todos ellos, las manos en la cabeza. Por el mucho trabajo encomendado a sus personas.

Consulté con mi mujer Cristina, diciéndome esta algo que me llegó al cerebro; pues por lo que se veía, mi mujer me quería mucho, por la manera de responder a mi pregunta; no estando exentos mis empleados, para que yo los preguntase por su opinión.

CRISTINA -. Si ya tienes bastantes ingresos; no debes coger esos bloques de chalets que se quieren edificar. ¡Vive la vida!.

Así se expresaba mi mujer, Cristina; pero no menos se expresaban mis ayudantes, al verse sobrepasados por el mucho trabajo; dos maneras de comunicar sus opiniones: la una queriéndome mucho y los otros salvaguardando su integridad física.

ENRIQUE -. Nosotros no le pedimos subida de salarios.

Con eso me lo dijo todo mi ayudante Enrique; pues hablaba por los tres ayudantes que tenía yo en el estudio de arquitectura.

Pero como me picaba el gusanillo del interés que tenía yo por ver el terreno donde se iba a edificar aquellos chalets, me fui a la Ciudad indicada para su construcción.

Vi en aquellos terrenos un lugar propicio para la construcción de aquellos chalets; ya que era un lugar de pizarra y roca, no teniendo que ahondar mucho para hacer sus cimientos de cada uno. Pero existía un escollo en aquellos terrenos; pues lo que me iba a ahorrar en los cimientos, me lo gastará en la conducción de aguas y en el alumbrado público. Amén, de que tenía que preparar el terreno, para el gas ciudad.

¿Gastos?, ¡muchos!: intereses elevados en el banco; pues el valor del dinero estaba en aquella época al cinco por ciento. La mano de obra había subido considerablemente, los materiales de construcción se elevaban a un orden, que había que mirarlos con lupa. Y así, un sinfín de gastos adicionales, que tenía la construcción de aquellos chalets.

Sabiendo bien, que primero se lo habrían ofrecido, el constructor, a alguien conocido o de su familia; desistiendo la construcción de aquellos chalets.

Cuando entré en el estudio de arquitectura al siguiente día, todos mis ayudantes me estaban mirando; como esperando que yo les dijese algo sobre el respecto, que tenía mi visita a esos terrenos; pues ya se habían enterado de mi marcha a la Ciudad donde se irían a construir aquellos chalets.

Me senté, tranquilamente en mi despacho; quedando la puerta abierta, para ver si mis ayudantes se dignaban a comenzar su trabajo; pero más lejos de aquella opinión, que yo tuve: ya que mis ayudantes permanecían mirándome, cada vez con más interés. Ellos querían que yo les dijese algo sobre aquellos terrenos; dándolos las notas que yo había cogido el día anterior de aquellos terrenos y el croquis, posible, de su ubicación de cada chalets. Viendo Enrique, en español, que aquellos chalés, sí era viable su edificación, por nuestra parte.

ENRIQUE -. Es viable la edificación de esos chalés

ANSELMO -. No me diga usted, que la base será como lo hacen ahora. Hay que saber el sistema sísmico que hay en esa zona, edificable según el Excelentísimo Ayuntamiento.

ENRIQUE -. Pero si el suelo se compone de roca y pizarra.

ANSELMO -. Por eso mismo; puede haber una fricción entre esos materiales.

ENRIQUE -. Me encargaré yo de averiguarlo.

ANSEMO -. Hágalo usted.

Salvaguardando a las personas, que posiblemente irían a vivir en aquellos chalés, en esa zona; había que saber si las rocas se chocasen entre sí, en aquella zona.

Otro escollo principal, la teníamos en el estudio técnico de arquitectura; pues no sabíamos si tenía bastante aforo, como para poner más mesas y más terminales, para ayudar en el trabajo.

Perime tramos la capacidad en volumen métrico del salón principal de los estudios técnico; viendo que sí había la bastante extensión como para extender una red de terminales, para nuestros empleados.

Los estudios preliminares estaban hechos; pues sin eso no podía ser posible, que empezásemos a engrandar la empresa.

Los estudios que hicimos de Know how, que es la capacidad específica de una empresa; en la parte operativa como en la técnica de la actividad empresarial.

Todos los parámetros obtenidos eran favorables para la construcción de esos chalés, en esa zona.

Se dio de alta mi mujer Cristina, como constructora; asignándosele a ella la construcción de los chalés, diciéndonoslo a nosotros, en el gabinete técnico de arquitectura. Así comenzamos levantando los chalés que el Excelentísimo Ayuntamiento dio paso, en esa zona como terrenos edificables. Hicimos un edificio pequeño como para recibir a los posibles clientes, que llegasen queriendo información sobre los chalés.

En ese edificio dejamos a una experta informadora, ya consagrada según ella; pero lo cierto fue, que al creérselo lo comenzó haciendo bastante bien: pocos clientes la fallaban. Cuando una persona preguntaba por las causas y las consecuencias bancarias; no se sabía como lo hacía aquella chica, que se quedaba prendado de la explicación el posible cliente.

Al saber yo quien era la encargada del pequeño edificio en la zona de los chalés, me quedé helado.

La responsable en aquella zona de chalés en la Ciudad cercana a la nuestra, era nada más y menos que, la señorita Lupe. Colgándose ella sola

la medalla de, experta en relaciones públicas y en ventas de pisos: así rezaba la tarjeta que los daba a cada posible cliente; volviendo, de nuevo, esta persona al pequeño edificio, recabando más información. Y entonces, y solamente entonces, Lupe, los remitía al estudio técnico de la empresa; para que los rellenásemos los impresos en la compraventa del chalet que esos señores elegían, sobre terreno.

A esos posibles clientes se los llevaba a una Notaria, ya admitida de antemano. Y allí formalizábamos la gestión de la compra-venta del chalet; no antes de salir yo de la notaria a mi banco para certificar aquella venta, dando un saldo a mi cuenta corriente, para bloquearla después. Y entonces y solamente entonces; volvía yo a Notaría, pues me estaban esperando mis clientes para firmar la compra-venta del chalet: ya que no los hacíamos en partes, los teníamos hechos. Así no nos tendrían que reingresar el dinero de esa parte hecha los clientes en la cuenta corriente y de esta manera hasta la terminación del chalet; si no que se les exigía el ingreso del valor del chalet por completo, en un solo ingreso en mi banco. Tal y como nos dijo el Excelentísimo Ayuntamiento: que podríamos poner nosotros el valor del chalet, según construcción.

No sabiendo yo, para qué habíamos extendido una gran red de terminales en lo que era el salón principal del estudio arquitectónico; si todo el trabajo lo llevaban Enrique con Amparo, ayudado por mí.

Ahora sí que era yo el ayudante de mis empleados: palabra ardua que expresa: ayuda a otra persona de formación superior.

No sabiendo yo, si mis dos ayudantes tuviesen más formación superior que yo, en ese preciso momento de la construcción de los chalés; pus mi acometida era, poner en orden los impresos, bajar las facturas por la impresora y tener cuidado de cuando terminaban y comenzaban algunas fechas de esos recibos, asignado a cada propietario de los chalés.

A parte de mi trabajo, que ya era mucho; pues necesitaba yo una mesa más expansiva para la extensión de los planos, que formalizaba cada día de aquellos preciosos y bonitos chalés: sobretodo, en el acotado de puntos, pues se me había metido en la cabeza el sistema sísmico, y en la perspectiva cabellera, que hacía de los chalés.

Un día, que se le ocurrió decir a mi ayudante Enrique una cosa excepcional de los chalés, me enfadó un poco.

ENRIQUE -. A prueba de terremotos.

ANSELMO -. No diga usted, Enrique, eso: que no le oiga yo.

Así transcurrían los trabajos en la oficina arquitectónica, entre bromas y risas de cada empleado mío y yo, hasta de mi persona.

Ya teníamos el suficiente remanente de dinero, como para edificar dos chalets a la vez; así que se apretó el ritmo del trabajo en la empresa: no teniendo ni día, ni noche de descanso personal; al comprobar que las personas morosas, al saber la forma de pago desistían de la compra-venta. Y la que llegaba a la Notaría, se retiraba en ese preciso momento.

Quedándonos lo mejor de los clientes y apoderadas personas, como para hacer aquella compra del chalet directamente.

Un poco asustado me llegó, un día, mi buen amigo Samuel; preguntando algo, al respecto de las compras- ventas que yo hacía.

SAMUEL -. ¿No es peligroso hacer dos chalés a la vez?.

ANSELMO -. No, en cuanto yo tengo una manera de venderlos.

SAMUEL -. Si no vendes el primer; hay que tener cuidado con el segundo.

ANSELMO -. A modo de telegrama: entregan la totalidad del dinero antes de firmar en la Notaría. Salgo al banco, me esperan los clientes en la Notaria, certifico la cuenta corriente, dándola un saldo y a la vez la bloqueo. Llego a Notaria y firmo la compra-venta del chalet.

SAMUEL -. Anda; ¡qué tío!

No sé si yo fuese un espabilado vendiendo aquellos chalets; pero la verdad era, que lo hacía reglamentariamente, por Ley.

Al entenderme Samuel, como hacía yo la compra-venta de los chalés, hizo pasar a mi casa el resto de amigos; pues se mostraban un poco retraídos, al saber que hacíamos de dos en dos los chalés; y como cortados en el habla. Pero al saber el modus vivendi de venta, ya comenzaron a dar síntomas de respirar mejor.

PEDRO -. (Tomando aires en los pulmones) -. Menos mal que te has explicado correctamente; que si no, creo que te haya pasado algo, al quererte quedar sin dinero alguno.

ANSELMO -. Tranquilízate, Pedro: que sé lo que hago.

Al saber el resto de amigos, que yo lo hacía correctamente y legalmente; se fueron hacia la barbacoa, dando un manotazo Prudencio encima de la mesa diciendo.

PRUDENCIO -. ¡Aquí!, cerveza.

Tuvimos, todos juntos, una hora de relax, tomándonos unos refrescos y unos pinchos sabrosísimos; tanto era así, que comenzaron a llegar las mujeres de mis amigos a mi casa; recabando información de qué los pasaban a sus maridos.

Mercedes no me dejaba mirar, aunque con un poco de picardía; ya que me miraba con el rabillo del ojo, para no levantar sospecha alguna.

Yo hacía otro tanto de lo mismo con Mercedes; que había llegado a mi casa como una damisela, pareciendo a eso, a una dama cortesana. Con la falda muy ajustada, hasta medio muslo; dejando percibir a todas las personas, que le miraban, el resto de sus formas. Más bien, yo la miraba la caída de las piernas, la bola que forman los muslos.

Como me empezó a entrar algunos sudores, me fui a la cocina con idea de hacer algún cóctel, que gustase a todos los amigos. Y así fue; pues di con una mezcla de bebidas exóticas, que elevaba el Espíritu a un cierto orden.

Todos los amigos me felicitaron; hasta el punto de pedirme las señoras, que las hiciesen otro para ellas. Ahí fue donde fallé; pues no conseguí encontrar unas bebidas adecuadas sin tanto alcohol, o por lo menos sin ninguna clase de alcohol.

Ya avanzada la tarde, se fueron todos los amigos a su casa; quedándome a solas con mi mujer, Cristina.

Esta se arremangaba la falda hasta media pierna: y como yo no hacía por mirarla mucho; se volvió hacia mi lado, para decirme algo, que me sorprendió.

CRISTINA -. ¡Qué!: ¿a mí no me miras?.

ANSELMO -. ¿Qué te tengo que mirar?.

Menos mal, que tuve la intuición de contestar rápidamente; que si no, no sé qué hubiese sido de mí. El titubeo, en estas ocasiones, no es buen aliado: se ve el grado de complicidad que hay en la materia tratada.

Me acerqué a mi mujer Cristina; con un grado de interés, según ponía yo en mi cara: para que viese ella, que me interesaba y bastante. Acariciándola las piernas, que tenía al aire; me pude dar cuenta, que Cristina estaba perfecta: era una mujer de bandera, decayendo la figura, que yo tenía in mente de Mercedes.

Sí: porque la figura de Mercedes, siempre la he llevado en mi pensamiento, en mi mente como una mujer esbelta y bella: gustándome mucho sus formas. Hasta que por fin recapacité en las formas de mi mujer, Cristina, esa misma tarde; que me enseñaba, a lo vivo, todo su contorno de piernas y hasta su figura encantadora.

Cristina se había hecho una bella mujer, al dar a luz: no recapitando yo en ella hasta esa misma tarde, que se sentó en el sofá, enseñándomelo todo.

Mi pensamiento flexible, se iba con Cristina; haciéndola un pedestal, en medio del pasillo: como para no olvidarla en mi vida.

Aunque ese pedestal era imaginario; yo lo elevaba a la quinta esencia: martilleando mi cerebro con su figura excelsa.

Mientras la besaba, la cogí por las piernas elevándola por los aires, hasta conseguir llegar con ella a nuestra alcoba.

Pese al fragor de la subida de tensión corporal, que yo llevaba; cuando la dejé en medio la cama, echada como una gran dama, me deslicé hacia ella dándole besos y queriéndola amar, como nunca.

Pese al furor excesivo de atracción; me pude dar cuenta de un gesto que hizo Cristina, al coger los profilácticos, para después volverlos a soltar en el mismo cajón de la mesilla.

Aquel gesto que tuvo en esa hora amorosa, me indicó que Cristina no ponía ninguna clase de impedimentos, para no quedarse en estado de buena esperanza.

Yo tampoco hacía por poner algo de mi parte; para que aquella fuente viscosa no saliese a pleno ritmo y concordia, uniéndose con la sangre de mi mujer Cristina.

En el Génesis 1, 20 – 2,4ª/ espacio segundo. “Creced, multiplicaos, llenad la Tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del Cielo, los vivientes que se muevan”.

También cumplimos ese día con los designios Divinos, que en pocos mese, teníamos un vástago hermoso.

Ahora mi niña tenía un hermanito, al que quería mucho, todos los días jugaba con él; o por lo menos hacía que jugaba, pues el niño no se enteraba de nada.

Un día que estábamos solos Cristina y yo, esta se quiso enterar de cómo hacíamos las compras - ventas de los chales; iniciando ella la conversación. CRISTINA -. No sé si tendrá resultado, hacer unos chalés en esa zona de alto standing.

ANSELMO -. ¿Por qué?.

CRISTINA -. Solamente lo estarán comprando los que tienen mucha capacidad adquisitiva.

ANSELMO -. No hay por qué. Si una persona no tiene el suficiente dinero para comprarlo, pero tiene casa y propiedades; pide un préstamo a su banco, que se lo concede. De esta manera, me transfiere a mí el valor total de ese préstamo.

CRISTINA -. ¿Un préstamo hipotecario?.

ANSELMO -. Sí señora.

Así fue como la informé a mi mujer, Cristina, de la cadena solvente que tenía yo levantada en medio de un chaparral de aquella Ciudad: donde se edificaban los chalés.

Por lo menos, se tranquilizó Cristina; al saber que todas las personas, tuviesen o no tuviesen bastante capacidad adquisitiva; pero sí propiedades, me podían comprar un chalé de alto standing.

A la tranquilidad que la entró a mi mujer, Cristina; la siguió un sinfín de posibilidades más para mis intereses económicos.

En una gran ciudad se me indicó que podía entrar en la bolsa de adjudicación de una gran obra: sopesando yo los pros y los contras que yo tenía para ejecutar aquella gran obra en una ciudad emergente.

Por parte de Enrique, se me informó: que tendría ocasión de entrar en más bolsas de ejecución de obras; pero que por ahora, nuestro montante económico no estaba lo bastante boyante, como para echar las campanas al vuelo. Queriéndome decir: que esperase a mejores tiempos, que si seguíamos así, los tendríamos. Pues el sobre en el que iría nuestro presupuesto, tendría que ir recortado, en el montante económico que pusiera; para ser los primeros. Y siempre las obras, en su ejecución, elevaban el presupuesto económico de las mismas. Nosotros teníamos que coger, por el momento, edificaciones abiertas, en el buen sentido de la palabra, y no aquellas que nos podíamos coger las manos.

En estas zozobras me encontraba, cuando recibí una notificación oficial de la Excelentísima Diputación provincial, que se me había concedido un premio al mejor constructor del año.

Por algo se empezaba: se veía, que ya comenzaba a recibir premios por la construcción; pues en general, mi actividad era una empresa de construcción, al nombre de mi mujer, Cristina.

Una tarde vi jugar a mi hija con mi bebé; pero como la niña era las primeras veces que cogía a un pequeño, a mi simple parecer le estaba haciendo daño al apretarle tanto.

ANSELMO -. Hija, Cielo: no aprietes tanto a tu hermanito; le estás haciendo daño.

ASUNCIÓN -. A mí me parece que se ríe, el bebé.

Me levante de donde me encontraba sentado, para ir donde estaba Asunción con el pequeño de la casa; y cogiéndole de la cintura le aupé hasta cerca de mi cabeza. Y el niño al ver la lámpara, tan maravillosa, hacía por cogerla: demostrando así, a su hermana, cómo lo tenía que hacer.

Al parecer, ejecutaba una y mil veces aquel movimiento selectivo; para no hacerle daño al niño.

Era más; pues al día siguiente, vimos venir con el niño a su hermana, conduciendo el cochecito del bebé: con tanta premura y cuidado, que parecía el bebé una hoja caída al viento.

Nos llevamos, su madre y yo, al bebé en el coche del niño; quedándose con Alfonso mi hija Asunción. Y al volver la vista atrás, la vimos cogida de las manos con ese chico: el niño de Amparo.

Por la cara que puso Cristina, no la parecía bien, que se cogiesen de las manos, su hija con Alfonso. A mí, me parecía normal: ni me parecía mal, ni me parecía bien; ya que yo conocía bastante bien a su mamá, Amparo.

Estando, ya encasa; hablamos su madre y yo, de las posibilidades que hay enamorarse nuestra hija de Alfonso: cosa, que dolía mucho a Cristina; pues ella esperaba otro chico más acorde a su estrato social.

Yo, por el contrario, no me paraba en esas memeces de pensamientos; pues eran eso, unas bobadas en forma de estupidez, que su madre tenía metida en su cabeza.

Lo malo no fue eso; pues Amparo se había enterado del rechazo que le hacía Cristina a su hijo. Y esperándome un día, me invitó a un café en una

cafetería que había cerca del estudio de arquitectura; anticipándome yo a lo que me tenía que decir mi empelada, en la empresa.

Moví la cuchara varias veces, dando con ella en los lados de la taza: así sonaba, como algo que está mal y se debe decir.

ANSELMO -. ¿Sabes?, Amparo.

AMPAO -. Sí, lo sé.

ANSELMO -. ¿El qué?.

AMPARO -. Que la mujer de usted, Cristina; no acepta a mi hijo. La sienta mal que acompañe a su hija, Asunción.

ANSELMO -. Yo no me hubiese expresado mejor.

AMPARO -. Pues, ¡eso!.

Sí, eso: eso estaba más que visto. Pues siempre que veía Cristina acompañada su hija, por el hijo de Amparo, Alfonso; se ponía echa un basilisco. La producía tanta rabia, que apenas sabía hablar correctamente. Aquí tenía yo un problema, pero un ¡problema!; que no sabía por dónde salir triunfante de aquel atolladero no afectuoso, por parte de Cristina hacia aquel buen chico, Alfonso.

Yo veía, que Cristina le estaba cogiendo rabia al chico de Amparo, a Alfonso; y lo malo no era eso, que lo malo estaba en que este chico no se daba cuenta, del desaire que le hacía Cristina; cada vez que le veía, junto a Asunción.

¡Claro!: Alfonso iba tan ilusionado, acompañando a Asunción; que no se daba cuenta de las miradas, de reproche, que le hacía Cristina. Un Alma cándida donde las haya, un ser inocente de por sí; con pocos años y poca experiencia en la vida.

Como todo llega; llegó el día de la primera comunión de mi hija Asunción: y estando arrodillada en el Altar Mayor, se mostraba bastante guapa. Y al ir a tomar su primera oblea; parecía un Ángel bajado del Cielo. Y aunque ese pan es ácido; dulce me estaba pareciendo a mí; pues la cara de mi niña era para encuadrarla.

El banquete se celebró a pleno ritmo de una buena amistad, entre todos juntos; pues a él asistieron mis mejores amigos de la infancia y las personas más allegadas a mi casa: entre ellas, mis empleados en la oficina arquitectónica.

Prisa: yo tenía mucha prisa porque se terminase el banquete y llegase el siguiente día y con él viésemos los adelantos que habíamos hecho en la construcción de varios chalés; por haberlos edificados a la vez.

A la vez cogimos el montante de dinero acaudalado, que nos proporcionaron nuestros clientes: ya podíamos hacer varios chalés a la vez; por tener bastante adquisición monetaria en cartera: y una buena solvencia en los bancos.

Ahora sí; reuní a mis ayudantes en la oficina, no sin antes haber hablado con Enrique en mi despacho: dándome este valor para seguir hacía adelante con nuestros proyectos en la construcción. Haciéndoselo extensivos a los demás ayudantes; viéndolo todos ellos asequible, por el balance económico que los había presentado.

Cuando mis ayudantes me dieron el visto bueno; para pasar al siguiente plano, más bien plan de ejecución; yo me entré en mi despacho tomándome un whisky, para brindar conmigo mismo.

No había pasado mucho tiempo que yo me encontraba en presencia de Morfeo, solo en mi oficina; cuando vi abrirse la puerta de mi despacho, entreviendo la silueta de Mercedes a través de las luces del despacho central, en la oficina.

Me puse bien en mi sillón; ya que tenía las piernas elevadas en mi mesa, escritorio; para poder recibir a Mercedes.

MERCEDES-. ¡Hola!, Anselmo.

ANSELMO -. ¿Dime a qué vienes?.

Mercedes entró en mi despacho, como si fuese algo mío; aparte, de que ya era amiga mía de la infancia: pero ahora entró como clienta particular.

Sí, he dicho; como clienta particular, al no expresarse Mercedes como una simple clienta y sí, como alguien a la que se la debe mucho; teniéndola que agasajar en las medidas que ella quisiera.

Poniendo una mano encima de la mesa; Mercedes comenzó su plática en una verborrea familiar para mí: sin cortaduras ni recelos por ninguna parte. Era más: que se sentó encima la mesa dejándome verla todos los muslos al descubiertos.

Pero como el dios Baco me estaba jugando una mala pasada; por poco saludo a aquellos muslos diciéndola, -. Buenas, señores: ¿cómo están ustedes?-.

Menos mal que no lo hice; pues una llamada en la puerta, alertó a Mercedes para que recatase figura y se pusiera bien, sentada en una silla. Dando yo paso a la persona que quería entrar en mi despacho.

Era Enrique, que me traía un plano, todo él acotado de puntos; por el terreno donde se estaba edificando aquel chalet. Y al verme reunido, desistió darme alguna sugerencia suya, al respecto.

Ese acto que hizo Enrique, envalentonó a Mercedes, que tomando fuerzas de voluntad, me dijo algo que me cayó como un jarro de agua fría; al saber, que de mí no quería nada.

MERCEDES -. Ven esta tarde a casa. . .no dejes venir: por favor. Llévate, también a Cristina.

Al decirme aquello Mercedes, me sentó bien; respondiendo a su grata pregunta afirmativamente.

ANSELMO -. Así será.

Comí rápido aquella mediodía, para hacerme explicar delante de mi mujer, Cristina, una vez que estábamos en la sobremesa hablando sobre los niños. Vi un momento de confianzas, desviando la conversación sobre la ida, de aquella tarde a la casa de Prudencio.

ANSELMO -. Cristina; he quedado con Mercedes para ir a su casa esta misma tarde.

CRISTINA -. Muy bien, ves a su casa.

ANSELMO -. No. Si he quedado en que vamos a ir los dos.

Cristina me miró a la cara, con una cierta incredibilidad en su manera de fijarse, mucho en mí; pues no dejaba escrudiñar en mis ojos, algo que ella quería saber de ganas.

ANSELMO -. ¿Qué miras?.

CRISTINA -. Para saber de tu fidelidad.

Aquello que me dijo Cristina me calló como un jarro de agua fría en la cabeza; así, que yo tenía el deber de saber por qué me decía eso mi mujer, al tiempo de tener que ir a la casa de Mercedes.

Con un rubor en la cara contesté a mi mujer, Cristina; para que supiese de mis inclinaciones personales, con respecto a ella.

ANSELMO -. Si tú lo quieres saber, te lo diré: te soy fiel en todo tiempo; ¡que lo sepas!.

Ahora iba yo con todo el pesar del mundo, metido en mi corazón; por la falta de credibilidad que tenía mi mujer, con mi persona.

Con todo y eso, llegamos aquella misma tarde a la casa de Mercedes y de Prudencio, con todo el interés debido; por haberme llamado Mercedes. Nada más llegar a dicha casa, nos sentamos mi mujer y yo, sin habérselo dicho los cicerones de ese hogar.

La conversación transcurría lo más norma que se podía; pues yo mostraba signo de inquietud: sin saber por qué estaba allí, en aquella casa de Mercedes.

Esta señora, Mercedes, se estaba poniendo inquieta; pues no hacía más que mover las piernas y los brazos; hasta, que en un momento determinado, le cogió de las manos a su marido, Prudencio, para que se callase de momento.

Este amigo, comenzó escuchando a su mujer, Mercedes; que en un alarde de valor, nos incitó para que la siguiésemos a ella.

MERCEDES -. Seguirme; os lo ruego.

Metiéndonos por todas las habitaciones vimos unos escombros, en unas y en otras desconchones insuperables hasta que por fin, nos llevó a la cocina, observando, que caían goteras de la terraza; ya que esta parte de la casa, estaba encima de la cocina sin cerramiento alguno; pues si hubiese techado la terraza, eso no estuviese pasando en la cocina de aquella casa. Sin saber, tan siquiera; el por qué nos enseñaba todas las habitaciones de aquella construcción antigua, pero señorial.

Cuando ya se cansó de enseñarnos la totalidad de las partes de aquella casa, nos volvió a llevar al salón; y sentándonos en sendos butacones, nos hacía un ruego, con todos sus deseos bien pensados.

MERCEDES -.tú, Anselmo, que eres arquitecto: ¿Dime si esta casa está para vivir en ella?.

Yo no sabía qué decirle en forma personal; pues en forma de arquitecto: se podía rehabilitar con mucho dinero.

ANSELMO -. Te voy hablar con el corazón en las manos. . .?. . .si tienes mucho dinero la puedes rehabilitar; pero siempre será vieja la casa. . .

MERCEDES - ¿Para qué serviría?.

ARQUITECTO -. Para un hotel; ya que está en lo mejor de esta Ciudad.

MERCEDES -. Dime su precio en bruto.

ANSEMO -. Soy arquitecto, no tasador de fincas.

MERCEDES -. Pero tú has podido saber, cómo se han vendido casas así.

Saqué el metro laxes y perimetrando la casa, la dije un precio bastante asequible, para poderla vender. Me regí por otra casa, que se había vendido hacía poco, con los mismos metros cuadrados o casi los mismos. Además, yo había leído el baremo que había, de tasación en las compras-ventas de las casas.

ANSELMO -. Otra casa, casi igual que la tuya; se ha vendido hace poco, por un precio insuperable; no teniendo tantos desconchones como la tuya. Así, que se debe deducir lo que se gastaría los señores compradores, para rehabilitar esta casa.

Al decirla por el dinero, que se había vendido y la disminución que sufriría aquella venta por la rehabilitación, se quedó pensativa Mercedes, al saber el dinero exacto que la iban a dar por su casa.

Con cara de pija, me dijo algo que yo no olvidaré nunca; acordándome toda la vida de ello.

MERCEDES -. ¿Me quieres decir, que yo tengo un glande bastante pequeño?.

ANSELMO -. ¡Mujer!: dicho así, suena hasta mal.

Viniéndome al pensamiento, algo que enderezó lo mal que yo me estaba explicando aquella tarde con Mercedes.

En un golpe de luz a mi pensamiento, la dije: que no era eso, exactamente lo que la quería decir; pues era más bien una alegoría a la zozobra de las personas, cuando están indecisas para hacer o deshacer una cosa, que ellas mismas no quieren tenerla.

Aquello que la dije yo, en esa ocasión, amortiguó el dolor, que tenía por dentro de sí, Mercedes; ya que no sabía qué iba hacer con su casa. Cosa, que si me hubiese callado, no hubiese sucedido, lo que me dijo después de oír aquella retahíla de desecho, como era su casa.

MERCEDES -. ¿Cuánto me cuesta, que me construyas un chalés nuevo?.

Menos mal que su marido, Prudencio, me echó una mano; al decirla, que según los metros de construcción, que ella quisiera, tuviese su chalé. Astando yo con la cabeza y al ver ella, Mercedes, lo que yo hacía con la cabeza; dando paso a su marido, en forma de aprobación, por lo que él había dicho hacía unos momentos.

No quedándose conforme Mercedes, con lo que había dicho su marido; que a mí me encargó hiciese unos estudios sobre un chalé, ni pequeño ni mayor.

La dije a Mercedes, que en pocos días tendría el presupuesto formado de lo que la costaría dos clases de chalé. Y que por lo menos, confiase en mi persona; que no la iría a decir incertidumbre alguna.

Aquellas palabras, que yo la dije a Mercedes, la sentaron muy bien para su persona y sus intereses económicos.

Conformándose con lo que yo la dije; Mercedes sacó unas pastas con una taza de café a cada uno de nosotros, tomándose otro café ella.

Y así, en paz y en gracia de Dios, nos despidió aquella tarde Mercedes de su casa, con una alegría mayúscula, dentro de su cuerpo metida: al saber que tendría chalé nuevo; pero sin saber a dónde.

Me había llamado, dónde quería el nuevo chalé; pues según la calle, costaría más o menos. Me llamó, hasta que la presentase la propuesta económica para la construcción del chalé.

Nada más que llegué a mi despacho, llamé a un vendedor de un terreno que había en venta, en una calle céntrica: diciéndole, que ya tenía comprador de su terreno; no siendo yo, más bien era un señor bien mirado por la alta sociedad.

No le debí decir aquello, que le había dicho de mi amigo; pues al presupuesto que a mí me dijo, aumentó unos miles de euros más, por la venta de su terreno.

Como las cosas mal hechas, mal parecen; yo saqué mi móvil llamando a Enrique, mi ayudante. Y este, al oírme hablar de aquella manera, se expresó, también, con la suya: desistiendo de comprar aquel terreno. Así se lo hice saber al propietario del terreno, que alertándome, me dijo algo así, como: -. Lo he oído todo: ha tenido usted el fono del teléfono bastante fuerte -.

Haciéndole saber, por cuanto me quería vender a mí el terreno, así se lo dije: aceptando la propuesta aquel señor, el propietario del terreno. Y a los dos días estaba hecha la compra-venta del terreno.

Un día más, se me coló Mercedes en mi despacho cuando yo estaba solo. Siempre aprovechaba la ocasión de que estuviese solo en mi despacho, para ir hablar conmigo.

Venía, en esta ocasión, Mercedes con la sola idea de saber qué presupuesto había confeccionado yo; y al saber la calle donde la iría a edificar el chalé, se echó para atrás como asustada.

ANSELMO -. ¿Qué pasa?, Mercedes.

MERCEDES -. Me va a salir muy caro, el chalé.

La dije, que ya estaba comprada la finca, en aquella calle; sin especificar nada más: quedándose como anonadada Mercedes, por las prisas que yo me daba.

MERCEDES -.veo que estás haciendo lo posible, para edificarme el chalé cuanto antes. ¿y eso?.

ANSELMO -. No soy persona que va de flor en flor.

MERCEDES -. De acuerdo. . .?. . .¿todavía te acuerdas?.

ANSELMO -. Te irá a costar el chalé una módica cantidad de dinero.

A la respuesta de gracias, yo contesté algo que me salió de adentro; de lo más profundo de mí ser. La dije, que era el primer hombre que sabía cómo era ella. Aquello que la dije; la produjo una satisfacción incontrolada dentro de ella: al saber que yo no había olvidado aquel rato de deseo carnal, con ella.

La faltó poco, a Mercedes, darme un sinfín de besos; agradecida por cómo la estaba sirviendo yo. Saliendo de mi despacho poniéndose bien la bata; como si los dos fuésemos familia; sin ninguna clase de reparo en ello. De tal manera, que al terminar ponerse bien aquella prenda, miró para atrás, con cara tierna; tirándome un beso al aire.

Pero ella sabía, que por un momento de alivio personal, no iba a ser una llamada de atención; para que siempre sucediese lo mismo, entre los dos. Aquello estaba aparcado y sobreseído por mi cuenta; viendo en aquella mujer, que también había superado ese momento de confusión que habíamos tenido, entre ella y yo.

Ella sabía muy bien; que nunca más tendríamos ese momento de alivio entre los dos, al ser personas creyentes y bien allegadas en una convivencia dentro de la sociedad.

Salió, sin más, de mi despacho; despidiéndose de mí muy atentamente: como si de dos amigos de la infancia se tratase. Siendo pura realidad, que sí lo éramos.

Tuve suerte; pues todavía no habían llegado mis ayudantes, ya que yo había ido a horas tempranas a mi despacho para estudiar, la manera de balancear las cuentas con aquel chalé: no fuese a ser, que tuviese números rojos en mi cuenta bancaria. Pues aunque mis cuentas no eran muy boyantes, sí tenía un cierto montante de dinero considerable: no siendo óbice, que no podía, por el momento, tirar las campanas al vuelo. Si, a este paso que íbamos, esperase dos años más; ya sería otra cosa lo que yo contase sobre mi cuenta corriente.

El dinero no llega tan rápido, como algunos creen: se va haciendo una montaña con cada euro que se abona la cuenta. Y a veces, no se puede ajustar mucho a los parámetros que te marcan los estudios realizados en tu vida estudiantil.

La realidad, es otra muy diferente de vez en cuando: no casa con los renglones de unos libros estudiados. Te tienes que salir fuera de ese concepto preliminar de docencia.

Para que mi conciencia se quedase limpia, me fui a la primera Iglesia que hay, ceca de mi estudio de arquitectura, pidiendo confesión a un sacerdote, que me había recibido en la sacristía.

Aquel sacerdote, parecía que ya sabía de mis andanzas con la señora Mercedes; no sabiendo yo de dónde le había venido dicha información. No preocupándome mucho que supiese lo de Mercedes y yo; ya que el secreto de confesión es inminente. El secreto de arcano, es no decir lo que se oye a través de la rejilla. Bien podía yo estar conforme, de que de allí no saldría palabra alguna, sobre mi confesión.

Al salir de la iglesia me pasé por la calle que estaba el local comprado para hacer el chalé de Mercedes; y aunque dicho local estaba ya vallado, en las paredes de su valla, se encontraba Alfonsito acorralado, por lo menos por tres niños iguales que él.

Sería un juego muy pesado; pero lo cierto fue, que cogiéndole de un brazo le saqué de allí al hijo de Amparo.

ANSELMO -. ¿Qué te hacían?.

ALFONSITO -. Me querían pegar.

ANSELMO -. ¿Por qué?.

ALFONSITO -. Dicen, que no soy igual que ellos.

Pero como esa conversación se la tiene que aclarar su madre, Amparo, al niño: yo me callé, no diciendo nada al respecto de esa conversación, que inició el niño.

Solamente me limité a llevar a Alfonsito a su madre, Amparo; pues esta, se encontraba, todavía, trabajando en la oficina. Y en vez de alegrarse, se entristeció al ver a su hijo con los pantalones rotos, la camisa sin un botón, un arañazo en la cara y un sinfín de muchos más estropicios en su persona.

AMPARO -. ¿Qué te ha pasado?; Cielo mío.

ALFONSITO -. Pero, estaba yo ganando.

Al decir aquello, el niño me miró como diciéndome que no dijese nada a su mamá; que él se lo diría más tarde: así lo intuí yo, que despidiéndome de ellos me fui a mi casa; saludando a mi mujer, Cristina, una vez que había entrado en mi hogar.

Me preguntó Cristina por mi alegría que yo traía en la cara aquel día: diciéndola, que se me había dado bien el trabajo. Y para celebrar aquel bonito consenso de buen trabajo, la invitaba a cenar en un restaurante aquella misma noche.

CRISTINA -. Sí. ¡Hurrah!, ¡hurrah!, ¡hurrah!.

ANSELMO -. Sí, eso. Hip, hip, ¡hurrah!.

Me estaba dando ganas de cantar: “cuando llegamos a la casa del Señor”: no lo canté por cortarme Cristina el habla, al preguntarme por dónde había andado aquella mañana. Diciéndola yo, que había ido para ver el solar que había comprado hacía pocos días; pues quería perimetral su contorno, al no saber bien sus medidas.

CRISTINA -. Entonces, está a punto de comenzar las obras en ese solar.

ANSELMO -. Antes de quince días; cuando tengamos la licencia, del Excelentísimo Ayuntamiento.

Asintió con la cabeza Cristina, yéndose para la cocida; dando indicaciones al cocinero de lo que debía cocinar aquel día. Oyendo yo al señor cocinero, que ya tenía él preparado un guiso. Transformándose ese guiso en un estofado, a no darse cuenta el señor cocinero del tiempo que puso de cocción en el horno.

Nuestra decepción fue mayúscula; pues a un vino tinto, que yo puse en la mesa, tuve que poner otro vino blanco: que es el que pega mejor con el estofado.

No salía de decepción aquella tarde de contratiempos para mi persona; ya que me crucé con Isidoro, el que fue el compañero de Cristina en tiempos. Se paró ante mí; diciéndome algo así, como: - ¡Corcho le!; como corres.

Pero como yo no quería saber nada con ese señor, no contesté para nada a su indicación; siguiendo mi camino, como si no le hubiese visto a Isidoro. Este, se me quedó mirando fijamente a la cara; mientras yo apretaba el paso, para llegar lo más pronto a mi trabajo y no a mi casa. Así no sabría lo que yo estaba haciendo aquella tarde en plena calle.

Pero como no las tenía nada consigo; cuando hacía cinco minutos que me encontraba trabajando en mi despacho, me llegó Enrique, diciéndome: -. Un señor le quiere ver a usted, Anselmo.

¡Un señor!: sí un hombre comenzó a entrar en mi despacho oliendo a tabaco y a alcohol de lo malo.

ANSELMO -. ¿Ha estado usted en una tasca?.

Fue lo único que se me ocurrió preguntar a. . .el hombre que había entrado en mi despacho. Y este mirándome fijamente; escupía el tabaco que se le quedaba en a boca, en pleno suelo de mi despacho.

Al no haber contestación alguna, yo le eché una regañona, por estar escupiendo en el suelo de mi despacho, indicándole el cenicero y la papelera que había amenos de medio metro de donde él se encontraba.

Aquel. . .hombre no se inmutaba; solamente se conformó diciéndome algo inverosímil para mi sensorio común.

ISIDORO -. ¿y si fuésemos socios?.

Al decir aquello aquel hombre, no pude más pidiéndole que se saliese del despacho; pues no era bien venido a mi puesto de trabajo. Aquel hombre siguió sin inmutarse, tan siquiera. No hacía ningún gesto vago o de inconformidad alguna; que me diese pie para echarle del edificio social, donde yo tenía la actividad arquitectónica.

Se fue; sí se fue, cuando él quiso y después de haber tocado todo lo que le apeteció: hasta un pisapapeles le examinó a fondo.

Qué alivio me entró, cuando salió ese hombre de mi empresa; pues hasta Amparo tuvo que echar un pulverizador que tenía a manos; para que ese

despacho oliese bien. Diciéndolos yo a mis empleados: que siempre que viniese ese hombre, no le dejasen entrar en el despacho.

No sé cómo se había enterado Cristina, de la llegada de Isidoro, su compañero de trabajo, en aquel entonces. Pero lo sabía; pues al entrar me lo dijo ella, con gran satisfacción, por haber estado en casa ese hombre para saludarla a ella.

Lo que me decía Cristina, me cortó todas ganas de hacer algo o de darla explicaciones algunas; ya que la vi a mi mujer, Cristina, como abducida por Isidoro.

Cada vez me daba más miedo aquel hombre: que en vez de portarse bien, cometía hechos indudables de subversión. Sí, porque Isidoro estaba perturbado, trastornado toda su cabeza.

De aquel hombre no se esperaba nada bueno; por lo tanto, al siguiente día pedí a mis ayudantes, que removiese todo el despacho, para ver sin encontraban algo raro en el. Llamando a mi mujer, para que limpiasen los sitios de la casa, donde ese hombre había estado.

CRISTINA -. ¡No digas!. Si Isidoro es una buena persona.

ANSELMO -. Tú haz lo que yo te digo. Busca, si se ha quedado algo en casa tu compañero de trabajo, Isidoro.

A la media hora de yo llamar a Cristina, tuve contestación de ella, al haber encontrado un par de bolsas, pequeñas, debajo la mesa.

ANSELMO -. ¡Rápido!; ábrelas y tíralas por el desagüe, pulsando varias veces la cadena del mismo.

Nosotros encontramos tres bolsas en mi escritorio, yendo yo mismo al váter de la alcoba, para espolvorear ese compuesto en la taza del váter; cogiendo un frasco de colonia, para no dejar rastro alguno de ese olor, que impregna la marihuana. Abriendo hasta la ventana de la alcoba personal, que tengo yo en el despacho.

Seguidamente, volví para llamar a Cristina y saber lo que había hecho con las dos bolsas; diciéndome mi mujer, que las había tirado por la taza del wáter. Quedándome más conforme, que si me hubiese tocado la lotería; alertándola a mi mujer Cristina, que si llegaba la policía, los recibiese cordialmente.

Cuando llegué a casa, al medio día; quise saber dónde había guardado mi mujer la bolsa, que contenía aquella sustancia delictiva.

Perfectamente guardada la tenía Cristina, esas tres bolsas: no pudiendo dar con ellas por más que registrasen la casa.

Pues si traían perros para buscar esa sustancia, no lo podría oler; por estar guardada en un hueco del tejado. Yo por mi parte las guardé las dos bolsas en la cisterna del wáter en la cafetería.

Lo primordial y lo fundamental, era no dejar entrar, nunca más, a Isidoro en el estudio arquitectónico, para nada; así, como mi mujer, no dejaría entrar nunca más a Isidoro en nuestra casa.

Como buena persona que yo era, no denuncié a Isidoro, delante de la policía. No quería que le hiciesen nada; él sabría como accionar en la vida, para que la vida le premiase.

Saliendo de este escollo, me encontré en otro mucho peor; pues un cliente me había denunciado, por cobrarle a él mucho más que a los demás compradores de aquellos chalés.

Ahí se confundía de todas por todas, ya que yo cobraba lo mismo a todos; aunque hubiese tenido que trabajar, mucho o poco, en los cimientos de su chalet.

Pero aunque le expliqué su posición falsa, a mi cliente: el juicio se celebró, con todo boato del mundo. No siendo óbice, para que otro cliente me denunciase.

Aquí aprendí, a paso agigantado, todos los intrínquilis que se formaban, por parte de los clientes y hasta los que no eran clientes; pues un día recibí un requerimiento judicial, para que me presentase con los justificantes de unas facturas, cobradas a mis proveedores.

Tal vez, el denunciante, se había confundido con otro cliente, un poco despistado.

¡Por Dios y todos los Santos!: no sabía yo cuando cesaría aquella cascada de denuncias hacia mi persona, sin tener nada que ver con esos casos.

Hasta el punto de pensar dejar la actividad; para trabajar por cuenta ajena y no por cuenta propia.

Pero con todo y eso, no me desvié de mi trayectoria; trabajando lo mejor que yo sabía y correctamente. Nadie, ni nada, me doblegaba en mi trabajo; que era el pan de mis hijos y el sustento de mi casa.

A mis empleados, los preparé para que redoblasen la vigilancia y los esfuerzos en sus trabajos, en la empresa; no comentando nada con nadie sobre lo que ellos hacían en dicha actividad arquitectónica.

Siendo la actividad arquitectónica: el desarrollo del diseño de una edificación, la distribución de uso y espacios. La manera de utilizar los materiales y tecnología, y la elaboración del conjunto de planos, con detalles y perspectivas.

Todo se hacía como la norma arquitectónica decía, al pie de la Ley: sin faltar un solo detalle; bien enterado estaba de ello la justicia y el colegio de arquitectos.

CRISTINA -. Te veo decaído y como pensativo.

Eso me decía un día mi mujer Cristina, cuando yo acudí a casa para merendar y poder estar un rato con mi familia: los niños y mi mujer.

No sabiendo si seguir esa conversación decadente o por el contrario, hacerme entender por la persona que más me quiere, Cristina.

Hice lo segundo; pues sentándome en un sillón, rogué a Cristina que se sentase cerca de mí.

ANSELMO -. Tengo mucho trabajo; pero a la vez, tengo muchos sinsabores en el mismo.

Me miró, mi mujer Cristina, para apostillar algo, que ya sabía yo de antemano.

CRISTINA -. A ti, lo que te está haciendo falta; es volver a salir con los amigos de la infancia de fiestas y de jaranas.

ANSELMO -. ¡Mujer!. . .dicho así; suena mal. Déjate de jarana y piensa solamente en una expansión corporal, para evadirme de tanto trabajo y de tanto sacrificio; como hay que soportar en ese mismo trabajo.

Así me expresaba yo, estando mi mujer atenta a lo que yo la decía; en esa hora de decaimiento físico y psíquico, por mi parte.

Alargando la mano cogió el teléfono, llamando a la casa de Antonia; para decirla a ella, que en la primera salida que hiciesen, iríamos nosotros con ellos. Pero, que también sería conveniente que fuesen todos los amigos de la infancia, como otras veces.

Mientras Cristina estaba hablando con Antonia por teléfono, se oyó la llave de la puerta su casa; entrando en ella Samuel. Y parándose, para saber qué se hablaba, tomó parte activa en la conversación.

SAMUEL -. Si ya me lo decía yo: tanto trabajo no es bueno. Y sobre todo; cuando se tienen tantas diligencias judiciales en el trabajo personal.

Cuando dejaron hablar entre ellos, mi mujer Cristina, Antonia y Samuel, me preguntó Cristina; por algo que ella había oído con un poco de rinrintín.

CRISTINA -. Perdona, Anselmo: ¿Qué son diligencias judiciales?.

ANSELMO -. Cuando el Juzgado, quiere saber la forma con la que has ejecutado tu trabajo en ciertas fechas.

Cristina se quedó pensativa y sin emitir una sola palabra; parecía que se encontraba en otra parte, en otro espacio diferente al mío, por lo abstraída que ella estaba.

Aunque yo la expliqué a mi forma, lo que era un requerimiento judicial; Cristina no terminaba comprender, lo que era un requerimiento judicial.

Mientras yo estaba merendando, tuve un mensaje de WhastsApp; siendo mi buen amigo Samuel; pues me esperaba, nada más terminar la sobremesa en mi casa, me fuese al bar cercano: pues me esperaba él en dicho local.

Cierto: aquel mediodía no tomé café, ni copa en mi casa; sino que me fui para buscar a mi amigo Samuel.

Al entrar en el bar, me pude dar cuenta dónde se encontraba Samuel: recostado a la barra, también estaba, que parecía no se apoyaba en esa barra del bar.

Al llegar a él, no hizo falta que le saludase; ya que él comenzó la plática, diciéndome algo que me quedó pasmado.

SAMUEL -. Sabes tú, de dónde venía yo cuando entré en tu casa.

ANSELMO -. Si no me lo dices; no podre saberlo.

ANSMO -. Del Juzgado.

Me quedé pensativo y como cortado; por un evento de efluvio de sangre, que se me aglomeraba en la cabeza; no dejándome pensamiento alguno, para discernir lo que nos pasaba: pero eso sí, en un momento de nerviosismo, me dio por decir una sola interjección de rabia incontrolada.

ANSELMO -. ¡AH!

Samuel, que le pasaba otro tanto de lo mismo, cogió mi indirecta; diciéndome algo, que me sonó a muñecos rotos.

SAMUEL -. Pues, eso.

Claro, que era eso lo que pasaba. Y no a nosotros solos; que en general pasaba a muchas personas. . . y aquí paz y aquí gloria.

Poco más hablamos en esa hora de decaimiento, en nuestras pobres Almas; pues al tomarnos el café y un coñac, salimos cada uno a nuestros lugares de destinos: nuestras casas.

Aquella tarde no quise salir a ninguna parte de aquella bonito Ciudad, ni por la noche hice por salir a cenar a algún sitio de recreo: habiendo tantos sitios, en donde se ve y se oye a simple vista, una actuación de algún cantante o de algún prestidigitador afamado.

Por la mañana temprano marché a mi oficina, sin pararme en ningún bar o cafetería para tomarme el desayuno; ya que no quise probar bocado alguno en mi propia casa; no fuese a ser, que lo arrojase.

Para que no me viesen decaído, tan decaído como me encontraba; hice esfuerzos por sonreír en plena calle; y más cuando entré en la oficina: ya que se encontraban allí mis ayudantes. El primer día que llegaba yo, después del personal que tenía como ayudantes, en la construcción.

No sabiendo yo, qué me depararía la suerte en aquel día: pero con todo y eso, me dispuse a trabajar bien y de lo lindo.

No hice ningún gesto que me delatase en mi decaimiento anímico; ni mostraba cansancio corporal alguno: no fuese a ser, que se me cogiese como un acto de tirar la toalla con tanto trabajo como teníamos.

Así como a las doce del mediodía, llegó Enrique a mi despacho, apartando mapas y mapas a su paso; diciéndome algo, que me llamó la atención.

ENRIQUE -. Señor Anselmo. Descanse usted un rato; pues estamos sufriendo por usted, al verle trabajar con tanto ahínco y fortaleza.

No le contesté; pero le hice caso, levantándome de mi sillón para salir un rato a despejarme la cabeza, mullida por tanto trabajo como yo tenía.

No dí yo, que iba bajo las luces de la calle, porque en esa hora no lucían: ya que era de día; pero sí digo yo, que el que llevaba luces era yo: ya que como un rayo misterioso se tratase, veía como luces e iluminarias en toda la calle.

El reflejo de las cristaleras de algunas casas y la incidencia del Sol en las lunas de los escaparates, me hacían ver cosas que no existían.

Aquí una mariposa, más para allá una figura humana y en la otra esquina, una figura angelical. . .cosas de la naturaleza; que me hacían ver, lo que nadie veía.

Siendo; que el cerebro cansado veía cosas, cuando la vista flaquea o ve posiciones en la luz contraria a su retina, cosas que la mente imagina.

Yo imaginaba todo eso, a través de mi retina y de mi imaginación, cansado por el mucho ajeteo en mi trabajo, que tenía aquel día. O tal vez, sería que yo tenía el mismo trabajo que otros días; pero mi disponibilidad para hacerlo se veía mermado en su plena capacidad.

Me tomé una copa de un buen whisky sin haberlo pensado: durmiéndome en mi despacho, en plena mesa escritorio, hasta las dos de la tarde. Siendo despertado por el reloj, que indicaba la hora exacta en la que estábamos.

Esa tarde sí quise salir con Cristina y los niños a una cafetería, que tenía una habitación para que los chavales jugasen: unos saltando y otros gateando.

En aquella cafetería conocimos a un jugador de fútbol, que se encontraba en la mesa cercana a nosotros. Aquel jugador de fútbol era bastante bueno; pues pertenecía, también, a la selección española de fútbol; haciendo una buena amistad con él y su mujer.

Al hablar de los niños, nos presentamos, cada uno, a nuestros niños; siendo muy rubios los niños de aquel jugador de fútbol.

Salimos de la cafetería sin haber probado alcohol alguno; como si se tratase de angelitos del Cielo: más ligeros que la una.

Probándome más tarde, al ver que no hacía por tomarme ni una sola copa de bebidas alcohólicas; parecía que yo templaba, cuando quería: que la adición no había llegado a mí, para nada.

Entre aquella alegría, que yo tenía en mi cuerpo metida, y entre que Cristina se la veía hecho una verdadera señora de su casa; al ponerme las zapatillas y a darme unos masajes en los hombros, para desechar nervios de mí mismo: entre todo esto, me consideré el hombre más feliz del Mundo.

Hasta que sonó el teléfono, siendo Mercedes; que alegaba haberse quedado sola en casa, por tenerse que marchar su marido, Prudencio, a un simposio en la Capital de España.

Cristina no se había enterado de dicha llamada; pues se encontraba en nuestra alcoba poniendo bien la ropa, que habíamos llevado a la cafetería en aquel día de placer y de recreo.

CRISTINA -. Cariño: ¿quién es?.

ANSELMO -. Un señor, queriéndote vender una olla.

CRISTINA -. Dile que no la necesito.

ANSEOMO -. Ya lo he hecho.

Así nos expresábamos los dos: en aquella hora de desaliento para uno, por no poder conformar a la amiga, Mercedes; y de alegría personal para el otro, mi mujer Cristina.

Mi mujer Cristina, se encontraba alegre y dicharachera; pues aquella gracia la sacaba de lo más profundo de sí mismo: al comprobar, que su hogar se encontraba de lo más normal, que podía ser.

Todo lo contrario a mí; que mostraba signos de inquietud en mi cuerpo, no dando al parecer, esa confianza que yo la daba a Cristina cada día con mi simple templanza.

Aprovechando un momento, en que Cristina se había retirado a la cocina; dando instrucciones al cocinero, me levanté del sillón, como si un resorte me hubiese lanzado fuera de él.

¡No podía más!: tenía que ir a casa de Mercedes, para saber qué la estaba pasando a esta señora.

ANSELMO -. Cariño: me voy, para dar una vuelta por las calles; así ando un poco.

CRISTINA -. Como quieras.

Cristina salió de la cocina; para ver qué me pasaba a mí: ya que me notó una indecisión en mi voz sospechosa. Mirándome fijamente, como queriendo intuir, algo que ella presentía. No pudiendo, por menos, que preguntarla por ello.

ANSELMO -. ¿Qué miras?.

Encogió sus hombros, como queriéndome decir; que ella me miraba como siempre lo hacía.

No pudiendo más; salí de mi casa, como pájaro herido, camino de la casa de Mercedes: así sabría, si a esta señora la pasaba algo intempestivo para ella.

Pero aquel estado inoportuno, que yo creía la pasase a Mercedes: era un síntoma de estar sola en su casa, queriendo tener compañía.

Me lo había demostrado enseguida: ya que nada más entrar yo en su casa, cerró la puerta tras de sí; cogiéndome de la corbata y arrastrándome hacia una habitación, no usada por el matrimonio.

¡Qué rapidez!: me desnudó en un santiamén; sin darme yo cuenta alguna, que lo había hecho. Pues cuando nos caímos, encima de la cama, estaba yo desnudo del todo.

No me podía mover, ni emitir palabra alguna; por tenerme la mano en la boca, tapándome la salida del aire.

Pero, como en contra; a mi gran oposición: no pude, por menos que doblegarme a su fuerte voluntad de hacerme suyo. Por estar sometido a su gran interés en el amor.

Cuando aquella señora me soltó, salí corriendo hacia la calle; poniéndome bien la camisa y los pantalones: tanto era así, que entrándome, una vez más en la casa de Mercedes y cerrando un poco la puerta, me terminé de ajustar la camisa y con ellas las prendas de vestir, que había traído.

Pero como yo no me las tenía consigo alguna cosa: miré hacia la habitación, donde Mercedes había consumado el acto, que no yo; viendo a esta señora, con las piernas levantadas y moviéndolas de un lugar a otro, con una pequeña almohada debajo de ella.

Corrí a donde se encontraba Mercedes, cogiéndola de los brazos y con un empujón enorme, la saqué de la cama de repente. Haciéndola polvo sus deseos de engendrar.

Con gran pesar, me fui hacia mi casa, acordándome de Cristina, que para mí era una santa; considerándome yo, como la persona más mala del Mundo.

Aquella pesadez no se me quitaba de mi Alma; por más que hacía yo ejercicios como asceta personal. Sí: por más que yo quisiese estar solo, no viendo a nadie y pesando, con diligencia, no volver nunca más a esa casa.

El rubor que tenía en la cara no se me quitaba; por eso decidí dar un buen paseo. Y ni corto, ni perezoso; me salí de la ciudad hacia el campo. Un campo maravilloso; donde existía una flora y una fauna, como pocas ciudades tienen a su alrededor.

Allí pude ver infinidad de floras: entre árboles robustos y flores a ras de la tierra; también vi, de vez en cuando, una fauna un poco amaestrada, por estar cerca de la Ciudad: echándola de comer los visitantes de aquellos páramos.

Tan abstraído me encontraba, que no sabía dónde estaba en un preciso momento; subiéndome a un montículo elevado; viendo la Ciudad a un lado, así como a cinco kilómetros de donde yo me encontraba.

Me costó; me costó llegar a las primeras casas de aquella bonita Ciudad; no teniendo noticias de Cristina, llamé por el móvil a mi mujer, diciéndola dónde me encontraba.

CRISTINA -. ¿No me digas, que estás saliendo de la Ciudad?.

ANSELMO -. Como lo has escuchado.

La conformé, al decirla; que dentro de media hora estaría en casa, con ella misma: que no se pusiera nerviosa y jugase con los niños.

CRISTINA -. ¡Los niños!: ¿ a ver si tú crees, que son ya tan pequeños?. Con Asunción ya no se puede jugar con muñecas; pues tiene su edad. Con Luisito, se puede jugar; pero, mientras esté aquí su hermana, no hay quién le separe de ella. Este niño tiene obsesión con su hermana.

Así se expresaba Cristina, un poco enfadado; por no estar yo en casa, desde hace mucho tiempo, casi toda la tarde: pues era ya la entrada de la noche.

Cuando pude ver la puerta de mi casa; y ya a menos de quince metros de ella, empecé a pensar lo que yo la diría a Cristina, para que se conformase. No daba con la clave o con la manera de conformar a mi mujer, en el estado anímico que se encontraba, por haber estado toda la tarde sin mí. Me armé de valor, diciéndola a mi mujer Cristina lo que yo había pensado; momentos antes de entrar en casa.

ANSELMO -. Perdona, Cristina: tan bonitos son los animales del campo y las aves, que me he quedado extasiado en medio de la nada, viéndolos en su pleno hábitat.

CRISTINA -. ¡AH!: ¿pero no sabías dónde te encontrabas?.

ANSELMO -. Ni tan siquiera.

CRISTINA -. Prepárate, que mañana vamos al neurólogo.

ANSELMO -. ¿No sé para qué?.

CRISTINA -. Para que te vea la cabeza. Así sabrás si te está pasando algo malo, en ella.

Cristina se acercó a mí, oliéndome por encima: quitándome hasta la chaqueta; para quedarme casi en cuero, al despojarme de la camisa.

Comenzó a dar vueltas y vueltas por las habitaciones: en una habitación entraba y en otra salía; como si no tuviese ganas de hacer la cena, ya que libraba, ese día, el cocinero.

Tan azarada se encontraba, que me dio reparos decirle algo; y para que no me oliese mis carnes, me duché antes de acostarme sin cenar, aquella noche de desaliento para los dos.

¡Si yo no hubiese ido!: así me expresaba aquella noche de desaliento para mi persona. Y mi persona bailaba tanto como en una discoteca; un chachachá, que no sabía cuando estarme quieto, en mi sitio. A causa de los nervios que me provocaba, que Cristina intuyera; que había estado con otra mujer en aquella misma tarde.

CRISTINA -. ¿Por qué te has duchado?.

ANSELMO -. Para esperar que me trajese la cena; pero visto, lo vito: yo me acuesto ahora mismo, ya que me encuentro muy cansado.

CRISTINA -. Sí, hijo. Acuéstate; porque esta noche, no hay cena.

Así hablaba Cristina, un poco enfadada; por la tardanza que tuve para llegar a casa, aquella misma tarde. Y no digamos nada, cuando señalaba a la calle; viendo ya las luces.

¡UF!: las luces. De ellas tengo yo muchos recuerdos; pues bastante he paseado, bajo las luces de las calles. No queriendo hacer lo mismo, aquella misma noche de decaimiento moral: como tenía mi mujer, Cristina.

Parece mentira, como se puede poner una mujer, al notar que su marido; posiblemente la esté engañando con otra.

Hasta el punto de pensar no acostarse en la cama matrimonial, aquella noche; pues me miraba, miraba a la cama, dando paseos en los pies de la cama: como pensando algo, no bueno para mí.

Pasó un rato; pero haciendo un gesto con la cabeza y las manos, se acostó Cristina en nuestra cama: diciéndome una frase lapidaria.

CRISTINA -. ¡Cumple!.

ANSELMO -. ¿El qué?.

CRISTINA -. Ahora, cumple con tu deber de marido.

Alegué tener la boca seca; yéndome a la cocina, para tomarme un vaso de agua y con ella una pastilla; dándome fuerza a mi sexualidad de hombre. Hice algo, en el escritorio; para que pasase un tiempo y me hiciese efecto aquella pastilla; volviendo otra vez a la cama.

¡Una batallita!: por lo menos fueron tres batallitas las que tuve que sufrir aquella noche; dando el dos de pecho, ante mi mujer Cristina.

Al terminar nuestro encuentro, se irguió, de la cama, Cristina, diciéndome algo, que nunca olvidaré.

CRISTINA -. ¡Toreto!, ¡torero!, ¡torero!. . .si no hubieses cumplido esta noche; no sé qué hubiese hecho yo.

ANSELMO - ¿por qué?.

CRISTINA -. Así no se puede mostrar ningún hombre, si no está limpio. No tiene fuerza.

Cristina no sabía de aquellas pastillas, ni yo se lo diría nunca; por más que me lo preguntase. Para ella yo sería un inocente, que no mira más para su mujer: y aunque tenía la culpabilidad echada encima, era verdad que soy un inocente. Inocente, en aquel acto, me había cogido descuidado Mercedes: no pudiéndome valer por sí mismo, al tener todas las manos con mi misma corbata.

Para mí, era más amplia, la semántica lingüística, en la palabra inocente, que para otras personas; donde su voluntad reina, pudiéndose escapar en cualquier momento de esa fiebre mal dada, de una persona.

Nos levantamos como nuevos, por la mañana temprano; no pudiendo yo desayunar en casa, por haber recibido una llamada de teléfono; para que acudiese pronto a la oficina.

Llegué raudo a mi oficina, sin haberme parado, para desayunar en ninguna cafetería; estando allí un señor, no sabiendo yo lo qué haría en mi despacho metido.

Llegó, antes que yo pudiese saludar a aquel señor, Enrique; presentándomelo como un incipiente constructor de chalés, en aquella provincia.

Era así; pues aquel principiante constructor, tenía las ideas cogidas con alfileres; siendo un peligro trabajar con él, en la construcción.

Al primer escoyo, nos echaría las culpas de todo lo malo, que hubiese pasado en la práctica arquitectónica.

Se le remití a el señor Enrique, el posible socio que entró en el despacho aquel día, por la mañana temprano.

Al poco rato de haber despachado a aquel señor, entró en mi despacho Enrique, con cara de pocos amigos; pues las confianzas eran mínimas, al cargarle yo con todo el peso del posible socio de aquella mañana.

ENRIQUE -. Perdone que entre así, nervioso perdido; pues comprendo, que es usted el que tiene que agilizar las incidencias, que se produzcan en la oficina.

ANSELMO -. Perdone usted, señor Enrique: me puso tan nervioso ese señor, que no pensé en otra cosa; más que reexpedírselo a usted, para que le despachara, con buenos modos.

Cuando salió Enrique de mi despacho; yo saqué una fotografía de mi mujer, Cristina: considerando lo bien que se portaba conmigo mi mujer: no debiendo yo serla infiel; sino grato.

A la vista estaba lo que Cristina estaba haciendo por mí: no dejar, que nadie me hiciese nada malo, ni que hablase, nadie, ninguna cosa mal de mi persona. Y dando un beso a la fotografía, la volví a guardar en el mismo cajón que la tenía.

¡Sorpresa!; pues mi mujer Cristina, estaba entrando en mi despacho, con no sé qué la traía hacia mí: pero como esa santa mujer, era noble y buena, que no inocente; me venía ofreciendo un décimo de lotería premiado. Le había comprado el día anterior, en un quiosco de la plaza. Dejaba que yo lo cobrase; pues ella sabía muy bien, que el dinero adquirido en esa lotería sería para ella.

La cogí de un brazo a Cristina, sacándola de mí despacho; para ir a confirmar ese décimo a la delegación del patronato de apuestas del estado.

Efectivamente: ese décimo de la lotería estaba premiado. Y por supuesto, se ingresó en la cartilla que tenía abierta en un banco mi mujer, Cristina. Quedándome yo satisfecho, de haberla servido también a mi mujer; que en vez de volver a mí despacho, llevé a Cristina a una cafetería para que tomase unas pastas con un café, muy excelente que se servía en aquel establecimiento.

A la vuelta a mi despacho, me estaba esperando Enrique con una noticia; que me conmovió el Alma: se había caído parte de un chalé edificado por mí.

Al poco tiempo, volvió a sonar el teléfono; siendo el excelentísimo alcalde de aquella Ciudad: reclamándome de inmediato, a su presencia.

Por más prisa que me había dado, ya se encontraba en el lugar del siniestro, todo el pleno de aquel ayuntamiento.

Paré mi coche cerca de donde estaba una pared de un chalé derrumbada; pero pronto me di cuenta; que aquel chalé se había edificado, paralelo a los nuestros: siendo una edificación personal de un vecino de esa Ciudad.

Me acerqué a donde se encontraba el excelentísimo señor alcalde de la Ciudad; saludándole cordialmente. Siendo su respuesta, poco apropiada a sus intereses, para esa Ciudad.

EXCMO. ALCALDE -. Le parece bonito, hacer los chalés con poca precisión.

ANSELMO -. Con permiso: sin que se moleste usted, señor alcalde; la poca precisión han tenido el que perímetro el terreno de dicha edificación. No se ha dado cuenta; que este chalé no lo he construido yo; sino que es una construcción de un señor, en particular.

Todo el pleno del ayuntamiento, miraron al señor alcalde y a la vez al chalé siniestrado. Y aunque algunos asintieron con la cabeza y otros afirmaban con la boca, el señor alcalde, no se conformaba con eso; pues me hizo seguirle hasta el excelentísimo ayuntamiento de aquella Ciudad.

Me sentó, frente de él, echándome una arenga, de cómo tiene que ser un buen arquitecto; sin saber yo por dónde venían esas palabras que me estaba diciendo, delante de todos los concejales, el señor alcalde.

Miré hacia la señora secretaria del excelentísimo ayuntamiento, viéndola temblar, un poco, su mano; la que sujetaba un bolígrafo. La cara de la secretaria, no merecía confianza alguna; pues unas veces se la ponía amarilla y otras se la ponía sonrojada.

Aquel exceso de bilirrubina, me indicó; que algo malo, se estaba fraguando, en contra de mi persona. Y sin que se diese nadie cuenta, formalicé un whatsapp para que Enrique me mandase un abogado, inmediatamente.

Sin pérdida de tiempo, llegó un abogado, de la misma Ciudad donde estábamos, para asistirme en mi problema, con respecto al excelentísimo señor alcalde.

A aquel abogado, no le dejaban entrar en el despacho de la alcaldía; y como la puerta estaba abierta, todo lo estaba viendo y oyendo yo: así, que me levanté de donde me encontraba sentado, para rogar al señor, que se oponía que entrase aquel abogado.

Pero como aquel señor se oponía a dicho ruego; llegué donde se encontraba la señora secretaria, alegándola en el problema que se metía la corporación, sino dejaban entrar a mi abogado, donde yo me encontraba.

A aquel abogado, no le conocía yo; pues era un abogado de la misma empresa de mi graciosa Ciudad, que estaba destacado en esa otra Ciudad, en un despacho de abogados.

Aquel abogado, parecía que se las sabía todas; estando esperando aquel momento, para deshacer una pequeña trama de estafadores, sin enseñanza alguna.

El excelentísimo señor alcalde, se contradijo, al parecer: por haber entendido mal, aquel incidente, de poca monta: como el dijo.

Al salir del excelentísimo ayuntamiento; me dijo el señor abogado, que se había pretendido, pasase la dirección de esas construcciones de chalés al excelentísimo señor alcalde. Estando la mayoría de los concejales de acuerdos.

Al darme cuenta de aquella trama, agilicé las construcciones, que faltaban de los demás chalés: entregándolos las llaves, lo más pronto posibles, a sus propietarios de los mismos. No gané el dinero, que yo tenía previsto, al abreviar el plazo de las construcciones que faltaban de los chalés, en plena construcción.

Pero, eso sí: Salí triunfante en aquel escollo, mal dirigido por falta de tiempo y dirección en el mismo, por la parte contraria.

Como tenía acotado unas edificaciones, en otra plaza: Me daba miedo, comenzar las obras; y eso, que esas edificaciones, eran bloques de viviendas familiares, para personal de poca adquisición económica.

Una noche; cuando soplabla el viento y crujía la madera, comencé a pensar, que de cobarde no se ha escrito nada. Pero también, de valientes,

están las sepulturas llenas. ¿Qué hacer?, Dios; si yo, ni era cobarde, ni era valiente: así que una mañana me dispuse, con todos mis ayudantes a acotar espacios y sitios en aquel terreno; donde yo tenía que edificar aquellos bloques, para personas humildes.

Con tierra blanca pintamos dónde tenía que ir cada apartado de aquellas viviendas, en plena tierra. Cavando a los pocos días los cimientos de aquellos bloques de viviendas; para comenzar su construcción de cada uno de aquellos bloques.

Lo he dicho bien: cavando; pues a las denuncias de los vecinos, por el mucho ruido, se añadió otra por cerrar demasiado aquella calle. Teniendo que parar las obras, hasta que la justicia volviese a conceder la reanudación de las mismas.

ENRIQUE -. Ahí, vamos a tener un escollo.

Así se expresaba el señor Enrique, una mañana en el estudio de arquitectura.

ANSELMO -. Dígame, usted; por qué tendremos complicaciones, para construir tres bloques de vivienda en ese sitio periférico de la Ciudad.

ENRIQUE -. Es muy sencillo. ¿A qué hora se acuesta usted?.

Como yo no decía la hora que yo me acostaba; siguió apostillando Enrique, algo que yo no había pensado.

ENRIQUE -. Ó mejor dicho: ¿A qué hora se levanta usted?.

Ahora sí, que cacé la idea que tenía Enrique metida en el cerebro: pues si yo me acosaba a las doce de la noche y me levantaba a las ocho de la mañana; aquellas, buenas personas, se acostaban a las nueve de la noche y algunas se levantaban a las cinco de la madrugada y las mayoría a las seis y a las siete de la mañana.

Era una convicción de peso, aquello que Enrique me quería trasmitir, aquel día de desaliento en mi trabajo; pues todas las personas, protestaban.

Como estaba siendo una evidencia, palpable a través de las personas y los medios de la prensa; yo no sabía lo que hacer: si seguir con dichas construcciones o dejar ese proyecto, que lo hiciese otro compañero mío, más ducho en la materia.

ANSELMO -. ¿Qué hago?, señor Enrique.

ENRIQUE-. Siga usted, con las edificaciones de los tres bloques.

Como queriéndome decir, el señor Enrique; que era nuestro trabajo, que de ello dependíamos para la comida y el mantenimiento de nuestras casas. Que nuestro trabajo era legal, de por sí: no teniendo ninguna complicidad con la justicia.

Poco me dijo, el señor Enrique; pero fue bastante, para comprender lo que él me quería decir, aquel día de indecisiones mías.

A los dos días; estábamos, otra vez, levantando aquel terreno: para hacer en el, tres bloques de viviendas.

ENRIQUE -. Lo ve usted, señor Anselmo; como son voces, de cada uno: hablando entre ellos.

ANSELMO -. Señor Enrique; tiene usted mucha experiencia en ella. ¿A qué es debido?.

ENRIQUE -. Señor Anselmo. Si se hubiese, usted, leído mi currículum; sabría que no venía de nuevo ingreso, para trabajar en estos menesteres de la construcción.

ANSELMO -. La señorita, y ahora señora Amparo leía todos los currículos que me mandaron para que los admitiese en la empresa.

ENRIQUE -. Pues, léalo: se lo ruego.

Claro que lo leí, y desde aquel día comenzó a llevar Enrique la administración de proyectos; desembarazándome a mí de un buen peso.

Pues le dejaba controlar presupuestos; coordinando todos ellos y planificando. También le dejaba la comunicación con los clientes y los proveedores, estableciendo y cumpliendo la planificación. Pero con todo y eso; yo le revisaba cada cosa que él hacía, sin, menoscabo alguno de no tenerle confianzas.

Como llegué un par de veces menos cansado a casa, me preguntó mi mujer Cristina, por las causas de esa bonanza.

CRISTINA -. He observado, que llegas menos cansado a casa: ¿a qué es debido eso?.

Me encogí de hombros, con ganas de no contestarla; pero al pronto tuve otra idea más placentera para ella.

ANSELMO -. He pasado, ciertos trabajos adicionales, a Enrique.

CRISTINA -. ¿Lo sabrá hacer?.

ANSELMO -. Lo ha hecho otras veces, en sus primeras jornadas, en otro despacho de arquitecto.

Cristina se quedó más conforme, cuando la dije yo aquello: que había trabajado, Enrique, en lo que yo le había dejado, como tarea.

Un día, al entrar en el despacho de arquitectura; vi al señor Enrique muy azarado, hablando con un posible cliente. Y cuando ese posible cliente se despidió, muy cordialmente, me acerqué a Enrique; con la sola idea de indicarle algo, que él sabía y lo había olvidado.

ANSELMO -. Señor Enrique.

ENRIQUE -. Dígame usted.

ANSELMO -. Le digo. Le digo, que tiene usted que dominar sus impulsos: le he visto hablando, con ese posible cliente; y me ha parecido, que hasta le reñía usted.

Enrique se echó para atrás, como asustado; pues él no se había dado cuenta de cómo le hablaba al señor, que demandaba nuestros servicios de arquitectura.

Saliendo de mí despacho, Enrique; todo él pensativo y decepcionado, por haberle yo echado una reprimenda por todo lo alto.

Aquel día, Enrique trabajaba como llevado por un hada de ilusión, a la cuarta esencia: no fijándose en nada, ni recapacitando tan siquiera en sus tareas encomendadas.

Tal fue la desconfianza que formó en mí Enrique; que cuando se fue, le repasé todo su trabajo: quedándome anonadado, por lo bien que lo tenía hecho.

Enrique; aquel día trabajó como un autómatas, sabiéndoselas todas y no fallando ninguna de sus tareas.

Cuando llegué a casa, mi mujer Cristina, me alargó las zapatillas y me puso en las manos el periódico local, de aquella Ciudad.

En el apartado regional, pude ver algo que me llamó la atención: en una Ciudad cercana a la nuestra, se había producido un desfaldo de dinero, a través de unas construcciones. . .?. . .siendo algo, que a mí me podía haber pasado.

Me llevé el periódico a la oficina, ofreciéndoselo al señor Enrique; para que leyera aquella reseña, hecha por un buen periodista.

Enrique, se levantó de donde se encontraba sentado; yéndose a su mesa, para coger un documento, entregándomelo con sigilo.

ANSELMO -. ¿Qué me da usted?, señor Enrique.

ENRIQUE -. Usted lea bien este escrito.

Al parecer, había captado Enrique la poca solvencia de aquel escrito: hecho con toda prisa y poco reparo en su contenido.

ANSELMO -. ¿Hay algo que alegar?.

ENRIQUE -. Sí, señor.

ANSEMO -. ¿El qué?.

ENRIQUE -. No comentarlo nunca más.

Así se hizo: pues aquel escrito, se guardó en lo más profundo de un armario; para que nadie lo pudiese ver y leer. Dando terminación a dicho proceso de mala praxis en las finanzas. Sí: una negligencia oficial que no se debía volver a cometer. Nombrando a ese efecto de reclamo, como una dejadez en los servicios; no queriendo decir nada, sobre las intenciones que llevaba ese escrito.

Un día, que pasé por el terreno donde se había edificado los chalés, por poco me santiguo. Pisando el acelerador el coche, un poco más; hasta las medidas que dan las leyes de la circulación vial.

Estábamos saliendo de todos los tropiezos maltrechos para nuestros intereses, económicos y sociales: no pudiendo bajar la guardia, ni confiarnos en cantos de sirenas, como en sí se dice.

La empresa estaba haciendo un montante de dinero, bastante abultado; no sabiendo yo, si eso sería malo para nosotros: pues los intereses nuestros, chocaban con los intereses de algunas organizaciones, fuera de la legalidad.

Pero en sí, tenía la espada de Damocles encima de la cabeza; pues había que reducir terminales en el estudio de arquitectura: con la consiguiente preocupación, por mi parte; ya que eso era tanto como suprimir puestos de trabajo.

Pero antes de hacer aquello; tendría que consultarlo con organismos oficiales: para que se me viese el grado, que tenía, de voluntad fidedigna a mis empelados y las ganas que yo tenía para cumplir con las leyes.

Sí tuve una alegría, cuando vi que mi niño, Luisito, dejaba de gatear; para venir, con las piernas abiertas hacia mí para no caerse. Indeciso; totalmente indeciso, para de trecho en trecho del camino caerse al suelo.

Me fui a levantar de mi asiento, indicándome mi mujer con la mano, de que no lo hiciese y con palabras me dijo, que era mejor fuese él, el niño, el

que descubriese el camino de ir y venir, de un lugar a otro. Que si se caía, ya se levantaría; pues los niños son muy duros.

Yo había oído, que los niños tenían muy duros los huesos; sobre todo, los de la cabeza: pero que fuesen duros los niños en sus tropezones en la tierra; eso no lo había oído yo.

No optante, le dejé que viniese a mí como podía: y como pudo llegó donde yo estaba para agarrarme de los dedos de una mano, para no caerse; diciéndome, pppaaapppaaa. Ese papá, mal dicho; me llegó a lo más profundo de mi Alma.

Poco a poco: poco a poco se anda el camino; y máxime, cuando una cosa se ejecuta por vez primera: esa vez primera te pasa factura de encuentro con ella.

Pareciendo, como si mi hija Asunción tuviese envidia de su hermano, Luisito; pues ponía hasta mala cara, si se le hacía al niño una caricia, antes que a ella.

El problema era arduo y difícil de atajar; pues al parecer, si se quisiera atajar ese daño en la niña, sufriría, también el niño: conllevando, con ello, una idea falsa en la primera premisa: que a los niños, se los debe dejar hacer y jugar todo lo que ellos quieran.

CRISTINA -. Lo ves: son como dos angelitos.

ANSELMO -. Yo diría, que parecen, sufre el uno con el otro.

Dando con una mano, de arriba abajo; me indicaba mi mujer, Cristina, que yo no sabía mucho de niños: que me callase.

Eso era lo que me quería decir Cristina, al ponerse un poco nerviosa; por lo que yo la dije, hacía un momento.

Para que el broche de oro, se hiciese patente en medio de nosotros, los niños y sus padres; los invité a cenar, en el restaurante del otro día: encontrando allí al futbolista, que volvía a estar con su hija y su mujer. Ya que eran días de descanso futbolístico.

Antes de sentarnos en una mesa, que nos tenía reservado el barman del establecimiento, pidió, por favor; aquel futbolista al barman, que nos sentasen con ellos.

Transcurrió aquella velada, en el restaurante, de lo más cordial y linda; que yo no había visto nunca: pues hasta ese mismo atleta salió para marcarse unos compases, con su mujer, a la pista de baile.

Con qué soltura, con qué maestría lo hacía; que elevando una pierna, la dejaba caer; para elevar, enseguida la otra. Dando vueltas como si fuese un trompo en movimiento.

Ahora abría los brazos, ahora se daba una vuelta sobre sí, con un solo pie y así infinidad de movimientos; como nunca los he visto hacer yo, en mi vida.

La despedida fue eterna; pues hasta salieron a la puerta con nosotros, deseándonos lo mejor del Mundo. Nosotros, también los deseamos que ganase toda clase de trofeos futbolísticos. Intercalando regalos para los niños; sacados de unas máquinas de bolas para los niños, que había en la puerta de salida.

Ya en nuestra casa, comentamos los movimientos hechos por aquel futbolista y la maestría de ellos.

ANSELMO -. Has visto, cómo se movía ese futbolista.

CRISTINA -. Pues no lo iba a ver. Si se movía como si fuese una paja tirada al viento.

Muy buena descripción, hizo mi mujer Cristina, para ese formidable futbolista; ya que siempre le llevaremos en la retina: ejecutando aquellos movimientos, con una soltura inigualables y dando unas vueltas, sobre sí, perfectas.

Aunque al siguiente domingo, fuimos al mismo restaurante: no encontramos allí a aquel futbolista, ni a su mujer, ni a los niños. Y como son los niños; ellos jugaban sin esperar a que llegasen los demás niños a dicho juego.

Salimos, de aquel restaurante, un poco decaídos; pensando en la despedida, que habíamos tenido el anterior fin de semana, con la familia del futbolista.

Era claro: se había reanudado la competición futbolística; pues el descanso dado para las personas de esa actividad, por ser días de fiestas, había dado fin a la misma.

Como no podía sostener, más de tres ayudantes; el recto los distribuir entre donde yo había construido los chalés, en una ciudad cercana a la nuestra y los restantes, en oficinas pequeñas, que cree donde tenía yo parte de mi actividad empresarial. Eso sí, previo darlos de baja, para después darlos de alta en su lugar de destino.

Aquellos contratados, eran parte de una nueva entrada de personal; empezando a contar, desde ahora, como componentes de la plantilla de mi empresa.

Teniendo cuidado, con el tiempo que cada persona formaba parte de la empresa. . .y de esta manera, poco a poco, me fui deshaciendo de aquel gran contingente de personal contratado en la empresa. Ya que no nos llegaban, oferta alguna, de una buena construcción; por parte de algún buen constructor.

Dándome cuenta, que había temporadas de gozo y otras de una gran pesadez, por no tener el suficiente movimiento empresarial en la construcción.

Es más: se estaba ralentizando mucho las edificaciones, hasta el punto que parecían totalmente paradas: tanto la demanda, como los clientes.

Cristina se tuvo que dar de baja, como empresaria; asumiendo yo todo el contingente de personal, que existía en la empresa: Enrique, Amparo y Lupe. Me había colocado a mí, mis ayudantes, mejor dicho a una amistad mía, que trabajaba como empresario; por exigirlos la norma de la Ley; pues si no hubiese sido así, no se podía haber dado de baja, como empresaria, Cristina.

CRISTINA -. Y, ¿ahora, qué?.

ANSELMO -. Lo siento. . .de verdad, lo siento. Pero no podíamos seguir con tanto personal contratado en la empresa.

Ya había dicho yo, que era mucho personal el que estaba entrando en la empresa: que el día de mañana; tendríamos problemas con ese personal. ¡Problemas!: muchos y muy destacados; pues en unos días se nos hizo una auditoria, viendo el gestor algún fallo, de poca monta, como se suele decir. Aquellos fallos: la mayoría, no eran imputados a la empresa; sino que eran formas oficiales de falta de algún impreso.

La transferencia del personal de una parte a la otra, se había formalizado bien; pues yo tenía una gran amistad, que construía como empresario; y ahí fueron trasladados mis ayudantes.

Mis ayudantes siguieron trabajando conmigo, en los estudios arquitectónicos; con el impedimento, de la cobranza. Yo transfería el dinero de los salarios de mis ayudantes, a una cuenta, que tenía abierto mi amigo constructor; y así, podían cobrar, mes tras mes, Enrique, Amparo

y Lupe. Hasta que por falta de trabajo, dio en quiebra la empresa de mi amigo, el constructor. Conformando a mis ayudantes, como estaban antes; pero con una solvencia particular. Aquellas personas, tan amables; trabajaban como actividad personal cada una, para un tercero.

Tendría menos ingresos; pues tendría que cubrir los gastos de aquellas personas, en lo que les saliese de la declaración en Hacienda; así, como los gastos de la seguridad social.

No podía consentir, que ellos pagasen todos los derechos como empresarios, sin serlo. Pero eso sí; yo desviaba, cada contrato de construcción a cada uno de ellos, siendo ficticio dichos empresarios. No tenían personal a su cargo; siendo yo el que construía, lo que se firmaba en contrato. Como si me lo hubiese ellos decidido a mí.

Entre falsos empresarios y el poco trabajo que teníamos; todo se desarrollaba en un sentido de agobio colectivo. Lo único que hacía falta, no legisasen tanto, como legislaban.

Menos mal, que encontré un día un escape para mi cerebro; pues Samuel, había organizado, en su casa de campo una merienda para todos los amigos. Y allí, que nos fuimos todos los amigos de la infancia; pasándose bastante bien, cada uno.

Yo veía mal, lo que estaban haciendo las señoras; pues saltaban un charco de agua estancada; que apenas se podía saltar, por estar cada orilla alejada de la otra, un tanto considerable.

Hasta que se calló una de ellas, Andrea; la mujer de Pedro. Y este, como buen financiero; se tuvo que poner, antes de ir a rescatar a su mujer, la ropa bien, quitándose los zapatos. Pero antes que pudiese sacar Pedro a su mujer, ya la había sacado yo de aquella agua pútrida.

Pedro corrió, descalzo, para darme las gracias; y en una de esas carreras, que él dio: se clavó una espina en la planta del pie, por ir descalzo.

Medio sentado, medio dolorido por el dolor que le causaba aquella espina, me quería dar las gracias, recostado a una roca.

PEDRO -. Anselmo.

ANSELMO -. ¿Dime?.

PEDRO -. Te doy las gracias, por haber ayudado a mi mujer, Andrea.

ANSELMO -. Tú hubieses hecho lo mismo, con la mía.

PEDRO -. Desde luego.

Sacaba pecho, de donde no lo había, el amigo Pedro; para hacerse el valiente, delante de su mujer, Andrea.

Todos echaban una sonrisa muy disimuladamente; como no queriendo enfadar al cicerón de aquella merienda: siendo una gran comida y habiendo una gran velada, al tomarnos la tarta, los cafés y las copas.

Allí, nadie hablaba más que otro: todos se conformaban con lo que decía el vecino; y el vecino se conformaba, con que le escucharan los demás amigos de la infancia.

Una velada, normal delo más cordial que se pueda dar; nadie se destacaba sobre el resto de los amigos. La palabra de uno, era la palabra del otro; como si no hubiese ganas de opinar.

Ya en las postrimerías de los postres, llegó Mercedes con una bandeja llena de dulces hecho por ella: rosquillas, canalones, buñuelos, estrellitas, arropo, bateo, con unas galletas que quitaban el hipo.

Y si Mercedes trajo, ese contingente de dulces caseros; mi mujer, Cristina, no se dejaba ganar tan fácilmente: trayendo a aquella fiesta de sobremesa, una buena olla, repleta de chocolate hecho, con churros, porras y un buen surtido de bebidas espirituales; para que pudiésemos dormir la siesta, acostado en una pradera, que había allí mismo.

Yo veía, que Cristina no se dormía. Permanecía con un ojo abierto y el otro cerrado; como si temiese que sucediese algo, que a ella no la gustase nada.

No sabiendo yo, qué era lo que esperaba Cristina que sucediese aquella tarde de deseos fraternales; si todos nos estábamos llevando bien: de lo más normal del Mundo.

Entre felicitaciones de unos, parabienes de otros; nos despedimos de Samuel, hasta la siguiente reunión en familia, para irnos a nuestras casas.

Como la casa de campo de Samuel, se encontraba cerca del pueblo, al final de una calle, a unos trescientos metros: Cristina y yo nos fuimos andando hacia nuestra casa; seguido por el matrimonio, Pedro y Andrea. Llegando a la altura, en aquel camino, donde íbamos nosotros dos, Cristina y yo; con motivo de ir juntos los cuatro.

Cogieron una conversación, entre mi mujer Cristina y Pedro; que si no mediamos, se pegan. Era sobre el fútbol: diciendo mi mujer Cristina, que los blancos eran mejor que los azules; y al oír aquello Pedro, no se pudo

contener, por tirarle mucho la sangre, según él. De tal manera, que se acaloró la conversación: hasta el punto de tener que intervenir nosotros dos, Andrea y yo.

ANDREA -. ¡Cuidado!, Pedro: no te puedo dejar solo.

ANSELMO -. Igual te digo yo a ti, Cristina. ¿No ves que vas dando la nota por este camino?.

No veía nada; y es que cuando una persona la gusta un equipo de fútbol, no se puede hablar mal de él delante de esa persona.

A pique de estarnos entrando en la primera calle de nuestra bonita Ciudad; temiendo yo que los oyese alguna persona a nuestro paso.

Miré para una parte, miré para la otra; no viendo a nadie en las aceras de aquella calle. Temiendo que fuesen oídos y ojos, las ventanas de cada casa, que pasábamos. Por gracia; allí no había oídos, ni ojos que nos viesen: ya que estaban bien cerradas aquellas puertas.

Calmándose los ánimos de los dos, cada vez que avanzábamos en la calle; pues allí cerca se veía el autobús, que nos llevaría al centro de aquella gran urbe. En dos manzanas, nos colocamos bien en el autobús; mirándonos muchos todas las personas, que estaban montadas en aquel medio de transporte oficial. Fuimos avisados, por una chica, que conocía a Lupe; de que este autobús no llega al centro, teniendo que coger, otro autobús más acorde a las circunstancias del centro de la Ciudad.

Cuando nos montamos en el segundo autobús, vimos allí a Enrique a Amparo y a los niños; preguntándonos por su paradero.

ANSELMO -. No los quiero molestar a ustedes. Pero: ¿díganme dónde van?, con el niño.

Al decir yo eso, se me vino hacia mí Alfonsito; que dándome un beso, que me supo a poco, se sentó sobre mis piernas: para que le llevase yo balanceándose.

Mi hija hizo otro tanto de lo mismo; saludando, my efusivamente, a la señora Amparo. La cogía, la zarandeaba, la besaba y hasta la decía guapa delante de todos nosotros.

Qué perfecta afectividad usó mi hija, con la madre de Alfonso; que la quedó embelesada del todo: de tal manera, que no veía, Amparo, más que por los ojos de mi niña, Asunción.

AMPARO -. Qué buena eres, Asunción. . .?. . .

Menos mal que Amparo se quedó ahí; diciéndola a mi niña Asunción; que era bastante buena chica.

Como me los había llevado a mi casa; sacamos mi mujer y yo una cena en frío; jamón, mortadela, paté y un sinfín de productos más de la tierra; rociado con un vinillo, que daba ganas beberse toda la botella.

Como mi mujer, Cristina, no ponía ninguna clase de impedimentos: ya, en las postrimerías de los postres, degustamos un buen helado; para sacar café y algunas bebidas, al tono de aquellos señores.

Luisito estaba ya acostado; pero mi niña, Asunción se encontraba jugando con el niño de Amparo, Alfonsito. No dándonos cuenta, que la placa de vitroceramica estaba encendida; y cuando puso Alfonso sus manos encima, dio tal chillido, que creíamos pasase algo malo al niño.

Le rociamos las manos con una sustancia propicia para ello; calmándose el niño, Alfonso un poco de su quemadura.

Este hecho, provocó que se fuesen pronto, Enrique y Amparo; viendo en el reloj, que ya no era tan pronto, como yo había creído.

Así, como a las tres de la madrugada, nos acostamos Cristina y yo; oyendo en el salón de la casa unos ruidos, como si alguien estuviese jugando: y así era; pues Asunción estaba manipulando un cochecito inalámbrico, por todo el salón de la casa.

Me fui a donde se encontraba ella, para cogerla en mis brazos y besarla, efusivamente, en la frente, diciéndola palabras de agrado.

ANSELMO -. Hija: Cielo; no ves que es ya muy tarde, cariño.

ASUNCIÓ -. Sí, papá.

Abrazándome con sus bracitos, me quería dar un beso; pero como no alcanzaba, yo la arrimé mi cara: propinándome un beso, que me supo a poco.

Su madre hizo otro tanto de lo mismo; al cogerla, con esa maestría que tienen las señoras, para coger a sus hijos en los brazos, la decía palabras tiernas y sencillas: de tal manera que no pude yo, por menos, que echar una lágrima por los ojos, de placer. Al ver que se llevaban también, madre e hija.

CRISTINA -. Cariño; ¿No ves la hora que es?. ¡Anda!, cielos: vámonos a la cama, que está siendo tarde.

ASUNCIÓN -. Sí, mamá; cuando tú quieras.

Yo la cogí a mi mujer de los hombros, dirigiéndola para el cuarto de la niña; mientras me estaba secando los ojos, de placer y orgullo; al ver a la madre y a la hija, en perfecta armonía.

Acostamos a la niña; o por mejor decir: la acostó su madre, cantándola una nana al mismo tiempo que se dormía la criatura.

Enternecedoras palabras, enternecedores actos hubo aquella noche en mi casa; entre nosotros tres; porque Luisito no se enteraba: estaba durmiendo.

Amaneció muy temprano; eso que lo creía yo: siendo la misma hora de siempre. Lo que pasaba, que nos habíamos acostado bastante tarde; haciéndonos, que eran horas intempestivas de la mañana.

No sé como llegaría yo a la oficina, que no pudieron, por menos, que decirme algo estricto a mi manera de ser.

ENRIQUE -. Lo que hace llevarse bien en casa.

Hasta ahora no me había dado cuenta, cuando que los miré a ellos; a Enrique y a Amparo: viéndolos ese fatuo que una persona porta en la cara, cuando está conforme con su medio ambiente, en su casa.

Esa manera presumida que tiene una persona, cuando se llevan bien todos los de su casa.

ANSELMO -. Pues no digamos ustedes: se los ven en la mirada, ese brillo, que una persona tiene, cuando está alegre y confiada.

AMPARO -. Felicitémonos mutuamente; pues nos lo hemos ganado, teniendo confianzas en nuestros hijos.

Sí; eso sí era verdad: pues ellos y nosotros confiábamos en nuestros hijos; siendo la confianza mutuamente entre padres e hijos.

Entré en mi despacho, no pudiendo trabajar al ritmo que yo quería en aquel día; cuando tenía que desarrollar un trabajo de planos.

Hasta la intercesión de las líneas no casaban correctamente, por temblarme el pulso, al unísono concierto de una nana. Ya que yo, estaba oyendo, todavía; ese cante que su madre de Asunción había recitado la noche anterior.

Una nana agradable para mi hija y para mí; ya que su madre canta perfectamente dichos temas.

No dándome cuenta, que el principal problema lo tenía dentro de la oficina; o por mejor decir, en el trabajo cotidiano; bajándome, enseguida

del pedestal etéreo, donde yo me encontraba: pues aquel problema, era un verdadero escollo. Un escollo, que no podíamos salvar tan fácilmente, como yo creía.

Pues mientras estuviese subido en aquel pedestal incorpóreo; no había manera de resolver bien aquella dificultad en el trabajo; siendo que el trabajo no existía. Se había terminado, el trabajo por cierta manera de Dios sabe qué.

Hasta pensé, que si esto siguiese de la manera que está; tendríamos que remangarnos nosotros en algunas edificaciones: pensando, a la velocidad del rayo, que daría, cada edificación, lo bastante para contratar personal experto en la materia de la construcción.

Alguna cláusula habría, en donde se pudiese contratar al personal, de manera eventual y no efectivo; ya que al parecer, teníamos alguna demanda, para que construyésemos una casa o un chalé, de tiempo en tiempo muy dilatados.

¡UNO!; un señor se acercó a los estudios de arquitectura, demandándonos una edificación sobre una casa: más bien sobre el lado trasero. Ya que existía un terreno no urbanizado y lo quería hacer un estudio para su hija; pues era fotógrafa.

Como los padres de aquella chica, vertieron en ella todo parecer en la obra; nos comunicamos con dicha joven; no teniendo ni idea de lo que ella quería que hiciésemos.

Por lo menos, no la entendíamos Enrique y yo. Menos mal que estaba allí Amparo; otra mujer, que sí la entendió de buenas ganas.

Pero cuando terminamos de edificar aquel estudio, la chica aquella se quedó decepcionada al ver la clase de edificación que hicimos para el estudio de ella.

Acudiendo sus papás muy nerviosos; al parecer, por ver a su hija con tantos nervios, al pie de la construcción.

Ni a la hija, ni a los padres les gustaba dicha construcción; muy rústica según dijeron los padres de aquella joven.

Según entendimos, tenía que ser un estilo más moderno; en donde la fachada tenía que ser más retorcida en forma.

Al parecer se hacía para atrás, con esa construcción; estando remiso para transferirme la cantidad, que faltaba de dinero por entregar.

Duramos años, para cobrar el recto del presupuesto no pagado hasta ahora: no detallando los pasos dados.

Pero en general; yo no hacía construcciones barrocas, ni mucho menos estructuras de forma retorcidas: ya que lo moderno era otra cosa, en tiempos que yo construí el estudio para aquella chica.

Pero eso sí: al final la entendimos bastante bien a la joven; cómo quería ella que construyésemos ese estudio y la forma del mismo. No acatándolo más tarde. Se veía que querían chafar el pago del proyecto, sus padres y ella.

En las fiestas había que tener cuidado; no fuese a ser, que por unas horas de relax bien allegadas, tuviésemos problema el resto del mes con la capacidad adquisitiva en casa.

Comprobando, que los demás amigos; sí sabían, muy bien divertirse y guardar su dinero a buen recaudo: pues a la primera fiesta que fuimos, pagamos a escote cada uno nuestra consumición. Quedándonos, enteramente enganchados para asistir a otras fiestas de amigos, Cristina y yo.

¡Claro!, que volvimos; sin evasión física y psíquica no puede vivir la persona humana; existiendo una velada agradable, entre nosotros, como nunca había visto yo.

Volvieron entre nosotros, las reuniones en cada casa de los amigos de la infancia: hoy en una y mañana en otra.

CRISTINA -. Qué bien me encuentro aquí.

Así se expresaba mi mujer Cristina, que dándome un beso de amor en la cara, recostó su cabeza en mi hombro; en señal de lo a gusto que ella se encontraba.

Yo la cogí sobre mí, abrazándola todo el cuerpo; como queriéndola decir, que aquí estaba yo: para ayudarla, defenderla, quererla y amarla sobretodo.

A la voz, “qué a gusto estoy”; salió otra de mi boca; dándola el consentimiento de quererla toda la vida. Mirándome fijamente a los ojos, mi mujer, Cristina.

Al ver aquello mi niña, Asunción; salió corriendo para llegar rápido a donde nos encontrábamos su madre y yo; abrazándonos a los dos, con un solo hecho.

Pero como la niña, no podía abarcarnos a nosotros dos al mismo tiempo: primero se fue con su madre, dándole infinidad de besos; para más tarde, venirse conmigo, dándome tantos abrazos, que ya me dolía el cuerpo, por la fuerza empleada en ellos.

Parece mentira, como una niña de su edad tiene tantas fuerzas, cuando se la toca en el sensorio común.

Entre aquella euforia de amor y reconciliación personal, entre nosotros dos, Cristina y yo, por algo que no había existido; llegó la hora de nuestro descanso. Acostando, primero a la niña, para después hacerlo nosotros dos: Cristina y yo.

Al siguiente día amaneció muy temprano; o mejor dicho: los que nos levantamos temprano fuimos nosotros dos, al oír el canto del gallo, en la lejanía.

Teníamos un deseo personal: y era el apuntarla a la niña para la catequesis; pues queríamos que hiciese la primera comunión, a los nueve años, quedándole dos años para tal fin.

Al terminar de celebrar la misa, el sacerdote; fuimos a la sacristía para hablar con aquel religioso: recibiéndonos con todo el amor del mundo.

Una vez que fue apuntada nuestra niña para la catequesis; salimos de la Iglesia totalmente ufanos por haber hecho aquel acto de hermandad.

Lo único que nos correspondía a nosotros, era asistir a misa los domingos y llevar a la niña a la sacristía, para que la impongan en la religión.

Se acortó el tiempo, para asistir con los amigos a algún evento personal, por parte nuestra: siempre sería después de misa.

Aquel domingo estaba chispeando, aunque fuese verano; no pudiendo ir, ninguno de nosotros, para celebrar la merienda en una casa de campo; así que nos quedamos en una cafetería cercana a la iglesia. Viendo con sorpresa, que entraban los amigos de la infancia en aquella cafetería: ahí teníamos ya ese evento, casi familiar, entre nosotros, los amigos.

Pero también vimos entrar en aquel establecimiento, al ex compañero de trabajo de Cristina, Isidoro; que haciendo acto de presencia, fue a saludar a mi mujer: como si nada hubiese pasado entre él y nosotros.

Los demás amigos, se quedaron boquiabiertos al ver tanta desfachatez en aquel hombre; que no pudieron, por menos, hablarle claro y corrido a Isidoro.

SAMUEL -. ¡Oiga usted!, Isidoro. Su presencia, no nos he agradable, para nada.

PEDRO -. Haga usted, Isidoro; dejar en paz a nuestros amigos, de la infancia.

Isidoro, se nos quedó mirando a la cara; mirándonos nosotros dos, Cristina y yo a los ojos, como diciéndonos: aquí no se le ha perdido nada, a este señor. Comprendiendo Isidoro; que dando media vuelta se fue por donde él había venido.

La alegría en aquella reunión, volvió a reinar en nuestras caras; que en vez de estar llenas de sorpresa: se llenaron de júbilo. Siendo ese gozo, que presentábamos en la cara, el sabernos ser amigos de por vida; habiendo ahuyentado al malhechor de nosotros.

Levantándose Prudencio, con algún deseo primordial para nosotros. Y cogiendo su copa la alzó, todo lo que pudo, sobre su cabeza.

PRUDENCIO -. Alzo mi copa; al sabernos ser amables y buenos amigos: defendiéndonos de nuestros detractores.

TODOS -. Hipp Hipp Hurra Uf.

Por aquella decisión y ganas de ser una piña, todos nosotros; se alargó bastante nuestra estancia en aquella cafetería. Y como la cafetería tenía, también restaurante; nos entramos en el mismo, para degustar una merienda en frío: pues aquel día no estaba la cocinera, asistiéndonos un joven poco experto en cocina.

Como ese día, todo lo pasábamos por alto; no iba a ser menos, ese acto de buena voluntad, al servirnos aquel joven una merienda en frío: unas veces, queso, otras, jamón con un buen lomo, ó algún embutido de sorpresa.

Aceitunas, berenjenas, pepinillos salpicón, ensaladilla, salmorejo y patatas fritas. Así como multitud de alguna golosina más; que nos llenase el estomago.

Aquel día comimos mejor; que si hubiese estado la cocinera en los fogones de aquel restaurante: por lo menos comimos mucho más, al no tener medidas el joven en lo que ponía.

Como la comida en frío era sabrosa; algunos de nosotros pedimos que nos la embasara, para llevárnosla a casa, la que había sobrado: Y así se hizo.

Teniendo plan para la tarde noche, en alguna casa de nosotros; pues aquella comida, no podía sobrar, al gustarnos mucho.

PRUDENCIO -. ¿En la mía?.

SAMUEL -. Qué dices?, Prudencio.

PRUDENCIO -. Esta tarde noche; podemos consumir toda esta comida, que ha sobrado, en mi casa: todos juntos.

Como nadie tenía que hacer nada, aquella misma tarde; aceptamos de buenas ganas, ir a casa de Prudencio, para dar fin con aquellos buenos manjares, que nos había servido el joven, en el restaurante de la mañana.

Fui con un poco de recelos a casa de prudenció; para estar todos los amigos juntos aquella misma tarde; no sabiendo si Mercedes se estuviese quieta, o por el contrario me obligaría hacer algo, que se diesen cuentas los demás amigos.

La puerta nos la abrió él mismo, el amigo Prudencio; con una amabilidad entrañable y una calma supina; ya que nos hizo lavarnos las manos, en el inodoro de la casa. Para pasarnos, después, al salón del mismo hogar de ellos, Mercedes y Prudencio.

Al parecer, éramos los primeros que habíamos llegado a la casa de estos amigos: trayéndonos muy comedidamente, Mercedes, una queimada hecha por ella, en un recipiente de barro; para que no perdiese el gusto.

ANSELMO -. Mercedes.

MERCEDES -. Dime, Anselmo.

ANSELMO -. ¿Tú no eres celta?.

Mercedes se sonrió un poco, disimulando que hablaba conmigo; pues apenas me hacía caso, como si de otra amiga se tratara ella.

MERCEDES -. Pues no, amigo. Pero este néctar agradable, lo aprendí un tiempo que estuve en Santiago de Compostela.

Agradable o no; pero escarbaba en el estómago demasiado; por el componente que estaba hecho: no antes, sin llamar a los fenómenos de la naturaleza, para que nos trajesen a nuestros amigos y compartiesen con nosotros esa queimada. Siendo sus componentes: aguardiente, azúcar, corteza de limón, gustándonos mucho aquel compuesto.

Así, como a los cinco minutos, sacó otro recipiente de barro, con otra queimada: ¡eso que me lo creí yo!; pues en su mezcla iban más

componentes, como: café sin moler, con trozos de manzanas y uvas. Preguntándonos a nosotros, Cristina y a mí; nuestro parecer.

ANSELMO -. Sencillo; pero bueno, la primera queimada; la segunda, con mezclas pensadas y bien cogidas de la naturaleza.

MERCEDES -. No te confundes, amigo.

En vez de decir mi nombre, Mercedes me trató de amigo; como si fuese un conocido lejano, que le tiene en casa, esperando a los demás amigos. No tardando llegar el resto de los demás amigos de la infancia a casa de Mercedes y Prudencio; ya que estos los estaban esperando con sumo agrado.

Los cicerones que teníamos, por ahora, se estaban portando correctamente, sin contratiempo de ninguna manera en sus actos y en sus palabras. Hasta el punto que me estaban dando confianzas, para hacer y decir lo que yo quisiera.

Y sí; sí lo dije, sin haberlo pensado y sin esperar contestación alguna; ya que no eran insinuantes mis palabras, vertidas al viento.

ANSELMO -. Qué paz y qué gloria: ¡qué bien se está aquí!

CRISTINA -. Sí, ¿verdad?, Anselmo.

Cristina había empleado esa poca de picardía, que siempre sale de los labios de una mujer celosa; no volviendo a decir yo nada más en aquella tarde de juntas, con los amigos de la infancia.

Acercándose a mí, la amiga Antonia; con ganas de saber algo de mi persona, y mi persona no estaba por decir nada sobre mi vida.

ANTONIA -. Estás muy callado. ¿Qué te pasa?.

ANSELMO -. Nada, Antonia: estoy meditando sobre el trabajo, que tengo mañana. No sé cómo hacer.

ANTONIA -. ¡Anda tú!; ¿no eres arquitecto?.

ANSELMO -. Sí; pero los arquitectos, también dudan si empezar el trabajo de una forma o de la otra: para que les salgan bien y en pocas horas.

Quedó bien sentado, que yo dudaba de qué manera tenía que empezar a trabajar; no que dudase de la forma de trabajo. Yéndose Antonia con las demás amigas; para hablar entre ellas.

Cuando estábamos en lo mejor de nuestra reunión, llamaron a la puerta de Prudencio; siendo Isidoro, preguntando por mí.

Yo salí a la puerta de la casa; para saber lo que me quería decir Isidoro: sospechando que este hombre me traía algún recado malo, por su parte.

ANSELMO -. ¿Qué desea usted?, Isidoro.

ISIDORO -. Necesito que me construya una casa de una sola planta.

ANSELMO -. ¿Con todas clases de comodidades?.

ISIDORO -. Sin ninguna clase de comodidades: pues entonces, no le podría pagar a usted, Anselmo.

Alegué tener bastante trabajo; no pudiendo comenzar las obras de la casa hasta dentro de dos años. Molestándose mucho el señor Isidoro; al saber que la construcción de aquella casa no sería inminente.

Pensé a la velocidad del rayo: que si yo le construía la casa, el que le traía al pueblo, era yo.

A parte que, una obra menor da mucho trabajo; llevándose muchas horas de jornadas, echadas en ella.

No dijo ni una sola palabra el señor Isidoro, dándose media vuelta con cara de pocos amigos.

Se cruzó entre medio de aquello, el saber que una persona de la Ciudad donde se construyeron los chalés de lujo; estaba haciendo por sacarme mucho dinero, alegando falta de no haber vuelto a revisar los chalés.

Tenía razón; pero el plazo habitual no había terminado: tenía un mes más para ir a inspeccionar la construcción de aquellos chalés.

Me presenté en el Excelentísimo Ayuntamiento; para que el Excelentísimo Alcalde firmase mi presencia, con motivo de ir a revisar los chales que se habían construido, por mi parte.

Una negativa tuve por la parte del mayor responsable de aquel consistorio: yéndome al notario, para que me firmase mi presencia en aquellos chalés. No conformándome, me llegué al Juzgado; explicando mí caso, sencillamente. No detallando ninguna clase de impedimento, que me había pasado.

Me explicaron, que el señor secretario del Excelentísimo Ayuntamiento, me podía firmar mi presencia, para inspeccionar aquellos chalés; pues yo lo tenía firmado en aquel consistorio.

Salí de aquella Ciudad, un poco nervioso; pero exento de cargas jurídicas y de morosidad en los hechos.

¡Era difícil!; muy difícil la trayectoria de mi trabajo, en tales medios. Sospechando yo, si acaso hubiese alguna mano detrás de todo ello.

Pero como todo estaba siendo muy legal; me tuve que callar y acatar las exigencias de algunas personas: dentro de su idiosincrasia cultural.

Me fui a mi Ciudad en mi coche, con lágrimas en los ojos; al comprobar la desidia de algunas personas, no todas.

Al llegar al estudio de arquitectura, menos mal que sí tuve un golpe de suerte: una alegría me invadió todo el cuerpo, cuando supe que un señor particular me quería contratar, para que le hiciese una casa de campo, con cuadras de caballerizas, así como sitio para su doma. Con unos buenos aparcamientos de coches, en un llano cerca de las cuadras.

Aquel señor, quería tener una caballeriza propia; preparada para las carreras de caballos, así como para alquilar alguna que otra montura de equitación.

Fuimos Enrique y yo; para inspeccionar aquel terreno: debiéndose allanar un montículo, que había en el medio de lo que iba a ser la edificación. Y ahí dimos en hierro; pues aquel señor tenía aquel montículo como referencia de sus antepasados: no queriendo se demoliere aquella mole de tierra, para nada.

Podíamos hacer otra cosa; en vez que la pista de entrada a dichas caballerizas fuese recta, la haríamos curvada, salvando aquel montículo de tierra, que había en el medio de la pista.

Otro tanto de lo mismo: aquel señor no quería que se entrase en forma curvada a las caballerizas; y para arrancar la pista desde la carretera, teníamos que desviarla un poco más, hacia el este de la caballeriza. Su arranque sería más abajo de donde se quería, se iniciase aquella pista.

Siendo los terrenos donde se quería empezar la pista del Excelentísimo Ayuntamiento; pidiendo una concesión, no dineraria; pero sí, para que todo el consistorio pudiese participar en los eventos, como personal invitado a ellos.

Aquel señor, el constructor, accedió a lo mismo; teniendo la posibilidad todos los concejales y el mismo señor Alcalde de entrar gratis, a las demostraciones de los caballos, así como a ser rebajada cada cuenta en el bar de las caballerizas.

Empezamos las obras, con materiales no asequibles a esa forma de construcción; pues el señor constructor se quería ahorrar la cantidad dineraria, de aquellos escapes de dinero, como tendría con el consistorio.

Pero yo no estaba por construir con materiales, a la altura de la circunstancias; así que me fui un día a donde iba a ser el gran complejo ecuestre y de equitación; enseñándole al constructor un presupuesto abultado, así le haría otro acorde de lo que él me estaba pidiendo.

Así fue: todo lo pasaba aquel hombre; con tal que se lo hiciese bien y pronto el complejo ecuestre.

Se alegró mucho el constructor, al ver el siguiente presupuesto muy mermado de cargas económicas; y hasta sociales.

La alegría fue para mí, en aquel día que firmamos el contrato de la construcción; siendo yo su arquitecto: pero también, el encargado de hacerlo. Contrataba el material; y según la mano de obra, pues toda la persona no se las puede poner en el mismo trabajo, al no saber hacerlo.

CONTRATISTA -. Esto va mejor que yo creía.

Así me hablaba un día, el señor contratista; no sabiendo él, que los materiales eran de primera y la mano de obra: toda la mejor de este contorno.

CRISTINA -. Te vuelvo a ver, otra vez, cansado.

ANSELMO -. No es para menos. Son ochenta kilómetros para allá y otros ochentas para acá; amén, de que al llegar al pie de la construcción equina, no tengo mesa de estudio acondicionada: allí, donde yo pongo unos cuadernos, no puedo poner un croquis; contra más, un plano del complejo ecuestre, siendo lo propicio. En aquella mesa, no se puede detallar nada.

CRISTINA -. Ya: ¡ya te veo!

Pues era, que Cristina sufría al verme cansado y como agotado por el mucho trabajo que tenía en aquellos días.

Con la siguiente pega, que aquel señor; ya había metido donde iba a estar las caballerías, algunos caballos, para que se fuese acostumbrando al medio ambiente y a todo lo que existe alrededor, del complejo.

Pues esa siguiente pega: era que tenía que limpiarme bien los zapatos, si no quería entrar en casa cantidad de estiérco de esos equinos. Trayendo a casa, algunos croquis manchados; y para que no se manchasen, ideé

envolverlos en prácticos fuertes, no dejando pasar por ellos basura alguna.

Yo parecía un operario de la construcción; no dejando ver a nadie, que el arquitecto era yo. ¡Qué más quisiera!: si yo estaba totalmente cambiado, en hechura y en forma. Tal y como me habían hecho, no me parecía para nada; y en cuanto a mi perfil físico, me clareaba.

No era para bien: aquello me desbordaba mi existencia; pues por mucho tiempo, no podía seguir así: con tanto trabajo y tan poca comida; ya que yo salía de casa, antes del amanecer y sin haber desayunado para nada.

Para desayunar o tomar un bocado, tenía que irme a tres kilómetros, que era donde estaba el pueblo más cercano; queriendo yo estar con los empleados en esa obra, que no a distancia de ellos.

Una noche, me cogió mi mujer Cristina, cortando queso, lomo y unos tacos de jamón; teniéndola que explicar yo las causas por lo que yo hacía eso. Y esa misma tarde fuimos a mercar una fiambarrera: para que me cogiese, todo lo que me llevase, de comida, a la obra.

CRISTINA -. Ahora sí, hijo. Ahora puedes llevarte más comida a tu trabajo; y recelo, por no decírmelo antes.

ANSELMO -. No te quería molestar.

CRISTINA -. Déjate de molestias.

Así se expresaba Cristina delante de mi persona, y mi persona estaba que no cogía en la ropa; de lo contento que estaba, al oírla hablar a mi mujer de esa manera.

Un poco más atendido iba yo todos los días, por aquella carretera con tanto tránsito; que me parecía mentira, no me diese a mí un “yuyo”, al ir solo por esa vía tan transitada.

Pero no: no me daba miedo, al verme solo, conduciendo con cuidado, por aquella carretera; ya que la alegría era mucha, al tener trabajo y el deber me llamaba hacía mí puesto de trabajo.

Y eso, que Enrique; también se venía a trabajar al complejo equino; pero él salía una hora más tarde de su casa, hacia aquel complejo: que tanto daba que hablar y a nosotros nos estaba matando.

Un día de tormenta y rayos; no sabía yo qué hacía en medio de la carretera: cuando todo el mundo se encontraba durmiendo.

Menos mal a los rayos; cuando yo veía algo, que cuando cesaban esos rayos, se oscurecía la carretera: ya que esta era negra, por el asfalto.

Me restregué los ojos, al ver una figura como difuminada por la hora tan mala que era de la madrugada. Sin ver más para allá de dos metros; pude distinguir una figura humana, a través de un rayo.

Aquella figura estaba en mitad de la carretera: quieta, sin moverse; aunque me estaba viendo llegar a ella. Ese peligro no lo driblaba, al saber, que yo iba frenando. Recorría yo, cada metro de carretera con mucho cuidado; para saber dónde se encontraba esa figura humana: pues tenía que estar, ya, cerca.

Cerca me vi; pero de un coche que venía detrás de mí, habiendo un contacto de alcance de poca monta: pues el conductor de aquel coche venía lento.

Nos bajamos los dos de los coches, observando un roce en mi coche de pintura; no más de un centímetro: y entre el conductor del otro coche y Mercedes, pues ya había llegado al lugar del siniestro, no sabía yo a quién atender primero.

Nada se apuntó, ni nada se hizo; por tan poca cosa: pero cuando se fue el conductor del otro coche, me quedé solo con Mercedes.

ANSELMO -. ¿Qué haces aquí?. Y a esta hora.

MERCEDES -. Se me ha parado el coche, sin motivo alguno.

ANSELMO -. Voy para echarle un vistazo, al motor del coche.

MERCEDES -. Me estoy quedando enteramente empapada de agua. Entremos en el coche.

Quise sentarme en el asiento del conductor; pero Mercedes me indicó, que era mejor sentarse en los asientos traseros.

Así lo hice; y nada más sentarme en el asiento trasero, me cogió Mercedes del cuello, atrayéndome hacia ella, con todas sus fuerzas. Y al mirarla a sus piernas, pude ver que no tenía ropa interior alguna; solamente iba vestida con una bata ligera de verano.

La bata se la quitó, sin saber yo cómo; pero lo más decepcionante era, que a mí me desnudó en unos momentos, no más de medio minuto.

Nos levantamos, no digo yo limpios; pues eso no se podía decir: pero sí con un poco de decepción en nuestro pensamiento, al acordarnos de lo que habíamos ejecutado, momentos antes.

Quise ver qué le pasaba al coche; poniéndome una mano delante, Mercedes, como para sujetarme.

MERCEDES -. He pasado muy mala noche. Tú crees, que si no, ¿hubiese estado yo aquí?.

Así se expresaba Mercedes, todavía medio desnuda: no dando yo crédito a lo que estaba oyendo y viendo, por razones obvias. Para que no fuese un mal entendido lo que pasó aquel amanecer de tormenta y oscuridad.

Arrancó su coche, Mercedes, correctamente; marchándose de aquel lugar sin decirme adiós. Parecía que un viento fuerte y frío se la llevaba a su casa: donde debía haber estado.

Yo llegué a la obra, con un cierto nerviosismo; como si me pasase algo malo, no sabiéndolo contar. Arrimándose a mí Enrique; pues ya se encontraba allí, en el lugar de la obra. Y arrimándome su cara y con mucho sigilo, me dijo algo que me quedó helado.

ENRIQUE -. La señora Mercedes, le tiene a usted, Anselmo; como si fuese su marido.

Al comprobar aquellas palabras, que me dijo Enrique, muy cerca de mi oído; me subió un escalofrío por todo mi cuerpo, que no podía estarme quieto, por más que yo lo deseaba.

No le dije nada a Enrique; solamente me limité a mirarle a la cara, como dándole la razón, sin saber por qué.

Pero cuando le observé mejor a Enrique, vi en él un par de botas de gomas y unos pantalones de pana: no siendo óbice, para llevar yo otro tanto de lo mismo; puesto en mi cuerpo.

Le eché para atrás, a Enrique, con una mano; apretándole su tórax con fuerzas; para verle mejor. Y al mirarme a mí mismo; no me extrañó nada aquel atuendo, que llevábamos los dos: si parecíamos unos simples peones de albañil.

ENRIQUE -. ¡Jesús y María!.

ANSELMO -. Sí. Eso mismo digo yo: ¡Jesús y María!.

No nos valió con invocar a las divinidades consagradas por nosotros; que sonó la campana, dando comienzo la tarea, que teníamos encomendada cada uno, en el trabajo.

Debíamos tratar bien a esta obra; pues era lo único que teníamos, para construir un complejo equino de equitación. En aquel momento, observé

que el móvil tenía un ruido bronco y como si se quisiera mover: que era, cundo recibía yo un aviso de otra persona.

Era Amparo; anunciándome, que habíamos tenido un aviso para recorrer un tejado de una casa, en nuestra Ciudad.

Diciéndole yo a Enrique, que mañana se quedase en nuestra Ciudad y que destacase a un par de peones, para recorrer un tejado de una casa.

ENRIQUE -. Así será. Recorreré el tejado de la casa.

Al siguiente día, me encontré sin Enrique en la construcción de aquel complejo equino; sin una ayuda, que supiese los intrínquilis de la construcción. Pareciendo, que yo no me hacía sin Enrique: una persona noble y lista a la vez; pues sabía lo que hacía, sin miedo a implantar, en el encargado de los peones, ese saber adquirido en una Facultad.

Al día siguiente me vi solo, sin Enrique; siendo la fatalidad, que aquel día se nos presentó una falla en el terreo, haciendo parar en aquella parte del terreno el trabajo. Sacando yo los instrumentos necesarios para estudiar la falla: viendo, con excepción un vacío, provocado por una bola de gas menor; pues no era más de siete metros. Lo suficiente; como para pensar, que no había hecho bien mi trabajo, provocando un paro de construcción en aquella parte de terreno, hasta Dios sabe cuándo.

Me fui derecho a mi despacho, una pequeña habitación, ya construida para tal objeto. Entre gráficos y croquis, con sus diseños; me puse a ver si daba con el terreno que se había provocado la falle: encontrando en croquis una especie de falla, poco considerable; pues inyectando aquel lugar con hormigón, sobraría para dejarnos trabajar en el.

Yo veía, que la noche venía a toda prisa; llamando a mi mujer Cristina, para que no me esperase aquella noche; pues tenía mucho trabajo en el estudio de aquel complejo de equinos.

Una hora; solamente duré yo solo una hora, ya que hicieron presencia, Cristina y Enrique. Este comenzó ayudándome a estudiar el terreno, tal y como era: no viendo nada anormal en la corteza de la tierra, en ese sitio.

Según Enrique: se limpiaba ese hueco, para cubrirlo, más tarde, con quintales de tierra, cogida de alrededor.

Pero la realidad era otra: yo tendría que dar cuenta al Ministerio de Industria, a un departamento que hay para hacerlo. Quedándose Enrique,

como si estuviese pensando; pero con todo y eso, no dijo ni una sola palabra.

No lo paramos nosotros; nos lo pararon por parte oficial: ya que allí se creía había existido el mar, en su tiempo; pues el mar no estaba lejos.

ENRIQUE -. Y ahora: ¿qué hacemos?.

ANSELMO -. Esperar y rezar; por supuesto.

Tan mal se lo estaba contando a Enrique; que no pudo, este más que suspirar un poco.

Hasta que me acordé de los planos que obtuve del Excelentísimo Ayuntamiento donde pertenecía aquella ubicación de terreno; ya que no estaba muy lejos la urbe del complejo equino.

Pero como la fotocopia de aquellos planos, yo los tenía en casa; dejé a Enrique encargado de la obra, junto con el encargado del personal: yéndome a mi casa, para poder estudiar, detenidamente, aquellos planos.

Ahora sí, que yo tenía una escapada; porque en aquellos planos no había falla alguna, al igual en los croquis y planos que yo había confeccionado.

Me fui hablar con el departamento oficial, donde dependían los estudios de aquel terreno; diciéndome allí, que aquella falla, se creía, tenía no más de dos días de existencia.

Salí de allí ensanchando el pecho; pues hasta entonces, no me entraba el aire en ellos todo lo bien que se quería.

Ni en el Excelentísimo Ayuntamiento, ni en el departamento oficial, ni yo; teníamos los planos con alguna falla, encontrada en aquel terreno.

Esperé para que me llamaran en el Departamento oficial, para darles un pliego de descargo; sobre dicho hallazgo.

Me despidieron, en aquel Departamento oficial; dándome una palmadita en la espalda, diciéndome -. No pasa nada: estese usted tranquilo -.

Al comunicárselo a mi ayudante, Enrique: este pensando un poco retorcido, me dijo algo que ya me sonaba.

ENRIQUE -. No quieren que se sepa.

ANSELMO -. La verdad, creo yo, que es: la bolsa de gas se ha presentado, por eso; por hacerse allí una falla, dejando salir el gas en ese momento.

Lo cierto era, que oficialmente no sabíamos nada: dejándonos a nosotros con ese cargo de tener que hacer la entrada por el lado contrario a la falla.

Nunca se ponía nervioso el constructor, hasta ahora; cuando se enteró que costaría más dinero, la construcción del complejo equino: echándonos a nosotros la culpa, e inclusive, teniendo nosotros un requerimiento judicial a los pocos días.

Aquel Ayuntamiento se portó muy bien con nosotros; no deseando echarnos la carga social de aquella falla. Ya que ellos, tampoco la habían detectado.

Aquí paz y aquí gloria: donde nunca ha habido, nunca hay nada de lo dicho; pues aquello se guardó en los armarios, sin otro contratiempo.

Llegando a casa y saludando a mi mujer Cristina, muy eufóricamente; como si en ello fuese todo mi cariño. Con esa alegría presentada, delante de mi mujer.

CRISTINA -. ¿Qué te pasa?.

Así se expresaba mi mujer, Cristina, delante de mí: y yo, sin dudarlo la respondí afirmativamente.

ANSELMO -. A mí, no me pasa absolutamente nada.

Así eran las cosas que se estaban dando en aquellos años; sin quitarnos a Enrique y a mí de ser unos simples peones de la construcción: o por lo menos, lo parecíamos: por culpa de la crisis.

Lo que no contábamos, era que el dueño de los equinos, el constructor, nos metiese, en el complejo, toda la caballería antes de haber terminado aquella grandiosa construcción equina.

Sí; porque un día, al llegar al puesto de trabajo: ya se encontraban dentro del complejo, por lo menos siete caballos.

Allí no había quien hiciese nada; pues a una carrera de un caballo, seguía otra, de otro caballo. Hasta tal punto estuvo Enrique, que le pasase por encima un equino: viéndolo yo muy mal para mi ayudante.

ANSELMO -. Quédate quieto, Enrique; el caballo sabrá lo que hace. El instinto, que tienen ellos es enorme. Así te rodeará y no te pasará nada.

De esa manera fue; pues el caballo, dando con el cuerpo un giro hacia un lado, le rodeó; no tocando a Enrique para nada.

Lo malo era, que venía otro caballo detrás del primero, sin haber visto a Enrique, que estaba ya en los suelos. Se había caído por el mucho miedo que este tenía, por ser pisado.

El caballo hizo unos movimientos, como para ser enmarcados en un cuadro: se paró de repente, alzando una pata sobre Enrique y con las traseras se elevó por encima del cuerpo de mi ayudante.

Cuando pasó el caballo, por encima de Enrique, sin tocarle para nada; este se levantó santiguándose y como sudando; por el mucho miedo que había pasado.

Yo corrí al lado de Enrique, para aliviarle en su estado anímico que se encontraba: y este, en vez de dejarse ayudar por mí, me esquivaba todo lo que podía. Parecía como si me viese a mí, que le fuese hacer daño.

Al día siguiente hablé con el señor constructor, el dueño de los equinos; con la sola idea de que guardase los caballos en los establos: diciéndome él, que por eso había traído al complejo los caballos; porque sabía él que estaban terminados de construir dichos establos.

Le invité, para que los tuviese allí metidos; diciéndome el dueño de los caballos: que convenía corriesen sus caballos para estar duchos en las carreras.

Como donde se hacía la equitación y doma de los caballos, les faltaba la valla, comencé a construir dicho receptáculo para que los equinos se estrenasen allí; y no a campo a través, como hacían ahora.

Aquel vallado que hice, fue a estilo Cowboy; precioso, bonito y enorme; siendo de los más preciosos que se ha dado hasta ahora, en aquel cercado.

Hasta tal punto, que el dueño de los caballos me dio las gracias por edificar tal preciosidad: como nunca la había visto él.

Poco más teníamos que hacer, en aquel complejo equino; solamente desearle al constructor, el dueño de los caballos, toda clase de éxitos con los mismos equinos.

En contra prestación de los servicios prestado para tal fin; el constructor nos invitó una cena en el mejor restaurante que había en nuestra Ciudad; pudiendo invitar a las personas, más afines a nosotros.

Por supuesto, yo extendí aquella invitación a todos mis amigos; no quedándose ninguno, según pude comprobar: y para tal fin me fui al sastre para que me hiciese a mí un traje a medida. Mi mujer se hizo otro en un taller de señoras, que había cerca de casa.

Pero estando midiéndome tomándome el sastre las medidas, vi entrar en el local a Gervasio, con su madre; que iba, también, a lo mismo.

Nos saludamos muy cortésmente; como si en ello fuese nuestra amistad personal: saludando, también, a su madre y dejándola el sitio a ella. La mejor silla que había en aquel establecimiento de sastre.

GERVASIO -. ¿Qué es de su vida?.

Así comenzó hablándome Gervasio: con esa confianza, como si ya nos conociésemos de toda la vida.

ANSELMO -. Pues, mire usted, Gervasio: quiero hacerme un traje a la medida; pues en una semana, estoy invitado a una buena cena.

GERVASIO -. ¡AH!: muy bien.

Enseguida pensé, que podía invitarle a Gervasio y a su madre a dicha cena; ya que el constructor me dijo, que invitase a las personas más afines a mí persona.

No lo pensé; diciendo a Gervasio mi deseo personal, sobre aquella cena, que teníamos dentro de una semana.

ANSELMO -. Mire usted, Gervasio. El sábado, tenemos una cena, entre todos los amigos. No es verdad que la organizásemos nosotros: es más bien un constructor. Pero me ha dado poder para que invite a los más afines a mi persona.

GERVASIO -. ¿Es que me está usted invitando?.

ANSELMO -. Es verdad: le estoy invitando a usted y a su mamá.

Y al decirle el lugar donde se celebraría la cena, aceptó de buenas ganas el Fiscal; dicha invitación.

GERVASIO -. Mire usted, por donde; le cojo la palabra: acepto su invitación. Allí estaremos.

Al cruzarme con Prudencio, le informé de que vendría también Gervasio con su madre; no poniéndome pega alguna, para que yo invitase al Fiscal, Gervasio. Y como buen catedrático, me anunció Prudencio algo, que yo estaba pasando por alto.

PRUDENCIO -. Y siendo Fiscal, te ha aceptado la invitación; así, por las buenas.

ANSELMO -. No sin antes haberle dicho el lugar, la hora y el señor constructor que ha organizado la cena.

PRUDENCIO -. ¡AH!. . .?. . .algún pariente del constructor. ¿Ya me lo decía yo?.

Sin más nos despedimos, con un apretón de manos; deseándonos lo mejor del Mundo, hasta el sábado; si no era, que no nos viésemos antes.

Al comentárselo yo a mi mujer Cristina; esta no daba crédito alguno a lo que yo la estaba diciendo. Negaba con la cabeza, toda clase de idea que viniese de parte del señor Fiscal; pues primero se enteraban de quién eran los anfitriones y si el local era seguro: ya que no dejaba ser Fiscal.

Al decirme aquello mi mujer, Cristina; yo comencé a pensar lo que me explicó el amigo Prudencio, sobre lo que es ser Fiscal.

El sábado llegó y con él, la cena de la invitación; no apareciendo por el local, el señor contratista a su debido tiempo: ya que por lo menos, pasaba media hora de la convocatoria a dicha cena.

¡Por fin!: por fin llegó el señor contratista al local donde se iba a celebrar la cena: muy bien vestido y hasta afeitado; pues siempre le veía con media barba, al no estar afeitado.

Ese señor se paró, al entrar en el local; mirando mucho a la mamá de Gervasio. Y yéndose donde se encontraba aquella señora, se abrazaron los dos y se besaron.

Prudencio me hacía gestos con los ojos; por creer, que me había dicho la verdad: no teniendo yo duda, cuando el señor constructor abrazó al señor Fiscal, muy familiarmente.

Como fuimos para dejar en las perchas los abrigos, me crucé con Gervasio preguntándole por lo que le une a él con el señor constructor: diciéndome, que eran hermanos y la señora, que permanecía sentada en la mesa, era su madre.

Pensé, que había hecho bien invitando a Gervasio a esa cena; pues la familia se une en dichos actos; muy expresivamente, con lazos de unión fraternal y maternos. No iba a ser menos, en esta ocasión: en donde todo era alegría y concordia entre los invitados a la cena.

Cada dos por tres, se abría una botella de vino; se servía mariscos, aunque no los pudiésemos comer, por más que queríamos, al tener la tripa llena.

¡Era más!; que no hubo una tarta solo, que a esa siguió otra: para más tarde traernos la verdadera tarta.

La alegría era singular, desde luego que era única; todos comían con ganas, todos reían en esa hora de encuentro. . .hasta que por fin, sonó el teléfono del señor constructor, que levantándose de la mesa, dio tal golpe en ella, que rodó algunos vasos, por el suelo, llenos de bebidas.

Nos miramos, los unos a los otros; queriendo saber si alguien estuviese manchado por la bebida: viendo con asombro, que Andrea estaba empapada en alcohol. Pues uno de esos vasos que saltaron por los aires, al dar fuerte en la mesa el señor constructor, la había caído a Andrea, casi por completo.

El barman, se presentó con una botella de gaseosa y un sifón de lo mismo: diciendo, que aquel vino salía, muy bien, con gaseosa y un poco de bicarbonato. No sin antes, previamente vertió sal común, de mesa, en la mancha; para después echarla un poco de vino blanco, ya que la mancha era de vino tinto. Todo esto lo hizo rápidamente.

Tardó en secarse la mancha; pero así fue: aquel vino desapareció del traje de la señora Andrea; nada más que se hubo secado la mancha.

Hubo alguna persona, que le preguntó al barman por el vino tinto; diciéndole este, con mucha amabilidad: -. Muy fácil: el tanino del vino blanco, quita al del vino tinto -.

También nos dio una arenga: de que se debía echar sal común encima de la mancha, deprisa. No es que la quitase; era más bien, que la sal de mesa no dejaba extenderse más la mancha, para luego echarla un poco de leche, empapando un trapo y dando golpecitos. Así como bicarbonato; para después usar la botella de vino blanco. Vertiendo un poco de vino blanco en un trapo limpio: y dando golpecitos en la mancha con el trapo, se debía empapar toda la mancha. . .ya, claro está: más tarde se debía lavar la prenda en la lavadora.

Aunque aquel barman, no sabía expresarse bien, sonó un restallido de aplausos por todo el comedor, debido a las palabras mal dichas de aquel joven, a la concurrencia de los señores comensales.

Ahora, lo primordial era saber qué le pasaba el señor constructor, con ese ímpetu que le había dado; estando allí su madre. A la mujer que debía bastante respeto y cariño.

Nos miró de frente, se limpió el sudor; cogió un vaso de agua, para secarse la boca, diciéndonos: -. Me han cerrado el complejo equino, por los olores del gas. . .?. . .dejó salir; pero ha empezado a emanar gases otra vez -.

No me podía callar; así que le dije, lo que yo sabía por medio del Excelentísimo Ayuntamiento y por el negociado oficial, que hizo las mediciones de ese gas en el lugar del complejo.

Diciéndome el señor constructor, que ni olor daba; pues ni tan siquiera había bolsa de gas en aquel terreno.

ANSELMO -. No más de tres metros cúbicos. Habiendo salido, totalmente todo el gas contenido en ese lugar. Al cubicar la pequeña bolsa, se vio que una termia (te) es un metro cúbico; y sabiendo que un metro cúbico es una termia (te). Y una termia equivale a 1000 Kcal y un metro cúbico a 10,44 termias, que varía en función. Es fácil saber que solo había ínfimos metros cúbicos en esa bolsa.

El señor constructor, me pidió que se lo explicase al día siguiente; cuando yo me encontrase más despejado.

Al día siguiente fui al complejo equino; para ver qué cantidad de gas salía por la falla.

En un corte que se hizo a una peña de pizarra; se la veía como si tuviese alguna niebla y olía un poco: característico de la pizarra bituminosa: pero de ahí, a que hubiese una bolsa considerable de gas, distaba millones de distancia.

Por la tarde se me vino Enrique, con un gran interés; de saber qué pasaba en los terrenos del complejo equino: diciéndole yo lo que había visto.

ENRIQUE -. No me ha gustado nada, que usted haya ido a visitar el complejo: se echa el cargo, usted mismo.

ANSELMO -. No. Si es como yo he ido a visitar el complejo equino: vestido de turista, con una guayabera, con gafas, sombrero y una blusa a lo torero, pantalón a lo jamaicano.

ENRIQUE -. Pero. . .

ANSEMO -. Nadie me saludo, nadie hizo nada por llamarme la atención. .. ¡Vamos!; que no hablé con ninguna persona, ni tan siquiera han sabido que yo he estado en ese complejo de equitación.

Agachó la cabeza Enrique, en señal de aceptarlo y de conformidad, con lo que yo le estaba diciendo. Lo único que no aceptaba, Enrique, era que estuviese saliendo gas y oliese ese terreno.

ENRIQUE -. (Después de pensar y atusarse la barbilla) -. ¡Ese olor y ese humo!.

ANSELMO -. Clásico de la pizarra bituminosa.

No sé si me creyó; pues él tenía que haber estudiado ese fenómeno, como yo lo estudié

ENRIQUE -. (Mirándome fijamente a los ojos, repuso) -. No vuelva usted más al complejo equino: por nada del Mundo.

No le dije nada, con la boca; solamente se lo afirmé con los ojos y con un impulso de mi cuerpo; inclinando mí persona, en son de aprobación.

Yo le estaba agradeciéndoselo a Enrique, que tomase orden de fuerza, para preocupase por mis cosas; aunque no se lo dije, fue lo que en realidad tenía metido en la cabeza: el agradecimiento hacía Enrique.

Mientras estábamos hablando Enrique y yo; vimos llegar a paso ligero a Mercedes, con una nota en las manos.

Aquella nota ponía una dirección y un teléfono de contacto; para que llamase yo a la señora, que estaba reseñada en la cabecera de aquella nota, bien detallada.

Mi interés, era saber qué me deseaba la señora, que reseñaba la nota; así, que marché a mi oficina para poderla llamar a esa señora.

La señora corría hablando, más que un avión: no había manera de entenderla; así que la emplacé a mi despacho, para que viniese cuando ella pudiese.

¡Claro que vino!: llegó con tantos abalorios, que si se cae se descostilla por completo. Cada vez que se movía, yo hacía por poderla coger antes que cayese al suelo. Viéndose esa señora preocupada, por mis gestos y mi interés de que no se cayera.

Tal vez, por eso no se explicaba con la suficiente claridad para que yo la entendiera. Así, que la invité para que me llevase al sitio donde ella quería obrar. .?. . .no sé el qué.

A los tres días estaba yo llamando al timbre de la puerta de aquella señora: siendo una casona enorme, con muchos ventanales y un escudo en la fachada.

Me abrió un señor con librea; preguntándome por mi identidad; y al decirle quien era me hizo pasar de inmediato.

MAYORDOMO -. La señora marquesa, le espera.

Sí, tal vez sería Marquesa; porque en todos los salones que cruzamos, se veían armaduras antiguas, al estilo medieval: las armaduras de los guerreros Samnitas, en forma de discos; siendo la cota de mallas unión de discos; con más de doscientas piezas.

Se veía casi todas las armaduras, que había en su época: de dos aguas, de par y picadero, de tijera, de parhilería y rota.

Todo, todo muy antiguo; como aquella casa. Se veía, que vivía el ama de la casa de recuerdos, en vez de tener el presente, siempre en su memoria.

Daba sensación de tener siempre el Alma recogida en sí; como si en un estado de recuerdos, ya pasados, se compusiera toda la vida, que rodeaba a la señora marquesa.

Nada más que la vi, me fui hacia ella para poderla saludar correctamente; como se merecía aquella señora.

ANSELMO -. Ilustrísima señora; me es grato volverla a saludar de nuevo.

Así me expresaba yo delante de aquella excelsa señora; pues al tratarla yo de ilustrísima, ensanchó el pecho. Se veía que había tomado una bocanada de aire en los pulmones, con un gesto característico que hacía bastante tiempo no lo hacía.

Por eso no me preocupé yo mucho; de que aquella señora, me recibiese con ese gesto de superioridad retraído: a base del mucho tiempo, sin haber oído llamarla, con ese tratamiento de Ilustrísima.

Al llegar a mi oficina, instruí a mi secretaria, Amparo; para que de aquí en adelante supiese hasta donde está la medida justa; cuando un posible cliente requiere nuestros servicios.

Amparo, se me quedó mirando con cara de incertidumbre; sin saber lo que decirme: hasta que por fin explotó en un sinfín de divagaciones expresivas, mal dadas según yo.

AMPARO -. Con perdón, señor Anselmo: si no valgo para secretaria; póngame usted en otro puesto.

ANSELMO -. Yo no he dicho, que no valga usted como secretaria: me he referido, que a las primeras de cambio, hay que saber; cual cliente reclama nuestros servicios, por necesidad.

La temblaba la mano a Amparo y hasta daba con el bolígrafo encima la mesa, sin darse cuenta.

Sí: por necesidad la tuve que redactar una carta a Amparo para ver si se calmaba un poco; cosa que surtió efecto inmediato. Y como si esa carta fuese primordial, la rogué a la señora Amparo, que fuese de inmediato a CORREOS, para que se la admitiesen por ventanilla.

Yo no hacía más que mirar mucho a Amparo; para saber cómo estaba de ánimos. Y de ánimos se encontraba bien, según al parecer; pues comenzó hablando con Enrique del derbi del otro día. Haciendo un repaso del derby de hacía, ya, dos semanas.

Miré al teléfono; y allí no sonaba nada: nadie llamaba para recabar nuestros servicios. No sabiendo yo, si nadie hiciese obra en su casa; arreglando una pared, ó repechando esa pared, ó cualquier otra cosa: aunque eso fuese obra menor.

Me fui a donde se encontraban mis dos ayudantes, con idea de decirlos una cosa, que se me vi no a la cabeza. Viendo un poco serio a Enrique; no me reía las gracias.

ANSELMO -. He pensado que nos anunciemos, en algún medio de comunicación.

Al decir yo aquello, Enrique comenzó a trabajar con más empatía en su tarea, encomendada en aquel día: como si no quisiera saber nada de mí.

Yo me fui a mi despacho, cerrando la puerta detrás de mí; pero al momento, llamó alguien con los nudillos de las manos, dándole yo paso a mi despacho.

Era Enrique; que me traía un croquis, hecho por él, de una obra que teníamos que hacer en la misma Ciudad.

Yo le repasé bastante, aquel croquis; eché tiempo en el, para que me viese mi ayudante Enrique, que me interesaba en lo que él hacía.

Así; al coger confianzas en mí, Enrique, no pudo por menos que darme las gracias, tomando yo pie en ello: para poderle hablar a solas, con una mano en mi pecho.

ANSELMO -. Si les han molestado, a ustedes, lo que yo la dije esta mañana a Amparo, les pido disculpas. Tal vez no me expresé bien.

Enrique me miró con cara de decepción; como si en ello fuese su honra y su honor de profesional. Pero como este hombre, era una persona buena y decente, se amoldó a lo que yo le había dicho.

ENRIQUE -. No se preocupe usted, señor Anselmo: sabemos que no lo dijo para molestar. Estamos con usted.

Así se expresaba Enrique dentro de su fidelidad hacia mi persona y hacia el trabajo que él hacía.

ANSEMO -. Está bien: olvidemos eso.

Sí: teníamos que olvidar lo que yo la dije a Amparo, en una hora baja; al ver yo un decaimiento brutal en el trabajo. No siendo achacado a mis ayudantes; más bien, era por falta de demanda en nuestro trabajo.

El Marketing servía para algo; ya que comenzamos a tener más trabajo en aquellas fechas, en las que nos publicitamos, en los medios de comunicación.

Era cosa curiosa: cogí una carta dirigida a Enrique de unos estudios afamados de arquitectura en la capital de España. Aquella nota le invitaba para que formase parte activa de la nómina de dicho estudio.

Me puse muy nervioso; yéndola a leer otra vez, por si se me hubiese pasado saber algún detalle de aquella carta: no se me había pasado ningún detalle de la carta. Y sí; la carta traía la dirección de la casa de Enrique; porque, ¡si no!. . .no sé que hubiese hecho yo.

No hay que pensar mal: tal vez no sabría aquel señor, que Enrique estaba trabajando conmigo. Esperaría un tiempo prudencial, para darle cuenta a Enrique, de mi hallazgo; pero por otra parte no sería prudente hacérselo saber a mi ayudante: que yo había descubierto, sin querer, la existencia de esa carta.

Un día, en general; me pidió descanso Enrique, por tener que marchar a la Capital de España, por motivos médicos, concediéndoselo yo de inmediato.

No quería interceptar la marcha de Enrique, para que un doctor le auscultase su enfermedad. Sin decirle, que yo tenía que ir, el mismo día, a dicha capital, tan maravillosa.

Sin pensarlo; cuando terminé de hacer las gestiones, que me habían llevado a Madrid, tomé un taxi para que me llevase a la estación del AVE: cosa que no hubiese hecho; pues cuando estábamos llegando, con el taxi,

se puso nervioso el taxista, al tener que driblar a otro compañero, que se le echaba encima.

En aquel pasajero que llevaba el taxista, vi en él a Enrique; diciéndole a mi taxista -. Siga usted a ese taxi -.

TAXISTA -. ¡AH!; no señor: yo no sigo a nadie. Eso sería una persecución.

Como estaba parado el taxi de Enrique, por culpa de los semáforos; al bajarme yo del taxi, cogí otro taxi; diciéndole al señor taxista que, yo sabía dónde iba, viendo las calles.

TAXISTA -. Dígame, qué calle sigo.

ANSELMO -. Siga usted hacia adelante.

De esta manera, seguía yo al taxi donde iba Enrique; y al ver que paraba el taxi, le hice parar, también, al mío.

Anduve pocos metros; pues en el portal donde se entró Enrique; pude observar varias chapas, con indicaciones de Doctores. Volviéndome, otra vez, a la estación del AVE, sin ninguna clase de contratiempo.

Pero el contratiempo, lo llevaba yo por dentro de mi cuerpo; al saber que Enrique se aquejaba de alguna enfermedad: por eso estaba en la consulta de algún doctor, de ese bloque. Y como la mente es muy privilegiada para pensar: fui pensando en mi ayudante todo el trayecto hasta mi Ciudad.

Me bajé del AVE, sin saber dónde ir; hasta que por fin, supe que estaba en mi Ciudad natal. Yéndome de inmediato, a mi despacho; para poder saber más de Enrique: ya que este, la tenía que llamar a Amparo, dándole alguna explicación de dónde estaba y lo que le había dicho el doctor.

Así fue: pues no había hecho más que cinco minutos que me encontraba yo en mi despacho; cuando sonó el timbre del teléfono, que tiene Amparo en su mesa.

Entre cariño y cielo; se pasó, por lo menos otros dos minutos, para hacer una inflexión en la voz: comenzando de nuevo, con el tono más fuerte.

Esto lo estaba oyendo yo, porque el tono del teléfono estaba fuerte y mi despacho se encontraba al lado de la mesa de Amparo.

Lo que no oí, fue qué clase de enfermedad tenía Enrique; por haber visto más de siete chapas en la puerta, donde entró él.

Pero, eso sí: no había ido Enrique por otra cosa, que no fuese su enfermedad a Madrid. Siendo lógico; pues la carta, que yo había visto,

estaba fechada hacía un par de meses: habiendo contestado, mi ayudante, a la misma hacía ya varios días.

Amparo entró en mi despacho, trayendo un café y unas pasta; para que yo me alegrase mi existencia. Y mi existencia me la estaba alegrando, al saber donde se encontraba Enrique; ya que en un par de horas, donde estaba mi ayudante, era en el estudio de arquitectura. Hablando con Amparo lo que le había dicho el doctor, dónde él había estado.

Salí de mi despacho, con una sola idea: invitarles a esas dos personas un café, en la cafetería de al lado; así me podría enterar de la enfermedad, que le aquejaba a Enrique.

ANSEMO -. Señores; lo único que puedo hacer por ustedes, es invitarles un café.

AMPARO -. Se lo aceptamos de buenas ganas, señor Anselmo.

Me fijé, que siempre contestaba ella; pues Enrique decía lo que Amparo había dicho; asaltándome una idea en la cabeza, que nunca falla.

ANSELMO -. Si a ustedes no les viene mal; pues tendrán que hablar de sus cosas.

AMPARO -. Pues, mire usted señor Anselmo; lo tenemos todo hablado.

Miré para donde se encontraba Enrique, no viendo en él ninguna clase de oposición ninguna, para que yo les invitase a ese café, tradicional en las empresas. Y como no contestaba Amparo; me referí, esta vez, a ella: con tono sublime, para apostillar mejor mi pregunta.

ANSELMO -. Entonces, ¿qué?: no hay problema.

AMPARO -. Ninguno. Pues lo que yo tenía que saber de Enrique; lo sé ya.

Miré a los dos, con cara de no saber nada; como si yo no supiese, que Enrique había ido al doctor a Madrid.

ENRIQUE -. Al parecer es poca cosa.

AMPARO -. Enrique es un quejica. Lo único que tiene, es la próstata un poco abultada: uno con veinticinco miligramos.

Ya sabía yo, de qué enfermedad se trataba la de Enrique; pues al saber que era tan poco quiste, me conformé.

Desde luego; éramos como una piña, como familia: no dejándonos doblegar por ningún contratiempo que se nos cruzase en la vida. Teníamos poco trabajo; pero el que teníamos lo administrábamos lo mejor que podíamos.

Un día tuvo que ir mi mujer, Cristina, al colegio para llevarse al niño Luis a casa; ya que había cogido una diarrea monumental.

Temimos por el niño; menos mal, que el doctor fue avisado: suministrándole una sustancia, para que no se deshidratara en chico.

Poco a poco se fue poniendo bien el niño; jugando con su madre y haciendo rabiar a su hermana Asunción, quitándole una piruleta; para comérsela él solo.

Así los cogí, un mediodía que entré yo en casa: corriendo uno de tras del otro; como si en ello fuese el saberse ganador y ser el que mandaba entre ellos.

ANSELMO -. Niños: no corráis, que podéis haceros daños.

LUIS -. Sí, papá; te haremos caso.

La hermana; aunque tenía diez años más que el niño; le respetaba; no queriéndole hacer daño, ni verle que llorase.

ASUNCIÓN -. Papá: se ha comido mi piruleta.

ANSELMO -. Ven aquí: yo te compraré otra.

Así se calmó los ánimos entre ellos; al saber que su papá estaba presente, cuidándolos con esmero.

Aquel mediodía, comieron como nunca lo habían hecho; y es, que el mucho juego cansa.

Yo me fui pronto al estudio de arquitectura; para poder sacar unos planos, que tenía pendientes, de una obra menor, dentro de nuestra Ciudad.

Viendo allí a Isidoro, el que fue compañero de trabajo de Cristina; no gustándome nada su presencia en mis estudios de arquitectura.

AMPARO -. Mire, Anselmo; lo que dice, aquí, este señor.

ANSELO -. No me interesa; lo que diga, aquí, este señor.

Así se lo decía yo a Amparo delante de Isidro; que con cara seria, me miraba ese hombre, sin saber lo que contestar, al respecto. Movía las manos, como queriéndola decir a la señora Amparo, que interviniera por él: ya que yo me encontraba remiso, para hacerle caso.

No pudo la señora Amparo hablar algo a su favor; pues yo le despaché con cara templada y con semblante sereno.

ANSELMO -. Haga usted el favor de salirse de mis estudios de arquitectura. Así se lo pedí; por favor y llamándole de usted, para que no hubiese duda de que yo no le había tratado correctamente.

Cuando se marchó Isidro, me comenzó hablar la señora Amparo; no entendiéndola yo nada de lo que ella me estaba diciendo.

AMPARO -. ¡Qué vergüenza he pasado!. ¡Por Dios!; señor Anselmo: no vuelva usted, otra vez, a echar una persona delante de mí; que me muero de vergüenza.

No sabiendo yo a qué venía tanta vergüenza, por parte de la señora Amparo; si ya sabía ella cómo era ese señor.

ANSELMO -. Ya sabe usted como es el señor Isidro.

Amparo; en vez de hablarme, me acercaba, con un dedo, un sobre cerrado que había encima de su mesa.

Cogí ese sobre, sacando su contenido; que era una carta dirigida a Isidro para que hablase por él, el firmante de la carta, delante de mí persona.

Cuando más avanzaba en la lectura de esa carta, más cuenta me daba del interés de una persona, por aquellas líneas bien escritas por una persona.

Aquel interés que tenía la persona que había escrito la carta: no era otro, que hacer un chalet en esta misma Ciudad; reseñando la cantidad de dinero, que quería invertir en ese chalet.

A mí me parecía una broma de mal gusto, al ver tantos ceros puestos en esa carta; para que le construyésemos. . .una. . .Más bien, un palacio. Volviendo a dejar la carta donde la había cogido.

AMPARO -. Pero, ¡Vamos!; señor Anselmo. No ha visto usted tantos ceros y el interés que pone en esas líneas ese señor, para que le construya un chalet.

Me arrimé a ella, casi pegando mi cara a la suya; para decirla algo, que yo ya estaba de vuelta y media.

ANSELMO -. A estos ceros, hay que quitarle casi todos: quedándose el uno seguido de cinco ceros. ¡Eso!, como mucho.

AMPARO -. ¿Qué es mentira?.

ANSEMO -. Por supuesto.

No la quise decir nada más; yéndome a mi despacho personal, dentro del estudio de arquitectura; para no verla sufrir más a la señora Amparo.

Era lógico; pues el sujeto pasivo, que había escrito la carta se encontraba en el extranjero: cosa que, ya era para pensar.

Lo curioso, del caso, fue cuando llegó Enrique; presentándole la carta Amparo, con muchos deseos que la leyera. Y así; Enrique leyó la carta, sin

inmutarse, tan siquiera. No se le movió una fracción de su cara, ni un solo pelo se le movía: se quedó tal y como había llegado. Entregándola la carta a Amparo para que la archivase.

Con una sonrisa, particular; Enrique se fue a sentar en su mesa de estudio; ampliando unos croquis que yo le había dejado, para tal fin.

Amparo, no dejaba mirar a Enrique; con interés de seguirle hablando de dicha construcción: pues la venía, como anillo al dedo; si se construyese aquel monumento de chalet.

Enrique, se percató de tantas miradas; como le estaba echando Amparo. Y antes que hablase ella, habló él, al subrayo.

Sí; porque remarcaba cada palabra que decía Enrique a Amparo, para que esta señora le oyese mejor.

ENRIQUE -. Alfonso; tendrá su matrícula hecha en el colegio de tu devoción.

Amparo, cambió de color en su cara; se la puso blanca de repente, no pudiendo tragar nada de saliva. Y hasta que no se repuso, no contestó a esa manera de hablar; como era la que había tenido, ese día, Enrique con ella.

AMPARO -. La devoción, dentro la Iglesia de ese colegio; pues es uno de los mejores colegios: muy afamado por las notas que sacan sus pupilos.

Y al decir pupilos, Enrique pensó que fuese a ser Alfonso medio pensionista, en aquel colegio. Pero no; no era así, que ella lo que quería, que fuese el niño alojado.

ENRIQUE -. ¡Interno!.

AMPARO -. Interno, sí; ¿qué pasa?.

Amparo le hablaba de esa manera; como encarada con Enrique, por no entenderla este, lo que ella quería. Que en vez de fijarse Enrique, en el famoso colegio, donde se le quería entrar a Alfonso, como interno; se fijase, mejor, que ella quería para el niño, una educación superior, algo que le llenase el Espíritu de bondad y fraternidad ante los seres del Mundo.

¡Vamos!: que quería algo así, como un ser espiritual, en toda la regla. Una persona con el semblante recogido, su fe llena de esa gloria del Santísimo: una persona pura y limpia.

Quedádosela mirando Enrique, como si Amparo no fuese persona de este tiempo, en el que vivíamos.

Ya veríamos a ver, si Alfonsito se fuese interno al colegio que quería su madre; pues la cartera del dinero la tenían casi vacía los dos: Amparo y Enrique. Eso sí; lo único que tenían, era mucho trabajo que buscar: porque en el presente, encima de la mesa de cada uno no había cosa que valiese la pena, para decir que aquello era un trabajo bien remunerado. Había una gran crisis económica.

Todavía, daba vueltas y vueltas en la cabeza Amparo; por la demanda de un chalet, que constaba de muchos ceros: no sabiendo nadie del estudio de arquitectura quién era dicho señor, el que demandaba la construcción de aquel formidable chalet.

Como la carta del solicitante de aquella imperiosa construcción la tenía en las manos, una vez más, Amparo: se la quité, con buenos modos, de las manos y volviéndola a leer de nuevo; presentía algo raro en todo ello.

Dejando la carta encima de la mesa de la señora Amparo, para irme a mi despacho personal, en unos momentos de agobio y de penuria, en el trabajo.

A poco de estar en mi despacho, oí unos saludos de alguien que había entrado en los estudios; siendo Amparo con mi compañero de estudios: Roberto.

Este, al ver la firma de aquella carta, que permanecía encima la mesa de Amparo: Con un gesto, como de petición hacía Amparo, cogió la carta; y a cada reglón que leía de esa carta, Roberto ponía cara de asco y de repulsa por todo lo que leía en ella.

ROBERTO -. No hagáis caso a nada que diga este señor.

Y dando media vuelta a la carta, la presentaba a Amparo el remite de la misma.

AMPARO -. Y, ¿eso?.

ROBERTO -. Es un chantajista; y de los mayores que se han dado en el Mundo. Aquí, (y señalando el remite continuo su perorata inusual); aquí es persona non grata.

Este discurso desacostumbrado; nos vino como anillo al dedo: ya que yo estaba por doblegar a las insistencias de la señora Amparo, sobre aquella carta, con tantos ceros.

Yo había salido al despacho central, donde tenía yo a mis ayudantes; y dando la carta, otra vez de nuevo, a Roberto, este la rajó en tantos trozos como pudo hacerla él.

Miré, de nuevo, otra vez a la cara hacía la señora Amparo; como diciéndola, que antes de obrar hay que constatar la información: al igual que los periodistas, antes de informar de ese caso.

A la señora Amparo, se la puso la cara totalmente ruborizada; por la poca vista que había tenido y poco reparo, al leer tatos ceros. Y como en lontananza se veía un puente, a lo lejos; señalé al puente, sin otra demanda, ni imperativo formal.

Pues si no llega mi compañero del colegio, Roberto; nos hubiésemos vitos debajo de un puente. Y menos mal, que nosotros cobrábamos cuotas, de cada periodo terminado de los chales; así sería más difícil engancharnos en la totalidad de aquel presupuesto.

Casi habiendo celebrado, aquel desfalco que nos quiso hacer el señor de la carta; se presentó en el estudio de arquitectura un abogado, del mismo señor de la carta: con una cuenta certificada por un banco de aquella Nación, donde se encontraba el demandante del grandioso chalet.

Cuando se fue el abogado, se quedó Amparo como anonadada; por lo sería que se puso, al saber que habíamos despreciado aquella construcción.

Pocos días habían pasado, desde que nos dijo mi compañero de estudio: -. ¡Cuidado!, con este individuo -. Y ahora, en vez de individuo; era un señor por todo lo alto, ¡vamos!: un señor de alcurnia.

Y como el dicho que corre entre el pópulo social: el linaje le viene al galgo. Siendo aquel pópulo, gentes belicosas, en toda su estirpe; yo no sabía lo que hacer, con tanta casta de mal agrado para mis intereses.

Sin demora, salí detrás de aquel señor; que se decía, era el abogado del señor demandante del chalet.

En una calle me meto y en otra salía; así infinidad de recoletas calles: que en poco tiempo no sabía yo dónde me encontraba. Y eso que era mi Ciudad de nacementa.

Con gran estupor me pude dar cuenta, que nos estábamos saliendo de la Ciudad; para dar con una calle de pequeñas construcciones individuales.

Pero aunque no me eran familiares aquellas calles, esta sí la conocía yo; viendo yo el carro, tirado por el burro, que un día me trajo a la Ciudad.

Con gran asombro vi sentarse el abogado en el carro, para empezar la marcha hacia los poblados periféricos de mi Ciudad.

Pero como el señor abogado se sentó mirando hacia adelante, y el guía iba dirigiendo al buro delante del carro; no encontré impedimento para no seguirlos yo.

Cansado de andar, me paré cerca de la taberna donde un día me tuvieron que socorrer y llevarme en ese mismo carro, montado al principio de la Ciudad.

El abogado se bajó del carro, entrándose en la taberna como si ya fuese un conocido de todo el personal que había dentro de ella.

Yo no pude retenerme y entré en aquella taberna; que al verme todas las personas que estaban dentro, se asombraron.

Me fui para donde estaba el señor tabernero; saludándole muy cordialmente. Él hizo otro tanto conmigo, estrechándome las manos en señal de amistad: pero a la vez con un movimiento brusco, como dándome a entender, que allí no era bien recibido.

Me saludó, también, el señor abogado, con una ínsula en su ser; que se la podía ver desde legua.

ANSELMO -. Estoy aquí por casualidad: he decidido dar un paseo.

ABOGADO -. Aquí estamos los dos.

Al decir yo eso; el señor abogado se echó para atrás, como demostrando decepción en lo que yo había dicho: que por casualidad, me encontraba yo allí.

Pero antes que se recuperase aquel señor, le pregunté por algo insinuado él.

ANSELMO -. ¿Constará más el chalet que quiere construir su cliente, que algunas de las casas de este poblado?.

Al oír decirme aquello, el señor abogado; se levantó con ganas de trifulca, pero se contuvo de repente.

La mayoría de aquellas personas, que se encontraban dentro de la taberna, afirmaron mi respuesta, como una sola persona.

En estos momentos hizo acto de presencia Andrés, el hijo del cantinero, el que yo tenía empleado en las obras que construía.

Y sacando una faca de su bolsillo, se la enseñaba sin ganas al señor abogado, diciendo algo así como:

ANDRÉS -. Si vuelves tú por aquí, no sé lo que le haría.

ABOGADO -. ¡Anda!; dilo. ¿Qué me vas hacer?.

Le cogió Andrés de un brazo, llevándoselo a la calle; para entrar él de inmediato en la taberna, más sosegado.

Desde luego Andrés no le amenazó con la navaja; solamente la sacó sin referirse a él, al señor abogado. Y en ninguna palabra dijo que le haría daño alguno.

Parecía que Andrés estaba bien enseñado; para dirigir al personal de las obras. No en balde, se le pagó a un experto para que le enseñase a tratar con los obreros.

Lo que pude comprobar, era; que aquellas personas que se encontraban, en ese mismo día, en la taberna eran seguidoras del señor abogado: para ganarse unas perrillas.

¡EL SEÑOR ABOGADO!: que no sé qué clase de abogacía haría; si derecho civil, penal, o cualquier otra clase de derecho. Ni en qué facultad obtuvo el título tan repetido por él.

Cuando me quedé solo, con Andrés; este me dijo, que aquel hombre era un componente del poblado: vago, engreído y hasta pretencioso de obtener algo fuera de lo normal, sin grande esfuerzos. ¡Vamos!: un desecho de la sociedad.

Mientras me estaba despidiendo de Andrés, este me dijo, que solo no me dejaría marchar; pues él mismo me llevaría a la Ciudad en su coche, ya que sabrían más personas, lo que había pasado hacía unos momentos en la taberna de su padre.

¡Pues sí!, que eran rápidos en difundir noticias aquellas personas del poblado; si no hacía más de media hora que había pasado aquel episodio de enramada trama en la taberna, y ya lo sabían otras personas que no fueron parte activa de aquellos hechos.

Llegué sano y salvo a la Ciudad, tomándome un refresco con Andrés; para más tarde despedirle, amablemente, y marcharme derecho a mi despacho: para poder contar a mis ayudantes lo que me había pasado en el poblado, que hay cerca la Ciudad.

Una vez que les conté lo que me había pasado a mis ayudantes, entré en mi despacho particular; cerrando la puerta detrás de mí, y sentándome en mi sillón me puse a considerar, si valía la pena seguir como estaba constituido o era mejor un trabajo por cuenta ajena.

¡También!, también había sus más y sus menos; en los trabajos por cuenta ajena: ya que para obtener uno de esos trabajos, se debía ser, por lo menos, el primo del constructor. Y no se crea alguien, que se estaba tan tranquilo en esos trabajos. . .?. . .

La burbuja había estallado hacía ya bastantes años en la construcción; cogiéndome el tiempo de las vacas flacas; pero nosotros nos estábamos defendiendo como podíamos. Y como podíamos salíamos hacia adelante con la cartera de clientes; pocos, pero buenos pagadores: según el sistema de pago que llevábamos en nuestra contabilidad empresarial.

Así que el balance, era siempre positivo; pero poco eficiente, para que nos volviésemos ricos, todas las personas que trabajábamos en nuestra empresa.

Y como en toda empresa hay un tiempo de relax; ahora tocaba hablar de la señorita Lupe, Guadalupe: pues estaba saliendo con un chico, que conocía Amparo.

AMPARO -. Ese chico es de una familia, reconocida por todas las personas de esta bonita Ciudad. Quiero decir, que son gentes buenas.

ENRIQUE -. ¿A qué se dedica su familia?.

AMPARO -. La madre es enfermera y el padre es banquero.

ENRIQUE -. No es mala familia: por supuesto.

Cuando llegó Lupe de hacer unas compras, sencillas, en una librería, ya asignada: fue la comidilla de todos ellos.

AMPARO -. ¿Quién era ese chico?. Te he visto con un chico.

LUPE -. Es un conocido de mi casa; mejor dicho: sus padres son conocidos por los míos.

ENRIQUE -. ¿Y, eso?.

LUPE -. La mamá del chico, es compañera de mi mamá en el Hospital donde ellas trabajan.

AMPARO -. Me parece bien, Lupe.

Todo estaba aclarado con respecto a Lupe y a su acompañante; pues lo mejor era no perder ningún trabajador, ya experimentado en la oficina.

Todo volvió a su cauce; teniendo cuidado con esos dos chicos, cada uno de los siguientes ayudantes míos. Hasta yo mismo, puse interés por saber, si aquellas relaciones, entre Lupe y el chico iban bien; llamando a mi ayudante a mi despacho personal.

Unos golpecitos, dados con los nudillos de las manos en la puerta de mi despacho, me hizo pensar; que si Lupe se encontrase contrariada, con su primer amor: no trabajaría con esa alegría como lo estaba haciendo.

LUPE -. Da usted su permiso, señor Anselmo.

ANSELMO -. Pase, usted, señorita Guadalupe.

LUPE -. Lo único que he hecho; es defender a la empresa.

ANSELMO -. Está bien: pero lo que yo quiero saber, sin que se moleste usted, señorita Guadalupe, es: ¿qué relaciones tiene, usted, con el chico que la acompaña?.

LUPE -. Tengo una amistad, pura, sencilla y agradable.

ANSELMO -. Está bien; señorita Guadalupe. Puede usted volver a su puesto de trabajo.

Así quedó sentada la relación que tenía Lupe con su acompañante: un chico encantador y muy educado.

Días después, en un domingo, vi a la señorita Guadalupe acompañada por ese chico a Misa Mayor, a las doce del medio día.

No iban cogidos de las manos, ni mucho menos cerca. La distancia que llevaba el uno del otro, era lo suficiente como para oír lo que ellos se decían, en voz baja.

Ellos no se habían percatado de mi presencia; así que di un rodeo, para que consiguiesen verme a mí: dándome los buenos días y parándose conmigo, un buen tiempo.

Al chico le gustaba el fútbol; y como habló, que siempre lo veía en una cafetería; los invité a mi casa: para que viesen el fútbol a las dos enamoradas, si se puede decir así. Pues solamente Dios lo sabía.

Llegó la tarde - noche, sonando el timbre de la puerta de mi casa; siendo los dos jóvenes, que estaban esperando en el umbral para poder entrar en casa.

Como mi mujer, Cristina, estaba alertada de que iría a venir los dos jóvenes; para ver el partido de fútbol en nuestra casa, había preparado bastantes manjares para comer: tanto como en frío, como embutidos,

como así unas pastas con café y si no quieren el torrefacto, un chocolate con porras o churros.

Tanto puso, encima la mesa, Cristina; que apenas se podía ver el partido de fútbol en la televisión, por no estar la televisión un poco elevada sobre los demás muebles de la casa. Un fallo, que pudimos observar en ese mismo momento.

Me levanté, poniendo debajo la televisión varios libros; dando la voz de cuidado Lupe.

LUPE -. ¡Cuidado!, señor Anselmo: no vaya a ser, se caiga la televisión.

Dándola yo las gracias, coloqué encima de la mesa, que sostenía la televisión, otra mesa para poder ver el partido de fútbol.

Comimos, bebimos, bailamos, saltamos y también nos agradamos de lo lindo; a comprobar que había ganado nuestro equipo de fútbol.

Si ellos eran jóvenes: jóvenes éramos nosotros dos, Cristina y yo, sin pasarnos de la raya. No dando señales de no saber dirigir como cicerones en aquella pequeña fiesta.

Quedamos como los tíos de ellos dos, Lupe y su chico; que por cierto se llamaba Bryan: cuyo significado es, valeroso.

Entre risas y alegrías, los vimos salir de mi casa a los dos jóvenes enamorados; luciendo, cada uno un palmito de figura insuperable: siendo una buena pareja; tanto en el físico, como en su manera de ser y de hablar.

Cuando llegué al estudio de arquitectura, ya conocían, el resto de ayudantes, lo que había pasado la noche anterior en mi casa. Mirándome mucho Enrique y Amparo; como dándome las gracias, por lo bien que habíamos recibido a Lupe y su enamorado Bryan.

Desde aquel día, Lupe, cogió más confianzas en mi persona, que tenía ella con su madre. Así lo creía yo; por haberlo cotejado, días después, en una pequeña invitación que nos hicieron saliendo de Misa: ya que se encontraba entre ellos, la madre de Lupe.

Una mujer, que no dejaba darla consejos de cómo se tiene que comportar una joven en sociedad. Poniendo mala cara, Lupe; por tantos consejos, como la daba su madre.

Al despedirse de mí Lupe, me dio un beso en las mejillas; con ese ardor y ese aliento de fraternidad, que una chica da a una persona mayor, cuando la cree parte de su familia.

Al llegar a casa, Cristina, me comentó algo de Lupe que me llegó a las fibras del corazón.

CRISTINA -. Has visto como te trata tu empleada, Lupe.

ANSELMO -. Guadalupe me ha tratado, siempre, bien.

Así se lo decía yo a Cristina, en esa hora que los matrimonios tienen para comentarse las cosas de casa y hasta las dudas que tengan.

Al no poner yo mucho énfasis en mis palabras; Cristina lo tomó como cosa general: no siendo óbice que a mí mujer no la gustase aquel parentesco.

Salió en el periódico un aviso de construcciones de chalés en un pueblo, cerca de la Capital; dejando el periódico encima la mesa de mis ayudantes, que no tardaron llegar a mi despacho, comentándome el caso.

Estaba claro; pues si no se nos había ofrecido a nosotros, esas construcciones estaban ya dadas: no teníamos nada que hacer.

Hasta que un día, sí recibimos una misiva; anunciándonos esas construcciones de chalés en un pueblo, cercano a la Capital de la provincia.

Convoqué a mis ayudantes; para estudiar el tema deseado por todos nosotros: no por eso, se debería pensar en vano y corriendo; pues el dinero empleado era mucho.

ENRIQUE -. Cómo vinieron los soldados de algunas guerras.

Esto lo dijo, después de que cada uno emitiese su opinión; no teniéndolas yo claro. Así que llamé a Andrés para ver con qué contingente de personal obrero contaba. Y en general, no era mucho; pues apenas se encontraba obreros para la construcción.

ANSELMO -. ¡No me digas!.

ANDRÉS -. Sí le digo a usted, señor Anselmo. Se encuentra muy mal, el personal como mano de obra.

Menos mal que lo estaban oyendo mis ayudantes del estudio de construcción; que si no, no sabía yo cómo les contaría, a ellos, el cuento de la lechera. Aunque nosotros, no nos quedaríamos sin cántaro; pues doblando el balance, se podía hacer todo.

Ahora, lo único que nos faltaba era: encontrar personal para que trabajasen en las construcciones de esos chalés.

ENRIQUE -. Tenemos una buena posibilidad de salir hacia adelante, con esos chalés: no la despreciemos.

Así se expresaba Enrique; dentro de su capacidad personal para hacerse el entendido en la materia, sin pensar que esos chalés no se edifican solos.

ANSELMO -. Señor Enrique; estamos estudiando el caso, detenidamente: pues los chalés, no se edifican sin mano de obra.

ENRIQUE -. Trabaja usted mucho, señor Anselmo.

ANSELMO -. Estoy detallando los planos de los chalés; para más tarde enseñar los verídicos.

Dos planos por cada chalé; así estaba todo el trabajo: dobles planos por cada chalé. Pues la norma de convocatoria de aquel Excelentísimo Ayuntamiento, detallaba hacer un plano, para poder presentar otro si se ganaba el concurso.

Primero sencillo; para cargar de formas el segundo plano de aquellos chalé en construcción.

ENRIQUE -. Los croquis del suelo; se lo puedo hacer yo, si a usted le viene bien, señor Anselmo.

ANSELMO -. Se lo iba yo a pedir, señor Enrique.

Así comenzamos a trabajar en aquellos chalet sin saber si los iríamos hacer nosotros: pero como la intuición era mucha y pocos los contratistas de obras, que había a cien kilómetros alrededor: aquello, veíamos, que era para nosotros.

No se encontraba personal, ninguno, en estos alrededores como mano de las demás empresas, tenían que trasladar a su personal fuera de su casa; en las obra de la construcción: pensando yo, que tal vez lo encontraría yendo hablar con las personas que se ven asiduamente en la cantina del poblado.

Pocos tenían que ser; por lo que yo había visto: ya que casi todas las personas de aquel poblado, cerca de la Ciudad, eran de la tercera edad.

No obstante fui hablar con el padre de Andrés; llevando conmigo a su hijo: así sabríamos qué clase de persona se trataba, al que se apuntase para tal fin en el trabajo.

Todos querían trabajar; pero si se cobraba por día. O sea; que el día que a ellos no los cuadrase ir al trabajo de los chalés, irían a otro lugar. . .

Solamente eligió dos Andrés, que no estaban mal; pero que nada mal: ajustándose al contrato de trabajo que se les hiciese, por parte de la empresa constructora.

Al llegar, con Andrés, al gabinete técnico de arquitectura; reuní a mis ayudantes, hablándolos con suma propiedad y con todo el esmero del Mundo; para hacerme comprender por todos ellos.

ANSELMO -. En general, no hemos encontrado muchos trabajadores de la construcción en el poblado, Andrés y yo: solamente dos, se han ofrecido para cumplir con las exigencias del contrato. Quiere decirse, que a los tres que tiene Andrés. . .

Al decir aquello yo, alzó la mano Andrés con ganas de hablar él algo; dándole yo la palabra.

ANDRÉS -. Perdón, señor Anselmo: somos cuatro trabajadores de la construcción, lo que tengo yo; contándome a mí, también.

Le agradecí en el Alma, lo que quería hacer por la empresa; pues el dirigir al personal, en una construcción no es cosa fácil.

En estos momentos, entraron las mujeres, capitaneadas por Cristina, que a la voz de ya somos dos más, se unieron al grupo de trabajadores de la empresa.

Ya había ocho personas apuntadas para trabajar en la empresa como obrero de la construcción; dándome a mí hincapié para decir algo, que no se esperaban mis ayudantes.

ANSELMO -. Y con nosotros tres, (señalando a Enrique, Amparo y a mí), ya somos once personas para trabajar en los chalés; echándome toda la carga de trabajo encima.

Desde aquel momento, comenzamos los preparativos, para presentar: Croquis y planos bien detallados. Con un presupuesto, ajustado a las consecuencias económicas de la aquella época.

Fuimos elegidos nosotros; para construir aquellos chalés; que tanto trabajo nos habían dado, sin haber comenzado sus obras.

Tanta presura me escamaba a mí un algo; pues los servicios oficiales no hacen eso: pero por otra parte, creí que era yo el mejor postor; debido al presupuesto que mandé.

Lo único que se podía hacer, era esperar a que me llamasen y presentarme yo personalmente en el Excelentísimo Ayuntamiento; llevando, también, a mi ayudante, Enrique.

ANSELMO -. Enrique: prepárese usted para acompañarme al Excelentísimo Ayuntamiento, que nos demanda la construcción de los chalet.

ENRIQUE -. Le comprendo.

¡Pues no iba a comprender!: si era la mejor relación pública que yo he tenido. Cogía las incertidumbres al vuelo; no podían llevarse por el camino que el pillastre quería.

Así fue; en un par de días estábamos camino al pueblo, donde se irían a construir los chalés: para acomodo y gloria nuestra.

Ya, en el consistorio; vimos unos movimientos, como pocos oficiales en su manera de actuar. Al parecer; no eran muy ortodoxos los funcionarios de aquel Excelentísimo Ayuntamiento: teniéndolos yo que indicar la manera de actuar en aquellos contratos, por tener algunos hechos.

No pasaba nada; era que al funcionario que habían asignado, para tal ocasión no sabía la manera de actuar con los contratos.

Les hice poner un anuncio en el tablón, de la demanda de aquella mano de obra; para más tarde, pasando cuarenta y ocho oras, llevarlas a las prácticas. Así; como la canalización que rigen con esos contratos: quedándose, enteramente agradecido, aquel funcionario.

Ahora sí era todo legal: firmando yo el contrato de los chales que demandaba el Excelentísimo Ayuntamiento.

La limitación del terreno se hizo como decía el artículo deseado para ello; no teniendo, ni noche ni día de descanso ninguno de las once personas asignada en la construcción de los chalés.

Pero también tuvimos nuestros descansos los sábados; asistiendo a fiestas insospechadas; por parte de los amigos de la infancia.

Pero como las mujeres se encontraban cansadas; muy cansadas de su trabajo: las fiestas se tenían que acortar en su duración.

Recuerdo una fiesta, a la que asistimos; en el día de Nochebuena, que no pudo terminarla Cristina: por el cansancio que tenía en su Alma. Se tuvo que acostar en una pequeña habitación, que había en la casa de Samuel, para poder descansar un poco; pues el amigo Samuel era el que acogía a los demás, en su casa, en estas circunstancias.

Cuando fui a abrir la puerta de aquella pequeña habitación, no sin antes haber llamado con los nudillos de las manos en la puerta, pidiendo permiso para entrar; vi acostada con Cristina a la señora que teníamos contratada en nuestra casa, como personal doméstico.

Cuando salió de aquella habitación, hablé con Cristina; sobre la señora que teníamos como personal doméstico.

ANSELMO -. Cristina. No me dijiste que la persona elegida para que sirviese como obrera en la construcción, era la señora que tenemos como personal doméstico

CRISTINA -. No. Porque esa señora sigue siendo personal doméstico en la construcción.

Me eché para atrás, como asustado; pues aquella persona tenía un contrato, firmado por las dos partes; como personal doméstico, a pleno rendimiento.

ANSELMO -. ¡No puede ser!.

CRISTINA -. La hago llevar la comida y encargase de una Barbacoa, que tenemos en la construcción, para que haga ella una buena torrada.

ANSELMO -. ¿A quién has oído decir eso?.

CRISTINA -. A ella misma; pues es de las Baleares.

Alerté a mi mujer, Cristina, que no debía cogerla allí la inspección de trabajo: sería nuestra ruina. Para ello, tiene que tener un espacio, asignado a ella; donde pudiese hacer sus tareas de doméstica y separado del resto de los chalés en construcción: alegando, necesidades prioritarias de comida, por estar prescritas por un Médico.

Así se hizo; ya que Cristina visitó la consulta de Samuel; recetándole éste un plan de comida.

Pero como aquel pueblo; solamente tenía una sola entrada y salida de carretera; se podía ver, muy bien, quién entraba en el pueblo y quién salía de él. Y a la voz de inspección; todos estaban en sus puestos correspondientes.

Cosa que no era así, cuando la inspección del Excelentísimo Ayuntamiento nos visitaba; y para quitarle las ganas de volvernos a visitar, se le cayó encima, al funcionario, unos pegotes de cal, con alguna que otra pintura.

Menos mal, que aquel día no llevaba el traje puesto, aquel funcionario; y con todo y eso, se oían las voces que daba hasta en el mismo Excelentísimo Ayuntamiento.

Quería denunciarnos; habiendo entrado en la obra, sin previo aviso y sin casco alguno: desistiendo de aquella mamarrachada en un santiamén; al ser aconsejado por el señor abogado del consistorio. No quedándose muy tranquilo en su posterior decisión.

Como si un juego de ajedrez se tratase, se quedó en tablas; no volviéndonos a decir algo, aquel empleado del consistorio.

Lo que sí tuve que hacer, es pedir permiso al Excelentísimo Ayuntamiento, para que me dejase edificar una pequeña casa; y así serviría para hacer sus funciones la persona doméstica, que estaba a nuestro cargo.

En un recodo, que había sobrado, al perimetral el terreno, se edificó la casa; ya que era terreno urbanizable: para más tarde, pasarle al consistorio la compra-venta de aquella casa, ya que era suya.

Un día nos vimos perdidos para poder retener, al señor Inspector, en la carretera: pues como sin pensarlo, Andrés tiró unos escombros en esa vía de acceso al terreno de los chalés.

Andrés estaba bien enseñado; pues yo le estaba oyendo lo que le decía al señor Inspector de trabajo. Y con la corrección que lo decía.

ANDRÉS -. Perdone usted, señor Inspector, que le hagamos esperar en medio de la carretera. Pero es que, esta mañana temprano; se nos ha volcado una carga de un camión; dando cuenta de ello.

No sabía yo a quién habíamos dado cuenta; pero lo cierto fue, que se disculpó el señor Inspector con Andrés, decidiendo quedarse dentro del coche en medio de la carretera, hasta que terminasen limpiar toda aquella zona.

Cuando llegó a dónde yo me encontraba el señor Inspector, se paró conmigo; para sonsacarme cómo había sido ese vuelco de la carga de un camión.

ANSELMO -. No se ha podido hacer nada, esta misma mañana. Un reventón de una rueda, sin esperarlo; ha hecho, que se activase la puerta que tiene atrás, cerrada con un tensor. Una especie de retenedor.

El señor Inspector preguntó los años que tenía el camión; diciéndole yo algo así -. Tiene veinticuatro años.

No se quedó conforme el señor Inspector; pues quería saber si había pasado la Inspección técnica de vehículos: la ITV.

Del primer atolladero habíamos salido; pues vistiéndose bien la persona doméstica, e yéndose a la casa; salvamos nuestro trabajo. Pero del segundo atolladero no sabía yo cómo se podía salir.

Pero antes que volviese hablar yo; Enrique me enseñó el móvil con una llamada de teléfono en él: siendo al dueño del camión, que yo le había detallado al señor Inspector.

El señor camionero, se presentó con su camión y con una rueda reventada, como nunca se había visto.

Poniendo coraje, por a ver reventado la rueda del camión: diciéndonos, que se había dado un gran susto.

Así que pasamos el segundo atolladero: y cuando creíamos que ya no nos volvería a pasar nada malo; se empeño, el señor Inspector, comprobar los contratos de cada obrero de esa construcción.

Teniéndole que entregar, de uno en uno, los contratos de todos los obreros, que visualizaba el señor Inspector. Hasta el contrato de la persona doméstica, tuve que enseñarle al Inspector.

INSPECTOR -. Está bien: guarde usted, señor Anselmo, los contratos, para que no se pierdan.

Así lo hice; pues yéndome a la casa, entré por el lado contrario de donde nos encontrábamos: por ser allí donde teníamos la oficina de la empresa; para poder informar al posible cliente de aquellos chalés.

Se fue tarde el señor Inspector, de la visita que nos hizo aquel día: y hablando con Andrés, me dijo una cosa curiosa este hombre.

ANDRÉS -. Mucho interés pone ese hombre; para que los chalés estén totalmente legalizados.

ANSELMO -. ¿No me digas?.

ANDRÉS -. Sí, señor Anselmo; como se lo digo a usted.

ANSELMO -. Pues cuidado con la venta que se le haga al señor Inspector. .

ANDRÉS -. Lo mismo que a todos los demás clientes.

Así me gustaba oír a los obreros contratados para la construcción de esos chalés; en un pueblecito, cercano a nuestra hermosa Ciudad.

Yo me restregué los ojos; pues sin haber tirados cohetes, veía como estallaban, cerca de mí, unos ruidos como de cohetes. Siendo los innumerables aplausos de todos los obreros de esa construcción; por haber salido victorioso del tema del señor Inspector.

Desde el gabinete arquitectónico, recibimos noticias de la señorita Lupe; pues se había quedado en la oficina, al cargo de coger las llamadas de los posibles clientes.

Esta vez, era un cliente conocido por nosotros; por haberle edificado un chalet, de alto standing.

Yo tuve que dejar mi trabajo al siguiente día, para entrevistarme con aquel señor, que me demandaba hacerle un chalet: no sabiendo yo cómo lo quería esta vez; si en el primero que le construimos, pusimos todos los materiales mejores que hay en la construcción, así como todos los adelantos técnicos que existían en aquellos tiempos.

Claro que lo quería mucho mejor que el primero; sin escatimar materiales y adelantos en la construcción. Alertándole yo el montante económico que le iría a costar, hacer dicho chalet.

A penas me escuchaba; hasta que me dijo: -. Sin escatimar precio alguno -. Eso sí lo oí bien; lo que no me gustó también fue para cuando lo quería terminado.

Me dio una fecha un poco corta; por no tener, ni hechos una tercera parte de los chalet del pueblo cercano a nuestra Ciudad.

Se apuntó el terreno, con tierra blanca; para saber en qué lugar irían los dormitorios, la cocina, los baños, los pasillos y hasta las puertas: todo, todo estaba alineado hacía el sur; que era por donde más Sol había.

Al señor que nos había contratado, le pareció bien aquella disposición de alineamiento: hacia el sur, hacia la alegría simpar.

Ese sin par acontecimiento; de que cuando una persona se levanta, puede ver toda la claridad del día, sin tenerse que asomar a la calle.

Destaqué dos obreros de la construcción para que hiciesen los cimientos del nuevo chalet, en el lugar indicado por el señor que nos había contratado para tal fin.

Lo primero que se hizo, fue una gran nave; para guardar los materiales que adquiriésemos para la construcción del chalet: no teniendo quién lo guardase por la noche. Así que tuve la idea de contratar a una empresa para que me mandasen, todas las noches, una persona afines a la empresa. Un personal de seguridad.

ENRIQUE -. Se ha quitado dos obreros de este complejo de chalet; mermando el trabajo.

ANSELMO -. Estamos nosotros aquí, para suplir mano de obra.

ENRIQUE -. Pero esa mano de obra que se ha suprimido, vale doble que la que hemos quedado en las construcciones de los chalés.

Y señalando para donde se encontraba Cristina y la señorita doméstica; me quería hacer ver, Enrique, que se habían mermeros los esfuerzos.

Una época con tan poco trabajo y otras con tanto que hacer; considerando yo, contratar dos obreros más, para el complejo de chalet que estábamos edificando.

Para ello me fui al SEPE; viendo con sorpresa, que sí existían numerosos obreros en demanda de trabajo en la construcción; cosa que chocaba con la realidad: si una persona busca a un obrero de la construcción, no lo encuentra tan fácilmente.

En la oficina de empleo, SEPE, sí había apuntados varias personas de la construcción; por lo tanto, entre que si uno se encontraba con fiebre, que si otro se había hecho un esguince en el tobillo y así, un sin fin de contrariedades más: encontré a una persona disponible. Faltándome solamente un obrero de la construcción: ¿pero dónde ir a por él?; si removí mar con tierra, para encontrar uno solo.

Teniendo una sola idea en la cabeza; transmitiéndosela a Enrique, que le pareció bien.

ANSELMO -. Señor Enrique.

ENRIQUE -. Dígame usted, Anselmo.

ANSEMO -. He pensado, no volver a coger tantas construcciones a la vez; puesto que a nosotros nos sobra, según los obreros que tenemos, una o dos.

ENRIQUE -. Me parece lo ideal.

Así quedó sentado, de una sola vez; que la empresa, por falta de personal no volvería a expandirse en tantas edificaciones.

No teniendo ni día ni noche para descansar; ya que a las cinco de la mañana estábamos, todos los días, en la carretera, con rumbo fijo: llegar al terreno donde construíamos los chalés.

Ese mismo día, vimos venir al funcionario del consistorio; para saber la agilidad que llevaba la construcción de los chalet.

Una vez más, salió a su encuentro Andrés; con un solo pensamiento: que no pasase de la línea donde se encontraba la cinta que rodeaba la edificación del chalet que se estaba construyendo.

Al oír decir eso a Andrés; el funcionario del consistorio, se echó para atrás con cara de decepción, diciendo algo así Como: -. Se tiene que cumplir el plazo que está reseñando en el contrato -.

Enrique y yo nos miramos extrañado; pues no habíamos leído nada de lo que nos estaba diciendo el funcionario del consistorio.

Esperando que llegase la noche; para volver a leer el contrato de ese complejo de chalet.

Efectivamente: en letra pequeña, reseñaba el plazo máximo para terminar el complejo de los chalés, en cuestión.

Por falta de personal, tuvimos que agenciarnos unas luces potentes y empezar a trabajar por la noche; puesto que el recargo que nos caería, como multa, sería enorme.

AMPARO -. Qué dice esa letra bastardilla.

ANSELMO -. La letra bastardilla se emplea, solamente en el ámbito de la tipografía. Está detallado en la letra pequeña.

A los pocos días requirió mi presencia en el estudio de arquitectura, Lupe; pues se recibió una factura como nuestra.

No lo pude remediar; yéndome a la oficina principal, en el estudio de arquitectura: leyendo detenidamente la factura y cotejándola con los pedidos.

¡No!; no era nuestra aquella factura, que yo tenía en mis manos; ya que nunca había pedido yo material a esa empresa.

No hacía más que darla vueltas y vueltas a la factura, que tenía en las manos; para ver algún signo o reseña de dónde podía ir dirigida: porque a nosotros, nos la daban de clavo con la factura y la letra de cambio que nos habían girado.

Hasta que por fin, observé; que entre los números detallados de la factura, existía un uno puesto en lápiz. Por algún empleado de aquella empresa, que no daba con el cliente que la debía. Y entonces sí sería mía; si a caso fuese verdad lo que ponía la factura manipulada.

La señorita Lupe me vio nervioso, muy nervioso; ofreciéndome un vaso de agua y una silla para que me sentase. Observándome continuamente a lacara y a los ojos; no perdiendo detalla alguno de mi ánimo.

GUADALUPE -. ¡Se encuentra usted más calmado?, en estos momentos.

Pues era, que la señorita Lupe me vio con mejor ánimo y con mejor semblante; pero como ella me había hecho una pregunta, la tenía que contestar por educación y por respeto a ella.

ANESELMO -. (Echándome las manos a la cabeza, respondí).- Se me aglomera el trabajo y hasta las deudas. No encuentro obreros para tanta construcción en los chalet.

Lupe, se me quedó mirándome fijamente a la cara; como en señal de que ella tenía la solución.

GUADALUPE -. Es temporada, en que no hay nada que hacer en el campo; o por lo menos poca cosa hay que echársela como tareas.

ANSELMO -. ¿Qué quiere usted decir?, señorita Guadalupe.

GUADALUPE -. Mi novio Bryn, o mejor dicho: el padre de mi novio tiene una gran fina de labranza, con siete jornaleros a su cargo todo el año.

Como yo empecé a temblar, se puso más nerviosa, todavía, la señorita Lupe; al no saber que la alegría me invadía el cuerpo, por momentos.

ANSELMO -. Está intercediendo usted, Lupe, por mí.

GUADALUPE-. Más bien por todos nosotros; pero en general, lo hago por usted, señor Anselmo.

La cogí de los hombros, levantándola de donde estaba ella sentada; para elevarla sobre mi cabeza, casi medio cuerpo, de aquella bella señorita.

Cuando la bajé de como yo la tenía cogida, comenzó a ponerse bien la bata; pues no me había dado cuenta, que la tenía, totalmente, remangada hacia arriba.

Así comenzaron a trabajar con nosotros, cinco jornaleros del padre de Bryan, el novio de la señorita Guadalupe.

El único obstáculo que había, era que se diesen de baja en el sistema agrícola y se diesen de alta en el sistema de la construcción los cinco

jornaleros, que me había prestado el padre de Bryan, el novio de la señorita Guadalupe; para el día de mañana, cuando hiciesen falta esos cinco jornaleros al padre de Bryan volver otra vez a darse de alta en las faenas agrícolas: ellos, sí se dieron de baja en dichos sistemas, teniendo que esperar un tiempo para darse de alta en el sistema, que ellos habían encontrado como acomodo, según asignación del SEPE.

Pero uno de ellos, si cambiaba no podía volver al sistema agrícola; así que no le dieron de bajo en dicho sistema; teniendo un obrero menos en la construcción.

Un día me puse malo; pues desarrollé un estado griposo; teniendo mucho constipado; llamando al Médico de aquel pueblo, yendo a por el galeno Andrés, con el coche de la empresa.

Yo me fui a la pequeña oficina que teníamos como información a los posibles compradores de aquellos chalés; quedándome totalmente dormido en el sillón, donde me senté.

CRISTINA -. ¡Es gripe?, doctor.

DOCTOR -. No; pero si sigue dicho proceso, lo será.

El señor doctor le recetó un jarabe y un sobre para que hiciese gárgaras con agua caliente, metiendo la cabeza cerca de la olla hirviendo y tapándose la cabeza con una toalla, para aspirar todo el vaho de esa agua. Yo me tuve que quedar en cama, un par de días; con un constipado monumental: pero lo malo no fue todo eso, que a los pocos días enfermó mi mujer, Cristina; teniéndose que dar de baja en la construcción.

La suerte, la tuvimos; cuando se presentaron dos jóvenes de aquel pueblo, con ganas de trabajar, estando yo ya en activo, por prescripción médica. No queriendo yo que siguiese trabajando Cristina; pues tenía una cara famélica y todo el cuerpo famélico. Presentando unos brazos exigüos, por falta de músculos en ellos. Y con Cristina, volvió a casa la persona doméstica; para que tuviese cuidado de mi mujer y poder asear la casa, tal y lo que ella pudiese.

Era una realidad; nos estábamos poniendo enfermos, sin remedio alguno; por algo que no sabíamos. Y era, que estábamos pagando la inocentada de la persona que está aprendiendo.

Desde luego, estábamos aprendiendo la forma y el proyecto de construir y saber emplear, mejor, al personal de la construcción; para ello,

deberíamos apuntar los fallos que habíamos tenido, para no caer en un sistema panteísmo desorbitado, como si se tratase de una escalera de caracol. Ya que la existencia, las cosas y la naturaleza; son tres conceptos diferentes: Dios es un Trino, Nº 234). Un solo Dios en tres personas, (ver catecismo 253 – 255).

¡AY!, Bryan: nos estaba proporcionando los obreros de la construcción, que nos hacían falta; para poder acabar, en el tiempo que consta en el contrato, que firmé, la construcción de aquellos bonitos y modernos chalet.

Sonó, por fin, la campana; presentándose el señor Inspector como particular: en esta ocasión, no llegaba oficialmente; pues estaba dispuesto a comprarnos un chalet: a buen precio, y estando en una posición privilegiado de aquel complejo de chalet. No sabiendo el señor Inspector, que ya le habíamos asignado un chalet; a gusto y medida de él.

Aquel complejo de chalés, se terminó un mes antes que reseñaba el contrato; felicitándonos todos por la presura para terminar, a su debido tiempo los chalés.

La lección la habíamos aprendido todos nosotros; Enrique, Amparo y yo: nunca más cogeríamos un complejo, sin mano de obra; por lo menos, se requiere tener la mitad de las personas, que pide esa construcción. Y para hacernos querer; dimos una comida, en una cafetería que había en el pueblo; pues tenía restaurante propio.

Los señores del sistema agrícola, volvieron a su sitio; pues estábamos en otoño, para preparar la sementera; pues la cosecha de los árboles frutales, se había cogido a duras penas. Pero eso sí: no dejando tanta fruta en los árboles, como otros años.

Ya habíamos hablado mi mujer y yo; de la posibilidad que teníamos, para dar las gracias a los padres de Bryan.

Entré el primero en los estudios arquitectónico; esperando que entrasen mis ayudantes y así fue; pues a la persona que yo quería ver y charlar un poco con ella, era a Lupe.

Pulsé el botón, que corresponde a la señorita Guadalupe; llegando esta chica raudamente a mi despacho: con toda la predisposición del Mundo.

GUADALUPE -. ¿Me ha llamado usted?, señor Anselmo.

Pero como se había dejado la puerta abierta la pedí, por favor, que la cerrase. Haciéndolo ella con todo el amor, que llevaba por dentro aquella chica.

ANSELMO -. Siéntese usted, señorita Guadalupe. La tengo que decir una cosa.

GADALUPE -.usted, dirá.

Sin hacer ninguna pausa, ni énfasis en las palabras; la pedí algo, que solamente estaba en sus manos.

ANSELMO -. Entregue usted, Guadalupe, esta carta a los padres de Bryan. Como se me quedó mirando, con cara de extrañeza; la tuve que decir, para qué era aquella carta.

ANSELMO -. En ella invitamos, Cristina y yo, a los padres de Bryan a una cena, en el mejor restaurante de esta Ciudad. Y si tiene usted, Guadalupe, esos lazos tan estrechos como para ir con su novio: son también, invitados ustedes dos: Bryan y usted.

Guadalupe se me quedó mirando fijamente a los ojos; como queriendo ver en mí ese estado anímico de buena esperanza, al decir yo la verdad. Ella quería saber si decía yo la verdad de lo que mi corazón me dictaba y mi mente me decía.

La cogí de las manos, con las mías; para hacerme comprender mejor, por la señorita Guadalupe.

ANSELMO -. Es nuestro deseo, de Cristina y el mío; que vayan ustedes dos, Bryan y usted, Guadalupe, a la cena.

Así se lo dije, sin titubear, ni pestañear; para que la señorita Guadalupe me creyera: ya que aquellas palabras me salían de lo más profundo de mi Alma.

Desde luego que sí fueron a la cena, Bryan y la señoritita Guadalupe; juntos con los papás del novio. Siendo una velada encantadora, toda aquella hora que duró aquella cena.

Desde luego, habíamos hecho amistad con los padres de Bryan: unas personas encantadoras, donde las hayan; siendo ellos terratenientes de aquella Ciudad. Encontrando los jornaleros, sin ninguna clase de contratiempos; pues si a uno de ellos le hacía falta algo, se lo proporcionaban ellos.

Al quedarnos solos, en nuestra casa; Cristina y yo hablamos de los padres de Bryan: pues por poco faltó tirarlos flores, de lo bien que se expresaba Cristina, cuando los describía mi mujer.

Así estuvimos hasta bien avanzada la madrugada de aquel día; hasta que el cansancio y el sueño nos abatió: no pudiendo soportar echar un sueño, aquella madrugada.

Cuando llegué a la oficina y ya en mi despacho, abrí el portátil viendo la clase de correspondencia que tenía yo; y entre medio de ellas, tenía una hablándome de algo mayúsculo para mí: siendo tan trascendental aquel correo electrónico, que no pude por menos que hacer una cosa. Salir corriendo para hacérsela extensivo a mis ayudantes.

Al verme llegar a la oficina, mis ayudantes, de esa manera tan sofocada como yo iba; al despacho central, me preguntaron las causas de ese nerviosismo, como era el que llevaba yo.

AMPARO -. Cualquiera diría, que le pasa algo.

ENRIQUE -. ¿O nos quiere decir alguna cosa?.

ANSELMO -. Más bien es lo segundo. Os quiero decir: que he recibido un correo electrónico para la construcción de tres chalés, por parte del señor que le hicimos el complejo equino.

ENRIQUE -. Aquí cerca.

AMPARO -. ¡Donde sea!.

Pues eso: donde fuese, allí iríamos para construir esos tres chalés; que le estaban haciendo falta a aquel señor.

Y antes de deshacernos de los obreros de la construcción, que no nos hiciesen falta; ampliamos sus contratos para otras jornadas de trabajo, fuera de la plaza, donde estábamos.

Una vez más, se quedó Lupe en la oficina central, para recibir y contestar mensajes de los posibles clientes. A todos los demás, me los llevé hacia la costa; para hacerlos pasar unas vacaciones, que aunque trabajando, eran verdaderamente honradísimas.

Aquellas vacaciones comenzaban el viernes por la tarde, no terminando hasta el domingo por la tarde, ya de noche.

En donde el Espíritu de la juventud, se veía salpicado por esa hada de misterio y de jolgorio expansivo de todos ellos.

Nada más ducharse y algunos hasta sin probar bocado; salían a la calle perdiéndose entre la muchedumbre, para no presentarse hasta el lunes a primeras horas de la mañana; y ya en el lugar de trabajo.

Un día entró en la oficina, que teníamos en la construcción de aquellos tres chales, un joven, alegando algo muy importante para él.

ANSELMO -. Usted dirá, señor.

JOVEN -. Deseo, me mande a otra empresa de construcción; una vez que usted haya terminado los chalés.

ANSELMO -. ¿Qué causas?, le inducen para ello.

Abriendo la puerta de la oficina, me presentó a una joven: guapa, simpática, decente y honrada.

JOVEN -. Señor Anselmo: estas son las causas.

ANSELMO -. Muy bien. Veré lo que puedo hacer.

Hacer no podía hacer mucho; porque yo no conocía a ningún empresario de aquella provincia; pero me fui para el SEPE, preguntando por empresarios que viviesen en la provincia, a la vez que le apuntaba en el paro a dicho joven, después de haber formalizado los papeles necesarios para ello. Así, que ya no trabajaba, ese joven, para nadie: viendo yo que los chalés estaban completamente terminados. Faltaban muy pocas cosas para entregar aquellos chalés, ya terminados.

Cuando se volvió a presentar en la oficina, aquel joven dándome las gracias.

ANSELMO -. No las merezco; pues yo no he hecho nada.

JOVEN -. ¡Le parece poco!: hacer, usted Anselmo, que me contrate una empresa de construcción en esta plaza.

Había surtido efecto lo que hice con aquel joven, tan enamorado: me había salido a pedir de boca, como se suele decir. Entrándome un canguis si hubiese salido mal: le hubiese quedado en una situación, a aquel joven, bastante embarazoso. Fuera de su provincia y lejos de su familia. Significando ese canguis o canguelo, en la voz gitana: temor, miedo. Porque no saliese bien lo de ese joven.

Siendo que aquel joven me tenía hecho un poder notarial para que yo hiciese y deshiciese por él.

Como llevábamos un tiempo en la Ciudad, sin salir a ninguna otra plaza para edificar lo que nos mandasen los clientes: los amigos de la infancia quisieron homenajearnos a modo y manera; como ellas bien sabían.

Para ello, se presentó Mercedes una mañana temprano en la oficina: y al verme solo, me cogió de la pechera, arrastrándome hacia sí; para consumir el acto de amor. Pero en ese momento sonó la puerta de entrada a las oficinas de los ayudantes, teniendo que desistir Mercedes echar todo su fuego interior para afuera. Pero fue solo bastante, el que esa señora se hubiese echado, prácticamente, encima de mí, para que yo no la olvidase en todo el día.

Me di por enterado de lo que querían hacer los amigos de la infancia: invitarnos, en la casa de campo de Samuel una merienda opípara. Menos comida copiosa y más ejercicio físico; era lo que nos estaba haciendo falta a todos nosotros.

Pero para no despreciar la invitación, que nos habían hecho los amigos de la infancia; fuimos, Cristina y yo, a ese evento tradicional, que habían organizado nuestros seres más queridos.

Nada más empezar el relax esa mañana: y a la primera copa que tomamos; se nos acidó un poco el alcohol tomado por aquel evento. Pues se había caído, en el pozo, Mercedes. Y a la voz de “socorro”; acudimos todos los amigos, para sacarla del poco.

El pozo tenía tres metros y sin agua alguna; ya que hacía siete meses que no había llovido, ni una gota de agua.

Me asomé al pozo; viendo a Mercedes, asustada y de pie: con unos ojos que se la salían fuera de las órbitas. No hizo falta que hiciese gesto alguno; para saber qué quería esa mujer.

No lo pensé y escalando la pared de aquel pozo, conseguí llegar, no sin dificultad, a lo más profundo de él. Sacando de allí a Mercedes; pues la subí a mis hombros, para que la pudiesen coger alguien y tirar de ella.

Quien la cogió fue Prudencio, su marido: mirándola con cara de pocos amigos. Y como aquel hombre tragaba mucha saliva, por encontrarse nervioso perdido; la instó, para que no volviese hacer ninguna tontería más en ese día.

Al oírle decir aquello a su marido, Mercedes explotó, como si se tratase de un globo de los niños: sin contemplación alguna.

MERCEDES -. No digas más tonterías. ¿Quién me ha sacado?, del pozo. Piensa y recapacita un poco. . .

PRUDENCIO -. ¿Qué quieres decirme, con eso?.

MERCEDES -. Que eres. . .?. . .

Mercedes se cayó, para no hacer daño a su marido Prudencio; pero todos intuimos lo que le quería haber dicho. Hasta Cristina, intuyó aquello que se cayó Mercedes y no lo dijo.

Esto lo supe más tarde; cuando nos separamos del grupo y estando a solas, me habló con gran sentimiento.

CRISTINA -. Dime una cosa, Anselmo.

ANSELMO -. Tú dirás.

CRISTINA -. Si hubiese sido yo la que me hubiese caído dentro del poco; hubieses hecho lo mismo, que has hecho por Mercedes.

ANSELMO -. Todavía mejor, ¡cariño!.

Sí, porque era mi cariño: desde luego, que era mi cariño y mi vida Cristina; al vivir con ella tantos años y al estar enamorado de mi mujer.

No queriéndola yo decir: que cada año se quieren más los matrimonios; pues la pura convivencia hace que sea así, si el matrimonio se lleva bien.

CRISTINA -. Eso. ¿Me lo dices de verdad?, Anselmo.

ANSELMO -. De puro corazón.

Y al decir yo aquello, nos fundimos en un abrazo ferviente, el uno con el otro, delante de los demás amigos; teniendo ese abrazo apasionado una respuesta por parte de todos los amigos. Empezaron aplaudir los amigos, con todo el deseo del Mundo; al vernos tan enamorados.

Como quiso ir Mercedes a felicitarnos; Samuel, la cogió de un brazo, sujetándola para que no fuera a donde nos encontrábamos, Cristina y yo: sería mejor que nos dejase a solas, con nuestro amor encandecido.

Esas ascuas que se formaron aquel día de nuestro amor; perdura para siempre, dentro de nosotros dos, Cristina y yo.

Pero aquello que me preguntó Cristina, fue bastante; para saber que mi mujer: se las sabía todas, no dando su brazo a torcer por nada del Mundo. Me quiso decir, que me quería y mucho, con aquella conversación: y que no quería a ningún otro hombre, más que a mí.

En casa, todo seguía igual que siempre; con esa hada iluminada, de una conciencia clara y supina: no haciendo mal a nadie, ni nadie nos hacía mal alguno.

Poco a poco se fue enfriando ese atractivo físico, que Mercedes sentía por mi persona; y mi persona estaba por mi mujer, Cristina: que lejos de irse enfriando, al paso del tiempo, nuestro amor; brillaba más cada día. Con ese resplandor semejante a los rayos del Sol, en una mañana de verano.

Nuestros hijos se estaban haciendo mayores; o por lo menos más comprensivos del medio que los rodeaba. Ya no lloraban tanto, pidiendo las cosas que les gustaban.

Aquellos Ángeles dentro de la vida de Cristina y mía; esos pequeños, con ojos visor, para que nada se los escapase de la vista y de los sentidos: ¡esos!, esos son los que nos alegraban la vida y nos llenaban de felicidad todo nuestro ser, por completo.

ANSELMO -. Cristina. No te has dado cuenta de la evolución que han tomado nuestros hijos.

CRISTINA -. ¡Cómo no me lo voy a dar cuenta!; si solamente vivo para ellos.

ANSELMO -. Igual me pasa a mí.

Eran días solariegos; de esos amaneceres, de gloria y misterios: por ver amanecer otro día.

Soplaba una brisa dulce y serena, en nuestra frentes de gentes nobles y sencillas; gentes, que si te dan su amistad son capaces de dar la sangre por ti.

Una mañana salí para dar un paseo, por los alrededores de aquella preciosa Ciudad: encontrándome innumerables aves y reptiles, por el campo; hasta que por fin, me encontré a una oveja, enredada en una zarza.

Me fui hacia ella, desenganchándola los pelos, toda la lana que tenía aquella oveja de la zarza. Y cuando quiso salir corriendo, miró hacia mí; como dándome las gracias.

Hasta los animales te daban las gracias, a su manera, en aquellos terrenos de praderas inconfundibles. Donde crecen los helechos, las amapolas y las hierbas más bonitas que yo haya visto.

Me acerqué a una mata, con flores bellas y suaves al tacto; pero que al olerla, no olía como yo creía: No tenía esa fragancia en sus corolas.

Un moscardón salió de una de esas flores; dejando tras de sí, un olor característico de algo poco noble.

Me alejé de aquella mata, para dar con un remanso de agua estancada, de hace ya tiempo; y ¡claro!, aquella agua olía un poco. Así, que sin hacer caso alguno al remanso de agua, seguí mi camino, para dar con un rebaño de ovejas: todas ellas, bien esquiladas.

Y como la naturaleza me absorbía el cerebro, no me estaba dando cuenta la hora que era; hasta que me miré al reloj, viendo que debería haber estado en mi oficina, hacía ya una hora.

En hora y media, entré en mi despacho; no sin antes haberlos dados los buenos días a mis ayudantes. Y en repulsa, me contestaron todos: -.Buenas tardes -.

Entré en el lavabo; pues olía a estierco mis suelas de los zapatos; quitándome de aquellas suelas, plastas del estierco de las ovejas, por donde yo había pasado.

Y estando en esos menesteres, pidió permiso Amparo, para entrar en mi despacho; dándoselo yo, con buenas ganas.

AMPARO -. La carta, donde se pide el resto del dinero, al Excelentísimo Ayuntamiento, donde edificamos el complejo de chalés, está por firmar.

Me agaché y firmé aquella carta, no sin mostrar parte de mis buenos atributos, delante de la sociedad: mi vergüenza.

Se me ruborizó toda la cara; poniéndoseme colorada y como si me fuese a dar una congestión, por no cuadrar con mi manera de ser.

ANSELMO -. Que se la admitan a usted, esta carta, certificado y con acuse de recibo en CORREOS.

AMPARO -. Sí, don Anselmo: como usted diga.

Comprendí, que el pleno al que se refería el señor secretario, ya había pasado hacía varios meses. . .

Teniendo respuesta inmediata, de aquel consistorio, en la cuenta corriente de nuestro banco. Y desde ese mismo momento, nada nos ligaba al consistorio.

Un día vio en la televisión Cristina un lugar de recreo, encantándola mucho y como nos sobraba algún dinero de las construcciones, que

habíamos hecho, en diferentes plazas de la geografía española. Enseguida repuse algo, que la encantó.

ANSELMO -. Si quieres, cojo dos días de permiso; para llevarte a ese sitio, que te ha gustado.

CRISTINA -. Son pocos dos días, para ver ese lugar y visitar los pueblos cercanos a esa tierra de Dios.

ANSELMO -. Puedo coger mediado de semana; para ampliarla con el sábado y el domingo. O a primero de semana; habiendo disfrutados de los días últimos de la semana.

CRISTINA -. Si es así, vale la pena ir a la tierra de Dios: pues, ¡qué tendrá ese lugar!, cuando se ha puesto de moda visitar esas tierras.

ANSELMO -. Es muy sencillo: que entre la tierra de María Santísima y la tierra de Dios, se dan la mano; para quererte, para abrazarte, para hacerte soñar viendo las estrellas, para aliviarte en tus penalidades, para salvarte de la corriente que te induce al precipicio. . .

CRISTINA -. ¡Para!, para. Con eso me ha sobrado, para saber cómo es esa tierra y sus gentes.

¡Encantadora!; una tierra encantadora: y sus gentes, personas nobles donde las haya. Comidas opíparas, diversiones a raudales, alegrías a mansalva, amistades divinas, sosiego controlado, paz como en ninguna otra tierra. Y lo que es más importante: noches de bohemias sin finales.

Tanto caló por dentro de su corazón aquella tierra, que cuando llegamos a casa, no se atrevía a deshacer la maleta Cristina; repitiendo siempre: Tierra de Dios. Tierra de Dios. . .

Hasta los ayudantes que tengo en la oficina, vieron un flujo magnético, como si fuese un elixir tomado al viento, La cara de mi mujer. Cristina, era otra; parecía más joven y más jovial; al creerse que todavía estaba en la Tierra de Dios.

Poco a poco tuvo que bajar a tierra, Espiritualmente, mi mujer, Cristina, para saber dónde se encontraba. Y donde se encontraba Cristina era, en la Ciudad más bella de toda la piel de toro.

A los pocos días, cuando nos encontrábamos en un estado de relax, tomándonos un café, en un apartado de la oficina, iniciaron la conversación mis ayudantes; para saber dónde está esa Tierra, que la ha encantado tanto a mi mujer, Cristina. Dándoles yo toda clase de

explicaciones; pero sin saber si era cerca del tío Benito, o del tío Pedro: pues les había mezclado uno con otro.

Pero eso sí; al final supieron dónde se encontraba aquel vergel lleno de gloria y de paz, con un mal interior en la península española.

Como llegaron las fiesta de la virgen el Carmen, me quedé solo en la oficina; repasando unos impresos y poniéndolos por orden de fecha; y cuando llegó el día laboral, vi que cada ayudante mío, traían un collar de flores colgado al cuello. Dándome la idea, de donde posiblemente hubiesen estado, esos dos días anteriores: preguntándoselo a ellos.

ANSELMO -. Si no me toman, ustedes, por curioso; le preguntaré una cosa.

ENRIQUE -. Hágalo usted, señor Anselmo.

ANSELMO -. ¿Donde han estado ustedes en estos dos días de fiesta?.

AMPARO -. En la costa caribeña.

ANSELMO -. ¿Dónde?.

ENRIQUE -. En la costa caribeña: costa dulce.

¡Acabáramos!: en la misma costa que estuvimos Cristina y yo, hacía unos días nada más.

Yo observé que comenzaron a trabajar cada vez más, mis ayudantes; con esa alegría y predisposición en el trabajo, que merecía la pena verlos manejarse en la oficina.

A mí me infundieron esa gana de trabajar, tan alegre como ellos; no en balde había estado en la misma playa que ellos, hacía poco.

Aquella misma noche, salimos mi mujer Cristina y yo, encontrándonos con Lupe y Bryan; que estaban dando un paseo aquella noche de alegría y bienestar, para todas las personas que estaban paseando en las calles de aquella bonita Ciudad.

CRISTINA -. Qué alegría veros.

GUADALUPE -. Igual digo; señora.

Así, se formó un lazo de unión, en aquella noche; para que nosotros cuatro, nos fuésemos a una terraza para sentarnos a tomar algún refresco en ella.

No hacía más que cinco minutos que estábamos en la terraza, de aquella cafetería, sentados: cuando vimos que se acercaban a nosotros, Enrique y Amparo, sin haberse percatado de nuestra presencia en aquella mesa de la cafetería.

Mientras estaban pasando, Enrique y Amparo, por donde nos encontrábamos nosotros cuatro: yo los tuve que hacer una indicación con las manos para que se parasen con nosotros. Pero tan absortos iban mis dos ayudantes, que con una indicación de voz en alto: miró para nosotros Amparo; parándose para saludarnos. Enrique siguió su camino, como si fuese Amparo con él; pues hasta la plática de la palabra, la estaba siguiendo.

Amparo corrió unos pasos, hasta alcanzar a Enrique; cogiéndole de un brazo, haciendo que se parase su acompañante.

Alegrándose mucho Enrique, por habernos visto en aquella noche. Y antes que se enfriase la conversación, los invité para que se sentaran a tomar algún refresco; para que los refrigerase todo sus cuerpos.

Fue una velada inolvidable por parte de cada uno de nosotros: oyendo decir a los más cercanos, que éramos los técnicos de la construcción; no confundiéndose esas personas, que nos apelaban con tal galardón.

Sin alzar la voz, en forma de personas bien educadas; nos entendíamos nosotros seis, con palabras llanas y bien pronunciadas.

Aquellas palabras sencillas, con las que nos estábamos hablando; nos hacían las delicias, de sabernos ser como de familia: pues ya hacía bastantes años, que estábamos juntos en la oficina.

Aquella conversación, que sosteníamos los seis, llegó a su culminación, cuando dijo algo Lupe; que nos tocó las fibras del corazón.

GUADALUPE -. Estoy pensando, al oírlos a ustedes; que somos como una verdadera familia.

Se callaron todos: nadie quería emitir ninguna palabra; para saborear lo que había dicho Lupe, hacía un momento.

Hasta que aquel silencio fue roto por mí; al apostillar yo lo que había dicho Lupe, hacía un momento.

ANSELMO -. Y es, que lo somos. Somos una verdadera familia.

Al decir yo aquello, todos aplaudieron a una; pareciendo, que ponían en ello su corazón y su voluntad para que así fuese. Y aunque el aplauso que hicieron, fue sin hacer mucho ruido; se oyó su resonancia, hasta en la última mesa de aquella cafetería de terraza.

A poco rato, nos levantamos: con la sola idea de irnos, cada uno, a nuestra casa; despidiéndonos con un beso en las mejillas. Aquel ósculo de paz; fue

el prelude, de haberse formado una nueva familia, entre nosotros: en aquella Ciudad encantadora.

Al llegar a casa, hablamos Cristina y yo, de la evolución que había tomado nuestras preciosas relaciones, entre mis ayudantes: ya que yo, nunca dije, mis empleados. Como si tuviese un quinto sentido, en el cerebro metido; diciéndome, que aquellas personas, serían algo así como: parte de mi familia.

Las cosas pasan sin esperarlas; así, que al siguiente día y cuando teníamos la puerta abierta de la oficina, nos entró un gavián, con un ala mala.

A lo primero, no lo vimos muy bien, lo que le pasaba a ese gavián; pero a fijarnos mejor; le vimos echando sangre por el ala mala.

Llamé a un amigo mío, al que yo había hecho un chalet, que era veterinario; para que pudiese auxiliar a ese gavián: presentándose con un aula un tanto mayor. Y entrando al gavián, con mucho cuidado para él y luego para el ave, en esa aula; llevándoselo a su clínica de inmediato: no fuese a ser, que se desangrase ese gavián.

Cuando terminé de trabajar, esa misma tarde me fui a la clínica de mi amigo; para saber algo del gavián: pero también, quería saber qué factura le debía a mi amigo, el veterinario.

VETERINARIO -. ¡Nada!: ¡qué me vas a deber?.

ANSELMO -. Gracias, amigo.

Al decir aquello, me invitó para que viese cómo había quedado el gavián, después de su intervención.

Aquella ave; no tenía el ala rota: solamente había recibido unos perdigonazos en el ala, quitándoselos mi amigo, con suma maestría. Viendo, que de inmediato, llegó los agentes de protección al animal: llevándosele al gavián, para recibir cuidados posteriores por esas personas, afines a ese departamento oficial.

Yo no me quedé tan conforme; pues tenía ganas de preguntar a mi amigo, algo que me quemaba en el Alma.

ANSELMO -. Y atrapado ese ave: ¿qué van hacer con él?.

VETERINARIO -. Se le devolverá a su hábitat natural.

Me quedé más conforme, cuando mi amigo, el veterinario, me dijo aquello: que se le devolvería a su hábitat natural. Esperando el día que sucediese ese acto. . .y el día no llegaba, por más ganas que yo tenía.

Le hicieron tomar fuerzas en las alas, a aquel gavián en un recinto, enorme, para tal fin.

Desde aquel día, del gavián, no volvimos a dejar la puerta de la oficina, nunca más, abierta. Pues aunque estábamos dentro del casco urbano de esa Ciudad; no debíamos bajar la guardia.

Cuando me quedé solo, en mi casa; comencé a pensar: que me estaba pasando de todo. Que algún día me pudiese pasar algo bueno: no todo iba a ser malo.

Pensé, también, que me estaba curtiendo entre las personas; al tener yo que capotar tantos eventos malos para mí y mis intereses particulares.

Recibí una invitación para ver soltar al gavián a su medio ambiente; así que fuimos Cristina y yo a ese encuentro, de entre todos los científicos de la Ciudad; pues siempre es digno ver volar a un ave, que ha estado en rehabilitación.

Fue vello y bonito el vuelo que hizo, por vez primera el gavián: batiendo sus alas al viento innumerables veces, yendo de aquí para allá; como si buscara la dirección adecuada y cuando lo logró se perdió de vista, para incrustarse en la espesura del bosque.

Parabienes de unos, saludos de otras personas a la nuestra; hasta que se acercó a nosotros el jefe de la conservación de las aves: o por lo menos, así lo entendí yo.

Aquel señor, me felicitó muy efusivamente; como si en ello fuese la vida de esa ave; diciéndome: -. Hizo usted una diligencia especial y sin dudar un solo momento de ayudar al gavián; pero otra vez llámenos usted a nosotros -. Dándome su tarjeta de visita.

Mientras se iba separando de mí ese señor; pensé yo, que no habría otra ocasión: pues la puerta de entrada a los despachos centrales, permanecían cerrada.

Para celebrar aquel acontecimiento y recrearnos en las palabras que me dijo: volviendo yo a sacar la tarjeta que me dio el responsable de la conservación de aves; dependiendo de la Administración General de Estado, delegando en la comisión de especies naturales y protegidas, estando en todas las comunidades autónomas. Así lo había entendido yo, como buenamente pude.

Para descansar un poco, nos sentamos, dentro de aquella finca, en un chiringuito, que servía un refresco frío y un buen helado.

Estando tomándonos ese refresco y ese helado; se nos acercó un perro de corta edad, subiéndose con las patitas hasta nuestros muslos: para poder darnos con las patitas delanteras en nuestros brazos, como pidiéndonos que le echásemos algo de comida.

Yo me levanté y fui al barman de ese chiringuito, pidiéndole comida para ese animal; tan pequeño, pero simpático a la vez.

Se irguió sobre el mostrador el barman, para ver mejor al perrito; diciéndome algo, que no me gustó nada: pues yo le había pedido algo de comida para ese animal.

BARMAN -. Este perrito está acostumbrado a pedir la comida de esa forma; dándolos con las patitas delanteras. . .unas personas vienen por comidas, y otras no.

Me dolió en lo más profundo del Alma, que aquel barman se expresase así: que unas personas venían a comprar comida para el perro y otras no le hacían caso alguno.

ANSELMO -. Yo, lo que le he pedido a usted, ¡señor!; es me agencie un poco de comida para este perrito.

Y señalando al animal, lo hacía con todo el esfuerzo del mundo; para que no quedase dudas, de que era eso lo que yo quería: comida para aquel animal.

Se acercó a nosotros Cristina, con ganas de echarle, ella también, la comida que yo había comprado en el chiringuito.

ANSELMO -. Como has llegado tú, Cristina, a nuestro lado: échale tú, también, la comida; así nos apreciará a los dos.

Aquel perrito no se separaba de nosotros para nada; era más, que a la hora de tenernos que marchar para casa, se quería él montar en el coche: oyendo la voz del barman, diciéndonos algo sobre el perrito.

BARMAN -. Eso es lo que le quería decir yo antes. Ahora, tienen problemas con ese animal.

Al quite, nos llegó una pareja joven; que cogiendo al perrito se lo llevaron lejos del coche; pudiendo montar nosotros dos, Cristina y yo en el, para comenzar nuestro trayecto hacia nuestra casa.

Ya en casa hablamos de lo que nos había pasado con aquel perrito; que aunque siendo muy bonito, era obvio que no nos lo podíamos traer para casa.

Cuando más descuidado estábamos, llamaron a la puerta; siendo el amigo Pedro, que venía preguntando por su perro; ya que también había estado en dicho lugar, en otra mesa. Y al verme con cara de extrañeza, me alertó algo sobre aquel animal.

PEDRO -. ¡AH!; pero no te distes cuenta de que ese perro es el que tengo yo en casa.

ANSELMO -. No: para nada.

Yéndose deprisa a donde yo había encontrado al perro; para volver con él al poco tiempo: pues en vez de irse derecho a su casa, pasó antes por la mía con ese perrito.

Como el perro me hacía caricias con la lengua en la cara; yo no tuve, por menos, que reconocer a ese animal.

ANSELMO -. Lo que esta tarde no reconocí; ahora sí reconozco a este perrito como tuyo.

Aunque era ya de noche, encontró a su perro al lado del chiringuito: y con un solo silbido de Pedro, ladró el perro; como llamando a su amo.

Cuando se fue Pedro con el perro; hablamos entre Cristina y yo; dando prioridad al animal y quitándosela a nuestro amigo Pedro.

CRISTINA -. Mira tú, que olvidarse del perro.

ANSELMO -. Hay personas muy despistadas.

Así hablábamos entre los dos, yéndonos de inmediato a nuestra alcoba; no sin antes pasar por las habitaciones de nuestra hija y de nuestro hijo: arropándolos bien y dando los un beso en la frente.

El niño; me parecía a mí, que estaba más mimado que la niña; así nos pidió un triciclo, sin alcanzar a los pedales,

ANSELMO -. No, Cielo: tú madre y yo te compraremos un triciclo, cuando alcances a los pedales, antes, confórmate con una pelota de goma y un traje de Cowboy; para salir chillando por la calle, como en el lejano Oeste.

CRISTINA -. No le hables así al niño.

ANSELMO -. ¿De qué manera?, le tengo que hablar.

CRISTINA -. No diciéndole. “el lejano Oeste”. ¡Qué sabrá el niño de ello!.

No sé si aquello, que me dijo Cristina, quería ser una lección; pero lo cierto era que me convenció de lo lindo: pues a un niño, no se le debe hablar con onomatopeya; al haber hecho yo el ruido de los pieles rojas. Elululeo o también el ululudhvani de las mujeres indias; distraendo un poco a mi hijo, Luis, para que fuese feliz en ese preciso momento.

¡Quién lo diría!, que un día se presentó la inspección de sanidad en las oficinas de la empresa; y menos mal, que teníamos todos los aseos en orden. Y hasta fui felicitado por tener mi propio aseo como el jaspe de brillante.

Pasó; claro que pasó la empresa la inspección de sanidad: pues hasta mis mismos ayudantes me dieron la enhorabuena.

Tarde; muy tarde llegó aquella inspección; pues era debido a raíz de que había entrado un gavilán en los departamentos de la empresa: no quedando rastro alguno de aquella ave en dichas dependencias.

Esto, nos había cogido descuidado; pero a la vez nos sirvió para no dormirnos en los laureles: no fuese a ser, que la Inspección de Sanidad, volviese, otra vez, por causas distintas a la primera.

Al parecer no se podía tener el piso, que hice construir cuando yo me encontraba solo en la Ciudad, sin ocupar; al ser una vivienda adscrita a la empresa de construcción.

Cosa aquella que no surtió efecto alguno; por no abalarla ninguna Ley: no se sabe, si el día de mañana formará efecto dicho decreto ya abolido.

Yo creía, que con el consistorio; donde hicimos el complejo de chalet, ya no nos unía lazos algunos: nos llegó el recibo de la contribución urbana; por la casa que se había construido como oficina de la empresa. Y por ser una construcción particular de la empresa, era parte ajunta a la empresa; al no haberse vendido como tal.

Llegándome Enrique muy enfadado; pues como él decía: yo debía saber eso.

ANSELMO -. Señor Enrique: en aquel tiempo, tenía yo muchas cosas dentro de la cabeza.

ENRIQUE -. Pues para que no vuelva a pasar; hágase de un gabinete técnico de abogados.

Entregándome una tarjeta, con la dirección y el teléfono de ese gabinete técnico de abogacía.

No hizo falta alguna, que lo hiciésemos lado en la oficina central de la empresa: juntos con mis ayudantes; pues ese gabinete técnico de abogados; ya tenía su propia oficina, en calle y in situ.

Alegrándonos nosotros mucho, por aquella decisión que había tomado el gabinete de abogados.

La puerta del gabinete técnico de arquitectura se abrió, dejando ver la silueta de Bryan; que venía todo el sofocado por la carrera que echó hasta llegar al edificio de la empresa.

Pasó como una flecha, por donde se encontraba Lupe; dándole los buenos días, no parando este, hasta llegar a mí despacho personal. Y sin pedir permiso alguno, se coló dentro del despacho, anunciándome algo nuevo.

BRYAN -. Señor Anselmo. . ¡UF!. . he visto una nota en el periódico de una contrata, para, por lo menos, veinticinco chalet en construcción.

Yo le entendí a Bryan; pero él no me entendía a mí, cuando le hacía una señal con las manos para que me presentase el periódico. Así, que se lo dije de palabras.

ANSELMO -. Señor Bryan: déjeme usted el periódico, para que lo lea.

Sacándose de la mochila, Bryan me alargó el periódico con toda la fuerza que pudo; pues en ello iba la permanencia de su novia Guadalupe en la empresa.

Efectivamente: un anunció, bien detallado; anunciaba la construcción de veinticinco chalés, en sitio casi céntrico de aquella Ciudad.

Siendo el boom de la construcción; cuando todo el mundo creía se había derrumbado y estallado aquella burbuja, muy comentada.

Pero como mi idea principal era coger de una en una las construcciones; no hice mucho hincapié para celebrarlo con el personal de la oficina. Acercándose a mi despacho personal Enrique: con los ánimos exaltados, por no hacer yo frente a esas veinticinco construcciones, que se construirían bajo contrato.

ENRIQUE -. No me diga, usted, Anselmo; que le ha dado canguelo, esos veinticinco chalés en construcción.

ANSELMO -. Ni miedo, ni temor: soy precavido.

ENRIQUE -. A qué es usted, Anselmo; precavido.

ANSELMO -. A que se desinflen las burbujas de la construcción, de un momento a otro. . .? . . ¿Sabe usted, lo que pasaría?.

ENRIQUE -. El fin de muchas empresas. Y de muchos constructores.

Le hice una señal con los ojos y con las manos; presentándole las palmas de las manos, hacia arriba: como esperando recibir su benemérito más personal. Siendo loable, ese sí que me diese Enrique, en aquella ocasión; por ese mérito personal, al entenderme a mí.

No me confundí: a los pocos días, se había pinchado la burbuja en una Nación cerca de la nuestra; pero era, que en nuestra Nación, se descubrió unos días más tarde; gracias a la prensa.

Viendo llegar a mi despacho particular al señor Enrique; con el semblante terso y la conciencia ofuscada. Y antes que él comenzase a hablar; lo hice yo.

ANSELMO -.¿Qué le dije a usted?, señor Enrique.

ENRIQUE -. Tenía usted, Anselmo, razón.

¡Pues claro, que tenía yo razón!; si había recibido noticias desde esa Nación, sobre lo que iba a pasar con la burbuja de la construcción. Ese boom tan desorbitado; no se podía sostener por más tiempos. . . recordando un cantar que dice: “ni se compra, ni se vende”.

Había que parar la construcción, antes que se hundiera ella por sí misma: no detallando noticia alguna.

Seguí cogiendo una por una de las construcciones que me asignaban los clientes; y yendo despacio en las edificaciones de cada una: por si acaso se daba mal alguna de las edificaciones.

Entre recorrer cubiertas, entre allanar terrenos, entre retocar alguna habitación de una casa, entre arreglar cocheras o hacer alguna nueva. . .y así, un sin final de cosas; siendo todas ellas obras menores: y como se sabe, no se gana mucho con ellas.

Lo cierto era; que cada uno de nosotros recortamos los presupuestos en nuestras casas: no asistiendo a muchas fiestas y recatándonos un poco en gastar mucho dinero, en la cesta de la compra.

“Vendrán siete años de vacas gordas y después otros siete años de vacas flacas”: ¿dónde leí yo eso?. Si parecía un proverbio bíblico. . .?. . .¡AH!; sí. Lo leí en Las Sagradas Escrituras: La Biblia.

No sé, si por no ingresar el suficiente dinero en las cuentas bancarias; todas las personas se vuelven de esta manera: recordando pasajes

bíblicos, con ansiedad de que los tiempos les viniesen de cara y no de espaldas; como estaba siendo el caso.

Yo no iba a ser menos que las demás personas; recordando esos hechos que se redactan, al son de una fe grandiosa; más bien, una FE en mayúscula: para atraer el bien y alejar el mal. No siendo agnóstico en la materia.

Mi incredibilidad se basa en no saber muchas cosas y el no hacer nada para que la vida me viniese a pedir de boca.

Un día tuvimos que hablar Enrique y yo, sobre la manera de la supervivencia como empresa.

ANSELMO -. ¿Qué hacemos?, señor Enrique.

ENRIQUE -. Virgencita: que me quede como estaba.

ANSELMO -. ¡Atención!, cocina.

Había entendido bien lo que el señor Enrique me quería decir con aquella jaculatoria, lanzada a la Santa Virgen. Y para ello; lo que debíamos hacer, era seguir con la empresa y buscar derroteros nuevos donde se pudiese edificar nuevos edificios.

Si el señor Enrique había hecho una invocación a la Virgen; yo me encomendaba a Dios, para que nos echase una mano y no perdersen en la espesura del bosque: como son tantos edificios sin terminar y a punto de ser olvidados por el pensamiento humano.

No había otra manera de seguir hacia adelante; más que lo que yo había pensado. No atreviéndome decírselo al señor Enrique, por no hacerle de menos.

Pero este señor, me cogió en un gesto que hice yo; para que yo dijese la idea que me ocupaba el cerebro.

ENRIQUE -. Es mejor desechar ideas; que no quedarlas en la cabeza.

ANSELMO -. Eso: si la idea es feliz.

ENRIQUE -. En esta ocasión: cualquier idea es buena. Desechando las malas.

Me callé un rato; para no estorbar, esa compenetración que había entre él y yo. Pero a sabiendas; de que no tenía que quedarme la idea en mi cerebro: la tenía que desechar del hipocampo, del hemisferio derecho del cerebro.

ANSELMO -. Yo. . .señor Enrique; le diría una cosa.

ENRIQUE -. Dígala usted: no se calle.

En este preciso momento, entró en mi despacho Amparo; trayéndome la correspondencia epistolar que había tenido en CORREOS aquel día. Y la llegada de aquella correspondencia; me hizo cambiar de opinión.

Quizás vendría en aquellas cartas noticias frescas y buenas; siendo todas ellas facturas, que debía la empresa.

Mi ilusión era mucha; pero la realidad era funesta para nosotros: no teníamos un golpe de suerte, por más que quisiéramos.

Cuando miré al frente, ya se había ido el señor Enrique a su mesa, en el despacho central de aquella construcción empresarial.

Al igual que los moscardones; que no dejan revolotear alrededor de unos granos de azúcar: mi idea, no me abandonaba ni un segundo. La tenía tan metida en la cabeza; que si no la trasmito a alguien, me da algo malo.

Llamé, una vez más, al señor Enrique: y este, en vez de cerrar la puerta de mi despacho, la dejó abierto; como si quisiera él que se enterase, de lo que yo le decía, la señora Amparo.

No me importó nada, que el señor Enrique no cerrase la puerta de mi despacho; pues lo que yo le iba a decir, lo sabrían todos mis ayudantes nada más que Enrique saliese de mi despacho particular.

ANSELMO -. Llega usted pensativo, señor Enrique.

ENRIQUE -. No es para menos; al pensar en el sí que le voy a dar, sobre la idea que ha tenido usted, Anselmo.

Antes que yo se la dijese, esa idea que me ocupaba todo el cerebro; ya se estaba curando, en salud, el señor Enrique.

ANSELMO -. ¡Sin rodeos!.

ENRIQUE -. Por derecho y con valentía.

ANSELMO -. ¿Y si trabajásemos los dos?. Me refiero en la construcción.

ENRIQUE -. ¿Por qué no?: ya lo hemos hecho otras veces.

Al oír decir aquello Amparo, se nos vino a mi despacho para ofrecerse ella, también, en la construcción.

No quedando ahí todo: que Lupe se añadió al grupo; diciendo, -. Que ella también valía para levantar casas y arreglar naves, que se nos mandase -.

Los tenía delante a los tres: y con el personal que tenía Andrés sumábamos siete; siendo bastante para construir un chalet, levantar un

muro, hacer una cubierta nueva y así infinidad de mano de obra, que se nos pusiese delante.

Había que aprovechar la juventud que teníamos todos nosotros; pues si nos cogen las vacas flacas un poco mayor; eso no lo podíamos haber hecho.

Siendo como una piña, todos nosotros; en cuanto queríamos hacer una cosa.

Desde aquel día, nos remangamos todas las personas de la empresa, trabajando como uno solo; para sacar adelante aquel proyecto.

Hasta dividíamos cuadrillas por cada obra que nos demandaban; si así era necesario.

Siendo nuestro mayor éxito, el no decir que no y en cambio que sí: a todo lo que nos pedían nuestros clientes, por menor que fuese la obra.

Pasándome algo inusual en una obra: ya que la señora que nos había contratado, para arreglar su cochera, me dijo algo así, como:

SEÑORA -. Como se parece usted al señor arquitecto.

No respondiéndola yo nada, para no romper su corta imaginación, por ser una persona mayor.

Siguiendo yo con la paleta en las manos y poniendo ladrillos y placas en la entrada de la cochera; al igual que Enrique, que se estaba dejando la piel en ello.

Salimos un poco triunfante de arreglar la cochera de aquella señora; una mujer encantadora y fisgona: pues se quedó con las ganas de saber quién era yo.

Aquello nos dio una idea; y era ponernos peluca o algún peluquín, con gafas y pintarnos un poco los pelos de la cabeza.

Algo teníamos que hacer; para que los señores clientes no nos reconociesen y supiesen que éramos el aparejador y el arquitecto.

Lo peor, era Amparo: que con más pechera, no podía trabajar mucho; pues era un volumen adicional a las prendas de vestir, no teniendo gran movimiento por esa causa.

Se ideó para Amparo, ponerla un cinturón que hace recta la columna vertebral; haciéndola más esbelta a la señora Amparo. Y con un calzado, acomodado para tal fin: se la disfrazó como se pudo.

No sabíamos si a Lupe la teníamos que disfrazar; pues a penas veía a los señores clientes: ninguno de ellos la conocía.

No hizo falta que disfrazásemos a Lupe; pues en el primer día que comenzó a trabajar como peón de albañil, se llenó la cara y las piernas de cal apagada: no pareciendo ni ella misma.

Pero como éramos jóvenes, y la satisfacción de llevar dinero fresco a casa, era ideal: aquí no pasaba nada, de nada. Era más: que cada uno de nosotros, queríamos trabajar más y más cada día.

Estábamos dentro del sistema de la construcción, cada uno de nosotros; porque si no, no sé que hubiese sido un día, que llegó la Inspección de trabajo a una obra.

Por poco me tiro por donde estaba diseñada la escalera; ya que ni peldaños tenía entonces. Pasándole otra cosa igual al señor Enrique; que se encontró de frente con la Inspección. Y menos mal, que ya iba vestido de traje bien limpio; teniendo una idea brutal en su cabeza.

ENRIQUE -. ¡AH!: señor Inspector. Iba a subir a la obra, para hablar con el señor encargado de los obreros. ¿Quiere, usted, acompañarme?.

El señor Inspector se echó para atrás, desistiendo subir a la obra; y mucho menos ver la perspectiva desde arriba: sin barandillas, ni peldaños, ni limitación de ladrillos en los bordes de cada piso. Pero eso sí: con un arnés para cada trabajador de la construcción.

El señor Inspector se alegró al verme llegar a donde estaban ellos; poniendo yo una cara de alegría contagiosa. Tan contagios era; que en seguida comenzó a reír el señor Inspector.

Y entre esa confianza; nos arengó, para que tuviésemos los papeles en reglas. Así que decidió irse hasta otro día, si eso fuese posible; ya que tenía Infinidad de obras menores para inspeccionarlas.

Nada más irse el señor Inspector: Enrique y yo, nos dimos las manos, en señal de haber triunfado nosotros dos, en aquel día.

ANSELMO -. ¡Rápidamente!: vistámonos.

ENRIQUE -. Eso está hecho. Yo no tardo nada, en ponerme como estaba antes de la llegada del señor Inspector.

Al ponernos los dos irreconocibles; volvimos otra vez, al tajo. Y ya en nuestro puesto de trabajo, lo primero que hicimos, Enrique y yo, fue acarrear todos los ladrillos que hacían falta para cubrir el segundo piso.

Sabiendo, que al día siguiente; teníamos que subir todos los sacos, para la mezcla que hiciesen falta: pues la cal pesa mucho.

“Una y nunca más. Santo Tomás”: así rezaba el proverbio que una persona extenuada, dice cuando no puede más. Y nosotros dos, nos quedamos que no podíamos con nuestros huesos.

Agenciándonos una pequeña grúa, para que nos subiese los ladrillos y la cal a todos los pisos. Pues eso de ser arquitecto y constructor; no sabía yo qué iría a ganar con ello.

Lo principal para mí, era; que los edificios que diseñase yo, bajo croquis y planos, tuviesen el mejor material en su construcción: encontrando firme enseguida, para que no fallasen los apuntalamientos.

Esos soportes de madera; eran la base de que un edificio tuviese una buena estructura metálica o forjado de los ferrallistas.

Pues bien: todo eso y algo más éramos nosotros, en ese preciso momento que estábamos trabajando en aquella construcción.

Estando mirando, continuamente, a la parte más hacia el norte de lo que iría a ser aquel edificio; una vez terminado. Pues un croquis, me había revelado una falla en ese terreno; a unos veinte metros de donde estábamos edificando aquel bloque de pisos verticales.

Así que tendría que inyectar hormigón armado en esa falla; para que no corriera más hacia el edificio en construcción. Pidiendo permiso para hacerlo; ya que ese terreno era particular; costándonos lo suyo para inyectar con hormigón armado, aquel terreno: encareciendo cada vivienda.

Eso creía yo; pues al estar hechos los presupuestos, ya no se podía encarecer más los pisos: tenía que existir una junta de propietario, para elevar el precio de cada piso.

En grosso modo y con rango de un flashback; abrevio las explicaciones, en formas de comparaciones.

No nos sentíamos a gusto, con aquella construcción de un bloque de viviendas; pues nos estaba saliendo muy cara aquella edificación; no siendo bien parecido por nosotros.

“No viene mal, que por bien no venga”: nos llamaron de unas escuelas; para que añadiésemos más aulas a la misma.

Con buenos materiales; y sin ponernos nerviosos, comenzamos la obra para hacer más aulas en aquella banda, de la escuela, donde nos dijeron. Terminando enseguida su construcción; por ser bloques de hormigón armado los que empleamos en la construcción de sus paredes: recubiertas con plaquetas, para aislarlas de la humedad.

Pero como habíamos cogido una subcontrata, no ganamos lo bastante como para paliar los déficit del bloque en construcción.

El bloque en construcción: ¡ese!, ese era el que nos estaba matando a nosotros, como se suele decir.

Pero como trabajábamos como las hormiguitas: sin parar, al ritmo que nosotros sabíamos teníamos que ir.

De esta manera; hicimos frente a todo dolor corporal, que se nos presentase. Hasta yo estaba fajado; pues nunca había cogido un peso, tras de otro: subiendo escaleras y bajando escaleras.

Enrique llevaba, lo que parecía un cinturón de boxeo: con una hebilla enorme en su tripa; que apenas le dejaba agacharse. Y mucho menos moverse, con esa soltura; que se debe mover, un obrero de la construcción.

Pero como él decía: es mejor prever, que se rompa uno las costillas; y con ellas, el poco ser que tiene en su cuerpo.

Con mucho sacrificio y con muchos esfuerzos; logramos terminar el bloque de viviendas: encontrando otra asignación de una construcción, cerca la plaza. Lo que quiere decir, que aquella construcción estaba a un paso del gabinete técnico de arquitectura.

Nos reunimos todos en el despacho central de la empresa, que era el más amplio, para hablar de las posibilidades que tenían, nuestros vecinos, sabiendo quién éramos.

El cerramiento perimetral de aquel terreno, se echó de bloques de construcción; para emplearlos más tarde en aquella construcción, particular de una casa.

Diseñé la casa; al estilo que estaban las de aquella calle; pero con adornos modernos y más firmes, que las casas vecinas tenían.

Según íbamos terminando la casa: las personas que pasaban por la acera; se paraban para observar, el detalle tan bonito que tenía aquella fachada.

Sin ser gótica, sin ser plateresca o herreriana; se semejaba, la fachada, a un conjunto de esas ideas, tan lindas a las expectativas de las personas; que no podían por menos, los viandantes de aquella calle, que pararse para contemplar la hermosura de la fachada.

Luz y guía, decían todos mis compañeros en la arquitectura; sin saber, que era yo el diseñador y constructor de aquella bonita casa: así como un peón de albañil.

Un día sí me descuidé, pues pasaba por allí la amiga Andrea, la mujer de Pedro; teniendo yo la mascarilla quitada. Miró para arriba, viéndome acarrear ladrillos para la buhardilla de aquella casa.

Se la oyó claro: ¡Jesús y María!; claramente dijo aquello, la amiga de la infancia, la mujer de Pedro. . . ese financiero, que en vez de ladrillos; pones en cada casa que toca, lingotes de oro: por ser un buen financiero. Un banquero, tan bueno; donde los haya. . .y yo, un obrero de la construcción, en ese mismo momento.

También era un buen amigo; considerando a sus amigos de siempre, como a sus propios hermanos. Sí; porque un día tuve una llamada telefónica, por parte de Pedro: para que fuese a su casa, según él, a las cinco de la tarde.

No sabía lo que me quería decir, mi amigo financiero; así que a la hora que me dijo, estaba yo llamando al timbre de su puerta, en la calle Sagrario. Me abrió una joven, que ya conocía yo de otras veces; saludándola muy cordialmente.

ANSELMO -. Buenas tarde, señorita.

Al decirla yo aquello, se la vio que se la ensanchaba el pecho y hasta tomaba más aires en sus pulmones, en señal de confianzas hacia ella misma.

DOMESTICA -. Buenas tarde, señor Anselmo.

Y cogiéndome el paraguas y el sombrero, me lo fue a colgar en una percha de la entrada a aquella casa.

Aquella domestica; me anunció a mi buen amigo Pedro; ordenando a la doméstica, que pasase yo.

Y así lo hice, con un poco de picardía y un poco de retención; por no saber de qué se trataba aquella llamada, que me había hecho, mi amigo de la infancia, Pedro.

Pedro, se levantó nada más que me vio entrar donde se encontraba él, para cogerme de un brazo y hacerme sentar cerca de él, en una silla.

PEDRO -. Siéntate aquí, Anselmo; así oirás mejor lo que te voy a decir. Esa silla no te dejará dormir, atendiéndome mucho mejor.

ANSELMO -. Como tú quieras, Pedro.

Sentándome en la silla, asignada por Pedro; no sin mostrar mucho recelo, por la parsimonia con que me decía aquellas palabras. . . “SIÉNTATE AQUÍÍ”.

Me empezó hablándome Pedro, que los amigos estábamos para algo; no solamente para celebrar actos lúdicos, con la botella en la mano. Y que si a mí, me hiciese falta algo: ahí estaba él para ayudarme.

ANSELMO -. Pedro; te estoy entendiendo, que me quieres ayudar.

PEDRO -. Físicamente, moralmente o con algún dinero, que me pidas en un préstamo.

No lo dudé; pues el no responder enseguida a mi amigo de la infancia, era para él una afrenta insuperable.

ANSELMO -. ¿Qué clases de préstamo hay?.

PEDRO -. Ahí te quería yo oír.

Me explicó las clases de préstamos que el Banco me podía gestionar; y en un préstamo blando, de bajo interés, me embarqué: para sacar nuestra empresa a flote; pues se estaba hundiendo; por falta de liquidez.

Aquel préstamo, fue un respiro para seguir, todos nosotros hacía adelante, con la empresa de construcción.

Vimos todos, con gran interés, que aquel préstamo nos cayó del Cielo, como gota de agua pura; haciéndonos respirar un poco.

En un domingo; cuando salimos de Misa, nos fuimos a una cafetería para tomar un refresco y poder evadirnos de tanto trabajo; pues lontananza se veía ya sin ninguna clase de nublados: viéndose la luz al final del túnel.

Se estaba pasando aquella época de vacas flacas, para nosotros y para todas las actividades empresariales.

¡Vendito sea Dios!; como se suele decir en estas circunstancias; pues la Nación respiraba, ya, mejor: la bandera, parecía que ondulaba con todas sus fuerzas al aire. Alegrándose todas las casas comerciales, por tener más clientes, que antes.

Era precioso ver ondear, de nuevo, a la bandera; pareciendo que nos daba la enhorabuena, por nuestra suerte, al tener más economía en la Nación. Saliéndonos más trabajo, por parte de las personas de a pie; muchas personas querían arreglar desperfectos: y eso era ya bueno.

Haciendo una junta; que al parecer era de socios, sin serlos: para hablar entre nosotros; viendo la posibilidad de emplear alguien como obrero de la construcción.

Qué descanso, que paz encontramos; cuando nos vimos despojados de aquellas cadenas, que nos esclava rizaban todo el cuerpo: y máxime, cuando una persona no ha hecho fuerzas nunca; y una, sobretodo, una persona, ya, un poco mayor.

¡Qué paz!, ¡qué descanso!: en los días sucesivos que siguieron a los años de vacas flacas; pues sin decir, que estábamos en un emporio de construcción, sí decimos, que por lo menos era llevadera por nosotros aquellos días de alivio y de grandeza para nuestra patria.

Empleamos obreros de la construcción: sin que se me asuste ninguna persona por lo que decimos; ya que Andrés me buscó unos jóvenes, que querían, por lo menos, trabajar en la construcción.

Yo, por mi parte, organicé un viaje a un lugar de ocio, donde podíamos ver algunos ruinas romanas y algún, que otro museo de la antigüedad. Así nos evadíamos de nuestro agobio personal, al pensar en los días que teníamos que hacer de peón de albañil nosotros, habían terminado: Enrique, Amparo y de vez en cuando Cristina, mi mujer. Y por supuesto, mi misma persona, yo. Ya que la señorita Guadalupe, “Lupe”, se quedaba como enlace de la empresa; por si llamaba alguien por teléfono.

Pero a la excursión, formada por la empresa; sí iba la señorita Lupe y su novio, Bryan.

La excursión se trasformó en un viaje de placer de unos ocho días, para todos nosotros y al llegar a nuestra Ciudad; ya habían ocho llamadas en el contestador del teléfono, interesados por nuestro trabajo.

La vida nos comenzaba a sonreír de una manera insospechada: no diciendo yo, que tuviésemos un trabajo excesivo, pero si un trabajo que no cesaban llamarnos para algún arreglo en casa, para una cubierta nueva, para hacer un cobertizo o una vivienda adosada a alguna otra ya hecha desde hace bastante tiempo.

Hasta que por fin, sonó la trompeta de revancha: inmovilizándonos todos los adscritos a la empresa; pues aquella llamada deseaba se le hiciese al señor un chalet de, por lo menos, trescientos metros lineales. No siendo óbice de que todo no iba a ser el chalet: habría caballeriza, un buen establo y un buen sitio de equitación, donde se enseñaría a los equinos el método de la equitación.

Además, habría un lugar de ocio; en donde todos los materiales daban para pasar un buen rato entre ellos: al tener bastantes juegos, ese lugar de ocio.

También habría, alguna que otra piscina: unas mayores que las otras; sirviendo de competición deportiva esas pecinas. Acordándome que ya había edificado otro complejo igual, en su tiempo.

Para ejecutar todo ello; se nos puso en la cuenta corriente una cantidad de dinero, que nunca pensé tener yo en mi vida.

Consulté con Enrique; pues yo no veía claro ese ingreso que me había adelantado mi cliente: viéndolo él, también, un poco precipitado.

Me fui para saber qué quería hacer mi cliente con aquella cantidad de dinero desorbitada; yéndome a la casa de mi cliente.

Al sentarme en un sillón en el salón de la casa, pude ver unos cuadros que tenía en la pared mi cliente; no muy adecuados a una casa convencional, de tantas como hay en la Nación. Casi todos eran de gestas de alguna guerra y algunos de gentes desesperadas por los avatares de la vida cotidiana.

Desviándome la conversación, nada más que me senté en el sillón indicado por él.

PLÁCIDO -. (Que así se llamaba mi cliente) -. Qué bien verle por esta, mi casa.

ANSELMO -. He venido para saber, qué quiere hacer usted con el dinero que me ha ingresado en mi cuenta corriente.

PLÁCIDO -. Es muy sencillo: Un gran chalet.

ANSELMO -. ¡Un chalet!.

PLÁCIDO -. Pues sí: un gran chalet.

ANSELMO -. De eso estoy seguro, señor.

Al decirme de cuantos cuerpos costaba aquel chalet, que él quería le edificase; añadiendo sitios de ocios y de cultura: me pude dar cuenta, que

a aquel señor no le alcanzaba el dinero que me había ingresado para edificar tanto terreno como tenía aquella finca. Así, que añadí la pacotilla de decirle lo que él tenía que hacer en aquella ocasión.

ANSELMO -. Usted me ingresará el resto del dinero, que hace falta; para edificar, esos lugares de ocio que me dice.

PLÁCIDO -. Es un valor insignificante.

ANSELMO -. La suma de cerca de un millón de euros.

Eso era el valor insignificante, al que se refería mi cliente: no teniendo interés por nada de lo que yo le decía, en ese preciso momento. Viendo yo de inmediato, que algo escondía aquel señor en la chistera.

Cuando estuve, de vuelta, con mi ayudante Enrique; comenté lo que aquel señor me había dicho en su casa.

Enrique, se me quedó mirando fijamente a la cara; para ver si yo le estaba diciendo la verdad, o le estaba ocultando alguna cosa trascendental, en aquella construcción monumental.

Hasta que rompió aquel silencio hecho por él. Y con un gesto soberano; me indicó algo, que yo tenía en mi mente desde hacía algún tiempo.

ENRIQUE -. O sea: Que tenemos que pagar nosotros el millón de euros que hace falta, para construir el lugar de ocio.

Pero como yo comencé haciendo gestos con las manos, de un lugar a otro, dándolas vueltas y vueltas: como si yo no tuviese claro la procedencia de aquel dinero, que me había ingresado en mi cuenta corriente aquel cliente, sin ninguna clase de escrúpulo y de miedo.

Enrique se me quedó mirando fijamente y en un momento determinado me dijo algo, que era nuevo para mí.

ENRIQUE -. ¡Pues, eso!: Dios sabe qué procedencia tiene ese dinero.

Al decírmelo de esa manera Enrique, me sobrecogí de hombros; como queriendo dar a entender, que yo no sabía nada de ello.

Al indicarle la idea, a Enrique, de que yo quería ir al cuartelillo, para preguntar por mi cliente: este se me quedó mirando, como dudando alguna cosa, que la guardaba para sí.

En vez de pedirle a Enrique, por palabras, comencé haciéndole unas señas con las manos, para que me dijese lo que él pensaba.

ENRIQUE -. Iré yo contigo.

En el cuartelillo nos pasaron con un sargento primero y este, a la vez, nos pasó con el teniente.

El teniente, al saber la cantidad de dinero que mi cliente me había ingresado y el nombre del mismo, me alertó de una cosa.

TENIENTE -. No toque usted ese dinero.

Queriendo saber el banco con el que yo operaba; así como la cuenta que yo tenía abierta, para que mis clientes me ingresaran el dinero de las obras hechas por mí.

Al salir del cuartelillo, más bien de comandancia; me asaltó una idea a mi cabeza; transmitiéndola, de inmediato, a mi ayudante Enrique.

ANSELMO -. Ese dinero, es de mala procedencia.

Así era; pues a los pocos días, se incautó del dinero la Benemérita; alertándonos de que otra vez, tuviese más cuidado.

Subiéndome un sudor frío por mi frente, al saber que había estado a punto de ser estafado por ese mismo cliente. Pues él quería que le edificase el lugar de ocio de balde: poniendo yo mi dinero.

Aquel mediodía, llegué ufano a casa; como hombre que sabía defenderse por sí solo. Y al explicarla a mi mujer, Cristina, el caso que me había pasado con un cliente: en vez de tener unas palabras agradables para mi pobre conciencia, me dijo algo que no olvidaré en mi vida.

CRISTINA -. Un día nos vemos debajo de un puente.

Bonita manera de darme confianzas en sí mismo, tuvo mi mujer Cristina conmigo. Considerándome una persona no apta para llevar un negocio yo solo.

No solamente quedo ahí ese dicho de indecisión hacia mi persona; que momentos después sonó el teléfono: yéndole a coger mi mujer, Cristina.

Era de una agencia de información hacia los opositores en su estado: para saber día y hora que se examinaban.

Los nervios se me estaban poniendo al límite de mis posibilidades, para no formar alguna; que después me tuviese que arrepentir. Y con mucha calma, la comenté a mi mujer, Cristina.

ANSELMO -. Yo te he visto estudiar: pero no sabía para qué.

Cristina creyó que se lo decía con voz alta, para que me escuchase; así que me indicó algo para mis adentros.

CRISITNA -. A mí, no me des voces.

ANSELMO -. Te lo he preguntado, con todo el amor del mundo.

Haciendo gestos Cristina con la cabeza, de no estar conforme, me alertaba de mi situación personal.

CRISITNA -. Es para elevarme en el cuerpo donde estoy ejerciendo. Ya sería un cuerpo inmediato superior, donde yo ejercería mis tareas encomendadas a mi carrera profesional.

Así de claro y así de sencillo, me explicó Cristina: Que se presentaría a unas oposiciones, al cuerpo inmediato superior donde ella estaba ejerciendo.

ANSEMO -. ¿Pero te dejarán en esta misma plaza?.

Aquello no fue capaz de contestarme Cristina, muy bien; pues con un gesto bajo y una voz apagada, me dijo.

CRISITNA -. Eso, no lo sé.

Yo me quedé como de piedra y señalando a los pequeños, la quería decir algo así, como que hacía falta en casa; saliendo mi explicación por peteneras.

ANSELMO -. Haces falta aquí: ¡Están nuestros hijos!.

La vi temblar un poco; como si dudase ella, de quedarme a mí a nuestros hijos: pero con un grado de simpatía, para quererse venir, una vez que pudiese pedir traslado desde la plaza donde la echasen a ella.

Pero hasta por lo menos un año no podía pedir traslado de la plaza donde la echasen, hasta la nuestra. ¡Un año!: un año yo solo, viviendo en nuestra casa.

Una vez más me veía paseando bajo las luces de las calles; dando vueltas y vueltas, de una calle a la otra. No era que me alegrase que no aprobase la oposición, que quería hacer; pero si digo la verdad, no nos hacía falta alguna, que Cristina se elevase en categoría, en un inmediato cuerpo superior en donde se encontraba ella ejerciendo sus tareas.

Pero sí: sí aprobó la oposición Cristina; mandándola a la capital de España: yendo y viniendo todos los viernes por la tarde, al dejar el trabajo.

Eso a lo primero; pues más tarde se llevó a los niños consigo misma; para inscribirlos en la escuela pública, más cercana a su domicilio fiscal.

En ese preciso momento, se terminaron las idas y venidas de Cristina a nuestra casa; pues como ella decía -. Ven tú a vernos.

Así fue; que tuve yo que movilizarme todos los viernes para ver a mi familia: recibíendome Cristina con los brazos abiertos. Con esa simpatía que ella tenía con mi persona. Desde aquel momento, me pude dar cuenta que Cristina: lo único que quería, era trabajar en un cuerpo inmediato superior de donde ella se encontraba ejerciendo sus funciones, como funcionaria.

Por esa amabilidad, con la que Cristina me recibía todos los viernes, no podía hacer otra cosa más que serla fiel en todo momento del día: ya que hasta los niños se alegraban al verme llegar a Madrid.

Para alegrarlos, un poco la existencia; un sábado, los llevé a comer al retiro: montando más tarde, en las barcas, mis hijos, capitaneados por su madre, que remaba con la suficiente capacidad, como para llevarlos a donde ellos, mis hijos, querían ir con la barca. Pero en una de estas ocasiones me dieron un susto.

Tan fuerte quiso remar Cristina, que al llegar a una pared, cerca de un paseo lateral; la barca encalló su quilla: teniendo que ir yo para empujarla un poco hacia adentro del estanque. Y así pude sacar la barca de aquel atolladero en que se encontraba.

Mis hijos me vitoreaban efusivamente, diciendo eso de. . . Papá, papá, infinidad de veces; como teniéndome a mí de faro y guía de ellos.

Mis hijos me veían como un gran hombre en su vida y en la vida de su madre, Cristina. Quedándose muy serios, cuando yo me despedía los domingos por la tarde, para irme a la ciudad que vivíamos nosotros. Aunque, por tiempo, no vivirían ellos en esa ciudad: solamente yo viviría en ella; esperando el día que Cristina y mis hijos se pudiesen venir, una vez más, a su casa.

Los amigos no me dejaban visitar; preguntándome, que si me hacía falta algo. Y cosa curiosa; pues hasta Mercedes, me lo preguntaba: sin mediar en ella ninguna palabra de atracción hacia mi persona.

Aquel trato que tenía Mercedes conmigo, me chocó un poco; ya que otras veces, cuando nos cruzábamos o nos juntábamos: demostraba toda clase de interés hacia mi persona. Siendo curioso: pues estas veces, no hacía por hablarme como me hablaba antes; con ese desparpajo en su boca, que nadie hubiese creído, que no fuese mi mujer.

Un día la cogí sola, en su casa; pues había entrado en ella, para poderla arreglar la bicicleta estática: ya que ella se servía de ese instrumento para rebajar tripa.

Aproveché una ocasión, en que Mercedes se arrimó a mí, tocándome con uno de sus muslos; estando, todavía, fuertes y macizos, como ningunos.

Ella me agarró mis vergüenzas y yo la levanté la falda; para más tarde desistir de lo que hubiese pasado y no pasó.

Desde luego, no pasó nada; ni hubiese pasado, por parte mía: ya que yo me debía a Cristina con todas las fuerzas de mi corazón. Pero mucho menos pasó algo; cuando Mercedes me habló clara y sencilla.

MERCEDES -. ¿Sabes lo que es un papel de fumar?.

ANSELMO -. ¡No me digas!.

MERCEDES -. Sí te digo. . .Por hacerme tantos cure tajes.

ANSELMO A-. y, ¡eso!.

MERCEDES -. La última vez que nos juntamos. . .?. . .

Pegué un salto y me coloqué cerca la puerta de la calle; por los nervios que me dio, al oír aquello. No sin antes haberme ido, sin haberla dicho una pregunta.

ANSELMO -. ¿Te lo sacaron?.

MERCEDES -. No te digo.

Nadie me dijo que me saliese de esa casa; pero yo me fui a la calle, santiguándome, de una manera inusual. . . ¡Jesús y María!.

Al llegar a mi casa tuve una llamada telefónica de mi amigo Samuel preguntándome algo, que yo no entendí muy bien.

SAMUEL -. Te ha llamado Pedro; y no le has cogido el teléfono.

ANSEMO -. Yo no le he oído.

Hubo un lapso de tiempo, sin que me contestar nada mi amigo Samuel; pero al finalizar ese silencio, que se hizo, por parte de Samuel y mía; siguió hablándome este, con voz grave, pero concisa.

SAMUEL -. Dentro de unos momentos, irá mi mujer Antonia a tu casa; para llevarte una tarta de manzana, hecha por ella.

ANSELMO -. ¡Muy bien!: aquí la espero.

Aquello se lo contesté con toda la amabilidad que pude: sin titubear, ni hacer una inflexión en la voz; para que no notase mi amigo Samuel lo decaído que yo me encontraba, en estos días.

Así fue: pues al cabo de media hora, llamaron al timbre de la puerta; siendo la mujer de Samuel, Antonia: que me venía a ofrecer una tarta de manzana hecha por ella misma.

La recibí con una sonrisa en la cara: y como todo estaba como lo había dejado mi mujer Cristina, se encontraban los muebles bien puestos y bien limpios; pues Antonia no dejaba mirar para todos los sitios de la casa.

Mi amiga quería encontrar algo mal puesto; alguna cosa que diese motivo para sospechar en mi decaimiento psíquico: agudizado por la falta de mi mujer y mis hijos.

No pudo encontrar nada Antonia, que la sirviese como índice de que yo me encontraba mal, moralmente. No convenciéndose mucho de mi estado anímico, se quedó un poco para prepararme una paella de arroz y mariscos, de lo mejor que había en el mercado central de aquella Ciudad. No consiguiendo saber nada de mí; por mucho que se esforzaba en saberlo.

Marchándose Antonia; habiéndome tratado como si fuese mi mujer: con esa confianza de conocernos toda la vida. Al marcharse Antonia, yo me relajé un poco; tirando algo de leche al suelo, sin querer, al hacerme el café, que sigue a la comida: Un cortado, con una copa de Brandy.

Estando en tales faenas, llamaron al timbre de la puerta; siendo, esta vez, la mujer de Pedro, Andrea.

Nada más entrar en casa Andrea, cogió la fregona; fregando los baldosines afectados por la leche que se había derramado de la caja tetrabrik.

Yo no salía de mi asombro; pues más que amigos, parecíamos de familia: hasta el punto, que un día cogí gripe, asistiéndome Antonia de maravillas.

Cuando hubo terminado de fregar la encimera, se sentó conmigo en mi cama, para leerme una novela; enseñándome todos los muslos, sin cortesía alguna.

Pero cuando yo creía que todo se había acabado, al ver vestirse bien, en mi misma alcoba a Antonia, llegó Andrea, con un buen neceser de mujer en las manos. Y cuando se hubo marchado Antonia, Andrea sacó del neceser un vestido de estar en casa. Aquel vestido parecía un salto de cama bien hecho; de modo, que enseñaba los muslos a plena forma.

Agarrándome al catre de la cama, me aferraba al hierro para no soltarme de su entorno; comprendiendo, con buena fe, que si me movía de donde estaba colocado, la liaría.

No sé cuantas jaculatorias, ni cuantos rosarios recé yo en aquella bella mañana; sentándola de maravillas a Andrea al verme tan sumiso; ya que esa obediencia, se debía a retener nervios y achantarme, para que no me viese mi amiga Andrea con esos deseos, de atracción sexual.

Entre quitar el polvo, barrer y fregar; la comenzaron a dar unos calores a Andrea, que sin pensarlo se fu a la ducha, sin cerrar la puerta; estándola viendo totalmente desnuda, debajo la ducha.

Forma, línea, acotado de puntos y entre ellos un sinfín de ejercicios hechos por mi persona; que parecía yo la persona buena y mi amiga Andrea, la enferma.

Yo también tuve que ir al baño; lavándome mis formas y aspirando ese vaho de vapores de sales, que parecía estaba con mi amiga Andrea en el mismo baño. Hasta que por fin entró Alfonso, el niño de Amparo en mi casa; yéndose de inmediato al baño.

Yo no sé, qué tendría aquel baño; que todas las personas que entraban en mi casa, le visitaban primero. Y así fue, con el niño de Amparo, que ya no era tan niño; más bien era un mozalbeta, espabilado y muy suspicaz.

Era sabido, que en aquel tiempo todos los niños eran recelosos, los unos de los otros y hasta de la persona mayores; por ser una sociedad, particular. cerrada en sí.

La apertura de esa sociedad cerrada, dio lugar; para que todas las personas se mostrasen, unas con otras, más cercanas y con más confianzas: al tener más roce en las relaciones sociales, las unas con las otras. Desde niño, se veía ya cómo iba a ser esa persona, al tratarle todas clases de seres de la sociedad. Mientras más confianza toman los niños, por haberlos tratados más personas, más abiertos a la sociedad se encuentran esas criaturas.

Siendo, que entre las clases había clases: estando en el grado intermedio, nuestro entorno social, de los mismos amigos.

No entraba en mi casa ninguna mujer a limpiarla; como no fuese mis amigas de la infancia; que más bien que amigas, sigo diciendo, que éramos

de familia. Al pasar el tiempo, ya eran otros tiempos; otra manera de pensar.

También tuve ocasión de darme unos paseos por las calles de esa preciosa Ciudad, de lunes a jueves; pues los viernes me iba con mi mujer y mis hijos a la Capital de España: Madrid.

Sí: bajo las luces de las calles iba yo siempre que podía; dando paseos solitarios, que nada de bien me hacían. Ya que lo único que me acarreaban, esos paseos, era pensar yo solo; en una y en mil tonterías.

Esos paseos solitarios, me hicieron ir al psicólogo para que me enderezase en mi vida social; ya que me estaba cerrando en sí, al no hablar con alguien y al no tener compañía humana alguna.

Si no hubiese sido por los amigos de la infancia, mal lo hubiese pasado. Menos mal a ellos: que me llevaban y me sacaban de casa todos los días; una vez que habían dejado sus trabajos, hasta el día siguiente por la mañana.

Un respiro me daba ir a Madrid, para estar con mi mujer, Cristina, y mis hijos: reconfortando mi Espíritu en paz y en concordia. Tanto era así, que yo llegaba a mi Ciudad como nuevo.

Poco era lo que estaba con Cristina y los niños; pero lo suficiente, como para quedarme nuevo de carácter y de sentimientos.

Aquella vez me recibió mi mujer, Cristina, llorando a mares; por algo que yo no comprendía muy bien. Pero cuando iba avanzando el tiempo de estancia con mi mujer, comprendí, el por qué de aquel lloro.

Mi mujer quería volver conmigo a nuestra preciosa Ciudad; no pudiendo, por no hacer un año que juró el cargo nuevo, en su trabajo.

Sacamos a los niños al parque más cercano, al ver que la señora patrona hacía lo mismo con su niña: quedándola encargada de los niños a las patrona, donde vivía mi mujer.

Aquel día nos amamos con intensidad mi mujer y yo; al vernos solos en la alcoba: yéndome a mi Ciudad como nuevo. No pudiendo olvidar aquel día por más que yo viviese.

Al siguiente día me mandó Andrea a su doméstica, Paca, para que me limpiase la casa, en la medida que ella pudiese; y desde luego que sí pudo: pues hasta las cristaleras las limpió. La cocina quedó como los chorros del oro, reluciendo por completo.

Las alcobas olían a flores y rosas, por medio a esos productos que se venden, que son componentes de los olores de los pétalos.

¿Qué diría yo a mi mujer, Cristina?; si se presentase en esto precisos momentos en casa. No iba a decir, que había sido yo el que había limpiado y aseado toda la casa: si la señorita Paca había entrado en mi casa a las diez de la mañana y eran las nueve de la noche y todavía estaba limpiando alcobas.

Cuando se quiso ir Paca; una vez que había terminado de limpiar y embellecer toda la casa: yo saqué la cartera para hacerla un buen regalo. Al ver que había sacado la cartera, Paca, me cogió de las manos, no dejándome sacar ningún dinero de la cartera. Pero como yo insistía tanto en hacerla un regalo tangible; esta señorita se adelantó a mi simple voluntad, diciéndome algo al respecto.

PACA -. Solamente le cogeré a usted, Anselmo, un dinero; si usted es deseoso de hacerme un regalo.

ANSELMO -. Pues, ¡claro!; que estoy deseoso hacerla un regalo.

Pero cuando vio tanto dinero, me retiró la cartera; diciéndome algo que no olvidaré nunca.

PACA -. No. Señor Anselmo: yo me referí a un regalo; no ha comprarme algo que valga la pena. No estoy yo aquí por eso.

ANSELMO -. Está bien. Coge tú lo que creas conveniente.

Al decirle yo eso, la señorita Paca, cogió un ínfimo dinero; alegando que con todo y eso era mucho, lo que había cogido de dinero.

Honrada, buena persona, decente, humilde pero orgullosa de tener las convicciones propias de una persona honrada.

Me entro ganas de encontrar una persona igual que ella; para que ayudase a mi mujer, Cristina, cuando viniese a casa. Que Dios sabe cuándo sería.

Estaba la puerta abierta, al siguiente día por la tarde; cuando oír llamar al timbre repetidas veces.

Era mi buen amigo Pedro, que venía para ver si me había quedado totalmente conforme, con el trabajo que me había hecho la señorita Paca.

ANSELMO -. Si eso es una broma, pase; pero si es una pequeña desconfianza sobre el trabajo que ha hecho Paca ayer, en todo el día: no puede pasar.

PEDRO -. Has visto lo que tenemos en casa, Andrea y yo.

Desde luego que sí: sí lo había visto y con creces; ese trabajo tan excepcional, como Paca había hecho en mi casa. Volviéndome a entrar, una vez más, las ganas de tener una persona como la señorita Paca.

Pedro se sentó sin aviso propio, en un sillón del salón; de frente la televisión. Y sin yo esperarla, puso Pedro la televisión en un canal donde solamente hay historias del corazón.

Pedro no cesaba de mirarme mucho; y cuando comenzaron a dar una noticia sobre una persona enamorada, me llamó la atención con un dedo de la mano; para que lo escuchara.

Claro que escuché aquella conversación, que sostenían tres personas a la vez, de cinco que se encontraban en el plató de televisión. Y al terminar aquella historia, me comenzó hablar mi amigo Pedro.

PEDRO -. ¿Has escuchado esta historia?.

ANSELMO -. Con todas clases de detalles.

PEDRO -. Pues aplícate el cuento.

No podía decir, de qué cuento se trataba; ya que lo había oído por completo.

Agradeciendo a Pedro se tomase tanto interés por mi persona. Y con los ojos vidriados le di las gracias por todo lo que estaban haciendo, él y su mujer, Andrea, por mi persona.

Pero como no hay una sin tres; al día siguiente vinieron a casa Samuel y Antonia, acompañados de una agencia de limpieza. Y qué voy a decir yo; si todo estaba dicho.

Lo único que consiguieron, fue: que al entrar en mi casa no la conociese, por lo limpia que se encontraba toda ella.

Todo discurría con un beneplácito insuperable para mí: pues hasta Prudencio y Mercedes me llamaron a su casa, para que asistiese el sábado, por la tarde, a una pequeña fiesta que harían en su jardín, en mi honor.

Lo supieron hacer; pues allí se encontraba media aula de la facultad, cantando y bailando a pleno ritmo musical. Y como todos ellos eran jóvenes, no se cansaban de bailar; sobre todo, de cantar esos cantes de nuestra querida España.

Corría la bebida como si fuese un chorro de agua fresca; la comida fue tan abundante, que quedó parte de ella. Así, como las tartas y los helados sacados a mansalva de los frigoríficos tan enormes, como eran los que tenían en una habitación, llamada: la nevera.

Entre copla y copla, entre cante y cante flamenco; allí no se escuchaba otra cosa, que no fuese alegrarse de lo lindo. Descubriendo en aquellos estudiantes, la faceta oculta de unos buenos flamencos de postín.

Pero como yo no había ido a Madrid, aquel sábado, para ver a mi mujer, Cristina y a mis hijos, Cristina; se presentó por la mañana temprano en nuestra bonita Ciudad: queriendo saber, si pasaba algo malo a mi persona. Al verme tan frescachón y dicharachero; no pudo por más, Cristina, que saltar en polvorilla, con una jaculatoria hecha por ella. Y uniendo las manos, en señal de rezo, lanzó una jaculatoria hacia mi persona.

CRISTINA -. María, madre de misericordia, ayúdame. Jesús; ten compasión de mi persona; no quiero perderme en este valle de lágrimas.

Enseguida salí yo, para que viese Cristina, que no era nada de lo que ella creía.

ANSELMO -. ¡Espera!, espera. . .

CRISTINA -. ¿Qué tengo que esperar?.

ANSELMO -. No es nada de lo que tú te estás creyendo.

Saliendo a mi favor, los amigos; pues en estos precisos momentos, habían llegado a mi casa, Samuel y Andrea, oyendo la conversación, que sostenía yo con Cristina.

SAMUEL -. Piensa de otra manera, Cristina.

ANDREA -. Recapacita antes de emitir un juicio falso.

SAMUEL -. Si te he hablado con el corazón en las manos, alguna vez: en esta ocasión, va en ello la verdad. . . Cristina. . .este hombre es buena; adorándote con todas sus fuerzas. Nunca te ha sido desleal.

Cristina comenzó a mirar uno a uno la cara de todos los amigos; y como el retrato fiel lo decía, en la faz de aquellos amigos: que allí no pasaba nada, que pudiese dañar la honorabilidad de Cristina. Y entonces y solamente entonces, Cristina se lazó a mi cuello, besándome con un amor ardiente y bien distendido hacia mí persona.

Sí, era un amor relajado, de lo tenso que se había encontrado hasta hacía poco tiempo; antes de hablar los amigos.

Y con las manos entrelazadas, nos entramos en la alcoba, para amarnos como nunca lo habíamos hecho.

Después de merendar, acompañé a mi mujer, Cristina y a los niños a Madrid; para que no fuesen solos a la Capital de España. Me volví en el último tren que llegaba a nuestra queridísima Capital de provincia. Entendiendo bien una cosa: nunca más dejaría ir a ver, de viernes a domingo a mi mujer, Cristina y a los niños.

Así seguía un fin de semana tras otro; no viendo el día que Cristina pidiese el traslado a nuestra querida Ciudad: trayéndose, tras de sí, a los niños.

Era más; pues una semana oí que había pedido la plaza de funcionario, que quedaba sin adjudicar, un señor de otra región. No detallando la región, que era la procedencia del señor que había pedido dicha plaza.

Pero al hablar por teléfono con mi mujer, Cristina; esta me informó que ya sí podía haberla pedido, dicha plaza: al hacer un año y tres meses, que había jurado el cargo que ocupaba.

¿Qué hacer?, en estas circunstancias, tan desastrosas para nuestras vidas. Y al notarme así, mi mujer; solamente dijo, que volvería a ocupar la plaza donde estuvo antes trabajando: en el cuerpo inferior, al que había aprobado.

Viendo en ella, un cariño permanente y desesperando por no estar junto a mí, a mi lado.

Pero como una flecha, días más tarde, me puse en contacto con mi mujer, Cristina; para que no pidiese traslado a nuestra queridísima Capital: ya que el señor que se interesaba por la plaza que no estaba ocupada, había desistido pedirla al saber las circunstancias del trabajo, que se daba en la plaza y en ese puesto, de responsabilidad y de mucho trabajo. Alegándola, lo que ya me habían informado en la secretaría de aquel edificio oficial: era más viable, se la concediesen la plaza, una vez que ella está trabando en el mismo cuerpo que exigía la plaza no ocupada.

No crean ustedes que Cristina se trasladó pronto a nuestra bonita y hermosa Ciudad; pues tardó un tiempo hacerlo. Pero al final lo hizo: se vino a trabajar a su bonita Ciudad; con su marido y sus niños.

Al saber lo bien que se habían portado todos los amigos de la infancia, les agradeció a todos ellos la deferencia que había tenido conmigo.

Una noche, después de cenar y estando viendo la televisión; comenzamos a hablar entre nosotros, Cristina y yo: de cómo me había ido solo en casa y también en el trabajo.

ANSELMO -. En el trabajo; menos mal que me divertía un poco: pues me gusta la carrera que he hecho.

CRISTINA -. ¿A nivel personal?.

ANSEMO -. ¡Mujer!: a nivel personal, ya era otra cosa. Había a veces que no podía soportar la soledad por más tiempo y sobre todo cuando pensaba en vosotras tres, en ti, la niña y el niño.

CRISTINA -. ¿Qué hacías entonces?.

ANSEMO -. Salir un rato a la calle para dar paseos por las aceras.

Hablamos, también, de que si yo esperaba viniese ella de nuevo a casa; diciéndola yo que eso lo tomaba por añadidura. Que nunca desconfié de ella. Que sí; sí esperaba que volviese a su casa, con su marido, que soy yo: trayéndome a los niños consigo.

Pero, ¡AY!: cuando se tocó la conversación sobre Mercedes; eso fue el no va a más. Como si fuese una ruleta mágica de juego, que no toca nunca.

Me dijo; después de dejarme hablar a mí, que ya habían tenido una conversación ellas dos; anunciándola que no podía hacer uso del matrimonio. Quedándome yo como quién ve llover por la mañana.

CRISTINA -. ¿A ti no te ha dicho nada?.

ANSELMO -. No: ¿por qué me lo iba a decir?.

Quedándose Cristina un poco extasiada; pues al parecer Mercedes había ido a Madrid, encontrándose con Cristina. Y como esta era su confidente; sería lo más posible, que la tuviese enterada de la situación, que se estaba dando en nuestra Ciudad.

Cristina me miró con cara decepcionante, pero se calló; no me dijo nada al respecto sobre Mercedes, para no molestarme: ya que mi mujer Cristina era muy consecuente conmigo, en el sentido del respeto.

Pero yo vi, que de aquí en adelante no seguía siendo la misma Cristina; pues cada palabra que yo decía la pensaba con todo su consenso.

Pues sí, ella aprobaba o desaprobaba cada palabra que yo decía; pues el seguro de la duda que ya tenía Cristina, con respecto al trato dado a Mercedes por mi parte era decepcionante.

Una mujer; que ya no se la podía tocar y la otra, que al tocarla pensaba en la amiga: no sabía yo cómo iba a salir victorioso de aquel encuentro, que tenía yo cada noche con mi mujer, Cristina.

Pero como la vida sigue; seguía para nosotros, como si nada hubiese pasado. Y poco a poco, aquel carácter seco y desagradable que se la había puesto a Cristina fue desapareciendo de su cara: pues ya su faz era otra, más agradable y más dicharachera.

Cristina, ya no pensaba tanto en las posibles relaciones que yo hubiese tenido con Mercedes: Ella se sentía mi mujer y nada más. Hasta el punto, que ponía fecha y hora para ir o no ir a los sitios de excursión o de un viaje de placer.

¡Qué la iba yo a decir a Cristina!: si llorar no puedo. Pero sí podía hacerla la vida un poco más feliz; llevándola y trayéndola de una región a otra, para que viese lo variopinta que es España.

Desde luego lo vio: vio esa variedad de regiones y de lugares en la piel de toro, con una flora y fauna totalmente variada, de un lugar a otro.

También la daba amor, casi a diario: siempre que el trabajo que yo tenía no me agobiase mucho en aquel día.

Así fui sacando mi matrimonio: con agrado y simpatía, con esa cordialidad que todo el mundo tiene dentro de sí; para sacarla cuando hacía falta. Y en estos momentos estaba haciendo falta esa pizca de agrado.

Los niños crecían en amor y compañía de nosotros dos, sus padres; pues la primera comunión llegó para nuestro hijo, Luis.

Era un día soleado y de alegría sin par; para todos los invitados a la ceremonia y después al banquete que di por la primera comunión de mi hijo Luis.

Un día de Mayo; en donde se celebran las comuniones; teniendo un afecto cordial entre todos juntos y cada uno de aquellos comensales.

Pero al día siguiente, nadie tenía ganas de hacer nada; y mucho menos trabajar con ahínco y agrado en las tareas encomendadas.

Entre trabajo y salidas a alguna fiesta se nos pasaban los años, sin saber que nos estábamos haciendo mayores. Hasta que un día me miré al espejo viéndome alguna que otra pata de gallo en los párpados de los ojos; pero de repente me alegré al darme cuenta que todavía estaba a punto de atajar tanto daño para mi físico particular.

Me fui a un buen estilista, para que me pudiese asesorar de un buen corte de pelo; quedándome a la medida aquel corte. Tan a la medida me había quedado, que no parecía ni yo.

Más tarde me fui a una manicura; para que me arreglase algo las uñas de las manos y me diese unos retoques en las mismas: quedándoseme como si tuviese veinte años.

Terminando por el dermatólogo; que me hizo sentirme otro; no quedando muy conforme con los mismos ojos que siempre he tenido, me fui al cirujano estético; haciéndome un ritidectomía, quitándome arrugas faciales.

Pero cuando me vio de esa manera Cristina, ella fue también para hacerse unos retoques en la piel; no conformándose con ello, que también se quitó los pliegues del abdomen. Y cuando la vi a Cristina su figurita de muñequita, no me pude contener; dándole un abrazo, como nunca lo había hecho.

Tanto esfuerzos hice al abrazarla, que tuvo un presentimiento; volviendo al doctor para que revisase la operación.

Hasta los amigos de la infancia se veían perdidos para reconocernos a los dos, a mí y a Cristina. Tanto era así, que nos dejaron hacer el saludo cuando estábamos lejos de ellos: por si acaso no éramos nosotros, los que pasábamos por aquella calle, donde se encontraban ellos.

Hasta que un día y en el mismo espejo, me paré a considerar; si aquello que me habían hecho, merecía la pena: pues no tenía la misma figura que antes.

Aquel pesar me quedó grabado en el corazón y en la mente; pues siempre que me miraba en un espejo, preguntaba: dónde me encontraba yo, que allí no estaba.

Eso sí, me encontraba esbelto, enjuto, y como con menos años. Y para demostrar mi valía, un día quise jugar, con unos jóvenes al valón, en un descampado, que había a las afuera de la Ciudad.

No lo hubiese hecho; pues salí cojo de una patada dada por uno de esos jóvenes, al decir: ¿Qué hace aquí este carroza?. Me asestó una patada en la pierna, que por poco me tienen que llevar al doctor.

Viendo yo, en el trascurso del encuentro de fútbol, que estaba participando; que eso ya, no es para mí a duras penas. Pues me faltaba el sprint que un futbolista hace cuando tiene que adelantarse a la defensa.

Me conformaría con mi estilo de cuerpo, que me habían dejado los doctores; no queriendo hacer de mi físico un atleta de primera.

Por fuera era un maniquí, por dentro: un carroza, como dicen los jóvenes a las personas mayores que ellos. Quedándome la ilusión, si no quería perder aquel físico, revisiones periódicas.

Por lo menos había adelantado algo: el parecer bien a las personas que me veían en la calle. Sin saber ellas, qué edad tenía, ni en qué situación me encontraba: si joven o mayor.

Ahora sí, quería salir todos los días para dar un paseo por las calles de aquella hermosa Ciudad: acompañado de mi mujer, Cristina, que también se veía hecha una muñequita de porcelana.

Para que aquella cerámica se conservase bien en su cuerpo; se daba todos los días con unas cremas insuperables: quedándola la piel como una china del río.

Ufano: sí señor. Ufano salía todos los días a la calle y con ganas de que me contratasen las personas, al verme joven de físico; al confiar en mí y en mi trabajo de arquitecto.

Algo así, conseguí de inmediato, al verme mis clientes joven y esbelto; así como un ser simpático, alegre y espabilado. Todo eso conseguí; al creerme yo que podía ser un joven recién salido de la facultad.

Y como tal, me trataban mis clientes, en el mismo sitio de la obra. Pues a pie de obra, yo era un “dandy” por mi extremada elegancia.

Para comprobarlo me fui un día, yo solo, a una discoteca: no debiendo estar mal mi figura de maniquí; pues algunas chavalillas me miraban mucho. Me fui, para sacar a bailar, a una chica que me miraba mucho, aceptando ésta de buen agrado, que la invitase a bailar.

Nada más que la cogí de las manos, reclinó su cabeza sobre mi pecho; como si ya nos conociésemos de antemano. Y no solamente posó su cabeza sobre mí; si no, que se entregó por completo, al dejar caer su cuerpo sobre el mío.

Yo estaba que no podía más y para disimular mi hombría, la invité, en la barra, a una copa; aceptándomela aquella chica.

Hablamos de todos los conjuntos de música, como hay en el ranquin de las casas discográficas. Y en un momento determinado, se fue aquella chica, para hablar con un grupo de amigas, donde estaba ella antes. Oyendo claro y sencillo a una amiga, una conversación, dada a su amiga, mi acompañante, algo que no me gustó.

AMIGA -. ¿Quién?, ¡ese!. . .ese tiene más años que Matusalén.

El resto de la conversación ya no lo oía, por haber elevado la música a tope el disc-jokey de la discoteca.

No volviendo más conmigo aquella chica tan salada y modosita: la chica que me había conquistado aquella tarde de misterio y de acechanzas para mí.

Así, que daleando el vaso de su copa, me tomé la mía a pleno ritmo de la música; saliendo afuera, para respirar aire fresco. Y ¡OH!, sorpresa de sorpresa: mi mujer estaba paseando por aquella acera; con un orgullo propio, para que la viesan las personas que se encontraban en aquel sitio. Iba más bien, enseñando el talle tan esbelto que se la había quedado a ella.

Ella no me había visto a mí; por lo tanto, salí un poco deprisa, comprando un sombrero y unas gafas en un puesto; así como un bigote postizo, que daba el pego a la persona que lo viese.

La esperé que llegase a mí; pues venía derecha donde yo me encontraba; y al mismo tiempo que estuvo a mi lado, la tiré un piropo que la gustó mucho.

-. Si te encontrases en apuro en altamar; yo sería una gamba para rescatarte -. Y como me había puesto una bolita de goma en los huecos de la mejilla; Cristina no conoció mi voz, ni me conoció a mí: disminuyendo la marcha, como para entablar conversación conmigo.

ANSELMO -. Desde mañana come más.

Me quité el sombrero, las gafas: aunque no hubiese hecho falta tales precauciones; pues antes me había quitado la pelota del hueco de las mejillas, conociéndome Cristina por la voz.

Cogiéndonos del brazo, marchamos hacia nuestra casa, sin hablar una sola palabra; hasta llegar a nuestro hogar: que entonces, sí comenzamos hablar de lo nuestro y de lo lindo.

ANSELMO -. ¿Cuéntame?.

CRISTINA -. Quien me tienes que contar, eres tú. Te escucho.

ANSELMO -. Me encontraba dando un paseo solo.

CRISTINA -. ¿Solo?.

ANSELMO -. ¿Con quién iba yo?.

Nos dejamos caer, en sendos butacones que había en el salón de la casa y reclinándonos en ellos, comenzamos a pensar en una y mil cosas a la vez. Hasta que aquel silencio fue cortado por mí, al abordar lo que debíamos hacer de aquí en adelante.

ANSELMO -. Deberíamos salir juntos, siempre que demos un paseo por las calles de esta bonita Ciudad.

CRISTINA -. ¡Un paseo!.

Esto lo dijo con un cierto tono de genio incontrolado; pues ella me había visto en una zona de ocio para las personas.

ANSELMO -. ¡Sí!: un paseo.

CRISTINA -. ¡Pues mira, donde estabas tú!. En todo el centro de ocio de esta Ciudad.

Cristina tenía razón; pero como no me había visto salir, ni entrar en la discoteca, la quité la razón; diciéndola, que yo no me vendía por tan poca cosa; ya que en casa tenía la gema mejor de aquella Ciudad.

Al oírme hablar de esa manera, Cristina se desinfló; creyéndome a mí todo lo que yo la estaba diciendo: o por lo menos se lo quería creer. Y de esta manera, salíamos juntos; todas las veces que teníamos deseos de dar un paseo por las bonitas calles de la Ciudad.

En unas de estas idas y venidas, dando un paseo: nos dimos de frente con el matrimonio, formado por Prudencio y Mercedes.

Empezamos hablar, siguiéndonos el matrimonio allí donde nosotros íbamos; no se despistaban ni un solo momento de nuestro lado. Y al ver nosotros ese; los invitamos un refresco en una heladería que había a nuestro paso.

Entre que si un helado era mejor que otro, según su composición; entre que si ya era tarde y ahora dónde vamos. . .cogiendo la indirecta nosotros, Cristina y yo.

ANSELMO -. Podíamos visitar, esta noche, un buen restaurante.

PRUDENCIO -. Si pagamos nosotros.

ANSELMO -. Y, ¿eso?.

PRUDENCIO -. Teníamos ganas de convidaros una buena cena.

Me quedé pensativo, mirando a mi mujer Cristina; que se encontraba igual que yo: pensativa y como si aquello la hubiese llegado por conducto no reglamentario.

Pero como la vi en la cara la idea de decir que aceptaba dicha invitación, la acepté yo.

ANSELMO -. Aceptamos vuestra invitación.

Entrando en uno de los mejores restaurantes que hay en aquella bonita Ciudad y simpática urbe.

La cena se desarrollaba de lo más normal de mundo; sin contratiempos, ni altibajos algunos, que nos pudiesen haber molestado una velada entre buenos amigos.

El restaurante se iba quedando vacío, sin casi ningún comensal: abordando la idea de tomarnos la última copa en aquel establecimiento; así que se fue Prudencio a su lavabo y Cristina al suyo. Quedándonos solos Mercedes y yo.

Mercedes, al verse sola conmigo; se agachó, abriéndome la pretina para absorber todo el jugo que me saliese de mis vergüenzas.

¡Qué barbaridad!: si aquello parecía no iría a terminar; hasta que por fin se oyó una de las puertas del váter, separándose Mercedes de mí. No antes sin haber absorbido todo el flujo que yo había echado.

Acerqué el vaso de agua a Mercedes, comprendiendo esta mujer lo que yo quería que hiciese.

Y metiendo dos dedos en la boca del vaso, se limpió la frente y la cara con aquel agua que yo la estaba ofreciendo; pues tenía unos rosetones enormes en los carrillos y en las orejas, que parecían pimientos morrones. Aún colorada toda su cara, recibió a su marido Prudencio; diciéndole algo que él admitió, de buenas ganas.

MERCEDES -. Qué calor hace en este establecimiento.

PRUDENCIO -. Te aconsejo, no bebas más: cariño.

Aprovechando Mercedes, que Prudencio se había ido a la barra, para pagar aquella copiosa cena; comenzó a limpiarse la boca con servilletas de papel, tirándolas a una papelera que había cerca de donde nosotros estábamos sentados. Con tal suerte, que cuando llegó Cristina del sanitario, ya se encontraba Mercedes limpia toda ella.

Salimos del restaurante, tomando bocanadas de aire; para ensanchar los pulmones: pues estuvimos bastantes horas metidos en el restaurante, sin darnos cuenta que nos faltaba la brisa de la noche.

Aquella brisa, que hacía en nuestra Ciudad, cuando uno desea tomar el fresco en plena calle.

Mercedes iba andando un poco rara; pues de vez en cuando abría las piernas para sacudirse no sé el qué. Por lo menos, yo lo disimulaba muy bien, lo que en sí creía yo que la estuviese pasando.

Por suerte, Cristina no se fijó en los andares de Mercedes; ya que el paseo fue corto, por llegar pronto a la puerta de nuestros amigos.

A la mañana siguiente, me decía Cristina algo, que yo no la entendía muy bien; por hablarme entre dientes y en voz baja.

ANSELMO -. ¿Qué dices?, Cristina.

CRISTINA -. No estamos, ya hechos; para tanto jaleo, como tuvimos ayer noche.

Y cogiéndola del cuello, la metí la cabeza en la palangana del lavabo; para que se refrescase con aquella agua fresca de la mañana.

Sacando la cabeza Cristina, con un gesto de alivio y de templanza; al ver que yo me había dado cuenta de su ansiedad personal, por culpa de tanta bebida. Y eso que Cristina no bebe nada; por eso la cogió un culito de una copa que tomó después de la cena: que si hubiese probado aquella copa, antes de la cena, no sé que hubiese pasado con Cristina. Si tenía la cara blanca.

Cristina no quiso desayunar aquella mañana; alegando que de esa manera se la quitaría el aturdimiento que tenía en la cabeza.

Yo salí camino de la oficina; llegando a la hora prevista, para comenzar mi tarea de todos los días. Pero cuando estábamos a media mañana, tuve una llamada de teléfono por parte de Andrés, el encargado de las obras: llamándome inmediatamente a la nueva construcción, que estábamos haciendo.

Tan pronto no me pude presentar en aquella construcción; ya que el tránsito vehicularla era tan abundante, que no se podía transitar, con un coche, más para allá de veinte metros, cada minuto de tiempo.

Cuando llegué a la construcción, encontré a todos mirando a un socavón, que se había abierto en medio de la construcción.

Unos sentados, otros de pie; pero todos con una cara de sorpresa, estaban mirando a aquel socavón.

Cuando yo me acerqué al sitio, me quedé más blanco que la pared; pues a través de aquel socavón, se veía unas ruinas romanas: con columnas y capiteles: no descubierto hasta ese mismo día, que la pala dio con ellas.

La primera orden que tuvimos fue, parar las obras cuanto antes; allí no se movía ni una paja.

Como aquel paro de las obras persistía; buscamos otra obra para poder poner al personal a trabajar en la construcción.

Y en la construcción de una fábrica los puse a trabajar; no sin antes, haberlos dado los planos de aquellas medidas que debía tener la fábrica, como qué iba en cada sitio de aquellas salas enormes.

La construcción, en planta baja de la fábrica; duró tanto, como si hubiese sido una construcción de dos pisos: por las circunstancias tal adversa que encontramos en aquella edificación de acotados y de salones enormes.

A parte que había torretas de hierro en la fábrica, que se tenía que poner anclada al suelo; con una precisión enorme: no pudiéndose desviar, ni un solo milímetro de su base. Pues eso era lo más fundamental, para que la fábrica funcionase a la perfección. Así que los cimientos, tendrían que edificarse perimetralmente en forma lineal, muy perfecta y con mucha base al suelo.

La curvatura de aquellas torretas, se anclaron con otras torretas paralelas; por no tener confianzas, de anclarlas al techo; ya que siempre tendría movimiento la cobertura y las paredes de aquella fábrica, por la fuerza de las máquinas empleadas para su funcionamiento.

Cumpliendo con la normativa que nos había proporcionado la autoridad competente para que se construyera aquella fábrica. La licencia urbanística y la licencia de funcionamiento.

Cuando se terminó la construcción de la fábrica, fue presentada por la prensa escrita y por la televisión.

Yo, por mi parte, tuve que contratar dos empleados más en la sección administrativa, para que me subiese un punto el baremo; y así poder deducir algo en el IRPF: puesto que con un empleado más, no llegábamos al tope.

Ahora me cabía cargar, ese empleado más, en otra partida no dineraria; para cubrir gastos.

Cristina y yo, vivíamos una vida agradable y bonachona a la vez; ya que se nos venía todo a pedir de boca. Hasta el punto que nos tocó la lotería de Navidad, por aquellas fechas.

Fue un buen pellizco, el que logramos amansar; sin esperarlo, ni buscarlo por nuestra parte. Y eso que habíamos participado, con diez décimo en el gordo de la Navidad.

Tanto fue así, que renové muebles y material de trabajo en la oficina; no solamente en mi oficina particular, sino en la oficina de los contables y de los administrativos. No sin antes, haber pintado todo el edificio; por fuera y por dentro, para que no hubiese suciedad ninguna en el.

Y para descansar de tanto trabajo, me tomé un relax de ocho días en un hotel de Madrid con mi mujer, Cristina.

Noches insuperables, en donde el descanso no cabía en la persona; al ser empujada por ese hado de compromiso permanente; de bullicio y de cantes al son de la luz de la luna.

Una noche nos fuimos a la Gran Vía; para tomarnos unos pisolabis y poder recrearnos en su calle; viendo pasear tantas personas por su acera. Otro día nos fuimos a cenar, al restaurante del Retiro, cerca de las barcas. Al siguiente día nos fuimos al mismo Retiro, en el Lago; en donde se come unos buenos manjares, como aperitivos, viendo las barquitas surcar las aguas, poco profundas. Y para no tener envidia de nada, nos colocamos bien, a la mañana siguiente, en una barca: remando, remando, salimos del estanque cuando nos cansamos, para visitar por la noche, “la milla de oro”, en la calle Doctor Fleming; pues es una calle, que tiene, justamente, una milla.

La tarde la pasamos en la casa de campo, en el Lago; montando en sus barcas y merendando en sus chiringuitos. Descansando aquella noche de tanto ajetreo personal, como tuvimos los días anteriores.

Y como la constancia hace valores; nos fuimos al siguiente día a La casa de Campo, en el Batán; entrando en el parque de atracciones: no sabiendo qué atracción coger, para nuestro gozo y descanso: si la noria, el trenecito, el tío vivo y así un sinfín más de atracciones, como hay en ese lugar de ocio y de descanso particular.

Tanto nos impactó aquel lugar, que quisimos volver a él, al día siguiente, por la mañana. Y digo, quisimos; pues donde nos entramos fue en el Zoológico; observando infinidad de fieras, como hay en su contorno de aquel recinto: un lugar bien preparado para los turistas, tanto nacionales como extranjeros.

Llegamos a la Casa de Campo por el suburbano, el metro que llega a la estación del Lago y de allí, comenzamos andar hacia el Parque de Atracciones; pero como está antes el Zoológico, nos entramos en sus dependencias. Ole, ahí, Madrid. “De Madrid al Cielo”.

Para descansar bien, nos fuimos a tumbarnos en nuestra cama, en nuestra queridísima Ciudad; sabiendo que eso, ya era otra vida, otra manera de vivir en la Tierra. Recordando lo que antes habíamos hecho; pues solamente trabajábamos y con ahínco.

Pero alegres, por darnos cuenta que habíamos levantado a nuestra patria; al trabajar en tiempos de crisis; con tanto ahínco.

Estando un día en la merienda, nos pusimos hablar de lo bien que habíamos estado en Madrid: pero algo nos bullía en el cerebro.

CRISTINA -. ¿Te acuerdas?, hijo. Estuvimos muy bien en Madrid, pero me inquieta una cosa al pensar en ello.

ANSELMO -. Lo mismo me pasa a mí. . .y eso, que todavía había juego en ese estadio.

CRISTINA -. No se había terminado la competición ligera.

ANSELMO -. Podíamos haber visto, un derbi.

CRISTINA -. Desde luego.

Sí; porque aquel domingo, jugaban un derbi, los dos equipos más fuertes de la Capital de España.

En aquella ocasión no fuimos al fútbol; pero si seguíamos así; tampoco íbamos a ir a la fiesta que había organizado Samuel en su finca de campo: por falta de decisiones.

Nos despertamos a la vida; pues parecíamos como dormidos, para agenciarnos unos trajes acondicionados a las vestimentas camperas. Y ya en el campo, pude respirar hondo; ese aire que llega de lontananza; más bien del oeste de la península: donde toda nube riega la Tierra.

Se me puso una escoba en las manos, para que barriese la nave, donde se encuentra la barbacoa: no dudando, ni un momento barrer aquel lugar; donde íbamos a comer horas más tarde.

Cuando me encontraba yo atareado, barriendo el suelo de aquella pequeña nave; se abrió la puerta de entrada, siendo Mercedes la que quería entrar en aquel receptáculo. Siendo propicio que yo hiciese algo, para eludirme de aquel atolladero, en el que me encontraba; pues Mercedes y yo dentro de la nave, no se veía bien que estuviésemos.

Así, que me salí de aquella nave: yéndome a donde se encontraban el resto de los amigos, en el salón de la casa.

Como todos tenían una copa en las manos, yo me llené otra de un Whisky que tenía Samuel, reservado para algunas ocasiones. No dándome tiempo, más que probarlo; pues a poco tiempo, llegó Mercedes, limpiándose la bata con las manos: pues se la veía unas telarañas, de haber estado barriendo, parte de la estancia, donde se encuentra la barbacoa.

Me pude dar cuenta, que Prudencio me estaba mirando fijamente, sin pestañear, ni si quiera respirar. Y en un momento determinado, se levantó de donde estaba sentado; viniéndose a donde yo me encontraba.

PRUDENCIO -. No me ha gustado eso. . .

ANSELMO -. ¿El qué?, Prudencio.

PRUDENCIO -. Que hayas abandonado a Mercedes en la nave de la barbacoa.

Así se expresaba su marido Prudencio, delante de mi persona; a ciencia cierta, que él sabía de nuestras andanzas, en algún tiempo de relax para nosotros dos: Mercedes y yo. Saliéndome unos colores en la cara, que no lo podía remediar.

Prudencio se fue para hablar con su mujer Mercedes y esta señora cogiendo un cepillo de barrer, se dirigió, una vez más a la nave de la barbacoa. Y como todavía no se había ido Prudencio de mi lado, me habló con un pesar dentro de sí.

PRUDENCIO -. ¡Anda!; vete con ella para quedar limpia la nave de la barbacoa.

Yo hice como si no le hubiese oído; yéndome con mi mujer Cristina, que se encontraba en la parte contraria donde yo estaba: de modo, que no había podido oír nada de lo que Prudencio me había hablado.

Viéndole a Prudencio salir recto hacia la barbacoa; para ayudar a su mujer, Mercedes; pues se encontraba sola limpiando aquella pequeña nave.

Y como ya estábamos bien situados todos, me fui a llenar otra copa de aquel delicioso Whisky; sintiéndome el hombre más dichoso del Mundo.

No tardó mucho llegar Mercedes a donde nos encontrábamos el resto de los amigos, y en una ocasión que se había ido Cristina a la cocina, se me acercó Mercedes, echándome una regañona.

MERCEDES -. ¿Qué has hecho?.

Me sobrecogí; pues no la entendía bien lo que ella me quería decir; así que enseguida respondí con una evasiva.

ANSELMO -. Yo. . .nada.

MERCEDES -. No puedo hacer fuerza alguna. ..?. . .estoy siendo tratada de mis abajo.

Queriendo yo haber entendido a Mercedes, de donde estaba siendo tratada.

Pero lo más sorprendente, para mí; era que el marido, Prudencio, la echaba a los lobos: pues al parecer, sabía, ya, él algo de su mujer conmigo.

Me dio vergüenza propia y ajena, en aquella ocasión; en donde se me decía, claramente y sin palabra alguna: que yo debía ayudar a Mercedes por obligación personal, de ser un buen amante. ..?. . .o tal vez, querido.

Si fuese así, se estrechaba, cada vez más, el cerco hacia mi persona; pues con uno que se enterase de lo nuestro, valía para que los demás se enterasen también.

Pero no: aquello no había trascendido; ya que Prudencio se pasaba de inocente, diciéndome que ayudase a su mujer Mercedes. Siendo un acto intuitivo, inconsciente.

Y cuando le vi llegar a Prudencio, cansado y como agobiado; fui hacia él para decirle, que a mí me dolían, en ese día, los pies y las manos: por artrosis.

PRUDENCIO -. Perdona, Anselmo: no sabía que estabas doloridos de los pies y de las manos.

Así se expresaba mi buen amigo Prudencio; dando la pacotilla, de -. Si lo sé, no te hubiese dicho nada -. Como queriendo decirme, que al ser un buen amigo mío, me pedía, por favor, que ayudase a su mujer, Mercedes.

Estaba salvado; pues ni yo entendía nada. Lo único que entendí, fue que Prudencio, estaba pidiendo a su mejor amigo, que ayudase a su mujer. Y ese mejor amigo era yo.

Me quedó la fiesta la cabeza un poco abombada; como si tuviese un gorro puesto en ella; así, que a la mañana siguiente di un rodeo, antes de llegar a la oficina, encontrándome con Mercedes en plena calle, Mercedes, al verme se paró delante de mí; cosa que yo no quería hacer, más bien me quería escabullir de mi amiga Mercedes, haciendo que no la había visto en la acera. Pero esta me cogió de un brazo, haciéndome parar en plena calle.

MERCEDES -. ¿No digas, que no me habías visto?.

ANSELMO -. Estoy interesado en algo, que me está quitando el sentido.

MERCEDES -. ¿En qué?.

ANSELMO -. En cosas mías.

Encogiéndose Mercedes de los hombros, emitió algo así, como: ¡Bah!, al no interesarla nada lo que yo la estaba diciendo.

Como Mercedes era muy larga, cogió la indirecta; al irme yo de con ella y dando media vuelta se fue a otro lado.

Tuve una baja en la oficina; pues era Amparo, que se encontraba mala. Con un constipado, que si no se cura, llegaría a ser gripe. Así que se quedó en la cama, por lo menos tres días; teniendo yo que ocupar su puesto y llevar sus tareas a buen fin.

Eso me dio tiempo, para saber cómo iban las cuentas, en general: y las llamadas, que habíamos tenido en las dos últimas semanas. Así como el libro de pagos a proveedores; que por cierto había una empresa, que todavía no había cobrado sus materiales vendidos a mi empresa. Asaltándome la idea de tener que ver si todos los empleados habían cobrado, uno a uno, sus estipendios personales. Viendo que todos los recibos de las nominas, estaban firmados; quedándome más tranquilo, que si, a caso, hubiese faltado algún albañil cobrar su nómina.

No siendo raro, se diese ese caso; pues ya teníamos bastantes obreros de la construcción trabajando con nosotros en la empresa.

Cuando llegó Amparo con el alta médica, no pude por menos que darla las gracias por lo bien que estaba llevando la secretaria y además la di la enhorabuena por haberse curado.

Días más tardes, celebró Amparo el cumpleaños de su hijo; asistiendo todos los de mí casa: Cristina, Asunción, Luis y yo al evento que se celebró en un salón de la Ciudad apañado para tales actos.

Hasta la mitad de aquel evento, se desarrollaron los hechos rectamente, como mandan los códigos de la buena amistad; pero según iba pasando el tiempo: vimos salir juntos a Asunción, nuestra hija, con el hijo de Amparo, Alfonso; pero cogidos de las manos.

Yo me levanté, con mucho disimulo, saliendo fuera del local; para ver qué hacían esos dos pimpollos: y lo que estaban haciendo, era dándose un beso de amor, a plena luz del día.

Me fui, otra vez a mi sitio; cerca de mi mujer, Cristina: y cuando vi entrar a los dos jóvenes, la dije a mi mujer algo que ella no daba crédito alguno, a lo que yo la estaba diciendo.

ANSELMO -. Estos dos, son novios, ya.

Se lo dije a mi mujer Cristina con todo el sigilo del mundo; para que nadie se enterase.

CRISTINA -. ¡Anda ya!.

Pero ello lo destrozó todo; al dar una gran voz, como rechazando lo que yo la había dicho. No quería saber nada del asunto.

Queriendo saber, qué la pasaba a Cristina la mujer de Pedro, Andrea; por si la tenía que ayudar en sus apuros.

CRISTINA -. No me pasa absolutamente nada. Es que creo me he quedado en la lumbre, puesta la sartén. . . y si es así, voy a quemar toda la casa.

Se levantó de la silla, para marcharse, cuanto antes a casa: yo hice otro tanto de lo mismo; disculpándola por tal olvido.

Por poco no alcanzo a Cristina en plena calle; ya que mi mujer corría como nunca; y eso que era de ser una persona serena.

Como llegó antes que yo, entró en casa pegando un portazo y cerrando la puerta tras de sí. Así, que tuve que llamar yo al timbre; tardando Cristina en abrirme un buen tiempo.

Cuando entré en casa, miré a mi mujer, Cristina, para ver cómo se encontraba. Y en vez de mirarme a mí, se fue a la alcoba, para tumbarse un rato en la cama.

Desde lejos se oían los sollozos y el gemido, de vez en cuando; de tal manera que me estaba dando pena a mí, ver sufrir a mi mujer, Cristina. Entrando yo en la alcoba, para calmar su estado de ánimo, muy exaltado.

ANSELMO -. ¡Mujer!: no es para tanto.

Solamente se me ocurrió decirle eso: que no era para tanto: una palabra llana y siendo una insignificancia. Al quererla animal; para que no sufriera.

CRISTINA -. ¡Insensible!: que eres un insensible.

No sabía qué decir a Cristina; y lo único que se me ocurrió, fue: -. No llores más -.

Se inclinó mi mujer, Cristina; con unos ojos fuera de las órbitas; diciéndome algo, que pensé callarme esa tarde: no volviendo hablar nada más.

CRISTINA -. Y, ya ¡está!

Claro que ya estaba: ¿qué más la iba a decir?; si llorar yo no podía, por conocer a Alfonso toda mi vida, el hijo de mi secretaria, Amparo.

Pero ya sabía ella, Cristina, que su hija Asunción era novia con el hijo de Amparo, Alfonso.

Su dolor se incremento, cuando vio venir a nuestra hija Asunción, acompañada del hijo de Amparo, Alfonso; pues llegaban agarrados de las manos, como una pareja de novios bien allegados.

Y todavía se acrecentó más el dolor moral que tenía Cristina, cuando Alfonso, bajando la mano la cogió a nuestra hija por la cintura.

Quiso salir Cristina a la calle, para recibirlos de esa manera; pero yo no la dejé; al ver el estado anímico destrozado de mi mujer.

En la misma puerta de mi casa, se despidieron, Alfonso y Asunción; dándose un beso en las mejillas, en señal de aprobación y de quererse mucho ellos dos. Y menos mal que no lo vio su madre, Cristina; pues entonces había levantado pie en polvorillas, en contra de aquel joven. Hubiese sido un fiasco personal, por parte de Cristina.

Contrario a lo que yo creía; el resto del día se desarrollaba sin ningún contratiempo; ya que Cristina se había calmado y su estado de ánimo era mucho mejor, que cuando llegó a casa.

Hasta pude oír respirar mejor a Cristina, mientras dormía; sin ningún contratiempo, que la hiciese despertar de su sueño ideal.

Ya era otro día; y con él, otra manera de pensar y de ver la vida: paralelamente a lo que venía. Y lo que veía, era un tsunami de primera; al volverse acordar Cristina del niño de Amparo, Alfonso.

Y desde luego estaba siendo así: pues la producía a Cristina, unos trastornos profundos, inesperado para ella: al saberse la suegra de Alfonso.

Pero dicha tendencia anímica, cambió por completo; cuando supo, que Alfonso se había matriculado en la facultad, al igual que su hija Asunción. Todavía cambió más de parecer, Cristina, cuando la dijeron las notas que sacaba Alfonso, por parte de su madre, Amparo: ya que nuestra hija Asunción no era capaz de sacar aquellas notas, tan relevantes, como sacaba Alfonso.

Cristina se quedó a la expectativa; cuando supo, que Alfonso se sacaba dieces en todas las materias dadas en el primer curso de la facultad. Pues no, en balde, había elegido una buena carrera y con muchas posibilidades de ascenso en ella.

Desde entonces, la vida transcurría normalmente en mi casa; sin ningún contratiempo que pudiese quebrar esa buena amistad, entre Amparo y nosotros dos: Cristina y yo.

Un día me llegó Amparo, toda ella sofocada; por algo que había pasado, sin haber firmado yo nada de lo que ella me estaba diciendo.

ANSELMO -. Lo que usted me está diciendo, señora Amparo, está terminantemente prohibido en estos tiempos.

Y enseñándome la fotocopia de aquella letra, me instigaba para que yo pusiera coto de por medio, entre aquella empresa, que había extendido dicho documento.

ANSELMO -. Ahora sí, se está usted, Amparo; expresando correctamente. . .pues lo que usted me enseña, es un documento de pago; creado por la misma empresa.

AMPARO -. ¿Hasta qué punto nos está obligando, al pago?.

ANSELMO -. Esto es nuevo para mí; tendré que consultarlo con el grupo jurista.

Habían quitado las letras de clavo; pero se habían creado dichos documentos, exigibles al pago que reseñaban la faz de aquellos

documentos. En las medidas, que fuesen aceptadas por el tomador de aquel documento.

Rechazando de plano, aceptar el pago que reseñaba aquel documento: no teniendo fuerza jurídica, para nada, su pago. La aceptación de aquellos documentos, era lo más fundamental; empezando el proceso, para cobrar lo que se reseñaban en ellos. Otra fuerza ilegal, dentro de la jurisprudencia administrativa, documental.

Como se veía, no tenían imaginación; pues siempre se daba la vuelta a lo ya existente; denominándolo de otra forma y con otro diseño.

Salvándonos de aquel monto especial, que nos habían presentado; nos pusimos a trabajar con todos nuestros cinco sentidos, en lo que nos concernía a nosotros: que era el sistema de la construcción. No desviando nuestros sentidos hacía ninguna parte, que no fuese el trabajar honradamente para nuestros clientes.

Otro bajón, en la construcción, se volvió a dar en aquellos años; pues las personas guardaban su dinero.

Solamente nos llamaban para arreglar alguna alcoba, chapar algo ya existente en la casa, o para echar un suelo nuevo.

Resistiendo nosotros; como otras veces lo habíamos hecho, en tiempos de vacas flacas. Hasta que un día supe de unas obras, que se asignarían al mejor postor. Siendo el mejor postor un señor asiduo al ejecutivo de turno; así que sin pensarlo, me fui para hablar con aquel señor.

Me debí expresar bien; pues le gustó la idea que yo le había dado de esas construcciones, que se habían puesto, como sistema abierto, para los constructores. Adjudicándole a él la construcción de dichas obras: la reforma de un castillo y el arreglo de una Iglesia. Aunque en el arreglo de la Iglesia; solamente nos asignaron, el arreglo de los soportes de la casa parroquial, pues la cobertura nueva, se lo asignaron a otro constructor, más allegado al ejecutivo. Así comenzamos una era, de bonanza para nosotros; siendo yo el filial de aquel constructor, con quien yo hablé en su tiempo.

Sin empresa ni nada, aquel constructor se lanzó de lleno a la construcción; asignándome a mí infinidad de obras: unas menores y otras mayores; pero nunca me faltó trabajo; para que mis obreros de la construcción pudiesen decir, que ellos tenían, de sobra, el trabajo.

Un poco exagerado era aquel señor que dijo eso; pues la verdad era, que nos costaba mucho coger obras nuevas, para su remodelación o para la construcción de la misma. Alertando a mi personal, que no dijese nada, al respecto, de la empresa. Que no hablasen con nadie desconocido de las cosas de la empresa; haciendo caso a mis sugerencias particulares, aquellos obreros, que yo tenía, en la construcción.

Aquel vaivén de actividades, me volvió a dar la idea de trabajo ajeno, en donde se tenía unas horas de tareas y luego se iba uno a casa; quedando la empresa para gestionar papeles y arreglar las cosas, que tuviese que hacer con el fisco o con la administración nacional.

Pero ya no había marcha a tras; sin comunicárselo nunca a nadie, ese pensamiento que tenía yo, con respecto a llevar una empresa. Lo único a mi favor, era que con la empresa ganaba mucho más y era el jefe de todo el personal. Eso que lo creía yo; fuese el jefe de todos los contratados en la empresa: pues una vez que hizo falta, saber algo de los contratados, en la administración estatal, llamaron al jefe de obra, a Andrés.

En los estatutos de la empresa, Andrés costaba con el jefe de obras; por eso se me relegó a un segundo plano. Volviendo a pensar, que yo no lo había hecho lo suficientemente bien; como para que recayese sobre mí toda la carga social de la empresa.

Volviendo a empezar, una vez más, la posibilidad de cambiar esa parte de estatutos de la empresa. Y para ello, tenía que hacer una convocatoria de todos los socios, extraordinaria; para dilucidar el cambio de quién era el jefe verdadero en mi empresa. Dándome el consejo, de que no variase ni un ápice los estatutos; puesto estaban perfectamente hechos. Y si así lo decía, la parte jurídica de la empresa; así sería.

No porque hubiesen llamado ante, los agentes a la persona encargada de la obra, iba a ser el dueño de la empresa: es que en general es de esa forma.

Se me vio el pelo del pardillo; de la persona que no está ducha para llevar un sistema jurídico, en general: dentro de la empresa.

Y como a cada cual lo suyo; como me dijeron los juristas de la empresa: yo me limité, desde entonces a la construcción, que era lo mío.

No quitaba que arreglase algunos papeles, de la empresa; para su buena marcha de la misma: agilizando la marcha de las obras, al tener antes formalizados los papeles ó los impresos que hacían falta, para la misma.

Para evadirme de tanta presión, como tenía en la cabeza; me llevé a mi familia un sábado por las tierras españolas: recorriendo pueblos y visitando sus monumentos turísticos, que se cruzasen en nuestro paso.

Cosa curiosa; pues no lo debía haber dicho, en uno de esos pueblos que recorrí, en la geografía española: ya que al saber no iba a ver una clase de monumento que tenía aquel pueblo, hecho por ellos, según pude ver; se enfadó un señor mucho conmigo, dentro del bar donde estábamos tomando un pisco, mi familia y yo.

Aquel señor se puso como un basilisco; dando voces y hablando alto, de tal manera que tuvieron que salir en mi defensa los señores que se encontraban con aquel hombre, echando una partida de naipes.

Para no hacer de menos al pueblo y a aquel señor; me fui con mi familia para ver el monumento que me había hablado el señor que defendía, según él, al pueblo.

Era una especie de “pilancón”; en donde iban a abrevar las vestías; hecho de una cantería de una especie de rollos rodados, más bien blancos.

Aquella construcción, querían las persona del pueblo, que fuese un atractivo para todo viajero que pasase por sus cercanías.

Hice; como que me había encantado aquella construcción: montando a toda mi familia en el coche, para marchar cuanto antes de aquel lugar, tan mágico, según aquellas personas. Al oír a uno de aquellos señores, el dineral que valía, aquel abrevadero para las vestías; no sabiendo yo con qué fines decía aquello, ese buen señor.

Ya, en carretera; me habló mi mujer, Cristina, alertándome en el peligro que había estado: pues hasta me querían vender una construcción, hecha por el Excelentísimo Ayuntamiento de aquel pueblo.

ANSELMO -. Ya me di cuenta. Por eso os entré a todos en el coche, sin perder ni un solo segundo.

CRISTINA -. Yo me veía con aquel abrevadero, encima la baca del coche.

Volví la cabeza, para preguntarla algo sospechoso a mi mujer, Cristina.

ANSELMO -. Pero tú: ¿te hubieses creído eso?.

CRISTINA -. ¡Anda, ya!. ¡Cómo me lo iba a creer?.

Aquella contestación, que tuvo Cristina, en aquel momento; me tranquilizó un poco, abriendo los ojos más de lo debido; y bajando la ventanilla de mi lado, a media altura: me rehíce de mi letargo entre la siesta. Parando en el primer pueblo que llegamos, para tomarme un café, bien cargado; y así, pude hacerme con mi persona. Y es, que no se puede comer tanto, cuando se va a conducir un coche.

Comíamos, cenábamos y alquilábamos residencia en el primer pueblo, que nos fuese propicio para ello: según la hora y la luz diurna.

Así estuvimos tres días de completo relax para mi persona. Y al llegar a la oficina; ya tenía tres avisos de obras encima de mi escritorio. Llamé a la señora Amparo; para que me diese más información; y cogiendo un cuaderno esta señora, me informó de las personas que demandaban nuestros servicios, como constructores.

Al llegar a casa, me lo notó mi mujer, Cristina, por la cara que llevaba; lo alegre que yo estaba.

CRISTINA -. ¡UY!. Y, ¿esa alegría?.

ANSELMO -. Si te parece: ¡no voy a estar alegre!.

Frotándose las manos, mi mujer Cristina, me alegó que quería oír más de lo mío.

CRISTINA -. ¡Cuenta!.

La conté a Cristina todo lo que yo me había enterado, en un momento en la oficina: diciéndola, que todavía debía enterarme mejor de quien son esas personas y su estatuto social. No queriéndola decir a Cristina, que uno de esos señores que demandan mis trabajos, era una persona ilustre en la sociedad.

Por otra parte me sentía conforme con tener una empresa de construcción; ya que todo el peso de la Ley caía sobre mí. Llevando yo el timón de la actividad, en todo momento.

Eran días de bonanzas económicas; pues el que más y el que menos tenía su dinero en el banco, para lo que pudiese hacer falta.

Como siempre hacía falta en las casas ese tope de dinero, acumulado a través del año: cada cual, se gestionaba lo suyo. En cada casa, había lo necesario y en algunas más que se podía uno imaginar.

Pero nosotros, la empresa, estábamos a expensa de las personas pudientes: aquellas que nos llamaban por una obra mayor y no por una obra menor.

Sobre todo, las concesiones; eran para nosotros una pera en dulces: ya que se tardaba, en algunas, varios años en su construcción, ó en su remodelación en la obra.

Pero: ¿Y para coger una concesión?; pues no hacía falta tener grandes conocidos entre nosotros, los constructores.

Así que, como yo llevaba ya años en la construcción; me conocían esos grandes señores, a los que se le asignaban las concesiones: teniendo o no una empresa, o careciendo de obreros de la construcción. Si luego se la traspasaban a un constructor, que tuviese obreros de la construcción. ¡Vamos!, que era otra concesión; por parte del que había recibió la primera. La subrogación valía para algo.

Como llegaban las fiestas de la Ciudad, contratamos un hotel, tierra adentro de la nación; en un embalse ya muy afamado.

Y, ¡OH!; lo que pudimos divertirnos, por las grandes atracciones que tenían en aquel embalse; parecido a un mar interior; pero de agua dulce.

Lo que más nos atrajo, fue las costumbres de aquellas personas, que vivían en ese pueblo: Orellana la Vieja, en la provincia de Badajoz.

Entre si comer higos de una higuera, al amanecer; tomándonos una sopa de ajo. Se alargaba la mano, cogiendo los hijos verdejos ó uñigales. Subiendo a la cueva de Villa vieja; para divisar todo el valle de Pela; y así un sinfín de atracciones múltiples de las costumbres de aquellos vecinos de dicho pueblo.

Su Martini, vermut, a medio día y su baño; para después tomar unos pinchos y tapitas en plena playa caribeña, en la playa, costa dulce. Seguido de una buena paella, en un buen restaurante, ó en un buen chiringuito, a pie de playa. Y todo ello, amenizado por la radio oficial que tiene el pueblo: radio costa dulce.

Por la tarde íbamos a las calles principales del pueblo; para sentarnos en sus terrazas de verano; viendo algunas veces un pequeño teatro y otras para ver actual a un grupo afamado de música o de cantante.

Para recabar en el embalse, viendo una gran función de cine, o un grandioso montaje de un buen teatro.

Pues el escenario, está dentro del agua del embalse; donde salen u entran los cohetes de la feria: al igual que una playa en el mar.

Desde allí se puede ver, ese Cielo estrellado y claro; que parece se van a coger las estrellas con las manos.

Por la mañana, nos pusimos a observar, la gran variedad de aves que surcan ese cielo, de aguas dulces, pareciendo que no estábamos en nuestra Nación; por la variedad de aves que vimos aquel día.

¡Sus chiringuitos!, ¡sus playas!; el amor de los paisanos hacia los turistas y el buen nombre hacia esa conjunción de vecinos y personas que se allegan a ese lugar de ensueño.

Y eso, que no habíamos visto la procesión de la Virgen del Carmen; por haber sido antes que nosotros llegásemos a ese bonito y atractivo pueblo: pero pudimos oír Misa en una Iglesia de salón, casi neoclásica, con reminiscencia plateresca en una ventana, en la puerta principal. Todo el que va a la Iglesia, dice que parece una Basílica. Existiendo el órgano original del siglo XVIII; también visitamos su palacio de los Altamirano. Así mismo fuimos a visitar el convento; donde vivían los frailes, la capilla y la biblioteca; como así, nos abrieron donde guardaban la caballeriza: pues sí pasaron el Guadiana por ese lugar de encuentro.

Llegamos sin nada a Orellana la Vieja y nos fuimos cargados de higos, almendras, los famosos melones de las semillas antiguas, como así de garbanzos pequeños; pero cuando se los entra en la olla se ponen tiernos y mayores. E infinidad de dulces, hechos por personas del pueblo. Y como ese pueblo está en el corazón del regadío de la provincia de Badajoz, nos cargaron de melocotones, peras, ciruelas, tomates, pimientos,

Nos despedimos de aquellos habitantes del pueblo con lágrimas en los ojos, al igual que ellos: por ser tiernos y muy hospitalarios.

Al llegar a nuestra Ciudad, capital de provincia; no pudimos por menos, que escribir a los señores y señoras que nos habían acogido en su casa, con todo el amor del mundo; aunque nuestra residencia la teníamos en unos de los hoteles que hay en ese pueblo.

Nos quitamos los collares, que nos habían puesto en el pueblo; entrando en nuestra casa, con todo el boato debido y todo el cariño, hacia esas mismas personas: humildes y muy simpáticas; como así trabajadoras, y nobles a la vez.

Pero como la vida seguía: yo seguí yendo a la oficina de la empresa de construcción, para ejecutar mis tareas cotidianas.

Una de ellas, fue paliar un requerimiento del juzgado, sobre una apropiación indebida, no más de dos metro, sobre una posesión particular.

Aquello me cogió por sorpresa; pues las células catastrales presentaban ese terreno, como si fuese parte contingente de la casa donde estábamos obrando.

Pero en tiempos, no había notario en todos los pueblos de la geografía española; solamente existía unos impresos en el estanco, que rellenándolos, parecía que hubieses comprado lo que allí ponía; pero con el mandato de tener que ir al notario, cuanto antes. Cosa que no se hizo; por lo tanto no estaba registrado en el Excmo. Ayuntamiento donde se estaba edificando.

Teniendo que resolver, ese litigio, el Juzgado; por no tener solvencia alguna el impreso que había presentado el señor que compró la parte de abajo de la finca.

Un escollo más en nuestro trabajo cotidiano; y al parecer, no sería el último: ya que cada dos por tres se nos presentaba una cosa igual a la que estábamos resolviendo.

No poniendo mala cara, a la llegada a mi casa; así que no me lo cogió mi mujer: eso que me estaba pasando en el trabajo. Comenzando hablarme de otro lugar, ya conocido por nosotros.

CRISTINA -. Hay un fallo, entre los turistas del pueblo, visitado por nosotros.

ANSELMO -. Pues no lo veo.

CRISTINA -. Que no tiene cerca, otros pueblos; donde se pueda ir para ver monumentos en ellos.

ANSELMO -. Ese pueblo es el cuartel general de todos los turistas; pues se encuentra a setenta kilómetros de tres pueblos muy afamados.

CRISTINA -. ¿Qué pueblos son?.

ANSELMO -. Mérida, Trujillo y Guadalupe.

CRISTINA -. ¡Anda!: qué fenómeno.

Y echándose las manos a la cabeza exclamó eso: -¡Anda!: qué fenómeno -. Como si en ello fuese toda su admiración.

Prometiéndola a Cristina llevarla otra vez que fuésemos a ese embalse de aguas dulces y cristalinas.

Para brindar por nuestra buena estrella; llamamos a los amigos de la infancia, ese día, para irnos a merendar a un lugar afamado, cerca de la Ciudad que vivíamos.

Cosa curiosa; pues nuestra hija Asunción no quiso, o no pudo ir para comer en el lugar elegido por mí; ya que al parecer, tenía un examen aquella misma tarde.

Viendo yo salí, sin libros a mi hija Asunción: y como la intuición es mucha en las personas; enseguida repliqué a mi hija algo, que ella ya lo sabía.

ANSELMO -. Asunción: Cielo. ¿Dónde vas sin libros?.

ASUNCIÓN -. Pero, ¡papá!. . .no sabes que voy a un examen. . .no se puede tener libros, en los exámenes.

Dando un gran portazo, desapareció de mi vista su figura encantadora; pues mi hija era esbelta, enjuta y con una cara bien parecida.

Estando en plena merienda, llegaron los dos jóvenes a nuestros lados; que aunque la mamá de Alfonso no asistía a la comida, en un buen restaurante, sí venía con nuestra hija, aquel chico. Invitándole mi mujer, para que se quedase a comer, donde nosotros lo estábamos haciendo.

Yo, por mi parte; pude pegar un salto: que si lo hubiese hecho, llegaría, por lo menos, hasta las estrellas del Firmamento, por lo alegre que me había puesto, esa sorpresa que me dio Cristina.

Poniendo, el barman, dos platos más; comenzaron a comer aquellos dos jóvenes, como si no lo hubiesen hecho en dos días.

Dejé correr el tiempo; para preguntarlos algo, que yo no sabía: a mi hija y a Alfonso. Y cuando vi, que la ocasión era propicia; comencé hacerlos la pregunta.

ANSELMO -. ¿Qué ha pasado?. Habéis venido muy pronto del examen.

ASUNCIÓN -. Papá; no ha habido examen: se ha puesto indispuerto el señor catedrático.

ANSELMO -. Lo ha podido sustituir un profesor.

Quedándose mi hija, como helada; por esa pregunta que yo la había hecho sin ella esperarla. Pues toda facultad, tienen profesores adjuntos a cátedra; según sabíamos nosotros, los carrozas: como dicen la juventud de ahora.

Yo me hice penitente a la Virgen de Guadalupe; pues si aquel noviazgo seguía hacia adelante: iría andando; desde el embalse hasta el Monasterio.

No sabiendo yo qué año sería; cuando yo iría andando a Guadalupe: pero los deseos eran: que no tardase muchos años ir, para cumplir mi promesa, al Monasterio. Y allí; delante de la Virgen Santa y buena: arrodillarme ante una rejilla. Pues hacía bastantes años que no confesaba mis culpas; y no; porque no las tuviese, que, ¡las tenía!

Pasaba el tiempo y con él, esos días alegres y fiesteros del verano: en croa la rana, el “aj, aj, aj, aj” ó caña moneo de la perdiz, el crotorar de las cigüeñas, el cante de os Mirlos: cambiantes según estén enfadados o no. Y así, un sin fin de aves más; que surcan los Cielos de lado a lado de nuestra geografía.

Un día vi caerse una hoja de un árbol; quedándome la sensación de que perderíamos ese hado del estío; en donde todo es vida, en el campo y ajeteo, en la Ciudad.

Pero antes que se nos fuese la luz del día, en esas fechas, a las seis de la tarde; cogí mi familia: llevándomela a la Capital de España, para pasar un par de días alegres en aquella grandiosa urbe. Donde hasta los cernícalos se casan volar, por tener bastantes millas, aquellos bloque de cemento.

Una vez más, me los llevé a todos para que viesen el templo Debod, cerca de la calle de Ferraz; para de allí irnos, en el teleférico de Rosales a la casa de campo. Y allí, poder disfrutar una mañana de paseo; y cuando llegamos al lago, montamos en sus barcas. Viendo caerse a dos jóvenes de su barca, por no tener cuidado alguno; al levantarse los dos, queriendo emular el baile más febril que había en esos tiempos.

Para que no viesen tales fracasos, me llevé a mi familia al parque de atracciones: aprovechando que pasaba un taxis cerca de nosotros, y a la voz de: ¡Taxis!, con la mano levantada; para qué supiese que había sido yo el que le había llamado; haciendo se detuviese aquel vehículo.

Los siguientes días tuve una normalidad en la oficina de la construcción; pues nada pasaba de extraordinario en ella; haciendo las tareas como siempre. Hasta el punto, que en vez de tomarme un café en la oficina, bajé al primer bar-café que había al lado de nuestro bloque; recreándome, leyendo la prensa escrita; para enterarme cómo iba la bolsa de Madrid.

No subí por el ascensor, me trascolaba las escaleras de dos en dos: y ya en mi oficina particular, hice una llamada por teléfono a mi corredor de bolsa: explicándome este, que habían subido las acciones, en un precio bastante considerable. Le di orden a mi corredor de bolsa, para que vendiese las acciones “por lo mejor”: queriendo decir, que no se vendiesen más baratas que yo las había comprado. Tranquilizándome mi asesor de bolsa, un tanto; ya que como él me había dicho: habían subido bastantes el precio de las acciones, que yo tenía en mi banco.

Comunicándome el banco, por medio de mi asesor, que ya las habían vendido; teniendo ingresado el dinero en mi cuenta corriente. Y al preguntarle, a mi asesor de bolsa, cuanto me había presupuesto aquella venta de acciones; se me encogió todo el cuerpo, al saber la cantidad que tenía ingresado en mi cuenta corriente.

Lo mejor, era callarse y no decírselo a nadie; pero cuando llegué a casa, pensé que a mi mujer, Cristina, si se lo tenía que decir.

CRISITNA -. Vale cuatrocientos euros.

¡Ala!; ella a lo suyo, sin saber yo qué valía cuatrocientos euros. Y era un frasco de una crema embellecedora; para curtirse la piel.

ANSELMO -. ¡Cómpratela!.

Así, la hablaba yo a mi mujer, Cristina, aquel mediodía que llegué a casa; dando la graciosa noticia de la venta de las acciones.

Pero no todo iba a ser, tranquilidad y paz en nuestro hogar: sonando el teléfono repetidamente; hasta que se dignó coger Cristina el auricular del terminar.

Cristina estuvo bastante tiempo hablando con una persona; que al parecer, era una señora la que se encontraba al otro lado del auricular.

Terminando de hablar mi mujer, con aquella señora; supe que era la señora que nos había acogido, en su casa en el embalse de Orellana.

Aquella señora, quería saber si había un buen doctor en nuestra bonita Ciudad; para que la pudiese operar a ella, su mal que la aquejaba. Coincidiendo, que Samuel, era cirujano de aquella enfermedad.

Cuando estuvimos comiendo, vimos los pros y los contras de decírselo a Samuel: como si fuese un favor particular. Aceptando de buenas ganas mi amigo de la infancia; dándole día y fecha para poderla auscultar bien y prepararla para el postoperatorio.

Llegaron, su marido y ella, con sendas cestas de comidas; que no podían con ella. Hasta Samuel, no quería aceptar nada de ellos; solamente, que se dejase dirigir en las exploraciones que la tenía que hacer a la señora.

Quedándose en mi casa, aquel buen matrimonio; hasta que hicieron todas las pruebas a la señora, que se aquejaba del mal. Dándola día y hora Samuel, a aquella señora para efectuar en ella dicha operación.

Acudieron ese día todos sus hijos y hasta sus hermanos; acogiéndolos en mí casa a todos los paisanos, que habían llegado a la Ciudad, para la operación.

Pero como yo le había oído a Samuel, decirla a la señora; que en su enfermedad, tenía que tener mucho cuidado con las comidas y saber qué medio de vida tenía que llevar: a mí me entro un poco de recelos, por si acaso pasase algo inesperado, en la operación.

SAMUEL -. No es eso, Anselmo.

ANSELMO -. Entonces, ¿Qué es?.

SAMUEL -. En el postoperatorio, algunos doctores acrecientan la enfermada, preparando mejor a su paciente: por haberle hecho caso, haciendo todo lo que él le mande.

Hasta yo me encontraba nervioso, el día de la operación; y eso que me encontraba en mi oficina: no pudiendo concentrarme, ni poner mi atención en nada. Y eso que le dije a Samuel, que yo pagaba la operación, en su totalidad.

Cuando salí de la oficina; todavía se encontraba Samuel en los quirófanos, operando a aquella señora de los mejor embalses que hay en España.

Momentos después, de estar yo en la sala de espera, salió Samuel de los quirófanos, diciendo; que la operación había salido bien. Lo más fundamental, eran las cuarenta y ocho horas más tarde a la operación.

Tenía que estar aquella señora dos días en el hospital, guardando cama; para ver la evolución de esa operación; hecha por mi amigo Samuel.

Al tercer día, la dio de alta Samuel a la señora; quedándose enteramente agradecida, al saber que no la cobraba nada Samuel.

Pero el que más asombrado me quedé, fui yo; cuando me dijo Samuel la cantidad de dinero que yo le tenía que dar, por ejecutar aquella operación a la señora conocida por mí y por Cristina.

La factura, que me estaba entregando Samuel; no coincidía con el pensamiento, que yo tenía en los gastos de una operación. Pues a la operación, siguió dos días de estancia en el hospital, en donde Samuel ejercía como doctor; y a eso, se sumaban otros gastos adicionales.

ANSELMO -. Corrige esta factura, Samuel. Y preséntamela en casa.

Yo sabía, que Samuel; me estaba entregando en la factura la mitad del dinero que valía la operación y los gastos adicionales. Por eso, no quise extenderme mucho, hablándole en la secretaría del hospital.

Llegando a mi casa Samuel, aquella misma tarde; de agobio y desaliento para mi persona; por saberme embaucado en una trama dineraria, entre Samuel y yo.

Sin esperarlo, Samuel comenzó hablar el primero; diciéndome, que él pagaba la otra mitad. Y entonces; y solamente, entonces sí me cuadraba el gasto que se había hecho, con aquella señora en el hospital.

ANSELLMO -. Y tú: ¿qué tienes que ver con esa familia?.

SAMUEL -. Es haciéndote un favor.

Se lo agradecí en el Alma; anunciándole, que él no tenía que haber pagado la mitad de los gastos que produjo aquella señora en el hospital: pero como habíamos firmado él y yo la factura y ya estaba pagada, todo quedó en una anécdota para la posterioridad.

La vida seguía para todos nosotros; hasta que Pedro me indicó un grupo financiero; donde debía ir yo; para que me informasen bien de qué acciones debía hacerme.

No perdí el tiempo; yéndome donde me había indicado Pedro. Y allí supe la posibilidad de cuales acciones iban a subir como la espuma, dentro de cuatro días; en cuanto se pagase algunas inversiones, hechas en el extranjero. No siendo fiable del todo dicha información.

Llegué contándoselo a Pedro, el cual ordenó comprar acciones de esa compañía, por valor de tres millones de euros, para él. Y para mí, mandó comprar acciones por valor de millón y medio de euros. Cosa que no estaba mal, para mi modesto capital.

A los cinco días, fui a dar un saldo a mi cuenta corriente; viendo, con asombro que ya me habían descontado ese millón y medio de euros; pasándomelo en acciones. Y para ello, me fui hablar con Pedro, en su

mismo puesto de trabajo; enseñándome el correspondiente aval de las acciones; guardadas en el banco.

ANSEMO -. Pedro. No creo que te tenga que decir: que estés atento a las acciones.

PEDRO -. Anselmo: no te preocupes; que estaré atento a las acciones; por el interés que me incumbe.

Así quedó sentado; que tendríamos un capital el día de mañana, con esas acciones: si como estaba prescrito, subiesen el valor de esas acciones.

El tiempo corría a favor de nosotros; pues el grupo financiero estaba a punto de la quiebra; vendiendo las acciones a precio de oro. Y como otro grupo financiero, se quería hacer con los servicios de este otro: subieron las acciones tanto, que yo pegaba saltos de alegría; una vez que di poder a Pedro para que vendiese mis acciones.

De vez en cuando iba a dar un saldo a mi cuenta corriente, para saber qué cantidad ponía en ella; ya que el último saldo, alegaba que tenía más de dos millones de euros, por las ventas de las acciones.

No debía tirar campanas al vuelo y olvidarme de mi trabajo; al que debo tanto bienestar social y tanto orgullo, como tengo de él.

No: no sería justo eso; que me olvidase de mi trabajo. Así, que entré aquella mañana soleada en mi oficina con deseos de todo lo bueno. Y cogiendo el diario; pude darme cuenta de lo bien que nos iba en la construcción.

Salí de mi oficina; para preguntar a Amparo por las cuentas del balance; no haciendo falta lo hiciese: ya que el balance se encontraba, en papel y abierto encima la mesa. Metiendo yo el dedo hasta la última hoja; pude enterarme de lo que reseñaba el balance; ya que no estaba en su sitio, la señora Amparo.

Se arrimó un señor a donde yo me encontraba: en el escritorio de Amparo, anunciándome este el paradero de la señora Amparo. Se encontraba en CORREOS mandando unos justificantes de valores a su destino.

Como valores declarados los había admitido los mismos funcionarios del cuerpo de CORREOS.

Sabiendo Amparo lo que hacía; pues aquellos efectos eran verdaderamente valiosos, para el interés de nuestro cliente: dando prioridad a nuestro cliente, que hubiese hecho uso de una cláusula de

préstamo IRPH; siempre superior a los bancos. Así se informarían mejor por los mismos bancos, nuestro cliente del valor de la hipoteca.

Me fui a mi oficina; sentándome en mi sillón cómodamente; con un relax dentro de mí, que no había parangón en la historia que lo detallara.

Sabiendo, que en mi empresa entraban cantidades suficientes de dinero, como para estar relajado y seguro de sí mismo.

No queriendo dejar yo esa humildad, que siempre me ha caracterizado; por si venían mal dadas, en algún tiempo: como ya nos había pasado.

Acordándome del trabajo tan ímprobo que yo tenía en la construcción, de peón de albañil, unas veces; y otras de obrero de la construcción.

Siempre lleno de ese polvo blanco que expulsan los sacos de cementos y de yesos, algunas quemaduras en las manos, por la cal viva y luego apagada: y todavía más, así un sinfín de innumerables vicisitudes; unas veces económicas y otras de penuria física.

Estando en estas zozobras me presentó una nota Amparo, de un cliente, que al parecer era buenísimo. Y para saber si era él, nos fuimos a los archivos; encontrando en ellos a Plácido. Pues podía ser otro Plácido, que se llamase lo mismo.

No perdí el tiempo; llamándole por teléfono enseguida, en vez de mandarle una carta explicativa por CORREOS tradicional.

¡Muy amable!: se portó conmigo, con esa amabilidad que él siempre tenía dentro de sí. Una persona, que no la hacía falta buscar dinero; porque lo tenía de sobra. Esa persona estaba equilibrada; por no haber sufrido nada, en la vida. La vida para él, era una ilusión; en donde pasan cosas maravillosas; donde una quimera se transforma en realidad, al tener todo lo que él quería a su alcance.

Esta vez, deseaba le construyera tres chalet, en vez de uno: pero con unas características extraordinarias; dándole yo las normas de la construcción, para que viese, que esas características chocaban con la manera de construir en España.

Amoldándose a la nueva construcción; si yo me amoldaba, un poco, a lo que él quería que le hiciese. Buscando yo un proyecto entrecruzado, de la manera que él quería le edificase los chalets; y por otra parte, maquillándolo con construcción nueva y homologada.

Pues con todo y eso, le gustó el proyecto que le presenté un día, en el mismo estudio de construcción. Empezando la edificación cuanto antes; no sabiendo si este señor se iría a echar para atrás.

Nos costó bastante mezclar las dos culturas; pero una vez acabado parecía una edificación formidable, llegando el señor Plácido diciendo que quería poner a la venta los tres chalets que le habíamos construido.

No solamente me chocó a mí mucho, aquella decisión que había tomado el señor Plácido; pues a Enrique le sentó muy mal, que el cliente quisiera vender los chalets nada más que se había terminado de construir.

Destacamos a la señorita Lupe, Guadalupe, en una caseta que se puso al lado de los chalets, prefabricada para la venta de las construcciones. Y como hacía calor, se instaló un letrero, poniendo la dirección de la oficina de construcción.

No sabía yo, si el señor que se allegó, queriendo comprarnos una construcción estaba de broma; pues el cliente, siempre tiene razón: aunque este cliente nos quisiera comprar dos chalets de los tres que teníamos construidos.

Si ya es bastante inquietante, vender un chalé; más irritante, era vender dos; quedándose uno de ellos sin vender. Las personas quieren grupos de familia y no estar dividido por otro grupo de familia diferente a la suya.

Por eso, en el día de hoy: todavía no le hemos vendido el tercer chalé que construimos; siendo una fatalidad para nosotros, por tener el contrato de venta que firmamos con el señor Plácido, una cláusula restrictiva de no poder pagarnos la parte adicional de cada chalets, hasta que no se vendan los tres.

La edificación de la obra de los chalets sí la cobramos; pero la parte proporcional que nos tocaba por esa compraventa de los dos chalets primero: se encontraba paralizada, hasta que vendiésemos el tercer chalé. Y aquí estamos, con un chale cerrado; teniendo que limpiarlo de vez en cuando; para que esté en condiciones de revista.

Hasta la agencia de limpieza, que teníamos contratada; nos hacía guasa, al saber que aquel chalé no se vendería tan fácilmente: por estar cerrado a una sola familia multitudinaria. Nadie querría vivir entre los componentes de aquella familia numerosa. ¡Qué digo yo!: numerosísima.

Y eso que el chalé estaba de caramelo: se veían unas ventanas preciosas, unas puertas acarameladas y una fachada como pocos chalets tienen en aquella Ciudad de gloria y belleza.

Cada vez que pasaba por aquella calle, donde se encontraba el chale; se me caían sendas lágrimas: al pensar, que podíamos haber vendido uno a uno los chales; pero al no aceptar esa compra, nos hubiese podido traer consecuencias graves, para nosotros.

Tuvimos que vender los dos chales, como nos demandaba el cliente: a sabiendas, que el tercero nos iba a costar venderle.

Yo, por mi parte, volví a comprar acciones de una entidad privada, ganándome bastante dinero en esa operación bursátil; así que pensé muy bien, qué rumbo iba a coger mi vida de aquí en adelante.

Solamente lo pensé; puesto que no lo hice: siguiendo con mi trabajo en la oficina de arquitectura. Unas veces sin sobresaltos y otras veces con sobresaltos.

Pero la realidad era, que me gustaba mi trabajo; siendo feliz en él: hasta que un día se quemó, a las cuatro de la madrugada, parte de la oficina principal. Limpiando ese lugar y reponiendo, enseguida, los muebles dañados; para cuando entrasen los clientes, lo viesan limpio todo ese salón: donde se encuentra la oficina el grupo administrativo.

Eso fue el detonante, que me dio vuelo; en lo que había pensado hacía unos días: reuniendo a mis empleados, ya fuesen de base, como de la sección administrativa ó contable, para indicarlos una medida que yo había tomado, en esos días.

ANSELMO -. Como veo, que aquí la cabeza visible de la jerarquía es como si no existiese; debido a que ustedes hacen lo mejor posible sus trabajos: he decidido hacer una cosa.

Enseguida replicó Enrique algo, que me sobrecogió el Alma; por las palabras contundentes que dijo y por la forma de expresarse.

ENRIQUE -. ¡No fastidie!, señor Anselmo no nos puede, usted, dejar solos. Y menos en estas circunstancias; en que todo se lía, sin haberlo pensado.

Sí: todo se liaba por manos extrañas y por la lucha invisible de otras empresas de la construcción.

Si hasta una estampilla teníamos que poner, en cada obra; por haber pagado un porcentaje de dinero a un grupo. . .? . . .para que no nos tocasen las herramientas de trabajo.

Todas estas cosas me estaban saturando la cabeza de una idea; y esa idea se la quería yo exponer a mis empleados.

ANSELMO -. Me rompe usted el corazón, señor Enrique. Pero mi decisión está tomada, desde hace tiempo.

Al oír aquello; de que mi decisión la tenía tomada desde hacía algún tiempo: todos mis empleados, se echaron para atrás, como asustados.

Yo: al ver aquello, no pude por menos que aliviarlos su pesar; diciéndolos algo que ellos comprendieron muy bien. No, sin antes; haber hablado, una vez más, Enrique.

ENRIQUE -. No tiene usted excusa, para guardar la cabeza en un hoyo, como hace el avestruz.

ANSELMO -. Pero sí tengo la prioridad, de salvaguardar mi vida: la estoy perdiendo a trozos. Se me cae el Alma, poco a poco; en estas ingratas circunstancias.

Hubo un silencio sepulcral, en estos momentos de indecisión, de agobio y de no saber lo que hacer. Pero la suerte, ya, estaba echada. Y acompañándome Enrique al señor Notario; firmé el traspaso a un compañero mío, que no sabía, muy bien, a dónde se. . .

Pero yo sí sabía muy bien a dónde me metía: en un maremagno de opulencia y de vida estática; que para ellos la quisieran algunos otros en este Mundo.

Había amasado una gran fortuna, en varios golpes de suerte; así, que ahora quería descansar, no queriendo saber nada de nadie, ni de lo que me rodeaba.

Nunca había sido así; pues yo era una persona amante de mis allegados. Una persona que se desvelaba por los demás. Una persona rumbosa, no tenía medida alguna; si yo veía a alguien que le hacía falta le echase una mano dineraria ó de darle valor moral, para que venciese su mal que le aquejaba: allí estaba yo.

No sabiendo ahora, qué pasaba con mi persona; pues de un ser agradable y simpático, pasé a ser una persona esquiva, donde las hubiese.

Aquello me lo tenía que hacer ver con un psicólogo ó más bien un sacerdote, que me explicase dónde se encontraba mi mal. . .pues era muy sencillo; como me dijo aquel cura, de camisa raída y de gafas cogidas por un esparadrapo.

Se levantó el sacerdote de su sillón, en la sacristía: y cogiendo un crucifijo me lo enseñaba, no sin antes decirme algo, que me caló los sentidos.

Cogiendo la Biblia en las manos, me la presentaba. Y con una indicación de dedos, me señalaba hacia una página de Las Sagradas Escrituras, leyendo un versículo en ella reseñado.

SACERDOTE -. “Vende todo lo que tienes y dárselo a los pobres”.

Así leía el sacerdote aquella Biblia: con palabras graves y rimbombantes; para que yo las escuchara. Y sin salir de él, solamente lo leía, me dio una lección de humildad, ajustándose al amor que debemos tener con los demás seres que nos rodean.

Comprendí, de momento, que el dinero no lo es todo en esta vida; que si el cuerpo pertenece a nuestros padres, el Espíritu pertenece a un ser superior; por ser un ente superior, que no es de la Tierra.

Para mí: todo eran callejas y callejuelas sin salidas. Tirase para donde tirase, todo lo tenía cerrado. No veía camino que me llevase a una senda, en donde se abría la vida, a ese camino de rosas y de fe en la gracia de Dios.

Hasta que por fin se vio una luz en lontananza, que me salvaba de ese atolladero donde yo me encontraba sumido y a la deriva; siendo como un barco hundido.

Era la voz de la señora del embalse: que se vendía una casa en aquel pueblo, a buen precio y estando en perfecto estado la vivienda. La dije, que tenía que consultar con mi mujer, Cristina; que ya la llamaría, dándola las gracias por tal deferencia que tenía conmigo.

La atención que tuvo aquella señora conmigo, surtió efecto; pues en poco tiempo, estábamos Cristina y yo firmando en una notaria, la compra-venta de aquella casa, un tanto destartalada. Solamente tenía la fachada nueva; pues por dentro estaba más bien estropeada en su conjunto: pero no tanto, como para no remodelarla a gusto nuestro.

Por supuesto, nos íbamos a ese lugar, en periodos largos; en la medida que nos permitía los estudios de nuestro hijo, Luis. Pues, ya, nuestra hija

Asunción se encontraba viviendo con el hijo de Amparo, Alfonso, en un piso alquilado por ellos, en la Capital de España; debido a sus estudios.

Si Asunción sacaba notables, Alfonso sacaba sobresalientes; viéndose enseguida, que los dos terminarían la carrera con notas altas.

Llegando mi niña un día a la Playa Dulce, para decirme algo, que me quedó helado: quería doctorarse en una especialidad de medicina.

ANSELMO -. ¿Qué especialidad es?, hija.

Se quedó indecisa un momento; para tomar una bocanada de aire en los pulmones, respondiéndome, más tarde, a mí pregunta: y con no menos sosiego a lo que me decía. No encontraba descanso para su respuesta, en aquel momento de explicaciones dadas a mi persona.

ASUNCIÓN -. ¡Papá!.

ANSELMO -. Sí, hija.

No hubo contestación alguna; por estarla pensando, una y otra vez si me lo decía ó no. Pero como yo me encontraba esperando esa explicación; no tuvo más remedio, mi hija Asunción, que darme alguna explicación de lo que ella pensaba hacer con su carrera de medicina.

ASUNCIÓN -. Como Alfonso, quiere especializarse en Cardiología; yo quiero especializarme en Dermatología.

No pareciéndome mal aquella idea, tomada por mi hija Asunción; se veía que querían ir a lo efectivo: material y tangible. Por eso la hice una segunda pregunta, que se sobrecogió enseguida al oírla.

ANSELMO -. ¿Tú amas la Medicina?.

ASUNCIÓN -. ¡Papá!.

ANSELMO -. Es muy sencillo: ¿dímelo?.

ASUNCIÓN -. Pues claro que la amo.

Fue una pregunta capciosa por parte mío; más bien figurado, en cuanto ahí se veía las ganas que tenían por ganar dinero. Así, que mi niña, se quedó como no pudiendo hablar nada más.

Dando media vuelta Asunción, se fue con su madre, Cristina; para estar un rato con ella y ayudarla a cocinar: esas comidas tan exquisitas, como hacían las dos juntas.

Un gazpacho con un conejo, acompañado de uvas solamente; pues los componentes se estaban viendo: pimientos, tomates, manzanas, plátanos

y un sinfín de frutas, tiradas al voleo. Acompañado de brevas. Terminando con una manga gitana, que estaba buenísimo ese dulce.

En la sobremesa sirvieron un café cortado y una copa de un brandy bien seco para las papilas linguales.

No queriéndome yo levantarme de mi sitio; por si acaso me traían más cosas, que me gustasen, cada cual más. Pero cuando vi recoger los platos a mi hija Asunción, yo me levanté de la silla haciendo lo mismo.

Y para hacer honra y gala a los habitantes de aquel pueblo: ¿cómo no?, íbamos a tener una media hora de siesta. Diferente a algunos minutos más que tienen aquellos autóctonos, moradores de ese bonito y gracioso pueblo.

Lo pensé de momento; estando de acuerdo con mi mujer Cristina; nos iríamos unos años para vivir en un país exótico: para ello, entramos en un colegio de curas, interno, a nuestro hijo Luis, asegurándonos que nuestra hija Asunción se encontraba bien, viviendo con Alfonso.

Yo quedé una orden en el banco; para que trasmitiesen a la señora del embalse, un cierto dinero todos los meses; para que me limpiasen la casa y estuviese presentable, una vez que decidiésemos venirnos a España: pues como en este pueblo, no se vive en ninguno.

Una vez que habíamos resuelto todos nuestros problemas, con nuestros hijos y las personas del pueblo: nos fuimos en un avión a un país, completamente exótico.

Entre palmeras y cocoteros, entre aves que hablan y las que no hablan, entre colinas insuperables de belleza y de atracción a la vista; pareciendo que estábamos en un país que merecía la pena vivir en él. Nos asentamos en unos de sus múltiples pueblos; asimilando sus costumbres y su folclore, sin olvidar la manera de ser y de pensar de esas personas.

Pronto nos asimilamos a esas personas en la manera de ser, de pensar y hasta en sus hechos; cayendo bien entre aquellos habitantes de aquel pueblo indígena.

Si hasta daba gusto andar como ellos, en las afuera de la casa: con tan solo un trapo, nos tapábamos las vergüenzas.

Lo primero que hice fue, gestionar un carro, a la usanza de aquellas personas, en un local de segunda mano, y hablar que no llegábamos a fin

de mes por mucho que estirásemos la moneda. Para así, ser igual que los habitantes de aquel bonito y gracioso pueblo.

La medida, para mí, era lo fundamental; pues si hubiese llegado tirando de cartera: no hubiese tocado las fibras del corazón de aquellos moradores y humildes personas. Debía seguir en una discreción rayana a la pobreza; para ajustarme más a cómo viven esos nativos de esa grandiosa Nación.

No siendo óbice, que de vez en cuando tomásemos, mi mujer y yo un refresco en unas mesas, que presentaba un bar, al estilo caribeño.

A mí no me gustaban los jarabes; pero me estaba haciendo a ellos. Ya que yo consideraba aquellos refrescos, presentados en unos botellines negros y casi opacos, con su distintivo bien detallado, como otra cosa que no fuesen jarabes.

Pero eran refrescos y como refrescos pasaban agradablemente por la garganta, sin ánimo de tirar por los suelos otras clases de refresco. ¡No!; eso no.

Descalzo, con un trapo que me tapasen mis partes nobles, con un sombrero hecho de paja en la cabeza; estaba todo el día en la playa y alrededor de un río, donde se pescan unos peces riquísimos.

Entre ir a casa e ir a pescar; pasaba los días, sin saber en qué fecha estábamos; ni la hora en la que yo vivía, en ese ambiente festivos y gracioso, a la vez. Hasta que un buen día, se puso mala Cristina; sin saber lo que la pasaba: llamando a un curandero, hasta que viniese el doctor a verla; pues se encontraba en otro pueblo más alejado a la costa.

Sabiendo lo que la pasaba a mi mujer Cristina, una vez que la visitó el doctor; siendo causa de esos vómitos y diarrea el mosquito anopheles, el que produce la malaria, afines al paludismo.

Enseguida me la llevé a mi mujer a España; antes que la enfermedad hiciese crisis; pues el norte de América del Sur está muy comunicado con nuestra Nación; aunque se tuviese que hacer un trasbordo, desde algunas de esas Naciones.

Llegó malísima mi mujer Cristina; pues lo estaba disimulando en la aeronave; hasta que llegamos a una casa alquilada en Madrid, donde eclosionó la enfermedad que tenía mi mujer.

Tuvimos que decir: que no sabíamos nada, que solamente tenía dolor de cabeza, mareos y diarrea; pero de ahí, a como se puso, iba un trecho como se suele decir.

No creyéndonos los galenos, por lo avanzada que estaba la enfermedad: ya que al hospital de Madrid llegó Cristina, medio asfixiada.

Hasta mi hija Asunción acudió para ver a su madre; no pudiéndola ver, por estar en la UCI metida; conformándose mi hija, con las explicaciones que daban los doctores sobre su madre, Cristina.

Un día abrieron una cortina, para que viésemos a Cristina, su hija y yo; viéndola muy decaída y muy demacrada.

Se notaba que Cristina había sufrido mucho en la evolución de su enfermedad: la había pegado fuerte a mi mujer, esa enfermedad.

Poco a poco se fue recuperando en casa, con paciencia y buenos alimentos; así como lo que la habían mandado los doctores para que cogiese fuerza.

Fuerza cogió, una vez más mi mujer Cristina; llevándola al retiro, para que se distrajese un poco y poder comer en un restaurante cerca del lago, al que siempre había tenido Cristina mucha fe en él.

Parecía ser, que seguía teniéndole al restaurante donde estábamos merendado mucha confianza en él: pues comía a dos carrillos. Y hasta un culito de vino, se tomó aquel día en el restaurante de cerca del estanque.

Pero para que tomase fuerzas de veras, me la llevé a la Costa Caribeña, Costa Dulce, en Orellana la Vieja: en donde, aquellos aires, aquellos vientos, ese Cielo azulado, esa brisa matutina, esa comida tan buena y con tantos alimentos en ella echados; que a los pocos días, Cristina no parecía ni ella. Se había recuperado del todo; cogiendo las fuerzas que siempre ha tenido.

Hasta yo me daba unas largas, al amanecer; cuando ni todavía había salido el Sol: notando ese frescor en la cara, y esas ansias de vivir, como nunca.

Si parecía, que hasta el suelo tenía alfombrilla de tanta hierba seca como había, si se oía el canto del gallo, si ladraba un perro a tu lado; dándote los buenos días. Hasta se veían las caballerías atadas a una argolla que hay anclada en la pared, para que estas se estén quietas. Si hasta el canto del cuco sonaba de otra manera, el del ruiseñor con más impulso, la de la alondra más fina, el de la perdiz siendo reclamo, el del pitirrojo como una

llamada a alguien y entre medio el crotozar de las cigüeñas. Observando el movimiento ondulatorio de las aguas de aquel mar, ¡perdón!, me he confundido, de aquel embases de aguas cristalinas y dulces. Y algunas mañanas, tempranos, la bruma que se echa en aquellas aguas; parecida a la de un Océano en calma.

Paz, paz, paz y mucha paz trasmitía aquel pueblo de agricultores y ganadero; siendo también turístico cien por cien. Pero, sépase bien: siempre tiene que ser un pueblo de agricultores y ganaderos; no se le puede quitar el verdadero sino que tiene, en sus entrañas, en sus costumbres y en su manera de ser igualando el pensamiento.

Cuando se recuperó Cristina nos fuimos a Madrid para tener cuidado con nuestra hija; que aunque persona sensata, no dejaba ser una persona joven, sin probar esas enseñanzas de la sociedad.

A mi hijo, le visitamos en su colegio: viendo un partido de fútbol, donde él participaba; aplaudiendo su madre más que yo: pues tal vez querría fuese futbolista nuestro hijo. Muchos jóvenes eran futbolista, teniendo, en sí, una carrera de alguna facultad. Lo fundamental, era que nuestro hijo sacase carrera y luego ya veríamos a ver, lo que se pudiese hacer con Luis. Luis se estaba haciendo mayor; pues estaba terminando el bachiller, queriendo estudiar ingeniero de caminos, canales y puerto; el sabría si esa le gustaba a él.

Y sí, un día le vi arreglando las canales de un tejado antiguo, de tejas árabes; hasta ahí había llegado mi hijo Luis; alegando él, que estaba ayudando a un condiscípulo de él. Y como sus padres tenían que arreglar el tejado, no teniendo dinero; le estaba ayudando él: sin darle vergüenza alguna y con toda la fe del Mundo; de que eso lo podía hacer él.

Qué susto nos pegamos, su madre y yo, cuando le vimos atado a un arnés a la pared que formaba el bloque de la casa de ese condiscípulo suyo.

Pensé con la suficiente capacidad intuitiva; de que Luis, mi hijo, valía para la carrera que quería estudiar. No había que quitarle las ganas de estudiar, para: ingeniero de caminos, canales y puerto. Que él sabría lo que hacer, pues él sabría evolucionar en su trabajo en esa carrera.

Pensándolo bien, estaban hechos todos los puertos españoles; no oyendo yo que se fuese a construir ningún otro; en cuanto a los caminos, eso era

otra cosa: siempre se necesitaba arreglos tras arreglos y en los canales, había conducciones hasta en el mar, que se necesitaba mano experta.

Así hablaba yo con su madre; pero como me estaba oyendo un señor, que tenía en el colegio a su hijo, me paró en seco la conversación que yo sostenía con mi mujer, Cristina.

SANTIAGO -. Usted perdona: me llamo Santiago. Y como le estoy oyendo hablar con indecisión, sobre la carrera de caminos, canales y puerto; no dejo de asombrarme por ello.

Miré a Cristina; para saber qué pensaba ella, de lo que dijo ese señor hacia un momento: viendo yo a Cristina imposible ante las palabras de aquel señor, echadas al boleo.

ANSELMO -. Dígame, señor.

SANTIAGO -. Esa carrera tiene múltiples salidas, si el que termina los estudios vale para ello.

Así se expresaba Santiago; mirando los dos, su madre y yo a Luis, como dilucidando la cuestión, si nuestro hijo fuese a ser una lumbrera, como se suele decir, en esos estudios.

Nos despedimos de aquel señor; para llevarnos a nuestro hijo a un buen restaurante, aquel día de degastes para él: ya que habíamos pedido permiso a los curas, para sacarlo a Madrid con nosotros; pues era un día festivo.

Lo que pudo disfrutar nuestro hijo Luis, al llevarle a la casa de campo; al lugar de las atracciones. Y como a nuestro hijo le gustaba mucho el cine, le llevamos a un cine a primera hora de la tarde; para que estuviese en el colegio a la hora que nos indicaron los curas. Y para eso, tuvimos que llamar a una taxis, que nos llevó al colegio de Luis, justamente a la hora indicada.

Cuando llegamos a nuestra casa, ya se encontraba allí nuestra hija, Asunción; que celosa por saber como estábamos su madre y yo; había corrido a nuestra casa, para vernos.

Arrimándose a mí Cristina, diciéndome algo así, como: -. ¿Te fijas?. No trae a su novio Alfonso -.

Respondiéndola yo con una evasiva, para su conformidad, pero a la vez teniendo yo un pesar dentro de mí, que no me valía por sí solo.

Y para que no me lo notase mi mujer, Cristina; yo reía todas las gracias que hacía mi hija Asunción: sin preguntarla nada, sobre el asunto. Pero Cristina me miraba de vez en cuando; como no teniendo mucha confianza en sí misma; acercándose a mí, en un momento que su madre se había separado de nosotros para ver algo en la distancia.

ASUNCIÓN -. Estamos reñidos.

Eso me lo dijo, en voz baja y como con vergüenza; pues mi hija Asunción no estaba acostumbrada a esas cosas, de reñir encasa.

Llegando enseguida su madre; para saber qué hablábamos nosotros dos, su hija y yo. Y como no conseguía saber nada de lo que estábamos hablando, lo preguntó, sin cortapisa ninguna.

CRISTINA -. ¿De qué habláis?.

No tardé salir al quite de mi hija Asunción; respondiéndola a su madre una cosa, que sin querer yo, la llamó la atención.

ANSELMO -. La hace falta que la demos más dinero, a nuestra hija.

Miró Cristina a su hija, con cara de no creerse nada de lo que yo la había dicho; por saber, que el dinero asignado todos los meses a nuestra hija, la estaba siendo suficiente para que viviese ella con el chico, su enamorado.

De la boca de mi mujer no salió ni una sola palabra; pues debía haber dicho algo así, como -. Qué hacen los papás de Alfonso, que no le mandan el dinero suficiente; para sus gastos y su comida -. ¡No!; para nada -. Dijo eso; sabiendo que mi mujer era muy meticulosa en cuanto se trataba de dinero.

Sí le mandaban el suficiente dinero a Alfonso sus papás; lo único que pasaba: tenía al cargo que comprar libros carísimos.

A mi hija Asunción no la pasaba eso; porque la habíamos abierto una cartilla, con el suficiente dinero en cuenta.

Mi hijo Luis; había terminado la selectividad, formalizando la matrícula en la facultad de ingenieros de caminos, canales y puertos: estando alegre todo él, al saberse un estudiante, de lo que quería hacer.

Quería hacer, ¡sí!: podía hacerlo, ¡no se sabe!: pues esa carrera es de lo más difícil que hay en los estudios universitarios.

CRISTINA -. Te veo muy pensativo.

Así se expresaba mi mujer, Cristina, un día en la comida; ya que yo no decía nada, al respecto.

ANSELMO -.Si te parece poco!.

CRISTINA -. ¿Qué me tiene, que parecer poco?.

ANSELMO -. Los estudios de nuestro hijo, Luis.

CRISTINA -. ¡Anda!: déjalo.

Sí: que lo dejase, me decía Cristina; pues su madre sabía, que si en un año fracasaba en los estudios, tenía toda la vida, por delante, para empezar otra carrera: pero por lo menos se desengañaría él mismo.

Buena premisa esa: pero a los hijos los tenemos que aconsejar, en la medida que se pueda. No se les debe dejar sola, a la deriva.

En esta zozobra me encontraba, cuando sonó el timbre de la puerta; siendo la señora Amparo la que llamaba: queriendo entrar en mi casa, con no sé qué clase de recado me traía.

Llegaba un poco nerviosa; como queriendo intimidarme, no solo con sus palabras sino con sus gestos.

La invité, a la señora Amparo, para que se sentase en un sillón: y ya, tranquila, la serví un vaso de agua para calmarla los nervios. No dando opción alguna, para que dicha señora se tranquilizase. Y sacando un libro de apuntes, seguido al libro de balance, con el de arqueología: me lo puso encima la mesa, para que los viese yo sus contenidos.

¡Contenidos!: no eran aragüesños ninguno de los que yo vi, en aquel día de desaliento para mi persona; al ver aquellas cuentas mal echadas y mal clasificadas, a la vez.

Así como no habiéndolas pasado a su nombre, aquel arquitecto, que me sustituyó en la empresa.

ANSELMO -. ¿Qué significa esto?.

AMPARO -. Es muy sencillo. Está la empresa, todavía a su nombre; así como vienen los extractos del banco, también a su nombre.

Me quedé pensativo un momento: No dando crédito a lo que yo estaba viendo; pero en un momento reaccioné, dando una gran voz a mi manera.

ANSELMO -. BASTA, ¡YA!.

Y dando un golpe fuerte y seco encima la mesa, me impuse a tal avasallamiento; como era, el que me hacía mi sucesor en la empresa: pues todos los cargos de multa de Hacienda, me vendrían a mí; si presentasen ese fiasco en el cierre de cuentas de la empresa, en Marzo.

Menos mal, que todavía estábamos a tiempo de solventar ese problema económico, como tenía la empresa y yo: como responsable subsidiario, por una parte según los asientos y por otra Civil, según la Ley. Ya que el único sujeto pasivo, seguía siendo yo; según detallaban los impresos de uno de de otros estamentos sociales: Banco y Hacienda.

Tanto era así, que al siguiente día me llegó el señor Enrique, con la mayor perorata, ya estudiada; para que le hiciese caso.

Sintiendo decir: que parecía no le hacía caso alguno al señor Enrique; pues le corté en seco, cuando comenzó su discurso ya estudiado de antemano.

ENRIQUE -. No ha cambiado nada el nuevo jefe que tenemos: ni siquiera los nombres de las cuentas del Banco. . .

ANSELMO -. Lo sé, señor Enrique: lo sé a ciencia cierta.

ENRIQUE -. ¿Quién se lo ha dicho?.

ANSELMO -. Eso es lo de menos.

ENRIQUE -. Pero lo que no sabe usted, señor Anselmo: es que ha hecho mal uso de una subvención.

ANSELMO -. ¿Y, eso?.

ENRIQUE -. Malversación de caudales públicos; ingresándolos en su cuenta bancaria.

No sabía yo con qué carácter había ingresado, ese señor en su cuenta la subvención que le había dado a la empresa el Estado, a través del Tesoro Nacional de Prevención.

Falta gravísima; a la que teníamos que hacer frente, sí o sí, a ella. No dejando el tiempo correr, para que el contra asiento que se detallase; pusiera fin a tal desaliento y mala gestión tributaria. Y todo ello: sin enmienda ni raspadura; pero sí, lo suficientemente grave, como para exponernos a recibir una auditoría, por parte de Hacienda.

En ese mismo día; estando hablando con el señor Enrique, llegó la señora Amparo, toda ella nerviosa: quedando nosotros dos, para que yo fuese a las oficinas de la empresa, como si pasase cerca de ella aquel día.

Así fue: pues nada más que entré en las oficina de la empresa, se levantaron todos a unísono; poniéndose hasta firme todos ellos. Dirigiéndome donde se encontraba el señor Enrique, para preguntarle las causas de aquel recibimiento.

ANSELMO -. No sé a qué es debido, este recibimiento, hecho a mi persona; al estilo militar.

No me contestó el señor Enrique; pues antes que lo hiciese él, ya lo estaba haciendo la señora Amparo.

AMPARO -. Es: presentándole honores, señor Anselmo.

Me quedé cortado, sin saber qué decir, ni como respirar; como así, qué pensar. Pero pronto me rehíce, para contestarla a la señora Amparo.

ANSELMO -. He hecho la pregunta al señor Enrique; pero está bien, que me la conteste usted, señora Amparo. - y llevándome las manos a la cabeza, repliqué enseguida - ¿Quite!: quite usted de ahí, ese apelativo, que me ha puesto; como si yo fuese un General.

Comenzando a reír el resto de los empleados de la empresa: unos administrativos, otros contables; pero todos, con ese semblante terso y bien definido, hacia mi persona al verme entrar en las oficinas de la empresa. Como dándomela la bienvenidas en la misma actividad empresarial.

Pasé al despacho del arquitecto, señor Torres; un hombre voluminoso, pero de cerebro abierto: ya que era un buen arquitecto, pero pésimo financiero; cosa perjudicial para una empresa, cuando esta tiene un jefe que no la sabe financiar nada bien.

Hasta el carácter de la subvención, creía que lo tenía que ingresar en su cuenta corriente, en vez de la empresa.

Se veía claro, que aquel señor, el señor Torres, no obraba con mala fe; era sencillamente, que no sabía gestionar bien los servicios contables y financieros.

Teniéndole que decir una palabra, que luego me pesó; pero que surtió efecto inmediato en el señor Torres.

ANSELMO -. Así, no puede usted llevar una empresa: se hundirá tarde o temprano económicamente.

Aquel señor me miro muy detenidamente a la cara, pensando algo que él no lo decía. Se levantó de su sillón, se ajustó la chaqueta, se atusó la barba y abriendo, desmesuradamente la boca pronuncio unas palabras, de aliento para todos los empleados de la empresa. Hasta a mí me confortó lo que dijo aquel señor en ese preciso momento.

SR. TORRES -. Le vendo la empresa, por un precio económico.

No se me ocurrió decir otra cosa, que no fuese sanear la empresa para estar en condiciones de un traspaso.

ANSELMO -. Déjenos, usted, sanear la empresa.

SR.TORRES -. ¿Y cómo ?.

ANSELMO -. Presentando cuentas inmediatamente a Hacienda.

SR. TORRES -. Tendrán un acta previa de recusación.

ANSELMO -. Pero como hemos sido nosotros los que hemos presentado, dichas cuentas voluntariamente, nos cubrirá la que presentemos posteriormente: ya en perfecto orden.

SR. TORRES -. ¿Lo cree usted?.

ANSELMO -. Si lo sabemos hacer; sí lo creo.

Así se hizo y así resultó; que una edictaría de Hacienda nos visitó, durante tres días; pidiéndonos justificantes, viendo libros de contabilidad, de acreedores y deudores, como así las facturas emitidas por la empresa.

No pudiendo ser de otra manera; más que formalizar un acta previa de recusación, con su correspondiente apremio e intereses.

Para la venta de la empresa, se alegó que yo pagase la multa y con eso estaba saldada la cuenta, entre Hacienda y la compra-venta que hice con el señor Torres.

Una vez más me vi dirigiendo aquella empresa, mi empresa; como cuando yo era un joven enamorado de mi trabajo. Y como tenía unos buenos contables, las cuentas estaban bien echadas: cada una en su asiento; pues no le habían dejado al señor Torres, que tocase ningún libro, ni ningún asiento en los mismos.

Lo que sí, me pude dar cuenta: fue que nos hacía falta un préstamo bancario, para redirigir la empresa a su lugar destino; que era el desarrollo de la misma, gestionando dinero.

Para hacer más presión al banco y conseguir que nos diesen el préstamo más fiable para la empresa, me llevé al señor Enrique y a la señora Amparo. Diciéndome el jefe de la sucursal bancaria algo, que me llenó de orgullo.

BANQUERO -. No hacía falta, que trajese usted, señor Anselmo, a sus más fieles empleado para que yo diese paso en la gestión del préstamo.

Pero lo último que me debía pasar, me pasó: cuando se enteró mi amigo de la infancia, que yo había ido a otra entidad, a otra sucursal bancaria pidiendo un préstamo para la empresa, que yo dirijo.

PEDRO -. ¿Qué es eso?.

ANSELMO -. Explícate bien.

PEDRO -. Has ido a otra sucursal bancaria, pidiendo un préstamo.

Agaché la cabeza, no pudiendo contestar nada; pues me había cogido por sorpresa aquella conversación, que yo sostenía con mi amigo Pedro.

Pero, no obstante; tenía que contestar a lo que Pedro me había preguntado y con fe estoica hacia él, le dije las causas de mi desbandada, hacia otra sucursal, que no era la suya.

ANSELMO -. Pensé; si acaso no lo pudiese pagar, el préstamo que me concediese la sucursal bancaria.

Haciendo gestos con la cabeza, me alargó sobre la mesa, donde estábamos, una nota bursátil. Siendo aquella nota, una empresa que tributaba en bolsa.

Le miré a la cara, a mi buen amigo Pedro; y este, con fax bonachona, permanecía impassible ante mi persona. Al tiempo que me decía algo, para mis intereses económicos de la empresa.

PEDRO -. Esto; para que pagues el préstamo que se te conceda en mi sucursal bancaria.

Una idea me asaltó a la cabe: y era, el por qué no se había pedido antes el préstamo para la empresa. Y al comunicárselo, a Pedro; este me dijo algo, que le describía muy bien al señor Torres.

PEDRO -. Muy buen arquitecto; pero muy mal financiero. Al señor Torres no le prestaba nadie dinero; aunque fuese, para una cajetilla de tabaco.

Con la información, que me había pasado mi amigo Pedro, tuve suerte en Bolsa, dando esa casualidad; poniendo a solvencia la empresa. Y haciendo, que todos los empleados trabajasen a buen ritmo. Pues, allí: donde había una sola construcción, comenzaron a ver varias.

Con gran sentimiento de mi corazón, desistí emplear al señor Torres; aunque este era un buen arquitecto: pero como ya la fama de ser un señor dejado y apático; aunque un buen arquitecto, la fama de persona sin ninguna apatía hacia la empresa, le perseguiría toda su vida. No nos llamaría nadie, queriendo hacer, ni siquiera, una reforma a su vivienda.

¡Todo lo contrario!: pues había una cláusula en la compra-venta, que tenía la obligación de emplear al señor Torres en mi empresa.

Por aquella condición que disponía la compra-venta; tuve que emplear al señor Torres; cubriendo, siempre, de tapadillo, la característica personal de dicho señor.

Entre el préstamo concedido por el Banco y las obras que teníamos que realizar en ese año; se nos fue el tiempo, trabajando a destajo, según se dice a la persona que se marca un proyecto, teniéndolo que realizar en un tiempo determinado: y máxime, si ese tiempo es muy pequeño.

Para celebrar mi llegada a la empresa, organizamos una comida en la cantina del padre de Andrés; en donde las noches son días y los días noches, por no dormir mucho aquellas personas trabajadoras; siempre que los ofrezcas un trabajo.

Fuimos todos los de la empresa a ese tugurio, invitando a toda persona que entraba en la cantina; no rechazando a nadie: viniese como viniese vestido y la predisposición que trajese esa persona.

Llegamos a altas horas de la noche, en esa cantina: cantando, bailando, bebiendo y comiendo a boca llena.

Así, como a las tres de la madrugada; se nos ocurrió irnos a un servicio de gasolinera para seguir la juerga que habíamos dejado atrás en la cantina.

Entre chistes, risas, jolgorio bien definido, aplausos por todo lo alto a la persona que cantaba algo: así seguimos hasta ver el primer rayo de Sol que entraba por aquellas cristalerías del bar de una gasolinera en la carretera.

Al siguiente día no teníamos ganas de trabajar ninguno de la empresa, nos encontrábamos como, si nos hubiese apaleado todos los huesos; no éramos dueños de sí mismo: hasta el punto de decirlos yo, al personal que tenía empleado en mi empresa -. La persona, que se quiera ir; que se vaya cuando quiera -. No moviéndose nadie de su puesto de trabajo; teniendo que ir, de vez en cuando, al lavabo para lavarse la cara y conservarse despierto. Y como en sí pasa: paso, que así como a las once de la mañana comenzó a sonar el teléfono repetidamente; teniendo que salir, uno a uno, para ver in situ lo que nos demandaba la persona que nos había llamado.

Cosa curiosa, pues todas las llamadas llegaban desde cerca de la cantina. Allí tenía yo a mis asalariados aquella misma mañana. Buscando a una persona, que nadie conocía en aquel poblado de trabajadores incansables y buenas personas; pero bromistas como ellos solos.

Tomándonos un café muy cargado, para que nos despertásemos todos a la vez y así poder trabajar mejor en nuestro puesto de trabajo.

El Proverbio dice, que no viene mal que por bien no venga. Así; que antes de salir cogimos infinidades llamadas: rompiéndonos la hora de la merienda, todas aquellas llamadas, que se produjeron, desde cerca la una hasta las dos de la tarde.

Y qué verdad era; pues de todo aquel encantamiento de llamadas a la empresa, sacamos una consecuencia primordial. Y era, que cada cual a lo suyo. No queriendo sobrepasarse, ni un ápice, ninguno de mis empleado, en otro día de fiesta.

La enseñanza que habíamos recibido; no la olvidaríamos en nuestra humilde vida.

La empresa estaba funcionando solamente con rehabilitaciones y alguna que otra obra menor; pues las obras mayores eran parte de otro concepto, no diferido a nosotros.

Mi llegada: mí llegada a la empresa, fue causa de alegría para mis empleados; pero también fue causa de alegría para mis amigos de la infancia: teniéndolos que dar una merienda al sábado siguiente, de la cantina.

En un buen restaurante; en donde todo era bello, era agradable y sincero a la vez. Además, de ser una merienda opípara, era de exquisito paladar; pues el cocinero tenía nombre relevante.

Otro tanto de lo mismo; pues eran las tres de la madrugada y todavía nos encontrábamos tomando copas, a puerta cerrada, en un bar de aquella bonita ciudad.

Al filo de las cuatro y media, decidimos irnos a la piscina de Samuel; viendo allí el bonito amanecer, de un mes de Julio.

Sin haberlo olvidado; otra vez teníamos el cuerpo totalmente estropeado, por la cantidad de bebidas alcohólicas que tomamos y el mucho alimento que consumimos en aquel día de alegría, para todos nosotros.

La alegría siguió al siguiente día, en la empresa; cuando nos adjudicaron, por sorpresa, la construcción de un polideportivo.

ENRIQUE -. ¿Qué ha pasado?: se ha caído alguna estrella.

AMPARO -. No, hijo. Ha dado en quiebra, la empresa, que se la habían adjudicado.

Se quedaron todos boquiabiertos; pues aquella empresa había ganado bastante dinero: como para poner la carretera llena de billetes, sirviendo como almohadilla.

Entrando en mi despacho mis dos ayudantes: Enrique y Amparo, con cara de extrañeza.

ENRIQUE -. Hasta las empresas potentes en dinero, caen en estos tiempos

ANSELMO -. ¡No!.

AMPARO -. Está visto: nadie se salva, por potente que sea.

ANSELMO -. ¡No!.

ENRIQUE -. Qué pasa, señor Anselmo: está usted todo el tiempo diciéndonos: ¡No!.

ANSELMO -. Y lo sigo diciendo.

ENRIQUE -. Exprésese usted mejor, señor Anselmo.

Les conté el cuento de la hormiguita; como acarrea el grano en verano, para tener la despensa llena en invierno.

Les conté, que la teneduría de libros, en esas empresas; no era muy fiable, ni para ellas mismas. . .que si les había venido un requerimiento judicial: lo lógico y más sencillo para ellas, era el declararse insolvente de pago; para resurgir como empresa en otro gremio.

Mientras les estaba diciendo todo eso a mis ayudantes: yo veía, que ponían una cara de sorpresa incontrolada. No queriendo dar crédito a lo que estaban oyendo.

Sin esperarlo yo, dio una gran voz Enrique; pronunciando unas palabras de descanso para él.

ENTIRUQ -. ¡No!.

ANSELMO -. ¿Qué pasa ahora?, señor Enrique.

ENRIQUE -. ¡No!: nosotros no debemos hacer eso. Tenemos que ser nobles y aguantar el chaparrón, que nos caiga encima; si cometemos una falta grave para Hacienda.

Estaba bien, todo lo que decía el señor Enrique; pero y ¿esos?, que se dan por buenas personas y decentes habitantes del país: ¿qué pensaban?.

Pero como el sistema financiero y el sistema contable; no tienen medios de pensar: ya que se los da todas las partidas detalladas: no tienen pensamiento propio.

Así pasaba en la historia; que se escribía con renglones torcidos: echando la sangre de alguna persona. Para sentarla en un banco, en el paseo; sin trabajo alguno.

Se empezó a construir el polideportivo, con alegría nuestra y con parabienes de nuestros hogares. Viéndose a nuestras mujeres, cada vez más, en los supermercados.

A una de nuestras mujeres, ese día, no se la veía en ningún supermercado; ya que se estaba lavando los pies en una charca, que había a las afuera de la Ciudad.

Me acerqué más a ella, viendo que se trataba de la señora Mercedes; que no había dado señales de reprocha personal, en la sociedad, desde hacía bastante tiempo. Y al parecer, no se estaba lavando los pies: se sacaba algo, con las manos de sus adentros.

MERCEDES -. No es lo que parece.

ANSELMO -. Entonces: ¿Qué es lo que no se parece?.

MERCEDES -. Que me esté sacando algo de mis partes púnicas.

ANSELMO -. Es lo que parece.

Aquello lo dije yo con agonía en mi cuerpo; al creer, que la señora Mercedes había tenido algo que ver, con un caballero.

Pero fijándome mejor; pude darme cuenta, qué hacía allí la señor Mercedes. Se sacó, de sus partes púnicas, una compresa y lavándola la puso a secar. Diciéndome algo así, como:

MERCEDES -. No tengo otra; por estar alejada de mi casa.

Lo primero que me vino a la cabeza, fue: que aquella señora se encontraba enferma; y dándole aliento de consolación, la indiqué que se estuviese en ese mismo lugar; que yo iría a por mi coche para llevarla al Hospital, en urgencia. Así, no la vería nadie; tal y como se encontraba ella.

En el trayecto, que hicimos, hacia el Hospital; la pregunté por las causas que la habían provocado tal derrame de sangre en sus partes nobles.

MERCEDES -. No te asustes. . .una botella.

ANSELMO -. ¿Cómo?, una botella.

Me miró fijamente a la cara, para decirme algo; que me cogió sorprendido, por completo.

MERCEDES -. ¡Consolándome!.

Ahora sí que lo entendí muy bien; lo que me quería decir Mercedes; pues si la boca de la botella se encontraba rota: la había hecho un desgarre en las paredes de su órgano púdico.

ANSELMO -. No te pregunto, de quien te acordabas.

MERCEDES -. Bien lo sabes tú.

Los doctores tuvieron un punto de vista clínico al comunicárselo a su marido Prudencio; dándole otra clase de sentido a aquel sangrado: explicándolo como causa de las enfermedades de la mujer.

¡AY!: Prudencio. No se enteraba de nada; era un hombre feliz a su manera y a su manera vivía su vida: placentera e inocente impartiendo sus conocimientos en una clase de la facultad.

Pero lo malo fue, que se enteró Cristina; que había sido yo el que llevó al Hospital a nuestra amiga Mercedes: no gustándola nada, que hubiese sido yo el que la llevó al Doctor.

En realidad había dado un bajón físico Mercedes en poco tiempo; ya que se la veía una persona que aparentaba más edad.

Como llegó el cumpleaños de nuestro hijo Luis: invitamos a todos los amigos de este y a los nuestros a una fiesta dada en un lugar de recreo, acondicionado para tal fin.

Diciéndome mi hijo Luis; que si no invitaba a los empleados del gabinete técnico de arquitectura en esa fecha, lo tendría que hacer posteriormente.

Mi hijo Luis, me ponía en una tesitura entretallada; pues no había hecho cuentas del coste de aquella fiesta de cumpleaños.

Haciéndose todo como quería mi hijo Luis; que en un momento determinado, nos cogió a Mercedes y a mí hablando tranquilamente de nuestras cosas. Ya que al parecer, no le interesaba nada, si hicimos tal viaje o dejamos de hacerlo; como estábamos hablando Mercedes y yo.

Yo aproveché la ocasión, cuando Cristina estaba cogiendo un refresco cerca de donde nos encontrábamos nosotros dos, Mercedes y yo; para salir de aquel atolladero: poniéndome cerca de mi mujer Cristina en esa hora de alegría y bienestar, en nuestra casa.

La fiesta fue rumbosa: donde no faltó la comida ni la bebida; teniendo un buen cocinero en los fogones de esa cocina. Y terminando de amenizar la fiesta una orquesta de la Ciudad; que a base de boleros, de sevillanas y otros estilos, que gustaban mucho a los comensales: los alegramos la vida a todos ellos.

Las felicitaciones y parabienes, llegaron al siguiente día; cuando me cruzaba con alguna persona que sí fue a la fiesta. Cada cual me decía, lo mucho que le había gustado la fiesta. Otras: lo mucho que les habían gustado aquella fiesta de cumpleaños.

La alegría de aquellas felicitaciones fue para mí lo mejor que yo oía; pero para mi mujer, Cristina, fue el no va a más, con todo su regocijo y con toda su personalidad.

Aquella misma noche, de gozo y regocijo; por las invitaciones dadas por los asistentes a la fiesta: me cogió mi mujer, Cristina, de una mano; llevándome a la alcoba, para tener unas horas de placer y amándonos efusivamente, como nunca.

Así me agradecía Cristina lo bien que me había portado con Luis, en su día; siendo un regocijo para ella a nivel de ser una sorpresa.

El amor que nos teníamos, mi mujer y yo, lo decía todo: decía cuanto nos queríamos; siendo felices entre nosotros.

Un día que íbamos en el coche, comenzó a llover torrencialmente; hasta el punto que pensé salir a pie, hasta una gasolinera que se encontraba cercana a donde estábamos nosotros. Mi mujer, Cristina, se oponía que saliese, lloviendo de la manera en la que estaba; por tener miedo a que me pasase alguna cosa mala.

ANSELMO -. Cristina, hija: si la gasolinera no dicta de aquí, más de trescientos meros.

CRISTINA -. Me da lo mismo. Tú no sales del coche: ya escampará cuando sea.

Mi mujer Cristina temía por mi físico; no faltándola razón alguna, por las maneras que tenía, ese día, de llover a cántaro, como se suele decir. Y cogidos de las manos, pasamos más de dos horas, esperando a que descampase; no haciendo falta alguna, que saliese yo del coche para pedir auxilio a las personas que se encontraban en la gasolinera.

Pero al llegar al surtidor de gasolina, sí nos paramos; para poder tomarnos un café, con una aspirina: pues lo necesitaba mi mujer Cristina.

Al vernos llegar de esa manera, el encargado de la gasolinera; se acercó a nosotros preguntándonos por el sistema de nervios, que habíamos llegado a ese lugar.

CRISTINA -. ¡No me cuente!: no me cuente usted; pues he pasado más apuros que nunca, dentro del coche, en plena lluvia.

ENCARGADO -. Para eso, está el teléfono.

Me miró Cristina, con cara de desaliento; no teniendo yo salida alguna, ni respuesta adecuada, para contestar al encargado de la gasolinera; pero sí lo hice a mi mujer, Cristina.

ANSELMO -. Perdona, Cristina: no llevaba teléfono alguno.

Se me quedó mirando Cristina; sin saber lo que hacer, ni con qué forma contestarme: hasta que se rehízo de aquel contratiempo, en el que yo la ponía.

CRISTINA -. Mira; si hubiese pasado alguna cosa mala, a alguno de los dos: ¿Qué hubiésemos hecho?. No viajes nunca sin móvil, en la chaqueta.

Tenía razón mi mujer, Cristina; no pudiéndola yo refutar tal propuesta, por su parte: pues lo más fundamental, es llevar el móvil, cada vez que sale uno de viaje, por la carretera.

Como todavía nos faltaban varios kilómetros para llegar a nuestra casa, reanudamos el trayecto, en el coche, con una sola idea: llegar cuanto antes a nuestra queridísima casa.

La casa: descanso corporal de una familia; y qué verdad es, pues en ella se vive, se duerme y hasta se ama al ser más querido.

Como estábamos los dos solos, nos teníamos que ayudar el uno al otro en todo lo que se pudiese; no dejando separarnos por nada del mundo. Si veíamos un peligro, lo teníamos que esquivar los dos juntos.

Cosa curiosa; pues estando en nuestra casa los dos tranquilos y relajados, llegó Mercedes con una tarta de manzana que había hecho para nosotros dos: agradeciéndola la deferencia tan enorme que había hecho nuestra amiga Mercedes, en ese día de gracia para nosotros.

Como es normal, mi mujer Cristina invitó a Mercedes para que se sentase; comenzando una retahíla de hechos intrascendentales para Cristina y para

mí. Hasta que llegó a contarnos, que se encontraba mala de la vejiga; pues a su alrededor existían infinidad de problemas para su recuperación.

Y con gran pesadez, nos dijo: que ya no era mujer; al no sentir absolutamente nada.

Nos miramos Cristina y yo, muy extrañados, por lo que nos estaba contando Mercedes y por la manera como lo contaba.

Tanto era así; que cuando nos volvimos a quedar solos, Cristina y yo, comentamos lo que nos había dicho nuestra amiga Mercedes.

CRISTINA -. ¿Te has dado cuenta?.

ANSELMO -. No he perdido detalle alguno.

Hubo un momento de silencio; apostillando más tarde Cristina algo que ya conocía yo, pero tenía que hacer como si no lo supiera.

CRISTINA -. Que mujer tan abundante, se ha vuelto Mercedes.

ANSELMO-. Siempre es por alguna causa.

Al decir aquello yo; me quedé cortado, como esperando la réplica posible que viniese por parte de mi mujer Cristina. Y en vez de refutarme algo, lo martillaba con adjetivos calificativos.

Pero como sonó el timbre de la puerta, la conversación que sosteníamos Cristina y yo se cortó de repente: Entrando en casa el señor Torres, con idea de dejar la empresa; para irse a trabajar en otra, que le reportase más ahorros para sus beneficios particulares.

No sabiendo este señor, Torres, que los beneficios particulares, desembocan en otros beneficios: tanto en la contabilidad, de pérdidas y ganancias, como en las partes fiscales.

Como era su voluntad, le tendría que dar el finiquito para que comenzase a trabajar en una multinacional, según él.

Nada más se marchó el señor Torres de nuestra casa, llamé a la parte jurídica, con el propósito de saber algo de aquella empresa, que me dijo dicho señor.

De multinacional, tenía solamente el nombre registrado; pues de multinacional, nada de nada.

Me dio pena aquel hombre, tan inocente y a la vez tan listo en su trabajo: no valía para la teneduría de libros, ni para las llevanzas de cuentas; pero sabía de su profesión más que ningún otro arquitecto.

Así que llamé a secretaria, dándole las órdenes de no pagar el finiquito al señor Torres; por más que él se empeñase en ello. Alertándoles, que le retuviesen en la oficina de arquitectura hasta que yo llegase.

No me hizo falta hablar; pues intuyó aquel señor, que pasaba algo grave y no poco, al verme la cara que llevaba yo al entrar en el gabinete técnico de arquitectura.

Las personas que se encontraban en secretaria de la empresa, no perdían detalle de lo que yo le decía al señor Torres; pero al tiempo de llegar a explicarle, a dicho señor, dónde se iba a meter, le invité a que entrase en mi despacho particular: y allí, le hice saber, qué clase de empresa era la que él creía, fuese multinacional.

Aquel señor, Torres; se deshacía dándome las gracias por haberle salvado de un hundimiento personal, además de económico.

ANSELMO -. Ahora le ruego, que se vaya usted a su puesto de trabajo y olvide todo lo que ha pasado.

Entregándole el impreso escrito por el sistema jurídico de la empresa: del gabinete técnico arquitectónico.

Dicho señor, se lanzó a besarme las manos; quitándoselas yo de inmediato, para que no hubiese opinión contraria a lo que ese acto parecía.

Momentos después, le vi en su mesa de trabajo diseñando un plano, de una obra en construcción, con todo el amor del mundo.

Aquí paz y aquí gloria; pues me había quedado más tranquilo y más alegre, sabiendo que había ayudado a una persona que tengo en plantilla.

Durmiendo aquella noche seguida; no me desperté para nada, ni tan siquiera para orinal.

A sabiendas de que sobraba un puesto en el gabinete técnico arquitectónico. Y que ese dinero nos hacía falta a nosotros, para el buen desarrollo de la empresa. Pero y la ¡paz!, que me quedó en el Alma.

Ese puesto de más, se palió con una ampliación de obras, cogidas las demandas por teléfono; pues a lo primero se pensó crear una sucursal en otra gran Ciudad: pero eso sería pagar otro puesto de trabajo en la empresa, antes que supiésemos, si esa gran Ciudad asumiría tal demanda de obras como para cubrir el salario de una persona. Para eso estaba el

marketing; pues los anuncios publicitarios, en vallas y carteles en murales, tenía mucha demanda.

En la primera ciudad donde nos publicitamos, no tuvimos tanta demanda; pero en la segunda ciudad, si surtió efecto la publicidad. Y cosa curiosa, fue la publicidad de estampillas: al cogerla con las manos las personas y podérsela guardar en el bolsillo de la chaqueta; para sacarla en un momento determinado.

Lo único malo que encontramos, fue la locomoción; pues solamente teníamos dos vehículos para transportar al personal y tres camiones, para traer y llevar el material a las obras. Y es que en nuestra bella Ciudad, no hacía falta nada más.

Esperé un tiempo, para estudiar bien aquel problema que se nos presentaba al aceptar todos los encargos que se nos demandaban por teléfono.

Los conductores de los dos vehículos, se veían sobrepasados en sus posibilidades, de ir y venir de una Ciudad a otra, llevando al personal de obra. Pero no menos, los tres conductores de los camiones, se estaban viendo agobiados.

¿Qué hacer en dichas circunstancias?; pues al parecer no cabía otra manera de actuar, como no fuese seguir como estábamos.

Como estábamos seguimos y achantados ante el personal de obra; para no darlos pie a los sueldos. A parte que se pagaba lo que decía el baremo, sin escatimar ni un céntimo.

Por otra parte, cogimos un cupo de billetes de tren; para que nuestros obreros de la construcción fuesen cómodamente hacia otra Ciudad.

Como no corría el dinero en las manos de nuestros obreros de la construcción y sí un billete de tren, en tiempo de trabajo: exonerábamos a nuestros obreros de la construcción, tener que tributar; por algo tangible, que no existía.

Todos los trabajos los hacíamos en el gabinete técnico; pues para eso existía material adecuado; sabiendo, según ese material, las medidas exactas y las formas que tiene dicha construcción. De esta manera, no teníamos que trasladar a ningún empleado administrativo; para que delimite el contorno de dicha construcción. Ahorrándonos desplazamientos y dietas de alimentación.

Pero las revisiones de las construcciones, las llevaba el señor Torres; destacándole un día a una Ciudad, equidistante a la nuestra, unos ciento once kilómetros. Y aunque se le había alertado, cuál era ese vale de la comida; el señor Torres presentó un vale superior al que se le había informado. Parece ser, que se había servido a sus anchas y maneras de comer, de ese señor.

Un día tuve que pararme en plena acera; pues alguien me llamaba, con mucho sigilo: era Mercedes; para que la acompañase al médico aquella misma mañana, pues su marido, Prudencio, no lo podía hacer, por estar sin sustituto en cátedra. Teniendo que asistir al aula de la facultad, para impartir las enseñanzas a los estudiantes en su materia.

Subiendo el ascensor, nosotros solos, se remangó la bata; enseñándome sus miserias; para sacarse algo de ellas con las manos.

Se vía, que Mercedes, se encontraba mal de sus partes púdicas; no sabiendo yo, qué clase de enfermedad era esa.

Ni lo supe, cuando salió del doctor, Mercedes; pues ella se calló lo que la pasaba: no diciéndome nada al respecto.

Lo que sí supe: que se la tenía que raspar todas las paredes, por completo; y cuanto antes mejor.

Yo seguía a Mercedes como un perro faldero, sin saber dónde me llevaba; hasta que por fin leí, en una entrada a otro departamento. "Quirófanos".

Yo hice por quedarme en la entrada a los quirófanos; pero Mercedes me cogió de un brazo, arrastrándome tras de ella. Para quedarnos en una habitación a solas, a los dos.

Mercedes, se comenzó a desnudar; de tal manera, que se quedó como su madre la trajo al Mundo. Yo me imaginé, que sería aquello que estaba haciendo, lo que la habían mandado los doctores.

Pero como tardaban llegar a ella, para su traslado al quirófano, se echó sobre la cama: presentando unas formas increíbles. . . y claro: no pude más.

Una vez más. . .no sé: no sé que iba a ser de nosotros, si seguíamos de tal manera; pues nuestros cónyuges eran otros.

Cuando hubo terminado todo; la tuve que llevar en taxis a la señora Mercedes, por no sostenerse de pie. Estaba un poco mareada y como si no se sostuviese de pie por sí misma.

La suerte, la tuve; cuando en su casa no se encontraba nadie: ni tan siquiera su marido, Prudencio, que estaba en la facultad, impartiendo su sapiencia a sus alumnos.

Creí que no se había enterado nadie; pero cuando llegué a casa, era otra cosa: pues mi mujer Cristina, sí se había enterado: que yo había llevado al hospital a la señora Mercedes, echándome una arenga sobre el tratamiento, que se tiene con las amigas.

CRISTINA -. Por mucha amiga que sea; nadie lleva a la consulta de un doctor a esa mujer desamparada, en ese momento de agobio para ella: ¡Te enteras!.

No sabía qué contestar, ni qué decir al respecto; pues vi un poco exaltada a mi mujer, Cristina, con ese hecho poco trascendental en la sociedad: que un amigo lleve a la amiga al médico, si tiene marido.

Se fue a la alcoba; no sabiendo yo qué hacía allí dentro, pues no se oía nada, ni nada decía al respecto.

Aquella vez no hizo las maletas, ni tan siquiera hizo por no dirigirme la palabra: pues a todo lo que yo la preguntaba, había una respuesta en su boca, contestándome como si nada hubiese pasado, entre ella y yo.

Siendo la pura realidad; que nada había pasado entre Cristina y yo: ya que había recibido una llamada al móvil de Prudencia, el marido de Mercedes, aplacando el sin sosiego que tenía Cristina.

Pero a la hora de cenar, vi que se sacaba ella sola algo de la nevera; no dándome a mí nada. Ese fue el síntoma de la controversia que teníamos ella y yo, dentro de casa.

Una polémica, entre marido y mujer: no mostrando ese grado de rechazo, como otras veces; pero sí, pasando de mí, en los hechos de la casa.

En aquel día sonó el timbre de la puerta; siendo Prudencio el que nos visitaba. Con cara alegre y bonachona; al comprobar que me llevaba bien con su mujer, entrando en casa rápidamente y sentándose en un sillón en el salón.

PRUDENCIO -. Vengo a darle las gracias a Anselmo, por haber asistido lo mejor que supo a mi mujer, Mercedes, en plena calle. Se encontraba mareada y la llevó a urgencia en el hospital.

Mientras relataba lo que había pasado con Mercedes; parecía que se lo estaba contando a mi mujer, Cristina: como si quisiera que mi mujer se

enterase bien de todo lo que había pasado con su mujer; al recogerla yo de la misma acera.

Parecía que Cristina ponía otro semblante más sereno; pues al oírle contar lo que había pasado, entre mi persona y la mujer de Prudencio: mi mujer Cristina se tranquilizaba un poco.

Así fue relajándose, cada vez más, Cristina; hasta el punto de pedirme perdón, cuando se hubo retirado de nosotros Prudencio.

No pude más. Yo me entré en la alcoba; llorando a mares, al recordar lo que hice, en ese mismo día y en esa misma hora, que Mercedes estaba esperando entrar en quirófano. Y aunque era cosa de nada, lo que tenía Mercedes; no guardando cama aquel mismo día que la extirparon un pequeño quiste, benigno; lo malo fue mi comportamiento con Mercedes en aquella hora de espera en una habitación del hospital.

Yéndome al baño, para lavarme los ojos y la cara; ya que se me notaba había estado llorando hacía unos momentos.

Salí de la alcoba, con más brío y más alegría en mi Alma y al notármelo Cristina, comenzó a darme ánimos de fortaleza; al saber ella, por boca de Prudencio, lo que había pasado aquel día, entre Mercedes y yo.

Cristina se encontraba sentada en un sillón del salón. La cogí por los hombros; levantándola hacia mí persona, para darla un beso, que me supo a poco.

Por lo tanto, no me conformé con eso; con darla un beso de amor y de cariño sincero: aunque hubiese pasado con Mercedes ese rato loco, que las personas tienen, cuando se lo creen.

Para congratularme con Cristina, la invité a cenar en el mejor restaurante que había en esa preciosa Ciudad. Invitando, también, a los amigos de la infancia: ya que yo veía, se divertía mucho, Cristina, hablando con las señoras de mis amigos.

La verdad fue así; ya que Cristina habló aquella noche más que nunca: dando señales de estar a gusto con todos ellos y ellos se lo agradecían a Cristina; devolviéndola los honores en forma de agradecimiento: al decirla, que era muy simpática.

La simpatía era mutua entre nosotros dos; al mostrarse Cristina agradecida a mí, cogiéndome de un brazo, cuando se encontraba sentada a mi vera en la silla, en la cena de aquel buen restaurante.

No pudo más; pues mostrándose muy cariñosa, cuando entró en casa Cristina, al cerrar la puerta: me cogió de la solapa la chaqueta, atrayéndome hacia ella, para darme el beso más feliz de su vida.

Viendo yo rápidamente, que así se escribía la historia: muchas veces al revés; como si fuese un tío vivo mal encaminado.

Mi hijo se vino a casa cuando terminó el curso; para descansar en ella; y en vez de descansar, yo le puse a trabajar en la empresa; para que se diese cuenta de lo que era llevar una actividad como la que yo tenía.

Preguntándome mucho mi hijo, Luis. Eso quería yo, que mi hijo Luis me preguntase todo lo que él dudaba: no escatimándole nada de lo que me preguntaba al respecto para el buen desarrollo de la empresa de construcción.

Parecía que le gustaba hacer aquel trabajo; cosa que a mí me congratulaba mucho, al verle ilusionado con aquellas formas de trabajar.

Pero en la realidad, ya sería otra cosa; al encontrarse escollos por delante y algunos sin poderlos solucionar.

Para ello, le pasé una carpeta; sin que él se diese cuenta: para ver cómo desarrollaba ese problema, que yo le había dejado.

Ni corto, ni perezoso: se marchó al Excelentísimo Ayuntamiento, pidiendo un impreso de apertura de actividad empresarial, un 036; cosa que a mí me gustó mucho, la manera de actuar de mi hijo Luis.

Como solamente dejó ahí todo el desarrollo de aquel problema: me quedé más conforme.

Desde luego: lo hubiese tenido que hacer yo, si él no lo hubiese hecho; pues quería abrir una empresa, que sirviese de mantenimiento para la empresa matriz u holding.

La sorpresa la recibí; cuando mi hijo Luis me llegó a mi despacho personal, dándome una lista de posibles personas adscritas a la empresa como personal de mantenimiento.

LUIS -. Estas son las personas más fiables para tal fin. Son trabajadoras y con sentidos afines a la empresa de construcción; por haber trabajado en ellas, en otras ocasiones.

ANSELMO -. ¿Te has encargado tú de buscar las personas que han trabajado en nuestra empresa?.

LUIS -. Sí, papá. Me he encargado yo solo de buscar las mejores personas, con las que se puede confiar, para el mantenimiento de la empresa.

Le miré con ojos bonachones; como si yo le diese los parabienes deseados para él, al ver aquel trabajo bien hecho.

Tenía decisiones fundamentadas en los estudios de arquitectura; pues no en balde su padre, yo, tenía una empresa de arquitectura: poniendo sus conocimientos a Luis en perfecto estado, para desarrollar una empresa.

Cuando se fue a la Capital sima Ciudad, para seguir sus estudios, mi hijo Luis; ya llevaba unos conocimientos, que otro joven no los podía adquirir, por no tener medios para ello.

Viniéndose todos los fines de semana a casa de sus padres; para que yo le impusiera en la llevanza de libros y cuentas, a la vez del desarrollo fundamental de la empresa.

Y así, un fin de semana tras otro: pero cuando llegó Navidad, una fecha en donde había un parón empresarial formidable, al igual que en la facultad; me dijo algo que no olvidaré.

LUIS -. Ya tenía yo ganas de desarrollar mis conocimientos en la empresa, por tener varios días para ello.

Tan fuerte le había dado las ganas de aprender; que yo tampoco tuve días de permiso en mi empresa. Me encargaba de enseñar todos los intrínquilis de la empresa a mi hijo Luis. No teniendo, ni día ni noche para poderle enseñar todo lo que él me preguntaba de la empresa.

Pero como la vida sigue, siguieron las clases para mi hijo Luis en la facultad; quedándonos solos su madre y yo. Viviendo la vida cotidiana como hacíamos hasta ahora: sin ninguna compañía a nuestro lado; pues mi hija y mi hijo estaban a cierta distancia, el uno estudiando y la otra trabajando en su carrera.

Así es la vida; unas veces teníamos la casa llena de personas y otras vacía por completo: pero con el sentido religioso que teníamos, nos amoldábamos a ello.

Mi propósito de enmienda fue, el no mirar a ninguna mujer más que a la mía. Y si se cruzaba alguna mujer por mi camino, no la haría frente; si acaso se insinuaba sexualmente.

Dios me dio una mujer; y a esa tengo que querer y cuidar toda mi vida: pues dentro del matrimonio, cada año se quiere más el uno al otro; si hay consenso entre ellos.

Medio que te lleves bien, el cariño conyugar se va acrecentando cada vez más y más; hasta llegar al grado de no notar ese estado emocional de testosterona y sí una fuerte voluntad para querer al cónyuge con todas las fuerzas de tu cuerpo y de tu corazón. Siendo el cariño, cada vez, más racional: se piensa más con la cabeza que con el corazón.

Si en un día dejé la empresa: hoy por hoy estoy pensando lo mismo; para poder llevar a mi mujer, Cristina, a ver mundo y disfrutar con las cosas bellas que hay en la Tierra. Pues el Mundo es verdaderamente bello.

No queriéndola quitar ese hado de la cabeza a Cristina; para dejarla con sus ilusiones permanentes, de que va a ver el Mundo: viajando conmigo.

Pese a que no eran las vacaciones veraniegas, ni venía un gran puente entre semana: me llevé a Cristina, en viaje de crucero, a Italia para que viese el Vaticano. Al siguiente fin de semana, la llevé a Fátima y al otro a Lourdes; para llevarla a Londres y París en los siguientes fines de semana.

Como yo veía que mi mujer, Cristina, estaba más dicharachera, con más ganas de vivir; pensé que al otro lado del Océano había, también vida. Y que esa vida la tenía que conocer mi mujer Cristina.

¡UF!; cuando llegamos a la gran manzana en New York; con esas avenidas tan pronunciadas tan indefinidas: pues algunas eran interminables, con puentes insuperables, con calle paralelas y con tanto de ver en ellas. No les quiero decir nada, cuando volvimos a la Ciudad, cómo lo contaba ella.

Cristina, no veía manera de callarse; pues al recuerdo de lo que había visto: parecía que lo contaba sobre unos de esos puentes colgantes. Se balanceaba sobre sí, tomando impulso en su cuerpo y en sus palabras; para que la oyeran sus interlocutores.

La quise enseñar más ciudades; pero fuimos llamados por el señor Torres, para que acudiésemos de inmediato a España y sobre todo a nuestra queridísima Ciudad.

Como el motivo de la primordial llamada del señor Torres, se resolvió favorablemente, paso a contarles, el golpe de suerte que tuvimos, en la empresa de arquitectura, cuando se nos concedió una concesión arquitectónica; para edificar un edificio gubernamental.

Yo no me lo creía: tanto era así, que llamé al señor Torres, para que me contase todo lo que él sabía de aquella concesión millonaria; no pudiéndome contar mucho aquel señor, por motivos de que tenía que callar, en vez de hablar mucho. Viendo, en la posición que se había puesto el señor Torres, un acto más bien de alguna mano de un diligente: cosa, que esa concesión fue dada por intermedio de aquel diligente estatal.

Ahora debía yo de saber, quién era el que se encontraba más cerca de los mandamases y averiguar su intención con la empresa.

¡La juventud!: la juventud todo lo arrolla; no se para en rama seca. Así que pregunté a mi hijo Luis por el significado de haberme dado esa concesión, diciéndome este, Luis, que me encontraba en una excelente posición y en una relación de amistad ante los mandamases de la Nación.

En el primer fin de semana, que llegó mi hijo Luis a casa; tuve una conversación con él.

ANSELMO -. Hijo. ¿Cómo sabes tú que estoy en una excelente posición?, antes los mandamases de la Nación.

LUIS -. Si voy a coger las riendas de la empresa, tendré que allanarme el camino.

Con eso, me lo dijo todo: mi hijo Luis estaba siendo uno de esos mandamases de la Nación.

Por supuesto, que eso era una causa principal; para allanarse el camino, momentáneamente: pues dentro de cinco años, no se sabe qué puesto alcanzaría mi hijo Luis, en los comicios de ese año. No me confundí; pues dejó de ser el portavoz de esas siglas, para trabajar en lo suyo.

Yo, por mi parte; recibí un revés, al comprobar que mi hijo Luis dejaba esos menesteres de diligente en una sigla.

Pero a la vez, una satisfacción; al saber que Luis se comportaba como una persona de a pie: volvía a ser, otra vez, el mismo joven que hasta ahora había sido.

Él se debía a lo suyo y lo suyo era la empresa que yo había formado de arquitectura. No se debía salir de ese parámetro para nada.

¿Y yo?: ya que un día, me crucé con Mercedes en plena calle; dándola un adiós sencillo, como en señal de saludo, prosiguiendo mi camino.

No sé lo que hizo aquella mujer; pero lo cierto era, que estaba rehabilitándome en mis deseos mundanos, con respecto a esa señora.

Así, que un día de fiesta y mientras estábamos en una comida en el campo: no hacía Mercedes, más que atosigarme. Me mostraba todo su encanto por completo; ya que se encontraba frente de mí.

Al no poder atraerme con sus encantos, se vino donde yo estaba; para sentarse cerca de mí. Yo me eché para un lado, dejándola sitio donde ella se sentó. Así estaría más distanciado de esa mujer: celosa por no haber podido seducirme a su manera.

Permanecí impasible toda la jornada de esa comida. Sin hacer caso a su llamada seductora, de una mujer impávida y bella a la vez. Se mostraba impertérrita ante su reclamo personal; creyendo, que tarde o temprano doblegaría a sus encantos.

Yo veía, que Cristina, no nos dejaba mirar; hasta el punto de venirse donde nosotros nos encontrábamos: a la sombra de un árbol.

Nada más llegar Cristina a mi lado, me cogió de las manos; apretándomelas en sus pechos, como mujer enamorada de su marido.

Yo, la atraje sus manos hacia mí, besándola reiterativa veces; y al ver aquello Mercedes se levantó de donde estaba, para irse cerca de su marido, Prudencio. Recibiendo una lección, por parte de Prudencio, magistral: cómo catedrático que era. La cogió entre sus brazos, para en un momento de efluvios amorosos, besarla firmemente en la cara y en las manos; como hombre culto, que era Prudencio.

Ese signo de amistad, que hizo Prudencio, me dio qué pensar; pues un hombre que no sabe nada de los amoríos de su mujer, no se comporta así. Además, Cristina; estaba dando los mismos síntomas.

O sea: que lo sabían los dos; pero se callaban. No dando señales de agobio, ni de estar nerviosos; para que no nos pusiéramos nosotros, también, un poco exaltados, al saber que se habían enterado de nuestras andanzas, nuestros respectivos cónyuges.

No había motivo alguno; para seguir por ese camino, Mercedes y yo: ya que el final de nuestros amores personales había dado fin.

Para que no se aburriese Cristina, el fin de semana nos fuimos a Lisboa, antiguo y señorial; pasándolo estupendamente; pero cuando quisimos ir a otro destino a finales de semana, se presentó en casa nuestra hija Asunción, con no menos agobios, de no poder más, según ella, con las cosas de Alfonso.

Nuestro deber, de Cristina y el mío, era de conformarla y darla aliento; para que siguiese con Alfonso: ya que era el amor de su vida, según había demostrado en su tiempo de noviazgo.

No hizo falta, que la hablásemos mucho a nuestra hija Asunción; pues el domingo llegó a casa Alfonso, dándole sendos besos de amor a nuestra hija Asunción. Y nada más, que Alfonso la cogió en sus brazos, nuestra hija Asunción se vio sobrepasada por ese amor y cariño de una buena pareja.

Desde luego, en mi casa, no se volvió hablar de amores y desamores; ya que ese mismo día, el domingo, muy temprano, se fueron los dos, Alfonso y Asunción, para ver a la madre de este.

No haciendo acto de presencia, hasta por la tarde Asunción en mi casa; para despedirse de su madre y de mí.

¡UF!: qué prisa llevaba nuestra hija Asunción; pues no entendíamos nada de lo que ella nos decía, al decirlo demasiado rápido, y dándonos sendos besos en la frente, desapareció su encantadora silueta por las calles de esa bonita Ciudad: no dejándonos ni el polvo de sus zapatos.

Ahora sí: al siguiente fin de semana nos fuimos a Berlín; para ver los sitios más emblemáticos que tiene esa preciosa Ciudad: llegando a casa como exaltado por tantas estatuas como vimos.

Nada más llegar a casa, teníamos en el contestador del teléfono fijo un mensaje del señor Torres; para que fuese, sin pérdida de tiempo, fuese domingo o no, a la oficina técnica de construcción.

Desde luego, no perdí el tiempo, saliendo raudo a mi oficina; para saber o que quería el señor Torres.

El señor Torres, quería que supiese nos había llamado el señor Plácido, con motivo de comenzar una serie de bloques en un terreno que él tenía, a las afueras de la Ciudad.

Aquel señor, no estaba para olvidarle; ya que era una de las mejores fortunas que había en aquella preciosa Ciudad. Así, que sin falta de tiempo contesté, por teléfono, al señor Plácido: y me sobró tiempo para ofrecerle mi trabajo, a la vez que mi agradecimiento.

Al llegar a la parcela donde el señor Plácido nos había dicho, ya se encontraba él en aquel terreno. Un terreno, que no era pequeño; pues aquella parcela constaba de diez hectáreas de terreno. Lo suficiente; como para edificar varios bloques de viviendas, con sus respectivas piscinas y su

cancha de deporte: Tenis, baloncesto, cada una. Con una cuadra de equitación; que tanto le gustaba al señor Plácido.

Como siempre: de la noche a la mañana, tenía ingresado en la cuenta corriente de la empresa de construcción el suficiente dinero, como para construir dos parcelas como la que me había presentado e señor Plácido.

Tenía que constatar con el señor Plácido; para saber qué elementos emplear en la construcción de aquellos bloques.

PLÁCIDO -. Elementos de primera. Quiero que todos los materiales, sean de primera; pues quiero construir unos bloques de primera categoría, un alto confort; aunque sean bloques.

No sabía yo qué quería demostrar el señor Plácido, con edificar, dentro de los bloques de vivienda un estado de confort insuperables.

Estando lo suficientemente claro la idea que llevaba el señor Plácido, dentro de su cabeza: unir a las personas, en un solo sitio y con una sola amistad permanente.

Pues se le veía mucho asistir a Misa, al señor Plácido; siendo sus creencias, afectivas y muy personales.

Aquellos bloques se comenzó a construir enseguida: dando prioridad a los sitios de ocio; sobre todo, a las caballerizas y a la equitación; viéndose todos los días al señor Plácido, llegar a esos sitios para recrearse en ellos.

Así le tendría disfrutando de su afición y no pensaría en otra cosa; más que edificar aquellos bloques de confort. Y para saber lo que le rondaba en la cabeza, al señor Plácido; casi todos los días daba un saldo a la cuenta corriente de mi Banco.

En la cabeza, no le rondaba otra cosa que no fuese verse como un Jockey; llevando su montura a la línea de meta.

Mientras pensase de esa manera, el señor Plácido, estábamos salvados: pues en un tiempo record terminamos toda la construcción, que nos había mandado aquel señor. Para ello empleé cuadrillas de personal a uno y a otros lugares de aquellas construcciones de confort: ya que en ese tiempo, sí encontré bastantes obreros de la construcción.

Y aunque no podíamos ir de viaje, mi mujer Cristina y yo; esperamos a un gran puente, de descanso en el trabajo, para poder visitar Moscú: pues teníamos unas invitaciones para visitar la Plaza Roja.

Así una tras de otra las innumerables Naciones que pudimos visitar, como: Tokio Bombay, Rabat y otras numerosas ciudades bonitas que hay en la esfera del Mundo.

Pidiendo desde aquí, que se estrechen las manos cada una de ellas con las otras; para un buen consenso de entendimiento.

Ya que la vida sigue y sigue para todas las personas que están en este Mundo; indiferente a lo que pueda estar pasando.

Como pasar, pasaba mucho en la empresa de arquitectura; pues una noche hablamos Cristina y yo de lo que podía hacer o no hacer.

CRISTINA -. ¿Cuándo te piensas jubilar?.

ANSELMO -. Lo he pensado bien. Dos años estaré con nuestro hijo Luis, para imponerle mejor en las tareas de la arquitectura funcional: ya que nadie se atreve hacer nada; se lo tenemos que hacer nosotros. Puesto que es sabido, la práctica y la teoría la sabe de memoria nuestro hijo Luis.

CRISTINA -. ¡Eres un padrazo!.

Así se expresaba mi mujer, Cristina, en aquella ocasión que oyó lo que yo tenía en mi mente. Y levantándose de donde estaba sentada, se me vino hacia mí; dándome abrazos y besos; como si en ello fuese su vida.

Mi hijo Luis terminaba la carrera este mismo año, si todo iba a pedir de boca, como estaba yendo. Estudiaba mucho Luis y sacaba buenas notas; hasta el punto, que unas notas buenísimas sacó al fin de curso: que era el último curso que estudiaba, pues solamente le faltaba tener la orla de graduación colgada de su despacho.

Así fue; pues enseguida se presentó Luis, ante mi persona; diciéndome algo que me llegó lo más profundo de mí ser.

LUIS -. Ya soy ingeniero.

Miré para la pared y en un impulso desenfrenado, le dije donde tenía que colocar la orla de graduación, cuando se la diese. Y señalando a la pared, que yo había elegido, le dije.

ANSELMO -. ¡AHÍ!, hijo. Ahí colgada.

Así me expresaba yo alegremente con mi hijo en aquel día que me dijo –ya soy ingeniero -.

Su madre estaba que no cogía en sí: se la veía pletórica y totalmente alegre; al saber que su hijo había terminado la carrera de ingeniero.

Par celebrarlo, invitó a todos los amigos de la infancia y a todos los de la secciones administrativas y contables, como jurídica, a una comida en una buena sala de restaurante; alargándose la sobremesa hasta altas horas de la noche.

Al personal contratado de los obreros de la construcción; los invitó en la tasca del padre de Andrés. Teniendo una velada agradable y dicharachera a la vez; pues cada uno decía un chiste, que me gustaba mucho.

Eran las diez de la mañana y todavía seguíamos en la tasca del padre de Andrés; y menos mal, que era sábado: donde se podía estar todo el tiempo que se quisiera.

Molido por la fiesta y hecho polvo todo mi cuerpo, me acosté aquel día en mi cama, no despertándome hasta el día siguiente y a las once de la mañana.

Me di prisa para llegar a mi despacho; en donde me estaba esperando un señor, que quería le construyera un chalet al estilo caribeño. En donde la heterogeneidad del estilo, contrasta con las edificaciones que nosotros hacíamos. Buscando un voladizo acorde a la temperatura y a los vientos que hacen en esta preciosa Ciudad. Los cimientos los abrí un poco más; para que sostuvieran algún vaivén con el paso del tiempo.

Al estar terminada aquella construcción, al estilo caribeño; todas las personas se paraban en aquel lugar, para disfrutar de la vista de aquella construcción, hecha al estilo caribeño.

No obstante, las paredes las hicimos insonorizadas: aparte con un elemento más, para que no pasase el calor ni el frío en la casa. Y como era una edificación férrea, el tejado se podía hacer de hormigón armado, disimulándolo con parte de la construcción caribeña.

¡Vamos!: que por afuera, se veía una perfecta construcción caribeña, al igual que por dentro; teniendo su soporte de fierro corrugado todo él. Haciendo un trabajo de malabarista; al tener que doblar y sostener, con el acero, la construcción entera de aquel edificio.

Aquella edificación no rompía ninguna estructura arquitectónica dentro de la Ciudad, por estar en la periferia de la misma; pero cuando me llegó otro señor, pidiéndome que le construyera un edificio al estilo nipón; eso era otra cosa: pues él tenía una casa antigua en el centro de la ciudad, rodeada de edificios oficiales y de palacios señoriales. Y eso chocaba con

la normativa que tenía aquel Excelentísimo Ayuntamiento, con respecto al uso de la construcción dentro del casco urbano. Al querer que en la fachada presidiera la diosa del Sol: Amaterasu. Alegando, que había ido en unos días a Tokio; viendo dicha diosa en una estatua.

No distinguía aquel señor, lo que era seguir una construcción por igual en la Ciudad y no salirse de la normativa.

Yo le podía hacer una casa moderna de Minecraft; en donde se viese la figura encantadora de la diosa Amaterasu: pero en la periferia de la Ciudad.

Aquel señor se obstinaba, que fuese construida en el centro de la Ciudad; donde tenía él una casa antigua. Y para ello, le facilité un escrito, firmado por él mismo: esperando contestación del Excelentísimo Ayuntamiento.

¡Hasta ahora!; pues no sé qué pasaría con aquel señor, o mejor dicho: con la respuesta del escrito, que yo le extendí, para pedir permiso en el centro de la Ciudad de aquella construcción.

Llegándome mi hijo, un día, exclamando por poco al Cielo: que hubiese exclamado si yo hubiese edificado un edificio, al estilo nipón en el centro de la Ciudad.

LUIS -. ¿Qué has hecho?: padre.

ANSELMO -. Si te refieres a la construcción nipona; te diré: que está afuera del centro de la Ciudad.

Se dio media vuelta, haciendo algo con las manos, de no estar de acuerdo; cosa que me quedó pensativo y serio.

Una cosa más que tenía mi hijo que saber: respetar la igualdad, dentro de un orden, en el centro de la Ciudad. Para ello, le puse con los delineantes y no muy lejos del señor Torres; llegándome un día como extrañado, por la gran concentración que había de edificios, en el centro: y casi todo con un solo estilo en construcción.

Se veía que mi hijo Luís no era arquitecto; pero sí podía regir la empresa de arquitectura perfectamente; al ser persona pasiva como contribuyente. Luis estaba aprendiendo lo que yo le dije y él no entendió muy bien: edificios parejos, no rompiendo la línea de construcción. Siendo todos ellos como iguales en su construcción.

Mi mujer tenía metido algo en la cabeza, que yo no podía saber. Muy bien, de qué se trataba; pero con el paso del tiempo me di cuenta, que mi

mujer, Cristina, quería adoptar un niño. Para ello, nos fuimos al negociado pertinente, en el edificio de la gobernación. Preguntándonos aquel señor, -. Qué para que lo queríamos -.

Cristina se quedó con la respiración cortada; al no saber contestarle al funcionario de turno, para qué quería ese niño.

Enseguida respondí yo: para darle un hogar decente, para quererle, para cuidarle y jugar con él: además de para hacerle que estudie una carrera.

Se lo dije así: todo seguido, sin pararme tan siquiera en la respiración.

FUNCIONARIO -. Tienen ustedes una edad, que no le corresponde un bebé.

CRISTINA -. Entonces: ¿Qué nos corresponde?.

Lo dijo así, mi mujer Cristina; con ese hado de añoranza, por no tener un bebé en sus brazos. Pero aquel funcionario tenía razón en lo que dijo: que éramos mayores para criar un bebé. Poco más o menos dijo eso, según le entendí yo. Y buscando en los papeles, aquel funcionario, halló algo, que nos quedó helada la sangre.

FUNCIONARIO -. Aquí he encontrado un chico de unos diez años u once; que les viene a ustedes muy bien.

Mi mujer Cristina se me quedó mirando fijamente a la cara; como para saber lo que yo pensaba, en esos momentos de agobios para ella.

Reiteradamente le decía mi mujer Cristina al funcionario: si no podía ser de pocos meses; ya que de pocos días no podían concedérselo.

FUNCIONARIO -. No señora. Y este chico, está en el centro de acogida; teniendo poco tiempo para estar allí. . .es una lástima; pues tendrá que salir del centro de acogida, sin saber qué familia le acogerá.

Mi mujer Cristina se levantó de la silla y con mucha educación se despidió de aquel funcionario, celoso en su trabajo. Y aunque había gradas, saliendo del edificio de gobierno, iba como una pluma.

Se las saltaba de dos en dos, sin saber qué era lo que hacía; dentro de ese sofocón que llevaba metido en el cuerpo, por no haberla dado un bebé guapísimo a Cristina.

Ya en casa, se tranquilizó un poco mi mujer: pero al parecer, no olvidaba los deseos que tenía, criar a un bebé en sus brazos. Se veía, que en la menopausia, se había convertido en una madrastra toda ella.

La tiraba más, los recuerdos de antaño que los recuerdos de ogaño; no pudiendo disimular su afecto y su atracción física hacia los bebés.

Viendo yo, con gran pesadez de mi corazón, que aquí no se podía construir nada; solamente quitarla esa idea de la cabeza, psíquicamente y como yo pudiese: hablándola claramente, como lo hizo el psicólogo.

CRISINA -. ¡AY!: que no me has ayudado.

Así se expresaba, un día nublado, mi mujer Cristina, delante de mí. Y yo sin poder refutarla lo que ella había dicho: pues en realidad, era verdad lo que mi mujer Cristina me decía.

Desde entonces, hasta la comida me sabía con otro sabor de boca, menos agradable, que hasta la de ahora. No dejaba cocinar al personal doméstico: ella solo hacía la comida y me la servía.

La protección y el amparo de un bebé lo tenían metido en toda su Alma; así que en su bebé, me trasformé yo. Yo la servía como si fuese su bebé y el cariño de su vida.

No teniendo más opción que viniesen a casa nuestros hijos: Asunción y Luis. Para ver si al tenerlos delante, recapacitaba Cristina en el tiempo que estaba. Ella no veía la edad que tenía; solamente se regía por la llamada del corazón.

Aunque no podía llamarlos a mis hijos, para que no se enterasen de la afición que tenía su madre, me lo sirvieron en bandeja; pues a poco tiempo llegaron a casa, Asunción y Luis.

Ellos dos vieron en la realidad que estaba sumida la casa, con su madre, Cristina; hablándola con el corazón en las manos, nuestros dos hijos.

Fue peor; pues dejó hablar a nuestro hijo, su madre Cristina: no haciéndolos caso alguno a nuestros hijos, en lo que la decían.

Yéndose nuestros hijos a su destino, como sin aliento y desamparados por su madre: que los retiró la palabra, a los dos, de ipso facto. No contestándolos, tan siquiera al teléfono.

Yo oía a mi mujer Cristina, de vez en cuando, hacer ruidos con la boca; más bien con la garganta. Era una fobia de misofonia hecha por un estado de rechazo emocional, mal entendido.

Mi mujer Cristina, siguió tratándose con el psicólogo, su estado emocional como el que tenía.

Yo la sacaba todos los fines de semana a alguna Ciudad, no muy lejos; por si acaso tenía que volver a nuestra Ciudad rápidamente, para quedarla en manos del psicólogo.

Poco a poco, esa afición que mi mujer Cristina tenía por un bebé se la fue pasando y con el tiempo, se la olvidó el querer tener un bebé en sus brazos.

Con el tiempo mermó la capacidad de afecto que tenía con los bebés; ya era otro afecto el que tenía: las ganas de bailar y de divertirse con todas sus fuerzas.

Mientras tanto, mi hijo iba tomando el pulso a la empresa de construcción; pues iba recorriendo todos los negociados que había en ella: desde recepción, la sección administrativa, el grupo contable, para recalar en una mesa de arquitectura. Pasándole yo, más tarde a mi despacho personal; para que se diese cuenta cómo se dirigía aquel maremágnum de actividades arquitectónicas.

Al final del año; ya había recorrido todo el entramado que formaba aquella empresa, para su completo desarrollo. Pensando yo, que todavía le quedaba dos años más; para dejarle solo, en la cúpula de la empresa arquitectónica.

¡Dos años más!; eso era lo que me estaba pesando en mi Alma: el tenerme que quedar dos años más en la empresa, para que se formase bien mi hijo Luis.

Sabía que no podía llevar a su madre de un lugar a otro, pues el trabajo me llamaba para cumplir con mi deber: dirigir la empresa y formar los planos, con la suficiente honradez, que siempre he demostrado yo.

Pero eso sí: todos los fines de semana, formalizábamos una comida; ya fuese en la casa de campo de Samuel, como llevándola a Cristina, para que viese Ciudades nuevas. Y como los amigos de la infancia sabían lo de Cristina: nos acompañaban todos, allí donde íbamos nosotros dos, Cristina y yo.

Un fin de semana, que nos dirigíamos hacia una Ciudad; nos tuvimos que parar en otra, por ponerse indispuesta la amiga Mercedes.

Sin esperarlo, vimos en aquella Ciudad un sinfín de edificios señoriales, como innumerables estatuas y fuentes; visitando, también, su zoológico.

A la vuelta a nuestra Ciudad comentamos los dos, Cristina y yo, los beneficios que obteníamos, mentalmente, con ir todos los fines de semana para visitar, cada vez, una Ciudad; sirviéndonos como terapia.

Pero aquel día, toda la terapia que habíamos cogido, hasta ahora; se nos quitó de repente, por la mañana temprano: cuando nos levantamos vimos con asombro que en casa no había dormido nuestro hijo Luis.

Así como a las dos de la tarde, llegó Luis a casa; contándonos la odisea que había tenido, con el coche, aquella misma noche.

Había derrapado en la carretera, saliéndose de la misma y para que no le tocasen el coche, había pasado toda la noche acostado en el vehículo; hasta que una grúa le había sacado de la cuneta.

Como joven que era, había ido a un pueblo cercano para ver un concierto de un buen grupo de música, muy afamado.

Su madre y yo, no estábamos seguros de sí mismos; y levantando pie en polvorilla, nos fuimos un sábado al pueblo que había estado Luis, el día de la incidencia en la carretera. Y por aquello de que: “preguntando se va a Roma”; preguntamos a la personas que nos asistían en los restaurantes y en la calle, por si habían visto a nuestro hijo acompañado.

Hasta que dimos con una persona, que nos sacó de dudas; diciéndonos, que ese chico paseaba con la hija del joyero de ese pueblo. Sabiendo, posteriormente, que esa chica había terminado la carrera de abogado.

“No viene mal, que por bien no venga”: así reza el proverbio de las personas, entre el popurrí del pueblo de a pie.

Ya que no le había pasado nada, a nuestro hijo Luis; nos congratulamos de saber esas cosas, que nos dijeron de los dos jóvenes ilusionados, el uno del otro.

Y para abrir boca, abrimos una botella de champán de una cava vieja y muy afamada. Y a esa botella, siguió otra; quedándonos a su madre y a mí, mirando las estrellas: pues ese efervescente tiene mucho alcohol: no habiendo sabido medir nuestras fuerzas, nos quedamos que no sabíamos regir nuestra mente.

Cuando se nos pasó el aturdimiento, al día siguiente, nos levantamos temprano para tomarnos un vaso de café bien cargado. Y ya: así despejados los dos, Cristina y yo, salimos a la calle rumbo a la oficina; pues mi mujer no se quería quedar sola, en casa.

Cristina estuvo andando con los instrumentos que me servían como de apoyo para los planos de las casas; teniéndolos yo que poner bien para poder empezar a trabajar con ellos.

Cuando se cansó Cristina de escudillar todos los rincones de mi oficina, me pidió que la llevase a casa y así lo hice, recibiendo llamada por el móvil de Cristina para que fuese a por ella: cosa que allí pasaba algo.

Ese algo era, según me dijo el neurólogo, un principio de demencia senil: siendo Cristina tan joven. Pero como nadie hay exento de esa enfermedad, parece ser que Cristina la había cogido; estando en sus comienzos.

Para el bien de Cristina y el mío; la llevé a un buen neurólogo en la Capital si ma Ciudad: Madrid. El fin, era que se atrasase la enfermedad que había cogido Cristina y así fue.

Cristina vivía con un grado ínfimo de olvido temporal; ya que el tratamiento había dado en la clave, o que se lo habían cogido a tiempo; y como hoy día las medicinas empleadas son eficaces, la hacían el efecto deseado para que no olvidase su mente tanto.

Yo sacaba a Cristina con los amigos de la infancia, no dándose cuenta estos del deterioro que tenía cristina en su cerebro; ya que ella hacía lo posible para no fallar, ni una, en su habla cotidiana.

Hasta unas navidades, bailaba normalmente mi mujer, Cristina; presentando un perfil añorado por todas las mujeres: cabello rubio, ojos enormes, figura esbelta y semblante alegre.

Hasta hubo algunas ¡viva! dadas a la persona de Cristina por lo bien que bailaba, en aquella noche de paz y esperanza.

Pletórica de alegría se levantó Cristina a la mañana siguiente, haciéndome un desayuno como nunca lo había hecho.

La vida siguió para nosotros con todo el beneplácito del Mundo; no existiendo un altibajo de ánimo entre nosotros dos, Cristina y yo.

Tanto era así, que Cristina parecía curada del todo: no daba síntomas de su enfermedad.

En un ticket de compra, tuvo ella que sumar los resultados de todas las partidas que se habían comprado, en aquel día; exclamando Andrea algo que me conmovió.

ANDREA -. ¡Qué cabeza!. Qué cabeza tienes, hija; para tus años.

No la hubiese dicho eso Andrea: que tenía sus años encima; pues Cristina se pudo seria, muy seria.

Pero como todavía tenía respuesta de espontaneidad, contestó algo; que nos alegró el Alma

CRISTINA -. Si una persona, sea hombre o mujer, se siente joven: lo es.

ANTONIA -. ¿Quieres decir, que la edad es un número en el carné de identidad?.

CRISTINA -. Así lo digo.

Qué verdad tenía mi mujer, Cristina: un par de números no dice nada, puestos en el carné de identidad; pero siempre hay que tener cuidado, ya que la edad no viene de balde.

Y de balde nos llegó una noticia fresca: nos había tocado la lotería de Navidad; brindando los amigos con champán de cava. Y al terminar de celebrarlo, nos fuimos Cristina y yo a casa; comprobando que no había llegado nuestro hijo Luis al hogar paternal.

Así como a las tres de la noche, se acostó su madre; cansada de esperarle en un sillón sentada. Yo cogí el móvil, llamándole repentinamente, sin tener contestación alguna de él.

Era de día, cuando supimos algo de nuestro hijo: diciéndonos que no nos preocupásemos; pues estaba bien.

Había pasado toda la noche en el coche metido, para que no le desguazaran; pues había derrapado en la carretera y se había salido a la cuneta. Ni al coche, ni a él les habían pasado nada.

No tardando salir con el coche a donde nuestro hijo nos había indicado; estando allí la grúa, sacando de la cuneta al coche de Luis.

Arrancó el coche de Luis; pero para mayor seguridad, le hice llevase su coche al taller: haciéndole una completa revisión; y al parecer tenía que cambiar los amortiguadores, ya que uno estaba desperfeccionado.

El susto, que recibimos su madre y yo, fue mayúsculo; al creer que quitaba hierro al asunto: contándonoslo como él quería. Pero no, no le había pasado nada; solamente fue el susto. Pues ya era el segundo accidente, que tenía en la carretera: y siempre, por lo mismo, el derrape.

Así, que cada vez que salía con el coche, nos ponía los nervios en vilo; hasta que nuestro hijo llegaba a casa.

Yo la llevaba a revisión con frecuencia a Cristina, no sabiendo el neurólogo cómo mi mujer había hecho tales adelantos. Y en realidad era así; pues se la veía mejor a Cristina.

Para celebrarlo, cuando llegó mejor tiempo, llevé a Cristina a una playa tierra adentro: y en aquel pueblo tuvo una evolución psíquica muy importante: debido a la forma de comportarse aquellos nativos, con los visitantes de aquel lugar.

Todo era amabilidades, simpatía y cariño hacia la persona que visita ese pueblo; así, que Cristina la sentó muy bien aquel trato de amabilidad.

Saliendo sola mi mujer, por las calles de ese pueblo; visitando comercios y comprando lo que la hacía falta a ella: tanto era así, que todas las personas la saludaban a Cristina en vez de a mí, que era el gran desconocido de la familia.

ANSELMO -. Cristina: ¿quieres que visitemos los pueblos más cercados, a este lugar?.

CRISTINA -. Lo estoy deseando.

Entre ruinas romanas, entre ver plazas aludiendo a la conquista española en el nuevo continente y entre visitar dos pueblos al estilo de aquella región; se nos pasaron los días sin saber cómo había sido: por la gran cantidad de cosas que habíamos visto, ella y yo.

Cuando llegó la hora de preparar las maletas, vi que se la caían sendas lágrimas de los ojos a Cristina; por el solo hecho de tenerse que volver a nuestra querida Ciudad, dejando ese trato ideal, como tenían los habitantes de aquel pueblo.

Cogí, entre mis brazos a Cristina; no sin antes mirarla a los ojos, como diciéndola que volveríamos, una vez más, a ese querido pueblo.

ANSELMO -. No te preocupes, Cristina: volveremos, todas las veces que haga falta a este pueblo.

CRISTINA -. Es más: yo te diría que viviésemos aquí para siempre.

ANSELMO -. Así será, si es tu voluntad.

Pero cuando nos disponíamos para marchar a nuestra preciosa Ciudad, llegó nuestro hijo Luis. Y nada más que le vi entrar en casa, comencé a deshacer mi maleta.

Pensé que su madre no le dejaría solo, ni un momento a nuestro hijo Luis; aunque él conocía aquel pueblo muy bien, por haber estado en él varios veranos.

LUIS -. ¿Qué haces?, papá.

ANSELMO -. Deshaciendo la maleta; pues pienso que tu madre no te dejará a ti solo.

De esta manera hablábamos los dos, padre e hijo; con ese cariño que un padre tiene para con su hijo.

Alegando Luis, delante de mí y de su madre, no estar más de tres días en aquella playa de esplendor insuperable. Y al cabo de los tres días, nos vimos en nuestra querida Ciudad: sin playa, sin afecto personal de todas las personas donde vivíamos, por no conocernos la mayoría. Y lo que es más triste: sin esos paseos al amanecer por aquellos campos de trigo y cebada, de ciruelas e higos, de melones arrugados, escritos, benturique y amarillos como se dan en esos campos, adscritos al bien común. Sin aquellas uvas: palominas, Pedro Ximénez, moscatel y montúa. Con aquellas brevas finas y buenas, con aquellos higos insuperables, con aquellas almendras mollares y exquisitas. Con aquellos garbanzos pequeños; pero finos; haciéndose mayores en el puchero. Con aquellas matas de tomates; en donde cada una de ella, aunque pequeñas, tenía más de cien tomates, también pequeños, pero con un sabor que alegraban las papilas linguales. Con aquellos higos chumbos, espinando en las manos; pero cuando se pelaban, gustaban mucho. . .con, con, con...

La gran variedad de aves, que hay por aquellos contornos de sierra y hasta en el llano. Por aquella variedad de flora que se da en esas latitudes. . .?. . . qué sé yo; si nacían esporádicamente en ese terreno como si fuesen hongos.

Así estaba pensando yo un día que colocaba la ropa de la maleta en el armario de mi casa, en nuestra querida Ciudad. ¡Pero era más!; que cuando miré a mi mejer Cristina, la vi con la vista puesta en un solo sitio; como extasiada en sí.

Cristina sacaba su ropa, poco apoco; como si fuese con impulsos de ralentí, para en un momento determinado, volverlos a meter, otra vez, en la maleta. Y con una voz apagada, pero fuerte: me dijo.

CRISTINA -. Coge el cargador de la batería del coche. ¡Nos vamos!.

Así de sencillo me dijo aquello: que nos íbamos, otra vez al pueblo; donde habíamos pasado unos días agradables y buenos.

Y, ¡jala!: otra vez para el pueblo que nos da la vida. Sería viejo ese pueblo, pero encantador, en cuanto a sus personas y al trato que tienen las mismas, con otras personas.

Yo no quería dejar la dirección de la empresa de arquitectura; hasta ver a mi hijo nadar en ella como un pez en el agua. Teniendo que ir a la bonita Ciudad de vez en cuando; para solventar algún que otro escollo, que se había cruzado en la actividad arquitectónica.

Aunque para decir verdad, una vez que fui a mi Ciudad, duró la visita unos siete meses. Y al cabo de ellos, nos marchamos, otra vez, al pueblo Cristina y yo, para poder descansar allí, como dos personas mayores; como éramos ya.

Al llegar al despacho de arquitectura, vi encima de la mesa de mi hijo un impreso de haberse dado de alta en una segunda empresa: a la que yo le dije, que tuviese mucho cuidado y que no lo hiciese: pero al verle entrar en el despacho, tan confiado, no pude por menos que romper el hielo y aleccionarle sobre aquel impreso de alta en una empresa.

ANSELMO -. Luís, hijo: solamente te has dado de alta en este departamento oficial, como teniendo tú esta empresa.

LUÍS -. Sí, papá. ¿Por qué me dices esto?.

ANSELMO -. No muevas más este impreso.

LUÍS -. Te veo un poco nervioso, papá.

Era verdad, que yo estaba un poco nervioso; más bien decaído, por el evento que ha hecho mi hijo Luís: siendo aquello un disparate, para la empresa generatriz; pues se iría a gastar más dinero, que engendraría aquella empresa, que quería mi hijo Luís montar en pocos días. Para montar la empresa que quería hacer mi hijo; se necesitaba mucho tiempo y él no lo tenía y muchos conocimientos de la materia a tratar. Se tenía que ir despacio y no abrir más de dos sucursales a lo primero. Como no sabía cómo contestar a la pregunta que me había hecho mi hijo Luís, me di media vuelta yéndome a casa, para más tarde llegar con un libro pequeño en las manos, entregándoselo a mi hijo.

ANSELMO -. Toma Luís: lee este reglamento. Te ayudará un poco.

Lo cogió Luís en sus manos, como celoso por saber qué decía aquel reglamento sobre la empresa que quería formar, en poco tiempo. Teniendo noticia de mi hijo Luís a los dos días; cuando leyó todo el pequeño libro que yo le había dejado, encima de su mesa, en su despacho, que antes era el mío. No quería que se hundiese la empresa de arquitectura; arruinada por la mala gestión económica que quería hacer mi hijo Luís. Me hubiese dolido en el Alma, si eso pasase.

LUÍS -. ¿Qué hago?, papá.

ANSELMO -. Piénsalo un poco, antes de dar un paso en falso.

LUÍS -. Pero yo me he dado de alta en el Ente local.

ANSELMO -. Y has salido, en la lista de empresarios: adjudicándote esa empresa, que tú quieres registrar. Se me quedó mirando Luís, con cara de decepción; al no ver yo claro, lo que él quería hacer.

LUÍS -. Pareces que estás seguro de lo que me dices, papá. Cogí el libro, que lo tenía encima de la mesa escritorio, apostillando lo que se decía allí; por un buen catedrático. Poco entendía mi hijo Luís; pues estaba balbuceando entre sí, unas palabras que estaba diciendo Luís, entre dientes, me desorbitó a mí: reteniendo mis impulsos, para salir de mi despacho. . .ya despacho de mi hijo Luís, con buenos modales y buen sentimiento hacia aquella persona de corta edad y de múltiples impulsos, a golpe de sangre en el cerebro: su cerebro de pocos años.

ANSELMO -. ¡Pues, caro hijo!. En pocos años hubieses tenido que cerrar la empresa de arquitectura, por falta de pagos a tus proveedores. . . no comprendes que el montante económico, se lo llevaría la empresa filial, en vez de la empresa generatriz.

LUÍS -. ¿Y?.

ANSELMO -. Tendrías que transferir cantidades abusivas desde la empresa generatriz a la filial, siempre. Si tú quieres abrir innumerables filiales en todas las capitales de España

Mi hijo Luís, se me vino hacia mí; recostando su cabeza en mi hombro, en señal de agradecimiento: por haberle abierto los ojos a su debido tiempo. Yo salí del despacho y de la empresa de arquitectura con los pulmones llenos de aires, sin poderme contener mi alegría y mi euforia personal; al ver a mi hijo Luís, salvado del mayor fracaso que iba a tener en su vida. Tan joven y tan inexperto en la materia; que se me hubiese caído el Alma

a pedazos, al verle fracasar estrepitosamente en su gestión personal, con la empres que quería abrir en unos días: como si eso se pudiese hacer de esa manera que él quería. Al llegar a casa tuve una llamada telefónica, a través del teléfono fijo; siendo mi hijo Luís, el que me llamaba. Pues quería que yo le enterase de un punto de aquel reglamento, que yo le había dejado.

LUÍS -. Papá, quiero que me explique un punto del reglamento, que me degastes el otro día, encima la mesa.

ANSELMO -. Que te lo explique el arquitecto que tenemos, el señor Torres.

Sin decirle nada más colgué el teléfono: no quería que se enterase por mí; ya que daría más valía a lo que otro señor le decía. Por la tarde llegó mi hijo Luís, con deseos de tomarse un café en casa, con su madre y conmigo, sabiendo yo qué quería mi hijo. Su madre se extrañó mucho, cuando toda la conversación, que sostuvo Luís, era conmigo. Desde luego, que si le expliqué, muy bien, lo que él quería saber: y máxime, cuando pudo cometer una torpeza. Cuando se fue luís de nuestra casa, la casa de sus padres, Cristina y yo nos quedamos hablando muy amistosamente: como si fuésemos unos grandes colegas en la vida. Aquella conversación, que sostuvimos Cristina y yo; me dio pie para pensar, que aquella misma noche, podíamos salir a cenar en uno de los buenos restaurantes, que tenía aquella Ciudad. Proponiéndoselo yo la salida a Cristina; para que saliésemos aquella noche a cenar en un restaurante, que ella la gustaba mucho. A media cena, se la ocurrió decir a Cristina, algo que a mí no me convencía mucho. Fue todo, por una pregunta, que yo la hice.

ANSELMO -. ¿Qué piensas?, Cristina.

CRISTINA -. ¡Mira!, sí. . .te lo voy a decir. 400

ANSELMO -. ¡Venga!: suéltalo ya.

Cristina, se quedó un tiempo pensando y mirando unos candelabros que había en aquel restaurante. Pero al momento, tomó una bocanada de aire en los pulmones; poniéndose bien la blusa, para proponerme algo inusual.

CRISTINA -. Hace tiempo no hemos dado un paseo por las calles de esta hermosa ciudad, bajo las luces de la calle y viendo escaparates.

Pese al recelo que tenía por salir paseando por las calles de aquella bonita Ciudad a las doce de la noche: Haciendo de tripas corazón, acepté su

invitación, para darnos unos paseos por las calles, aquella misma noche. Fue excepcional, aquel paseo; pues Cristina se acordaba de todo, con tanta fuerza, que me hizo pensar: ya que explicaba todo con sumo detalle. Tanto era así, que en poco días estábamos en Madrid, consultando a un buen neurólogo; el cual, nos dijo: que había alguna enfermedad psíquica, que parecía la enfermedad que decía su colega; el de nuestra Ciudad. Aquel neurólogo, no quería hacer de menos a su compañero; mandándonos al mismo, que nos había visto la primera vez. Pero a la vez, dándonos la prioridad; para que consultásemos con un psicólogo. Y si eso no fuese necesario, que fuésemos un psiquiatra. Fuimos a donde tuvimos que ir, con Cristina; hasta volver, otra vez a la consulta del mismo neurólogo en Madrid. Declarando este doctor, que era un caso excepcional. No era demencia senil: era una enfermedad que tenía cura. Tanto era así, que poco a poco se la vio mejorar a mi mujer Cristina: hasta el punto de quedarse bien, o por lo menos; así me pareció a mí. Y la calle Calvario; donde vivíamos nosotros, me parecía que era la calle de la esperanza. Pensando los dos al unísono, ir a la Iglesia para hacer un buen donativo; para que el señor párroco lo emplease en sus feligreses más pobres, que tuviese. Estando en la Iglesia, vimos en el confesionario al párroco, dentro de él; así que nos entró la piquiña de confesarnos: y así lo hicimos. Salimos de la Iglesia agarrados de la mano, como si fuésemos jóvenes. Igual hacíamos antaño; en nuestra mocedad, nos agarrábamos de la mano para ir de paseo. Desde aquel día, la llegué a tener más consideración a mi mujer Cristina: no es que la tuviese menos, es que desde entonces era un derroche. 401 Sí; un derroche de consideración y de caricias, como la hacía yo todos los días; tanto cuando nos levantábamos, como cuando nos acostábamos: no olvidando nunca, el trayecto del día; desde cenit hasta el ocaso. Para celebrarlo reuní a todos los amigos de la infancia en una comida campestre; pues Samuel me había prestado su casa de campo para celebrar aquella fiesta, por todo lo alto. En vez de cocinar nosotros, contraté un catering, que nos llevó la comida a casa; sirviéndonos unos buenos camareros los manjares elegidos por todos nosotros. La fiesta se alargó hasta bien entrada la noche; y menos mal que la casa de campo, no se encontraba lejos de donde vivíamos todos nosotros; pudiendo volver a nuestros respectivos hogares, sin

ninguna clase de contratiempo. Aquella comida campestre se recordó muchos años; no así los hechos que sucedieron en ella: pues nada pasó entre nosotros, discurriendo la fiesta lo mejor que se pudo. Al entrar yo en la empresa de arquitectura, todos me miraron con cara alegre: como si me quisieran felicitar por la grandiosa noticia de mi mujer Cristina. Al entrar en el despacho de mi hijo Luís, le vi con una cara de circunstancias; a penas saludándome. No pude por menos, que preguntarle por aquella actitud que estaba tomando conmigo.

ANSELMO -. Luís, hijo. ¿Qué te pasa?.

LUÍS -. ¿Y tú me lo preguntas?.

Me quedé pensativo y al cabo de un tiempo, respondí a mi hijo Luís como pude y sin pensarlo: debido, a que se me alteraron los nervios, no dejándome pensar nada.

ANSELMO -. Si es porque no te invité a la fiesta: perdóname, no me acordé.

Luís me miró con cara de sorpresa; al comprobar, que no me había acordado de él, de mi hijo querido.

LUÍS -. Tú sabías que nada iba a pasar allí; estáis los dos muy mayores para jugar vosotros.

Me quedé sorprendido, por aquella contestación que me dio mi hijo Luís; no sabiendo yo a qué se refería él.

ANSELMO -. ¡Vamos!, vamos; cálmate, que no ha sido para tanto.

LUÍS -. ¿Cómo no?: si lo último que yo esperaba era que echases un capote a esa. . .

Se quedó cortado mi hijo Luís, al pronunciar el nombre de aquella señora, que yo cortejaba en su tiempo. Así, que sin falta de tiempo rechacé la idea que tenía metida en la cabeza mi vástago.

ANSELMO -. Estás nervioso; por eso te salen palabras que tú no quieres decir.

Se me acercó a mí Luís, echándome los brazos por encima de mis hombros, para abrazarme con todas sus fueras.

LUÍS -. Perdóname, papá. No he querido decir nada.

En ese mismo momento, que mi hijo me estaba abrazando, entró la señora Amparo; con idea de entregar a mi hijo unos mapas de un terreno.

Y en vez de entregárselos a luís me los entregó a mí; diciendo algo, que me sorprendió mucho.

AMPARO -. ¡Vaya!: están ustedes sensiblemente paternales.

Aquella entrada de la señora Amparo, cortó toda clase de enfrentamiento con mi hijo luís: terminándose de momento aquella conversación, que no nos llevaba a ninguna parte buena, que pudiese ser. Salí del despacho de mi hijo, más confortado y al llegar a casa me enteré que a la señora Mercedes se la tuvieron que llevar al hospital, con carácter de urgencia. Por la tarde fuimos para verla al hospital a la amiga Mercedes; viéndola como a una pavesa. Estaba como encogida y muerta de miedo; no pudiendo por menos, que decirle unas palabras, que la sirviesen de alivio y consuelo a la vez. Máxime, cuando mi mujer Cristina me estaba haciendo con la mano, gestos para que la dijese algo a la amiga Mercedes.

ANSELMO -. No a todas las personas que traen al hospital, están verdaderamente muy malas; algunas, la mayoría se reponen de su enfermedad. Ya verás, como te pones buena; teniéndolo que celebrar todos los amigos por ti.

Mercedes me miraba con cara de escéptica; como no creyéndose nada de lo que yo la estaba diciendo; así, que se acercó a donde estaba ella mi mujer Cristina. Y con voz ronca, por el sufrimiento que estaba recibiendo, al ver a Mercedes de esa manera, la habló claro y concisa.

CRISTINA -. Mercedes, cariño. No te preocupes, que de aquí vas a salir buena y sana total.

MERCEDES -. Que Dio te oiga.

Todo fue esto; pues despidiéndonos de ella, de Mercedes, nos fuimos a nuestra casa, Cristina y yo, con el corazón en un puño; al ver a nuestra amiga tan decaída y con tanto dolor en su cuerpo. Al entrar en nuestra casa Cristina y yo, nos sentamos en el salón, cada uno en un sillón, mirándonos fijamente a la cara, como temiendo decir alguna palabra que le molestase al otro. Hasta que por fin, se atrevió a decir Cristina una palabra, que me conmovió toda mi Alma.

CRISTINA -. Me parece, que esta vez va en serio.

Me levanté de mi sillón; movido por un solo deseo: era, que Mercedes se pusiera buena.

ANSELMO -. ¡No me digas eso!.

Se movió en su sillón mi mujer Cristina, para decirme algo que ella no se atrevía; pero por fin lo dijo.

CRISTINA -. Yo la he perdonado. Que la perdone Dios, la deseo.

Aquellas palabras me cayeron como un jarro de agua fría, encima de mi cabeza. . . de modo, que todos sabían lo que pasaba entre Mercedes y yo; cogiéndola de las manos, para en un momento determinado, darla un beso de amor sentimental y fraternal en la boca. Un beso de amor matrimonial, que nos supo a poco a los dos.

ANSELMO -. Te quiero; siempre te he querido a ti, Cristina.

CRISTINA -. Yo también te he querido, con todas mis fuerzas de mi corazón. Y nunca te he sido infiel. Teniéndolo cayado tanto tiempo.

Pensé, de repente: que también me tenía que perdonar Dios a mí; haciendo un acto de contrición mental, de momento. Notándolo Cristina: lo supe porqué se la puso la cara totalmente colorada. Me levanté del sillón y fui a donde se encontraba ella sentada, cogítenosla de las manos, para en un momento determinado, darla un beso de amor sentimental y fraternal en la boca. Un beso de amor matrimonial, que nos supo a poco a los dos.

ANSELMO -. Te quiero; siempre te he querido a ti, Cristina.

CRISTINA -. Yo también te he querido, con todas mis fuerzas de mi corazón. Y nunca te he sido infiel.

FIN

CRÍTICA DE LA OBRA, POR EL AUTOR.

No digo, que ustedes hagan algo; ni intento enseñar a nadie nada: para ello existen los doctores en la materia, como son los Obispos, Sacerdotes y maestros, con sus buenos estudios y mucho tiempo de enseñanza moral a las personas. La obra es un compendio de hechos en la vida, no saltándose las Leyes humanas: es una amalgama de ideas entrelazadas, por parte del autor, es una ficción, una creación literaria; en donde los hechos acaecidos en la novela chocan los unos con los otros, al no poder retener los impulsos humanos sexuales, dentro de la persona. A sabiendas que cometían pecado; pero por otra parte, se ve el trabajo que tenía el protagonista principal, cómo se hacía ese trabajo y las dificultades que encontraba al ejecutarlo. La novela, se desarrolla en un tiempo de crisis, donde casi todo se hubo parado. Y para obtener materiales, tenían que esperarlos. Y para obtener materiales, tenían que esperarlos al cabo de muchos días, al no haber, ni tan siquiera ladrillos.

N. B. la RAE quitó las uniones a si no o sino y quitó los acentos a (o) y a solo o sólo y en Enero volvió a poner como estaban los primeros y en marzo los siguientes, diciendo algunos de esos doctos señores, que entonces era una gramática descafeinada.